

Amadeo Bordiga



Militancia y
pensamiento
político

1910-1930

ANEXO

DOCUMENTAL

AGUSTIN
GUILLAMON

**MILITANCIA Y PENSAMIENTO
POLÍTICO DE AMADEO
BORDIGA DE 1910 A 1930**

**Origen, formación y disidencia del
bordiguismo en el seno de la Tercera
Internacional y del Partido Comunista de
Italia**

Anexo documental

AGUSTÍN GUILLAMÓN

Título:

Militancia y pensamiento político de Amadeo Bordiga de 1910 a 1930. Origen, formación y disidencia del bordiguismo en el seno de la Tercera Internacional y del Partido Comunista de Italia

Autor del libro:

Agustín Guillamón

Ilustración de cubierta:

Montaje a partir de la portada de la revista *Prometeo* (1924)



No comercial. No se puede utilizar esta obra con fines lucrativos o comerciales.

ÍNDICE

Presentación	5
Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista del PSI	8
Discurso de Bordiga en el XVII Congreso del PSI	31
Moción presentada por la Fracción Comunista en el XVII Congreso del PSI	80
La función de la socialdemocracia en Italia	85
Partido y clase	92
Partido y acción de clase	107
Cómo madura el «noskismo»	134
Sobre el gobierno	142
Tesis de Roma	150
El principio democrático	200
Proyecto de Tesis sobre la táctica presentado en el IV Congreso de la IC	238
Informe sobre el fascismo presentado en el IV Congreso de la IC	261
Carta del CC del PCUS a la delegación italiana en el IV Congreso y respuesta de la delegación italiana	302
Memorial de Bordiga en el juicio a los comunistas italianos	306
El movimiento dannunziano	327

Lenin en el camino de la revolución	377
El comunismo y la cuestión nacional	451
Organización y disciplina comunista	480
La cuestión Trotsky	492
La función histórica de las clases medias y la inteligencia	514
Plataforma del Comité de Entente	542
Declaración del representante de la Izquierda no publicada por el Comité Central	560
Naturaleza del partido comunista	570
El peligro oportunista y la Internacional	589
La política de la Internacional	618
Tesis de Lyon	653
Discurso de Bordiga en el VI Ejecutivo Ampliado de la IC	751
Carta de Bordiga a Karl Korsch	838

PRESENTACIÓN

Al margen de las publicaciones y recopilaciones realizadas por los distintos partidos herederos de la tradición de la Izquierda Comunista Italiana, es la primera vez que se reúnen en un volumen, traducidos al castellano, los documentos más destacados correspondientes al periodo formativo de esta corriente política. Algunos escritos, de hecho, se publican aquí por primera vez en castellano.

Esta recopilación de tesis, artículos, discursos y cartas que se ha añadido como tercer volumen a la obra *Militancia y pensamiento político de Amadeo Bordiga de 1910 a 1930*, de Agustín Guillamón, constituye por tanto una fuente documental indispensable para el estudio de los fundamentos teóricos de la Izquierda Comunista Italiana, que son los del marxismo revolucionario. Ahí reside exclusivamente su utilidad para la clase proletaria hispanohablante y su lucha revolucionaria.

Todos los escritos se han traducido del italiano, partiendo, cuando ha sido posible, de una copia digitalizada del documento original. Así ha ocurrido con los textos extraídos de *Il Soviet (Tesis de la Fracción*

Comunista Abstencionista), *Rassegna Comunista* (*Partido y clase, Partido y acción de clase, las Tesis de Roma y El principio democrático*) y *Prometeo* (*El movimiento dannunziano, Lenin en el camino de la revolución, El comunismo y la cuestión nacional y Organización y disciplina comunista*). Por su parte, el *Memorial de Bordiga en el juicio a los comunistas italianos* se ha tomado de una copia digital del folleto *Il processo ai comunisti italiani, 1923*. Cuando no se disponía de una copia digitalizada del documento, se ha recurrido a las distintas páginas web de las actuales organizaciones herederas de la tradición política de la Izquierda Italiana. Así, de la edición digital de la revista *Comunismo* se ha tomado la *Carta del CC del PCUS a la delegación italiana en el IV Congreso y respuesta de la delegación italiana, La función histórica de las clases medias y la inteligencia, la Plataforma del Comité de Entente y la Declaración del representante de la Izquierda no publicada por el Comité Central*. De la edición digital de los *Quaderni Internazionalisti di Prometeo* se ha extraído la *Moción presentada por la Fracción Comunista en el XVII Congreso del PSI*. De la web del Partido Comunista Internacional, el *Proyecto de Tesis sobre la táctica presentado en el IV Congreso de la IC*. Y de la web de *n+1* los doce documentos restantes.

Aunque la traducción no se ha realizado con ánimo ni capacidad profesional, sino con espíritu militante, se ha intentado hacer de manera meticulosa y hasta escrupulosa, tratando de permanecer fieles al contenido del texto, por supuesto, y también a su forma, en la medida en que esto último no chocaba con una adecuada exposición en castellano, que siempre facilita la lectura y la comprensión. Todas las notas a pie de página son de traducción.

Tengo que dar las gracias a Agustín, Clara y Jorge, que han colaborado en la traducción de algunos documentos y sin cuya ayuda esta recopilación difícilmente se habría llevado a cabo.

Ángel Rojo, septiembre 2020

TESIS DE LA FRACCIÓN COMUNISTA ABSTENCIONISTA DEL PSI

Il Soviet n° 16 (6/6/1920) y n° 17 (27/6/1920)

I

1. El comunismo es la doctrina que trata las condiciones sociales e históricas para la emancipación del proletariado.

La elaboración de esta doctrina se inició en el período de los primeros movimientos proletarios contra las consecuencias del sistema de producción burgués, tomando forma en la crítica marxista de la economía capitalista, en el método del materialismo histórico, en la teoría de la lucha de clases y en la concepción del desarrollo que presentará el proceso histórico de la caída del régimen capitalista y de la revolución proletaria.

2. La constitución del Partido Comunista se basa en esta doctrina, cuya primera y fundamental expresión sistemática fue el *Manifiesto de los Comunistas* de 1847.

3. En el presente período histórico se vuelve cada vez más intolerable para el proletariado la situación que generan las relaciones de producción burguesas, basadas en la posesión privada de los medios de producción y de cambio, en la apropiación privada de los productos del

trabajo colectivo y en la libre competencia en el comercio privado de esos mismos productos.

4. A estas relaciones económicas corresponden las instituciones políticas propias del capitalismo: el Estado representativo democrático-parlamentario. El Estado, en una sociedad dividida en clases, es la organización del poder de la clase económicamente privilegiada. Aunque la burguesía representa una minoría de la sociedad, el Estado democrático constituye el sistema de la fuerza armada organizada para la conservación de las relaciones de producción capitalistas.

5. La lucha del proletariado contra la explotación capitalista asume sucesivamente distintas formas, desde la violenta destrucción de la maquinaria, hasta la organización por profesiones para la mejora de las condiciones de trabajo, pasando por los Consejos de Fábrica y los intentos de ocupación de las empresas.

A través de todas estas acciones particulares, el proletariado va encaminándose hacia la lucha revolucionaria decisiva contra el poder del Estado burgués, que impide la destrucción de las actuales relaciones de producción.

6. Esta lucha revolucionaria es un conflicto de toda la clase proletaria contra toda la clase burguesa. Su instrumento es el partido político de clase, el Partido

Comunista, que organiza conscientemente a aquella vanguardia del proletariado que ha comprendido la necesidad de unificar su propia acción, tanto en el espacio, superando los intereses de los diversos grupos, categorías o nacionalidades, como en el tiempo, subordinando las ventajas y las conquistas parciales, que no modifican la esencia de la estructura burguesa, al resultado final de la lucha.

Por tanto, el proletariado se constituye en clase que lucha por su emancipación únicamente en la medida en que se organiza en partido político.

7. El objetivo de la actividad del Partido Comunista es la destrucción violenta del dominio burgués, la conquista del poder político por parte del proletariado y su organización en clase dominante.

8. Así como la democracia parlamentaria, que representa a los ciudadanos de todas las clases, es la forma que asume la organización de la burguesía como clase dominante, la organización del proletariado como clase dominante se realizará mediante la dictadura proletaria, es decir, un tipo de Estado cuya representación (en el sistema de Consejos Obreros) será elegida únicamente por los miembros de la clase trabajadora (proletariado industrial y campesinos pobres), dejando a los burgueses sin derecho a sufragio.

9. Una vez rota la vieja maquinaria burocrática, policial y militar, el Estado proletario unificará las fuerzas armadas de la clase trabajadora en una organización destinada a reprimir todos los intentos contrarrevolucionarios de la clase depuesta y a intervenir, con las medidas necesarias, en las relaciones burguesas de producción y de propiedad.

10. El proceso a través del cual se pasará de la economía capitalista a la economía comunista será muy complejo, y sus fases variarán según los diversos grados de desarrollo económico. El objetivo de tal proceso es que los medios de producción pasen completamente a manos de toda la colectividad unificada y sean gestionados por ella, que las fuerzas productivas de las diversas ramas de la producción se distribuyan de manera centralizada y racional y que la colectividad administre de manera centralizada la distribución de los productos.

11. Cuando las relaciones propias de la economía capitalista se hayan suprimido totalmente, la abolición de las clases será un hecho consumado, y el Estado como instrumento de poder político será sustituido progresivamente por la administración colectiva racional de la actividad económica y social.

12. El proceso de transformación de las relaciones de producción irá acompañado de toda una serie de

medidas sociales, fundadas en el principio de que la colectividad debe tomar a su cargo la existencia material e intelectual de todos sus miembros. Así irán eliminándose sucesivamente todas las taras degenerativas que el proletariado hereda del mundo capitalista y, según las palabras del *Manifiesto*, a la vieja sociedad dividida en clases que luchan entre sí le sucederá una asociación en la cual el libre desarrollo de cada uno será la condición para el libre desarrollo de todos.

13. Las condiciones para la victoria del poder proletario en su lucha por la realización del comunismo consisten, más que en emplear racionalmente a los expertos en las tareas técnicas, en confiar los cargos políticos y de control del aparato estatal a hombres que antepongan el interés general y el triunfo final del comunismo a las sugerencias de los limitados y particulares intereses de grupo.

Puesto que el Partido Comunista es precisamente la organización de aquellos proletarios que tienen esta conciencia de clase, el objetivo del partido será conquistar mediante la propaganda los cargos electivos del organismo social, para que sean ocupados por sus miembros. La dictadura del proletariado será, pues, la dictadura del Partido Comunista, y éste será un partido de gobierno en un sentido totalmente opuesto al de las viejas oligarquías, en la medida en que los comunistas,

al asumir los cargos que exigen las mayores renunciaciones y sacrificios, se harán cargo de las tareas revolucionarias más pesadas para el proletariado durante las dolorosas contracciones que terminarán engendrando un mundo nuevo.

II

1. La crítica comunista, que se elabora sin cesar sobre la base de sus métodos fundamentales, así como la propaganda de las conclusiones que se derivan de aquella, tratan de erradicar la influencia que ejercen sobre el proletariado las ideologías de otras clases y otros partidos.

2. El comunismo, en primer lugar, echa por tierra todas las concepciones idealistas, según las cuales los productos del mundo de las ideas son la base, y no el resultado, de las verdaderas relaciones de vida de la humanidad y de su desarrollo. Todas las formulaciones religiosas y filosóficas de este género constituyen el bagaje ideológico de las clases dominantes que precedieron a la burguesía, clases que ejercían su dominio gracias a una organización eclesiástica, aristocrática o dinástica, que se justificaba sólo mediante pretendidas investiduras sobrenaturales. Un síntoma de la decadencia de la moderna burguesía es precisamente la reaparición en su seno, bajo nuevas formas, de estas viejas ideologías que ella misma destruyó.

Por tanto, basar el comunismo en el idealismo constituye un absurdo inaceptable.

3. Aún más característico del comunismo es su demolición de los conceptos de liberalismo y democracia burguesa. El derecho jurídico a la libertad de pensamiento y a la igualdad política de los ciudadanos, así como la idea de que las instituciones basadas en la elección de la mayoría y en el sufragio universal permiten a la sociedad humana progresar de manera ilimitada y gradual, son ideologías que se corresponden con el régimen de la economía privada y de la libre competencia, así como con los intereses de la clase capitalista.

4. Pensar que las condiciones de vida de las masas pueden mejorar mediante la educación y la instrucción que les dan las clases dirigentes y sus instituciones, es una ilusión propia de la democracia burguesa. Para que las grandes masas puedan desarrollarse intelectualmente es necesario mejorar sus condiciones materiales de vida, lo cual es incompatible con el régimen burgués. Por otra parte, a través de sus escuelas, la burguesía intenta difundir precisamente aquellas ideologías que impiden que las masas conciban las actuales instituciones como un obstáculo para su emancipación.

5. Otro de los fundamentos de la democracia burguesa es el principio de nacionalidad. Para retrasar y atenuar el conflicto entre el Estado capitalista y las masas proletarias, la burguesía, a la hora de construir su propio poder, necesita como clase levantar su Estado sobre una base nacional, valiéndose de las ideologías nacionales y patrióticas que representan, en el período inicial del capitalismo, ciertos intereses comunes entre los hombres de la misma raza, la misma lengua y las mismas costumbres. Los irredentismos nacionales surgen, pues, de intereses esencialmente burgueses.

La propia burguesía no duda en pisotear el principio de nacionalidad cuando el desarrollo del capitalismo le obliga a conquistar nuevos mercados exteriores, incluso de forma violenta, provocando así una lucha entre grandes unidades estatales por el reparto de dichos mercados. El comunismo supera el principio de nacionalidad demostrando que las condiciones en las que se encuentra el trabajador desposeído ante el patrono son siempre análogas, sea cual sea la nacionalidad de uno u otro. La organización política que deberá adoptar el proletariado cuando tome el poder será una unión internacional.

Según la crítica comunista, la reciente guerra mundial la ha originado el imperialismo capitalista. Por tanto, rechaza esas interpretaciones que pretenden presentarla como una reivindicación del derecho de

nacionalidad de algunos pueblos, o como un conflicto entre los Estados más avanzados democráticamente contra los Estados organizados bajo formas pre-burguesas o, en fin, como una supuesta necesidad defensiva contra la agresión enemiga, dependiendo de cuál sea la perspectiva del Estado burgués.

6. El comunismo también combate el pacifismo burgués y las ilusiones wilsonianas de construir, partiendo de una utópica subdivisión de las unidades estatales según las distintas nacionalidades, una asociación mundial de Estados basada en el desarme y el arbitraje. Para los comunistas, sólo se puede acabar con las guerras y solucionar todas las cuestiones nacionales sustituyendo el régimen capitalista por la República Comunista Internacional.

7. En otro aspecto, el comunismo supone la superación del socialismo utópico, que se propone eliminar los defectos de la organización social mediante un completo plan de construcción de una nueva sociedad, cuya realización no tiene en cuenta el desarrollo histórico real y además se confía a la iniciativa de los magnates o al afán de los filántropos.

8. El hecho de que el proletariado elabore su propia interpretación teórica de la sociedad y la historia para guiar su acción contra las condiciones de vida en el mundo capitalista, provoca continuamente el

surgimiento de escuelas o tendencias más o menos influidas por la inmadurez misma de las condiciones de la lucha y por los más diversos prejuicios burgueses. De ahí se derivan una serie de errores y fracasos en la acción proletaria. Pero es precisamente a través de este cúmulo de experiencias como el movimiento comunista logra ir precisando su doctrina y su táctica en líneas cada vez más claras, diferenciándose visiblemente del resto de corrientes que actúan en el seno del propio proletariado y combatiéndolas abiertamente a todas.

9. Las cooperativas de producción, en las que el capital pertenece a los obreros que trabajan en ellas, no son una vía hacia la supresión del sistema capitalista, pues tanto la adquisición de materias primas como la venta de los productos se desenvuelven, en esas empresas, según las leyes de la economía privada. Además, en el propio capital colectivo termina apareciendo el crédito, y por lo tanto el control del capital privado.

10. Los comunistas no pueden considerar a las organizaciones económicas profesionales ni como órganos suficientes para la lucha por la revolución proletaria, ni como órganos fundamentales de la economía comunista.

La organización en sindicatos profesionales sirve para neutralizar la competencia entre los obreros del

mismo oficio e impedir la caída de los salarios a un nivel bajísimo, pero ni pueden suprimir la ganancia capitalista, ni tampoco unir a los trabajadores de todas las profesiones contra el privilegio del poder burgués. Por otra parte, el mero hecho de que la propiedad de las empresas pase del patrono privado al sindicato obrero, no supone ninguna conquista económica comunista, pues para eliminar el carácter privado de la economía en la apropiación y distribución de los productos, la propiedad debe transferirse a toda la colectividad proletaria.

Los comunistas consideran el sindicato como el terreno para una primera experiencia proletaria, una experiencia que permite a los trabajadores seguir avanzando, desarrollando el concepto y la práctica de la lucha política, cuyo órgano es el partido de clase.

11. En general, es un error pensar que la revolución es un problema que depende de las formas organizativas que adoptan los proletarios partiendo de la posición que ocupan dentro del marco del sistema capitalista de producción, y de los intereses que se derivan de ella. Modificar la estructura de su organización para la lucha económica no es un medio eficaz para la emancipación del proletariado.

Los sindicatos de empresa y los consejos de fábrica surgen como órganos para la defensa de los

intereses de los proletarios de las diversas empresas, cuando comienza a aparecer la posibilidad de limitar el arbitrio capitalista en la gestión de las mismas. Sin embargo, la conquista por parte de estos organismos de un derecho más o menos amplio sobre el control de la producción no es incompatible con el sistema capitalista, y podría ser incluso un recurso conservador.

El hecho de que toda gestión de las empresas pase a estos organismos no constituye (tal y como se ha dicho respecto a los sindicatos) una conquista comunista. Según la correcta concepción comunista, el control obrero de la producción sólo se puede llevar a cabo después de abatir al poder burgués, mediante el control de la gestión de todas las empresas por parte de todo el proletariado, unido en el Estado de los consejos. La gestión comunista de la producción, de todas las ramas y unidades productivas, será dirigida por órganos colectivos racionales, que representarán los intereses de todos los trabajadores asociados en la obra de construcción del comunismo.

12. Las relaciones capitalistas de producción no se pueden alterar a través de los órganos del poder burgués.

Por eso, el paso de empresas privadas a manos del Estado o de las administraciones locales no es ninguna medida comunista. Dicho traspaso va siempre

acompañado de una indemnización por el valor del capital de la empresa, y de esta forma el antiguo dueño conserva todo su derecho de explotación. Esas mismas empresas continúan además funcionando como empresas privadas en el marco de la economía capitalista, y a menudo esto constituye un medio que el Estado burgués emplea oportunamente para conservar y defender a su clase.

13. Pensar que se puede atenuar gradualmente la explotación capitalista del proletariado, o incluso eliminarla, mediante la obra legislativa y reformadora de las actuales instituciones políticas, bien a través de la actividad de los representantes del partido proletario en dichas instituciones o bien a través de la agitación de las masas, equivale a hacerse cómplice de la defensa de los privilegios de la burguesía, que de vez en cuando se muestra dispuesta a ceder aparentemente una mínima parte de estos para aplacar la impaciencia de las masas y desviar sus esfuerzos revolucionarios dirigidos contra los fundamentos del régimen capitalista.

14. La conquista del poder político por parte del proletariado, que constituye el fin al que se dirige toda la actividad, no se puede lograr conquistando una mayoría en los organismos electivos burgueses.

A la burguesía, mediante sus órganos ejecutivos del Estado, sus agentes inmediatos, le es muy fácil

asegurarse una mayoría en estos organismos electivos para sus mandatarios o para aquellos elementos que, individual o colectivamente, han caído en su juego y bajo su influencia. Además, participar en dichas instituciones implica comprometerse a respetar las bases jurídicas y políticas de la constitución burguesa. Aunque este compromiso tiene un valor puramente formal, es todo lo que necesita la burguesía para lanzar formalmente una acusación de ilegalidad, en el momento en que se vea lógicamente obligada a recurrir a sus medios reales de defensa armada, para evitar entregar el poder e impedir la quiebra de su máquina burocrática y militar de dominio.

15. Reconocer que es necesaria una lucha insurreccional para tomar del poder y al mismo tiempo proponer que el proletariado ejerza este poder permitiendo a la burguesía disponer de una representación en los nuevos organismos políticos (asambleas constituyentes o combinaciones de éstas con el sistema de los consejos obreros), es también un programa inaceptable y opuesto a la idea comunista central de la dictadura proletaria. El proceso de expropiación de la burguesía quedará inmediatamente comprometido allí donde ésta conserve su capacidad para influir de alguna manera en los órganos de representación del Estado proletario expropiador. La burguesía, empleando la influencia que aún conserva

irremediablemente, gracias a su experiencia y a su preparación técnica e intelectual, podría así desarrollar una actividad política encaminada a restablecer su poder mediante una contrarrevolución. Todo prejuicio democrático sobre esta supuesta igualdad de trato que el poder proletario debe conceder a los burgueses en lo que se refiere a la libertad de asociación, de propaganda y de prensa, tiene las mismas consecuencias.

16. El bosquejo de una organización de representación política formada por delegados de las distintas categorías profesionales de todas las clases sociales, tampoco nos acerca formalmente al sistema de los consejos obreros, porque lo que caracteriza a éste es que los burgueses están excluidos del derecho electoral, y su organismo central no lo eligen las agrupaciones profesionales, sino las circunscripciones territoriales. Este tipo de formas de representación es incluso propio de estadios anteriores a la democracia parlamentaria actual.

17. El anarquismo se opone profundamente a las concepciones comunistas, pues pretende instaurar inmediatamente una sociedad sin Estado y sin organismos políticos, y entiende que el funcionamiento de la economía futura se basará en la autonomía de las distintas unidades productivas, rechazando todo centro organizativo y regulador de las actividades humanas en la producción y en la distribución. Esta concepción se

parece a la concepción burguesa de la economía privada y es ajena al contenido esencial del comunismo. Además, eliminar inmediatamente el Estado como instrumento de poder político supone, o bien renunciar a toda resistencia a la contrarrevolución, o bien admitir que las clases se abolirán inmediatamente, esa presunta expropiación revolucionaria que seguirá inmediatamente a la insurrección contra el poder burgués.

Tal posibilidad no existe ni siquiera remotamente, pues la tarea proletaria de sustituir la economía actual por la comunista es compleja, y este proceso debe ser dirigido por un organismo central que coordine el interés general del proletariado y subordine a éste todos los intereses locales y particulares, los cuales constituyen las mayores fuerzas de conservación del capitalismo.

III

1. La concepción comunista y el determinismo económico en absoluto convierten a los comunistas en espectadores pasivos del devenir histórico, sino en infatigables luchadores. Sin embargo, la lucha y la acción son ineficaces si se apartan de las enseñanzas que ofrecen la doctrina y la experiencia crítica comunista.

2. La obra revolucionaria de los comunistas se basa en la organización en partido de aquellos proletarios que han adquirido, además de la conciencia

de los principios comunistas, la voluntad de consagrar todos sus esfuerzos a la causa de la revolución. El partido, organizado internacionalmente, funciona sobre la base de la disciplina a las decisiones de la mayoría y de los órganos centrales designados por ésta para dirigir el movimiento.

3. La propaganda y el proselitismo son actividades fundamentales del partido, y la admisión de nuevos miembros debe hacerse con las máximas garantías. Si bien el éxito de su acción se basa en la difusión de sus principios y de sus finalidades, y aunque lucha en interés de la inmensa mayoría de la sociedad, la actividad del movimiento comunista no puede depender del consenso de la mayoría. El criterio que determina si es oportuno o no llevar a cabo acciones revolucionarias es la valoración objetiva de las propias fuerzas y las del adversario. Y esta valoración depende de un conjunto de complejos factores, entre los cuales la cantidad ni es el único ni el más importante.

4. El Partido Comunista desarrolla un intenso trabajo interno de estudio y de crítica, estrechamente ligado a las exigencias de la actividad y la experiencia histórica, y se ocupa de organizar dicho trabajo internacionalmente. Además, a nivel externo, desarrolla una labor de propaganda de las conclusiones a las que ha llegado a través de su propia experiencia crítica, así como de las contradicciones de las escuelas y partidos

enemigos, en todo momento y con todos los medios a su alcance. El partido ejerce ante todo una actividad de propaganda y de atracción entre las masas proletarias, principalmente cuando éstas se ponen en movimiento, reaccionando contra las condiciones que les impone el capitalismo, y en el seno de las organizaciones que levantan los proletarios para defender sus intereses inmediatos.

5. Por tanto, los comunistas penetran en las cooperativas proletarias, en los sindicatos y en los consejos de fábrica, formando en ellos grupos de obreros comunistas y esforzándose por conquistar una mayoría, y con ella los puestos de dirección, de tal forma que las masas de proletarios encuadradas en estas asociaciones subordinen su acción a los objetivos políticos y revolucionarios superiores de la lucha por el comunismo.

6. En cambio, el Partido Comunista se mantiene al margen de todas aquellas instituciones y asociaciones en las que la participan burgueses y obreros al mismo nivel, y con más razón de aquellas dirigidas y patrocinadas por los burgueses (sociedades de socorro mutuo, de beneficencia, escuelas de cultura, universidades populares, las asociaciones de la masonería, etc.), tratando de apartar de ellas a los proletarios y combatiendo la actividad y la influencia que ejercen dichas organizaciones sobre ellos.

7. La participación en las elecciones a los organismos representativos de la democracia burguesa y la actividad parlamentaria, que siempre implican riesgos de desviación, fueron útiles para la propaganda y la formación del movimiento en el periodo en que las tareas del partido se limitaban a la crítica y a la oposición, pues aún no se esbozaba la posibilidad de abatir el dominio burgués. En el periodo actual, que ha comenzado con el fin de la guerra mundial y las primeras revoluciones comunistas, así como con la creación de la Tercera Internacional, el objetivo directo que proponen los comunistas para la acción política del proletariado de todos los países es la conquista revolucionaria del poder, trabajo al que hay que consagrar todas las energías y toda una labor de preparación del partido.

En este periodo, es inadmisibile participar en estos organismos, que constituyen un poderoso medio de defensa de la burguesía a través del cual ésta se introduce en las propias filas proletarias. Los comunistas, oponiéndose a la estructura y función de estos, defienden el sistema de los consejos obreros y de la dictadura proletaria.

La gran importancia que comporta en la práctica la actividad electoral, hace imposible conciliarla con el hecho de que no es un medio para alcanzar el objetivo principal de la actividad partido: conquistar el poder. Es

inevitable que el trabajo electoral termine absorbiendo toda la actividad del movimiento, apartándolo de la preparación revolucionaria.

8. La conquista electoral de los ayuntamientos y de las administraciones locales presenta los mismos inconvenientes que el parlamentarismo, o incluso más, y por tanto no se puede aceptar como un medio de acción contra el poder burgués, bien sea porque dichos organismos no están investidos de poder real, hallándose sometidos al poder de la maquinaria estatal, bien sea porque este método, aun pudiendo causar hoy alguna molestia a la burguesía dominante al reafirmar el principio de autonomía local, contradice el principio comunista de centralización de la acción y prepara un posible punto de apoyo para la burguesía en su lucha contra el poder proletario.

9. En el período revolucionario, todos los esfuerzos de los comunistas van dirigidos a intensificar y mejorar la eficacia de la acción de las masas. Los comunistas complementan su propaganda y preparación con grandes y frecuentes manifestaciones proletarias, especialmente en los grandes centros urbanos, y procuran utilizar los movimientos de carácter económico para hacer manifestaciones de carácter político, en las cuales el proletariado reafirma y consolida su propósito de derrocar el poder de la burguesía.

10. El Partido Comunista lleva su propaganda a las filas del ejército burgués. El antimilitarismo comunista no se basa en un estéril humanitarismo, sino que trata de convencer a los proletarios de que la burguesía les arma para defender sus propios intereses y para emplear su fuerza contra la causa del proletariado.

11. El Partido Comunista se adiestra para actuar como un estado mayor del proletariado en la guerra revolucionaria. Con este objetivo prepara y organiza su propia red de información y comunicaciones, y sobre todo apoya y organiza el armamento del proletariado.

12. El Partido Comunista no se aviene a acuerdos o alianzas con otros movimientos políticos que, aun coincidiendo en un determinado objetivo contingente, divergen en el programa de acción posterior. Y también rechaza el criterio de aliarse con cualquier tendencia proletaria que, aceptando la acción insurreccional contra la burguesía (el llamado frente único), discrepe del programa comunista en lo que respecta al desarrollo posterior de la acción.

El hecho de que así aumenten las fuerzas que apuntan a la destrucción del poder burgués no supone ninguna condición favorable si luego son insuficientes las fuerzas que se dirigen a fundar el poder proletario sobre las directivas comunistas, que son las únicas que garantizan su duración y su éxito.

13. Los soviets o consejos de obreros, campesinos y soldados, constituyen los órganos del poder proletario, y sólo pueden ejercer su verdadera función tras del derrocamiento del dominio burgués.

Los soviets no son en sí mismos órganos de lucha revolucionaria, sino que se convierten en revolucionarios cuando el Partido Comunista conquista una influencia mayoritaria en ellos.

Los consejos obreros pueden surgir incluso antes de la revolución, en un período de crisis aguda en el cual el poder del Estado burgués se halle en serio peligro.

La iniciativa de constituir soviets puede ser necesaria para el partido en una situación revolucionaria, pero no es un medio para provocar dicha situación.

Si el poder de la burguesía se consolida, la supervivencia de los consejos puede presentar un serio peligro para la lucha revolucionaria, en forma de conciliación y mezcla entre los órganos proletarios y las instituciones de la democracia burguesa.

14. Los comunistas no se caracterizan por proponer, en todo momento, ante cualquier episodio de la lucha de clases, la movilización inmediata de todas las fuerzas proletarias para la sublevación general, sino por defender que el desenlace inevitable de la lucha será

de carácter insurreccional y por preparar al proletariado para afrontarla en condiciones favorables para el éxito y el ulterior desarrollo de la revolución.

Dependiendo de la situación, que el partido deberá saber analizar mejor que el resto del proletariado, puede que sea necesario precipitar o retrasar el choque definitivo.

En todo caso, la tarea específica del partido es combatir tanto a quienes empujan al proletariado al desastre, al querer precipitar a toda costa la acción revolucionaria, como a aquellos oportunistas que tratan de aprovechar las circunstancias que desaconsejan la acción final para detener definitivamente el movimiento revolucionario, dispersando hacia otros objetivos la acción de las masas, acción que el Partido Comunista, en cambio, debe siempre encaminar hacia el terreno de la preparación efectiva para la inevitable lucha armada final contra las defensas del principio burgués.

DISCURSO DE BORDIGA EN EL XVII CONGRESO DEL PSI

El XVII Congreso del PSI se celebró en la ciudad de Livorno, entre el 15 y el 21 de enero de 1921.

Camaradas, la Fracción Comunista, en nombre de la cual hablo, ya ha tenido ocasión de exponer ampliamente los elementos de juicio y los argumentos en los que se basa su actitud: en las discusiones que han precedido al Congreso, en el informe escrito que os hemos distribuido y en el discurso de Terracini, en el que se elucidan las tesis fundamentales que proponemos en nuestra resolución.

Nuestro punto de vista, que ha sido resumido primero en un manifiesto-programa y después en la moción aprobada en el Congreso de Imola, ya lo conoce el conjunto del Partido desde hace tiempo. En el punto de la discusión en el que nos encontramos, camaradas, mi intención no es retomar todo el problema, lo que por otro lado no sería posible. Desde esta tribuna, quisiera más bien recordar cuál es el valor y el significado de este Congreso, en la política internacional del movimiento obrero, desde el punto de vista del conflicto internacional que enfrena al comunismo con la tendencia de derechas que existe en el mundo proletario.

Permitidme entonces recordar brevemente algunos hechos que debemos tener presentes para este análisis, y que se remontan a las memorables experiencias pasadas, que nuestra fracción ya ha tratado ampliamente en los documentos que os recordaba antes. Mi objetivo no es presentaros aquí una crítica completa de la degeneración del movimiento proletario y socialista en la Segunda Internacional y, sin embargo, es necesario partir de aquí.

En las últimas décadas que precedieron a la guerra del 1914, el movimiento socialista había adquirido en su mayor parte el carácter que conocéis bien todos, y que le había llevado a deformar y abandonar la doctrina fundamental del marxismo y la praxis revolucionaria que se deriva de ella. Por supuesto, no fue el azar, ni el capricho o la vanidad de los hombres lo que determinó semejante orientación, sino las propias características del desarrollo del capitalismo. Nosotros siempre hemos defendido a la izquierda marxista, también en el seno de la vieja Internacional. Desde que Marx y Engels establecieron su obra crítica fundamental, poseemos todo ese bagaje doctrinal que nos permite prever el final del anegado capitalismo, a través de un desarrollo revolucionario cuya concepción está magníficamente resumida en el *Manifiesto de los Comunistas*. No obstante, esta previsión acerca del modo en que desaparecerá la sociedad capitalista de la historia de la

humanidad, presentada histórica y políticamente en el *Manifiesto de los Comunistas* y analizada en profundidad en *El capital*, no es en absoluto un simple y frío esquema que pueda realizarse y desplegarse sin más.

Ciertamente, según el análisis que nosotros los marxistas hacíamos del capitalismo, éste parecía destinado a sucumbir. Debido al desarrollo de algunas de sus íntimas contradicciones, parecía destinado a no representar ya, superado un cierto estadio, un sistema de producción provechoso para la humanidad. Sin embargo, el capitalismo y la sociedad burguesa iban elaborando al mismo tiempo en su seno elementos de conservación, elementos de equilibrio que compensaban los factores de la crisis, una especie de anticuerpos como los que todo organismo segrega para eliminar las toxinas que minan su existencia.

Ahora bien, ésta es precisamente la fisonomía que iba adquiriendo poco a poco el movimiento proletario de la Segunda Internacional, en lugar de representar el factor decisivo del derrocamiento del capitalismo. En la lucha suprema entre la clase patronal y las fuerzas productivas, que debían rebelarse contra el engranaje de las relaciones entre productores y burgueses, el movimiento proletario, debido a la complicación creciente de la fase capitalista de la evolución del mundo burgués, se fue transformando poco a poco en un factor

de equilibrio y de conservación del régimen burgués. Se habían abandonado dos elementos imprescindibles en el ámbito doctrinal, como son, por un lado, la crítica fundamental de las ideologías democrático-burguesas y pequeñoburguesas, punto de partida del marxismo, y por otro lado la antítesis entre el proletariado, portador de ideologías nuevas, de fuerzas nuevas, de sistemas nuevos, de instituciones nuevas, y todo el mecanismo democrático propio del sistema capitalista. De manera que esta antítesis revolucionaria fundamental fue reemplazada por una convergencia, una colaboración entre por un lado el principio ideológico y el sistema representativo de la democracia burguesa y por el otro la función del movimiento proletario, entendido ya no como el impulso supremo y autoritario de la clase hacia su destino, sino como pequeños intentos por parte de algunos grupos, grupillos y categorías restringidas para imponer sus limitados intereses.

Pero el gran interés de la clase proletaria no puede, no debe, no conseguirá nunca realizarse en el marco del mecanismo político actual. El objetivo supremo de toda clase proletaria sólo puede alcanzarse barriendo las instituciones políticas sobre las que se funda el poder del capitalismo. Sin embargo, existe la posibilidad de conciliar los intereses inmediatos y contingentes de ciertos grupos o categorías, tratando de satisfacerlos, aunque sea de manera ilusoria, a través del

mecanismo democrático, del derecho al sufragio, de todos los derechos que la sociedad burguesa reconoce a las masas proletarias en la constitución.

Al asumir esta segunda función, camaradas, en la Segunda Internacional el socialismo se había convertido en un movimiento sindical cooperativo de grupos obreros para la defensa de los intereses inmediatos, con el cual encajaba a la perfección un movimiento puramente electoralista, puramente socialdemócrata, de conquista de los mandatos electivos en el organismo representativo burgués, para colocar junto a la burguesía a la clase destinada a combatirla y a derribarla.

Este movimiento, este fenómeno histórico, al limitar el ascenso vertiginoso de la ganancia capitalista, ejerciendo de factor de equilibrio frente a la sed de ganancias de la clase burguesa, ha compensado el fatal proceso de concentración de capitales, de crecimiento de la miseria, de exasperación de las relaciones capitalistas, sin poder eliminarlo definitivamente, permitiendo así a la sociedad burguesa hallar el equilibrio en su contradicción más íntima, precisamente en la función del movimiento proletario, de la mayor parte del movimiento socialista de la Segunda Internacional, que había convertido la vieja fórmula revolucionaria en un frío cuadro al que se echaba un ojo de vez en cuando y que se denominaba programa máximo. En cambio, consagraba toda su actividad, toda su praxis, a la

realización de aquello que estaba escrito en su programa mínimo, que no representaba sino una serie de peldaños que el proletariado supuestamente debía subir uno a uno. Pues bien, la historia ha demostrado la falsedad de esta doctrina y de esta teoría del movimiento revisionista. La concepción pesimista, catastrófica y revolucionaria del marxismo afirmaba que era imposible salir pacíficamente del mecanismo de la sociedad actual, que era inevitable que la contradicción del capitalismo condujera a la batalla revolucionaria suprema entre las clases. Esta previsión histórica fue sustituida por otra, según la cual el mundo capitalista se iría modificando gradual y lentamente con toda seguridad, inyectando poco a poco unas dosis de socialismo en sus diferentes estructuras. Así, sin necesidad de este choque supremo, de este conflicto, de esta catástrofe, se iría transformando poco a poco, convirtiéndose en una sociedad socialista, es decir, una sociedad fundada sobre la socialización de los medios de producción y de intercambio.

Pues bien, no voy a insistir en cómo la guerra desveló las falacias de esta doctrina. No pretendo hacer una conferencia propagandística y no puedo entretenerme en demostrar que la guerra, crisis suprema, última fase del imperialismo capitalista, no hizo precisamente nada más que confirmar las características de la crisis final del régimen burgués, ya señaladas en la

doctrina de Marx. Con la guerra, el movimiento vio cómo la posibilidad de realizar su programa desaparecía de la historia. ¿Cuál fue su tarea, su *rôle*¹, en una situación de este tipo? Para explicar esta situación (que se repetirá después, como veremos, en el episodio de la posguerra) primero hay que entender que nuestra doctrina, nuestro método crítico no se basa en la voluntad de los hombres. No son la conciencia ni el pensamiento los que dirigen la historia, sino fuerzas más complejas y profundas. Por eso, no se podía esperar que aquellos revisionistas, los mismos que habían excluido la posibilidad de un ataque revolucionario del proletariado contra la burguesía, que habían acariciado la ilusión de una revolución pacífica y gradual del mundo capitalista, que no sólo excluía la guerra de clases, sino incluso la guerra entre Estados capitalistas, no se podía esperar que ante un fenómeno tan grandioso, al llegar a su punto crítico, a pesar de la advertencia lanzada por el último congreso de la Segunda Internacional, no se podía esperar que toda esta gente dijera: «nos hemos equivocado, nuestras teorías eran falsas y estamos dispuestos a dar marcha atrás». Por eso hay que volver al viejo método revolucionario, hay que negarse a seguir a la burguesía en la guerra, y ciertamente hay que aceptar las armas que ésta ofrece a

¹ Papel, función. En francés en el original.

los proletarios para utilizarlas en el choque revolucionario.

Esto no era posible, pues cuando hablamos del fenómeno que estoy explicando, que podemos denominar oportunismo (a falta de un término mejor, que quizás existe en otro idioma), sin pretender darle una definición de orden ético e individual, hablamos de un fenómeno que supera la voluntad de aquellos que estaban a la cabeza del movimiento proletario en vísperas de la guerra. El terreno sindical, por un lado, y el parlamentario, por el otro, eran los resortes de un mecanismo diseñado para tal efecto, para proporcionar al proletariado pequeñas satisfacciones y pequeñas mejoras, y para lograr esos resultados había inevitablemente que manejar esta máquina y entrar en contacto, en discusión, en transacción permanente con la burguesía, lo cual les conducía continuamente a unos acuerdos en el terreno sindical que les encaminaban cada vez más por la vía de la colaboración política, del posibilismo, del entendimiento con la administración de la cosa pública y de la intervención de los representantes del proletariado en los mecanismos de poder gubernamental burgués. Por eso en 1914 no fue posible parar esta máquina que el proletariado alimentaba con sus esfuerzos, sus ahorros, sus sacrificios, su acción, y a veces incluso con su sangre, puesto que también entonces se produjeron episodios violentos de lucha de

clases. La máquina continuó funcionando y sus dirigentes continuaron perseverando en el mismo método, puesto que no podían modificar su curso fatal.

Este mecanismo había perdido su objetivo final y su concepción teórica, pero no podía cambiar su praxis ni su estructura mecánica. Dado que servía de equilibrio a la burguesía, su objetivo, la colaboración, fracasó porque no había margen para el reformismo. Pero la colaboración, superior a la voluntad de todos, se mantuvo, y es así como el Partido Socialista y las organizaciones proletarias de la mayor parte del mundo se convirtieron en los mejores instrumentos que el capitalismo hubiese podido imaginar y desear para conducir sin resistencia las multitudes proletarias al sacrificio de la guerra nacional. (*Aplausos*).

He querido recordar aquí todo esto solo para establecer las características de este fenómeno que he llamado «oportunismo». Éste no podía proponerse alcanzar los objetivos que su propia historia rechazaba, y no podía hacer nada más que perseverar en su vieja praxis, su viejo método, y convertirse en un elemento de defensa de la clase burguesa contra la clase proletaria.

No puedo proseguir este análisis en todos sus detalles, pero en la posguerra nos encontramos con el mismo fenómeno. Graziadei y Terracini ya han contado cómo interpretan los comunistas la situación de

posguerra. ¿Cuál es la tesis fundamental de la Tercera Internacional? La tesis fundamental es esta: la situación heredada de la guerra de los Estados burgueses debe transformarse en todo el mundo en una guerra revolucionaria entre las clases. Pues bien, camaradas, al día siguiente de la guerra, los vestigios del viejo error provocaron una situación análoga. En efecto, ante esta situación, por un lado los comunistas marxistas afirman que hay que orientar el movimiento proletario hacia este programa máximo que por fin aparece en la historia en primer plano, que es por fin tangible, que se está realizando por fin en algunos países, y cuyo resultado supremo y único es la conquista del poder político, punto de partida de la revolución proletaria. Pero mientras por la izquierda el marxismo comunista afirma con su pensamiento y acción esta verdad, el viejo error, el viejo método persiste todavía en el mundo entero, en todos los países. Todavía hoy se afirma que, pese a la terrible catástrofe de la guerra y aunque esta haya condenado y deshonrado para siempre el mecanismo socialdemócrata capitalista, aún tenemos ante nosotros, igual que antes, un periodo de evolución gradual, de conquistas sucesivas, de resultados parciales, y se rechaza la táctica que, regresando por fin a la concepción original del marxismo revolucionario, le dice al proletariado que no debe luchar más que por la conquista del poder, y que sólo a través de esta lucha, rompiendo el aparato estatal burgués, su policía, su

ejército y sus parlamentos, podrá crear el nuevo aparato estatal, el aparato de los Consejos proletarios. En efecto, sólo de esta forma se puede forjar un instrumento capaz de intervenir en las relaciones capitalistas de producción y de transformarlas para eliminar la explotación de los trabajadores y el desnivel entre las clases.

Ante esta tesis, la mentira revisionista persiste en sus equívocos.

Sí, camaradas, el fenómeno se repite. Este fenómeno también se repitió en Rusia de manera evidente, en la situación revolucionaria que presentó en este país antes que en otros, y si este fuera el momento de discutir sobre esto en profundidad, ¡habría que recordar muchas cosas de la historia que ha vivido el proletariado de occidente! (*Aplausos*).

Por tanto, camaradas, cuando se planteó el problema de saber «cómo debe liquidar el proletariado la herencia de la guerra», el revisionismo, efectivamente pudo defenderse en Rusia con mejores razones que en otros sitios, porque Rusia era el único país en el que se podía defender la forma democrática de la revolución desde un punto de vista socialista, aunque solo fuera por el hecho de que había que dejar en vigor durante un tiempo una constitución política de naturaleza parlamentaria y democrática. Pero fue allí donde se produjo, en el país donde había menos posibilidades de

que se produjera, a pesar de las condiciones locales y por efecto de circunstancias universales, donde la herencia histórica de la situación bélica colocó al proletariado ruso ante el problema de la realización máxima, de la conquista del poder, de la destrucción de esas mismas instituciones democráticas que acababan de nacer. Allí también se dividió el movimiento proletario, y la doctrina socialdemócrata y reformista halló seguidores entre los jefes políticos del proletariado, que dijeron: «No, ésta no es la perspectiva, éste no es el futuro. El proletariado ruso no puede lograrlo. No. No negamos que en Rusia hay que lograr la dictadura del proletariado, porque este problema lo ha planteado mejor el movimiento socialista ruso que el de otros países». Y se manifestaron durante las conferencias internacionales que se celebraron durante la guerra, en Zimmerwald y Kienthal, donde se reunieron por varias razones muchos socialistas contrarios a la guerra. Pero, como decimos, fue la izquierda bolchevique de Rusia la que planteó con más claridad la tesis siguiente: no basta con deplorar la guerra como quien deplora las injusticias del capitalismo. Hay que lanzar a las masas esta consigna: transformar la guerra nacional de los Estados en guerra civil del proletariado. (*Aplausos*)

En Rusia, camaradas, se produjo un fenómeno perfectamente análogo, este mismo fenómeno del

movimiento reformista, menchevique, socialdemócrata, justo en el momento supremo en el que el proletariado, apoyándose en una nueva institución, se hizo con las armas del ejército y la marina y se lanzó a la batalla suprema por la conquista del poder. En aquel momento, en efecto, el menchevismo no dijo: «Mis teorías han demostrado ser falsas, lo que yo creía imposible en Rusia hoy se está realizando, pues el proletariado ya está en pie, inflamado por la consigna de la conquista del poder». Si no lo dijo es porque tales conversiones no son posibles, porque tenía entre sus manos una estructura, un mecanismo que debía seguir funcionando como en el pasado, al lado de Kérenski y de Martov, continuando con su práctica de colaboración con la burguesía. Y cuando Lenin se levantó en contra de Kérenski, los mencheviques no tuvieron elección: pasaron al campo de Kérenski e hicieron causa común con la burguesía contra la revolución. (*Aplausos*)

Voy a pasar rápidamente por constataciones análogas, relativas a otras revoluciones comunistas, que no han triunfado, al contrario que la revolución rusa. Diré simplemente que estas experiencias de orden histórico han sido confirmadas principalmente por las revoluciones que se han detenido en la fase socialdemócrata dirigida por los reformistas. También ellos, en efecto, están a favor de la toma del poder, pero quieren hacerlo sin el previo ataque violento contra las

instituciones actuales, y, por tanto, sin ninguna fuerza que permita, como primer acto de sustitución de la burguesía por el proletariado, tomar este mecanismo jurídico, militar y policial y barrerlo y tirarlo a la basura, como un artefacto caduco para la historia y que debe abandonar su puesto cuando irrumpe otra institución.

No creen que sea posible. No creen que el proletariado pueda gestionar solo el poder después de haber despedazado la máquina gestionada por sus opresores. Creen que se pueden utilizar los mismos artefactos que el proletariado encuentra en su camino cuando ataca los privilegios de la minoría burguesa.

Decía que ya hemos visto gobiernos socialdemócratas. No se trata sólo de gobiernos de colaboración con partidos burgueses, sino de gobiernos unánimemente socialistas, menos una o dos personas, como en Ucrania y en Georgia, y como en otros países de manera menos evidente. Hemos visto también la derrota a gran escala de la socialdemocracia, puesto que estos países no han llevado a cabo lo que la dictadura del proletariado ha hecho en Rusia, pese a los miles de obstáculos, constituyéndose económicamente sobre puras bases marxistas, contra todas las mentiras burguesas. No sólo no han realizado su tesis histórica, que Terracini ha expuesto tan bien, sino que ni siquiera han podido demostrar su tesis de que el proletariado puede alcanzar el poder por vías democráticas, evitando

la dictadura y la violencia, evitando violar las libertades y el derecho de pensamiento y de agitación, puesto que sus gobiernos han necesitado utilizar la dictadura y la violencia, eliminando la libertad ajena. Pero, ¿cómo se ha verificado esto? Mientras que en la dictadura de los Soviets rusos la clase que sufre la dictadura, que sufre también los horrores del terror rojo y que se considera como el enemigo de la causa proletaria es la clase de los explotadores, privada de sus viejos derechos y de sus privilegios, la clase que quiere atentar contra las conquistas de la revolución, en estos otros países, en cambio, se ejerce la dictadura, se ejerce la violencia, se aplica el terror, pero contra los proletarios, contra los comunistas. (*Aplausos*).

He aquí, camaradas, las dos alternativas que la historia mundial presenta hoy: dictadura burguesa o dictadura proletaria. Pero es aquí cuando interviene la escuela intermedia, que le dice a los proletarios «¡Adelante!», pero sin dictadura y sin violencia. Su papel, determinado por la historia por encima de su voluntad y de su conciencia, es el de ser los últimos gestores de la dictadura burguesa contra la revolución proletaria. Por ello, camaradas, más que recordar casos opuestos, nos hemos esforzado por establecer cuáles son los síntomas que anuncian este peligro siempre presente en las filas del movimiento proletario. Nos hemos esforzado por clarificar las características de este

movimiento porque hoy, en todo el mundo, un nuevo instrumento de lucha política y de resurgimiento del proletariado está reconstituyéndose, gracias al valor de socialistas formados al calor de la guerra y la revolución rusa, gracias a la iniciativa y al legítimo honor de los camaradas del gran partido marxista y revolucionario de Rusia. Y debe reconstituirse sobre criterios antitéticos y opuestos. Hay que evitar que este instrumento corra de nuevo el riesgo de convertirse en un mecanismo de conservación y de equilibrio capitalista, en lugar de ser el arma bien templada que, empuñada por el gigante proletario, servirá para abatir las últimas resistencias del mundo actual.

He aquí pues, camaradas, el problema que se le ha planteado a la Internacional Comunista: en el momento en el que los viejos partidos de la Segunda Internacional se descomponen y se hallan en la imposibilidad de retomar su papel de antes de la guerra, pues se han deshonrado clamorosamente a sí mismos ante la gran masa proletaria, he aquí que algunos de esos partidos se esfuerzan por entrar en la Tercera Internacional. Al principio del año pasado, en numerosos congresos, hemos visto partidos fundamentalmente socialdemócratas abandonar la Segunda Internacional para intentar entrar en la Tercera. Entonces, camaradas, ante este problema esencial, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista convocó el Congreso de

Moscú. Se trataba de reconocer el peligro, de establecer sus características, de ver qué normas permiten evitarlo, es decir, hacer el diagnóstico y al mismo tiempo encontrar el remedio a esta enfermedad oportunista que amenaza con gangrenar el peligroso movimiento proletario, con penetrar en las propias filas de la nueva Internacional que se está constituyendo. Mediante todo el material crítico que el pensamiento comunista marxista viene elaborando desde antes de la guerra, mediante las conocidas y actuales polémicas entre la izquierda revolucionaria y la derecha reformista, con todo este material, surgen los primeros elementos que permiten identificar el peligro reformista.

El Congreso proporcionará aún más elementos para la experiencia internacional de esta lucha, por lo que me limitaré a recordar los argumentos característicos del oportunismo, señalar dónde se encuentra en Italia, si existe todavía, qué hacer para librarnos de él, qué advertencias hará este Congreso, y cuáles serán las consecuencias de todo esto para el movimiento comunista del proletariado internacional.

Os decía que el movimiento revisionista se caracteriza por esas prácticas puramente corporativistas en economía, puramente electorales en política, sobre las cuales es inútil insistir más. Pero también lo caracterizan algunas de sus tesis favoritas. En el fondo, frente a la ideología, la doctrina y la teoría, el

revisionismo dispone de un argumento de fácil aplicación demagógica, que se resume en la siguiente fórmula: «queremos actuar, no teorizar». Esto a menudo levanta aplausos entre los proletarios sinceramente revolucionarios, aunque éstos pueden descubrir la trampa que se esconde tras este fácil recurso oratorio, acordándose de lo que dice la doctrina. El movimiento revisionista se ha hecho un hueco en el pensamiento marxista de los revolucionarios destructores, ha adquirido todas las características de la ideología burguesa y pequeñoburguesa. Gracias a algunos argumentos específicos y a extrañas contradicciones entre sus tesis pasadas y las actuales, gracias a la elasticidad y desenvoltura con las que evoluciona en el transcurso de las situaciones, el revisionismo termina siempre, sin saberlo, elaborando las respuestas menos revolucionarias.

¿Cuál es su argumento característico? Solo recordaré algunos, aunque solo sea por no aburrirlos: la manera en la que el reformismo afronta el problema de la revolución. Incluso en vísperas de la guerra, en un momento en el que el problema no estaba a la orden del día de la historia, en el que no se nos planteaba, nosotros hablábamos de programa revolucionario y de tendencia revolucionaria, diciendo: «ciertamente, hoy no es posible hacer la revolución. No existen todas las condiciones, la fuerza proletaria necesaria para el

choque supremo. Pero sin embargo es necesario hacer propaganda entre el proletariado para mostrar la necesidad de esta revolución, hay que decirle que en cada episodio, en cada lucha, no resuelve nada definitivamente, sino que adquiere más experiencia, que el mecanismo social actual no le ofrece ninguna esperanza de cara al porvenir, que primero hay que romperlo y destruirlo para poder fijar la mirada en el horizonte». El reformismo siempre eludió esta cuestión, que es una vieja polémica en nuestros congresos. La eludía argumentando que, dado que la revolución no es posible, ¿para qué destruir? «Somos realizadores», decían, «gente práctica, queremos decir a las masas lo que pueden hacer hoy, no lo que podrán hacer mañana». Y recurriendo a este sofisma a la hora de valorar las condiciones contingentes, combatían nuestra tesis intransigente. Nos decían: «¿Por qué decís que no hay que hacer alianzas electorales, que no es necesaria la colaboración de clase? Hoy no es necesaria, pero mañana la situación habrá cambiado, será diferente. ¿Quién sabe cómo será?». El reformismo no tenía ninguna visión histórica. Simplemente había abandonado la vieja visión esquemática, pero fuertemente revolucionaria, que el marxismo había trazado en su programa. Había inscrito sobre su bandera la famosa fórmula de Bernstein: «el objetivo no es nada, el movimiento lo es todo». Con la práctica cotidiana, decían, es como se puede conquistar algo, con huelgas y

elecciones. Todo esto es un fin en sí mismo y no necesitamos más, pues el proletariado no sabría qué hacer con ello. Curiosamente, camaradas, hay otro problema en el que se equivocan completamente: cuando nos llaman voluntaristas. ¡Pero si los voluntaristas sois vosotros!, que nos acusabais de caer en un determinismo excesivo, que degeneraba en fatalismo, cuando afirmábamos que la acción inmediata no era nada y que había que ligar todo al objetivo lejano, que conducía a la previsión negativa del maximalismo histórico, mientras que vosotros conducíais al proletariado hacia una transformación superficial, no hacia la transformación efectiva de las relaciones sociales existentes.

Hubo dos revisiones voluntaristas del determinismo marxista por parte del reformismo, en lo que respecta a la interdependencia entre la ley histórica y la voluntad humana, y ambas iban en nuestra contra. Se trata de la revisión de los reformistas y la de los sindicalistas. La izquierda marxista, en cambio, afirmaba ya entonces que había que habituar al proletariado a mirar lejos, pues a la sazón la situación histórica no ofrecía la posibilidad de actuar. El mayor obstáculo a la realización de la revolución proletaria no es la falta de voluntad de acción del proletariado, sino su falta de bagaje doctrinal, de método crítico. Hoy, en cambio, en la posguerra, nosotros afirmamos que la

voluntad del proletariado coincide con el acto supremo a través del cual debe superar la estructura del mundo capitalista. (*Aplausos*)

¿No existen las condiciones revolucionarias? Aquí los argumentos del revisionismo son interesantes. Interesantísimos. No existen porque la economía capitalista se halla en condiciones miserables. Pero no creo que os hayáis olvidado de esta afirmación contenida en vuestro formulario marxista: cuando nace una sociedad nueva, significa que ya han madurado en el seno de la vieja sociedad todas las condiciones de su existencia, de manera que el proletariado puede emprender el acto revolucionario que conduce al comunismo precisamente cuando la forma económica e histórica del mundo burgués complete su evolución. Pues bien, es curioso, pero según el reformismo en 1914 estábamos lejos de esta situación porque la economía capitalista era demasiado floreciente, demasiado civilizada, porque dejaba caer algunas migajas de su banquete sobre las multitudes proletarias. Y ahora que la situación es la inversa, ahora que el mecanismo capitalista ya no funciona y provoca hambre, miseria y sufrimiento al proletariado del mundo entero, nos vienen a decir que la máquina está demasiado deteriorada para que podamos hacernos con ella. (*Signos de aprobación*). Sin doctrina, sin ideas, con este método de afrontar cotidianamente las situaciones contingentes, los

reversionistas se han vuelto expertos en el arte que consiste en decir siempre no al proletariado, este diligente arte que siempre dará al proletariado las respuestas más susceptibles de disipar en él toda voluntad y toda energía revolucionarias. (*Aplausos*).

De la misma forma, en la cuestión del internacionalismo, se ha renegado por completo de la tesis en las distintas naciones. ¿Os acordáis cuando, durante la guerra, nos opusimos a la fórmula «ni adherirse, ni sabotear la guerra», y defendimos, aunque sólo fuera teóricamente, la fórmula de los bolcheviques de sabotear la guerra burguesa? Cuando en 1917 y 1918 algunos movimientos proletarios hacían entrever la posibilidad de transformar ésta en una acción contra el Estado burgués, ¿os acordáis de la objeción de nuestra derecha? Sí a la revolución, pero en todos los países al mismo tiempo. Si no, estamos haciendo el juego a una burguesía contra la otra. Hoy, en cambio, cuando la revolución ha comenzado, cuando el proletariado ruso lleva en pie ya tres años, defendiendo su destino él solo, cuando la revolución se ve amenazada, también hay que esperar, porque al contrario de lo que se ha producido allí, aquí las condiciones todavía no han madurado. (*Aplausos*).

Y llego al argumento principal, que es este: las diferentes condiciones que existen en cada país. Ninguno de nosotros afirma que la revolución pueda

llevarse a cabo en el mismo instante en todos los países. Pero vayamos a la cuestión de las diferencias nacionales, cuya existencia ya había afirmado Marx y que nosotros, sus muy modestos discípulos de la Tercera Internacional, no tenemos ninguna intención de negar. El II Congreso de la Tercera Internacional conocía perfectamente la existencia de este problema de las diferencias nacionales, pero no por ello resolvió que los partidos nacionales debían gozar de absoluta autonomía. Admitió una cierta autonomía. Esto ya se ha mencionado, es verdad. Pero veamos cómo hay que aplicar las resoluciones del II Congreso de Moscú a este problema de la dirección del conjunto de la acción internacional proletaria y de las exigencias diversas que la acción puede presentar en tal o cual país.

El Congreso de Moscú nos ha dado dos tipos de tesis: las tesis sobre las condiciones de admisión, que precisamente deben garantizar que ningún partido oportunista no comunista entre en la Tercera Internacional, y las tesis sobre las tareas principales de la Internacional Comunista. En estas últimas (hay una serie de tesis para cada país) se examinan las diferentes condiciones de los diversos países. En las primeras, los comunistas, no solo de Rusia sino de todos los países, han querido redactar, han redactado de una manera que quizás no es perfecta (para mí no es perfecta, porque deberían haber sido todavía más severas), lo que había

de internacional en el proceso de organización del nuevo movimiento, lo que debe diferenciar en todas partes a las fuerzas que se adhieren a la plataforma del comunismo marxista de aquellas que se mantienen, más o menos veladamente, en el viejo terreno socialdemócrata y de la Segunda Internacional.

Pues bien, nosotros afirmamos que la asamblea internacional suprema no solo tiene derecho a establecer las fórmulas que se aplican y deben aplicarse a todos los países sin excepción, sino que también debe ocuparse de la situación de cada país. La Internacional, por tanto, puede decir qué es lo que piensa que hay que hacer, por ejemplo, en Inglaterra, y de qué manera hay que actuar allí. Dicho esto, no es verdad que las condiciones particulares de los diferentes países no se hayan tenido en cuenta. Ninguno de nosotros ha afirmado nunca que haya que aplicar exactamente la misma táctica en todos los países. Pero hay una serie de condiciones que no son de carácter táctico, sino organizativo, unas condiciones que sirven tanto para dirigir la acción de los partidos como para reunir, en todos los países donde haya comunistas, los agrupamientos que pertenecen a esta tendencia históricamente marxista, e incluirlos en el seno de la Tercera Internacional, armonizándolos con su doctrina, sus métodos y sus objetivos. Pero como os estaba diciendo, el Congreso también ha examinado las diversas condiciones en las que se encuentran los

diferentes países y, así como en el caso de Inglaterra ha reconocido que es necesario adaptar las tesis, respetando siempre las decisiones del II Congreso de la Tercera Internacional, lo mismo ha hecho en el caso de Italia. La tesis 17^a de las condiciones de admisión, que no excluye la aplicación integral de las 21 condiciones en Italia, como en cualquier otro sitio (en efecto, no encontrareis en ninguna tesis particular o de ámbito nacional nada que contradiga las 21 condiciones, puesto que si existiera tal contradicción, se habría eliminado dicha tesis, estando fuera de lugar), permite que estas condiciones se apliquen según las exigencias de tal o cual partido, siempre que se respeten las condiciones que afectan a todos los partidos. He aquí entonces el mecanismo lógico según el cual el II Congreso ha deliberado, he aquí las bases sobre las que se ha fundado esta organización internacional de la que no podemos sustraernos, y he aquí cómo se plantea el problema de las diferentes condiciones y de la autonomía desde el punto de vista de la organización y de la táctica comunistas.

Pero hay otro argumento interesante, de carácter sentimental, con el que se oponen a la aceptación de estas 21 condiciones. Por todas partes se ha formado una corriente que dice: «las aceptamos, pero en nuestro país no podemos aplicarlas, porque existen condiciones especiales». Esto se ha llegado a afirmar en Italia, en

Francia, en Suiza, en Alemania y en Inglaterra. Si se aceptara este principio, las 21 condiciones no se aplicarían en ningún país del mundo. (*Aplausos de los comunistas*).

Incluso se dice: las 21 condiciones se corresponden con las condiciones de Rusia. Eso no es verdad. Aprovechan la experiencia rusa, y no creo que haya aquí nadie tan ciego como para negar el valor de la experiencia rusa a la hora de tratar las cuestiones de la lucha proletaria internacional, ya se esté o no de acuerdo con las conclusiones. Pero las 21 condiciones no sirven en Rusia. Es el único país en las que son inútiles, porque allí el peligro del oportunismo está superado.

Si leéis cualquiera de estas 21 condiciones, os daréis cuenta rápidamente de que casi ninguna puede aplicarse al Partido Comunista Ruso. Cuando se dice, por ejemplo, que hay que recurrir a la acción ilegal, esto no es aplicable a Rusia, pues allí lo que existe es la legalidad proletaria y soviética y la acción ilegal ya no es necesaria. Cuando se dice que hay que combatir los *bunds*² reformistas y sindicales, esto tampoco se puede aplicar en Rusia. Y cuando se dice que hay que entrar en los parlamentos (aunque nos veamos obligados a ir con

² Término yidis que significa unión o federación. Fue un movimiento político judío de corte socialista, creado a finales del siglo 19 en el Imperio ruso.

la soga al cuello), esto tampoco es aplicable a Rusia, puesto que allí ya no hay parlamento, como espero que suceda también aquí antes de las próximas elecciones.

Podéis ver, pues, que las 21 condiciones no están pensadas para las particulares circunstancias de Rusia.

Pero hay otro argumento que también es bastante sintomático. Los derrotistas de la revolución rusa, aquellos que han combatido contra las falanges rojas del proletariado en las filas de los ejércitos de la reacción, que han sido cuanto menos cómplices de todos los actos de estrangulamiento de la Republica proletaria, los Martov, los Chernov y otros canallas del mismo tipo, se dan una vuelta por los congresos de todos los partidos proletarios del mundo entero y van contando en todas partes que la Internacional Comunista quiere aplicar por la fuerza los métodos que han sido aplicados en Rusia. ¿Pero dónde se dice eso? Es más, quienes dicen esto son precisamente los que en Rusia también se opusieron a estos métodos y combatieron la dictadura del proletariado y el principio soviético.

Podéis ver, pues, que este argumento de las diferentes condiciones existentes en cada país no es más que uno de los numerosos sofismas que se fabrican para llegar a esta conclusión: sí a la revolución, sí a la dictadura, sí a todo lo que digáis, pero no ahora, no aquí, mañana, en otro sitio. (*Risas, comentarios animados*).

Veamos ahora cómo se ha comportado el Partido Socialista Italiano frente a este proceso general. El proceso de superación (era natural que se produjera) de las viejas estructuras, del viejo mecanismo, de los viejos sistemas, que en otros países se manifestó a través del estallido de los partidos en el momento mismo de la guerra, mediante su adhesión explícita a la causa burguesa, presentó en Italia condiciones diferentes. Veamos cómo estas diferentes condiciones han producido un resultado distinto y qué han supuesto para la Internacional las experiencias particulares de la situación italiana y el nacimiento del movimiento comunista en Italia. Veamos si estas condiciones particulares permiten concluir, como vosotros afirmáis, que el Partido Socialista Italiano es el único partido socialista en el mundo que ha pasado por la guerra y se dirige hacia la revolución manteniendo su estructura intacta, o si es necesario sacar la amarga conclusión opuesta, a saber, que aquí la crisis es más profunda y difícil.

En vísperas de la guerra nuestro partido ya había adquirido una importante experiencia teórica y práctica (que considero que va más allá de su oposición a la guerra), porque en nuestro partido ya había comenzado la lucha entre la izquierda marxista y la trampa socialdemócrata, aunque aquí el problema no se planteó exactamente de la misma forma que dentro del Partido

Socialdemócrata Ruso desde el punto de vista teórico, porque nosotros no hemos vivido una situación revolucionaria como la de 1905 en Rusia. Sin embargo, se había iniciado un debate entre ambas tendencias, y se había empezado a demoler la trampa democrática y a desincrustar la ideología pequeñoburguesa que había adormecido al proletariado, acomodándolo al mecanismo de la actividad electoral y sindical que entonces estaba en auge.

En efecto, cuando el reformismo parecía triunfante, en 1910-1911, éste se basaba en estas dos características universales: la acción parlamentaria posibilista y la acción corporativista minimalista de las organizaciones, sindicatos y cooperativas proletarias. Si bien nosotros llegamos a escribir algunas tesis de carácter marxista contra estos errores, ¿acaso tuvimos tiempo, antes de la guerra, de superar esta estructura y este mecanismo? No. Triunfamos en los Congresos, condenamos la colaboración electoral, repudiamos a aquellos que querían adoptar las conclusiones posibilistas, expulsamos a los masones, declaramos que queríamos volver al programa máximo, que constituye la base del marxismo revolucionario, pero no tuvimos tiempo de traducir estas afirmaciones en la praxis cotidiana del partido. Pues aunque la situación en Italia había madurado más rápido, porque una chispa de la guerra europea había prendido dos años antes con la

guerra de Libia, canalizándose lógicamente por la vía de esta revisión que hoy se amplía y se completa, todavía no había madurado lo suficiente, pues aún no existían las condiciones que luego han planteado inexorablemente en todo el mundo este problema sobre una nueva luz histórica. Y sobre la base del pensamiento marxista, la solución táctica que en aquel entonces era adecuada para una situación prácticamente normal antes de la guerra, hoy, tras la inexorable crisis que la guerra ha abierto en el mundo entero, es insuficiente.

Sin pretender recordar aquí lo que ya se ha dicho y ha quedado bien reflejado en nuestro informe sobre las características de la entrada de Italia en la guerra (acerca de la mayor o menor oposición que suscitó, etc.), se puede ver que nuestro partido (lo digo y lo afirmo) entró en la guerra con su vieja estructura, su viejo mecanismo y sus viejos métodos parlamentarios y sindicales. Nosotros tratamos de corregirlos y de hacernos con la dirección del partido, comenzando un trabajo diario y cotidiano, durante la guerra, contra la influencia del viejo partido reformista, que seguía anidado en sus antiguas redes y dominaba el grupo parlamentario y los sindicatos. La guerra sorprendió al partido en esta situación, sin haber terminado aún esta tarea, pues no hubo tiempo. Podría haberla completado después de la guerra, como ocurrió en los países en los que se produjo una primera ruptura entre los partidarios y los

adversarios de la guerra. Esta ruptura desgraciadamente no ha sido definitiva en ningún sitio, porque entre los adversarios de la guerra ha habido a su vez que distinguir (distinción no solo teórica, sino también plasmada en la experiencia histórica, y válida para todo el mundo contemporáneo) entre aquellos que estaban en contra de la guerra únicamente porque no les gustaba la guerra, porque deploraban este fenómeno que revolvió todos vuestros viejos esquemas reformistas, pacifistas, cristianos y humanitarios, y aquellos que estaban en contra de la guerra porque pensaban que había llegado por fin el momento de la guerra de clases, de la violencia reivindicativa... (*Aplausos*). Es la tercera vez que me veo obligado a recordar este concepto, y si se aplaude siempre es que estamos frescos.

Por tanto, entre los adversarios de la guerra se produjo esta segunda ruptura. En Italia debo reconocer que la primera no fue necesaria, pero en cambio la segunda no se produjo. Después de la guerra, el partido se encontró con una situación que presentaba características revolucionarias, aunque sin duda no era la misma situación que se encontró el movimiento socialista ruso o alemán. Está claro que de todos los países vencedores, Italia es el que salió de la guerra en la situación más tensa y económicamente más crítica, pero por otro lado el problema de la conquista del poder por parte del proletariado, que inevitablemente habría

provocado el estallido del viejo partido, no surgió inmediatamente. Sólo apareció como reflejo de esta revisión universal de los valores socialistas que recogía las lecciones de la revolución en Rusia y en otros países.

Por desgracia, hay que constatar que después de la guerra este partido retomó su función. Cambió su fórmula y su programa, siguió dirigido por hombres de izquierda, incluso aplaudió la revolución y los métodos que se habían demostrado válidos en la revolución rusa, en la dictadura del proletariado y el sistema soviético. Pero para este mecanismo, que había funcionado durante muchos años y aguardaba el fin de la guerra para volver a funcionar, para restituir sus engranajes en la organización económica y los comités electorales, para este mecanismo lo más urgente era cerrar el paréntesis y ponerse a tejer de nuevo la misma tela, aprovechar la oposición a la guerra no para llevar a cabo una revisión revolucionaria de sus valores, no para mirar al futuro a la cara y afirmar: «Tenemos que cambiar radicalmente la orientación y encaminarnos por la nueva vía», sino para decir simplemente: «Nos hemos opuesto a la guerra, así que cuando venga el gran follón electoral, en nombre de esta oposición, elegidnos». (*Aplausos*).

Quizá estemos equivocados en este punto, camaradas, el futuro lo dirá. Pero si nos opusimos a este experimento electoral de la posguerra fue porque preveíamos que, abriendo esta válvula de escape, las

energías revolucionarias que agitaban la sociedad burguesa se escaparían y se dispersarían. El hecho es que, gracias a este proceso, el partido es hoy lo mismo que era antes de la guerra: el mejor partido de la Segunda Internacional, pero todavía no un partido de la Tercera Internacional. Aún no está maduro para seguir la única línea revolucionaria que, según nuestra doctrina comunista y según la experiencia histórica del mundo entero, puede conducir al proletariado hacia el proceso revolucionario.

Una voz: ¡Os veremos en acción!

Bordiga: Nos veréis. Pero mientras tanto decimos que este partido, precisamente por haber escrito antes de la guerra páginas verdaderamente marxistas, debía encontrar necesariamente y pese a todas las dificultades, como así ha sucedido, a través de una de sus corrientes de izquierda, la conciencia y la capacidad para elaborar las mismas conclusiones revolucionarias que se han elaborado o se están elaborando en otras partes. Y pensamos que, a lo largo de nuestra trayectoria, no es una advertencia, ni mucho menos una imposición externa, lo que nos empuja a sacar nuestras conclusiones, sino la propia fuerza de nuestros precedentes y nuestra propia experiencia. Hay que comprender que si en vísperas de la guerra era marxista y revolucionario decir «intransigencia, nada de bloques electorales, ni en las elecciones políticas ni en las

administrativas, nada de colaboración, fuera masonería», hoy intransigencia significa algo más. Si ayer colaboración de clases quería decir ministros socialistas en un gobierno monárquico, hoy en cambio colaboración de clases quiere decir un gobierno socialista superpuesto a la estructura estatal de la opresión burguesa.

Si ayer intransigencia significaba expulsar a los que querían participar en el gobierno y vestirse con la librea de los servidores de la monarquía, hoy ser intransigente significa deshacerse de todos los que no comprendan que la lucha debe dirigirse contra las instituciones políticas burguesas, hacia la conquista integral, revolucionaria, del poder por parte del proletariado, siguiendo las previsiones y la doctrina de Marx.

Es este el desarrollo que debe seguir el partido, camaradas. Me diréis: es lo que se ha hecho en Bolonia al aprobar el programa maximalista, unirse a la Tercera Internacional e imprimir sus tesis en los carnés. Pero luego ha venido un periodo que explotan aquellos que entonces se declararon a favor del programa maximalista por disciplina y ahora se alegran de poder decirle a aquella mayoría (que ya no es la misma que hoy): «Vaya, vuestro programa maximalista ha fracasado». La disciplina que ellos ofrecen es de otro

tipo, es la de quienes refrendan un programa para luego callarse, esperando a que fracase. (*Aplausos*)

Nos decís (es una objeción que recojo *en passant*³) que nuestro empeño por aplicar en Italia la experiencia comunista estaría fuera de lugar, que nuestra idolatría de la violencia que se ha producido en otros sitios, en otros climas, bajo otros cielos, es consecuencia de la mentalidad de guerra y que hay entre nosotros socialistas de guerra. Pues bien, camaradas, sin querer hacer comparaciones, os recuerdo que hay entre nosotros viejos y jóvenes que no cambiaron ante la guerra, ni dudaron ante la trampa del socialchovinismo, y que muchos de estos jóvenes estarían hoy entre nosotros si la guerra no les hubiera sacrificado a la causa burguesa. Yo reivindico todo lo que nos liga al pasado de este partido, a los hombres que nos han formado, que hoy están en el otro bando. Y una vez reivindicado esto, también quiero deciros que hay que considerar objetivamente este fenómeno del socialista de guerra, que me gusta comparar con el del socialista del paréntesis de guerra, del socialista que no blasfemó porque se quedó callado, del socialista que, cuando en lugar de ser 250.000, como hoy, éramos sólo 20.000 inscritos y en la práctica apenas unos centenares, no dijo una palabra, pero que una vez pasada la tempestad, ha

³ De pasada. En francés en el original.

terminado diciendo «estuvimos contra la guerra», y se ha valido de esto para acudir a los comicios electorales. (*Aplausos*).

Varias voces: ¡También los hay entre vosotros!

Bordiga: Sí, camaradas, quizás también hay entre nosotros alguno de estos socialistas del paréntesis de guerra. Ni lo excluyo ni lo discuto. No estoy confrontando dos tendencias, sino dos estados de ánimo y dos génesis de la actitud revolucionaria. Y digo que yo, que jamás he sido un socialista de guerra, prefiero a esos jóvenes que, a través de la experiencia de la infamia capitalista, tras haber sido enviados al fratricidio en los frentes de la batalla burguesa, regresaron con renovada fe en la guerra por la revolución... (*Aplausos acalorados de los comunistas, murmullos*).

Pero cerremos también este paréntesis. A lo largo del Congreso ya hemos analizado una determinada tendencia, y el camarada Terracini lo ha hecho con argumentos lo bastante convincentes como para que sea necesario repetirlos. Os ha demostrado con una evidencia aplastante que el peligro socialdemócrata está representado por la Derecha del partido. Yo quiero ir más lejos. Honestamente, debo ir más lejos.

Si el orador del Centro no ha refutado la demostración de Terracini quizá es porque no era posible refutarla. Sin querer poner en duda la honestidad

y la conciencia de nadie, la conclusión que se puede extraer es que el peligro que representa la Derecha en la Tercera Internacional, así como en otros lugares, en este congreso lo representa la tendencia del Centro, a través de los argumentos que emplea y que ha presentado en esta tribuna, los cuales, antes de acabar, quiero analizar y discutir rápidamente más allá de toda cuestión personal, sobre el terreno de las ideas.

Los oradores de la tendencia del Centro ya han explicado aquí su pensamiento. ¿Qué han dicho en el fondo? Dicen: «Sí, estamos, por ejemplo, a favor de la dictadura, estamos a favor de la violencia». Pero mientras en Bolonia su adhesión era incondicional y entusiasta, como diciendo: «Si nos dais una dosis más de dictadura, la aceptaremos, y si nos dais una dosis más de violencia, la aceptaremos», hoy en cambio el orador unitario navega entre los argumentos como lo hacía en Bolonia el orador de la Derecha. Dice: «Dictadura sí, en determinado sentido, con tal significado, con esta otra restricción; violencia, sí, pero hasta cierto punto, con estas condiciones».

Pero yo, que no quiero discutir este argumento en sí mismo, os pregunto: ¿De dónde sale esta preocupación? ¿Dónde está el peligro? ¿Creéis verdaderamente que las masas proletarias están dispuestas a hacer sentir todo su peso, desproporcionadamente, sobre su adversario? ¿Tenéis

miedo de que se ensañe demasiado sobre este adversario que hoy la pisotea? Por supuesto, vosotros no podéis explicarnos la razón de esta inquietud que os lleva a atenuar nuestras tesis de Bolonia, pero os la voy a explicar yo: es vuestra necesidad de aproximaros a la extrema derecha que en Bolonia combatisteis junto a nosotros. (*Aplausos*).

Ahí es donde falla vuestro principal argumento.

No quiero hablar aquí del concepto de la disciplina, que se ha mencionado aquí y que en Bolonia efectivamente logró el acuerdo de la mayoría del partido. Estimo, estimamos, por las razones ya expuestas, que la experiencia de este periodo basta para condenar el mecanismo de la disciplina tal y como vosotros lo entendéis, y que consiste en dar un programa revolucionario a un aparato no revolucionario y en dotar de una bandera revolucionaria a un ejército que no lo es. Pero entonces, cuando os reís de la nulidad y la esterilidad de la ideología revolucionaria, cuando os alegráis al constatar un supuesto fracaso del método revolucionario, de lo que en verdad os reís y lo que realmente rechazáis no es nuestro método, sino el vuestro, que es absolutamente contrario a todo lo que defendemos. Porque los fracasos del maximalismo no son los fracasos de maximalismo en sí mismo, sino los de vuestro maximalismo, que se ha negado a separarse

de los representantes de la corriente de Derecha. (*Aplausos*).

Otro argumento característico del informe y de los razonamientos de la tendencia unitaria es este (ya criticado por Terracini): el encaje entre el partido y el movimiento sindical. Me ha dado la impresión de que estábamos volviendo de nuevo a nuestras discusiones de 1912 y 1914, escuchando a Treves y a Modigliani⁴ repetir en esta tribuna sus viejas y sinceras convicciones socialdemócratas, que pretenden identificar al partido con la pesada estructura de las organizaciones económicas. Y eso no es todo, porque la moción propuesta por la otra tendencia, que además va a figurar en el texto que será sometido al Congreso, no es en absoluto clara en lo que respecta al problema sindical. Reivindica la subordinación de lo sindical a lo político. Pero, ¿en qué consiste esta subordinación? Si lo hemos entendido bien, en convertir a todos los organizadores en miembros del partido. ¿Quién tomará la decisión? Si una organización tuviera el derecho de entregar el carné del partido político a todos sus miembros, se convertiría en el amo absoluto del partido, como se intentó hacer durante la guerra cuando se propuso que el movimiento fuera dirigido por unos comités en los que el partido y

⁴ Claudio Treves (1869-1933) y Emmanuelle Modigliani (1872-1947), diputados socialistas del ala reformista, encabezada por Filippo Turati (1857-1932), dirigente y fundador del PSI.

la organización sindical tenían una representación paritaria. Abordemos su idea central, que es la siguiente (junto a otra que señalaré a continuación): estamos de acuerdo en que en el partido sólo deben estar sus miembros seleccionados, pero haremos esta selección cuando las condiciones estén maduras. ¿Es que no veis que la tarea del partido, en su sentido marxista, es precisamente prepararse por anticipado para que, cuando llegue el momento del choque, sólo estén bajo su bandera aquellos que seguro irán por el buen camino?

Pasemos ahora al concepto de la unidad, donde aparece la nueva fórmula, la nueva tesis, el nuevo proceso revolucionario que, pese al esquema marxista, pese a las tesis de la Tercera Internacional, debería supuestamente desarrollarse en Italia. Según esta nueva afirmación el proletariado italiano irá a la revolución con el partido tal y como es, con todas sus conquistas, con todos los bastiones que hemos conquistado, es decir, la Liga de las Cooperativas y la representación de los ayuntamientos, de las provincias y del Parlamento, ya que todo esto constituye ya supuestamente un aparato de poder en manos de la clase obrera. He aquí una tesis que define claramente aquello que la corriente de la Tercera Internacional no quiere tener en sus filas, ya que esta tesis es exquisitamente reformista. Nosotros afirmamos lo contrario, de acuerdo con la táctica de Moscú, que estos bastiones, estos ayuntamientos, estos escaños

parlamentarios, estas cooperativas y estas ligas pueden ser los bastiones de la revolución, pero no lo son por propia naturaleza, ni lo serán hasta que se encuentren en manos de un partido proletario. En manos de un partido que no apruebe la ruptura decisiva que caracteriza el surgimiento de la Tercera Internacional, de un partido socialdemócrata, son bastiones de la contrarrevolución.

La mayor parte del tiempo no son ni una cosa ni otra, pero es más fácil que cumplan la segunda función que la primera, son más útiles para la reforma que para el impulso. La cuestión consiste precisamente en saber si estos organismos que el partido posee son factores que puedan utilizarse para el esfuerzo revolucionario, en lugar de lanzar la tesis de que ya tenemos todo en nuestras manos, cuando en realidad se trata de elementos muy dispares y bastante alejados de nosotros. Según vosotros todo esto puede utilizarse para la causa de la revolución. ¿Por qué? Porque (afirmación extrañísima) todo esto constituye un aparato de poder en manos del partido. El Partido Socialista Italiano sería un Estado dentro del Estado, una institución opuesta a las instituciones burguesas, lo cual es una excepción verdaderamente extraña a la antítesis planteada por la historia: «todo el poder a la burguesía o todo el poder al proletariado».

Nosotros no solo estamos de acuerdo con la táctica de Moscú contra esta herejía, sino que también

estamos de acuerdo con Marx cuando decía que las organizaciones, los bastiones del proletariado, no constituyen para él un patrimonio, porque frente al poder seguirá siendo el eterno desheredado. Son puntales que permiten reunir fuerzas para la futura batalla revolucionaria, en la que el proletariado no tiene nada que perder salvo sus cadenas, pero tiene todo un mundo que ganar. (*Aplausos*).

Muchas veces todos estos engranajes y estructuras, que parecen bastiones, en realidad son cadenas, sutiles pero extremadamente resistentes, que el proletariado debe romper para conquistar el mundo. Es aquí, camaradas, de donde sale esta lección, esta nueva tesis. En Moscú propusimos una enmienda a las condiciones de admisión de la Tercera Internacional, que se ha convertido en el punto 21. Dice que ningún partido de la Segunda Internacional puede entrar en la Tercera sin haber expulsado previamente las minorías socialdemócratas. La redacción definitiva de esta enmienda en el punto 21 puede parecer de carácter más individual, puesto que dice que todos aquellos que rechacen por principio las condiciones de admisión a la Internacional Comunista y sus tesis deberán ser expulsados del partido, incluidos los delegados al Congreso de Moscú. Estas indicaciones, como otra que se halla en las tesis y que nombra expresamente a Longuet, Kautsky y Turati, en la dialéctica, en el

proceso de formación del Partido Comunista, sirven de catalizador para reunir a todos los comunistas del mundo entero, que hasta entonces eran núcleos aislados. Pero también dicen que todos aquellos que, sintiéndose próximos a la tradición socialdemócrata y de la Segunda Internacional, estén dispuestos a entrar leal y efectivamente en el engranaje de la Tercera Internacional, serán bienvenidos. Y en el Congreso de Halle, el camarada Zinoviev recordó que la tesis defendida en Moscú por este modesto orador se basaba en el hecho de que en realidad el partido estaba dividido en dos alas claramente distintas, una de las cuales se alineaba con la Tercera Internacional y otra con la Segunda Internacional. Creo, camaradas, que se pueden sacar las mismas conclusiones en el presente Congreso, en el que tenemos que vérnoslas (no por nuestra culpa, ni por inútil y desagradable placer) con una teoría mucho más profunda que la que aparece en las condiciones de admisión de Moscú y en la propia moción de los comunistas italianos. Todo esto nos ofrece una advertencia: en un país donde la guerra no ha destruido tan implacablemente la vieja estructura existente en 1914, en un país que está mucho más a la izquierda que otros, más rico en afirmaciones, la corriente que se opone a la Tercera Internacional acepta incondicionalmente las afirmaciones teóricas del comunismo y también, al menos de palabra, las condiciones de admisión establecidas en el Congreso de

Moscú. La situación es interesante. Hay que aceptar los 21 puntos, pero de tal forma que, por ejemplo, yo pueda escoger si debo ser la víctima de los 21 puntos o su ejecutor. Naturalmente, me decanto por ser ejecutor, acepto los 21 puntos y así no habrá víctimas, los 21 puntos no sirven ya de nada, pues su objetivo es servir de base para la organización del movimiento internacional comunista, dejando caer a los elementos maduros, arrastrados por su propio peso.

Lo que decimos es que no basta con aceptar los 21 puntos, hace falta algo más: ponerlos en práctica. Los 21 puntos condensan toda una experiencia histórica, no solo la de los rusos, la de los extranjeros, sino también la nuestra, a través de las pasadas luchas, y la única forma de hacerlo se encuentra en nuestra moción: aceptar que la parte que hay que expulsar es solamente la Fracción de Concentración Socialista. Si este congreso desemboca en un resultado diferente, esto supondría una enseñanza histórica tan profunda que sería mezquino y estúpido echar la culpa a la incapacidad o la mala voluntad de algunos. La lección va más allá, es más dolorosa, no solo para nosotros, sino para todos los partidos de la Internacional, a saber, que el nacimiento del nuevo Partido Comunista debe estar presidido por esta experiencia, que tiene el derecho y el deber de contribuir a la elaboración de la doctrina, del método y de la acción comunista, pues es así como

entendemos nosotros las relaciones entre nosotros y la Internacional, entre nosotros y todos los hombres de Moscú, no como una imposición, sino precisamente como una colaboración entre todas las células donde los explotados luchan contra los explotadores, relaciones que se resumen en las directivas supremas contenidas en los grandes acuerdos de la Internacional Comunista. (*Aplausos*).

Vosotros, camaradas, nos objetaréis: «os vais, ya hemos visto cómo se iban otros, los sindicalistas y los anarquistas también se fueron... (*Interrupciones, comentarios*). Os iréis como tantos otros». (*Nuevas interrupciones y discusiones. Aplausos de los comunistas*). Pongamos los pronombres en su lugar y entonces os calmaréis. Nos tratáis de «secesionistas». Nos decís: «os iréis y terminaréis como los demás, porque el viejo y tradicional Partido Socialista ha mantenido siempre bien alta la bandera de la lucha de clases y, después de cada conflicto entre tendencias, ha seguido siendo la vanguardia de la acción del proletariado italiano. Vosotros no sois más que un grupúsculo de ilusos, rabiosos o maníacos de la violencia, y yéndoos sufriréis la misma suerte que los otros...» (*Interrupciones*). Pues bien, camaradas, si esto finalmente sucede, afirmamos que hay dos cosas que distinguen esta escisión de todas las que se han producido hasta ahora. Estas son las razones que

reivindicamos, y vosotros aún tenéis la posibilidad de refutar estos argumentos doctrinales y metodológicos. En primer lugar, nosotros reivindicamos nuestra línea de principios, nuestra continuidad histórica con la izquierda marxista que, en Italia, antes que en otros países, combatió con honor a los reformistas del Partido Socialista. Nos consideramos los herederos de las enseñanzas procedentes de hombres con los que hemos hecho nuestras primeras armas, y que hoy ya no están con nosotros. Si debemos marcharnos, camaradas, nos llevaremos con nosotros el honor de vuestro pasado. (*Murmullos, interrupciones violentas por parte de la mayoría, aplausos de los comunistas*).

Y la segunda razón es esta, camaradas. Agradezco al congreso haberme dejado expresar todas mis ideas, tan duras, sin interrupciones, a pesar de que yo haya interrumpido a otros. Esta es, camaradas la segunda razón que invocamos para defendernos de esta previsión, que supongo que es dolorosa para todos. Ya lo hemos dicho (y ciertamente no es un argumento demagógico, pues creo que no hablo como esos que buscan ganar votos), estamos con la Tercera Internacional. La Tercera Internacional no es tan perfecta como dicen. Se pueden criticar sus comités, sus congresos, porque en todas partes se pueden hallar debilidades y miserias. Pero al margen de las críticas que se puedan hacer a esta formidable organización en tal o

cual detalle, camaradas, no hay que olvidar que es un resultado colosal que se perfila en el horizonte de la historia y que hace temblar a todas las fuerzas del pasado, condenadas a la derrota total. Puede que exista autoritarismo, que su funcionamiento técnico sea defectuoso, que falten cuadros ejecutivos, pero ¿creéis de verdad que estas pequeñeces pueden quitar valor a este grandioso hecho histórico? Las palabras que parecían tesis teóricas frías e inesperadas, la afirmación de la unión del proletariado de todos los países para su revolución y su dictadura, y no solo ya la mera socialización de los medios de producción e intercambio, fría tesis que comparten incluso los renegados de Ámsterdam, son la base de una doctrina que hoy divulgan unos pocos ilustrados en todos los países del mundo. Los proletarios, los trabajadores explotados de todas las razas y de todos los colores, se organizan y se constituyen cometiendo mil errores, pero la idea que les guía demuestra que se trata de una construcción definitiva de la historia. Lo que están construyendo es un engranaje de lucha, el ejército de la revolución mundial. Ante un fenómeno histórico tan grandioso, los pequeños errores sólo pueden hacer recular a sus adversarios de principio. ¿Quién puede vacilar a la hora de elegir entre estar con la Tercera Internacional, es decir, en la Tercera Internacional de la forma que quiere la Tercera Internacional, o retirarse, alejarse y mantenerse por tanto al margen de este gran

movimiento de pensamiento, de crítica, de discusión, de acción, de sacrificio y de lucha? (*Aplausos*).

Si no nos equivocamos, camaradas, estas dos razones nos dicen que no fracasaremos en nuestro objetivo.

Nos preguntáis: «¿qué queréis hacer?». Ya os lo hemos dicho. En lo que respecta a la doctrina, el método, la táctica y la acción, nuestro pensamiento es el de las tesis de Moscú. Puede que el pensamiento de alguno de nosotros no esté de acuerdo con algunas de estas indicaciones, pero todos las aceptamos unánimemente, ya que pensamos que la disciplina internacional es una condición indispensable para la victoria proletaria. Puede que entre nosotros haya debilidades, incapacidades, lagunas, puede que haya disensiones. Puede que Gramsci vaya por mal camino, que defienda una tesis errónea y que la mía sea correcta⁵, pero todos nosotros luchamos juntos por el objetivo final, todos hacemos ese esfuerzo que constituye un programa, un método. Sabemos que somos una fuerza colectiva que jamás desaparecerá como una pequeña fracción, como una desertión de unos cuantos soldados. Al contrario, somos el núcleo alrededor del cual se reunirá mañana el

⁵ Esta frase de Bordiga hay que situarla en su contexto histórico. Gramsci llegó a mostrarse partidario de que Italia participara en la guerra al lado de los franceses. Durante el congreso fue constantemente increpado e insultado. Ahora, Bordiga, en el momento de la escisión, defendía al denostado Gramsci.

gran ejército de la revolución proletaria mundial. (*Aplausos*).

Así pues, la previsión que se oculta tras vuestra pregunta no es, ni puede ser, un presagio. No podéis augurar que fracasaremos en nuestro objetivo. Si algo se puede presagiar, camaradas, y espero que en esto aún exista una mínima coherencia entre quienes posiblemente se reúnen por última vez, es que consagraremos todas nuestras fuerzas, toda nuestra actividad, a superar las innumerables dificultades a las que nos enfrentaremos en la realización de nuestra tarea, y que permaneceremos todos juntos para combatir a los adversarios de la revolución, sin excepciones y sin ahorrar golpes, en el camino que nos lleva a la prueba suprema, a la lucha final, y que nos conducirá a la República de los Soviets en Italia. (*Aplausos entusiastas de los comunistas*).

MOCIÓN PRESENTADA POR LA FRACCIÓN COMUNISTA EN EL CONGRESO DE LIVORNO

Il Comunista n° 2 (31/1/1921)

El XVII Congreso Nacional del Partido Socialista Italiano, después de una adecuada discusión acerca de la orientación del Partido, basada en el examen de la situación política italiana e internacional y de todos los acuerdos de la Internacional Comunista (particularmente de las tesis del II Congreso sobre las condiciones de admisión de los partidos a la Internacional y de la 17ª condición sobre las tareas principales de la Internacional);

Reivindicando los principios marxistas, la experiencia histórica de toda la pasada actividad del partido y las enseñanzas extraídas de las vivencias de la lucha revolucionaria llevada a cabo por el proletariado mundial tras la Gran Guerra imperialista, adopta los siguientes acuerdos:

1. Confirma su adhesión a la Tercera Internacional comunista, comprometiéndose a implementar todas las medidas necesarias para adecuar la estructura y la actividad del Partido a las condiciones de admisión, con las cuales el II Congreso de la

Internacional ha aportado eficazmente al órgano mundial del proletariado revolucionario la vida y el desarrollo que necesita.

2. Confirma los criterios generales de la revisión programática acordados en el Congreso de Bolonia, modificando formalmente algunos conceptos particulares del programa del Partido, que queda formulado según el texto anexo a la presente moción⁶. Y declara que el propio programa constituye la base para la adhesión individual al Partido de todos los inscritos, que requiere la íntegra aceptación de los principios.

3. Decide cambiar el nombre del Partido por el de «Partido Comunista de Italia (Sección de la Tercera Internacional Comunista)».

4. Afirma que es incompatible la presencia en el Partido de todos aquellos que se oponen a los principios y las condiciones de la Internacional Comunista, declarando que se han colocado o se colocan en tal situación de incompatibilidad:

a) todos los miembros de la Fracción llamada de concentración y quienes han aprobado sus acuerdos.

⁶ El programa del Partido Comunista de Italia aprobado en 1921 se reproduce al principio de las Tesis de Roma, por lo que nos hemos ahorrado reproducirlo también junto a esta moción.

b) todos los militantes del Partido que en el presente Congreso voten en contra del programa comunista del Partido y de su compromiso de aceptar completamente las 21 condiciones de admisión a la Internacional

5. Adopta como fundamento de la organización y de la táctica del Partido las resoluciones del II Congreso de la Internacional Comunista, declarando que todos los militantes, en su actividad, deben guardar la más estricta disciplina a estas resoluciones, siguiendo las interpretaciones y las disposiciones de los organismos centrales directivos, nacionales e internacionales.

En lo que respecta a las exigencias de la situación política italiana, la aplicación de estos criterios tácticos plantea al Partido los siguientes objetivos principales:

a) preparación en el campo espiritual y material de los medios indispensables para asegurar el éxito de la acción revolucionaria del proletariado;

b) constitución de grupos comunistas en el seno de todas las asociaciones proletarias para la propaganda, la preparación revolucionaria y el encuadramiento de las fuerzas proletarias por parte del Partido;

c) anulación inmediata del actual pacto de alianza con la Confederación General del Trabajo, pues

no refleja de manera adecuada las relaciones que deben existir entre los Sindicatos y el Partido. Llamamiento a las organizaciones proletarias revolucionarias que están fuera de la Confederación a entrar en ese sindicato para apoyar la lucha de los comunistas contra su actual orientación y sus actuales dirigentes. El compromiso de todos los militantes del Partido, que como organizados y organizadores militan también en el movimiento económico, para defender en esos sindicatos, en todo momento, los criterios y las decisiones del Partido, y para luchar mediante esa plataforma para lograr que los elementos designados por el Partido conquisten los cargos directivos de los Sindicatos. Promover la salida de la Confederación, cuando ésta sea conquistada y siga las directrices del Partido Comunista, de los Sindicatos amarillos de Ámsterdam, así como su adhesión a la Sección de la Internacional Comunista en la modalidad prevista por sus estatutos;

d) participación en las elecciones políticas y administrativas de manera completamente opuesta a la vieja práctica socialdemócrata, con el objetivo de desarrollar la propaganda y la agitación revolucionarias y de acelerar el

desmoronamiento de los órganos de la democracia burguesa;

e) mediante la elaboración de unos nuevos estatutos internos para el Partido y sus Federaciones y Secciones, disciplina en todas las relaciones organizativas, en lo que respecta a: la prensa del partido, la función de los representantes electorales en los Ayuntamientos, en las Provincias y en el Parlamento, el movimiento femenino y juvenil, el establecimiento de un periodo de candidatura para los nuevos militantes del Partido y de una revisión periódica de todos sus miembros, la primera de las cuales deberá hacerse inmediatamente después de la clausura del Congreso.

El Comité de la Fracción Comunista.

Bombacci, Bordiga, Fortichiari, Gramsci, Misiano,
Polano y Terracini

LA FUNCIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN ITALIA

Il Comunista n° 3 (6/2/1921)

El desarrollo de la revolución rusa, alemana y de otros países, demostrando que la conquista del poder por parte del proletariado y el periodo de la dictadura del proletariado han venido precedidos por una fase histórica en el curso de la cual el gobierno ha pasado a las manos de los partidos socialdemócratas, o a las de una coalición de estos con los partidos burgueses, nos lleva a plantearnos el problema de saber si se presentará una fase similar en los países occidentales, como prólogo de la revolución proletaria. Hay quien sostiene que en Italia también tendremos que pasar por este periodo antes de ir más lejos, y que por tanto sería una buena táctica, desde el punto de vista revolucionario, provocar el surgimiento de este famoso experimento socialdemócrata para acelerar el desarrollo histórico necesario hacia su desenlace final. En cambio, hay otros, nuestros camaradas comunistas, que afirman que aquí no es históricamente necesario atravesar semejante periodo, y que el movimiento revolucionario debe dirigirse directamente a la instauración de la dictadura del proletariado, luchando directamente contra el actual régimen burgués.

Naturalmente, desde una perspectiva comunista, la segunda opinión es la que mejor resuelve esta cuestión. Sin embargo, nos parece necesario tratar con más precisión esta cuestión de las características y la función del movimiento socialdemócrata, para dar una respuesta completa desde el punto de vista crítico y para sacar las conclusiones tácticas que nos interesan.

Un régimen democrático burgués con un programa de reformas radical-socialista representa una verdadera fase intermedia entre el orden vigente y el orden proletario allí donde la llegada al poder de la clase capitalista burguesa propiamente dicha aún no ha completado del todo su desarrollo histórico, existiendo aún formas políticas y sociales atrasadas que se corresponden a épocas generalmente superadas por la actual sociedad. Comprendiendo y reconociendo teóricamente que la formación de un régimen parlamentario es un paso que permite que la lucha proletaria se desarrolle de mejor forma, los marxistas nunca han dudado de que, incluso en estas condiciones, los comunistas no sólo deben enfrentarse a la antigua clase dirigente y sus partidos, sino también a la nueva clase que pasa a ocupar su puesto, rechazando firmar una tregua con ella y esforzándose en derribarla lo más rápidamente posible, para aprovechar el corto y convulso periodo de tiempo en el que el poder del Estado aún no es demasiado sólido y es más fácil tomar

el poder. Digan lo que digan aquellos que no están familiarizados con el marxismo, esa fue la postura de Marx y de los comunistas de cara a la situación en Alemania y en otros países en 1848, y esa es la gran lección de la revolución rusa.

En este sentido, no podemos ni debemos hablar de función histórica de la socialdemocracia en los países de Europa occidental, donde el régimen democrático característicamente burgués existe desde hace tanto tiempo que ha agotado su vida histórica y se precipita en la decadencia. Para nosotros, no hay más traspaso revolucionario del poder que el de la burguesía dominante al proletariado, así como no existe otra forma de poder proletario distinta a la dictadura de los consejos.

Sin embargo, esta evidente constatación tampoco significa que la socialdemocracia no ejerza o no pueda ejercer una verdadera función en estos países de los que hablamos. Los partidos socialdemócratas sostienen que el periodo democrático aún no se ha cerrado y que el proletariado aún puede valerse de las formas políticas democráticas para sus objetivos de clase. Pero como salta a la vista que el proletariado no logra obtener ninguna posible ventaja de estas formas vigentes, sobre todo en las actuales condiciones heredadas de la guerra, los socialdemócratas se ven obligados a exponer y proponer formas democráticas de régimen más perfectas

y completas, según ellos, afirmando que si el actual sistema actúa contra el proletariado es porque no es verdadera e íntimamente democrático. De ahí surgen todos esos proyectos de nuevos ordenamientos basados en la República, la ampliación del sufragio, la supresión de la Cámara Alta, ampliación de las funciones y poderes parlamentarios, y cosas por el estilo.

La experiencia de las últimas revoluciones, así como la crítica marxista, demuestran que todo este bagaje político no es más que la máscara de un movimiento que se revela como el último programa y el único método posible de gobierno para la clase burguesa en las críticas condiciones actuales. Como todos los gobiernos formados sobre semejantes bases, estos no sólo no constituyen un puente hacia la verdadera conquista del poder por parte de las masas proletarias, sino que representan el último y más perfecto obstáculo que el régimen vigente levanta contra la amenaza de su derrumbamiento. El contenido teóricamente democrático de este movimiento cede su puesto a la práctica de la dictadura y el terror contra el proletariado y el comunismo, confirmando lógicamente nuestra doctrina comunista, según la cual la democracia está muerta históricamente.

Por tanto, la socialdemocracia tiene una función específica, pero sólo en el sentido de que en los países occidentales probablemente habrá un periodo en el que

ocupará el gobierno, ella sola o colaborando con partidos burgueses. Allí donde el proletariado no tenga la fuerza suficiente para evitar que esto suceda, este *intermedio* no supondrá una condición positiva y necesaria para el surgimiento de formaciones e instituciones revolucionarias, ni facilitará la preparación de este surgimiento, sino que constituirá un intento desesperado de la burguesía para debilitar y desviar la fuerza del ataque del proletariado, para aplastarlo implacablemente bajo los golpes de la reacción blanca en el caso de que le quede suficiente energía para atreverse a revolverse contra el legítimo, humanitario y civilizado gobierno socialdemócrata.

Así pues, no es previsible ningún periodo de transición entre la dictadura burguesa actual y la dictadura proletaria, pero sí que es predecible, y los comunistas deben predecirlo, una última e insidiosa forma de dictadura burguesa, en la que un aparente cambio formal en las instituciones *servirá de excusa* para entregar la dirección de todo el presente aparato estatal de defensa capitalista a sus cómplices socialtraidores.

Desde el punto de vista táctico, los comunistas, aun previendo esta posibilidad, no se resignan a ella, pues no la consideran una útil y universal necesidad histórica, sino que, confiando en su experiencia internacional, deben tratar de desenmascarar por anticipado este

insidioso ardid democrático, emprendiendo inmediatamente un ataque frontal contra la socialdemocracia, sin esperar a que esta revele clamorosamente su función reaccionaria, tratando de preparar la fuerza y la conciencia proletaria para cortar de raíz este producto monstruoso de la contrarrevolución, sin excluir la posibilidad de que el ataque final haya que lanzarlo contra un gobierno socialistoide, último gerente del régimen burgués.

En lo que respecta a las sesgadas propuestas tácticas de esos supuestos comunistas que se han pasado al otro bando y que consisten en favorecer la llegada al poder de los socialdemócratas en su país, no sólo demuestran una absoluta incomprensión del planteamiento de los problemas tácticos según el método marxista, sino que esconden además una trampa peor. Hay que apartar al proletariado, ahuyentar sus simpatías, de aquellos partidos e individuos que están destinados a cumplir esta función socialdemócrata contrarrevolucionaria, aclarando su responsabilidad de manera preventiva y tajante. Naturalmente, esto desalentará a estos grupos e individuos, y retrasará el momento en el que acepten la invitación burguesa de asumir el poder. Lo mejor sería que dieran este paso en una situación límite, cuando ya ni siquiera esta maniobra pueda frenar el proceso de descomposición del aparato estatal de gobierno burgués. Sabemos casi con certeza

que la batalla final se librar  contra un gobierno de exsocialistas, pero nuestra tarea no es facilitar su ascenso al poder, sino preparar al proletariado para que les reciba desde el principio con una declaraci3n de guerra, y no anunciando la apertura de una tregua en la lucha de clases que supuestamente dará comienzo a un experimento de pacífica resoluci3n de los problemas de la revoluci3n. Esto no podrá llevarse a cabo sino a condici3n de haber delimitado antes toda responsabilidad, de haber denunciado antes al movimiento socialdem3crata ante las masas, sus m3todos y sus prop3sitos. Por todas estas razones, afirmamos que la táctica revolucionaria debe fundarse en experiencias internacionales y no s3lo nacionales, y que el sufrimiento de los proletarios de Hungría, Finlandia y de otros países debe permitir a los proletarios de occidente, mediante el infatigable trabajo de los partidos de la Internacional Comunista, escarmentar en cabeza ajena y ahorrarse la necesidad de aprender, derramando su propia sangre, cuál es la funci3n hist3rica de la socialdemocracia. Ésta proseguirá fatalmente su camino, pero lo comunistas deben tratar de barrerla lo antes posible, antes de que clave el puñal de la traici3n en los riñones del proletariado.

Amadeo Bordiga

PARTIDO Y CLASE

Rassegna Comunista, año I, nº 2 (15/4/1921)

Las Tesis sobre las tareas del Partido Comunista en la Revolución proletaria aprobadas por el II Congreso de la Internacional Comunista, inspiradas verdadera y profundamente en la doctrina marxista, asumen como punto de partida la definición de las relaciones entre *partido* y *clase*, y establecen que el partido de clase no puede incluir en sus propias filas más que a *una parte* de la propia clase, nunca su totalidad, e incluso puede que ni siquiera a una mayoría.

La evidencia de esta verdad aparece más clara cuando se explica que ni siquiera se puede hablar de *clase* mientras no exista en ella una minoría que tienda a organizarse en partido político.

En efecto, ¿qué es una *clase* social, según nuestro método crítico? ¿Acaso basta con constatar de manera puramente objetiva, exterior, la analogía que existe entre la situación económica y social de un gran número de individuos y la posición que ocupan en el proceso productivo? Nos quedaríamos cortos. Nuestro método no se limita a describir la estructura de la sociedad tal y como es en un determinado momento, ni a trazar abstractamente la línea que divide en dos partes a los individuos que la componen, como sucede en las

clasificaciones escolásticas de los naturalistas. La crítica marxista concibe la sociedad humana en movimiento, en su desarrollo a lo largo del tiempo, partiendo de un criterio esencialmente histórico y dialéctico, estudiando la sucesión de los acontecimientos y sus relaciones de influencia recíproca.

En lugar de tomar, como hace el viejo método metafísico, una fotografía instantánea de la sociedad en un momento dado, para luego estudiarla e identificar las diversas categorías en las que se puede catalogar a los individuos que la componen, el método dialéctico concibe la historia como una cámara cinematográfica que proyecta una imagen tras otra. Y en las características más destacadas de este movimiento es donde hay que buscar e identificar a la *clase*.

Si se emplea el primer método, se pueden hacer mil objeciones, propias de los puros estadísticos y de los demógrafos, gente más corta de miras que nadie. Estos, revisando las divisiones, observarían que no hay dos clases, ni tres, ni cuatro, sino que puede haber diez, cien, o mil, separadas por sucesivas graduaciones y zonas intermedias indefinibles. El segundo método ofrece elementos muy distintos para identificar a esta protagonista de la tragedia histórica que es la clase, para definir sus características, sus acciones y propósitos, los cuales se expresan con evidente uniformidad en medio de la mutabilidad que provoca un cúmulo de hechos que

el pobre fotógrafo de la estadística se limita a registrar en una fría serie de datos carente de vida.

Para poder decir que una clase existe y actúa en un momento de la historia, no nos basta entonces con saber cuántos eran, por ejemplo, los mercaderes parisinos durante el reinado de Luis XVI o los *landlords* ingleses en el siglo XVIII, o los trabajadores de la industria manufacturera belga en los albores del siglo XIX. Tenemos que someter todo un periodo histórico a nuestra investigación lógica y rastrear un movimiento social, y, por lo tanto, político que, a pesar de los altibajos, de sus errores y triunfos, se va abriendo camino, defendiendo de forma evidente el conjunto de intereses de aquella parte de los hombres situados en una determinada posición dentro del sistema productivo y de su desarrollo.

Así fue como Federico Engels explicó una serie de movimientos políticos y demostró la existencia de la lucha de clases en uno de sus primeros ensayos clásicos basados en este método, partiendo de la historia de las clases trabajadoras inglesas.

Este concepto dialéctico de la clase nos permite superar todas esas insulsas objeciones de los estadísticos. Éstos son incapaces de ver cómo se dividen claramente las clases opuestas sobre el teatro de la historia; solo contemplan enormes coros sobre la tarima

de un escenario. Y por más que nos digan que en la zona de contacto existen capas indefinibles a través de las cuales se produce un intercambio osmótico de individuos, esto no altera para nada la fisonomía histórica de las clases presentes.

Por tanto, el concepto de clase no debe sugerirnos una imagen estática, sino dinámica. Cuando distinguimos una tendencia social, un movimiento hacia determinados objetivos, entonces podemos reconocer la existencia de una clase en el verdadero sentido de la palabra. Pero entonces existe, de manera substancial, si no aún de manera formal, el partido de clase.

Un partido existe en la medida en que adquiere una doctrina y un método de acción. Un partido es una escuela de pensamiento político, y, por lo tanto, una organización de lucha. Lo primero es un acto de conciencia, lo segundo es un acto de voluntad, de tendencia hacia un objetivo.

Sin estas dos características no podemos definir a una *clase*. Aquel que se limita a registrar datos fríamente puede constatar, repetimos, que existen ciertas afinidades en las condiciones de vida de grupos más o menos vastos, pero estos no dejan ninguna huella en el devenir de la historia.

Y esas dos características sólo se condensan y concretan en el partido de clase. A medida que la clase se va formando, conforme progresan determinadas condiciones y relaciones que son producto del desarrollo de un nuevo sistema productivo (por ejemplo, la implantación de grandes fábricas que emplean la fuerza motriz y reclutan y forman numerosa mano de obra), la influencia de los intereses de este colectivo se va concretando gradualmente en una conciencia más precisa, que comienza a esbozarse en algunos pequeños grupos. Cuando las masas se ven empujadas a la acción, son precisamente estos grupos, que han adquirido la perspectiva de un objetivo final, los que incitan y dirigen al resto.

En lo que respecta a la clase proletaria moderna, este proceso no se limita a una categoría profesional, sino que concierne a todo el conjunto de la clase. De esta forma, va apareciendo una conciencia cada vez más precisa de la identidad de sus intereses. Pero dado que esta conciencia es el resultado de un conjunto de experiencias y de nociones, sólo la adquieren grupos reducidos, que incluyen a elementos seleccionados pertenecientes a todo tipo de categorías. Y esta perspectiva de una acción colectiva tendente a unos objetivos generales, que interesan a toda la clase y que se concretan en el propósito de transformar todo el

régimen social, sólo puede defenderla una minoría avanzada.

Estos grupos, estas minorías, no son otra cosa que el partido. Cuando la formación del mismo ha alcanzado un cierto estadio, cosa que no puede producirse sin parones, crisis y conflictos internos, entonces podemos decir que estamos ante una clase en acción. Aunque el partido no englobe más que a *una parte* de la clase, es ese partido quien le da a la clase unidad de acción y de movimiento, pues reagrupa a aquellos elementos que, superando los límites de categoría y localidad, *sienten y representan* a la clase.

Esto permite aclarar el sentido de esta verdad fundamental: el partido es sólo una parte de la clase. Quien se limita a observar una imagen fija y abstracta de la sociedad y distingue en ella una zona, la clase, y dentro de ésta un pequeño núcleo, el partido, puede llegar fácilmente a la conclusión de que la otra parte de la clase, la que queda fuera del partido y que casi siempre constituye la mayoría, tiene más peso y, por tanto, mayor *derecho*. Pero a poco que tengamos en cuenta que esta gran masa restante de individuos aún carece de conciencia y de voluntad de clase, que se guían por sus propios intereses egoístas, o por los de su gremio, su parroquia o su nación, comprenderemos que para consolidar la acción de conjunto de la clase en el movimiento histórico necesitamos un organismo que la

anime, la cimiento, la preceda, en una palabra, que la *encuadre*. Y entonces nos daremos cuenta de que el partido es en realidad ese núcleo vital, sin el cual toda la masa remanente no podría ser considerada como un haz de fuerzas.

La clase presupone el partido, porque para existir y moverse en la historia la clase debe tener una doctrina crítica de la historia y una finalidad que alcanzar en ésta.

La verdadera y única concepción revolucionaria de la acción de clase consiste en delegar su dirección al partido. El análisis doctrinal y toda una serie de experiencias históricas, nos permiten afirmar fácilmente que cualquier tendencia a negar e impugnar la necesidad y la preeminencia de la función del partido procede de las ideologías pequeñoburguesas y antirrevolucionarias.

Si esta impugnación se basa en un punto de vista *democrático*, habrá que someterla a la misma crítica que emplea el marxismo para machacar los teoremas favoritos del liberalismo burgués.

Bastará, pues, con recordar que la conciencia de los hombres es el resultado y no la causa de las características del ambiente en el cual se ven obligados a moverse. Por tanto, la regla no es que los explotados, los hambrientos y los desnutridos tengan capacidad para

derribar y sustituir a los cebados explotadores, que disponen de todo tipo de recursos y poderes. Esto es la excepción. La democracia electoral burguesa corre al encuentro de la consulta de las masas porque sabe que la mayoría siempre responderá a favor de la clase privilegiada, delegando a ésta voluntariamente el *derecho* a gobernar y a perpetuar la explotación.

Si se excluyera a la pequeña minoría de *electores* burgueses del recuento electoral, no cambiaría nada. La burguesía no sólo gobierna con el apoyo de la mayoría de los *ciudadanos*, sino también con el apoyo de la mayoría de los trabajadores.

Por lo tanto, si las acciones e iniciativas que deben reservarse al partido se sometieran al juicio de todas las masas proletarias, probablemente su veredicto sería favorable a la burguesía. En todo caso, éste sería menos claro, menos avanzado, menos revolucionario y sobre todo menos dotado de una conciencia de los intereses verdaderamente colectivos de los trabajadores, del resultado final de la lucha revolucionaria, que el dictamen que procede exclusivamente de las filas del partido organizado.

Este concepto del *derecho* del proletariado a disponer de su acción de *clase* no es más que una abstracción sin ningún sentido marxista, que oculta la intención de llevar al partido revolucionario a ampliar

su séquito con estratos menos maduros, pues en la medida que esto ocurre, las decisiones que toma se van acercando cada vez más a las concepciones burguesas y conservadoras.

Si tratáramos de confirmar esta verdad no sólo mediante la indagación teórica, sino también a través de la experiencia que ofrece la historia, no tendríamos muchas dificultades. Recordemos que es un lugar común exquisitamente burgués contraponer «el sentido común» de las masas a las «vilezas» de una «minoría de agitadores», ostentar la mejor predisposición hacia los trabajadores y, al mismo tiempo, el odio más furioso contra el partido, que es el único medio que aquellos tienen para perjudicar los intereses de los explotadores. Las corrientes de derecha del movimiento obrero, las escuelas socialdemócratas cuyo contenido reaccionario ha quedado demostrado por la historia, enfrentan continuamente a las masas con el partido, considerando que hay que consultar a la clase de manera más amplia, en lugar de limitarse al restringido grupo de cuadros del partido. Y cuando no pueden ensanchar este último más allá de los límites que imponen la doctrina y la disciplina para la acción, proponen que no sean los militantes los que elijan a los miembros de los órganos directivos, sino un cuerpo más vasto, como el que elige a los diputados parlamentarios. De hecho, los grupos parlamentarios son siempre la extrema derecha de los partidos.

Toda la degeneración de los partidos socialdemócratas de la Segunda Internacional, así como la circunstancia de que se volvieron ostensiblemente menos revolucionarios que las masas no organizadas, se debe a que día a día iban perdiendo su fisionomía como partido, precisamente por hacer obrerismo o «laborismo», es decir, no funcionaban ya como vanguardias avanzadas de la clase, sino como la mecánica expresión de un sistema electoral y corporativo en el que los estratos de la clase proletaria menos conscientes y más dominados por el egoísmo tenían el mismo peso y la misma influencia que el resto. La reacción contra esta práctica se produjo ya antes de la guerra y se desarrolló, particularmente en Italia, en el sentido de una defensa de la disciplina interna del partido, de impedir el ingreso de aquellos elementos que no se situaran totalmente sobre el terreno revolucionario de nuestra doctrina, de contrarrestar la autonomía del grupo parlamentario y de los órganos locales, depurando las filas del partido de elementos espurios. Este método, que ha demostrado ser un verdadero antídoto contra el reformismo, constituye el fundamento de la doctrina y de la práctica de la Tercera Internacional, para la cual es de primera importancia la función del partido, centralizado, disciplinado y claramente orientado a los problemas de principio y de táctica, para la cual «la bancarrota de los partidos socialdemócratas de la Segunda Internacional no fue la bancarrota de los

partidos proletarios en general», sino que fue, si se permite la expresión, la bancarrota de organismos que habían olvidado lo que era un partido, porque habían dejado de serlo.

Existe además otro tipo de objeciones contra este concepto comunista de la función del partido, las cuales se basan en una reacción crítica y táctica distinta ante las degeneraciones del reformismo. Se trata de las objeciones de la escuela sindicalista, que confunde a la clase con los sindicatos económicos y afirma que éstos son los órganos que deben guiarla hacia la revolución.

Sin embargo, estas objeciones aparentemente de izquierdas, que tras el periodo clásico del sindicalismo francés, italiano y norteamericano han sido reformuladas por algunas tendencias que se encuentran al margen de la Tercera Internacional, pueden identificarse fácilmente con ideologías semiburguesas, mediante la crítica de sus principios y la constatación de los resultados que han obtenido.

Se pretende identificar a la clase con una de sus organizaciones, que ciertamente es característica e importantísima: los sindicatos profesionales, de oficio, que surgen antes que el partido político. Como reagrupan a masas mucho más extensas, es más fácil identificarlos con el conjunto de la clase trabajadora.

Desde un punto de vista abstracto, este criterio demuestra un inconsciente respeto por la mentira democrática que emplea la burguesía para asegurar su dominio, invitando a la mayoría del pueblo a elegir un gobernante. Desde el punto de vista teórico, este método converge con las opiniones burguesas, pues confía a los sindicatos la organización de la nueva sociedad, reivindicando los mismos conceptos de autonomía y de descentralización de las funciones productivas que los economistas reaccionarios. Pero nuestra intención no es hacer un examen crítico completo de las doctrinas sindicalistas. Nos basta con constatar (examinando al mismo tiempo los resultados de las pasadas experiencias) que los elementos de extrema derecha del movimiento proletario siempre han defendido ese punto de vista que consiste en poner en primer plano la representación sindical de la clase obrera, sabiendo muy bien que así degradaban y atenuaban el contenido del movimiento, por las sencillas razones que ya hemos señalado. La propia burguesía muestra hoy en día unas simpatías e inclinaciones, en absoluto ilógicas, por las manifestaciones sindicales de la clase obrera, y con gusto aceptaría (al menos sus sectores más inteligentes) reformar su aparato estatal y representativo para hacer un hueco a estos sindicatos «apolíticos», e incluso accedería a sus reivindicaciones de controlar el sistema productivo. La burguesía sabe que su supervivencia depende de su capacidad para mantener al proletariado

en el terreno de las exigencias inmediatas y económicas, separado por intereses profesionales, evitando así que se forme esa peligrosa conciencia «política», que es la única revolucionaria, pues se dirige al punto vulnerable del adversario: la posesión del poder.

Pero ni a los viejos ni a los modernos sindicalistas se les escapa el hecho de que el grueso de los sindicatos está dominado por elementos de derecha y que la dictadura de los dirigentes pequeñoburgueses sobre las masas se basa más en la burocracia del encuadramiento sindical que en el mecanismo electoral de los seudopartidos socialdemócratas. De manera que los sindicalistas, y con ellos muchísimos otros elementos impulsados únicamente por su reacción a los hábitos reformistas, se pusieron a estudiar nuevos tipos de organización sindical y formaron nuevos sindicatos, independientes de los tradicionales. En el plano teórico esta artimaña no era correcta, pues no iba más allá del criterio fundamental que caracteriza a toda organización económica (la admisión de todos aquellos que se encuentran en determinadas condiciones, determinadas por la manera en que participan en la producción, sin exigir especiales convicciones políticas ni compromisos particulares a la hora de la acción, que pueden llegar incluso al propio sacrificio). Por otro lado, en su búsqueda del «productor», no lograban superar los límites del «gremio». Sólo el partido de clase, al

considerar al «proletario» en su vasta gama de condiciones y actividades, logra despertar el espíritu revolucionario de la clase. Así pues, este expediente se reveló insuficiente para alcanzar los objetivos que se proponía.

Sin embargo, hoy en día hay quien sigue buscando recetas similares. Una interpretación completamente errónea del determinismo marxista, una concepción limitada del papel que tienen los actos conscientes y volitivos en la formación de las fuerzas revolucionarias, que están bajo la originaria influencia de los determinados factores económicos, lleva a muchos a la búsqueda de un «mecanismo» organizativo capaz de encuadrar a las masas de manera casi automática, según el lugar que ocupan en la producción los distintos individuos, pensando que de esta forma estarán dispuestos a esforzarse por la revolución y dispondrán de la máxima eficacia revolucionaria. Reaparece así esa solución ilusoria que consiste en ligar la satisfacción cotidiana de las necesidades económicas con el resultado final del derrocamiento del sistema social, resolviendo esta vez con fórmulas organizativas el viejo problema de la antítesis que existe entre las conquistas limitadas y graduales y la realización del programa revolucionario. Sin embargo, como decía correctamente una resolución de la mayoría del Partido Comunista Alemán, en un momento en que estas

cuestiones eran particularmente candentes en Alemania (luego terminaron provocando la escisión del KAPD), *la revolución no es cuestión de formas de organización*.

La revolución exige una organización de fuerzas activas y positivas reagrupadas en torno a una doctrina y un objetivo. Importantes estratos e innumerables individuos que materialmente pertenecen a la clase en cuyo interés triunfará la revolución, permanecen al margen de este reagrupamiento. Pero la clase vive, lucha, avanza y vence, merced a la obra de aquellas fuerzas que ella misma engendra en su seno a través de las vicisitudes de la historia. La clase parte de unas condiciones económicas inmediatamente homogéneas, lo cual constituye el principal motor de esa tendencia que la impulsa a superar, a quebrantar el actual sistema de producción. Pero para poder asumir este grandioso papel debe adquirir un pensamiento propio, un método crítico propio y una voluntad propia que apunte a los objetivos señalados por el estudio y la crítica: una organización de combate propia que canalice sus esfuerzos y sus sacrificios y les saque el máximo rendimiento. Y todo esto es el partido.

Amadeo Bordiga

PARTIDO Y ACCIÓN DE CLASE

Rassegna Comunista, año I, nº 4 (31/5/1921)

En un artículo anterior, al exponer algunos conceptos fundamentales, no sólo hemos demostrado que no existe ninguna contradicción en el hecho de que el partido político de la clase obrera, órgano indispensable de la lucha por su emancipación, incluya en sus filas sólo a una parte, a una minoría de la clase, sino también que no puede hablarse de clase dotada de movimiento histórico si no existe un partido que tenga una conciencia precisa de ese movimiento y de sus finalidades, y que se coloque en la vanguardia de la acción de ese movimiento.

Un examen más detallado de las tareas históricas que debe asumir la clase trabajadora en su camino revolucionario, tanto antes como después del derrocamiento del poder de los explotadores, nos permitirá confirmar que el partido político, que debe dirigir toda la lucha de la clase trabajadora, es una necesidad indiscutible.

Para hacernos una idea precisa, casi tangible diríamos, de lo necesario que es «técnicamente» el partido, quizá lo mejor sea, aunque la exposición parezca ilógica, considerar *primero* cuáles son las tareas

del proletariado *después* de tomar el poder, después de arrancar a la burguesía la dirección de la máquina social.

Las complejas funciones que deberá asumir el proletariado tras conquistar la dirección del Estado, cuando no sólo deberá sustituir a la burguesía en la dirección y en la administración de la cosa pública, sino también construir una máquina nueva y diferente de administración y de gobierno, con objetivos mucho más complejos que los que hoy constituyen el objeto del arte gubernamental, requerirán un encuadramiento organizado de los individuos capaces de cumplir con las diversas tareas, de estudiar los diversos problemas, de aplicar en las diversas ramas de la vida colectiva los criterios que se derivan de los principios revolucionarios generales y que se corresponden con las necesidades que impulsan a la clase proletaria a romper los vínculos del viejo régimen para construir nuevas relaciones sociales.

Sería un completo error pensar que toda esta preparación y especialización debe surgir del simple encuadramiento profesional de los trabajadores que se deriva de las tradicionales funciones que desempeñan en el viejo régimen. En efecto, no se trata de recurrir a la preparación profesional de los mejores obreros para que estos se hagan cargo, empresa por empresa, de las competencias técnicas que antes correspondían al capitalista, o a elementos estrechamente ligados a éste. Sino que se trata de llevar a cabo una actividad de

naturaleza mucho más sintética, que exige una preparación política, administrativa y militar, una actividad que sólo responderá exactamente a las precisas tareas históricas de la revolución proletaria a través de un organismo como el partido político, que ha adquirido por una parte la visión histórica general del proceso revolucionario y de sus exigencias y, por otra, una severa disciplina organizativa que asegura la subordinación de todas sus funciones particulares al objetivo general de la clase.

Un partido es un conjunto de personas que tienen la misma visión general del desarrollo histórico, una conciencia precisa del objetivo final de la clase a la que representan y que disponen de todo un conjunto de soluciones para los diversos problemas que se le plantearán al proletariado cuando se convierta en la clase gobernante. Por eso el gobierno de clase sólo puede ser el gobierno del partido. Una vez hechas estas consideraciones, que un estudio meramente superficial de la revolución rusa pone claramente en evidencia, pasamos ahora a analizar la fase anterior, para demostrar que la acción revolucionaria de clase contra el poder burgués tampoco puede ser sino acción del partido.

Ante todo es evidente que, si el partido, que es el órgano indispensable para resolver los difícilísimos problemas del período de la dictadura, no construye su cuerpo doctrinal y su experiencia con la necesaria

antelación, el proletariado no será capaz de afrontar dichos problemas.

El partido es un órgano indispensable para toda la actividad de la clase, también para afrontar las necesidades directas de la lucha que debe culminar en el derrocamiento revolucionario de la burguesía. Por tanto, lógicamente, no se puede hablar de verdadera actividad de clase (es decir, de una actividad que supere los límites de los intereses gremiales o los problemillas contingentes) allí donde no existe actividad de partido.

En líneas generales, la tarea del partido proletario en el proceso histórico se presenta de esta forma:

Las relaciones de la economía y la vida social capitalista se vuelven en todo momento intolerables para los proletarios, y les empujan a tratar de superarlas. A través de complejas vicisitudes, las víctimas de estas relaciones se dan cuenta de que, en esta lucha instintiva contra el malestar y las inconveniencias que afectan a tan gran número de individuos, los recursos individuales son insuficientes. Se ven empujados a actuar colectivamente para aumentar, mediante la asociación, el peso de su propia influencia sobre la situación social que les imponen. Pero la sucesión de estas experiencias que jalonan el desarrollo de la actual forma social capitalista, lleva a los trabajadores a comprobar que, en

realidad, sólo serán capaces de influir sobre su propio destino asociando sus esfuerzos más allá de los límites en los que se mueven los grupos locales, nacionales y profesionales, orientándose hacia un objetivo amplio e integral que se concreta en el derrocamiento del poder político burgués, pues mientras las actuales estructuras políticas se mantengan en pie, su función será la de anular todos los esfuerzos de la clase proletaria por reducir la explotación.

Los grupos de proletarios que adquieren antes esta conciencia intervienen en los movimientos de sus compañeros de clase y, a través de la crítica de sus esfuerzos, de los resultados obtenidos, de los errores y de las desilusiones, atraen a un número cada vez mayor de ellos al terreno de esta lucha general por el objetivo final, que es una lucha por el poder, una lucha política y revolucionaria.

Así aumenta, en primer lugar, el número de trabajadores convencidos de que sólo con la lucha final revolucionaria se puede resolver el problema de sus condiciones de vida y, al mismo tiempo, se refuerzan las filas de aquellos dispuestos a afrontar las penurias y los sacrificios inevitables de la lucha, poniéndose al frente de las masas, cuyo sufrimiento les empuja a la revuelta, para emplear racionalmente sus esfuerzos y garantizar su eficacia.

La tarea indispensable del partido se presenta pues de dos maneras: primero como acto de conciencia, y luego como acto de voluntad. Lo primero se traduce en una concepción teórica del proceso revolucionario, que debe ser común a todos los integrantes. Lo segundo, en la aceptación de una disciplina precisa que garantiza la coordinación y, por lo tanto, el éxito de la acción.

Naturalmente, este proceso de fortalecimiento de las energías de clase nunca se desarrolla, ni se puede desarrollar, de manera siempre progresiva y continua. Hay interrupciones, repliegues, rupturas, y los partidos proletarios pierden muchas veces las características esenciales que estaban formándose y se vuelven incapaces de cumplir sus tareas históricas. En general, es la propia influencia de los particulares fenómenos del mundo capitalista la que a menudo impide que los partidos cumplan con su función principal, que consiste en concentrar y canalizar hacia el objetivo final y único de la revolución los impulsos que surgen del movimiento de los diversos grupos. Y estos partidos se limitan entonces a buscar soluciones y satisfacciones inmediatas y transitorias, degenerando así tanto en el terreno doctrinal como en el práctico, admitiendo que el proletariado puede encontrar condiciones de vida estables en el marco del régimen capitalista, consagrando su política a unos objetivos parciales y

contingentes, dejándose caer por la pendiente de la colaboración.

Estos fenómenos degenerativos, que culminaron en la gran guerra mundial, vinieron seguidos de un periodo de sana reacción. Los partidos de clase inspirados en las directrices revolucionarias (los únicos verdaderos partidos de clase) se han reconstruido en todas partes y se organizan en la Tercera Internacional, cuya doctrina y acción son explícitamente revolucionarias y «maximalistas».

En una fase que parece decisiva, se reanuda el movimiento de convergencia revolucionaria de las masas en torno a los partidos comunistas, de encuadramiento de sus fuerzas de cara a la acción revolucionaria final. Pero este proceso, de nuevo, tampoco puede reducirse a la inmediata simplicidad de unas reglas, sino que presenta difíciles problemas de táctica, no está exento de sufrir fracasos parciales e incluso graves, y suscita discusiones extremadamente apasionadas entre los militantes de la organización revolucionaria mundial.

Anclada en el marco de su doctrina, la nueva Internacional aún debe trazar el plan general de sus métodos tácticos. En el movimiento comunista de los diversos países surgen una serie de interrogantes y las

cuestiones tácticas están a la orden del día. Partiendo de que el partido político es el órgano revolucionario indispensable, y una vez las resoluciones teóricas del segundo congreso mundial (punto de partida del artículo precedente) han dejado claro que el partido no puede ser más que una fracción de la clase, se plantea el problema de saber más concretamente qué extensión debe tener la organización del partido, cómo debe encuadrar a las masas.

Existe (o al menos eso dicen) una tendencia que defiende «partidos pequeños» purísimos, que casi se alegra de permanecer al margen del contacto con las masas, a las que acusa de tener poca conciencia y capacidad revolucionaria. Se critica vivamente esta tendencia y se la define como «oportunismo de izquierda», fórmula que quizá contenga más demagogia que sustancia, pues estos términos habría que emplearlos más bien contra aquellas corrientes que, negando la función del partido político, pretenden que sean las organizaciones puramente económicas, sindicales, las que lleven a cabo el vasto encuadramiento revolucionario de las masas.

Se trata, pues, de examinar un poco más a fondo esta cuestión de la relación entre el partido y las masas. El partido es una fracción de la clase, bien. ¿Pero cómo podemos calcular cuantitativamente esta fracción? Nosotros pensamos que quienes dan muestras de errores

voluntaristas, y por lo tanto de un característico «oportunismo» antimarxista (y oportunismo quiere decir herejía), son precisamente aquellos que pretenden fijar a priori el valor cuantitativo de esta relación, convirtiéndolo en una regla organizativa y afirmando que el número de trabajadores organizados en el partido comunista, o de simpatizantes, debe estar por encima o por debajo de una determinada fracción de las masas proletarias.

Si basáramos el proceso de formación de los partidos comunistas, lleno de escisiones y de fusiones, en un criterio numérico, es decir, si hubiese que dividir los partidos que son demasiado grandes e incorporar a la fuerza esos pedazos a los partidos que son demasiado pequeños, cometeríamos un error ridículo, al no comprender que ese proceso debe estar presidido por normas cualitativas y políticas y que, en grandísima medida, se desarrolla a través de las repercusiones dialécticas de la historia, escapando a toda legislación organizativa que pretenda colar a los partidos en moldes para que adquieran las dimensiones adecuadas y deseables.

Parece indiscutible, en lo que respecta a la táctica, que es preferible que los partidos sean tan grandes como sea posible, que arrastren consigo a los más amplios estratos de las masas. No existe ningún comunista que eleve a la categoría de principio el hecho de ser pocos y

estar reclusos en la «torre de marfil» de la pureza. Es indiscutible que la fuerza numérica del partido, y el fervoroso consenso del proletariado a su alrededor, son condiciones revolucionarias favorables, son indicios seguros de la madurez del desarrollo de las energías proletarias y, por tanto, nadie puede pretender que los partidos comunistas no progresen en ese sentido.

No existe, pues, una relación numérica definida o definible entre los efectivos del partido y la gran masa de los trabajadores. Una vez establecido que el partido cumple con su función aunque sea una minoría, sería bizantino tratar de averiguar si esa minoría debe ser más grande o más pequeña. Está claro que cuando el desarrollo del capitalismo, cuyas contradicciones y conflictos internos son el origen de las tendencias revolucionarias, está aún en su etapa inicial, cuando la revolución aparece como una perspectiva lejana, el partido de clase, el partido comunista, sólo puede estar formado por pequeños grupos de precursores, que poseen una capacidad especial para entender las perspectivas de la historia, y que el sector de las masas que le comprende y le sigue no puede ser muy amplio. En cambio, cuando la crisis revolucionaria se acerca y las relaciones burguesas de producción se vuelven cada vez más intolerables, las filas del partido aumentan numéricamente, también entre el proletariado.

Si la época actual es una época revolucionaria, como pensamos todos los comunistas, entonces deberíamos tener en todos los países grandes partidos con una amplia influencia sobre vastas capas del proletariado. Pero si, a pesar de la agudización de la crisis y de la inminencia de su estallido, esto no ocurre, las causas son tan complejas que sería una ligereza deducir que, como el partido es demasiado pequeño y tiene poca influencia, es necesario dilatarlo artificialmente, agregándole otros partidos y porciones de partidos, en cuyas filas hay elementos ligados a las masas. A la hora de aceptar en las filas del partido comunista a otros elementos organizados o, al contrario, a la hora de amputar una parte de sus miembros a un partido demasiado grande, no podemos basarnos en consideraciones aritméticas, ni en pueriles decepciones estadísticas.

Exceptuando al partido bolchevique ruso, la formación de los partidos comunistas, tanto dentro como fuera de Europa, se desarrolla a un ritmo aceleradísimo, al mismo ritmo con el que la guerra ha abierto de par en par las puertas a la crisis del régimen. Las masas proletarias no pueden formarse una conciencia política sólida de forma gradual, sino que se ven continuamente impelidas y repelidas por las exigencias de la acción revolucionaria, como las olas de

un mar tempestuoso. Por otro lado, aún persiste la tradicional influencia de los métodos socialdemócratas, y los propios partidos socialdemócratas continúan en escena para sabotear el proceso de clarificación, en beneficio de la burguesía.

En los momentos en que el problema del desenlace de la crisis alcanza su punto crítico y el problema del poder aparece necesariamente ante las masas, el juego de los socialdemócratas se vuelve terriblemente evidente, porque frente al dilema: dictadura proletaria o dictadura burguesa, cuando ya no se puede esquivar la elección, ellos eligen ser cómplices de la burguesía. Pero cuando la situación aún no ha llegado a este punto, si bien va camino de ello, una parte notable de las masas sufre la vieja influencia de los socialtraidores. Por tanto, cuando las posibilidades revolucionarias disminuyen, aunque sólo sea en apariencia, o cuando la burguesía despliega fuerzas de resistencia inesperadas, el movimiento de los partidos comunistas perderá inevitablemente terreno en el plano de la organización y del encuadramiento de las masas, momentáneamente.

En el marco general del firme desarrollo de la Internacional revolucionaria, la inestabilidad de la situación actual podría dar lugar a este tipo de fluctuaciones. Y si bien es indiscutible que la táctica comunista debe tratar de afrontar tales circunstancias

desfavorables, no es menos cierto que sería absurdo pretender eliminarías mediante fórmulas tácticas, de la misma forma que tampoco se debe exagerar ni dejarse arrastrar hacia conclusiones pesimistas.

Suponiendo, hipótesis abstracta, que las energías revolucionarias de las masas se desarrollaran de manera continua, el partido iría aumentando continuamente sus propias fuerzas numéricas y políticas y crecería cuantitativamente, sin cambiar cualitativamente, mientras aumenta el número de comunistas entre los proletarios. Pero, en realidad, sucede que los diversos factores y los constantes cambios del ambiente social influyen de manera compleja en las disposiciones de las masas, y el partido comunista, a pesar de estar formado por el conjunto de quienes conocen y comprenden mejor que el resto de las masas las características de este desarrollo, no por ello deja de ser él mismo un efecto de ese mismo desarrollo. Por tanto, se ve inevitablemente afectado por todas esas fluctuaciones y, a pesar de actuar constantemente como factor de aceleración revolucionaria, no hay método, por refinado que sea, que le permita forzar o anular la esencia fundamental de las situaciones.

El peor de todos los remedios que podríamos emplear para contrarrestar los efectos desfavorables de las situaciones sería poner periódicamente en tela de juicio los principios teóricos y organizativos en los que

se basa el partido, con el propósito de ampliar la superficie de contacto con las masas. En las situaciones en las que la predisposición revolucionaria de las masas se ve mermada, lo que algunos llaman acercar el partido a las masas equivale muchas veces a desnaturalizar el carácter del partido, a despojarlo precisamente de aquellas cualidades que le convierten en un catalizador capaz de influir en las masas y hacerlas reemprender el movimiento hacia adelante.

Una vez los partidos comunistas se fundan sólidamente en los resultados de la doctrina y de la experiencia histórica en lo que respecta a las características precisas del proceso revolucionario, que no puede ser sino internacional, dando lugar por tanto a normas internacionales, su fisonomía organizativa queda definida. Entonces su capacidad para atraer y fortalecer a las masas dependerá de su fidelidad a la estricta disciplina programática y organizativa interna.

Cuando el partido comunista adquiere la conciencia teórica que le permite afrontar las exigencias de la lucha revolucionaria, conciencia confirmada por las experiencias internacionales del movimiento, puede estar seguro de que, aunque las masas se alejen de él en ciertas fases de su vida, estarán a su lado cuando se planteen aquellos problemas revolucionarios que no admiten más solución que la inscrita en su programa. Cuando las exigencias de la acción muestren la

necesidad de un aparato dirigente centralizado y disciplinado, el partido comunista, cuya constitución obedece a tales criterios, se pondrá al frente del movimiento de las masas.

Lo que pretendemos es aclarar que los criterios que deben emplearse para juzgar la eficiencia de los partidos comunistas no consisten en examinar «a posteriori» sus fuerzas numéricas y compararlas con las de otros partidos que apelan al proletariado. Estos criterios sólo pueden consistir en definir de manera exacta las bases teóricas del programa del partido, y en la rígida disciplina interna de todas sus organizaciones y de sus miembros, que asegure un trabajo común que contribuya eficazmente al triunfo de la causa revolucionaria. Toda alteración en la composición de los partidos, que no se derive lógicamente de la aplicación precisa de tales normas, sólo producirá resultados ilusorios y arrebatará al partido de clase su mayor fuerza revolucionaria, que precisamente reside en la continuidad doctrinal y organizativa de toda su propaganda y obra, en su capacidad de «pronosticar» cómo se presentará el proceso de la lucha final entre las clases y de dotarse de un tipo de organización acorde con las exigencias del periodo decisivo.

Durante los años de la guerra, esta continuidad sufrió una irreparable ruptura en todas partes, y no había más alternativa que volver a comenzar. Pero el

surgimiento de la Internacional Comunista como fuerza histórica ha sintetizado las líneas sobre las que debe reorganizarse el movimiento proletario en todos los países, basándose en experiencias revolucionarias clarísimas y decisivas. Por tanto, la primera condición para la victoria revolucionaria del proletariado mundial es que la Internacional logre una estabilidad organizativa, capaz de dar a las masas una impresión de decisión y de seguridad en todas partes, que sepa ganárselas, esperándolas allí donde aún es indispensable que el desarrollo de la crisis actúe sobre ellas y cuando es inevitable que pasen antes por la experiencia de los insidiosos consejos socialdemócratas. No existen recetas que nos permitan escapar a esta necesidad.

El segundo congreso de la Tercera Internacional comprendió esta necesidad. Al alba de la nueva época que debía desembocar en la revolución, había que fijar los puntos de partida para un trabajo internacional de organización y de preparación revolucionarias. Tal vez habría sido mejor que el congreso, en vez de disponer los argumentos en el orden que siguen las distintas tesis, todas ellas teórico-tácticas, hubiese fijado primero las bases fundamentales de la concepción teórica y programática comunista, en cuya aceptación debe basarse la organización de todos los partidos miembros, para luego formular las normas fundamentales de acción, a las que todos los militantes deben guardar un

disciplinado respeto, en lo que respecta a la cuestión sindical, agraria, colonial, etc. Pero todo esto ya está presente en el cuerpo de resoluciones aprobado por el segundo congreso, y está excelentemente resumido en las tesis sobre las condiciones de admisión de los partidos.

Lo fundamental es considerar la aplicación de las condiciones de admisión como el acto constitutivo y organizativo inicial de la Internacional, una operación que había que realizar de una vez por todas para sacar a las fuerzas organizadas u organizables del caos en el que había caído el movimiento político del proletariado y encuadrarlas en la nueva Internacional.

Nunca se procede con suficiente presteza cuando se trata de situar al movimiento internacional sobre estas normas obligatorias e internacionales. Pues, como hemos dicho, la gran fuerza que debe guiarlo para cumplir con la tarea de impulsar las energías revolucionarias consiste en demostrar la continuidad de su pensamiento y su acción, dirigidos hacia una meta precisa que un día aparecerá ante los ojos de las masas, provocando su polarización hacia el partido de vanguardia y aumentando las probabilidades de victoria de la revolución.

Partiendo de esta orientación inicial del movimiento, definitiva en lo que respecta a la

organización, si en ciertos países surgen partidos cuya fuerza numérica es aparentemente escasa, podemos dedicarnos a estudiar provechosamente este fenómeno, pero sería absurdo cambiar las normas y aplicar unas nuevas para tratar de modificar la relación numérica de fuerzas entre el partido y las masas u otros partidos.

De esta forma, todo el trabajo desarrollado durante la anterior fase organizativa habría sido inútil y estéril. Empezando de nuevo y dejando abierta la posibilidad de hacerlo una y otra vez, en lugar de ganar tiempo, sin duda lo perderíamos.

Y a nivel internacional las consecuencias podrían incluso ser peores, pues si interpretamos del mismo modo las reglas organizativas internacionales, considerándolas siempre revocables, consintiendo que se «rehagan» los partidos y creando precedentes, como quien tras fundir mal el metal lo licua de nuevo para rehacer la estatua, despojaríamos de toda su autoridad y prestigio a las «condiciones» que la Internacional ha impuesto a los partidos y a los individuos que quieran incorporarse a ella, postergando indefinidamente la estabilización de los cuadros de la armada revolucionaria, en la que aquellos siempre podrían aspirar a entrar «conservando los privilegios del rango».

Por tanto, no se trata de elegir entre ser partidos grandes o pequeños, ni se debe invertir todo el

planteamiento de los partidos con el pretexto de que no son «partidos de masas». Los partidos comunistas deben fundarse siempre sobre sólidas reglas de organización programática y táctica, reglas que sintetizen las mejores experiencias de la lucha revolucionaria, que son de carácter internacional.

Por difícil que sea demostrarlo, sin largas consideraciones y referencias extraídas de la vida del movimiento proletario, esto no obedece al deseo abstracto y estéril de conseguir partidos puros, perfectos, ortodoxos, sino precisamente a la preocupación por lograr que el partido de clase cumpla con sus tareas revolucionarias de la manera más eficaz y segura.

Las masas no se concentrarán alrededor del partido, no lo considerarán como el seguro baluarte de su conciencia clasista y su potencia, sino cuando la precedente actividad del partido haya puesto en evidencia la continuidad del movimiento hacia los objetivos revolucionarios, incluso sin las masas y a veces en su contra, en los momentos desfavorables. Las masas sólo se pueden conquistar de forma eficaz en *contra* de sus jefes oportunistas, lo que quiere decir que hay que conquistarlas desmantelando las redes de las organizaciones de los partidos no comunistas que todavía tienen influencia sobre ellas, absorbiendo a los elementos proletarios dentro del marco de la sólida y

definida organización del partido comunista. Este es el único método que produce resultados útiles y garantiza ciertos éxitos prácticos.

Y se corresponde perfectamente con la postura que adoptaron Marx y Engels frente al movimiento de los disidentes lassalleanos.

Por eso, la Internacional Comunista debe mostrar la mayor desconfianza hacia todos los elementos y grupos que se acercan a ella con reservas teóricas y tácticas. Admitimos que este juicio no se puede generalizar a escala internacional de manera *absoluta*, que no podemos olvidar las condiciones especiales que existen en ciertos países, donde las fuerzas que se sitúan en el preciso terreno del comunismo son limitadas. Pero no es menos cierto que, a la hora de valorar la posibilidad de ampliar o restringir los criterios de admisión de los individuos, o peor aún, de los agrupamientos que aún no han sido completamente conquistados por las tesis y los métodos de la Internacional, no hay que fijarse en si el partido es grande o pequeño en sentido numérico. Estas adhesiones no aportan un incremento positivo de fuerzas, y así, más que atraer a nuevas masas, se pone en riesgo la claridad del proceso de su conquista. Deseamos que este avance lo más rápido posible, pero este deseo no debe llevarnos incautamente por sendas que retrasen el éxito sólido y definitivo.

Es necesario incorporar a la táctica de la Internacional, a los criterios fundamentales que dictan su aplicación y a los complejos problemas que presenta la práctica, ciertas normas que siempre han dado buenos resultados: la intransigencia absoluta frente a otros partidos, por cercanos que parezcan, tiene importantes consecuencias de cara al futuro, más allá de toda posibilidad circunstancial de acelerar el desarrollo de ciertas situaciones. En lo que respecta a la disciplina, no sólo es importante que los militantes la respeten actualmente, sino que también hay que fijarse en sus actividades pasadas, desconfiando de las conversiones, partiendo de un criterio que no consiste en reconocer a los individuos o a los grupos ningún supuesto derecho a «prestar servicio» en el ejército comunista, o a abandonarlo, sino en tener en cuenta su pasada responsabilidad. Aunque el partido aparentemente quede así encerrado momentáneamente en un círculo demasiado estrecho, todo esto no es un lujo teórico, sino un método táctico que garantiza la eficacia de cara al futuro.

Mil ejemplos demuestran hasta qué punto están fuera de lugar y son poco útiles en nuestras filas los revolucionarios de última hora, aquellos que, argumentando que la situación es especial, ayer se orientaban hacia el reformismo y hoy se deciden a seguir las directivas comunistas fundamentales a causa de su

optimismo respecto a la inminencia de la revolución. Y es que basta con que la situación oscile de nuevo (¿quién sabe cuántos avances y retrocesos preceden a la victoria final en la guerra?) para que estos elementos recaigan en su antiguo oportunismo, dañando así el contenido de nuestra organización.

Los integrantes del movimiento comunista internacional no sólo deben estar firmemente convencidos de la necesidad de la revolución y dispuestos a luchar por ella sacrificándolo todo, sino que también deben estar dispuestos a moverse en el terreno revolucionario cuando las dificultades que presenta la lucha indican que la victoria es más difícil y está menos cercana.

Si trabajamos sobre la sólida base de nuestra organización internacional, cuando llegue el momento de la aguda crisis revolucionaria conseguiremos polarizar a nuestro alrededor a los elementos hoy indecisos y venceremos a los partidos socialdemócratas de todos los matices.

Cuando las posibilidades revolucionarias sean menos inmediatas, no por ello arriesgaremos ni por un instante nuestra paciente labor de preparación, no nos distraeremos intentando solucionar otros problemas contingentes, pues así la única que saldría ganando sería la burguesía.

Otro aspecto del problema táctico que se les plantea a los partidos comunistas es elegir el momento adecuado para lanzar consignas de cara a la acción, ya se trate de una acción secundaria o de la acción final.

Esto, actualmente, está provocando apasionadas discusiones sobre la «táctica ofensiva» de los partidos comunistas, que consiste en llevar a cabo un cierto encuadramiento y armamento de los militantes y simpatizantes más próximos, para maniobrar en el momento oportuno mediante una acción ofensiva destinada a arrastrar a las masas a un movimiento general, o también para llevar a cabo acciones demostrativas, en respuesta a las ofensivas reaccionarias de la burguesía.

A la hora de valorar este problema, generalmente surgen dos posturas opuestas, de las que probablemente ningún comunista asumiría la paternidad.

Ningún comunista tiene nada que objetar al empleo de la acción armada, de las represalias, incluso del terror, ni niega que el partido comunista deba dirigir directamente estas formas de acción, que requieren disciplina y organización. Por eso consideramos infantil esa concepción según la cual el empleo de la violencia y de las acciones armadas hay que reservarlo para el «gran día» en que se desencadene la lucha suprema por la

conquista del poder. Forma parte de la propia naturaleza del proceso revolucionario que se produzcan choques sangrientos entre el proletariado y la burguesía antes de la lucha final, los cuales no tienen por qué ser campañas proletarias que terminan en derrota, sino que también puede tratarse de inevitables enfrentamientos, parciales y transitorios, entre grupos de proletarios dispuestos a sublevarse y las fuerzas de defensa de la burguesía, o incluso de choques entre manípulos de «guardias blancos» burgueses y los trabajadores a quienes atacan y provocan. Y tampoco es correcto afirmar que los partidos comunistas deben desautorizar semejantes acciones y reservar sus fuerzas para la hora final, pues toda lucha necesita un entrenamiento y un período de instrucción, y la capacidad revolucionaria de encuadramiento del partido debe comenzar a forjarse y ponerse a prueba en estas acciones preliminares.

No obstante, quien conciba la acción del partido político de clase simplemente como la de un estado mayor capaz de mover y emplear las fuerzas armadas a voluntad, está interpretando erróneamente las anteriores consideraciones. Y también es falsa esa perspectiva táctica según la cual el partido, tras formar su red militar y una vez ésta se ha desarrollado lo suficiente, puede desencadenar en un momento dado el ataque, pensando que sus fuerzas bastan para derrotar a las fuerzas defensivas burguesas.

La acción ofensiva del partido sólo es posible cuando la realidad de las situaciones económicas y sociales pone en movimiento a las masas y éstas tratan así de solucionar los problemas que les afectan directa y profundamente, provocando una conmoción que sólo se puede desarrollar en un sentido verdaderamente revolucionario mediante la indispensable intervención del partido, fijando claramente los objetivos generales y encuadrándola en una acción racional bien organizada, también en lo que respecta a la técnica militar. Es indudable que la preparación revolucionaria del partido también puede comenzar a traducirse en acciones planificadas en el transcurso de movimientos parciales de las masas. Así, por ejemplo, frente al terror de los blancos, que da al proletariado la impresión de que es más débil que su adversario y le incita a que abandone su preparación revolucionaria, las represalias son un medio táctico indispensable.

Pero pensar que con estas fuerzas, aunque estén extraordinaria y ampliamente organizadas, se pueden modificar las situaciones, pasar de una situación de estancamiento al desencadenamiento de la lucha general revolucionaria, es una concepción voluntarista que no puede ni debe hallar hueco en los métodos de la Internacional marxista.

No se crean ni los partidos ni las revoluciones. Se dirigen los partidos y las revoluciones, unificando las

útiles experiencias revolucionarias internacionales, para proporcionar al proletariado las máximas posibilidades de victoria en esta batalla, inevitable desenlace de la época histórica en la que vivimos. Estas son nuestras conclusiones.

Los criterios fundamentales que deben orientar la acción de las masas, reflejados en las normas organizativas y tácticas que la Internacional debe establecer para todos los partidos a ella adheridos, no se basan en ninguna ilusoria, directa e ilimitada capacidad de manipulación de los partidos, que supuestamente permite amoldarlos a las dimensiones y características que garantizan la revolución, sino que se inspiran en la dialéctica marxista y se basan principalmente en la claridad y la homogeneidad programática, por un lado, y en una disciplinada centralización táctica, por otro.

Pensamos que existen dos degeneraciones «oportunistas». Aquella que considera que la naturaleza y el carácter del partido dependen de su capacidad para reagrupar considerables fuerzas en un momento dado (lo que equivale a permitir que sean las situaciones las que dicten las reglas organizativas del partido, dándole desde el exterior una constitución diferente a la que le ha conducido dicha situación), y aquella que consiste en pensar que un partido, si es numeroso y está preparado militarmente, puede provocar situaciones revolucionarias dando órdenes de ataque (lo que

equivale a pensar que es el partido quien provoca las situaciones históricas a voluntad).

Ya las consideremos como desviaciones de «izquierda» o de «derecha», lo cierto es que ambas se alejan de la buena vía marxista. En el primer caso, se renuncia a lo que puede y debe ser la legítima intervención de una sistematización internacional del movimiento, a ese margen de influencia que nuestra voluntad puede y debe ejercer sobre el desarrollo del proceso revolucionario, y que es fruto de una precisa conciencia y experiencia histórica. En el segundo caso, se atribuye a la voluntad de las minorías una influencia excesiva e irreal, lo cual comporta el riesgo de sufrir desastrosas derrotas.

Los revolucionarios comunistas, por el contrario, son aquellos que, templados colectivamente por las experiencias de la lucha contra las degeneraciones del movimiento del proletariado, creen firmemente en la revolución y quieren firmemente la revolución, pero no con la fe y el deseo de quien espera cobrar una orden de pago, siempre expuesto a ceder a la desesperación y el desánimo cuando pasa el día del vencimiento del pagaré.

Amadeo Bordiga

COMO MADURA EL «NOSKISMO»

Il Comunista (14/7/1921)

Vamos a explicar esquemáticamente esta evolución de la socialdemocracia italiana hacia la derecha.

El Partido Socialista, en sus repetidas proclamaciones oficiales, se coloca sobre un terreno claramente «pacifista» en lo que respecta a los métodos de lucha que el proletariado debe emplear, adoptando el punto de vista de los partidarios de Turati: apaciguamiento de odios, desarme de los espíritus y de las manos, luchar con las armas civilizadas (es decir, incruentas) de la propaganda y de la discusión, condenar la violencia armada del proletariado, tanto la ofensiva como la defensiva. Esto significa que aunque el Partido Socialista aún no esté completamente de acuerdo con el punto de vista de Turati, que llega a admitir la «colaboración gubernamental» con la burguesía, sí que al menos coincide con él en sus métodos legales y socialdemócratas. Ciertamente, son dos cuestiones distintas. Quien defiende la colaboración con la burguesía está en contra de las directivas revolucionarias de los comunistas, pero también lo está quien, sin ir tan lejos, reprueba el uso concreto de la violencia en la lucha de clases y se limita a emplear los

medios tácticos que ofrecen las instituciones burguesas. La crítica comunista y la experiencia de la historia revolucionaria demuestran que esa posición lleva fatalmente a quien la defiende a renunciar a la revolución y a hacerse cómplice de la contrarrevolución. Veamos cómo confirman esto los acontecimientos italianos.

¿Cuál es la base del principio del «socialpacifismo»? ¿Acaso es el «no matarás», el «pondrás la otra mejilla al agresor» del cristiano o del tolstoyano? ¡Para nada! Si los socialdemócratas creyeran esto, ciertamente serían menos peligrosos, pero más estúpidos de lo que son.

No matar a los fascistas, no responder a sus provocaciones, son consignas contingentes que proceden de un principio general distinto, que nada tiene que ver con el mencionado, etéreamente moral. ¿Cuál es ese principio?

Veamos si la socialdemocracia ha condenado «siempre» la violencia en sí misma, de manera absoluta. Pongamos de ejemplo a Turati, que como hemos dicho pregona esa consigna de pasividad en su partido. Recordemos cuál era su pensamiento y su lenguaje en octubre del 17, tras la derrota de Caporetto, cuando la violencia armada del ejército austriaco penetraba en territorio italiano. ¿Acaso decía a los soldados italianos

no matéis, tirad las armas, no respondáis a la violencia con la violencia? Todo lo contrario. Exaltaba y santificaba la resistencia armada y violenta de las tropas italianas en el Grappa⁷. Y cuando nosotros defendimos la tesis revolucionaria que rechaza la defensa nacional, argumentó por comodidad polémica que nuestros motivos eran de carácter «tolstoyano», calificándolos de «idiotas y nefastos», cuando en realidad nosotros partíamos de la consigna de que «las armas de los proletarios no deben dirigirse contra otros proletarios, sino contra el enemigo de clase, el enemigo interno».

Entre estas dos posturas adoptadas por el «socialpacifismo» en distintas situaciones, la invasión extranjera y el bandidaje fascista, tiene que existir una continuidad lógica. Debe existir, y no es difícil descubrirla.

El socialdemócrata, el socialpacifista, no está contra la violencia en general. Reconoce que la violencia tiene una función histórica y social. ¿Acaso niega la necesidad de arrestar y si es necesario matar al delincuente común, al bandolero? Ciertamente no. Para él, la invasión militar y este tipo de delitos son

⁷ Durante la Gran Guerra, después de la derrota italiana en Caporetto, el Monte Grappa se convirtió en el pilar más importante de la defensa italiana. Los italianos hicieron cuevas en la roca y construyeron fortificaciones para la artillería, con el objetivo de impedir a los austriacos el acceso a la llanura véneta.

comparables, pero en cambio considera que éstos no se pueden comparar con la ofensiva «civil» de los guardias blancos. ¿Cuál es, pues, su criterio a la hora de distinguir?

El socialpacifista no lo confiesa, pero nosotros vamos a revelarlo. Su distinción se basa en su concepto de la «función del poder estatal constituido». Y la distinción es simplísima. Si la violencia ejerce de apoderada del poder del Estado, si obedece a su voluntad y a sus disposiciones, entonces es legítima. En consecuencia, como fue el Estado quien sancionó, quiso, organizó y ordenó la defensa armada y sangrientísima en el Grappa, ésta no solo fue legítima, sino sagrada. Pero en cambio la violencia defensiva contra el fascismo es ilegítima porque es una iniciativa extraestatal y extralegal.

No hay que defenderse contra el fascismo, pero no porque ésta sea la forma de desarmarlo (¡Turati ciertamente no es un viejo chocho!), sino porque *es al Estado a quien incumbe reprimir la violencia fascista, considerada también como extraestatal y extralegal*, según esta mentalidad socialpacifista.

Sigamos analizando los razonamientos de la política socialpacifista. Su orientación implica suscribir un principio exquisitamente burgués, un principio que *el socialismo marxista siempre ha combatido, incluso por*

boca de Filippo Turati. Según este principio, el surgimiento del Estado democrático y parlamentario (nacido de la violencia, a la sazón «santificada», contra el antiguo «Estado constituido»), ha puesto fin a la época de lucha violenta entre individuos, grupos y clases de la sociedad, pues la función del Estado es precisamente tratar toda iniciativa violenta de la misma forma que trata las acciones antisociales.

Esta lógica línea teórica corre paralela a la política actual y a la fatídica política futura del Partido Socialista Italiano.

Éste lanzó la consigna de desarme y de no resistencia al fascismo, pero el fascismo no se desarmó. El PSI lanzó entonces la consigna de recurrir a los medios civilizados y legales de la acción electoral, y fue seguido por considerables fuerzas del proletariado. Pero el fascismo tampoco se desarmó.

El Partido Socialista se niega a adoptar el punto de vista comunista, según el cual el fascismo no es sino uno más de los aspectos que adquiere la violencia estatal burguesa frente a la destructiva violencia revolucionaria del proletariado, su *última ratio* defensiva y de contrataque. El Partido Socialista pretende que la situación se estanque para volver «a la normalidad» y así poder continuar con su trabajo pacífico tradicional, al que se adapta su estructura. Como la política de

desarme y de fortalecimiento electoral no ha logrado este resultado, el Partido Socialista se ve obligado a negociar directamente con los dirigentes fascistas. El hecho de que estas negociaciones fracasen no significa nada. Al acercarse a ellos, después de haber desistido espontánea y oficialmente de la lucha armada, preparan el terreno para otras concesiones, consecuencia lógica de su fatal premisa «socialpacifista». Ello conduce a este tipo de pactos: nosotros nos hemos desarmado, por lo que el fascismo debe desarmarse, debe cumplir con su compromiso, y así toda represión de la violencia privada pasará, retornará, a su legítimo dueño: el Estado. Todo el ardor de este idiota y nefasto deseo socialdemócrata tiende hacia este ilusorio «retorno». También se ha dicho, y es algo lógico y hasta verosímil, que las partes contratantes deben comprometerse (si no lo han hecho hoy, lo harán mañana) a denunciar a los violentos que actúen en contra de la legalidad, sean quienes sean.

Conceder al Estado la «administración de la violencia» no sólo es reconocer un principio exquisitamente burgués, sino también un principio *falso*, y además tiene otro tipo de consecuencias. Lo *cierto* es que el Estado administra la violencia para uso y consumo de la burguesía, y que el fascismo no es más que un aspecto de esta misma violencia, su contrataque, que anuncia el ataque contra la futura ofensiva revolucionaria del proletariado (si la política burguesa

emplea las fuerzas estatales oficiales para emprender la suprema batalla de clase antes de que la iniciativa de la audaz vanguardia proletaria la desencadene, se pondría en evidencia y estaría dando la razón a la crítica revolucionaria comunista). Tal y como están las cosas, el fascismo no se desarmará hasta que el conjunto del proletariado se desarme de toda veleidad ofensiva contra el Estado constituido y las instituciones burguesas. La oferta que hará el movimiento de los blancos a la socialdemocracia será esta: para asegurarnos de que las masas proletarias no atenten contra el legítimo poder estatal, y como la función de este poder es ejercer de árbitro de la vida social y reprimir la iniciativa ilegal de las minorías, tomen ustedes el timón del Estado, participen en el gobierno burgués.

El vulgar «sentido común» socialdemócrata considera esta situación desde otro punto de vista. Acaricia la estúpida ilusión de apoderarse parcial o totalmente de las riendas del Estado, para terminar con la incivilizada «ilegalidad» del fascismo mediante la Guardia Real y el resto de fuerzas estatales oficiales. Puede que el fascismo ceda terreno, satisfecho al ver que un partido de acción revolucionaria proletaria se ha transformado en un partido de gobierno en la órbita de las instituciones, o puede que el fascismo sea derrotado gracias al empleo de la fuerza por parte de este gobierno (hipótesis que consideramos «posible pero poco

probable»), pero en todo caso la socialdemocracia deberá recorrer otras etapas en su camino. Gracias a sus pactos con el fascismo o a la colaboración ministerial, será gerente del Estado y por lo tanto de la violencia legítimamente administrada del poder estatal, ¿y qué hará con ella cuando *los comunistas continúen proclamando y empleando la violencia en sus ataques revolucionarios contra el poder del Estado?*

Sencilísimo: en principio condenará esta violencia revolucionaria, pero al contrario de lo que cabría esperar, dado su actual seudocristianismo, no defenderá la pasividad ante esta violencia, sino que su conclusión lógica será que el Estado tiene el derecho y el deber de sofocarla.

En la práctica, dará a la Guardia Real la orden de ametrallar al proletariado, y considerará bandidos antisociales a quienes se opongan a la beneficiosa función del gobierno «obrero».

Este es el desagüe en el que terminan quienes reniegan del empleo ilegal y antiestatal de la violencia como medio fundamental de la lucha proletaria. Esta fue la vía seguida por Noske.

Y así lo demuestra la crítica marxista y la dramática realidad que vivimos hoy en Italia.

Amadeo Bordiga

SOBRE EL GOBIERNO

Il Comunista (2/12/1921)

La postura de los comunistas ante todos los despropósitos que pronuncian en las Cortes tanto los demócratas como los socialdemócratas y los socialistas, que ya se preparan para empezar de nuevo con esa vieja farsa del bloque de izquierdas, es sencillísima.

No es en absoluto cierto eso de que si el fascismo existe es porque no hay un gobierno capaz de reprimirlo. Y sería una estafa dar a entender que la formación de este gobierno, y en general el desarrollo de las relaciones entre la actividad del Estado y el fascismo, depende de cómo vayan las cosas en el Parlamento.

Si se formase un gobierno fuerte, capaz de garantizar el imperio de la actual ley, el fascismo se jubilaría, pues no tiene más objetivo que hacer respetar efectivamente la ley burguesa, ley que el proletariado pretende demoler, que ha empezado a demoler y que continuará demoliendo en cuanto desaparezcan las resistencias conservadoras.

Para el proletariado, gobierno fuerte y fascismo fuerte tienen el mismo sentido: representan un timo enorme.

Aclaremos un poco las tres afirmaciones que oponemos al nauseabundo juego de esta «izquierda» política, que se despliega en obscuro contacto con Montecitorio⁸, a la cual repetimos de todo corazón nuestra vieja declaración, a saber, que nos inspira mil veces más asco que toda la reacción, el clericalismo y el nacional-fascismo de ayer y de hoy.

Al Estado burgués (cuya maquinaria efectiva no es el Parlamento, sino la burocracia, la policía, el ejército y la magistratura) no le preocupa ser suplantado por la salvaje acción de las bandas fascistas. No se puede estar en contra de aquello que se prepara y se defiende. Sea quien sea el grupo de payasos instalado en el poder, la burocracia, la policía, el ejército y la magistratura apoyarán al fascismo, su aliado natural.

Para eliminar al fascismo no es necesario un gobierno más fuerte que el actual. Bastaría con que el aparato estatal dejara de apoyarlo con sus fuerzas. Pero las razones por las cuales el aparato del Estado prefiere emplear contra el proletariado, más que su propia fuerza directa, la fuerza fascista, que apoya indirectamente, son mucho más profundas.

⁸ El Palacio de Montecitorio es la sede del Parlamento italiano.

Nosotros, los comunistas, no somos tan bobos como para reclamar un «gobierno fuerte». Si nuestros deseos pudieran convertirse en realidad, lo que reclamaríamos sería más bien un gobierno realmente débil, que nos garantizara la ausencia del Estado y de su formidable organización en el combate entre blancos y rojos. A los demócratas como Labriola⁹ esto les demostraría que se trata de una verdadera guerra civil, y al *duce* del fascismo le convencería de que no es cierto que sus victorias se deban al pancismo¹⁰ de los trabajadores. Entonces seríamos nosotros quienes les daríamos un «gobierno fuerte» a unos y a otros. Pero esta hipótesis es absurda.

El fascismo ha surgido de la situación revolucionaria porque la barraca burguesa ya no funciona. Es revolucionaria porque el proletariado ya se ha puesto a dar los primeros golpes. La vulgar demagogia y la insuperable ruindad de los diversos tipos de falsos jefes proletarios que existen en el Partido Socialista, han saboteado el avance del proletariado. Pero esto no significa que el proletariado revolucionario

⁹ Arturo Labriola (1873-1959), masón, socialista y posteriormente teórico del sindicalismo revolucionario, ocupó el cargo de Ministro de Trabajo en el gobierno de Giolitti, entre 1920 y 1921.

¹⁰ Bordiga emplea el término «*panciafichismo*», acuñado por los partidarios de la intervención italiana en la Primera Guerra Mundial y utilizado con frecuencia por Mussolini para denigrar a quienes se le oponían.

de Italia deba renunciar a la feroz iniciativa de su ataque al Estado burgués, al gobierno, al orden capitalista, al imperio de esa ley que es el presidio de la explotación de los trabajadores.

El fascismo ha surgido de la necesidad de contratacar a la iniciativa subversiva del proletariado rojo con dos métodos al mismo tiempo: la persuasiva corrupción democrática y parlamentaria, mediante la cual el Estado trata de seguir simulando su imparcialidad social, y la represión violenta, la contraofensiva armada contra los primeros núcleos del ejército en formación de combate de la revolución social.

La situación puede cambiar, la crisis capitalista puede agravarse o atenuarse momentáneamente, el proletariado se puede volver más agresivo, o sucumbir ante los golpes de esta contraofensiva, o ser dispersado gracias a la ignominia de los socialistas. Mencionamos estas hipótesis sin detenernos a analizar qué probabilidades hay de que se cumplan, pero en todo caso, según cuál sea la situación, se modificará en un sentido u otro la función del fascismo respecto a la organización estatal.

Si el proletariado es derrotado, cualquier gobierno parecerá «fuerte» y las escuadras fascistas empezarán a

dedicarse a jugar al fútbol y a respetar los sagrados códigos del derecho vigente. Si el proletariado vuelve al ataque, esta jugarreta de las alianzas bajo cuerda entre el liberalismo del gobierno y las formaciones fascistas continuará durante algún tiempo, quizá con un gobierno presidido por Nitti¹¹, o quizá por Modigliani, pero los fascistas y los demócratas del bloque de izquierda no tardarán en ponerse de acuerdo en una cosa (que además es cierta): el único enemigo del orden natural es el proletariado revolucionario, y entonces se pondrán a actuar juntos a favor de la contrarrevolución, a cara descubierta.

La evolución de estos fenómenos sociales e históricos no depende del desfile de idiotas y patanes que se celebra en Montecitorio, ni de la formación de una «izquierda» burguesa con 150 diputados, entre los cuales hay 145 aspirantes a ministro, ni tampoco del ascenso al poder de un Dugoni o un Vacirca¹², o de cretinos por el estilo, interesados en la derrota de los intereses de aquellos trabajadores que equivocadamente les han elegido y han tomado en serio sus jeremiadas contra la gesta fascista.

¹¹ Francesco Saverio Nitti (1868-1953), miembro del Partido Radical y presidente del gobierno entre 1919 y 1920.

¹² Enrico Dugoni (1874-1945) y Vincenzo Vacirca (1886-1956) eran diputados socialistas partidarios de Turati.

Pero aun suponiendo que todo esto fuese posible, si mediante maniobras parlamentarias se pudiera formar un gobierno cuyo programa fuese desmovilizar al fascismo y devolver a las organizaciones legales del Estado la administración de la defensa del orden, si esta hipótesis tan hermosamente descabellada, defendida por sutiles críticos como Labriola únicamente debido al vulgar fenómeno de carrerismo político, se hiciera realidad, ¿qué supondría para el proletariado? No queremos extendernos mucho, ya lo hemos comentado en pocas palabras: una estafa, un solemne timo.

Hubo un tiempo en que el bloque de izquierdas se oponía al de la derecha burguesa, pues ésta empleaba medios coercitivos para mantener el orden, mientras que aquella trataba de mantenerlo con medios liberales. Hoy, concluida ya la época de los medios liberales, el programa de la izquierda consiste en mantener el orden con más «energía» que la derecha. Intenta hacer tragar esta píldora a los trabajadores con el pretexto de que los que perturban el orden son los «reaccionarios» y que la energía de este gobierno la sufrirían los escuadristas de Mussolini. Pero como la misión del proletariado es destruir este orden maldito para instaurar el suyo sobre sus ruinas, para él no hay peor enemigo que aquel que trata de defender este orden con más energía.

Si se pudiera confiar en el liberalismo, el proletariado exigiría a la burguesía un gobierno liberal, para poder construir los cimientos de bronce de su dictadura con menos sacrificio. Pero dar a las masas este tipo de ilusiones sería un error. Los comunistas denuncian el programa de la «izquierda» como un fraude, tanto cuando gimotea por las libertades públicas, como cuando se lamenta de que el gobierno no sea lo suficientemente fuerte.

Lo único bueno es que el contenido de este fraude cada vez es más claro. El liberal cada vez se parece más a un gendarme, y aunque no se ponga el uniforme para detener a Mussolini, siempre será un gendarme. Desde luego no detendrá a Mussolini, sino que hará guardia en torno a las posiciones del enemigo de la clase obrera: el Estado actual.

Por tanto, nosotros no estamos a favor ni de un gobierno fuerte ni de uno débil, no estamos a favor de la derecha ni de la izquierda. No aceptamos estas distinciones de carácter puramente parlamentario, pues sabemos que la fuerza del Estado burgués no depende de las maniobras que sus señorías tramán en los pasillos del Parlamento, y sólo apoyamos un gobierno: el gobierno revolucionario del proletariado.

Y este gobierno no se lo pedimos a nadie, sino que lo preparamos contra todos ellos, entre las filas del proletariado.

¡Viva el gobierno fuerte de la revolución!

Amadeo Bordiga

TESIS DE ROMA

Redactadas en exclusiva por Amadeo Bordiga¹³, estas tesis fueron aprobadas en el II Congreso del Partido Comunista de Italia, celebrado en Roma en marzo de 1922. Se publicaron previamente en Rassegna Comunista, año II, n° 17 (30/1/1922), bajo el título La táctica del Partido Comunista.

PREMISAS

Las presentes tesis tratan el problema general de los modos y criterios a los que debe obedecer la acción de Partido Comunista para poder realizar su programa y alcanzar su objetivo, del método con el cual el partido determina la dirección y la amplitud de sus movimientos e iniciativas. En las diferentes esferas de actividad del partido (cuestión parlamentaria, sindical, agraria, militar, nacional y colonial, etc.), este problema reviste aspectos particulares que aquí sólo serán parcialmente considerados, pues ya han sido tratados en otras discusiones y en las resoluciones de los congresos internacionales y nacionales.

Las presentes tesis parten del programa aprobado por el Partido Comunista de Italia en Livorno, que es

¹³ Según declaraciones de Umberto Terracini, en PENDINELLI, M.: *Quando diventammo comunisti. Conversazione con Umberto Terracini. Tra cronaca e storia*, Rizzo, Milano, 1981, p. 69.

expresión y fruto del método crítico y la doctrina propios de la Internacional y del partido. Este programa declara que:

«El Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista) se constituye sobre la base de los siguientes principios:

1. En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, que genera un antagonismo de intereses y una lucha de clases entre el proletariado y la burguesía dominante.

2. Las actuales relaciones de producción se hallan protegidas y defendidas por el poder del Estado burgués, basado en el sistema representativo de la democracia y que constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3. El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción, de las que se deriva su explotación, sin derrocar violentamente el poder burgués.

4. El órgano indispensable para la lucha revolucionaria del proletariado es el partido político de clase.

El Partido Comunista, que agrupa en sus filas a la parte más avanzada y más consciente del proletariado,

unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras, llevándolas de la lucha en defensa de los intereses particulares de determinados grupos, que persigue resultados contingentes, a la lucha por la emancipación revolucionaria del proletariado.

La tarea del partido es extender la conciencia revolucionaria entre las masas, organizar los medios materiales necesarios para la acción y dirigir al proletariado en el trascurso de la lucha.

5. La guerra mundial, causada por las íntimas e incurables contradicciones del sistema capitalista que engendra el moderno imperialismo, ha abierto una crisis en la cual se va disolviendo la sociedad capitalista, y en la que la lucha de clases no puede desembocar más que en un conflicto armado entre las masas trabajadoras y el poder de los distintos Estados burgueses.

6. Tras la caída del poder burgués, el proletariado sólo puede organizarse en clase dominante destruyendo el aparato estatal burgués e instaurando su propia dictadura, es decir, haciendo reposar la representación del Estado sobre la base productiva y privando a la clase burguesa de todo derecho político.

7. La forma de representación política del Estado proletario es el sistema de Consejos de Trabajadores (obreros y campesinos), ya en vigor en la Revolución Rusa, que ha dado comienzo a la Revolución proletaria

mundial y que es la primera experiencia estable de la dictadura proletaria.

8. La necesaria defensa del Estado proletario contra todos los intentos contrarrevolucionarios no puede asegurarse más que quitando a la burguesía y a todos los partidos enemigos de la dictadura proletaria todos sus medios de agitación y de propaganda política, así como mediante la organización armada del proletariado para rechazar todos los ataques externos e internos.

9. El Estado proletario es el único que puede llevar a cabo sistemáticamente todas las sucesivas medidas de intervención sobre las relaciones de la economía social, mediante las cuales se efectuará la sustitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

10. A consecuencia de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones que se producirán en todas las esferas de actividad de la vida social, que eliminarán la división de la sociedad en clases, se suprimirá también la necesidad de Estado político, cuyo engranaje se irá reduciendo progresivamente al de una administración racional de las actividades humanas».

I. NATURALEZA ORGÁNICA DEL PARTIDO COMUNISTA

1. El Partido Comunista, partido político de la clase proletaria, se presenta en su actividad como una colectividad operante bajo una dirección unitaria. Los impulsos iniciales que conducen a los elementos y grupos de esta colectividad a encuadrarse en un organismo para la acción unitaria, son los intereses inmediatos que las condiciones económicas suscitan en algunos grupos de la clase trabajadora. Una característica esencial de la función del Partido Comunista es que las energías así encuadradas se emplean para lograr unos objetivos que, al ser comunes a toda la clase trabajadora y situarse al término de toda una serie de luchas, superan, mediante su integración, los intereses de los grupos particulares y los postulados inmediatos y contingentes que la clase trabajadora se plantea.

2. La integración de todos estos impulsos elementales en una acción unitaria se manifiesta principalmente a través de dos factores: uno es la conciencia crítica de la que el partido extrae su programa, el otro es la voluntad que se expresa a través de la organización disciplinada y centralizada del partido, instrumento para su acción. Sería erróneo considerar estos dos factores, la conciencia y la voluntad, como facultades ya presentes o exigibles a

todos los individuos, ya que éstas sólo se consiguen integrando la actividad de muchos individuos dentro de un organismo colectivo unitario.

3. La precisa definición de la conciencia teórico-crítica del movimiento comunista, contenida en las declaraciones programáticas de los partidos y de la Internacional Comunista, así como su organización, son el resultado del examen y del estudio de la historia de la sociedad humana y de su estructura en la presente época capitalista, examen que se lleva a cabo con hechos, con la experiencia y mediante una activa participación en la lucha proletaria real.

4. La aprobación de estas líneas programáticas, así como la designación de los hombres a los que se confían los distintos cargos de la organización del partido, aunque formalmente sean el resultado de una consulta democrática a los consejos representativos del partido, en realidad deben concebirse como resultado de un proceso real que, reuniendo elementos de experiencia y preparando y seleccionando a los dirigentes, permite dar forma al contenido programático y a la estructura jerárquica del partido.

II. PROCESO DE DESARROLLO DEL PARTIDO COMUNISTA

5. La organización del partido proletario se forma y se desarrolla a medida que la situación social, evolucionando y madurando, sienta las bases para el surgimiento de una conciencia y una acción colectiva unitaria en el sentido de los intereses generales y supremos de la clase obrera. Por otra parte, el proletariado no aparece y no actúa en la historia como clase más que cuando se esboza en él la tendencia a dotarse de un programa y un método común de acción, es decir, a organizarse en partido.

6. El proceso de formación y desarrollo del partido proletario no sigue una marcha continua y regular, sino que es susceptible de atravesar fases muy complejas y períodos de crisis general, tanto nacional como internacionalmente. Los partidos proletarios sufren muchas veces un proceso de degeneración a través del cual su acción pierde, o va perdiendo en lugar de ir ganando, su indispensable carácter de actividad unitaria e inspirada en los objetivos revolucionarios supremos. En estos casos, dicha actividad se va fragmentando, al tratar de satisfacer los intereses de grupos restringidos de obreros o el logro de resultados contingentes (reformas), adoptando unos métodos que comprometen el trabajo por los objetivos revolucionarios y la preparación del proletariado para estas tareas. De esta forma, los partidos proletarios a menudo han abierto las puertas de su organización a

elementos que no se situaban en el terreno de la acción colectiva unitaria y maximalista. Esto viene siempre acompañado de una revisión y una deformación de la doctrina y el programa, así como de una relajación de la disciplina interna, de manera que, en lugar de conseguir un estado mayor de dirigentes capaces y decididos para la lucha, el movimiento proletario termina cayendo en manos de agentes ocultos de la burguesía.

7. Solo cuando las nuevas situaciones empiezan a ejercer su influencia y cuando la presión de los acontecimientos incitan a la clase obrera a la acción es posible salir de semejante situación y retomar la organización de un verdadero partido de clase, la cual se lleva a cabo mediante la separación de una parte del partido, que debatiendo sobre el programa, criticando las experiencias desfavorables de la lucha y formando en el seno del partido una escuela y una organización con su propia jerarquía (una fracción), restablece la continuidad de la vida del organismo unitario, que se basa en la posesión de una conciencia y una disciplina, de las cuales surge el nuevo partido. En general, éste es el proceso que nos ha llevado de la quiebra de los partidos de la Segunda Internacional al surgimiento de la Tercera Internacional comunista.

8. Tras el desenlace de una crisis semejante, podemos decir, para facilitar el análisis, que el desarrollo del Partido Comunista empieza a

desenvolverse de manera «normal», lo que no excluye la posibilidad de que un cambio posterior de la situación termine provocando nuevas fases críticas. Mostrando la máxima continuidad en la defensa de su programa y en la vida de su jerarquía dirigente (aparte de la sustitución puntual de los dirigentes infieles o desgastados), el partido alcanza su máximo rendimiento y capacidad para conquistar al proletariado para la causa de la lucha revolucionaria. No se trata simplemente de llevar a cabo un trabajo de carácter didáctico entre las masas, ni mucho menos de exhibir un partido intrínsecamente puro y perfecto, sino precisamente de sacar el máximo rendimiento al proceso real, a través del cual, como se verá más abajo, mediante un trabajo sistemático de propaganda, de proselitismo y sobre todo de activa participación en las luchas sociales, se logra que un número siempre creciente de trabajadores pasen de moverse sobre el terreno de los intereses parciales e inmediatos a hacerlo sobre el terreno orgánico y unitario de la lucha por la revolución comunista. Pues sólo cuando existe una continuidad semejante es posible, no sólo vencer la vacilante indiferencia del proletariado hacia el partido, sino también canalizar y encuadrar rápida y eficazmente las nuevas energías absorbidas por este pensamiento y esta acción común, logrando esa unidad de movimiento que es condición indispensable para la revolución.

9. Por las mismas razones, ese procedimiento que consiste en incorporar al partido otros partidos o fragmentos de partido hay que considerarlo un hecho completamente anormal. Para que el viejo partido pueda sacar provecho de la asimilación de aquellos elementos que hasta entonces formaban un grupo con un enfoque programático distinto y una organización independiente, esta asimilación no se puede llevar a cabo en bloque, pues de esta forma se altera la firmeza de su posición política y la solidez de su estructura interna, de modo que este aumento numérico de efectivos, lejos de acarrear un aumento de la fuerza y de la capacidad del partido, bien puede paralizar su labor de encuadramiento de las masas en lugar de facilitarlo.

Sería deseable que la organización comunista mundial declarase cuanto antes que no admite la menor atenuación de estos dos principios organizativos fundamentales: no puede existir más que un único partido comunista en cada país, y nadie se puede incorporar a la Internacional Comunista si no es sumándose individualmente al partido comunista de un determinado país.

III. RELACIONES ENTRE EL PARTIDO COMUNISTA Y LA CLASE PROLETARIA

10. La delimitación y la definición de las características del partido de clase, que son la base de su estructura como órgano del sector más avanzado de la clase proletaria, no sólo no impiden, sino que exigen que el partido esté estrechamente ligado al resto del proletariado.

11. La naturaleza de estas relaciones deriva de la dialéctica que rige la formación de la conciencia de clase y de la organización unitaria del partido de clase, que lleva a una vanguardia del proletariado desde el terreno de los movimientos espontáneos parciales suscitados por los intereses de ciertos grupos, al terreno de la acción proletaria general. Esto no se consigue negando estos movimientos elementales, sino integrándolos y superándolos a través de la viva experiencia, impulsando su realización, tomando parte activa en ellos y siguiendo atentamente todo su desarrollo.

12. Por tanto, la labor de propaganda ideológica y de proselitismo que el partido realiza constantemente para aumentar su milicia, es inseparable de la acción y del movimiento proletario real en todas sus manifestaciones. Es un error banal considerar que es contradictorio participar en las luchas por objetivos contingentes y limitados mientras se prepara la lucha revolucionaria final y general. La propia existencia del organismo unitario del partido, con su clara visión programática y su sólida disciplina organizativa,

condiciones indispensables, ya es de por sí garantía de que, lejos de concebir las reivindicaciones parciales como un fin en sí mismo, considerará la lucha para imponerlas como un medio que permite adquirir experiencia y entrenamiento en la útil y activa preparación revolucionaria.

13. El Partido Comunista participa, pues, en la vida organizativa de todas las formas de organización económica del proletariado abiertas a los trabajadores independientemente de sus ideas políticas (sindicatos, consejos de fábrica, cooperativas, etc.). La postura fundamental que permite desarrollar eficazmente la labor del partido consiste en defender que todos los organismos de este tipo deben ser unitarios, es decir, deben incluir a todos los trabajadores que se encuentran en una determinada situación económica. El partido participa en la vida de estos órganos, organizando a los militantes que forman parte de ellos en grupos o células ligadas a la organización del partido. Estos grupos, participando en primera línea en las acciones de los órganos económicos en los que militan, atraerán hacia las filas del partido político a los elementos que durante el desarrollo de la acción hayan madurado para ello. Tienden así a conquistar el respaldo de la mayoría en estas organizaciones, así como los cargos directivos, convirtiéndose en la correa de transmisión natural de las consignas del partido. Se desarrolla así todo un trabajo

de conquista y organización que no se limita a la labor de propaganda y de proselitismo, ni a hacer campañas electorales en las asambleas proletarias, sino que se desarrolla sobre todo al calor de la lucha y de la acción, ayudando a los trabajadores a extraer de su lucha las experiencias más útiles.

14. Todo el trabajo y el encuadramiento de los grupos comunistas tiende a dar al partido el control definitivo de los órganos dirigentes de los organismos económicos, principalmente de las centrales sindicales nacionales, que se revelan como el más seguro dispositivo de dirección de los movimientos del proletariado no encuadrado en las filas del partido. Considerando que es de máxima importancia evitar las escisiones en los sindicatos y demás organismos económicos, aunque su dirección esté en manos de otros partidos y corrientes políticas, los militantes del partido comunista no se opondrán a la ejecución de los movimientos dirigidos por estos organismos, aunque contradigan sus propias disposiciones acerca de la acción, si bien criticarán abiertamente la acción y la labor de los dirigentes.

15. Además de participar de esta manera en la vida de los organismos proletarios que surgen de manera natural por la presión de los intereses económicos reales, y además de favorecer su extensión y fortalecimiento, el partido deberá esforzarse en que su propaganda ponga

en evidencia los problemas que realmente interesan a los obreros y que pueden dar lugar (con el desarrollo de las situaciones sociales) a nuevos organismos de lucha económica. Con todos estos medios, el partido amplía y refuerza la influencia que se despliega de mil formas desde sus filas organizadas a todo el proletariado, aprovechando para ello todas las posibles manifestaciones de la actividad social.

16. Considerar que el organismo del partido debe basarse en la exigencia de una perfecta conciencia crítica y un completo espíritu de sacrificio a todos los militantes, individualmente considerados, y reducir el sector de las masas ligado al partido a las uniones revolucionarias de trabajadores que se forman en el terreno económico con criterios escisionistas, las cuales admiten en su seno únicamente a los proletarios que aceptan determinados métodos de acción, es concebir el partido de una manera totalmente errónea. Por otra parte, tampoco se puede esperar que el partido, llegado el momento, o en vísperas del inicio de acciones generales, encuadre a la mayoría del proletariado bajo su dirección, ni mucho menos en sus propias filas. Semejante postulado no se puede plantear a priori sin tener en cuenta el proceso de desarrollo dialéctico del partido, y no tiene ningún sentido, ni siquiera en abstracto, comparar el número de proletarios encuadrados en la organización disciplinada y unitaria

del partido, o bajo su influencia, con el número de proletarios desorganizados y dispersos o afiliados a organismos corporativos, incapaces de reunirlos orgánicamente. A continuación, se definen las condiciones que deben existir en las relaciones entre el partido y la clase obrera para que sus acciones sean viables y eficaces, así como el modo de realizarlas.

IV. RELACIONES ENTRE EL PARTIDO COMUNISTA Y OTROS MOVIMIENTOS POLÍTICOS PROLETARIOS

17. La fracción del proletariado que se encuentra organizada en otros partidos políticos o que simpatiza con ellos es especialmente reacia a reagruparse en las filas y bajo la influencia del Partido Comunista. Todos los partidos burgueses tienen seguidores proletarios, pero lo que aquí nos interesa son sobre todo los partidos socialdemócratas y las corrientes sindicalistas y anarquistas.

18. Hay que desarrollar una incesante crítica al programa de estos movimientos y demostrar sus insuficiencias de cara a la emancipación del proletariado. Esta polémica teórica será tanto más eficaz en la medida en que el Partido Comunista sea capaz de demostrar que la propia experiencia proletaria confirma las críticas que desde hace tiempo formula contra estos

movimientos, partiendo de su propia concepción programática. Por eso, en este tipo de polémicas nunca hay que ocultar las divergencias metodológicas, tanto en lo que respecta a los problemas puntuales como en lo que atañe al posterior desarrollo de la acción del proletariado.

19. Además, semejantes polémicas deben reflejarse en el terreno de la acción. Al participar en las luchas de las organizaciones económicas proletarias dirigidas por socialistas, sindicalistas o anarquistas, los comunistas no desertarán de la acción, a no ser que la masa entera se rebele espontáneamente contra esta dirección. Al contrario, demostrarán que el erróneo método de estos jefes condena la acción a la impotencia o a la utopía, en un momento dado de su desarrollo, y que con el método comunista se lograrían mejores y más útiles resultados para los fines del movimiento revolucionario general. En la polémica, los comunistas deben distinguir siempre entre los jefes y las masas, haciendo a los primeros responsables de los errores y fallos, y nunca deben dejar de denunciar vigorosamente la labor de aquellos dirigentes que defienden una táctica peligrosa y errónea, por más que sus sentimientos revolucionarios sean sinceros.

20. El objetivo esencial del Partido Comunista es ganar terreno entre el proletariado, aumentar sus efectivos y su influencia a costa de las corrientes y

partidos políticos proletarios disidentes, tarea que se logra participando en la lucha proletaria real, en un terreno que puede ser tanto de acción común con estas corrientes y partidos, como de oposición recíproca, siempre que no se comprometa nunca la fisionomía programática y organizativa del partido.

21. A la hora de atraer a los proletarios adheridos a otros movimientos políticos, el Partido Comunista no puede emplear ese método que consiste en organizar grupos o fracciones organizadas de comunistas o de simpatizantes comunistas dentro de aquellos. Este método se puede emplear lógicamente en los sindicatos para hacer una labor de penetración, eso sí, sin el propósito de sacar de los sindicatos a los grupos comunistas que están allí organizados. Pero la aplicación de este mismo método a los movimientos políticos comprometería la unidad orgánica del partido, por las razones ya mencionadas a propósito del desarrollo de su organización.

22. En la propaganda y en la polémica, hay que tener en cuenta que en las filas de los sindicalistas y los anarquistas militan muchos trabajadores capaces de concebir la necesidad de la lucha revolucionaria unitaria y que sólo se han alejado de esta lucha debido a su decepción ante la pasada degeneración de los partidos políticos socialdemócratas. La áspera polémica y la lucha contra estos partidos socialistas son un elemento

importantísimo para reincorporar a estos trabajadores al terreno revolucionario.

23. Evidentemente, los miembros del Partido Comunista no pueden estar al mismo tiempo inscritos en otro partido, y esta incompatibilidad no se limita a los partidos políticos, sino que se extiende a todas las organizaciones de carácter político, aunque no se denominen partido, ni tengan su organización, y también a todas las asociaciones cuyas condiciones de admisión sean de carácter político, entre ellas, especialmente, la masonería.

V. ELEMENTOS DE LA TÁCTICA DEL PARTIDO COMUNISTA EXTRAÍDOS DEL EXAMEN DE LAS SITUACIONES

24. En los puntos precedentes se han establecido los criterios generales que deben regular, en función de la propia naturaleza del Partido Comunista, las relaciones organizativas con otros organismos del proletariado. Antes de abordar esta cuestión en sus términos propiamente tácticos, hay que examinar los elementos que permiten resolver cualquier problema táctico, partiendo del análisis de la situación momentánea. El programa del Partido Comunista contiene una perspectiva de acciones diferentes correspondientes a determinadas situaciones distintas,

dentro de su previsible proceso de desarrollo. Existe, pues, una estrecha conexión entre las directivas programáticas y las reglas tácticas. El estudio de la situación constituye, pues, un elemento suplementario para resolver los problemas tácticos, pues el partido, gracias a su conciencia y su experiencia crítica, es capaz de prever hasta cierto punto cómo se desarrollarán las situaciones, y por tanto puede delimitar con antelación las posibles tácticas y la acción a desplegar en las distintas fases. El examen de la situación permitirá comprobar hasta qué punto era correcto el planteamiento programático del partido. Si este examen impone una revisión sustancial del programa, el problema es de tal gravedad que no puede resolverse con un simple giro táctico, y la inevitable rectificación de la perspectiva programática tendrá obligatoriamente una serie de consecuencias en la organización y la fuerza del partido. Éste debe esforzarse, pues, en prever el desarrollo de las situaciones, para así poder desplegar en ellas el mayor grado de influencia posible. Pero esperar a que se produzcan las situaciones para dejar que éstas nos indiquen y sugieran posturas eclécticas y cambiantes es un método característico del oportunismo socialdemócrata. Si los partidos comunistas se adaptan a este método estarán firmando la ruina de la construcción ideológica y militante del comunismo.

25. El Partido Comunista adquiere carácter unitario, tendente a realizar todo un proceso programático, en la medida en que reagrupa en sus filas a aquella parte del proletariado que ha superado, mediante la organización, esa tendencia a moverse únicamente bajo el impulso inmediato de las estrechas circunstancias económicas. La influencia de las situaciones sobre el movimiento del conjunto del partido deja así de ser inmediata y determinista y se transforma en una dependencia racional y voluntaria, a medida que la conciencia crítica y la iniciativa de la voluntad, cuyo valor es limitadísimo en individuos aislados, se materializan en la colectividad orgánica del partido. Éste se presenta como precursor de unas formas de asociación humana que, superando la amorfa organización económica actual, llegado el momento, serán capaces de dirigir racionalmente el juego de los sucesos y las leyes económicas, en lugar de sufrirlo pasivamente.

26. Sin embargo, la voluntad y la iniciativa del partido no pueden ejercerse de forma caprichosa, ni adquirir proporciones arbitrarias. Los límites de una y otra los fijan sus directivas programáticas y la posibilidad u oportunidad de desplegar ciertos movimientos, según dicte el examen de las situaciones contingentes.

27. Al examinar la situación, se evaluarán las fuerzas del partido y su correlación con las de los movimientos adversarios. Sobre todo hay que poner especial cuidado a la hora de valorar la amplitud de las capas del proletariado que seguirán al partido, cuando éste emprenda una acción o entable una lucha. Habrá que hacerse una idea exacta de la influencia y los impulsos espontáneos que la situación económica ejerce sobre las masas, así como de la posibilidad de que este impulso se desarrolle a causa de las iniciativas del Partido Comunista y de la actitud del resto de partidos. La influencia de la situación económica sobre la combatividad de clase del proletariado es muy compleja, según estemos en presencia de un período de prosperidad creciente de la economía burguesa o de un período de crisis y exacerbación de sus consecuencias. Los efectos de esta influencia sobre la vida organizativa y la actividad de los organismos proletarios son complejos, y un simple examen de la situación económica, en un momento dado, no permite deducir cuál será el grado de combatividad del proletariado, pues también hay que tener en cuenta la influencia de todo el anterior desarrollo de los acontecimientos, sus oscilaciones y sus variaciones. Por ejemplo, un período de prosperidad puede dar lugar a un poderoso movimiento sindical, el cual, en un período posterior de crisis y empobrecimiento, puede colocarse rápidamente sobre posiciones revolucionarias, aprovechando

favorablemente para la victoria revolucionaria su amplio encuadramiento de las masas. En cambio, puede suceder que el periodo de empobrecimiento progresivo disperse el movimiento sindical hasta el punto de que, en un periodo posterior de prosperidad, éste se halle en un estadio de formación que no permite su encuadramiento revolucionario. También puede suceder lo contrario, lo cual demuestra que «las curvas de la situación económica y de la combatividad de clase están determinadas por complejas leyes, y aunque la segunda dependa de la primera, no siguen la misma forma». A un ascenso de la primera le puede corresponder, según el caso, un ascenso o un descenso de la segunda, y al revés.

28. Los elementos que integran este estudio son muy variados. Consisten en examinar cuál es la tendencia imperante en la formación y desarrollo de las organizaciones del proletariado y qué reacciones (incluso psicológicas) producen en él tanto las condiciones económicas como las propias actitudes e iniciativas sociales y políticas de la clase dominante y de sus partidos. En el terreno político, el examen de la situación se completa con el análisis de las posiciones y las fuerzas de las distintas clases y partidos respecto al poder del Estado. En este aspecto, las situaciones que el Partido Comunista puede encontrarse, y de cuya sucesión normal sale reforzado, aumentando sus efectivos y precisando al mismo tiempo cada vez más

los límites de su táctica, pueden dividirse en cinco fases fundamentales: Poder feudal absolutista - Poder burgués democrático - Gobierno socialdemócrata - Interregno de guerra social en que se tambalean las bases del Estado - Poder proletario de la dictadura de los Consejos. En cierto sentido, el problema de la táctica no sólo consiste en elegir el buen camino para una acción eficaz, sino también en que la acción del partido no rebase los límites adecuados, ni se empleen métodos que corresponden a fases superadas, lo que provocaría la detención del proceso de desarrollo del partido y el repliegue de su preparación revolucionaria. Las consideraciones que siguen se refieren sobre todo a la acción del partido en la segunda y tercera de las fases políticas mencionadas.

29. Para desarrollar su vida orgánica, el Partido Comunista debe disponer de un método crítico y una conciencia, los cuales le conducen a la formulación de su programa. Por tanto, el Partido y la Internacional Comunista no pueden dotarse de la máxima libertad y elasticidad táctica, confiando su ejecución a los centros dirigentes, quienes, previo examen de la situación, actuarán según su juicio. El programa del partido no es un simple objetivo que pueda alcanzarse por cualquier medio, sino que se trata más bien de una perspectiva histórica en la que los medios empleados y los fines a alcanzar están íntimamente ligados entre sí. En las

distintas situaciones, la táctica debe permanecer ligada al programa, por lo que las normas tácticas generales para las diferentes situaciones deben precisarse dentro de unos límites que, si bien no son rígidos, sí que son cada vez más precisos y menos fluctuantes, a medida que el movimiento se refuerza y se aproxima a la victoria general. Sólo con este criterio se consigue la máxima centralización efectiva en los partidos y en la Internacional de cara a la dirección de la acción, y, de este modo, la ejecución de las disposiciones del centro es aceptada sin reluctancia no sólo por los Partidos Comunistas, sino también por el movimiento de masas que han logrado encuadrar. No hay que olvidar que la disciplina orgánica del movimiento se basa tanto en su aceptación voluntaria por parte de los individuos y de los grupos, la cual depende de la influencia de la situación y de su desarrollo, como en un progreso continuo y lógico de experiencias y reajustes en el camino a seguir para lograr mayor eficacia en la acción contra las condiciones de vida que el actual orden social impone al proletariado. Por consiguiente, el partido y la Internacional deben exponer de manera sistemática un conjunto de normas tácticas generales, para cuya aplicación podrán llamar a la acción y al sacrificio a sus militantes y a aquellos sectores proletarios que se reúnen a su alrededor, demostrando que estas normas y perspectivas para la acción son el único camino para la victoria. Es, pues, una necesidad práctica y organizativa

la que obliga a establecer los términos y los límites de la táctica del partido, y no el deseo de teorizar y esquematizar los complejos movimientos que el partido está llamado a emprender. Por esta razón tan concreta éste deberá tomar decisiones que, aunque a primera vista parezca que restringen las posibilidades de acción, son las únicas que garantizan la unidad orgánica de su labor en la lucha proletaria.

VI. ACCIÓN TÁCTICA «INDIRECTA» DEL PARTIDO COMUNISTA

30. Cuando no se dan las condiciones para desplegar una acción táctica que podemos llamar directa, definida por su carácter de asalto al poder burgués por parte de las fuerzas de las que dispone el Partido Comunista (caso que se comenta más abajo), lejos de limitarse a la pura y simple labor de propaganda y proselitismo, el partido puede y debe ejercer su influencia sobre los acontecimientos, mediante sus relaciones con otros partidos y movimientos políticos y sociales, ejerciendo presión sobre ellos, intentado que la situación se desarrolle de un modo favorable para sus objetivos, aproximando el instante en que sea posible la acción revolucionaria decisiva.

Las iniciativas y actitudes que hay que adoptar en este caso constituyen un delicado problema, en virtud

del cual hay que establecer la condición de que estas iniciativas y actitudes no deben, bajo ningún concepto, estar en contradicción, ni siquiera en apariencia, con las necesidades posteriores de la lucha específica del partido, definidas en el programa que sólo él adopta y en defensa del cual luchará el proletariado, en el momento decisivo. La propaganda del partido no tiene un valor meramente teórico, debe discutir especialmente acerca de las posiciones cotidianamente asumidas en la lucha proletaria real y debe poner continuamente en evidencia la necesidad de que el proletariado abrace el programa y los métodos comunistas. Toda actitud que cause o comporte que esta afirmación integral de la propaganda pase a segundo plano, o que trate de convertir el logro de determinado objetivo contingente en un fin en sí mismo en lugar de considerarlo como un medio para seguir avanzando, conduce a un debilitamiento de la estructura del partido y al retroceso de su influencia en la preparación revolucionaria de las masas.

31. En la fase histórica y política que se corresponde con el poder democrático burgués, las fuerzas políticas generalmente están divididas en dos corrientes o «bloques», de derecha y de izquierda, que se disputan la dirección del Estado. Al bloque de izquierda generalmente se adhieren más o menos abiertamente los partidos socialdemócratas, que por principios son favorables a la coalición. Al Partido

Comunista no le es indiferente el desarrollo de esta lucha, pues en ella se plantean puntos y reivindicaciones que interesan a las masas proletarias y atraen su atención, y porque su desenlace en una victoria de la izquierda puede realmente allanar el camino de la revolución proletaria. El problema de la posibilidad táctica de formar coaliciones con los elementos políticos de izquierda hay que examinarlo sin falsos apriorismos doctrinales ni estupideces sentimentales y puritanas, teniendo presente sobre todo que el Partido Comunista sólo dispone de libertad de movimiento en la medida en que es capaz de dar continuidad a su proceso de organización y de preparación, con el que logra la influencia que le permite llamar a las masas a la acción. No puede emplear una táctica basada en un criterio coyuntural y momentáneo, para acto seguido, cuando esta táctica quede superada, girar bruscamente, cambiar de frente y transformar en enemigos a quienes ayer eran aliados. Por tanto, si el partido no quiere comprometer su vínculo con las masas y su fortalecimiento en el momento en que sea necesario que estos se manifiesten, todas sus declaraciones y actitudes públicas y oficiales deben reflejar esta continuidad en sus métodos y en sus intenciones, es decir, tienen que ser coherentes con la propaganda por la lucha final y su preparación ininterrumpida.

32. Para preparar ideológica y prácticamente al proletariado para la lucha revolucionaria por la dictadura, una de las tareas esenciales del Partido Comunista es la crítica despiadada del programa de la izquierda burguesa, así como de todos los programas que pretenden resolver los problemas sociales dentro del marco de las instituciones democráticas y parlamentarias burguesas. El contenido de las divergencias entre la derecha y la izquierda burguesa en buena parte interesa al proletariado sólo en virtud de falsificaciones demagógicas, las cuales naturalmente no pueden ser desbaratadas mediante una labor de pura crítica teórica, sino que hay que atacarlas y desenmascararlas en la práctica y al calor de la lucha. En general, las reivindicaciones políticas de la izquierda, cuyo objetivo no es sino dar pasos para ir conquistando escalones intermedios entre el sistema económico y político capitalista y el proletario, sitúan al capitalismo moderno en mejores condiciones para defenderse, dándole un respiro, tanto por su propio contenido como por las ilusiones que despiertan entre las masas, a las que pretenden hacer creer que las actuales instituciones pueden ser útiles en su proceso de emancipación. Esto es válido tanto para la ampliación del derecho de sufragio como para otras garantías y perfeccionamientos del liberalismo, así como para la lucha anticlerical y todas las batallas de la política «masónica».

También vale para las reformas legislativas de carácter económico y social que, o bien nunca se llevan a cabo, o, cuando esto sucede, es para obstaculizar el impulso revolucionario de las masas.

33. Se puede considerar que el gobierno de la izquierda burguesa, o incluso el gobierno socialdemócrata, supone un paso adelante hacia la lucha definitiva por la dictadura proletaria, pero no porque la labor de este gobierno vaya a aportar útiles premisas económicas o políticas, y menos aún porque vaya a conceder al proletariado mayor libertad organizativa para su preparación y acción revolucionaria. El Partido Comunista debe explicar las enseñanzas que aporta la crítica marxista y la sangrienta experiencia: estos gobiernos sólo respetarán la libertad de movimiento del proletariado mientras éste les acepte y les defienda como su representante, pero ante el primer asalto de las masas contra la máquina del Estado democrático, responderán con la reacción más feroz. Si estos gobiernos pueden ser útiles es en un sentido bien distinto, a saber, en la medida en que la labor de estos gobiernos permite al proletariado llegar a la conclusión, a partir de su experiencia real, de que sólo la instauración de su propia dictadura puede acabar realmente con el capitalismo. Evidentemente, el Partido Comunista no podrá sacar provecho de semejante experiencia, si no denuncia por anticipado su fracaso, y si no conserva una sólida

organización independiente alrededor de la cual el proletariado pueda reagruparse, cuando se vea obligado a abandonar a los grupos y partidos que apoyaban estos experimentos gubernamentales.

34. Una coalición del Partido Comunista con los partidos de la izquierda burguesa o con los socialdemócratas, por tanto, no sólo dañaría la preparación revolucionaria y reduciría las posibilidades de aprovechar esta experiencia gubernamental de la izquierda, sino que además, en la práctica, generalmente retrasaría mucho la victoria del bloque de izquierda sobre la derecha. En efecto, estos bloques se disputan los seguidores del centro burgués que, si se orienta hacia la izquierda es porque está convencido de que ésta es tan conservadora y antirrevolucionaria como la derecha, y porque las concesiones que propone son en su mayor parte aparentes, mientras la parte restante pretende frenar el avance revolucionario contra esas instituciones, que aceptan tanto la izquierda como la derecha. Por tanto, la presencia del Partido Comunista en una coalición de izquierda le haría perder muchos seguidores, sobre todo en el terreno de la lucha electoral y parlamentaria, pérdida que además no quedaría compensada con el apoyo de los comunistas. Dicha política probablemente retrasaría el experimento, en lugar de acelerarlo.

35. Por otra parte, el Partido Comunista no puede pasar por alto un hecho innegable, como es que los postulados que emplea el bloque de izquierda en su agitación interesan a las masas y que, en lo que respecta a su formulación, a menudo responden a sus exigencias reales. El Partido Comunista no sostendrá esa tesis superficial que consiste en rechazar tales concesiones con el pretexto de que sólo la conquista revolucionaria final y total merece el sacrificio del proletariado. Semejante proclamación no tiene sentido, pues supone abandonar al proletariado a la influencia de los demócratas y los socialdemócratas, a los que de esta forma permanecería adherido. El Partido Comunista, pues, invitará a los trabajadores a que acepten las concesiones de la izquierda como una experiencia, exponiendo en su propaganda sus previsiones pesimistas en lo que respecta a su resultado, e insistiendo en que es necesario que el proletariado no ponga en riesgo su independencia organizativa y su influencia política, si no quiere salir arruinado del experimento. El Partido Comunista invitará a las masas a exigir a los partidos socialdemócratas que garanticen el cumplimiento de las promesas de la izquierda burguesa, que mantengan sus compromisos, y con su crítica independiente y constante se preparará para recoger los frutos del resultado negativo de estas experiencias, demostrando que, efectivamente, toda la burguesía se reúne en un frente único contra el

proletariado revolucionario, y que los partidos que se dicen obreros y que defienden la coalición con una parte de la burguesía no son más que sus cómplices y sus agentes.

36. La naturaleza de las reivindicaciones de los partidos de izquierda, particularmente las de los socialdemócratas, hace que sea útil llamar al proletariado al movimiento para conseguir las. En efecto, en cuanto se entable la lucha, saltará inmediatamente a la vista la insuficiencia de los medios con los que los socialdemócratas pretenden realizar su programa de medidas para el proletariado. Es entonces cuando el Partido Comunista debe ponerse a agitar y precisar esos mismos postulados como bandera de lucha de todo el proletariado, impulsándolo hacia adelante para obligar a los partidos que los defienden por simple oportunismo a comprometerse e implicarse en su consecución. Ya se trate de reivindicaciones económicas o bien revistan carácter político, el Partido Comunista las propondrá como el objetivo de una coalición de organizaciones sindicales, evitando que el Partido Comunista esté representado e implicado junto al resto de partidos en los comités que dirigen la lucha y la agitación, siempre con el objetivo de mantener la atención de las masas sobre el específico programa comunista y de conservar su propia libertad de movimiento de cara al momento en el que deba extender

su plataforma de actuación, desbordando a los otros partidos, que verán como las masas les abandonan tras haber demostrado su impotencia. Entendiendo así el frente único sindical, ofrece la posibilidad de que la clase trabajadora actúe conjuntamente, y aquí sólo puede salir victorioso el método comunista, pues es el único capaz de dar un contenido al movimiento unitario del proletariado y de liberarlo de toda corresponsabilidad en el trabajo de los partidos que exhiben su apoyo verbalmente a la causa proletaria, por oportunismo y con intenciones contrarrevolucionarias.

37. La situación que estamos considerando también puede tomar forma en un ataque de la derecha burguesa contra un gobierno democrático o socialista. En este caso el Partido Comunista tampoco debe proclamar su solidaridad con este tipo de gobiernos, pues en ningún caso puede presentarlos ante el proletariado como una conquista o una estructura política a defender, no siendo más que un experimento que se asume y se sigue únicamente para convencer al proletariado de que este gobierno no le beneficia, y que sólo favorece los fines contrarrevolucionarios.

38. Podría ocurrir que el gobierno de izquierda encomendara a las organizaciones de derecha, a las bandas blancas de la burguesía, los ataques contra el proletariado y sus instituciones, y que lejos de reclamar apoyo para el proletariado, le negara incluso el derecho

a responder organizando una resistencia armada. En este caso, los comunistas denunciarán que esto supone, de hecho, una efectiva complicidad, un reparto de papeles entre el gobierno liberal y las fuerzas irregulares de la reacción. A la burguesía, entonces, dejará de preocuparle cuál de los dos métodos tiene más ventajas, si la anestesia democrática y reformista o la represión violenta, y empleará los dos a la vez. En esta situación, el verdadero y peor enemigo de la preparación revolucionaria es la facción liberal gobernante, que pretende hacer creer al proletariado que ella asumirá su defensa en nombre de la legalidad, cuando en realidad trata de dejarlo inerme y desorganizado, o para postrarlo con ayuda de los blancos cuando la fuerza de los acontecimientos obligue al proletariado a luchar contra el aparato legal que preside su explotación.

39. También puede suceder que el gobierno, y los partidos de izquierda que lo componen, inviten al proletariado a participar en la lucha armada contra el ataque de la derecha. Esta invitación no es sino la preparación de una trampa, y el Partido Comunista la acogerá proclamando que los proletarios deben emplear sus armas para hacerse con el poder y fundar el Estado proletario, y para desarmar la máquina tradicional burocrática y militar del Estado, pues ésta nunca obedecerá las órdenes de un gobierno de izquierda, aunque llegue al poder con medios legales, si este

gobierno llama al pueblo a la lucha armada. Sólo la dictadura proletaria puede lograr una victoria estable sobre las bandas blancas. En consecuencia, no hay que proclamar ni practicar ninguna «lealtad» a este gobierno. Principalmente habrá que demostrar a las masas que la consolidación del poder de dicho gobierno, gracias al apoyo del proletariado contra la sublevación o el golpe de Estado de la derecha, supondrá la consolidación del organismo llamado a oponerse al avance revolucionario del proletariado, cuando ésta sea la única salida posible. Esto es lo que ocurrirá si se deja el control de la organización armada estatal a los partidos democráticos gubernamentales, es decir, si el proletariado depones las armas en lugar de emplearlas para derribar las formas políticas y estatales actuales, contra todas las fuerzas de la clase burguesa.

VII. ACCIÓN TÁCTICA «DIRECTA» DEL PARTIDO COMUNISTA

40. Ya hemos considerado el caso de las reivindicaciones de los partidos de la izquierda burguesa o de los socialdemócratas, que estos formulan como objetivos a conquistar o a defender. Estas reivindicaciones atraen la atención de las masas, y el Partido Comunista, por su parte, las defiende con más claridad y energía, al mismo tiempo que critica

abiertamente la insuficiencia de los medios que esos partidos proponen para conseguirlos. Pero en otras ocasiones, los partidos de izquierda y los socialdemócratas se muestran indiferentes respecto a las necesidades inmediatas y urgentes de la clase obrera, ya se trate de conquistas o de simple defensa. Si, debido a la influencia socialdemócrata, el Partido Comunista no dispone de fuerza suficiente para llamar directamente a las masas a luchar por estas conquistas, deberá entonces formular unos postulados para la lucha proletaria y convocar un frente único del proletariado en el terreno sindical para conseguirlos, evitando ofrecer una alianza a los socialdemócratas y proclamando que su función consiste precisamente en traicionar a los trabajadores incluso en el terreno de la defensa de sus intereses contingentes e inmediatos. Para ello, los comunistas que militen en los sindicatos deberán estar en su puesto, y el partido intervendrá en caso de que la lucha acelere su desarrollo, contra el que inevitablemente se alinearán los socialdemócratas y, a veces, incluso los sindicalistas y anarquistas. El rechazo del resto de partidos proletarios al frente único sindical para lograr estas reivindicaciones será empleado por el Partido Comunista para destruir su influencia, no sólo mediante la crítica y la propaganda, demostrando su complicidad con la burguesía, sino sobre todo también participando en primera fila en las acciones parciales del proletariado provocadas por la situación, partiendo de los objetivos

para cuyo logro el Partido Comunista propone el frente único sindical de todas las organizaciones locales y todas los oficios. Esto le permitirá demostrar concretamente que los dirigentes socialdemócratas, al oponerse a la extensión de la acción, preparan su derrota. Naturalmente, el Partido Comunista no se puede contentar con responsabilizarles de la táctica errónea, sino que con extrema sagacidad y estricta disciplina, debe estudiar si ha llegado el momento de pasar por encima de todas las resistencias de los contrarrevolucionarios, si el desarrollo de la acción ha llevado a las masas a esta situación y si estas seguirán el llamamiento a la acción del Partido Comunista, contra toda resistencia. Semejante iniciativa sólo puede llevarse a cabo de manera centralizada, y no localmente, a través de los organismos del Partido Comunista o de los sindicatos controlados por los comunistas.

41. La expresión «táctica directa» define específicamente la acción del partido en una situación que le invita a tomar de manera completamente independiente la iniciativa de atacar el poder burgués, para derribarlo o dejarlo gravemente maltrecho. Para poder llevar a cabo semejante acción, el partido debe disponer de una organización interna cuya solidez permita garantizar completamente que las disposiciones del centro dirigente se ejecutarán con estricta disciplina. Además, debe poder contar con la propia disciplina de

las fuerzas sindicales que dirige, las cuales garantizan el apoyo de una gran parte de las masas, y necesita disponer de un encuadramiento militar de cierta eficacia y de un aparato de acción clandestina, especialmente una red de comunicaciones y relaciones que escape al control del gobierno burgués, lo cual permitirá conservar la dirección del movimiento en el probable caso que fuera ilegalizado por medidas de excepción. A la hora de tomar la decisión de llevar a cabo una acción ofensiva, de la cual puede depender la suerte de todo el larguísimo trabajo de preparación, el Partido Comunista deberá basarse sobre todo en el estudio de la situación, el cual no sólo deberá ratificarle la disciplina de las fuerzas que directamente encuadrada y dirige, certificar que los lazos que le unen a la fracción más viva de las masas proletarias no se romperán en el curso de la lucha, sino que también deberá confirmar que su influencia sobre las masas y la participación del proletariado en el movimiento irán progresivamente en aumento en el transcurso de la acción, cuando haya que avivar e impulsar las tendencias que se han ido desarrollando de forma natural en los profundos estratos de las masas.

42. No siempre será posible proclamar abiertamente que el objetivo del movimiento general desencadenado por el partido es derribar el poder burgués. Salvo en el inusual caso de que se precipite rápidamente una situación revolucionaria que conmueva

al proletariado, la consigna de entablar combate puede dirigirse a objetivos distintos, no aún a la conquista del poder proletario, objetivos que no obstante en cierta medida sólo pueden realizarse efectivamente a través de la victoria decisiva, aunque las masas aún no la consideren como una exigencia inmediata y vital. Si estas consignas pueden realizarse con un gobierno distinto a la dictadura proletaria, se deja abierta la posibilidad de que la acción se detenga al llegar a cierto punto, sin comprometer por ello la organización y la combatividad de las masas en caso de que sea imposible proseguir la lucha hasta el final, y sin comprometer la posibilidad de retomarla posteriormente de manera eficaz.

43. Tampoco puede excluirse la posibilidad de que el partido lance directamente una consigna de acción, sabiendo que el objetivo no es la suprema conquista revolucionaria, sino conducir una batalla que sacudirá el prestigio y la organización del adversario y de la que el proletariado saldrá material y moralmente reforzado. En tal caso el partido llamará a las masas a la lucha, formulando una serie de objetivos que pueden ser más limitados de los que el partido se propone, en realidad, conseguir en caso de que la lucha se desarrolle con éxito. En el plan de acción del partido, estos objetivos deberán seguir un orden gradual, de manera que cada éxito suponga el fortalecimiento de nuestras

posiciones de cara a las próximas luchas, evitando en la medida de lo posible esa táctica desesperada que consiste en lanzarse a la lucha en unas condiciones en las que sólo el triunfo supremo de la revolución constituye una salida favorable, mientras en caso de derrota es inevitable la dispersión de las fuerzas proletarias por un periodo de tiempo indefinido. Los objetivos parciales son indispensables a la hora de mantener el control de la acción, y su formulación no impide la crítica de su propio contenido económico y social, dado que existe el peligro de que las masas los consideren fines en sí mismos, con los que se pueden contentar una vez alcanzados, y no como un medio, una oportunidad de lucha, un paso hacia la victoria final. Por supuesto, determinar estos objetivos y los límites de la acción es un problema tremendo y delicado, y sólo mediante la experiencia y la selección de los jefes el partido va templándose para asumir estas supremas responsabilidades.

44. El partido no debe creer, ni dar pie a que se crea, en la ilusión de que, cuando al proletariado le falta combatividad, el mero ejemplo de un grupo de valientes que se lanzan al combate tratando de dar un golpe de mano contra las instituciones burguesas puede lograr que las masas retomen la lucha. Sólo el desarrollo real de las situaciones económicas puede sacar al proletariado de su postración. La táctica del partido

puede contribuir a este proceso sólo mediante un trabajo profundo y continuo, no mediante el gesto espectacular de una vanguardia lanzada al asalto.

45. El partido siempre empleará sus fuerzas y su encuadramiento en acciones cuyo plan y ejecución estén bien controlados, ya las lleven a cabo grupos armados, organizaciones obreras o incluso la multitud, acciones que tengan carácter demostrativo y defensivo, con el objetivo de mostrar concretamente a las masas que con organización y preparación es posible oponer cierta resistencia al contrataque de la clase dominante, ya se trate de las imposiciones terroristas de grupos armados reaccionarios o de los impedimentos policiales a ciertas formas de organización y de actividad proletarias. El objetivo de estas acciones no es desencadenar una acción general, sino aumentar todo lo posible el grado de combatividad de las masas, abatidas y desmoralizadas, mediante una serie de acciones que despierten en ella el sentimiento y la necesidad de retomar la lucha.

46. En el trascurso de estas acciones locales, el partido debe evitar que sus militantes y sus órganos locales violen la disciplina interna de los organismos sindicales. Los miembros del Partido Comunista no deben romper con los órganos centrales nacionales dirigidos por los otros partidos, pues, como se ha dicho, estos militantes son un punto de apoyo indispensable

para la conquista de estos organismos por parte del partido. Sin embargo, el Partido Comunista y sus militantes seguirán de cerca a las masas y les darán todo su apoyo cuando éstas, respondiendo espontáneamente a las provocaciones burguesas, rompan con la disciplina a esos criterios de inacción y pasividad que les imponen los jefes de los sindicatos reformistas y oportunistas.

47. Cuando las bases del poder del Estado están siendo sacudidas y a punto de caer, el Partido Comunista, desplegando todas sus fuerzas y agitando todo lo posible a las masas en torno a su bandera de la conquista suprema, no dejará escapar la oportunidad de influir cuando la situación se halle en un punto de equilibrio inestable, empleando todas las fuerzas que momentáneamente se mueven en la dirección de su acción independiente. Apenas la organización estatal tradicional ceda, habrá que conservar el control del movimiento, para lo cual se podrá recurrir a acuerdos transitorios y contingentes con otros movimientos que dispongan de fuerzas en el terreno de la lucha, sin transformar estas alianzas en motivos de propaganda y consignas del partido a las masas. En todo caso, el éxito será el único criterio a la hora de valorar si estos contactos han sido oportunos y si deben mantenerse. La táctica del partido nunca viene dictada por apriorismos teóricos, no por preocupaciones éticas o estéticas, sino únicamente por la necesidad de adecuar los medios a los

finés y a la realidad del proceso histórico, siguiendo esta síntesis dialéctica doctrinal y práctica que es patrimonio de un movimiento destinado a ser el protagonista de la más vasta transformación social, el condottiero de la mayor guerra revolucionaria.

VIII. EL PARTIDO COMUNISTA ITALIANO EN EL MOMENTO ACTUAL

48. La fase de formación del partido ya está completamente superada en Italia, y por tanto también los problemas ligados a ella. Hasta el Congreso socialista de Milán no se descartó definitivamente la posibilidad de modificar sustancialmente las bases constitutivas del Partido Comunista de Italia mediante la fusión de una fracción de izquierda del Partido Socialista, que habría adquirido la importancia de un elemento esencial e integrador. Con las decisiones tomadas en el Congreso de Milán esta posibilidad ha quedado completamente descartada, y se ha demostrado que es evidente que sólo la fracción extrema que se escindió en Livorno constituye el núcleo fundador del partido. También ha quedado claro que el desarrollo normal y progresivo del partido en el futuro se llevará a cabo no mediante el acercamiento a grupos organizados salidos de otras formaciones políticas, sino únicamente mediante la adhesión individual de las personas, que

pasarán así a sus filas, las cuales están dispuestas a recibirle, sin aportar desorden ni mutaciones, sino más fuerza numérica y por tanto más fuerza en la acción.

49. El partido, pues, libre de las preocupaciones inherentes a todo periodo de iniciación, debe dedicarse completamente a su trabajo de penetración, cada vez más amplia, entre las masas, constituyendo y multiplicando los órganos que conectan a estas con aquel. Los comunistas no deben descuidar ningún terreno de actividad proletaria. Hay que penetrar en los Sindicatos, las Cooperativas, las Mutuas, cada vez más profundamente, constituyendo Grupos comunistas y ligándolos mutuamente, para que estos organismos sigan las directrices del partido. Los comunistas deben estar representados y colaborar en diversos Comités de asistencia, de ayuda a las víctimas políticas, pro-Rusia, etc. No obstante, si bien el partido no debe desinteresarse por ningún instrumento capaz de mejorar el contacto con el proletariado y debe atender a la satisfacción de sus necesidades contingentes, no debe forjar relaciones duraderas con otros partidos políticos, aunque sean subversivos.

50. A la hora de enfrentarse a estos, hay que polemizar continua e incansablemente, para aclarar su actitud ante los trabajadores y deshacer los equívocos de sus declaraciones programáticas. Los socialistas y los libertarios actualmente contribuyen de dos formas a

debilitar a la clase proletaria en Italia: unos con su táctica de exoneración y desarme frente al ataque del capitalismo, otros con su lucha contra la República de los Soviets y el principio de la dictadura del proletariado, al que oponen la vacía y teórica apoteosis de una libertad abstracta.

La actual situación italiana, que se caracteriza por una ofensiva cada vez más amplia y completa de la burguesía, nos ofrece cada día mil dolorosos documentos para polemizar contra los anarquistas y los socialdemócratas, que demuestran de manera evidente que no comprenden la situación, la cual, más que excepcional y transitoria, es en realidad un estadio natural y predecible del desarrollo del régimen capitalista, una manifestación específica de la función y el objetivo del Estado democrático.

51. En Italia se puede constatar una particular involución del Estado, en lo que respecta a su funcionamiento. El periodo constitutivo del Estado burgués, que supuso una progresiva concentración de todas las funciones de gobierno en la organización de una autoridad central, halla su respuesta y su negación en el actual periodo, en el que la firme unidad de todos los poderes, sustraída ya al arbitrio de los individuos, se diluye y se dispersa. Los poderes estatales pueden de nuevo ser ejercidos individualmente, por cualquier persona, ya no es necesario que el Estado ponga

explícitamente a disposición de la conservación burguesa, tal y como es capaz, sus órganos del ejército y la magistratura, desde el Parlamento a los funcionarios del poder ejecutivo, pues sus propios empleados, por su cuenta, toman a su cargo estas mismas atribuciones y objetivos, de manera autónoma e incontrolable.

Para impedir que una detención imprevista de esta crisis disolutiva permita al Estado recuperar cierto control sobre la actividad de estos individuos, la clase burguesa procede apresuradamente a formar órganos suplementarios, los cuales tendrán la aprobación de los órganos reglamentarios si actúan siguiendo el explícito deseo de la conservación, pero tendrán que enfrentarse a ellos y ser sustituidos cuando se muestren reacios a la más supina aquiescencia (Comités Civiles, Comités de Defensa, etc.).

Reclamar, como hacen los socialdemócratas, el retorno de la autoridad estatal y del respeto a la ley, demuestra que estos, por más que afirmen que el Estado democrático es un Estado de clase, no logran comprender que precisamente por eso es capaz de arriesgarlo todo por su objetivo esencial, violando las leyes escritas que una vez fueron necesarias para su progresiva consolidación, pero hoy son peligrosas para su conservación.

52. La presente situación italiana reúne sintéticamente todos los elementos que caracterizan a un golpe de Estado, aunque no se haya producido el hecho externo probatorio, el gesto militar. Los progresivos episodios de violencia que van anulando las condiciones normales de vida social para toda una clase de ciudadanos, la superposición de la mutable voluntad de los grupos y los individuos sobre las disposiciones de la ley escrita, la inmunidad que se les garantiza, al igual que la persecución de sus adversarios, todo esto equivale, en lo que respecta a sus resultados, a ese acto único y más grandioso y violento que requiere poner en movimiento a una fuerza más numerosa.

La clase burguesa es perfectamente consciente de esta situación, pero su propio interés la obliga a conservar la apariencia externa de democracia formal, para que la economía general no resulte profundamente turbada por un cambio violento, que a fin de cuentas no ofrecería a sus privilegios una tutela mejor de la que disfruta hoy. Así pues, si existen divisiones a la hora de valorar la necesidad de este cambio, y mientras sea capaz de impedirlo, es probable que la clase burguesa se oponga a una tentativa militarista perturbadora, motivada prácticamente por ambiciones personales. Ninguna forma de gobierno podría mostrar más desprecio que la actual por la libertad, por los derechos adquiridos y sancionados y por la vida de los

trabajadores. El objetivo de la burguesía sólo puede ser un mayor perfeccionamiento del Estado democrático, que permite ocultar mejor el contenido de su régimen dictatorial. Y esto lo logrará a través de la formación de un gobierno socialdemócrata.

53. La situación italiana actual genera y hace madurar de dos formas distintas este posterior estadio de martirio del proletariado: una fuerte corriente del Partido Socialista y de los partidos de izquierda de la burguesía allanan el terreno a su encuentro y alianza. Tanto unos como otros justifican en realidad su actitud argumentando que es necesario hallar y construir una defensa ante la destructora violencia fascista, y en este terreno pretenden llegar a un acuerdo con todos los partidos subversivos, poniendo término a sus polémicas y a los ataques recíprocos.

Si un gobierno socialdemócrata fuese capaz de combatir y vencer al fascismo, lo cual dudamos mucho debido a nuestras convicciones teóricas y a los ejemplos que nos ofrece la historia más reciente, y suponiendo que fuese necesario allanar el terreno a la formación de este gobierno, esto se lograría más fácil y rápidamente cuanto más empeño pusiéramos los comunistas en proseguir con nuestra actual separación y nuestra incansable polémica contra el Partido Socialista. Los ataques de los comunistas aumentan el aprecio de la burguesía por el Partido Socialista, pues viéndole blanco

de la violencia revolucionaria le consideran como una rémora y un obstáculo al desenfreno de la lucha de clase, y esto aumenta las probabilidades de acuerdo y alianza. Ni que decir tiene que en Italia la colaboración socialista con una parte de los grupos de la izquierda burguesa sólo empezó a ser posible cuando, tras la escisión de Livorno, el Partido Socialista se liberó de la corriente comunista. Un receso de la lucha entre comunistas y socialistas daría la aparente y falsa impresión de que estos últimos son favorables a la doctrina y a la práctica de la Tercera Internacional, impidiendo que se refuerce la confianza que requiere la formación del bloque socialdemócrata.

Por tanto, aunque diéramos por buena esa perspectiva, para nosotros falaz, de que un cambio de personal en el Estado, formalmente inmutable, favorecería al proletariado, en el terreno de la lucha política hay que poner en práctica la más absoluta intransigencia frente a los partidos subversivos.

54. En cuanto al fascismo, aunque el PCI lo considera una consecuencia ineluctable del desarrollo del régimen, esto no quiere decir que haya que adoptar frente a él una actitud de inerte pasividad. Combatir al fascismo no significa creer que se puede suprimir una función de la sociedad burguesa sin truncar la existencia de ésta, ni ilusionarse con vencer al fascismo en sí mismo, como episodio desconectado e aislado de la compleja acción ofensiva del capitalismo, sino intentar

que sea menos doloroso y grave el daño que la violencia enemiga inflige al proletariado y conservar y estimular su espíritu combativo e intolerante.

55. Dado que el PCI no sólo no excluye, sino que tiene bien presente, la posibilidad de que esta situación inestable pueda desembocar en la acción violenta de una parte de la burguesía, para disponer los mínimos medios para afrontarla y superarla hay que plantear el problema de la acción directa y la perspectiva de su preparación.

La crisis mundial de la economía capitalista ha influido siniestramente en el impulso del proletariado, que ha visto cómo se rompían sus organizaciones más sólidas, pues no la habían previsto y no estaban preparadas para afrontarla victoriosamente. El partido piensa que hay que reconstruir aquella pasada solidez, consciente de que en una situación análoga a la actual, si el proletariado está sólidamente encuadrado y guiado por un partido revolucionario será capaz de pasar eficazmente al ataque. Constituir este partido y ampliar su influencia sobre las masas, cohesionar, disciplinar y preparar a sus militantes, atraer a capas cada vez más amplias de la clase trabajadora, estas son las tareas esenciales de los comunistas italianos, las cuales sólo podrán llevar a cabo si se aferran a las tesis sobre las distintas cuestiones (sindical, agrícola, etc.) que el presente congreso se dispone a discutir y aprobar.

EL PRINCIPIO DEMOCRÁTICO

Rassegna Comunista n° 18 (28/2/1922)

El empleo de ciertos términos a la hora de exponer los problemas del comunismo a menudo da lugar a equívocos, según la interpretación que se haga de ellos en un sentido u otro. Así ocurre con los términos *democracia* y *democrático*. El comunismo marxista se presenta, según sus principios, como crítica y negación de la democracia. Pero por otra parte, los comunistas defienden a menudo el carácter democrático, la aplicación de la democracia en el seno de los organismos proletarios: el sistema estatal de los consejos obreros, los sindicatos y el partido. Y ciertamente no hay contradicción alguna en ello, pues el dilema: democracia burguesa o democracia proletaria, es perfectamente equivalente a: democracia burguesa o dictadura proletaria.

La crítica marxista a los postulados de la democracia burguesa se basa, efectivamente, en la definición de las características de la actual sociedad dividida en clases, y demuestra la inconsistencia teórica y la insidia práctica de un sistema que pretende conciliar la igualdad política con la división de la sociedad en clases sociales, división que está determinada por la propia naturaleza del sistema de producción.

La libertad y la igualdad políticas que según la teoría liberal conlleva el derecho al sufragio, carecen de sentido cuando se parte de una base que incluye diferentes condiciones económicas fundamentales. Por eso los comunistas aceptamos la aplicación de este derecho en el interior de los organismos de clase del proletariado y defendemos que sus mecanismos deben tener un carácter democrático.

Si bien es mejor, para no caer en malentendidos ni dar valor a un concepto rico en sugerencias y que tratamos fatigosamente de demoler, no emplear distintos términos para cada caso, sí que es útil examinar a fondo el propio contenido del principio democrático desde una perspectiva general, también cuando se aplica en organismos homogéneos desde el punto de vista clasista. Dado que toda nuestra crítica se esfuerza en poner en entredicho el contenido engañoso y arbitrario de los teóricos «liberales», de esta forma evitaremos reconocer el principio de la democracia como una «categoría», y considerar a priori como un elemento de verdad y de justicia absoluta aquello que no puede ser sino un intruso dentro de nuestra doctrina.

Dado que todo error de táctica política se basa en un error doctrinal, o dicho de otra forma, éste es la traducción de aquel en el lenguaje de nuestra conciencia

crítica colectiva, así toda la política y la insidiosa táctica de la socialdemocracia reflejan ese error de principio que supone considerar al socialismo como heredero de una parte sustancial del contenido que la doctrina liberal desarrolló contra la vieja doctrina política basada en la religión. En realidad, lejos de aceptar y de completar toda la crítica que el liberalismo democrático levantó contra la aristocracia, la monarquía absoluta y el antiguo régimen, el socialismo marxista la destruyó ya desde sus primeras formulaciones. Y, si la destruyó, ciertamente (digámoslo de una vez para dejar clara nuestra postura) no fue para defender la supervivencia de las doctrinas religiosas o idealistas contra el materialismo volteriano de los revolucionarios burgueses, sino para demostrar que, en realidad, los teóricos de este materialismo, con la filosofía política de la «Enciclopedia», sólo tendrían la ilusión de haber salido de las tinieblas de la metafísica aplicada a la sociología y la política, así como del absurdo idealismo, y que tanto ellos como sus predecesores debían someterse a la crítica verdaderamente realista de los fenómenos sociales y de la historia, edificada por el materialismo histórico de Marx.

También es importante demostrar teóricamente que, para profundizar en la brecha que existe entre el socialismo y la democracia burguesa, y para devolver a la doctrina de la revolución proletaria su contenido

potentemente revolucionario, adulterado por los fornicadores de la democracia burguesa, en absoluto es necesario revisar los principios en un sentido idealista o neoidealista, sino que simplemente hay que retomar la posición que adoptaron los maestros del marxismo frente a los engaños de las doctrinas liberales y de la filosofía materialista burguesa.

Para no salirnos del tema, diremos que la crítica socialista de la democracia era sustancialmente una crítica a la crítica democrática de la vieja filosofía política, una crítica a la supuesta contraposición universal entre ambas, la demostración de que teóricamente eran semejantes y de que en la práctica el proletariado no tenía mucho que celebrar por el hecho de que la dirección de la sociedad pasara de manos de la nobleza feudal, monárquica y religiosa, a las de la joven burguesía industrial y comercial. Y esta demostración teórica de que la nueva filosofía burguesa no superaba los viejos errores de los regímenes despóticos, de que no era más que un edificio construido con nuevos sofismas, tenía su concreta correspondencia en la negación que representaba el surgimiento del movimiento subversivo del proletariado, que echaba por tierra las pretensiones burguesas de resolver de una vez para siempre la cuestión de la administración de la sociedad sobre bases pacíficas y siempre susceptibles de perfeccionamiento, mediante el derecho de sufragio y el parlamentarismo.

Mientras la viejas doctrinas políticas fundadas en conceptos religiosos, o incluso en la revelación, afirman que es la fuerza sobrenatural que gobierna la conciencia y la voluntad de los hombres la que asigna a ciertos individuos, familias o castas la tarea de dirigir y administrar la vida colectiva, entregándoles mediante investidura divina el precioso bastón de la «autoridad», la filosofía democrática que se afirma a la par que la revolución burguesa, opone a estas afirmaciones la proclamación de la igualdad moral, política y jurídica de todos los ciudadanos, sean nobles, eclesiásticos o plebeyos, y pretende transferir la «soberanía» del restringido círculo de la casta o la dinastía a la consulta popular y universal basada en el sufragio, que permite que sea la mayoría de ciudadanos la que elija, según su voluntad, a quienes regirán el Estado.

Las excomuniones que los sacerdotes de todas las religiones y los filósofos espiritualistas lanzaron contra esta concepción, no son razón para aceptarla como victoria definitiva de la verdad frente al error oscurantista, si bien durante mucho tiempo el «racionalismo» de esta filosofía política pareció el último grito de la ciencia social y del arte de la política, y gozó de la solidaridad de muchos llamados socialistas. La afirmación de que la época de los «privilegios» terminó al sentarse las bases del sistema electoral a través del cual la mayoría nombra a la jerarquía social,

no resiste la crítica del marxismo, que tiene un concepto muy distinto de la naturaleza de los fenómenos sociales. Esta supuesta supresión de los privilegios puede parecer una construcción lógica, atractiva únicamente si partimos de la hipótesis de que el voto, es decir, el parecer, la opinión, la conciencia de cada elector, tiene el mismo peso en esa cesión de poder a la administración de los asuntos colectivos. Pero este concepto se revela poco realista y «materialista», pues considera a todo hombre como una «unidad» perfecta dentro de un sistema compuesto por otras tantas unidades potencialmente equivalentes entre sí, y a la hora de valorar si la decisión de este individuo es realmente equivalente a la de los miles que comparten sus condiciones de vida y a la del resto de hombres, recurre a la teoría de la supuesta «soberanía». Esto supone situar la conciencia de los hombres al margen del reflejo concreto de los hechos y los determinantes ambientales, considerándola como un resplandor que ilumina todo organismo, ya esté sano o consumido, ya tenga sus necesidades armónicamente satisfechas o se encuentre agobiado por éstas, como una luz que un indefinible donante de vida reparte equitativamente entre todos. Este donante ya no se dedicaría a elegir monarcas, sino a dar a todos la facultad de elegirlo. La premisa sobre la que reposa la teoría democrática (a pesar de su ostentación racionalista) no es diferente, dada su puerilidad metafísica, a la del «libre albedrío», según la

cual, la ley católica absuelve o condena en el más allá. La democracia teórica, en la medida en que se sitúa al margen del tiempo y de las contingencias históricas, está al menos tan impregnada de religiosidad como la profundamente errónea filosofía de la autoridad revelada y de la monarquía por derecho divino.

Quien quiera llevar más lejos esta comparación no tiene más que recordar que, muchos siglos antes de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano y de la gran revolución, la doctrina política democrática ya era defendida por pensadores que se situaban completamente en el terreno del idealismo y de la filosofía metafísica. Por otra parte, la propia Gran Revolución¹⁴ derribó los altares del Dios cristiano en nombre de la Razón, aunque luego quiso o se vio obligada a convertir a la propia Razón en una deidad.

Esta premisa metafísica, incompatible con el contenido de la crítica marxista, no sólo está presente en las construcciones del liberalismo burgués, sino también en toda doctrina constitucional y todos los proyectos de edificación social basados en la «virtud intrínseca» de determinados esquemas de relaciones sociales y estatales. Al construir su doctrina histórica, el marxismo

¹⁴ La Revolución Francesa de 1789-1799.

destruye al mismo tiempo el idealismo medieval, el liberalismo burgués y el socialismo utópico.

Frente a estas arbitrarias formas de elaborar constituciones sociales, aristocráticas o democráticas, autoritarias o liberales, así como frente a la concepción anarquista de una sociedad sin jerarquía ni delegación de poderes, que se basa en errores análogos, el comunismo crítico contrapone un estudio bien fundamentado de la naturaleza de las relaciones sociales y de sus causas, que se desarrollan compleja y evolutivamente a lo largo del curso de la historia de la humanidad, así como un atento análisis de las características de las relaciones sociales en la actual época capitalista y una serie de ponderadas hipótesis acerca de su posterior evolución, a las que hoy hay que añadir la formidable contribución teórica y práctica de la revolución proletaria rusa.

Sería superfluo desarrollar aquí los ya conocidos conceptos del determinismo económico y los argumentos que demuestran que esta es la forma correcta de interpretar los hechos históricos y el mecanismo social. Los apriorismos de carácter conservador o utópico se superan introduciendo en el análisis los factores procedentes del terreno de la producción, de la economía, y las relaciones de clase

que brotan de ellos, lo cual permite explicar científicamente los hechos de distinto orden que constituyen las manifestaciones jurídicas, políticas, militares, religiosas o culturales de la vida social.

Nos limitaremos a seguir sumariamente la evolución que ha sufrido el modo de organización social y el reagrupamiento de los hombres a través del curso de la historia, no sólo en lo que respecta al Estado, abstracción que unifica a todos los individuos de una colectividad, sino también en lo que concierne a los diversos organismos que se forman como resultado de las relaciones entre los individuos.

Las bases que permiten interpretar cualquier jerarquía social, por extensa o limitada que sea, son las relaciones que existen entre los diferentes individuos, y estas relaciones dependen a su vez de la división de las funciones entre dichos individuos.

Originalmente podemos suponer, sin caer en graves errores, que la especie humana tenía una forma de vida completamente desorganizada. El número de individuos, siendo tan limitado, permitía vivir de los productos de la naturaleza sin necesidad de aplicar sobre ésta ningún arte o trabajo, y, por lo tanto, se podía vivir al margen del resto de la especie. No había más relaciones que las reproductivas, comunes a toda la especie. Pero éstas bastaron a la especie humana (y no

sólo a ella) para construir un sistema de relaciones y su consiguiente jerarquía en el seno de la familia. Esta podía basarse en la poligamia, la poliandria o la monogamia, no es cuestión de entrar en semejante análisis. En todo caso, la familia fue el embrión de la vida colectiva, organizada sobre una división de funciones que derivaba directamente de los factores fisiológicos: mientras la madre cría y cuida de la prole, el padre se dedica a la caza, al saqueo, a la protección contra los enemigos externos, etc.

Al igual que, en fases posteriores, en esta fase inicial de la producción y de la economía, en la que la propia producción y economía están prácticamente ausentes, es inútil entretenerse en tratar de averiguar abstractamente si la unidad constituye el individuo o la sociedad. Considerar al individuo como una unidad tiene sentido desde el punto de vista biológico, sin duda, pero convertir esta unidad en el fundamento de la construcción de la sociedad no es más que una elucubración metafísica, pues desde el punto de vista social las distintas unidades no tienen el mismo valor, y la colectividad surge a partir de unas relaciones y formaciones en las que la participación y la actividad de cada unidad no constituye una función individual, sino colectiva, determinada por las múltiples influencias del ambiente social. Incluso en el caso elemental de una sociedad desorganizada o de una no-sociedad, la propia

base fisiológica que determina la organización familiar basta para destruir el concepto arbitrario del individuo como unidad indivisible (en el sentido literal del término) y susceptible de combinarse en un plano superior con otras unidades similares, conservando al mismo tiempo su singularidad y en cierto sentido su equivalencia. Tampoco la sociedad constituiría en este caso una unidad, pues evidentemente las relaciones entre los hombres, que bien pueden reducirse al mero conocimiento recíproco de su existencia, son limitadísimas, restringiéndose al círculo de la familia o el clan. Podemos anticipar la obvia conclusión de que la «unidad social» nunca ha existido, ni existirá probablemente más que como «límite» al que podemos ir acercándonos progresivamente, superando las fronteras de las clases y los Estados.

El concepto de la unidad del individuo se puede emplear como elemento de deducción y de construcción social, o para negar la sociedad si se prefiere, pero para ello hay que partir de una premisa irreal que, por más que se formule en términos modernos, en resumidas cuentas no es más que una reproducción de los conceptos de la revelación religiosa, la creación y la vida espiritual situada al margen de los fenómenos de la vida natural y orgánica. La divina providencia, o la fuerza única que gobierna el destino del mundo, otorga supuestamente a todo individuo esta investidura

elemental que le convierte en molécula autónoma, bien definida, consciente, volitiva, responsable, dentro del conjunto social, independiente a los accidentes imprevistos y a las influencias físicas del ambiente. El liberalismo democrático y el individualismo libertario sólo han modificado este concepto religioso e idealista en apariencia. El alma como resplandor del Ser Supremo, la soberanía subjetiva de cada elector o la autonomía ilimitada del ciudadano de la sociedad sin ley, para la crítica nos son sino pueriles sofismas, a pesar del resuelto «materialismo» de los primeros liberales burgueses y de los anarquistas.

Este concepto está relacionado con la suposición, también de naturaleza idealista, de la unidad social perfecta, del *monismo* social basado en una voluntad divina que gobierna y administra la vida de nuestra especie. Volviendo al análisis del estadio primitivo de la vida social, una vez constatada la presencia de la organización familiar, nos vemos obligados a concluir que estas hipótesis metafísicas acerca de la unidad del individuo y de la sociedad dejan de lado toda interpretación de la vida de la especie y de su proceso evolutivo. Y lo que sí podemos afirmar positivamente es que estamos ante un tipo de *colectividad organizada sobre una base unitaria*, la familia. No vamos a convertir ésta en algo fijo o permanente, ni a idealizarla como modelo de convivencia social, como hace el

anarquismo y la monarquía absoluta con el individuo, simplemente constatamos la existencia de esta primigenia unidad de organización humana, a la cual luego sucederán otras, que la modificarán en diversos aspectos, convirtiéndola en un elemento constitutivo de otros organismos colectivos o haciéndola desaparecer con el desarrollo de formas sociales más avanzadas, como se puede suponer. No es necesario declararnos por principios a favor o en contra de la familia, ni a favor o en contra del Estado, por ejemplo. Lo que nos interesa es comprender, en la medida de lo posible, el sentido de la evolución de estas formas de organización humana, y preguntarnos si es posible que un día desaparezcan objetivamente, pues no las consideramos ni como algo sagrado e intangible, ni como algo pernicioso que hay que destruir. Y es que el conservadurismo, así como su contrario (es decir, la negación de toda forma de organización y jerarquía social), desde el punto de vista crítico son débiles, y estériles en cuanto a resultados.

Dejando de lado la tradicional oposición entre las categorías individuo y sociedad, para estudiar la historia de la humanidad nosotros nos fijamos en la formación y la evolución de otro tipo de *unidad*: la colectividad humana organizada, reagrupamientos de hombres más o menos restringidos, basados en una división de las funciones y una jerarquía y que surgen como factores y actores de la vida social. En cierto sentido, esta unidad

es comparable a una unidad orgánica, a un organismo vivo cuyas células, con diferente función y valor, serían en nuestro caso los hombres o los grupos elementales de hombres. No obstante, esta analogía no puede ser absoluta, pues el organismo vivo tiene un límite definido y un curso biológico de desarrollo y muerte, mientras que la unidad social organizada no se halla encerrada en fronteras fijas y se renueva continuamente, entrelazándose, descomponiéndose y recomponiéndose al mismo tiempo. Lo que nos interesa (por eso hemos insistido antes en el sencillo ejemplo de la unidad familiar) es demostrar que aunque estas unidades estén evidentemente compuestas de individuos y su composición varíe, se comportan siempre como un «todo» orgánico e integral, y su descomposición en unidades de individuos sólo tiene valor mitológico e irreal. La vida unitaria de familia, como elemento, no depende del número de individuos que la compone, sino del entramado de sus relaciones. Por decirlo vulgarmente, una familia compuesta por un jefe, mujeres y algunos ancianos incapacitados no tiene el mismo valor que la familia que, además del jefe, dispone de algunos jóvenes e hijos capacitados.

A partir de esta primera forma de unidad organizada de individuos que es la familia, que representa la primera división de funciones y la primera jerarquía y forma de autoridad, de dirección de la

actividad de los individuos y de administración, en el transcurso de la evolución se va pasando indefinidamente por otras formas de organización, siempre más complejas y más vastas. La razón de esta progresiva complejidad está en la propia complejidad de las relaciones y las jerarquías sociales, fruto de una progresiva diferenciación estrictamente determinada por el sistema de producción que el arte y la ciencia ponen a disposición de las actividades humanas, para producir una cantidad siempre creciente de productos (en el sentido más vasto de la palabra) capaces de satisfacer las necesidades de la sociedad humana, ahora más numerosa y que evoluciona hacia formas superiores de vida. Para poder comprender el proceso de formación y modificación de las diferentes organizaciones humanas y el papel de sus mutuas relaciones en el conjunto de la sociedad, el análisis debe partir del desarrollo de la técnica productiva y de las relaciones económicas determinadas por las diferentes posiciones que ocupan los individuos, según las diversas funciones que exige el mecanismo productivo. La formación y la evolución de las dinastías, las castas, los ejércitos, los Estados, los imperios, las corporaciones y los partidos pueden y deben seguirse a través de un análisis basado en estos elementos. Como culminación de este complejo desarrollo, podemos imaginar la futura existencia de una forma de unidad organizada que abarque los propios límites de la humanidad y que establezca una división

racional de las funciones entre todos los hombres, y se podría discutir qué sentido y qué límites tendría el sistema jerárquico de administración colectiva en esta forma superior de convivencia humana.

Como lo que nos interesa aquí es examinar los organismos unitarios cuyas relaciones internas se rigen por lo que comúnmente se llama el «principio democrático», para simplificar vamos a distinguir entre aquellas colectividades organizadas que reciben su jerarquía del exterior y las que establecen ellas mismas su propia jerarquía. Según el concepto religioso y esa perfecta teoría de la autoridad, la sociedad humana es siempre una colectividad unitaria cuya jerarquía emana de poderes sobrenaturales. No insistiremos en la crítica de semejante simpleza metafísica, a la cual se opone toda nuestra experiencia. La jerarquía surge de manera natural a partir de la necesidad de la división de funciones, y así ocurre evidentemente en la familia. Transformándose en tribu y en horda, aquella se organiza para luchar contra otras organizaciones, y así van surgiendo las jerarquías militares, basadas en la entrega del mando a quien es capaz de sacar más partido a las energías comunes. Este criterio de elección, basado en el interés común, es muchos milenios más antiguo que el moderno electoralismo democrático, pues los reyes, los capitanes y los sacerdotes eran originalmente

cargos electivos. Con el paso del tiempo se fueron imponiendo otros criterios de selección de las jerarquías, dando lugar a los privilegios de casta que se transmiten a través de la herencia familiar o mediante la iniciación en escuelas, sectas o cultos minoritarios. En estos casos, la posesión de un determinado cargo, concedido por especiales aptitudes o funciones, generalmente es la mejor forma de influir en la transmisión de dicho cargo, al menos en condiciones normales. Como ya hemos comentado, no tenemos intención de seguir todo el desarrollo formativo de las castas y de las clases en el seno de la sociedad, proceso que está determinado, además de por la lógica necesidad de una división de funciones, por el monopolio del poder y la influencia que conlleva la posición privilegiada de ciertas capas de individuos respecto al mecanismo económico. Toda casta dirigente se da a sí misma, de una u otra forma, una organización jerárquica, y así ocurre con todas las clases económicamente privilegiadas. Nos limitaremos a dar sólo un ejemplo: la aristocracia terrateniente del medievo, al coaligarse para defender sus privilegios comunes frente al ataque de otras clases, construyó una forma organizativa que culminó en la monarquía, en manos de la cual se concentraban los poderes públicos y en cuya formación se dejaba completamente al margen al resto de estratos de la población. El Estado de la época feudal era una organización de la nobleza feudal apoyada por el clero. El principal instrumento de fuerza

de esta monarquía militar era el ejército, es decir, estamos ante un tipo de colectividad organizada donde la jerarquía se forma externamente, el rey nombra a los cargos del ejército, que se funda en la obediencia pasiva de todos sus miembros. Toda forma de Estado concentra en una única autoridad la capacidad de ordenar y encuadrar a toda una serie de jerarquías ejecutivas: ejército, policía, magistratura y burocracia. La unidad estatal, pues, aunque materialmente se vale de la actividad de individuos pertenecientes a todas las clases, está organizada sobre la base de una o unas pocas clases privilegiadas, que son quienes tienen el poder de formar las distintas jerarquías. El resto de clases, y en general el resto de agrupaciones de individuos, sabiendo perfectamente que la organización estatal existente no garantiza en absoluto los intereses y las necesidades de todos, aunque así lo pretenda, tratan de dotarse de organizaciones propias para hacer prevalecer sus intereses, partiendo de la constatación elemental de que los componentes de estas organizaciones se hallan en las mismas condiciones, en lo que respecta a la producción de la vida económica.

Fijándonos naturalmente en estas organizaciones que se dan a sí mismas su propia jerarquía, se plantea el problema de cómo elegir a esta jerarquía, cómo garantizar que la elección recaiga en aquellos que son capaces de defender mejor los intereses colectivos de

todos los componentes de la organización, y cómo evitar que se formen estratificaciones en su seno basadas en algún privilegio. Y así es como surge el método basado en el principio democrático: consultar a todos los individuos y recurrir a la opinión de la mayoría para designar a quienes deben ocupar los distintos cargos de la jerarquía.

La crítica a semejante propuesta deberá ser más o menos severa, según si se intenta aplicar a la sociedad actual, a determinadas naciones, o introducirla en el seno de organismos mucho más restringidos, como son los sindicatos proletarios o los partidos.

En el primer caso hay que rechazarla completamente a causa de su abstracción, pues no tiene en cuenta la situación de los individuos respecto a la economía y considera el propio sistema como intrínsecamente perfecto, sin tener en cuenta el desarrollo evolutivo que atraviesa la colectividad en la que se pretende aplicar.

La división de la sociedad en clases, claramente reconocibles por los privilegios económicos, quita todo valor a la opinión de la mayoría. Nuestra crítica combate ese engaño según el cual el mecanismo del Estado democrático y parlamentario, producto de las constituciones liberales modernas, es una organización de todos los ciudadanos y defiende el interés de todos.

Existiendo intereses opuestos y conflictos de clase, no puede existir una organización unitaria. El Estado aquí continúa siendo el órgano de la clase económicamente superior y el instrumento para la defensa de sus intereses, aunque externamente parezca una forma de soberanía popular. Por más que se aplique el sistema democrático a la hora de elegir la representación política, la sociedad burguesa es un complejo conjunto de organismos unitarios, muchos de los cuales se concentran en torno al poderoso organismo centralizado que es el Estado político. Este tipo de organismos son fruto del reagrupamiento de las capas privilegiadas y tienden a la conservación del aparato social actual. Otros pueden ser neutrales o cambiar su actitud respecto al Estado. Y existen otros, surgidos en el seno de las capas económicamente deprimidas y explotadas, que se revuelven contra el Estado de clase. El comunismo demuestra, pues, que, mientras la economía siga determinando la división de la sociedad en clases, la aplicación formal, jurídica y política del principio democrático y mayoritario a toda la ciudadanía no basta para otorgar al Estado el carácter de una unidad organizativa de toda la sociedad, o de toda la nación. Aunque la democracia política se introduce oficialmente con esta pretensión, en realidad es la forma que más le conviene al poder específico de la clase capitalista, a su verdadera dictadura y al objetivo de conservar sus privilegios.

No hay que insistir mucho, por tanto, para demoler con la crítica este error que consiste en atribuir el mismo grado de independencia y de madurez al «voto» de cada elector, ya sea un obrero agotado por el exceso de trabajo físico o un rico sibarita, un sensato capitán de industria o un desgraciado proletario, que ignora las razones de su desdicha y su remedio; este error que consiste en consultar la opinión de unos y otros cada cierto tiempo, pensando que al elegir de esta manera a aquellos que deben desempeñar las funciones soberanas se garantiza la calma y la obediencia de aquellos que se sienten lesionados y maltratados por las consecuencias de la política y la administración estatal.

Una vez demostrado que el principio democrático no tiene ninguna virtud intrínseca y que no vale nada *como principio*, pues es más bien un mero *mecanismo* organizativo fundado en una simple y banal presunción aritmética (según la cual la mayoría tiene razón y la minoría se equivoca), veamos ahora en qué medida este mecanismo es útil y suficiente en la vida de aquellas organizaciones que comprenden colectivos más limitados, colectivos que no están divididos por las fronteras de ningún antagonismo surgido de su condición económica, considerando estas organizaciones en su proceso de desarrollo histórico.

¿Podemos aplicar el mecanismo democrático a la dictadura proletaria, es decir, a la forma de Estado que surge de la victoria revolucionaria de las clases rebeldes al poder del Estado burgués, de manera que podamos definir esta forma de Estado como una «democracia proletaria», debido al mecanismo interno de delegación y jerarquía? Esta cuestión hay que abordarla sin prejuicios. Podemos afirmar que mientras la propia evolución de los acontecimientos no suministre ningún otro mecanismo, se pueden emplear determinadas modalidades del propio mecanismo democrático. No obstante, hay que tener presente que no hay ninguna razón para aceptar *a priori* el concepto de soberanía de la «mayoría» del proletariado. Al día siguiente de la revolución, la colectividad aún no será completamente homogénea y no constituirá una sola clase. En Rusia, por ejemplo, el poder está en manos de la clase obrera y campesina, pero a poco que consideremos todo el desarrollo del movimiento revolucionario, es fácil demostrar que el proletariado industrial, aun siendo mucho menos numeroso que el campesinado, representa una parte mucho más importante, y es lógico, por tanto, que en el seno de los consejos proletarios, en el mecanismo de los Soviets, el voto de un obrero tenga mucho más valor que el de un campesino.

No pretendemos analizar aquí todas las características de la constitución del Estado proletario.

No concebimos éste en su aspecto inmanente, como hacen los reaccionarios con la monarquía de derecho divino, los liberales con el parlamentarismo de sufragio universal y los anarquistas con el no-Estado. El Estado proletario, como organización de una clase contra otras clases que deben ser despojadas de sus privilegios económicos, es una fuerza histórica real que se adapta al objetivo que persigue, es decir, a las necesidades para las cuales ha sido creado. En ciertos momentos, esta fuerza puede impulsarse mediante vastas consultas a las masas, y en otros mediante organismos ejecutivos restringidos, investidos con plenos poderes. Lo esencial es que esta organización del poder proletario se dote de los medios y las armas para abatir el privilegio económico burgués y las resistencias políticas y militares burguesas, con el objeto de preparar la desaparición de las propias clases, modificando cada vez más profundamente sus propias tareas y su estructura.

Una cosa es segura: mientras la democracia burguesa no tiene otro fin efectivo más que mantener a las grandes masas proletarias y pequeñoburguesas apartadas de toda influencia en la dirección del Estado, coto privado de las grandes oligarquías industriales, bancarias y agrarias, la dictadura proletaria debe lograr implicar en la lucha que encarna a las más amplias capas de las masas proletarias y semiproletarias. Y sólo quienes estén dominados por sus prejuicios pueden

identificar el logro de este objetivo con la formación de un vasto engranaje de consultas electorales. Éstas pueden ser frecuentes, o no serlo, como sucederá más a menudo, dado que con estas formas de participación muchos proletarios se abstienen luego de participar en otras manifestaciones activas de la lucha de clase. Por otra parte, la gravedad que adquiere la lucha en ciertas fases exige rapidez en los movimientos y en la toma de decisiones, así como una centralización organizativa de todos los esfuerzos bajo una dirección común. Para cumplir con estas exigencias, las características del engranaje constitucional del Estado proletario deben romper directamente con los cánones de la democracia burguesa, como demuestran tantas enseñanzas de la experiencia rusa. Esto lleva a los partidarios de aquella a denunciar la violación de las libertades, enmascarando esos prejuicios de filisteo a través de los cuales la demagogia siempre trata de defender el poder de los privilegiados. El mecanismo constitucional de la organización estatal de la dictadura del proletariado no es sólo consultivo, sino también ejecutivo. En efecto, la participación, ya no de toda la masa de electores, pero sí al menos del vasto sector compuesto por sus delegados, en las funciones de la vida política no es intermitente, sino continua. Es interesante señalar que esto se consigue sin socavar el carácter unitario de la actividad de todo el aparato, precisamente porque se parte de unos criterios opuestos a los del hiperliberalismo burgués, es

decir, suprimiendo sustancialmente el sufragio *directo* y la representación *proporcional*. Y todo ello, como hemos visto, después de haber echado ya por tierra otro de sus dogmas sagrados, el sufragio *equivalente*.

No pretendemos establecer estos nuevos criterios como principios del mecanismo representativo, ni fijarlos en una constitución, pues podrían modificarse al cambiar las circunstancias. En todo caso, debemos aclarar que no atribuimos ninguna virtud intrínseca a estas formas de organización y representación. Todo lo que hemos demostrado se puede resumir en una tesis marxista basilar, que puede enunciarse así: «la revolución no es un problema de formas de organización». La revolución no es sino un problema de contenido, es decir, de movimiento y de acción de fuerzas revolucionarias a través de un proceso incesante que no podemos teorizar cristalizándolo en los vanos experimentos de una inmóvil «doctrina constitucional».

De todas formas, el mecanismo de los consejos obreros no se basa en el criterio propio de la democracia burguesa, según el cual todo ciudadano puede elegir directamente a su delegado en el órgano supremo de representación: el Parlamento. Por el contrario, existen diferentes niveles de consejos obreros y campesinos, que se extienden territorialmente hasta llegar al Congreso de los Soviets. Cada consejo local o de distrito elige a sus delegados para el Consejo Superior, así como

su administración, es decir, su correspondiente órgano ejecutivo. Si bien por la base, en los consejos de la ciudad y del campo, se consulta a todas las masas, en cambio para elegir a los delegados al Consejo Superior y el resto de cargos, las distintas agrupaciones de electores no votan siguiendo un sistema de representación proporcional, sino un sistema de mayorías, eligiendo sus delegados según la lista presentada por los partidos. Por lo demás, puesto que normalmente se trata de elegir al delegado que representa la relación entre un nivel superior y otro inferior de los consejos, es evidente que el escrutinio de la lista y la representación proporcional, dogmas del liberalismo formal, están de más. Como cada escalón de consejos da lugar a organismos que no son únicamente consultivos, sino también administrativos y además estrechamente relacionados con la administración central, es evidente que a medida que ascendemos a órganos representativos más restringidos hallaremos, no ya asambleas parlamentarias de charlatanes que discuten interminablemente sin poner nada en marcha, sino cuerpos homogéneos y restringidos capaces de dirigir la acción, la lucha política y el correspondiente camino revolucionario de todas las masas así encuadradas.

A las virtudes de este mecanismo, que absolutamente ningún otro proyecto constitucional

posee automáticamente en sí mismo, se añade la presencia del partido político, un factor de primer orden cuyo contenido supera con creces su pura forma organizativa y cuya conciencia y voluntad colectivas y activas le permiten trabajar de cara a las necesidades de un largo proceso que progresa sin parar. Este es el órgano que más se aproxima a una colectividad unitaria, homogénea y solidaria en la acción. En realidad, engloba en sus filas sólo a una minoría de las masas, pero el carácter de esta minoría, que lo distingue de otros organismos representativos abiertos a capas más amplias, es precisamente el que permite al partido representar los intereses y el movimiento colectivo mejor que cualquier otro órgano. En el partido político se lleva a cabo la participación continua e ininterrumpida de todos sus miembros en la ejecución de un trabajo común, y se prepara la solución a los problemas de la lucha y la reconstrucción, de los cuales el grueso de las masas no es consciente hasta que los tienen delante. Por todas estas razones, en aquel tipo de aparato de representación y delegación, tan distinto a la mentira democrática, fundado por un sector de la población que se ve empujado en el curso de la revolución por sus fundamentales intereses comunes, es natural que la elección espontánea de delegados recaiga en los elementos propuestos por el partido revolucionario, armado para responder a las exigencias de la lucha y a unos problemas para los que ha sabido y

podido prepararse. Hay que aclarar, no obstante, que nosotros no consideramos que el partido adquiriera automáticamente esta facultad en virtud de un especial criterio a la hora de construirse. El partido puede ser o no capaz de cumplir su papel de propulsor del trabajo revolucionario de una clase, y aquí no nos referimos a los partidos políticos en general, sino a uno concreto, al comunista, que además no es inmune a los múltiples peligros de degeneración y disolución. Las características objetivas que permiten al partido estar a la altura de sus tareas no se hallan en los mecanismos aprobados en sus estatutos, ni dependen de ninguna medida organizativa interna, sino que se forman a través de su proceso de desarrollo y de su participación en las luchas y la acción, forjando una orientación común en torno a una concepción del proceso histórico, a un programa fundamental que se va precisando como conciencia colectiva y al mismo tiempo como firme disciplina organizativa. Estas ideas se desarrollan en las tesis sobre la táctica del partido presentadas al Congreso del Partido Comunista de Italia, conocidas por el lector.

Volviendo a la naturaleza del engranaje constitucional de la dictadura proletaria, que como hemos visto tiene funciones tanto legislativas como ejecutivas en sus distintos niveles sucesivos, debemos añadir algunas cosas para precisar cuáles son las tareas de la vida colectiva para las que este engranaje dispone

de funciones e iniciativas ejecutivas, que son la razón de ser de su propia existencia y de las relaciones de su elástico mecanismo, en continua evolución. Consideremos el periodo inicial del poder proletario, del que tenemos un buen ejemplo en los últimos cuatro años y medio de dictadura proletaria en Rusia. No pretendemos entrar a analizar cuál será el sistema definitivo de representación en una sociedad comunista no dividida en clases, pues a medida que nos acerquemos a ella los organismos irán evolucionando de una manera que no podemos prever por completo. Únicamente podemos vislumbrar que se tenderá a la fusión de todos los órganos (políticos, administrativos y económicos) y que progresivamente se irá eliminando todo elemento coercitivo, así como el propio Estado, como instrumento de poder de clase y de lucha contra las otras clases supervivientes.

En el periodo inicial de la dictadura proletaria, ésta tiene ante sí una tarea enormemente pesada y compleja, que podemos dividir en tres esferas de actividad: política, militar y económica. El problema militar de la defensa interior y exterior contra los asaltos de la contrarrevolución, así como el de la reconstrucción económica sobre unas bases colectivas, se basa en la existencia y la aplicación de un plan sistemático y racional que permita emplear todos los esfuerzos y canalizarlos en una actividad que debe tener un fuerte

carácter *unitario*, para sacar el mayor rendimiento a todas las energías de las masas. Por tanto, el organismo que debe conducir en primer lugar la lucha contra el enemigo externo e interno, es decir, el ejército (y la policía) revolucionaria, debe basarse en una disciplina y una jerarquía centralizada en manos del poder proletario. El ejército rojo es, entonces, una unidad organizada bajo una jerarquía formada desde el exterior por el gobierno político del Estado proletario, y lo mismo ocurre con la policía y la magistratura revolucionaria. El problema de la construcción económica que el proletariado vencedor debe llevar a cabo, sentando los cimientos de un nuevo sistema de distribución y producción, tiene aspectos mucho más complejos. No debemos olvidar que lo que diferencia este racional aparato administrativo del *caos* de la economía privada burguesa es la centralización. La gestión de todas las empresas se realiza en interés de toda la colectividad, y se coordina según las exigencias de todo un plan de producción y distribución. Por otra parte, el aparato económico y la distribución de los trabajadores en sus distintas ramas se modifican continuamente, no solo por el hecho de que su construcción se desarrolla gradualmente, sino también debido a las inevitables crisis que se producirán en un periodo de transformaciones tan vastas, que además viene acompañado de la lucha política y militar. Estas consideraciones nos llevan a la conclusión de que en el

periodo inicial de dictadura proletaria, si bien los consejos, en sus diferentes niveles, deben elegir delegados para los órganos legislativos de los niveles superiores y para los órganos ejecutivos locales, hay que dejar al centro la absoluta y responsable gestión de la defensa militar y, en un sentido menos rígido, de la campaña económica. Los órganos locales, mientras, deben encargarse de encuadrar políticamente a las masas para que éstas participen en la ejecución de estos planes y acepten el encuadramiento militar y económico, allanando el camino para que su actividad sea cada vez más amplia y continua en la solución de los problemas de la vida colectiva, canalizando a las masas hacia la formación de esa organización fuertemente unitaria que es el Estado proletario.

No nos extenderemos más sobre estas consideraciones, las cuales no pretenden arrebatar a los organismos intermedios de la jerarquía estatal toda posibilidad de movimiento e iniciativa, sino demostrar que el esquema teórico de su formación no consiste en formar agrupaciones de electores proletarios, ya sea en las fábricas productivas o en las divisiones del ejército, y dar por hecho que éstas aceptarán cumplir con las tareas efectivas de la revolución, ya sean económicas o militares. Como el mecanismo de estas agrupaciones no deriva de ninguna característica especial inherente a su esquema o a su esqueleto, estas unidades que reagrupan

a los electores por la base pueden construirse, y de hecho se construyen, partiendo de criterios empíricos, como son la confluencia en el lugar de trabajo, en el lugar de residencia, en la guarnición, en el frente u otras circunstancias de la vida cotidiana, sin excluir ninguna *a priori* ni considerarla como modelo a seguir. Pero el fundamento de la representación del Estado de la revolución proletaria reside en una subdivisión territorial de circunscripciones, dentro de las cuales se celebran las elecciones. Todas estas consideraciones no tienen carácter absoluto, lo que confirma nuestra tesis de que ningún esquema constitucional puede elevarse a la categoría de principio y de que la propia democracia de las mayorías, en su sentido formal y aritmético, no es más que un posible método de coordinación de las relaciones dentro de los organismos colectivos. Este método, además, no puede considerarse como algo necesario ni justo en sí mismo, pues para los marxistas como nosotros estas expresiones carecen de sentido, y tampoco es nuestro propósito sustituir el aparato democrático que criticamos por otro proyecto mecánico de aparato, exento de por sí de fallos y errores.

Ya hemos dicho bastante acerca de la aplicación del principio democrático en el Estado burgués, pretendiendo abrazar a todas las clases, y en el seno únicamente de la clase proletaria, como base del Estado

tras la victoria revolucionaria. Nos queda estudiar la aplicación del mecanismo democrático en la estructura interna de los organismos que desarrolla el proletariado antes (y también después) de conquistar el poder: sindicatos económicos y partidos políticos.

Una vez aclarado que la auténtica unidad organizativa sólo es posible cuando los intereses de los componentes de la organización son homogéneos, y teniendo en cuenta que la adhesión al sindicato o al partido se basa en una decisión espontánea de participar en un cierto tipo de actividad, es evidente que a la hora de examinar el funcionamiento de su mecanismo democrático y de mayorías podemos ahorrarnos ese tipo de críticas que, por el contrario, destruyen totalmente el valor de esa artificiosa unificación constitucional de las diversas clases que pretende llevar a cabo el Estado burgués. Sin embargo, aquí tampoco debemos dejarnos engañar por esa concepción arbitraria que considera el pronunciamiento de la mayoría como algo «sagrado».

En el Sindicato, la identidad de los intereses materiales inmediatos de sus integrantes es más completa que en el partido. Dentro de los estrechos límites del oficio, su composición es muy homogénea, y siendo en principio un organismo al que los trabajadores se adhieren voluntariamente, tiende a convertirse (sobre todo llegados a una cierta fase de desarrollo del Estado proletario) en un organismo al que los trabajadores de

un oficio o una industria determinada deben adherirse obligatoriamente. No es necesario decir que en este terreno el factor más importante es el número, la cantidad, y por lo tanto las decisiones de la mayoría tienen un gran valor. Pero a esta consideración esquemática hay que añadir otros factores que también influyen en la organización sindical: la jerarquía burocratizada de funcionarios que la inmoviliza y los grupos de vanguardia que el partido político revolucionario forma en su seno para llevarle al terreno de la acción revolucionaria. En esta lucha, no es raro que los comunistas se vean obligados a demostrar que precisamente son los funcionarios de la burocracia sindical los que violan el concepto democrático y quebrantan la voluntad de la mayoría. Esta denuncia está perfectamente justificada, ya que los jefes sindicales de la derecha suelen alardear de su mentalidad democrática, y de esta forma se ponen en evidencia sus contradicciones, igual que hacemos con los burgueses liberales cuando defraudan o infringen una consulta popular (sin que por ello creamos que estas consultas, aun siendo libres, vayan a resolver los problemas que afectan al proletariado). Es oportuno y correcto proceder así, pues cuando las masas se ponen en movimiento bajo los efectos de la situación económica, es posible contrarrestar la influencia de los funcionarios, que es una influencia extra proletaria, procedente (aunque no de manera oficial) de unas clases y poderes extraños a la

organización sindical, y aumentar así la influencia de los grupos revolucionarios. No obstante, esta actitud no se basa en ningún prejuicio «constitucional», sino en que los comunistas, para ser comprendidos por las masas y demostrarles que entienden sus intereses mejor que el resto, pueden y deben actuar de manera elástica con respecto a los cánones de la democracia sindical. Por ejemplo, no existe contradicción alguna entre estas dos tácticas: representar a una minoría en los órganos directivos de los sindicatos, mientras lo permitan los estatutos, y proponer al mismo tiempo que se suprima este tipo de representación en los estatutos, para que los órganos ejecutivos sean más ágiles cuando los conquistemos. En estas cuestiones debemos guiarnos por un atento análisis del proceso de desarrollo del sindicato en cada momento. Se trata de acelerar su transformación para que, de órganos de influencia contrarrevolucionaria sobre el proletariado, se conviertan en órganos de lucha revolucionaria. Los criterios de organización interna no tienen valor en sí mismos, sino en la medida en que convergen hacia este objetivo.

Por último, nos queda hablar de la organización del partido, alguna de cuyas características ya hemos avanzado al analizar el engranaje del Estado obrero. Aunque el partido, a diferencia del sindicato, no se basa en la completa identidad de intereses económicos, la

unidad de su organización se funda sobre una base mucho más amplia que el oficio: la clase. El partido no sólo se extiende sobre las mismas bases que el conjunto de la clase en el espacio, tendiendo a internacionalizarse, sino también en el tiempo, pues la conciencia y la actividad de este órgano específico son necesarias a lo largo de todo el proceso de emancipación revolucionaria del proletariado, si se quiere llegar a la victoria. Estas viejas consideraciones nos obligan a estudiar el problema de la estructura y la organización interna del partido teniendo en cuenta todo su proceso de formación y su vida y las complejas tareas que debe resolver. Dado que estamos terminando ya esta larga exposición, no podemos profundizar en los detalles de este mecanismo mediante el cual el partido consulta a sus masas de militantes, lleva a cabo su reclutamiento y designa a los cargos de toda la jerarquía. Es evidente que por el momento lo mejor que podemos hacer es respetar las decisiones de la mayoría. Pero tal y como hemos subrayado insistentemente, no podemos considerar el mecanismo democrático como un principio. Al margen de sus tareas consultivas, parecidas a las del poder legislativo del aparato del Estado, el partido tiene unas tareas ejecutivas análogas a las de un ejército y requieren la máxima disciplina jerárquica, sobre todo en el momento supremo de la lucha. En este sentido, dentro del complicado proceso que da lugar a los partidos comunistas, la formación de las jerarquías se desarrolla

de manera real y dialéctica. Su origen se remonta atrás en el tiempo, respondiendo a todo un conjunto de experiencias pasadas y a toda una práctica en el manejo del partido. Nosotros no consideramos a priori las decisiones de la mayoría del partido como sentencias de un juez infalible y sobrenatural que se dedica a suministrar jefes a los colectivos humanos, como piensan aquellos que dan cierta la participación del Espíritu Santo en los cónclaves. La decisión de la mayoría no tiene por qué ser necesariamente la mejor, ni siquiera en un organismo como el partido, cuya composición es fruto de una selección llevada a cabo mediante la espontánea adhesión voluntaria de sus miembros y un control del reclutamiento. Dicha decisión sólo mejorará el rendimiento de la jerarquía operante y ejecutiva del partido en la medida en que éste trabaje de manera coordinada y bien orientada. No pretendemos analizar aquí, detalladamente, si este mecanismo debería ser sustituido por otro, ni cuál sería este nuevo mecanismo. Pero lo cierto es que este tipo de organización puede liberarse progresivamente de los convencionalismos del principio democrático, y esto no debe rechazarse con injustificable fobia, siempre que existan elementos que permitan tomar decisiones, seleccionar a los jefes y resolver los problemas de una manera más acorde a las verdaderas exigencias del desarrollo del partido y de su actividad en un contexto histórico dado.

En la construcción de nuestra organización interna y en la formulación de los estatutos del partido el criterio democrático sólo es un material accidental, no una plataforma indispensable. Por eso no consideramos la fórmula organizativa del «centralismo democrático» como un principio. Para nosotros la democracia no puede ser un principio. En cambio el centralismo sí lo es, sin duda, pues la característica esencial de la organización del partido es su unidad de estructura y de movimiento. Para referirnos a la continuidad de la estructura del partido en el espacio, nos basta el término *centralismo*. Y para introducir el concepto esencial de continuidad en el tiempo, es decir, de la finalidad hacia la que tendemos y de la dirección en la que avanzamos, salvando los sucesivos obstáculos, proponemos que el Partido Comunista, uniendo estos dos conceptos esenciales de unidad, base su organización en el «*centralismo orgánico*». De esta forma, quedándonos con aquello que nos sirve del accidental mecanismo democrático, suprimimos el término «democracia», tan querido por los peores demagogos como cargado de ironía para todos los explotados, los oprimidos y los engañados. Lo mejor que podemos hacer es regalárselo, para su uso exclusivo, a los burgueses y a los campeones del liberalismo, a quienes a veces les gusta adoptar vistosas poses extremistas.

Amadeo Bordiga.

PROYECTO DE TESIS SOBRE LA TÁCTICA PRESENTADO EN EL IV CONGRESO DE LA IC

Este Proyecto de tesis sobre la táctica fue presentado por el Partido Comunista de Italia en el IV Congreso de la IC (noviembre de 1922). El mismo proyecto, con leves modificaciones, fue publicado en Lo Stato Operaio (6/3/1924) y presentado en el V Congreso (junio/julio de 1924). Estos cambios se han añadido en cursiva.

I. PREMISAS

Las condiciones para alcanzar los objetivos revolucionarios de la Internacional Comunista pueden ser de naturaleza objetiva, basadas en la situación del régimen capitalista y en el estadio de la crisis que éste atraviesa, y de naturaleza subjetiva, basadas en la capacidad de la clase obrera para luchar por el derrocamiento del poder burgués y para organizar su propia dictadura con unidad de acción, es decir, subordinando todos los intereses parciales de grupos restringidos al interés general de todo el proletariado y al objetivo final de la revolución.

Las condiciones subjetivas son de dos tipos, a saber:

a) La existencia de partidos comunistas dotados de una clara visión programática y de una organización bien definida que garanticen la unidad de acción.

b) Un grado de influencia del Partido Comunista sobre las masas de trabajadores y sobre sus organizaciones económicas que le otorgue el predominio frente las otras tendencias políticas del proletariado.

El problema de la táctica consiste en escoger los medios que permiten al Partido Comunista materializar simultáneamente y de la mejor forma posible estas condiciones revolucionarias de naturaleza subjetiva, partiendo de las condiciones objetivas y de su proceso de desarrollo.

[Aquí se insertan los puntos descriptivos de las tesis de Zinoviev sobre la situación política y económica mundial, la ofensiva del capital y la situación del movimiento obrero].

II. CONSTITUCIÓN DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS Y DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

La bancarrota de la Segunda Internacional y la revolución rusa han dado lugar a la reconstitución de la

ideología revolucionaria del proletariado y a su reorganización política en las filas de la Internacional Comunista.

Para cumplir con su tarea de unificación de la lucha del proletariado de todos los países hacia el objetivo final de la revolución mundial, la Internacional Comunista debe ante todo consolidar su propia unidad de programa y de organización. Todas las secciones y todos los militantes de la Internacional Comunista deben comprometerse a respetar los principios del programa común de la Internacional Comunista.

Eliminando todos los vestigios de federalismo de la vieja Internacional, la organización internacional debe conseguir la máxima centralización y disciplina. Actualmente el desarrollo de este proceso atraviesa ciertas dificultades, debido a las diferentes condiciones que existen en los distintos países y a las tradiciones del oportunismo. Estas dificultades no se pueden resolver eficazmente con expedientes mecánicos, sino mediante una efectiva unidad de método capaz de poner en evidencia las características comunes de la actividad de los grupos de vanguardia del proletariado en los diferentes países.

La mera aprobación de determinados textos y la promesa de respetar una serie de compromisos no son razones suficientes para aceptar la incorporación de un

grupo político a la disciplina y a la organización revolucionaria internacional en virtud de su compromiso. Por el contrario, hay que tener en cuenta el proceso real de desarrollo de estos grupos organizados (partidos y tendencias) que actúan sobre el terreno de la política proletaria, la formación de su ideología y su experiencia en la acción, a la hora de juzgar si pueden (y en qué medida) formar parte de la Internacional Comunista.

Las crisis disciplinarias de la Internacional Comunista se deben al doble aspecto que adopta hoy el oportunismo tradicional: por un lado se aceptan con entusiasmo las formulaciones de la experiencia táctica de la Internacional Comunista sin comprender que están sólidamente ligadas a los fines revolucionarios, pensando que, por su forma externa de aplicación, suponen un retorno a los viejos métodos oportunistas, y despojándolas por tanto de toda conciencia y voluntad finalista y revolucionaria; y por otro lado, se rechazan esas mismas formulaciones tácticas, criticándolas superficialmente como renunciadas y repliegues respecto a los objetivos del programa revolucionario. En ambos casos, se trata de una incompreensión de las relaciones que existen entre los objetivos comunistas y los medios que hay que emplear para lograrlos.

Para acabar con el peligro oportunista y las crisis disciplinarias, la centralización organizativa de la

Internacional Comunista debe reposar sobre unas claras y precisas resoluciones tácticas y una exacta definición de los métodos a aplicar.

Una organización política, es decir, una organización basada en la adhesión voluntaria de todos sus miembros, sólo responde a las exigencias de la acción centralizada cuando todos sus componentes conocen y aceptan el conjunto de métodos que puede aplicar el centro en cada situación.

El prestigio y la autoridad del centro, que no emanan de sanciones materiales, sino que dependen de una serie de factores de orden psicológico, exigen una absoluta claridad, decisión y continuidad en las declaraciones programáticas y en los métodos de lucha. Esta es la única forma de construir un verdadero centro de acción unitaria efectiva del proletariado internacional.

Una organización sólida sólo puede surgir a partir de unas normas organizativas estables. Garantizando a todos que estas normas se aplican imparcialmente es como se reducen al mínimo las rebeliones y las deserciones. Los estatutos organizativos, así como la ideología y las normas tácticas, deben dar una impresión de unidad y de continuidad.

Estas consideraciones, que se basan en una rica experiencia, demuestran que para pasar del periodo de

construcción de la Internacional de los partidos comunistas al periodo de acción del Partido Comunista Internacional, debemos deshacernos de unas normas organizativas que totalmente anormales, como son las fusiones de ciertas secciones de la Internacional con otros organismos políticos, o la formación de estas secciones mediante la incorporación de organizaciones obreras, en lugar de partir del criterio de la adhesión individual, o la existencia de fracciones o de grupos organizados como una tendencia en el seno de la organización, o la penetración sistemática y el *noyautage*¹⁵ en organismos de naturaleza y disciplina política (aquí también se incluyen, con más razón, los organismos de tipo militar).

Si la Internacional sigue aplicando estos expedientes, terminaremos presenciando manifestaciones de federalismo y rupturas disciplinarias. Si el proceso de supresión de dichas anomalías se frena o se invierte, o si éstas se producen sistemáticamente, correríamos el grave peligro de recaer en el oportunismo.

Y si llegamos a tal situación, es posible que las fracciones de izquierda vuelvan a tener un papel

¹⁵ Entrismo. En francés en el original.

revolucionario, convirtiéndose en la única garantía frente al revisionismo de la derecha.

III. LA CONQUISTA DE LAS MASAS

Una de las tareas fundamentales de los partidos comunistas es conquistar una influencia cada vez mayor sobre las masas. Para ello deben recurrir a todos los medios tácticos oportunos que ofrece la situación objetiva, los cuales permiten aumentar progresivamente la influencia ideológica entre las capas del proletariado y desarrollar las diversas formas de encuadramiento ligadas al partido.

La conquista de las masas no puede llevarse a cabo simplemente mediante la propaganda de la ideología del partido y el proselitismo, hay que participar en todas las acciones a las que los proletarios se ven empujados a causa de su situación económica. Es necesario hacer comprender a los trabajadores que estas acciones en sí mismas no garantizan el triunfo de sus intereses, que sólo pueden aportarles cierta experiencia, cierta organización y voluntad de lucha que hay que canalizar en la lucha revolucionaria general. Esto no se logra negando tales acciones, sino estimulándolas, incitando a los trabajadores a emprenderlas y presentándoles unas reivindicaciones inmediatas

susceptibles de desembocar en una unión cada vez más amplia de los trabajadores que participan en la lucha.

Incluso en las situaciones en las que el capitalismo se desarrolla normalmente, luchar por las reivindicaciones concretas de los grupos proletarios, en el mismo terreno que los sindicatos y grupos afines, es una necesidad fundamental para los partidos marxistas revolucionarios. Las reivindicaciones más generales de orden social y político también son útiles para el trabajo revolucionario. Pero estas reivindicaciones no deben dar lugar a compromisos con la burguesía que obliguen al proletariado a renunciar a la independencia de sus organizaciones de clase y a su propaganda del programa y de los métodos revolucionarios, a cambio de las concesiones de aquella.

A través de estas acciones, en defensa de unas reivindicaciones parciales, el Partido Comunista entra en contacto con las masas, lo cual le permite hacer nuevos prosélitos. Completando con su propaganda las lecciones que la experiencia ofrece a las masas, el partido despierta sus simpatías y gana popularidad entre ellas, haciendo que se forme a su alrededor toda una red más amplia de organizaciones ligadas, por una parte, a los más profundos estratos de las masas y, por otra, al centro dirigente del propio partido. De este modo se genera una disciplina unitaria en la clase obrera. Esto se logra con el *noyautage* sistemático en los sindicatos, en

las cooperativas y en toda forma de organización en defensa de los intereses de la clase obrera. Deben surgir redes organizativas análogas, en cuanto sea posible, en todas las esferas de actividad del partido, a saber: lucha armada y acción militar, educación y cultura, trabajo entre los jóvenes y las mujeres, penetración en el ejército, y así sucesivamente. El objetivo de este trabajo es la conquista, por parte del Partido Comunista, de una influencia no sólo ideológica, sino también organizativa, sobre la mayor parte de la clase obrera. Así pues, mientras trabajan en los sindicatos, los comunistas tratan de extender al máximo la base de estos, así como la de todas las organizaciones de naturaleza análoga, combatiendo toda escisión y defendiendo la unión organizativa allí donde la escisión ya se ha producido, siempre que en estas organizaciones se pueda desarrollar un trabajo de propaganda y de *noyautage* comunista, por mínimo que sea. En casos especiales, esta actividad puede incluso ser ilegal y secreta.

Los partidos comunistas, aunque trabajan con el objetivo de hacerse con la dirección de las centrales sindicales (indispensable aparato de maniobra de cara a las luchas revolucionarias) a través de la conquista de la mayoría de los obreros allí organizados, acatan siempre con disciplina las decisiones de éstos, y no pretenden que dicho objetivo quede reflejado en los estatutos de

estas organizaciones sindicales o similares, ni en los pactos que se lleven a cabo puntualmente.

IV. EL FRENTE ÚNICO

La ofensiva del capital y sus particulares características actuales ofrecen a los partidos comunistas unas posibilidades tácticas concretas para ampliar su influencia sobre las masas. De aquí surge la táctica del frente único.

La ofensiva capitalista tiene un doble objetivo: destruir las organizaciones proletarias capaces de llevar a cabo una ofensiva revolucionaria e intensificar la explotación económica de los trabajadores para intentar reconstruir la economía burguesa. Así pues, la ofensiva capitalista choca directamente incluso contra los intereses de aquellos proletarios que todavía no han sido ganados por la conciencia y el encuadramiento revolucionarios, y ataca también a las organizaciones que carecen de programa revolucionario y están dirigidas por elementos oportunistas. Dado que aceptar la lucha, aunque sea defensiva, supone plantear el problema revolucionario y alinear a los trabajadores en un frente de lucha contra la clase burguesa y sus instituciones, la burocracia que encuadra a dichos organismos trata de sabotear también esta mera resistencia defensiva, renunciando incluso al iluso

programa de mejora gradual de las condiciones de vida del proletariado.

La situación surgida de la primera ola revolucionaria de posguerra básicamente persiste, incluso en los países con gobiernos burgueses de «izquierda». La táctica del frente único también debe aplicarse en esta fase «pacífica», que se desarrolla en el contexto histórico de la crisis general del capitalismo.

Esta situación permite a los partidos comunistas conducir a la lucha incluso a esa parte de los trabajadores que carecen de una desarrollada conciencia política. Los partidos comunistas pueden, pues, invitar a estas capas de trabajadores a la acción unitaria en defensa de unas reivindicaciones concretas e inmediatas basadas en la defensa de los intereses amenazados por la ofensiva del capital.

Con este objetivo, los comunistas proponen una acción común de todas las fuerzas proletarias encuadradas en las organizaciones, cualquiera que sea su tendencia.

Esta táctica nunca debe entrar en contradicción con la tarea fundamental del Partido Comunista, que es difundir en el seno de las masas obreras la conciencia de que el programa comunista y el encuadramiento organizativo en torno al Partido Comunista es el único camino que puede llevarlas a su emancipación.

La perspectiva del frente único es doble. La invitación al frente único servirá para desplegar una campaña contra los programas y la influencia de las organizaciones proletarias que rechacen la invitación a la acción por parte de los comunistas. Es evidente que, en tal caso, el Partido Comunista saldría ganando. Por el contrario, si se llega realmente a la actuación conjunta de todas las organizaciones proletarias y todo el proletariado, entonces el objetivo del Partido Comunista será hacerse con la dirección del movimiento cuando las condiciones generales permitan conducirlo a una salida revolucionaria. Cuando esto no sea posible, el Partido Comunista deberá emplear todos los medios para convencer a las masas (a través de las vicisitudes de la lucha, ya conduzcan éstas a un éxito parcial o al fracaso, si ello es inevitable) de que está mejor preparado que el resto para hacer prevalecer la causa del proletariado. Si el Partido Comunista ha desplegado previamente una campaña con unas propuestas concretas que garantizan el éxito de la lucha, participado con sus fuerzas en primera fila de la acción común, las masas comprenderán que la victoria sólo es posible si las organizaciones no comunistas no tienen una influencia predominante sobre ellas.

Por tanto, la táctica del frente único es un medio para que el partido conquiste una influencia ideológica y organizativa preponderante.

Hay que aprovechar la tendencia instintiva de las masas a la unidad cuando ésta favorezca la táctica del frente único, pero hay que combatirla cuando conduzca al resultado opuesto.

Por consiguiente, el grave problema táctico del frente único presenta unos límites más allá de los cuales nuestra acción entra en contradicción con nuestros objetivos. Estos límites deben definirse en lo que respecta al contenido de las reivindicaciones, los medios de lucha y las bases organizativas que se proponen o se aceptan como plataforma de las fuerzas proletarias.

Las reivindicaciones que el Partido Comunista plantea para el frente único no deben contradecir los programas de los diferentes organismos a los que se propone la coalición, y deben poder lograrse mediante unos métodos de lucha que ninguno de dichos organismos pueda rechazar por principio.

Sólo de esta forma podremos hacer campaña contra las organizaciones que rechacen sumarse a la propuesta de frente único, o en caso contrario, aprovechar el desarrollo de la acción para aumentar la influencia comunista.

Se puede proponer cualquier reivindicación susceptible de ser defendida a través de la acción directa del partido: la defensa de los salarios y de los pactos del trabajo en la industria y en la agricultura, la lucha contra

los despidos y el paro, la defensa efectiva del derecho de asociación y de agitación.

Se pueden proponer como medios de lucha todos aquellos que el Partido Comunista emplea en sus propias acciones independientes y, por lo tanto, todas las formas de propaganda, agitación y lucha con las que la clase proletaria se enfrenta nítida y declaradamente al capital.

Por último, las bases de la coalición, por un lado deben permitir que las masas conozcan el conjunto de las propuestas comunistas aunque el resto de organismos proletarios no las acepten, incluso en el caso de que estos aprueben el inicio de una acción general proletaria (por ejemplo, aceptando los medios de lucha aconsejados por el Partido Comunista: la huelga general, etc., pero con otros objetivos); y por otro lado, deben permitir al Partido Comunista, que no se mantendrá al margen de la acción común, responsabilizar a otros organismos de la derrota del proletariado, en caso de que ésta se produzca.

Por tanto, el Partido Comunista no aceptará formar parte de organismos, junto a otras organizaciones políticas, en los que deba trabajar con éstas de manera continua y compartiendo la responsabilidad en la dirección del movimiento general proletario. El Partido Comunista también evitará hacer declaraciones comunes con otros partidos políticos si éstas contradicen

parte de su programa y se presentan al proletariado como el resultado de unas negociaciones para hallar a una línea de acción común.

Cuando se invita a otros organismos a la acción no para polemizar públicamente con ellos, dando por hecho que se negarán, sino porque ciertamente es posible llegar a una lucha común, el centro dirigente de esta coalición debe basarse en una alianza de organismos proletarios de carácter sindical, o semejante. Así las masas verán que este centro puede ser conquistado por los diferentes partidos que actúan en el seno de los organismos obreros. *La coalición puede basarse en los sindicatos y demás organizaciones económicas, pero también en los Soviets, que surgirán (o para cuya formación se lanzará la consigna) en una situación revolucionaria más desarrollada.*

Solamente así se garantiza la eficacia de la táctica de la unidad del frente, aunque la acción esté abocada a una victoria incompleta o a una derrota de la clase obrera debido a la influencia de los oportunistas.

Hay que rechazar, por oportunista, toda interpretación del frente único como una coalición entre el estado mayor del Partido Comunista y del resto de partidos autoproclamados obreros. El Partido Comunista debe demostrar constantemente, no sólo con su crítica teórica, sino también con su actitud política y

táctica, que no existe más partido de la clase obrera que él y que la socialdemocracia, del color que sea, no representa sino el ala izquierda del ejército burgués.

Está claro que no se trata en absoluto de rechazar todo contacto personal con los jefes oportunistas por motivos sentimentales o morales, sino de rechazar el frente único «por arriba», para poder convertir la táctica del frente único en una palanca para las verdaderas y masivas luchas revolucionarias.

V. EL GOBIERNO OBRERO

Las reivindicaciones inmediatas que interesan al proletariado también pueden estar ligadas a la política del Estado.

El Partido Comunista también debe formular este tipo de reivindicaciones y proponerlas como objetivos de la acción de todo el proletariado a través de la presión externa sobre el gobierno, ejercida con todos los medios de agitación.

Cuando el proletariado se dé cuenta de que para conseguir tales reivindicaciones el gobierno debe cambiar, el Partido Comunista empezará a hacer propaganda por el derrocamiento del poder burgués y por la dictadura proletaria. Y lo mismo hay que hacer cuando los trabajadores constaten que sus demandas

económicas no pueden ser atendidas en el marco de la economía capitalista.

Cuando el régimen de gobierno se encuentra en una situación crítica debido a la correlación de fuerzas sociales, la consigna de su derrocamiento no debe reducirse a la mera propaganda, sino convertirse en una reivindicación concreta accesible a las masas. *Esta reivindicación puede formularse exigiendo que el poder político pase de las manos del gobierno existente, basado en la representación parlamentaria, a las de una organización del proletariado capaz de representarle y de la que estén excluidas las capas sociales no productivas, naturalmente.* Esta reivindicación (el poder a los Soviets, a los Comités de Control, a los Comités de la Alianza Sindical) se puede plantear a los trabajadores de todos los partidos, y también a los que no están organizados en ningún partido, que estén representados en dichos organismos. Todos los trabajadores terminarán aceptándola, incluso en contra de sus propios dirigentes. Esta reivindicación entra en el marco de la tarea política propia del Partido Comunista, dado que su realización implica la lucha revolucionaria y la supresión de la democracia burguesa, y al proponerla se arrastra a todas las masas proletarias por esta vía. Pero tampoco debe excluirse la posibilidad de lanzar dicha consigna extraparlamentaria también en el Parlamento o durante una campaña electoral.

La reivindicación de un gobierno obrero entendido como un gobierno de coalición de partidos obreros, sin aclarar cuál será la forma de las instituciones representativas en las que reposará dicho gobierno, no es comprensible para los obreros, es una mera consigna que confunde los términos de la preparación ideológica y política revolucionaria. Los partidos son organizaciones constituidas para tomar el gobierno, y los partidos que formen el gobierno obrero no pueden afanarse en conservar las instituciones parlamentarias burguesas.

Hablar de gobierno obrero afirmando (o sin excluir) la posibilidad de que éste surja de una coalición parlamentaria en la que participe el Partido Comunista, significa negar en la práctica el programa político comunista, o sea, la necesidad de preparar a las masas para la lucha por la dictadura.

La situación política mundial no permite prever la formación de gobiernos de transición entre el régimen burgués parlamentario y la dictadura proletaria, sino más bien la de gobiernos de coalición burgueses que dirigirán con extrema energía la lucha de defensa contrarrevolucionaria. *La eventual participación de los socialdemócratas en estos gobiernos no atenuaría su acción, sino que la complementaría con una táctica engañosa de aparentes concesiones «de izquierda».* Si hubiera gobiernos de transición, el Partido Comunista,

por principios, dejará a los partidos socialdemócratas la responsabilidad de su dirección mientras estos gobiernos se basen en las instituciones burguesas. Esta es la única forma que permite al Partido Comunista preparar la conquista revolucionaria del poder y suceder al gobierno de transición. *Por eso hay que rechazar la consigna del gobierno obrero como sinónimo de la dictadura del proletariado.*

Cuando aún no han surgido los órganos capaces de apoderarse del poder político (al llegar a un determinado grado de su desarrollo) y aún no podemos lanzar la consigna para formarlos, la consigna del Partido Comunista acerca de la cuestión del Estado y el poder no puede ser más que la dictadura del proletariado.

VI. RELACIONES CON EL CAMPESINADO

La táctica del frente único, naturalmente, debe extenderse y plantear el problema de las relaciones con las clases campesinas. Aunque esto ya lo dicen las tesis del II Congreso, los partidos comunistas están lejos de haberlo resuelto en la práctica.

Dentro de las reivindicaciones en las que se basa el frente único, por tanto, hay que incluir las reivindicaciones salariales de los obreros agrícolas, la

defensa de los aparceros y los pequeños campesinos contra los terratenientes y la protección del pequeño propietario campesino que trabaja su parcela contra la expropiación con la que le amenazan los grandes terratenientes y el fisco.

Las organizaciones del frente único deben ser capaces de surgir no sólo en los centros industriales, sino también en las pequeñas ciudades agrícolas y en el campo. Por eso, el Partido Comunista, tras extender su organización a las regiones y los ambientes rurales, hará todo lo posible por ayudar a que se formen organizaciones económicas campesinas, en las que deberán entrar los grupos comunistas. También deberá esforzarse en canalizar esa tendencia a formar «partidos campesinos» (pequeños propietarios trabajadores) hacia la formación de organismos de defensa de tipo «sindical». Esta es la única forma de impedir que los grandes propietarios y sus instrumentos políticos controlen las organizaciones campesinas, y de trabajar para que la influencia comunista conquiste el movimiento campesino.

Las reivindicaciones sobre la conquista del poder por parte de los órganos proletarios deben mencionar expresamente que los campesinos también estarán representados en ellos. No obstante, en su labor política y de agitación, el partido debe subrayar constantemente el papel predominante que tiene en la revolución la

clase obrera propiamente dicha. Se podría avanzar, por ejemplo, la consigna: «Todo el poder a los consejos de obreros y campesinos pobres».

VII. LA CONQUISTA DE LAS MASAS ORGANIZADAS

La existencia de fuertes y florecientes organizaciones económicas es una condición que favorece el trabajo de penetración en las masas. La agudización de los desequilibrios de la economía capitalista provoca una situación objetivamente revolucionaria. Sin embargo, tras la aparente prosperidad de la inmediata posguerra, cuando la crisis apareció con toda su gravedad, la capacidad de la lucha del proletariado fue insuficiente. Así, asistimos hoy en muchísimos países a un vaciamiento de los sindicatos y de todas las organizaciones análogas, y es previsible que este fenómeno no tarde en verificarse en otros países.

En consecuencia, la preparación revolucionaria del proletariado se vuelve más difícil, a pesar de la expansión de la miseria y del descontento.

En primer plano aparece el problema del encuadramiento de las masas de parados por parte de los partidos comunistas, así como de los elementos proletarios reducidos a un estado caótico por la parálisis

de la máquina productiva. Es posible que dentro de un tiempo este problema termine siendo más grave que el de la conquista de los obreros que siguen a otros partidos proletarios a través de las organizaciones económicas que éstos dirigen, problema que está bien planteado en la táctica del frente único. También hay que tener en cuenta que, a la decadencia económica, viene a añadirse la intensa acción unitaria contrarrevolucionaria del conjunto de todas las fuerzas burguesas, por lo que probablemente los organismos económicos proletarios no comunistas se vaciarán más rápidamente. Ello supondrá entonces una modificación de los términos del problema de la conquista de las masas.

Habrá que organizar los intereses proletarios de forma distinta, pues el trabajo revolucionario debe apoyarse siempre sobre las situaciones concretas y reales. En la fase actual, la tarea es encuadrar a los estratos proletarios desorganizados en torno a los comités y los órganos del frente único de las organizaciones, otorgándoles cierta representación. El Partido Comunista deberá convertirse en el centro de la lucha y del contraataque contra la centralización reaccionaria capitalista que tiende a imponerse sobre una clase obrera en desbandada, dispersa y definitivamente abandonada a su suerte por la burocracia oportunista.

Esta perspectiva no contradice el hecho de que se esté abriendo un periodo aparentemente «pacífico», tras los acontecimientos políticos de Inglaterra, Francia y otros países. Los comunistas no deben esperar a que lleguen mejores tiempos para organizarse y hacer agitación en los sindicatos y otras organizaciones reformistas, pues precisamente son estas organizaciones las que se ven socavadas y amenazadas por la situación.

INFORME SOBRE EL FASCISMO PRESENTADO EN EL IV CONGRESO DE LA IC

Este informe sobre el fascismo se presentó en la XII Sesión del IV Congreso de la Internacional (16/11/1922).

Estimados camaradas, lamentablemente las especiales condiciones en las cuales se halla la comunicación entre nuestra delegación y el partido no nos permiten disponer de toda la información sobre esta cuestión.

Ayer llegó a Moscú el delegado especial del Comité Central de nuestro Partido y nos ha informado de las impresiones de nuestros camaradas italianos sobre estos últimos acontecimientos fascistas.

Por otra parte, también tengo que tratar la cuestión que comentó ayer el camarada Radek en su discurso, acerca de la posición del Partido Comunista respecto al fascismo.

El camarada criticó la actitud de nuestro Partido respecto a la cuestión del fascismo, que es la cuestión política dominante en Italia. Criticó nuestro punto de vista, o mejor dicho, nuestro supuesto punto de vista, que según parece consiste en querer un partido pequeño

y considerar todas las cuestiones únicamente desde la perspectiva de la organización del Partido y su papel inmediato, sin tener en cuenta las grandes cuestiones políticas.

Examinemos el origen del movimiento fascista.

El origen inmediato y externo, por decirlo así, del movimiento fascista, se remonta a los años 1914-15, o sea, a la época que precedió a la intervención de Italia en la guerra mundial. Los grupos que apoyaban la intervención, representados desde el punto de vista político por exponentes de diversas tendencias, fueron su primera manifestación. Entre ellos había un grupo de derecha que contaba con el apoyo de Salandra¹⁶, es decir, los grandes industriales que estaban interesados en la guerra y que más que pedir la intervención a favor de la Entente la pedían contra ella. Por otro lado, estaban las tendencias burguesas de izquierda: los radicales italianos, es decir, los demócratas de izquierda y los republicanos, defensores tradicionales de la liberación de Trento y Trieste. En tercer lugar, había algunos elementos del movimiento proletario: sindicalistas revolucionarios y anarquistas. También pertenecía a estos grupos (es cierto que se trata de un caso individual,

¹⁶ Antonio Salandra (1853-1931), político conservador italiano y primer ministro entre 1914 y 1916.

pero de singular importancia) el jefe del ala izquierda del Partido Socialista y director de *Avanti!*: Mussolini.

Se puede decir, *a grosso modo*, que el segundo grupo mencionado no participó en el movimiento fascista y permaneció en el marco tradicional de la política burguesa. Los grupos de extrema derecha y de extrema izquierda (exanarquistas, exsindicalistas y algunos sindicalistas revolucionarios), en cambio, sí que permanecieron en el movimiento de los *Fasci di Combattimento*. Estos grupos políticos lograron una gran victoria en mayo de 1915, imponiendo la guerra en contra de la voluntad mayoritaria del país e incluso del Parlamento, que no supo oponerse a este imprevisto golpe de mano. Pero al acabar la guerra su influencia fue disminuyendo, cosa que se ya se había podido constatar durante el conflicto. Al haber presentado la guerra como una empresa facilísima, cuando se vio que ésta iba para largo, estos grupos perdieron toda su popularidad, que por otra parte nunca fue grande. Al finalizar la guerra su influencia era prácticamente nula.

Durante y después del periodo de la movilización, hacia finales de 1918 y durante 1919 y la primera mitad de 1920, esta tendencia política carecía de peso, en medio del descontento general que provocaron las consecuencias del conflicto. Pero es fácil establecer el lazo político y orgánico que existe entre aquel

movimiento prácticamente desaparecido y el que se desarrolla hoy poderosamente ante nuestros ojos.

Los *Fasci di Combattimento* nunca dejaron de existir. El jefe del movimiento fascista siempre fue Mussolini, y su órgano *Il Popolo d'Italia*. En las elecciones políticas de finales de octubre de 1919, los fascistas fueron completamente derrotados en Milán, donde se publicaba su diario y residía su jefe. Lograron sólo una ínfima cantidad de votos, pero esto no les llevó a abandonar su actividad.

Aunque la corriente socialista revolucionaria del proletariado se fortaleció considerablemente tras la guerra, gracias al entusiasmo revolucionario que embargaba a las masas, no logró explotar esta situación favorable y posteriormente fue debilitándose, pues todos aquellos factores objetivos y psicológicos favorables al fortalecimiento de la organización revolucionaria no hallaron a un partido capaz de construir con ellos una organización estable. No quiero decir con esto, como ha dicho estos días el camarada Zinoviev, que el Partido Socialista podría haber hecho la revolución en Italia. Pero sí que podría haber proporcionado a las fuerzas revolucionarias de las masas obreras una organización sólida. Sin embargo, no estuvo a la altura de los acontecimientos. Así pues, la tendencia socialista, que siempre se había opuesto a la guerra, fue perdiendo popularidad en Italia.

En el contexto de la crisis de la vida social italiana, a medida que el movimiento socialista cometía un error tras otro, el movimiento opuesto (el fascismo) empezaba a reforzarse, explotando sobre todo la situación de crisis económica que ya se anunciaba y cuya influencia empezaba a sentirse en las organizaciones sindicales del proletariado. Por otra parte, en el momento más difícil, el movimiento fascista pudo apoyarse en la expedición de D'Annunzio a Fiume¹⁷, de la que sacó cierta fuerza moral y de la que surgió su organización y su fuerza armada, aunque el movimiento de D'Annunzio y el fascismo sean cosas distintas.

Ya hemos hablado de la actitud del movimiento proletario socialista. Sus errores fueron muchas veces criticados por la Internacional. Como consecuencia de estos se produjo un completo cambio en el estado de ánimo de la burguesía y de las otras clases. El proletariado estaba desorientado y desmoralizado. Al ver que la victoria se le escapaba de las manos, su estado de ánimo cambió profundamente. Podemos decir que en 1919 y la primera mitad de 1920, en cierta medida la burguesía italiana se había resignado a la victoria de la revolución. La clase media y la pequeña burguesía tendían a mantenerse pasivas, no iban a remolque de la

¹⁷ Sobre D'Annunzio, véase más abajo el artículo *El movimiento dannunziano*.

gran burguesía, sino del proletariado, pues pensaban que estaba en vísperas de su victoria. Pero luego este estado de ánimo cambió radicalmente. En lugar de asistir a la victoria del proletariado, hemos visto cómo la burguesía lograba reorganizar su defensa. Cuando la clase media constató que el Partido Socialista era incapaz de dominar la situación, se mostró insatisfecha, perdió poco a poco la confianza que había depositado en el destino del proletariado y se giró hacia la clase opuesta. Fue entonces cuando dio comienzo la ofensiva capitalista y burguesa. Ésta básicamente se dedicó a explotar el nuevo estado de ánimo de la clase media. Debido a su composición, extremadamente heterogénea, el fascismo representaba una solución al problema de la movilización de las clases medias a favor de los objetivos de la ofensiva capitalista. El ejemplo italiano es un ejemplo clásico de ofensiva del capital. Como dijo ayer en esta tribuna el camarada Radek, esta ofensiva es un complejo fenómeno que no sólo hay que estudiar desde el punto de vista de la reducción de salarios y la prolongación de la jornada de trabajo, sino también desde el ángulo de la acción política y militar de la burguesía contra la clase obrera.

En Italia, durante el periodo de desarrollo del fascismo, hemos visto desfilar todas las formas típicas de ofensiva capitalista. Para estudiar ésta en su conjunto, debemos examinar detenidamente aquella situación, en

sus líneas generales, fijándonos particularmente en la industria y la agricultura.

En la industria, la ofensiva capitalista explotó directamente la situación económica. Al comenzar la crisis aumentó el paro. Una parte de los obreros fueron despedidos, y los empresarios empezaron a expulsar de las fábricas a los trabajadores que dirigían los sindicatos y a los extremistas en general. La crisis industrial les sirvió de pretexto para bajar los salarios y revisar las concesiones disciplinarias y morales que se habían visto obligados a otorgar a los obreros de sus empresas. La Confederación General de la Industria, organización patronal que se creó en Italia al inicio de la crisis, se encargó de dirigir la lucha, poniendo bajo su mando a todas las ramas de la industria.

En las grandes ciudades no era posible recurrir inmediatamente a la violencia contra la clase obrera. Los obreros urbanos eran en general una masa considerable. Era relativamente fácil unirlos y podían oponer seria resistencia a los ataques. La burguesía prefería que el proletariado se enzarzara en luchas de carácter esencialmente sindical, cuyos resultados generalmente eran desfavorables para el proletariado, pues la crisis económica atravesaba entonces su fase más aguda y el paro aumentaba continuamente. La única posibilidad de conducir victoriosamente las luchas económicas que se desarrollaban en la industria era trasladar la acción,

desde el terreno sindical, al terreno revolucionario, con la dictadura de un verdadero partido comunista. Pero el Partido Socialista Italiano no era ese partido, y en el momento decisivo no supo trasladar la acción del proletariado al terreno revolucionario. El periodo de grandes éxitos de las organizaciones sindicales italianas en su lucha por mejorar las condiciones de trabajo dio lugar a un nuevo periodo en el que las huelgas tomaron un carácter defensivo y los sindicatos sufrieron una derrota tras otra.

Como las clases agrícolas, en Italia, tienen gran importancia en el movimiento revolucionario (sobre todo los jornaleros agrícolas, pero también los estratos aún no completamente proletarizados), las clases dominantes se vieron obligadas a combatir la influencia que las organizaciones rojas habían conquistado en el campo. La situación que se presentaba en gran parte de Italia, incluida la región económicamente más importante, es decir, el valle del Po, se asemejaba a una especie de dictadura local del proletariado, o al menos de los jornaleros agrícolas. En esta zona, hacia finales de 1920, el Partido Socialista había conquistado numerosos municipios y había puesto en práctica una política fiscal local perjudicial para la burguesía media y agraria. Disponíamos de unas florecientes organizaciones sindicales, importantes cooperativas y numerosas secciones del Partido Socialista. La clase

obrera del campo mostraba una actitud revolucionaria incluso allí donde el movimiento estaba en manos de los reformistas. Obligaba a los patronos a abonar una cierta cantidad a sus organizaciones, como garantía de su sumisión a los contratos impuestos por la lucha sindical. Tal era la situación que la burguesía rural ya no podía vivir en el campo y se veía obligada a retirarse a las ciudades.

Desgraciadamente, los socialistas italianos cometieron una serie de errores, particularmente en la cuestión de la apropiación de suelo y de la tendencia de los pequeños arrendatarios a comprar tierras después de la guerra para convertirse en pequeños propietarios. Las organizaciones reformistas obligaron a estos pequeños arrendatarios a permanecer, por así decirlo, caudatarios del movimiento de los trabajadores agrícolas. En estas circunstancias, el movimiento fascista encontró en ellos un notable apoyo.

En la agricultura, la crisis no provocó un desempleo tan alto como para permitir a los terratenientes lanzar una contraofensiva victoriosa en el terreno de la lucha sindical. Así pues, el fascismo empezó a desarrollarse y a aplicar el método de la violencia física, de la violencia armada, apoyándose en la clase de los propietarios de tierras y explotando el descontento suscitado en las capas medias de la clase campesina por los errores organizativos del Partido

Socialista y las organizaciones reformistas, y por supuesto explotando también la situación general, es decir, el malestar y la insatisfacción creciente de todas las capas pequeñoburguesas, de los pequeños comerciantes, de los pequeños propietarios, de los militares licenciados, de los exoficiales que, tras el papel que habían desempeñado durante la guerra, no estaban satisfechos con su nueva situación. Explotando todos estos elementos, organizándolos y encuadrándolos en formaciones armadas, surgió un movimiento cuyo objetivo era destruir las organizaciones rojas en el campo.

El método empleado por el fascismo no puede ser más típico. Ha logrado que todos los elementos desmovilizados, que tras la guerra ya no eran nada, hallaran un lugar en la sociedad, aprovechando su experiencia militar para formar grupos militares, no en las grandes ciudades industriales, sino en las que podemos considerar como capitales de las provincias agrícolas, como Bolonia y Florencia. Para estos fines, gozó del apoyo en las autoridades estatales, como ahora veremos. Los fascistas disponen de armas y medios de transporte, gozan de inmunidad ante la ley y aprovechan esta situación incluso allí donde sus efectivos son aún inferiores a los de sus enemigos revolucionarios.

Organizan sobre todo lo que llaman «expediciones punitivas», procediendo de esta forma:

invaden un pequeño territorio, destruyen las principales sedes de las organizaciones proletarias, obligan a dimitir por la fuerza a los consejos municipales, hieren y si hace falta matan a los dirigentes adversarios o, en el mejor de los casos, les obligan a emigrar. Los trabajadores de dichas localidades no están en condiciones de oponer resistencia a estas tropas armadas apoyadas por la policía y diseminadas por todo el país. Los grupos fascistas locales, que al principio no se atrevían a hacer frente a las fuerzas proletarias ellos solos, ahora tienen el control, porque los campesinos y los obreros están aterrorizados y saben que si osan emprender cualquier tipo de acción contra estos grupos, los fascistas harían otra expedición punitiva con fuerzas superiores, a las que sería imposible ofrecer resistencia.

Así es como el fascismo ha conquistado una posición predominante en la política italiana, prosiguiendo su camino territorialmente, por así decirlo, según un plan que es muy fácil de entender sobre un mapa. Su punto de partida fue Bolonia, donde en septiembre y octubre de 1920 se instaló una administración socialista que dio lugar a una gran movilización de fuerzas de combate rojas. Se produjeron algunos incidentes, las provocaciones externas enturbiaron las reuniones, hubo disparos (quizá de agentes provocadores) sobre la bancada de la minoría burguesa. Esto sirvió de excusa para el primer golpe de

mano fascista. Una vez desencadenada, la reacción procedió a destruir e incendiar, así como a asaltar a los dirigentes proletarios. Con la ayuda del poder estatal, los fascistas se apoderaron de la ciudad. Estos sucesos (el histórico 21 de noviembre) señalan el inicio del terror. El consejo municipal de Bolonia aún no ha logrado recuperar el poder.

Partiendo de Bolonia, el fascismo prosiguió una ofensiva que aquí no podemos detallar. Nos limitaremos a señalar que se desplegó en dos direcciones: por un lado, hacia el triángulo industrial del noroeste (Milán, Turín y Génova) y por otro hacia la Toscana y el centro de Italia, para rodear y amenazar la capital. Desde el comienzo quedó claro que en el sur de Italia no podía surgir un movimiento fascista, por las mismas razones que tampoco ha surgido allí un fuerte movimiento socialista. Y es que el fascismo no representa un movimiento de la fracción retrógrada de la burguesía, como lo demuestra perfectamente el hecho de que su primera aparición no fue en Italia meridional, sino justamente allí donde el movimiento proletario estaba más desarrollado y donde la lucha de clases se manifestaba con mayor claridad.

Partiendo de estos hechos, ¿cómo podemos explicar el movimiento fascista? ¿Es un movimiento

puramente agrario? En absoluto, por más que hayamos afirmado que el movimiento surgió esencialmente en el campo. No se puede considerar el fascismo como un movimiento independiente de una fracción particular de la burguesía, como una organización de los intereses agrarios opuestos a los del capitalismo industrial. La organización política y militar del fascismo surge en las grandes ciudades, incluso en aquellas provincias donde su actividad se limita al campo.

Cuando el fascismo logró representación parlamentaria en las elecciones de 1921, el partido agrario que se formó en las Cortes era independiente de aquel. En el trascurso de los acontecimientos que sobrevinieron luego, los industriales terminaron apoyando al movimiento fascista. La declaración de la Confederación General de la Industria en la que se pronunciaba a favor de encargar a Mussolini la formación de un nuevo gabinete caracteriza la situación que se desarrolla últimamente. A este respecto, la formación de un movimiento sindical fascista es un fenómeno aún más interesante. Como ya se ha señalado, los fascistas supieron aprovechar la permanente falta de política agraria propia por parte del Partido Socialista, así como el hecho de que los intereses de ciertos elementos del campo, que no pertenecían directamente al proletariado, eran distintos a los que representaban los socialistas. El fascismo, además de emplear la violencia

más salvaje y brutal (estaba obligado a ello), también recurrió a la más cínica demagogia, y creó organizaciones de clase con los campesinos e incluso con los jornaleros agrícolas, llegando a posicionarse en cierta medida contra los grandes propietarios. Tal es así que hemos visto casos de luchas sindicales dirigidas por los fascistas, cuyos métodos se asemejan mucho a los de las organizaciones rojas. Por supuesto, no podemos considerar este movimiento, que ha creado una organización sindical a través de la coacción y el terror, como una forma de lucha contra los patronos, pero tampoco podemos concluir que representa un movimiento de los empresarios agrícolas.

La verdad es que el movimiento fascista es un gran movimiento unitario de la clase dominante capaz de poner a su servicio, de emplear y explotar todos los medios, todos los intereses parciales y locales de los grupos patronales, tanto agrícolas como industriales.

El proletariado no supo agruparse en una organización unitaria capaz de luchar por la conquista del poder y sacrificar a este objetivo los intereses inmediatos y parciales de los distintos grupos y grupillos, no supo resolver este problema cuando la ocasión era favorable. La burguesía italiana aprovechó esta circunstancia para hacer su propio intento. Siguiendo un plan unitario de ofensiva antiproletaria y capitalista, la clase dominante se ha dotado de una

organización para defender el poder que tiene en sus manos.

El fascismo ha creado, pues, una organización sindical. ¿En qué sentido? ¿Para dirigir la lucha de clases? ¡Jamás! Ha creado un movimiento sindical en base a esta consigna: todos los intereses económicos tienen derecho a formar un sindicato. Los obreros, los campesinos, los comerciantes, los capitalistas, los grandes terratenientes, etc., todos pueden unirse, todos pueden organizarse sobre la base de un mismo principio, pero la actividad sindical de todas estas organizaciones debe subordinarse al interés nacional, a la producción nacional, a la grandeza nacional, etc. Se trata, por tanto, de colaboración de clases, no de lucha de clases. Todos los intereses deben fundirse en una supuesta unidad nacional. Y ya sabemos lo que significa esta unidad nacional: la conservación contrarrevolucionaria del Estado burgués y sus instituciones.

Para nosotros, la génesis del fascismo se debe a tres factores fundamentales: el Estado, la gran burguesía y las clases medias. En Italia, el aparato estatal ha jugado un importante papel en la formación del fascismo. Desde luego, las sucesivas crisis del gobierno burgués han popularizado la idea de que la burguesía tiene un aparato estatal tan inestable que basta un simple golpe para abatirlo, pero esto no es cierto. De hecho, ha sido precisamente el fortalecimiento de su aparato estatal el

que ha permitido a la burguesía construir su organización fascista.

Es cierto que en la inmediata posguerra el aparato estatal atravesó una crisis, cuya causa manifiesta fue la desmovilización. Los elementos que hasta entonces participaban en la guerra fueron lanzados bruscamente al mercado de trabajo. En este momento crítico, el aparato estatal, que hasta entonces había hecho todo lo posible por ofrecer todo tipo de auxilio contra el enemigo externo, se vio obligado a transformarse en un órgano de defensa del poder contra la revolución interna. Esto planteaba a la burguesía un gigantesco problema, que desde el punto de vista técnico y militar no podía resolverse mediante la lucha abierta contra el proletariado. Había que resolverlo, pues, con medios políticos. Fue en esta época cuando se formaron los primeros gobiernos de izquierda de posguerra, cuando la corriente política de Giolitti y Nitti¹⁸ accedió al poder.

Fue precisamente esta política la que permitió la posterior victoria del fascismo. Primero había que hacer concesiones al proletariado. Y cuando llegó el momento de consolidar el aparato estatal apareció en escena el fascismo. Cuando éste critica los gobiernos de izquierda

¹⁸ Giovanni Giolitti (1842-1928), político liberal italiano que desde finales del siglo XIX hasta el ascenso del fascismo fue varias veces presidente del gobierno.

de posguerra y les acusa de cobardía ante los revolucionarios, hace pura demagogia. En realidad los fascistas deben su victoria a las concesiones de la política democrática de los primeros gobiernos de la posguerra. Nitti y Giolitti hicieron concesiones a la clase obrera. Aceptaron algunas reivindicaciones del Partido Socialista, como la desmovilización, el régimen político y la amnistía para los desertores. El objetivo de estas distintas concesiones era ganar tiempo para poder reconstruir el aparato estatal sobre bases más sólidas. Nitti creó la Guardia Real, una nueva organización de naturaleza más militar que policial. Uno de los grandes errores de los reformistas fue minusvalorar la importancia de este problema fundamental, cuando, incluso desde una perspectiva puramente constitucional, podrían haber protestado contra la creación de un segundo ejército por parte del Estado. Los socialistas no comprendieron lo importante que era esta cuestión y consideraron que Nitti era un hombre con el que se podía colaborar en un gobierno de izquierda. Esto es una muestra más de la incapacidad de este partido a la hora de entender la evolución política en Italia.

Giolitti completó la obra de Nitti. Como ministro de guerra, Bonomi¹⁹ ofreció apoyo a las primeras

¹⁹ Ivanoe Bonomi (1873-1951) fue expulsado del PSI por su apoyo a la guerra de Libia en 1912. Pasó al Partido Socialista Reformista Italiano y fue presidente del gobierno durante unos meses, entre 1912 y 1922.

intentiones fascistas, poniendo a disposición del naciente movimiento a los oficiales desmovilizados que, después de volver a la vida civil, aún continuaban recibiendo la mayor parte de su sueldo. El aparato estatal se puso ampliamente a disposición de los fascistas y les suministró el material que necesitaban para formar un ejército.

Cuando se ocuparon las fábricas²⁰, el gobierno Giolitti comprendió muy bien que, con el proletariado armado dueño de las fábricas y cuando el proletariado agrícola estaba a punto de apoderarse de la tierra en su impulso revolucionario, habría sido un gran error aceptar la batalla antes de que las fuerzas contrarrevolucionarias estuvieran completamente preparadas. Para reagrupar a las fuerzas reaccionarias destinadas a aplastar al movimiento obrero, llegado el momento, el gobierno explotó la maniobra de los jefes traidores de la Confederación General del Trabajo, que entonces eran miembros del movimiento socialista. Prometiendo una ley sobre el control obrero que nunca se llegó a aplicar, y ni siquiera se votó, el gobierno logró salvar al Estado burgués de esta crítica situación.

El proletariado era dueño de las fábricas y de la tierra, pero el Partido Socialista demostró una vez más

²⁰ El movimiento de ocupación de fábricas se desencadenó en Turín en febrero de 1920 y alcanzó su máximo desarrollo en otoño.

ser incapaz de resolver el problema de la unidad de acción entre los trabajadores industriales y los agrícolas. Este error permitió a la burguesía llevar a cabo luego la unidad contrarrevolucionaria, gracias a la cual logró derrotar separadamente a los obreros de las fábricas y a los del campo. Como se ha visto, el Estado ha jugado un papel de enorme importancia en la génesis del movimiento fascista.

Tras los gobiernos de Nitti, Giolitti y Bonomi, llegó el de Facta²¹. Este se dedicó a encubrir la completa libertad de acción de la que gozaba el fascismo en su avance territorial. En la época de la huelga de agosto de 1922 estallaron serias luchas entre los fascistas y los obreros, mientras el gobierno apoyaba abiertamente a los primeros. Podemos citar el caso de Bari donde, a pesar de su gran despliegue de fuerzas, los fascistas no lograron aplastar a los obreros, que atrincherados en sus casas de la ciudad vieja se defendieron con las armas más de una semana. Los fascistas tuvieron que retirarse, dejando muchos de los suyos sobre el terreno. ¿Y qué hizo el gobierno de Facta? Rodeó de noche la ciudad vieja con miles de soldados, centenares de carabinieri y guardias reales, y ordenó el asedio. Desde el puerto, un torpedero bombardeó las casas, y luego entraron en acción las ametralladoras, los tanques y los fusiles.

²¹ Luigi Facta (1861-1930), político liberal, presidente del gobierno durante los seis meses anteriores a la marcha sobre Roma.

Sorprendidos mientras dormían, los obreros fueron derrotados y la Bolsa del Trabajo fue ocupada. El Estado actuó de la misma forma en todas partes. Allí donde el fascismo se veía obligado a batirse en retirada ante los obreros, el poder estatal intervenía disparando contra los obreros que se defendían, deteniendo y condenando a los obreros, cuyo único delito había sido defenderse, mientras que los fascistas, que sin duda cometían delitos comunes, eran sistemáticamente absueltos.

El primer factor, por tanto, es el Estado. El segundo, como se ha dicho, es la gran burguesía. Los capitalistas de la industria, de la banca, del comercio y los grandes propietarios de tierras, estaban interesados naturalmente en fundar una organización de combate para apoyar su ofensiva contra los trabajadores.

Pero el tercer factor no desempeñó un papel menos importante en la génesis del poder fascista. Las filas de la clase alta dominante no eran capaces de suministrar elementos suficientes para construir una organización reaccionaria ilegal al lado del Estado. Era necesario recurrir a las capas de las clases medias, que ya hemos mencionado, e invitarlas a que defendieran sus intereses. Eso es justamente lo que intentó hacer el fascismo, y hay que reconocer que lo ha logrado. Ha hallado partidarios en las capas más próximas al proletariado, en los descontentos con la guerra, en toda la pequeña burguesía, la semiburguesía, los tenderos, los

comerciantes y, sobre todo, entre los jóvenes intelectuales burgueses, quienes, uniéndose al fascismo y luciendo su uniforme de lucha contra el movimiento proletario, se redimían moralmente, cayendo en el patriotismo y el imperialismo más exaltado. Estos elementos proporcionaron al fascismo un considerable número de partidarios y le permitieron organizarse militarmente.

Estos son los tres factores que han permitido a nuestros enemigos hacernos frente con un movimiento de una rudeza y brutalidad sin parangón, un movimiento que, hay que reconocerlo, dispone de una sólida organización y de unos jefes políticamente muy hábiles. El Partido Socialista nunca llegó a comprender el significado y la importancia del naciente fascismo. El *Avanti!* nunca entendió lo que la burguesía estaba preparando, explotando hábilmente los garrafales errores de los dirigentes obreros. ¡Ni siquiera se atrevía a nombrar a Mussolini por miedo a darle publicidad y protagonismo!

Como vemos, el fascismo no representa una nueva doctrina política, pero en cambio dispone de una gran organización política y militar y de una importante prensa que dirige con gran habilidad periodística y mucho eclecticismo. No tiene ideas ni programa, pero ahora que se ha hecho con el timón del Estado y que se enfrenta a problemas concretos, se verá obligado a

dedicarse a organizar la economía italiana. Al pasar de una labor negativa a una positiva revelará sus debilidades, a pesar de toda su capacidad organizativa.

EL PROGRAMA FASCISTA

Después de tratar los factores históricos y la realidad social que han engendrado el fascismo, debemos ocuparnos de su ideología y del programa con el que ha conseguido atraer a sus seguidores.

Nuestra crítica nos permite afirmar que, en el plano ideológico, el fascismo no aporta nada nuevo a la ideología y al programa tradicional de la política burguesa. Su superioridad y su característica distintiva residen en su organización, su disciplina y su jerarquía. Pero, al margen de estos aspectos militares excepcionales, se ve envuelto en una situación plagada de dificultades de la que es incapaz de salir al paso. La crisis económica renovará continuamente las causas del resurgimiento revolucionario y el fascismo se verá incapaz de reorganizar el aparato social burgués. El fascismo, sin saber cómo superar la anarquía económica del sistema capitalista, tiene una tarea histórica que podríamos decir que consiste en luchar contra la anarquía política, es decir, contra la anarquía de la organización de la clase burguesa en partido político. Los diferentes estratos de la clase dominante italiana se

han dedicado tradicionalmente a formar grupos políticos y parlamentarios, sin llegar a formar partidos sólidamente organizados. Se combaten recíprocamente porque sus intereses particulares y locales los abocan a una lucha que, conducida por políticos profesionales, provoca todo tipo de maniobras en los pasillos del Parlamento. La ofensiva contrarrevolucionaria requería que las fuerzas de la clase dominante se unieran, tanto en la lucha social como en la política gubernamental. El fascismo es la respuesta a esta necesidad. Situándose por encima de los partidos burgueses tradicionales, el fascismo les priva poco a poco de contenido, les reemplaza en su actividad y, gracias a los errores y los fracasos del movimiento proletario, aprovecha para sus propios fines el poder político y el material humano de las clases medias. No obstante, nunca logrará tener una ideología concreta ni un programa de reformas sociales y administrativas que vayan más allá los límites de la política burguesa tradicional, que ya ha fracasado mil veces.

El aspecto crítico de la supuesta ideología fascista no tiene gran valor. Está cubierto de un barniz antisocialista y al mismo tiempo antidemocrático. En lo que respecta al antisocialismo, es natural que el fascismo se declare adversario de todas las fuerzas económicas socialistas o semisocialistas, siendo como es, claramente, un movimiento de fuerzas

antiproletarias. Bien es cierto que, por su parte, no aporta nada nuevo a la defensa del sistema de propiedad privada, al margen de esos lugares comunes sobre el fracaso del comunismo en Rusia. En lo que respecta a la democracia, como ésta no ha sabido combatir las tendencias revolucionarias y antisociales, supuestamente debería ceder su puesto a un Estado fascista. Pero esto no son más que frases vacías.

El fascismo no es una tendencia de la derecha burguesa apoyada por la aristocracia, el clero, los altos funcionarios civiles y militares, que pretenda reemplazar la democracia del gobierno burgués y la monarquía constitucional por una monarquía autoritaria. El fascismo encarna la lucha contrarrevolucionaria de todos los elementos burgueses unidos, por lo que no necesita sustituir las instituciones democráticas. Desde nuestro punto de vista marxista esto no supone ninguna paradoja, pues sabemos que el sistema democrático no representa nada más que un puñado de falsas garantías, detrás de las cuales se oculta la lucha real de la clase dominante contra el proletariado.

El fascismo aglutina la violencia reaccionaria con la astucia demagógica. Aquí tampoco hay novedad, pues la izquierda burguesa siempre ha engañado al proletariado, demostrando así la superioridad de los grandes intereses capitalistas sobre todas las exigencias sociales y políticas de las clases medias. Cuando los

fascistas, partiendo de una supuesta crítica de la democracia burguesa, formulan una doctrina positiva, predicando un exagerado patriotismo y discurriendo sobre la misión histórica del pueblo italiano, no hacen más que divagar sobre un mito histórico carente de fundamentos a la luz de la crítica social, algo que por otra parte es típico en ese país de las falsas victorias, llamado Italia. Para lograr su influencia sobre las masas, el fascismo se ha dedicado a imitar la clásica actitud de la democracia burguesa, según la cual todos los intereses deben subordinarse al superior interés nacional. Esto significa que en principio pregonan la colaboración entre todas las clases, mientras en la práctica lo que hacen es defender simplemente las instituciones burguesas frente a los intentos de emancipación revolucionaria del proletariado. Es lo mismo que siempre ha hecho la democracia liberal.

La novedad del fascismo reside en su organización como partido gubernamental de la burguesía. Los acontecimientos políticos que se produjeron en la arena parlamentaria italiana dieron la impresión de que el aparato estatal burgués estaba sumido en tal crisis que bastaba un empujón para derribarlo. En realidad, se trataba únicamente de una crisis de los métodos burgueses de gobierno, fruto de la impotencia de los grupos y dirigentes tradicionales de la política italiana a la hora de dirigir la lucha contra los

revolucionarios en el trascurso de una profunda crisis. El fascismo, pues, creó un órgano capaz de asumir el mando del aparato estatal. Pero cuando, además de luchar en la práctica contra los proletarios, los fascistas expusieron un programa positivo y concreto de organización social y de administración del Estado, en el fondo se limitaron a repetir las banales tesis de la democracia y la socialdemocracia: nunca crearán un sistema orgánico con propuestas y proyectos propios. Por ejemplo, siempre han dicho que el programa fascista se propone reducir el aparato burocrático en todos los dominios de la administración, empezando por reducir el número de ministerios. Es cierto que Mussolini ha renunciado al vagón especial de primer ministro, pero en cambio ha aumentado el número de ministros y de subsecretarios para poder colocar a sus pretorianos.

De la misma forma, después de algunos misteriosos gestos republicanos sobre el dilema monarquía o república, el fascismo se ha decantado por la lealtad a la monarquía, y después de armar tanto escándalo sobre la corrupción parlamentaria, ha caído de lleno en la práctica parlamentarista.

Dejando campo abierto al sindicalismo, el fascismo muestra su escasa inclinación por adueñarse de las tendencias puramente reaccionarias. En el Congreso de Roma de 1921, en el que los intentos del fascismo por fundar una doctrina fueron casi bufonescos, trataron de

definir el sindicalismo fascista como un movimiento en el que predominan las categorías de trabajadores intelectuales. Pero esta supuesta definición teórica ha sido luego desmentida por la cruda realidad. El fascismo, que si ha fundado organizaciones sindicales ha sido por la fuerza, pues los empresarios le ceden el monopolio en las cuestiones laborales para despedazar así a las organizaciones rojas, ni siquiera ha logrado extender su influencia a las categorías de trabajadores técnicamente más especializados. Sólo ha tenido éxito entre los trabajadores agrícolas y algunas categorías de obreros urbanos cualificados, como es el caso de los portuarios, pero no ha logrado conquistar a la parte más desarrollada e inteligente del proletariado. Tampoco ha dado un nuevo impulso, en el terreno sindical, al movimiento de los oficinistas y los artesanos. El sindicalismo fascista no se basa en ninguna doctrina seria. La ideología y el programa del fascismo contienen una turbia mezcla de ideas y reivindicaciones burguesas y pequeñoburguesas, y su empleo sistemático de la violencia contra el proletariado no le impide beber de las fuentes del oportunismo socialdemócrata. El hecho de que los reformistas italianos se hayan puesto a remolque del fascismo tras su victoria, después de haber practicado durante un tiempo una política aparentemente antifascista y de haberse ilusionado con la formación de un gobierno de coalición burgués-proletario contra los fascistas, demuestra nuestras

afirmaciones. Este acercamiento no tiene nada de paradójico. Deriva de una serie de circunstancias y muchos factores permitían preverlo, entre otros el movimiento dannunziano, que por una parte está ligado al fascismo mientras que, por otra, ha intentado acercarse a las organizaciones proletarias con un programa sacado de la constitución de Fiume, que tenía pretensiones proletarias e incluso socialistas.

LOS ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS EN ITALIA

Aún quedan otros puntos que considero importante explicar para entender el fenómeno fascista, pero no tengo tiempo para ello. Otros camaradas italianos podrán completar mi discurso durante las discusiones. He dejado de lado voluntariamente el aspecto sentimental de la cuestión y los sufrimientos por los que han pasado los obreros y los comunistas italianos, pues creo que este no es el aspecto esencial de la cuestión.

Debo hablar ahora de los últimos acontecimientos que se han producido en Italia, sobre los cuales este Congreso aguarda información precisa.

Nuestra delegación salió de Italia antes de que se produjeran y hasta hace poco no disponía de mucha

información. Ayer llegó un delegado de nuestro Comité Central y nos relató los acontecimientos, de cuya exactitud respondo ante vosotros. A continuación relataré las noticias que nos han llegado.

Como ya os he dicho, el gobierno Facta dio a los fascistas completa libertad para desplegar su política. Solo citaré un ejemplo. El Partido Popular²², campesino y católico, ha tenido una fuerte representación en los gobiernos que se han ido sucediendo uno tras otro, pero esto no ha impedido a los fascistas continuar su lucha contra las organizaciones, los miembros y las instituciones de este partido. El gobierno no era más que la sombra de sí mismo, y su única actividad consistía en apoyar la ofensiva fascista hacia el poder, ofensiva que ya hemos definido como puramente geográfica y territorial. En realidad, el gobierno preparaba el terreno para el golpe de Estado fascista, pero la situación se precipitó. Se abrió una nueva crisis ministerial. Se pidió la dimisión de Facta. El reparto de los escaños del Parlamento en las últimas elecciones hacía imposible formar una mayoría estable sobre la base del viejo sistema de los partidos burgueses tradicionales. En Italia se decía que el poder lo tenía «el poderoso partido

²² Fundado después de la Primera Guerra Mundial, el Partido Popular dominó las elecciones de 1919 junto con el Partido Socialista, y puede ser considerado como el predecesor de la actual democracia cristiana. En aquel entonces el partido de los campesinos formaba parte del Partido Popular.

liberal». En realidad, este no era un partido en el propio sentido del término, pues nunca tuvo una organización digna de ese nombre, no siendo más que una mezcla de camarillas personales de políticos del norte y del sur y sus consorcios de burgueses, industriales o agrarios, manejados por políticos profesionales. El conjunto de estos parlamentarios era el núcleo de todas las combinaciones parlamentarias.

Llegó el momento en el que el fascismo debía poner fin a esta situación, si no quería caer en una grave crisis interna. Existía, además, un problema organizativo: había que satisfacer las exigencias del movimiento fascista y costear sus gastos organizativos. La clase dominante había adelantado ya en gran medida estos medios materiales, y según parece también algunos gobiernos extranjeros. Francia financió el grupo de Mussolini. En una sesión secreta del gobierno francés se discutió un balance en el que estaban incluidas las enormes sumas entregadas a Mussolini en 1915. El Partido Socialista conocía estos documentos y algunos otros, pero no los difundió porque creía que Mussolini estaba acabado. Por su parte, el gobierno italiano siempre facilitó la tarea a los fascistas. Por ejemplo, bandas enteras de camisas negras viajaban gratuitamente en ferrocarril. Pero dados los enormes gastos del movimiento fascista, la situación se habría vuelto muy difícil si no se hubieran decidido a tomar

directamente el poder. No podían esperar a las siguientes elecciones, aunque su triunfo en éstas era seguro.

Los fascistas disponen de una potente organización política. Ya cuentan con trescientos mil hombres, según ellos incluso más. Podrían haber triunfado aun con métodos democráticos. Pero tenían que darse prisa y así lo han hecho. El Consejo Nacional Fascista se reunió en Nápoles el 24 de octubre. Hoy se dice que este acontecimiento, al que tanta publicidad ha dado la prensa burguesa, no era más que una maniobra para distraer la atención del golpe de Estado. En un momento dado, se dijo a los congresistas: terminemos los debates, hay cosas mejores que hacer, cada uno a su puesto. Entonces comenzó la movilización fascista. Esto sucedió el 26 de octubre. En la capital aún reinaba una completa calma. Facta declaró que no dimitiría antes de convocar de nuevo a su gabinete, para seguir el procedimiento habitual, lo cual no le impidió presentar su dimisión al rey. Comenzaron las negociaciones para formar un nuevo gobierno. Los fascistas se pusieron en marcha sobre Roma, centro de su actividad (son particularmente activos en el centro de Italia, especialmente en la Toscana). Les dejaron vía libre.

Encargado en principio de formar el nuevo gobierno, Salandra renunció al ver la actitud de los fascistas. Si no hubieran ofrecido el encargo a

Mussolini, los fascistas probablemente se habrían comportado como bandidos, incluso en contra de la voluntad de sus jefes, y habrían saqueado y destruido toda la ciudad y el campo. La opinión pública empezó a mostrar signos de inquietud. El gobierno de Facta decretó el estado de sitio, que efectivamente se mantuvo en vigor durante un día, mientras la opinión pública esperaba el choque entre el poder estatal y las fuerzas fascistas. En honor a nuestros camaradas hay que decir que permanecieron extremadamente escépticos al respecto. De hecho, los fascistas no se han topado en su trayecto con ninguna resistencia seria. Sin embargo, ciertos sectores del ejército no los veían con buenos ojos y los soldados estaban dispuestos a batirse contra ellos. Pero la mayoría de los oficiales simpatizaban con los fascistas.

El rey se negó a firmar el estado de sitio, lo cual implicaba aceptar las condiciones de los fascistas, que habían escrito en *Il Popolo d'Italia*: si quieren una solución legal, que le encarguen a Mussolini la formación del nuevo gobierno; en caso contrario, marcharemos sobre Roma y nos apoderaremos de ella.

Algunas horas después de la revocación del estado de sitio se supo que Mussolini se dirigía a Roma. Aunque se había preparado la defensa militar y las tropas estaban alertas, ya se había llegado a un acuerdo,

y el 31 de octubre los fascistas entraron en la capital sin hacer ningún disparo.

Fue Mussolini quien formó el nuevo gobierno, cuya composición ya conocemos. El Partido Fascista, que solo contaba con 35 escaños en el Parlamento, tiene ahora mayoría absoluta en el gobierno. Mussolini no sólo se ha hecho con la presidencia, sino también con las carteras de Interior y de Asuntos Exteriores. El resto de ministerios importantes están en manos de los fascistas. Pero como no han llegado a romper completamente con los partidos tradicionales, el gobierno incluye dos representantes de la democracia social, es decir, de la izquierda burguesa, así como liberales de derecha y un partidario de Giolitti. La corriente monárquica está representada por el general Díaz en el Ministerio de Guerra y el almirante Thaon di Revel en el Ministerio de la Marina. El Partido Popular, que tenía mucho peso en las Cortes, se ha mostrado dispuesto a llegar a un compromiso con Mussolini. Con la excusa de que los órganos oficiales del partido no podían reunirse en Roma, la responsabilidad de aceptar las propuestas de Mussolini recayó en algunos parlamentarios, reunidos oficiosamente. Sin embargo, han logrado arrancar algunas concesiones a Mussolini y la prensa del Partido Popular ha declarado que el nuevo gobierno no supone un gran cambio en la representación electoral del pueblo.

El compromiso se amplía incluso a los socialdemócratas. Por un momento parecía que el reformista Baldesi²³ iba a participar en el gobierno. Mussolini le sondeó astutamente a través de uno de sus lugartenientes, y Baldesi contestó que estaría encantado de aceptar el puesto. Entonces Mussolini le responsabilizó públicamente de haber iniciado las negociaciones a través de uno de sus amigos, y Baldesi terminó rechazando su entrada en el nuevo gobierno. Si Mussolini no ha ofrecido entrar en el gobierno a ningún representante de la reformista CGL es porque los elementos de derecha de su gabinete se oponen a ello. Él opina que esta organización debe tener un representante en la «gran coalición nacional», ahora que la CGL es independiente de cualquier partido revolucionario.

En estos acontecimientos, nosotros vemos un compromiso entre las tradicionales camarillas políticas y las diversas capas de la clase dominante (industriales, banqueros, terratenientes), todas favorables al nuevo régimen, instaurado gracias al apoyo de la pequeña burguesía al movimiento fascista.

En nuestra opinión, el fascismo es una forma de reforzar el poder con todos los medios de los que

²³ Gino Baldesi (1879-1934), uno de los líderes del ala reformista del PSI y del sindicato CGL.

dispone la clase dominante, que aprovecha así las lecciones de la primera revolución proletaria victoriosa, la revolución rusa. Ante una grave crisis económica, el Estado no basta para defender el poder. Necesita un partido unitario, una organización contrarrevolucionaria centralizada. En cierto sentido, las relaciones del Partido Fascista con el conjunto de la clase burguesa son similares a las que existen en Rusia entre el Partido Comunista y el proletariado. El Partido Fascista también es un órgano de dirección y control bien organizado y disciplinado entono al aparato del Estado. En Italia, el Partido Fascista se ha hecho con casi todos los puestos importantes del aparato estatal: es el órgano burgués que dirige el Estado en la época de descomposición del imperialismo. En mi opinión, esto constituye una adecuada explicación histórica del fascismo y de los últimos acontecimientos en Italia.

Las primeras medidas del nuevo gobierno demuestran que no piensan modificar la base de las instituciones tradicionales. Naturalmente, no quiero decir con esto que la situación sea favorable para el movimiento proletario y comunista, pero sí creo que el fascismo será liberal y democrático. Los gobiernos democráticos nunca han ofrecido nada más que proclamaciones y promesas al proletariado. El gobierno de Mussolini, por ejemplo, ha garantizado que respetará la libertad de prensa, pero sin dejar de añadir que la

prensa deberá mostrarse digna de tal libertad. ¿Qué significa eso? Que aunque el gobierno promete que habrá libertad de prensa, dejará vía libre a sus organizaciones militares y fascistas para amordazar a la prensa comunista cuando les apetezca, como ya ha sucedido alguna vez. Por otra parte, hay que reconocer que aunque el gobierno fascista haya hecho algunas concesiones a los liberales burgueses, no debemos confiar en su promesa de transformar las organizaciones militares en asociaciones deportivas o cosas por el estilo (sabemos que docenas de fascistas han sido arrestados por oponerse a las órdenes de desmovilización lanzadas por Mussolini).

¿Qué influencia tienen todos estos acontecimientos sobre el proletariado? Éste no ha jugado ningún papel importante en la lucha y se ha visto obligado a comportarse de una manera casi pasiva. Por su parte, el Partido Comunista siempre ha pensado que la victoria del fascismo supondría una derrota para el movimiento revolucionario. El problema consiste en saber si la táctica del PC ha permitido sacar el máximo rendimiento posible a la defensa del proletariado italiano en esta situación defensiva, pues jamás hemos pensado que el proletariado esté en condiciones de lanzar una ofensiva contra la reacción fascista. Si en lugar de un compromiso entre la burguesía y el fascismo hubiese un conflicto militar, una guerra civil, quizá el

proletariado habría podido desempeñar en ella un cierto papel, creando un frente único por la huelga general y logrando el triunfo. Pero tal y como se ha desarrollado la situación, el proletariado no ha podido participar en la acción. Sea cual sea la importancia de los acontecimientos que actualmente se desarrollan, no hay que olvidar que, en realidad, el cambio político ha sido menos brusco de lo que pueda parecer, pues antes de la ofensiva final fascista la situación era cada día más grave. En Cremona, por ejemplo, la lucha contra el poder estatal y el fascismo ha provocado seis muertos. El proletariado combatió solo en Roma, donde las tropas obreras revolucionarias se enfrentaron a las escuadras fascistas y hubo varios heridos. Al día siguiente, la Guardia Real ocupó el barrio obrero, impidiendo todo medio de defensa y permitiendo que los fascistas dispararan a sangre fría sobre los obreros. Este es el incidente más sangriento que se haya producido en Italia durante las recientes luchas.

Cuando el PC propuso la huelga general, la CGL la desarmó, invitando al proletariado a que no siguiera las peligrosas exhortaciones de los grupos revolucionarios, e hizo correr el rumor de que el PC se había disuelto, justo en un momento en el que nos era imposible publicar nuestra prensa y desmentir tal noticia.

En Roma, el acontecimiento más grave para el partido fue la ocupación de la sede de la redacción de *Il Comunista*. La imprenta fue ocupada el 31 de octubre, justo cuando el periódico iba a repartirse y cien mil fascistas tenían la ciudad en estado de sitio. Todos los redactores lograron ponerse a salvo, abandonando el inmueble por la puerta de atrás, excepto el redactor jefe, el camarada Togliatti, que se quedó en su despacho. Los fascistas entraron y le detuvieron. Declaró con orgullo que él era el redactor jefe de *Il Comunista*, y ya le iban a poner contra el muro para fusilarle, mientras los fascistas rechazaban a la multitud para proceder a su ejecución, cuando corrió la voz de que el resto de redactores se había escapado por el tejado. Los agresores se pusieron a perseguirlos y gracias a esta circunstancia Togliatti sigue hoy con vida. Esto no impidió a nuestro camarada dar un discurso en Turín, unos días más tarde, en conmemoración del aniversario de la revolución rusa.

Pero se trata de un caso aislado. La organización de nuestro partido se encuentra en bastante buen estado. Si *Il Comunista* no salió, no fue por la prohibición gubernamental, sino porque la imprenta se negaba a publicarlo. Lo llevamos, pues, a una imprenta ilegal. Las dificultades de publicación son más de orden financiero que técnico.

En Turín, la sede de *L'Ordine Nuovo* ha sido ocupada y las armas que allí había fueron confiscadas. Pero actualmente el diario se publica en otro lugar. En Trieste, la policía ha invadido la imprenta de *Il Lavoratore*, órgano que ahora también se publica ilegalmente. Nuestro partido aún puede trabajar públicamente y la situación no tiene nada de trágica. Pero no sabemos qué giro tomarán los acontecimientos, y estoy obligado a expresar mis reservas sobre la situación y el trabajo del partido en el futuro. El camarada que acaba de llegar de Italia es el dirigente de una importante organización local del partido, y su opinión, compartida por otros militantes, es que a partir de ahora podremos trabajar en mejores condiciones que en el pasado. Puede que ésta no sea una verdad definitiva, pero el camarada que así opina es un militante que está realmente en contacto con las masas, y su parecer es de gran importancia.

Ya os he comentado que la prensa adversa ha difundido la falsa noticia de que nuestro partido se ha disuelto. Hemos publicado un desmentido y restablecido la verdad. Nuestros órganos políticos centrales, nuestro centro militar clandestino y nuestra central sindical están en plena actividad, y se ha restablecido el contacto con las provincias en casi todas partes. Los camaradas que permanecen en Italia nunca han perdido la cabeza y hacen todo lo necesario. En lo que respecta a los

socialistas, la sede de *Avanti!* ha sido destruida por los fascistas y el diario tardará algún tiempo en salir de nuevo a la calle. La sede del Partido Socialista en Roma también ha sido destruida y sus archivos quemados. En lo que respecta a la posición de los maximalistas en la polémica entre el PC y la CGL, no disponemos de ningún manifiesto ni declaración. En cuanto a los reformistas, deducimos por su prensa (que sigue publicándose) que se sitúan claramente detrás del nuevo gobierno.

En lo que respecta a la situación sindical, el camarada Reossi, miembro del nuevo Comité Sindical, piensa que se podrá seguir trabajando. Esta es la información que hemos recibido, fechada el 6 de noviembre.

Mi discurso ya es demasiado largo, por lo que no abordaré la cuestión de la postura adoptada por nuestro partido durante todo el periodo de desarrollo del fascismo. Lo reservo para otros puntos del orden del día del congreso. Solo quiero plantear la cuestión de las perspectivas futuras. Hemos dicho que el fascismo deberá enfrentarse al descontento provocado por la política del gobierno. Pero sabemos demasiado bien que cuando se dispone, no sólo del Estado, sino también de una organización militar, es más fácil acallar el descontento y dominar una situación económicamente desfavorable. Y es indudable que los fascistas están

bastante bien organizados y tienen objetivos muy precisos. En estas circunstancias, la situación de los fascistas previsiblemente no será nada precaria.

Como habéis visto, he intentado no exagerar en absoluto las condiciones en las que se ha visto obligado a luchar nuestro partido, pues no queremos plantear la cuestión de manera sentimental. Puede que el PCd'I haya cometido errores, y se le puede criticar, pero creo que la actual actitud de los camaradas demuestra que hemos hecho un buen trabajo, un trabajo de formación del partido revolucionario del proletariado, necesario para el resurgimiento de la clase obrera italiana.

Los comunistas italianos tienen derecho a que se les reconozca como lo que son. Aun suponiendo que su actitud no haya sido siempre adecuada, no tienen nada que reprocharse, ni ante la revolución, ni ante la Internacional Comunista.

CARTA DEL COMITÉ CENTRAL DEL PCUS A LA DELEGACIÓN ITALIANA EN EL IV CONGRESO Y RESPUESTA DE LA DELEGACIÓN ITALIANA

Carta del Comité Central del PCUS a la Delegación italiana en el IV Congreso de la Internacional Comunista, fechada el 24 de noviembre de 1922.

A la delegación del PC de Italia:

Queridos amigos,

La situación de la cuestión italiana en el congreso es tal que creemos nuestro deber deciros abiertamente, como buenos compañeros, lo que sigue:

La Gran Comisión del congreso se ha declarado unánimemente a favor, por principios, de la fusión del Partido Comunista de Italia con el Partido Socialista Italiano. Sin duda que el congreso también aprobará por unanimidad esta decisión. Este hecho no se puede ignorar. Vuestros argumentos en contra ya han sido escuchados. Pero el congreso resolverá una cosa distinta, eso está absolutamente claro. Ahora toda la cuestión se reduce a esto: cómo pasará esta cuestión al Pleno del congreso y si pensáis cometer unos errores que

debilitarían las posiciones de los comunistas italianos frente a los maximalistas, lo cual sería muy triste.

Si los oradores de vuestra mayoría se obstinan en posicionarse en el Pleno en contra de la fusión, solo conseguiréis reforzar las posiciones de los maximalistas, justamente las que menos conviene reforzar. Tal espectáculo sería absolutamente indeseable.

Al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista le sería difícil apoyar al PC de Italia durante y después de la fusión. El PC de Italia quedaría totalmente aislado. El daño político sería enorme. El error sería irreparable. Nuestro consejo es que hagáis en el congreso una breve declaración en la que la mayoría de vuestra delegación, que está contra la fusión y que ya ha presentado sus razones, declare que como la comisión ha decidido de otro modo, aceptáis esa decisión y la ejecutaréis conscientemente.

Si hacéis esto, toda la polémica podrá dirigirse contra las posiciones del PSI y la perspectiva no se invertirá. Nuestro deber es advertiros de este error político. Esperamos vuestra solícita respuesta.

Por encargo del CC del PCUS,

Lenin, Zinoviev, Trotsky, Radek, Bujarin.

Respuesta de la Delegación italiana redactada por Bordiga.

Moscú, 24 de noviembre de 1922

Al CC del PCUS en Moscú:

Queridos compañeros,

Hemos recibido vuestra carta de hoy, firmada por Lenin, Zinoviev, Trotsky, Radek y Bujarin.

Tomar la palabra en el pleno del congreso sobre la cuestión italiana debería ser una obligación para la representación del Partido Comunista de Italia. Ante la asamblea suprema de la IC, nuestra intervención debería basarse en la defensa de toda nuestra conducta durante estos dos años de trabajo y de lucha por el comunismo, en una línea y con un método en los que creemos más que nunca y cuyo desarrollo nos lleva a oponernos claramente a la fusión, sobre la cual la Internacional Comunista está a punto de pronunciarse.

En nuestra opinión, casi todas las críticas a nuestras contribuciones a la lucha internacional revolucionaria no sólo son injustas, sino que a menudo se basan en malentendidos. En las reuniones de la comisión no se han discutido con la amplitud necesaria nuestros argumentos ni nuestras propuestas generales para el desarrollo de la acción comunista en Italia.

Nuestras convicciones siguen siendo firmes. Lo decimos abiertamente. No obstante, los comunistas italianos no podemos ignorar el «paso» que ha dado nuestro partido hermano de Rusia.

Comprendemos que debemos obligarnos a nosotros mismos y romper con la legítima línea de nuestra contribución a la lucha de la Internacional, conducida hasta hoy con un empuje entusiasta que por otra parte no querríamos que se confundiera con la vulgar testarudez.

Asumiremos nuestra responsabilidad ante el Partido por incumplir una resolución que ya se había aprobado. Tras recibir vuestra invitación y vuestro fraternal consejo, declaramos que la representación del PC de Italia callará. No defenderá las opiniones que ya conocéis y de cuya justicia sigue convencida.

MEMORIAL DE BORDIGA EN EL JUICIO A LOS COMUNISTAS ITALIANOS

Amadeo Bordiga asumió la defensa de los comunistas arrestados en febrero de 1923, durante el juicio celebrado en octubre del mismo año.

El memorial comienza declarando que su intención no es refutar la acusación de la fiscalía, a la que Bordiga ya había respondido en los interrogatorios, sino demostrar, considerando de manera general cuál es el papel del Partido Comunista y la situación política italiana en aquella época, que la propia acusación es absurda e insostenible. Continúa como sigue a continuación.

Los principios teóricos del partido y de la Internacional Comunista son los del determinismo económico, cuyo maestro es Carlos Marx. Las causas fundamentales de los hechos históricos y sociales son los factores económicos. Estos dividen a la sociedad en clases con intereses contrapuestos que luchan mutuamente: la naturaleza y el desarrollo de las luchas de clase determinan y explican los hechos políticos. La actual época histórica se caracteriza por la lucha entre la clase capitalista, que detenta los instrumentos de producción, y el proletariado. A pesar de lo que dice la teoría liberal y democrática, el Estado no es más que un

organismo de lucha en manos de la clase capitalista que detenta el poder, un organismo que le permite conservar su privilegio económico. El estudio de la historia y el análisis de la formación de la sociedad capitalista demuestran que la lucha del proletariado por su emancipación es inevitable. ¿Cómo se llevará ésta a cabo? Según todos los socialistas, esto sucederá con el paso (necesariamente gradual) de la economía basada en la propiedad privada a una economía fundada en la propiedad común de los medios de producción. El carácter científico de la doctrina comunista establece que esta evolución económica no puede comenzar hasta que el poder político no pase de las manos de la burguesía a las del proletariado, y niega que esto se pueda hacer a través de la representatividad democrática, sosteniendo por el contrario que sucederá a través del choque violento entre la clase proletaria y el Estado burgués. Como dice el *Manifiesto de los Comunistas* de 1847, y tal y como ha sucedido en Rusia en noviembre de 1917, cuando el proletariado se organice en clase dominante dará comienzo una era, más o menos compleja, en la que el capitalismo irá cediendo su puesto a la administración colectiva, e irá desapareciendo la división de la sociedad en clases, así como la necesidad de que exista el Estado como organismo de coerción sobre la clase derrotada.

Esta construcción teórica y esta serie de previsiones vienen acompañados de un programa efectivo de acción y de lucha para la clase obrera mundial.

Una de las principales tesis del comunismo es que el órgano que debe llevar a cabo esta lucha, su cerebro y su centro animador, debe ser el partido político de clase, el partido comunista internacional.

¿La revolución social llega espontáneamente o es el partido comunista el que la desencadena por propia iniciativa? Este es, en términos un tanto pedestres, el grave problema al que se enfrenta la acción y la táctica comunista. Analizando la cuestión de manera más extensa, podemos decir que, por una parte, la revolución no puede triunfar definitivamente si no existe un partido de clase con una clara conciencia doctrinal y una fuerte organización. Pero, por otra parte, el partido no puede elegir el momento de la lucha revolucionaria ni obviar las necesarias condiciones generales que terminan provocando la crisis social.

Para aclarar este concepto, que es materia de continuos estudios y exámenes de cara al desarrollo del movimiento comunista, se suele distinguir entre condiciones *objetivas* y condiciones *subjetivas* de la revolución proletaria.

Las condiciones objetivas las suministran los factores de la situación general, económica y política, el grado de madurez del capitalismo y el grado de estabilidad del Estado burgués. Las subjetivas se basan en la conciencia de clase y en la adecuada organización política y sindical del proletariado. ¿Cuáles son las condiciones subjetivas que nos indican que la victoria revolucionaria está próxima? Podría discutirse, aunque todos los comunistas, rechazando todas esas interpretaciones y utopías voluntaristas, creen que es necesario un proceso largo y gradual, en el que el partido comunista vaya conquistando una sólida influencia en las masas del proletariado, a lo que luego hay que añadir la existencia de unas condiciones objetivas favorables, que no las puede determinar nuestra voluntad.

Por muy optimistas que seamos al examinar desde un punto de vista revolucionario este doble tipo de condiciones, es evidente que, cuando éstas existan, los acontecimientos históricos, por más que fortalezcan al partido comunista, excluirán de la escena histórica el concepto y los expedientes de las conjuras y los arreglos «*en petit comité*».

Por tanto, la hipótesis mencionada en los artículos del código penal que nos han traído aquí no tiene nada que ver con las tareas revolucionarias que asume el partido comunista, lo cual nos ofrece un medio de defensa, pues nosotros negamos *in toto* y en principio

nuestra disposición y capacidad para llevar a cabo los actos que aquí nos atribuyen, faltando completamente a la verdad.

Aunque nuestra perspectiva como partido es participar en la lucha revolucionaria, sin la cual nuestro partido no tendría razón de ser, era necesario hacer estas previas aclaraciones sobre la fórmula de la «conjura» y su corriente expresión en un complot, *et similia*.

Por otra parte, cuando madura una situación histórica que permite el ataque abierto e ilegal a los poderes del Estado, los actos a través de los cuales se expresa el movimiento se sitúan fuera del alcance de las acciones y las sanciones judiciales. En semejante periodo, dada la debilidad del régimen, cesa la aplicación política del derecho escrito, cediendo el paso a los brutales coeficientes de la fuerza y el éxito. Efectivamente, antes de octubre de 1922²⁴ nadie interpuso ningún procedimiento judicial contra el Partido Fascista, que de manera evidente planeaba y se disponía a tomar el poder mediante las armas, sino que se le acogió mediante un compromiso que suponía la reiterada e impune violación de la doctrina y la letra de la legislación vigente. Que conste que me limito a hacer una constatación, no a defender teóricamente el sistema legislativo en vigor. Lo que quiero decir es que cuando

²⁴ Fecha en la que se produjo la marcha sobre Roma de los fascistas.

el partido comunista prepare un movimiento contra los poderes del Estado, las propias circunstancias de este periodo impedirán que se abra ningún proceso contra sus dirigentes.

La historia nos enseña y nos muestra que los movimientos revolucionarios no se previenen recurriendo al código penal que castiga los delitos comunes, sino a unas leyes y medidas de excepción que proscriben todo aquello que el derecho común tolera y consiente en materia de actividad política de los ciudadanos. Si para desmontar un movimiento revolucionario hubiera que esperar a disponer de pruebas objetivas del complot, este retraso impediría desarmar al adversario que está en vísperas de la acción. No es ninguna paradoja concluir que si existe proceso, es que no ha habido *complot*.

Pasemos a la sustancia, es decir, a las precisas y convincentes consideraciones en las que se basa la acusación: nos encontramos en Italia, entre principios de 1922 y febrero de 1923, momento en que se emite la orden de arresto. Añadamos a estas fechas la fundación del Partido Comunista (enero de 1921).

La Internacional Comunista, según sus textos fundamentales, considera que este período histórico posterior a la guerra mundial ha sido y sigue siendo un

periodo revolucionario en general. La guerra y la imposibilidad de lograr una *paz* estable han puesto en evidencia la hipertrofia y el colapso del sistema capitalista a escala internacional.

Esta crisis es, para nosotros, la «crisis final» del capitalismo, si bien no se puede predecir su duración y sus posibles complicaciones. En los últimos tiempos, sin embargo, la crisis ha adoptado un aspecto particular. Aunque los datos económicos en absoluto permiten afirmar que se esté superando la crisis, la correlación de las fuerzas políticas está cambiando.

En los años 1919 y 1920 se produjo una oleada de actividad del proletariado, que sólo en Rusia se tradujo en un éxito estable. En el resto de países, desde finales de 1920 se viene produciendo generalmente lo que nosotros llamamos «ofensiva capitalista». La valoración de este fenómeno se ha convertido en un factor esencial a la hora de trazar la táctica comunista. Recordemos las líneas generales de esta táctica, tal y como la describen nuestros textos: los manifiestos lanzados por la Tercera Internacional desde finales de 1921, y por nuestro partido desde agosto 1921, proponían una acción proletaria general contra la ofensiva burguesa, y lo mismo decían nuestros artículos, nuestros discursos y las propuestas de los comunistas en los congresos sindicales. Todo este material se puede consultar en la colección de uno de los periódicos comunistas italianos

del periodo mencionado. (Quien no se encuentre detenido, como yo, podrá completar fácilmente este resumen con los extractos más interesantes de los documentos públicos que he citado).

Ante la agitación inicial del proletariado, que sin embargo carecía de la conciencia y la coordinación necesarias, la clase dominante, tras pasar por cierto periodo de consternación que el proletariado no supo aprovechar del todo, disponía de las suficientes fuerzas políticas y militares como para defender su régimen con bastantes garantías.

En la burguesía empiezan a aparecer esas corrientes que abogan por la «mano dura». Para el capitalismo la situación económica es ésta: el aparato económico burgués, dispuesto a colmar ese inmenso vacío en la riqueza que ha provocado la guerra y la crisis, sólo puede evitar la ruina disponiendo del trabajo proletario a un precio más barato. Así pues, se pone en marcha un plan sistemático de acción coordinada de todas las fuerzas burguesas: reacción política a través de los órganos del Estado y las milicias extraestatales, ofensiva sindical de los patronos contra los pactos laborales, para ellos desfavorables, conquistados por los trabajadores en la inmediata posguerra.

El objetivo no es únicamente dispersar a los partidos subversivos, sino también a las organizaciones económicas de la clase obrera.

Es, por tanto, una ofensiva general que no sólo trata de paralizar el ataque revolucionario, sino también desalojar al proletariado de las posiciones conquistadas, arrebatándole las conquistas reconocidas.

Este giro ofensivo de la clase dominante, sobre todo cuando el partido comunista no tiene una influencia general sobre el conjunto del proletariado y cuando las organizaciones de clase están, en parte, dirigidas por los socialistas de diversas tendencias, obliga a los comunistas a resolver el problema táctico renunciando momentáneamente a la ofensiva. La situación obliga a abandonar la ofensiva revolucionaria y a buscar otra manera de hacer frente a la acción de la clase patronal. Esta vía consiste en lograr que todas las organizaciones de trabajadores actúen conjuntamente en la defensa de las conquistas y los derechos amenazados por la patronal. Las organizaciones no comunistas no pueden oponerse a esta defensa de los intereses inmediatos y cotidianos de los trabajadores, y, si lo hicieran, se reduciría la influencia de estos elementos moderados y aumentaría la del partido comunista. De esta manera, si el proletariado, mediante esta acción general, logra

conservar sus posiciones, por modesto que sea este objetivo y su resultado, los planes ofensivos de la burguesía habrán fracasado, y éste es el único medio que tiene de evitar la catástrofe de su sistema económico, como hemos dicho. A grandes rasgos, éste ha sido el sentido, el espíritu y el propósito de toda la actividad de los partidos comunistas en los últimos tiempos. Evidentemente aquí no pretendemos demostrar la verdad de todas las tesis anteriores, sino tan sólo aclarar cuáles eran y siguen siendo las ideas directrices de la táctica comunista, como se puede comprobar en toda nuestra literatura política, ya mencionada.

Dicho esto, veamos cuál ha sido la actividad del Partido Comunista de Italia en los últimos meses y qué planes de actuación pretendía desarrollar.

En Italia, la ofensiva burguesa sigue el esquema clásico. El proletariado alcanzó su máxima influencia política hacia finales de 1920, momento en que la situación empezó a revertirse. El partido proletario (PSI) no fue capaz de aprovechar las favorables condiciones objetivas, debido a su confusión ideológica y a su falta de solidez organizativa. Los gobiernos de Nitti y Giolitti salvaron la situación especulando hábilmente con la actitud de los llamados reformistas, que constituían la derecha del PSI y dirigían la Confederación General del

Trabajo. Los fracasos y las decepciones desmoralizaron al proletariado, mientras la burguesía se envalentonaba y surgía el movimiento fascista. Los comunistas, que a la sazón constituían la izquierda de PSI, denunciaron que su incapacidad revolucionaria era consecuencia del trabajo de los reformistas y de la apocada actitud del centro *maximalista*, siempre dispuesto al verbalismo extremista, pero carente de toda conciencia de las condiciones reales que requiere el desarrollo revolucionario y de las delicadas exigencias que éstas implican de cara a la acción.

El 21 de enero de 1921, en el Congreso de Livorno, los comunistas rompieron con el partido socialista y formaron el Partido Comunista de Italia, sección italiana de la Internacional Comunista. Ante esta nueva organización del proletariado, cuyos cuadros apenas se acababan de designar, se presentó una situación que se caracterizaba por la propagación de la ofensiva burguesa y fascista, ante cuyo éxito los reformistas y los maximalistas vacilaban y titubeaban.

Los dirigentes del Partido Comunista, dentro del propio movimiento comunista, pertenecen a una tendencia que podemos llamar de *izquierda* (si es que se puede hablar verdadera y propiamente de tendencia), que, desde el principio, en un momento en que la eficacia de las organizaciones proletarias era bastante mayor que ahora, sobre todo después de la llegada al

gobierno de los fascistas, juzgó y declaró en múltiples ocasiones que las circunstancias no permitían al Partido Comunista desplegar una acción autónoma y ofensiva, y que, para poder hacerlo, primero debía conquistar una influencia mayor que la del resto de partidos proletarios y reforzar su posición en los organismos sindicales, dominados por los reformistas.

La propaganda del partido comunista, al mismo tiempo que lanzaba la consigna de resistir por todos los medios a la ofensiva burguesa en todas sus manifestaciones, fueran conflictos sindicales o expediciones e incursiones fascistas, hacía hincapié en que para detener el empuje del adversario y proteger los derechos más elementales del proletariado había que ir más allá de la resistencia local y «caso por caso». En agosto de 1921 el partido lanzó un llamamiento público a todos los sindicatos *rojos*, proponiendo una acción conjunta y la convocatoria de una huelga general nacional, cuyo objetivo debía ser una serie de detalladas reivindicaciones prácticas, desde la jornada de ocho horas a la defensa de los pactos de trabajo, pasando por el derecho a la libre actividad de las organizaciones.

A partir de entonces, el trabajo y la agitación llevados a cabo por el PCI estuvieron dirigidos a este fin.

En el trascurso de esta campaña, siempre hicimos hincapié en que nuestra intención no era desencadenar una acción autónoma, sólo con nuestras propias fuerzas y al margen de la disciplina de la acción común, que nosotros habíamos propuesto, pues la propia acción general tenía unos objetivos precisos, que no eran derrocar al poder del Estado. Hubo quienes se opusieron a esta acción con el argumento de que «la huelga general sólo debe emplearse para *hacer* la revolución». Véase toda la polémica que se desencadenó al respecto en los consejos nacionales de la CGL (Verona, noviembre 1921, y Génova, julio 1922). Nuestra actitud era fruto de un atento análisis táctico, pues evidentemente no pretendemos que los actuales poderes estatales se mantengan en pie un día más de lo necesario.

La campaña de los comunistas llevó a la formación de la Alianza del Trabajo, aunque como bien sabemos esta alianza no estaba dirigida por los comunistas. Frente a su dirección, nuestra actitud fue constante: la invitamos varias veces a la acción, algunas públicamente, y criticamos su parsimonia, pero siempre renovando y respetando el compromiso de no actuar separadamente y en contra de sus decisiones.

La huelga general de la Alianza del Trabajo se convocó demasiado tarde, en agosto de 1922. Nosotros siempre hemos dicho que debería haberse convocado antes de que el grueso de las fuerzas proletarias se

dispersara a causa de la lucha y los choques aislados, pero aunque no estábamos de acuerdo con la actitud de los dirigentes, nos comprometimos a obedecer las órdenes de la Alianza del Trabajo. Cuando ésta puso fin a la huelga, protestamos, pero respetamos sus decisiones. Pueden consultarse al respecto toda una serie de comunicados y artículos publicados en *Il Comunista*, entre finales de julio y principios de agosto. Por supuesto, la huelga supuso un empeoramiento de la situación para el proletariado, a pesar de la valiente actitud de los trabajadores. La reacción se intensificó y se extendió a todas las provincias del país, hasta que finalmente se hizo con el poder del Estado a finales de octubre.

A partir de estos incontrovertibles hechos precedentes, podemos llegar fácilmente a una conclusión: en una situación en la que la eficacia proletaria y sus propios efectivos eran mucho más mayores que ahora, el PCI nunca ocultó que su propósito inmediato y próximo no podía ser todavía el derrocamiento del poder del Estado. Por tanto, ¿cómo iba a ordenar, preparar o proyectar semejante acción posteriormente, o incluso ahora, tras el ascenso del fascismo al poder? En unas circunstancias muy distintas, que nada tienen que ver con la defensa de un imputado, ya afirmamos que, desde que se formó el

partido, la dirección del PCI nunca ha pensado que se den las condiciones para que el proletariado revolucionario tome el poder en Italia, lo que no quiere decir que seamos poco revolucionarios, sino simplemente que nos situamos al margen de planteamientos demagógicos.

El objetivo inmediato de la actividad del partido debía ser y fue otro: que el proletariado conservara el máximo grado posible de eficacia.

Cuando explicábamos a los trabajadores, también a los no comunistas, los objetivos de nuestra propuesta de huelga general, presentábamos ésta como «la base para una plataforma de acción más sólida de cara al futuro» (véase el manifiesto del 22 de julio). Pero existen aún otras circunstancias, más importantes, que confirman lo absurdo de esta hipótesis, según la cual, nuestro partido estaba preparando un movimiento contra los poderes del Estado.

Después de la huelga de agosto se produjo una división en el PSI, entre reformistas y maximalistas, y se planteó el problema de la unión de los segundos con el partido comunista para formar un partido más grande y fuerte. La realización de tan importante fusión, que afectaba a la propia constitución del partido, impedía llevar a cabo cualquier plan de acción, por modesto que

fuera. Una vez la IC se pronunció a favor de la fusión durante su último congreso²⁵ (Moscú, diciembre de 1922), esta decisión tenía valor ejecutivo para nuestro partido, si bien en el Partido Socialista dio lugar a ulteriores debates.

Está claro que, hasta que no se resolvieran estos serios asuntos, nuestro partido no podía preparar solo, con sus propias fuerzas, una acción política general (en aquel entonces no colaborábamos directa y orgánicamente con ningún otro partido). Todo lo dicho demuestra que esto era imposible.

Es más, desde que los fascistas llegaron al poder, todas nuestras valoraciones acerca de la situación política, reflejadas en los artículos que se publicaron en la prensa de la que aún disponíamos, coincidían de manera manifiesta en que el régimen fascista no sería breve, y en que para que el proletariado pudiera recomponer su red organizativa y desplegar de nuevo una actividad clasista, el régimen debía pasar antes necesariamente por una lenta crisis. La misión de nuestro partido era y sigue siendo salvaguardar lo mejor posible su organización, los medios de propaganda y la

²⁵ Se trata del IV Congreso de la IC (noviembre-diciembre de 1922).

conciencia y el convencimiento de aquella parte del proletariado que nos sigue.

En mi interrogatorio ya he explicado que para estos propósitos, por limitados que sean, y en un momento en que la persecución aún no había golpeado al partido, había que recurrir a todos los medios que nos ofrece el «trabajo ilegal», y que la actividad del partido requiere de un encuadramiento militar, así como el apoyo financiero de nuestra organización comunista internacional, y otros medios y formas de acción que nunca hemos ocultado ni han sido un secreto, pues se han comentado reiteradamente en varios comunicados públicos.

Pero se me podría hacer una objeción: aunque la actividad pública del partido responda a todo cuanto he expuesto anteriormente sobre las directrices seguidas por la dirección, puede que paralelamente existiera una actividad clandestina, cuyos objetivos fuesen distintos a los que se expresan en los actos públicos y oficiales.

Esta objeción se refuta con dos razonamientos: en primer lugar, quienes conozcan aunque sólo sea un poco la función que le corresponde al partido comunista, se darán cuenta inmediatamente de que una de sus tareas más importantes es formar una conciencia política entre las más amplias masas, y que toda nuestra doctrina y

nuestra práctica se basa, no ya en el trabajo de una restringida aristocracia de iniciados, sino todo lo contrario. Si bien tenemos razones indiscutibles para mantener en secreto la técnica y la mecánica de trabajo del partido, sabemos que mantener en secreto los objetivos políticos de la lucha equivale a exponemos a las mayores catástrofes.

Para los comunistas, lanzar consignas públicamente a las masas es algo importantísimo. Se busca ansiosamente la ocasión de hacerlo en los congresos, los comicios, etc., intentando ir siempre más allá de los círculos en los que se difunde nuestra prensa (como ocurrió justamente cuando el gobierno y su agencia de prensa publicaron el ya conocido Manifiesto de la Tercera Internacional contra el fascismo²⁶). En Rusia, en 1917, el Partido Comunista lanzó abiertamente su consigna de agitación revolucionaria: «todo el poder a los soviets», que era el objetivo de su política. Y en segundo lugar, en nuestras actas internas, aunque probablemente sean tan incomprensibles para otros como lo serían para nosotros los Archivos del Ministerio del Interior, no se hallará ni una palabra que

²⁶ Al principio de la campaña judicial contra el PCI, la agencia de prensa oficial del gobierno fascista publicó el 6 de febrero de 1923 una noticia en toda la prensa italiana, en la que informaba de las recientes detenciones y las justificaba basándose en el manifiesto publicado por la IC el 23 de enero (titulado *La lucha contra el fascismo italiano*), que además se reproducía íntegramente.

diga que hay que actuar de manera diferente, o al margen de la política aquí esbozada.

Suponer que preparábamos, o aun que imaginábamos, dar un «golpe» contra los poderes del Estado, obviando nuestro atento y cotidiano análisis de la situación real y de la correlación de fuerzas entre nosotros y nuestro adversario, equivale a afirmar que nuestro grupo estaba dirigido por unos dementes. Me enorgullece que la realidad refute esta desgraciada hipótesis.

Resumiendo: el Partido Comunista no pierde nunca de vista su programa final, pero sobre la base de la situación real se forma continuamente, no ya el llamado *programa mínimo* de los reformistas, sino un plan de acción práctica concreta para el futuro «previsible».

Durante el periodo de actividad del PCI, este segundo plan de «actuación» nunca incluyó un ataque a los poderes del Estado. Cuando nos detuvieron, dicho plan consistía en consolidar la organización interna y desplegar nuestra propaganda comunista con todos los medios disponibles, tratando sobre todo de mejorar la eficacia de nuestra prensa. Nuestra actividad se iba reduciendo sustancialmente a los estrechos límites de la

tradicional labor entre los trabajadores de los sindicatos y las cooperativas, el trabajo electoral y cosas así.

Si aun disponiendo de todo este material, claro y evidente para cualquier observador político (sea del partido que sea), los órganos supremos de la policía política del Estado nos han acusado de complot, evidentemente no ha sido sólo por error, sino también por mala fe.

Los cuadros subalternos de la policía ven complots en todo aquello que ignoran o que no entienden, y así confunden la culpa ajena con la propia incapacidad profesional, o al menos con la carencia del don de la omnisciencia. Si el riesgo de complot se basa en esta ignorancia policial, entonces es cierto que los comunistas italianos han conspirado, conspiran y conspirarán siempre, al menos hasta que alguien descubra unos rayos X que permitan leer el pensamiento en el cerebro humano. Pero los altos mandos de la policía, que apoyan la política del gobierno actual, saben que las acusaciones son inconsistentes. Para el actual gobierno lo más importante es presentar ante la opinión pública *l'exploit*²⁷ de la aniquilación de toda actividad política revolucionaria. Si el Partido Comunista se resiste, puede verse maltratado y reducido, pero nunca adoptará la vía de la conciliación y del prudente

²⁷ La hazaña. En francés en el original.

disimulo a cambio de la tolerancia de los matones. Para aplastar a este partido, que a pesar de su debilidad no está en absoluto dispuesto a dejarse impresionar por las brutales gestas de la política triunfante, la policía del Estado ha fabricado *sur commande*²⁸ la acusación por la que aquí se nos juzga. Ciertamente, para nosotros es históricamente lógico que el gobierno fascista nos meta en la cárcel por ser comunistas, o que nos dé un trato incluso peor. Pero, si de lo que se trata es de responder de un acto que no hemos cometido, del mismo modo que aceptamos toda la responsabilidad de nuestras acciones, rechazamos esta acusación, falsa e inverosímil hasta el más evidente absurdo.

²⁸ Por encargo. En francés en el original.

EL MOVIMIENTO DANNUNZIANO

Prometeo nº 1 (enero 1924) y nº 2 (febrero 1924)

I. LA DOCTRINA

Entre los actuales movimientos políticos italianos, son pocos los que se preocupan por ofrecer, a amigos y enemigos, elementos que definan claramente sus opiniones, métodos y objetivos. Un marxista, no obstante, puede estudiar los movimientos políticos y explicarlos sin necesidad de recurrir a sus textos y declaraciones oficiales. Así, por ejemplo, a la hora de explicar de manera marxista la Revolución Francesa hay que hacer *tabula rasa* con las tesis históricas y sociales contenidas en la Declaración de Derechos del Hombre y con las ideologías políticas que exaltan y reivindican dicha revolución. Pero, en todo caso, para llevar a cabo este tipo de estudios también hay que examinar cómo expresan oficialmente su pensamiento y su política cada uno de los distintos partidos y grupos.

Al examinar el movimiento «dannunziano» (el término no tiene connotaciones peyorativas), podemos encontrar algunos agradables elementos *auténticos* en lo que respecta a su doctrina política. En cambio, no se puede decir lo mismo de su orientación práctica y su táctica actual, en el contexto de la vida italiana.

Comenzaremos por la primera cuestión, y para ello recurriremos al documento que los militantes dannunzianos siempre reivindican como su Evangelio político: la *Carta* de Libertad de Carnaro, o sea, el Estatuto del Estado Libre de Fiume, promulgado por el comandante Gabriele D'Annunzio²⁹ el 8 de septiembre de 1920.

No es nuestra intención tratar aquí el «problema de Fiume» (sobre el cual ya expuse algunas ideas después de visitar la ciudad en 1921, tras la salida de D'Annunzio, en un artículo sobre *Fiume y el proletariado* publicado en la *Rassegna Comunista* del 15 de septiembre de 1921), ni invocar contra el supuesto carácter pro obrero de la mencionada Constitución los agravios a los trabajadores durante el régimen de la Regencia³⁰. Pero dado que actualmente los dannunzianos consideran la *Carta* de Carnaro como un programa político «para Italia», en esto no podemos ser imparciales, y tendremos que plantear nuestras objeciones partiendo de sus detalladas disposiciones,

²⁹ Gabriele D'Annunzio (1863-1938), poeta italiano apodado *il Vate* (el Profeta) y veterano de la Primera Guerra Mundial. La pérdida de la ciudad de Fiume por parte de Italia, estipulada en la Conferencia de París, le llevó a encabezar en 1919 una reacción nacionalista que se apoderó de la ciudad. Se nombró a sí mismo *Duce* del Estado Libre de Fiume, que finalmente se rindió en diciembre de 1920. Ejerció gran influencia en el movimiento fascista.

³⁰ La Carta de Carnaro establecía una Regencia italiana de Carnaro, como nombre oficial del Estado Libre de Fiume.

particularmente adecuadas para un Estado tan *sui generis* como lo fue el de Fiume. La *Carta* constituye un texto reconocido a partir del cual podemos deducir sus principios políticos, para luego discutirlos. Pero antes de discutirlos debemos «clasificarlos».

La *Carta* construye su tradición histórica recurriendo a la Roma imperial, a unos conceptos religiosos genéricos, al Resurgimiento italiano, a la victoria italiana en la Guerra Mundial y, en cierta medida, a los municipios medievales libres.

Demasiados elementos históricos. Para orientarnos, es mejor examinar objetivamente su contenido político y social. No podemos pasar por alto esa afirmación tan extendida, que dice que el Estatuto dannunziano tiene unas características casi soviéticas y que en cierto sentido representa una versión latina de las conquistas de la revolución rusa. Ni tampoco aquella otra, algo menos arriesgada y que recoge ciertas ideas del *sindicalismo*, expresada en los *Comentarios* de Alceste de Ambris³¹, colaborador de D'Annunzio y jefe

³¹ Alceste de Ambris (1874-1934), uno de los principales exponentes del sindicalismo revolucionario italiano, fundador de la Unión Sindical Italiana en 1912 y exponente de la izquierda defensora de la intervención en la Primera Guerra Mundial. Fundó junto a Mussolini los *Fasci d'Azione rivoluzionaria internazionalista* y los *Fasci di Combattimento*, siendo uno de los redactores de su manifiesto junto a Mussolini y Marinetti. Fue el principal animador teórico de la experiencia del régimen de Fiume, aunque terminó formando parte de la oposición antifascista a Mussolini. Bordiga hace referencia a los

de ese sindicalismo italiano secesionista que constituyó, en 1915, la Unión Sindical Italiana, de tendencia intervencionista y que ya antes de la guerra había mantenido actitudes muy poco clasistas.

Empecemos, sin más dilación, a clasificar el documento que estamos analizando: es una constitución de fundamentos claramente «democráticos», basada en esas medidas socialmente reformistas que desde hace décadas son el bagaje de la extrema derecha obrera, supuestamente socialista. Los principios de la constitución son los de la revolución burguesa, vistos desde esa perspectiva idealista que siempre adoptan todos los elementos de izquierda de la democracia.

En algunas de sus normas se codifican ciertas demandas sociales del proletariado, que no son incompatibles ni con el régimen político democrático ni con la economía capitalista, por muy audaces que puedan parecer. Sus elementos originales, si es que los tiene, no pueden considerarse una aproximación a las concepciones revolucionarias, aun aceptando ese cuestionable punto de vista, según el cual, existe un *quid medium*³² entre la democracia burguesa avanzada y el régimen de la dictadura del proletariado, cuyas

Comentarios sobre la *Carta di Carnaro* publicados en 1920 por De Albris en Fiume.

³² Término medio o punto intermedio.

características distintivas y específicas veremos más abajo.

Los principios de la democracia «clásica» se encuentran principalmente en el artículo IV, que dice que la Regencia se basa en «*la soberanía de todos los ciudadanos sin discriminación por sexo, linaje, idioma, clase o religión*». Luego hablaremos de eso que se dice a continuación sobre los «derechos de los productores». Estos principios se ratifican en los artículos V, VI, VII (libertad de pensamiento, de prensa, de reunión, de asociación, de culto). A primera vista parece que lo que sanciona el artículo XXXXIII y siguientes, sobre la posible elección de un dictador (llamado el Comandante), contradice estas reglas. Pero, ciertamente, a nosotros no nos puede sorprender que la democracia, en lugar de lograr la auténtica realización terrena de esas figuras divinas llamadas Libertad, Igualdad, Fraternidad, termine desembocando en los procónsules. Declararlo así en la Carta Constituyente supone incluso un acto de sinceridad.

Todas las reivindicaciones de la izquierda democrática están incluidas en el Estatuto. Por ejemplo, el voto de las mujeres (XVI), la nación armada (XXXXVII y siguientes), el sufragio universal y proporcional (XXIX), la educación popular y la escolarización laica (LIV), así como el voto de los soldados, los principios de iniciativa, referéndum,

petición y la revocación y responsabilidad de los funcionarios.

Sus reivindicaciones sociales y reformistas más conocidas son el salario mínimo combinado con la garantía estatal contra el desempleo, la asistencia a los enfermos e inválidos, las pensiones de jubilación (art. VIII), la estatización del Puerto y los ferrocarriles, los colegios de arbitraje entre trabajadores y empresarios y los Jueces Laborales (art. XXXIX).

Ciertas reglas, procedentes de los programas de otras tendencias, chocan con algunas de las disposiciones indicadas. Es el caso de ciertas nociones liberales y del principio del puerto franco, que a primera vista parecen incompatibles con esa orientación económica tendente a la intervención estatal en los conflictos sindicales y a la estatización de la gestión de algunos sectores, como el propio puerto. Otro tanto ocurre con la autonomía municipal, cuyo amplio reconocimiento no termina de encajar con el carácter centralista de la democracia clásica y de las recientes teorías nacionalistas, con las que la *Carta* tiene, en cierto sentido, filiación directa.

No obstante, no nos vamos a ocupar mucho de todo este programa de administración estatal para Italia, pues sabemos que estos postulados, si bien están todos o casi todos presentes en todos los programas de

renovación política aparecidos en los últimos años, son incapaces de otorgar a ninguno de éstos una fisonomía precisa. No necesitamos recurrir a la crítica de la aplicabilidad práctica de los distintos reformismos y de su utilidad efectiva para las masas. Nos basta con tener en cuenta que se pueden encontrar declaraciones similares en el programa de los socialistas unitarios, de los populares, de los demócratas de todo tipo, de los republicanos, y que el propio fascismo apareció en escena con un programa semejante, y la naturaleza del fascismo... es la que es.

La *Carta*, no obstante, contiene algunas declaraciones sobre la cuestión social y la propiedad que merecen ser examinadas cuidadosamente, aunque no sean tan originales como podría llegarse a creer.

El mencionado artículo IV, después de establecer la igualdad de derechos de los ciudadanos de todas las clases, lo cual constituye la absoluta antítesis del concepto comunista de dictadura, que sólo otorga derechos políticos a los miembros de la clase obrera, añade: *«pero por encima de todos los demás derechos, [la Regencia] amplía, ensalza y apoya los derechos de los productores»*. Puede que esta expresión sea bastante vaga, pero al declarar que la igualdad teórica debe amortiguarse, dando preferencia a los ciudadanos

«productores», revela una cierta tendencia. Queda por ver quiénes son los productores según el Estatuto, y lo veremos más abajo.

Mientras, el Art. IX nos proporciona una definición de propiedad. Este es el texto completo:

"El Estado no reconoce la propiedad como el dominio absoluto de la persona sobre la cosa, sino que la considera como la más útil de las funciones sociales. No se puede reservar ninguna propiedad a la persona como si aquella fuera parte de ésta, ni tampoco es lícito que su propietario la deje inerte y disponga mal de ella, excluyendo a los demás.

El único título de dominio legítimo sobre cualquier medio de producción e intercambio es el trabajo.

Sólo al trabajo pertenece esa sustancia que hace más fructífera y más rentable la economía general».

En primer lugar hay que aclarar que las democracias capitalistas modernas no adoptan estrictamente, ni en la teoría ni en la práctica, el «*jus utendi et abutendi*»³³ del derecho romano. La fórmula dannunziana tiene cierto parentesco con aquella que propusieron los jacobinos para la constitución de 1793,

³³ Derecho de uso y abuso, propiedad absoluta sobre la cosa.

dictada por Robespierre, y que decía así: «*La propiedad es el derecho que tiene todo ciudadano de gozar y disponer de la porción de bienes que le garantiza la ley. El derecho a la propiedad, como todos los demás, está limitado por la obligación de respetar los derechos ajenos. No puede causar perjuicio a la seguridad, la libertad, la existencia o la propiedad de nuestros semejantes*». Es verdad que la Convención sólo aceptó esta fórmula con considerables mutilaciones. Pero en todo caso queda claro, sin necesidad de recurrir a otros ejemplos, que la limitación social de la propiedad no está reñida con los cánones de la democracia burguesa clásica. En cuanto a ese concepto de que no es lícito dejar la propiedad inerte, ni siquiera lo rechazan los políticos y economistas burgueses, como directriz para un conjunto de reformas.

Para aclarar el concepto de que el único título de dominio sobre los medios de producción es el trabajo, más abajo, en el artículo XVII, se dice: «*se privará de los derechos políticos... a los parásitos incorregibles que están a cargo de la sociedad, excepto a aquellos incapaces de trabajar por enfermedad o vejez*», y en el artículo XVIII: «*sólo los asiduos productores de la riqueza común y los asiduos creadores del poder común son ciudadanos plenos bajo la Regencia...*». El artículo XIX incluye dentro de la IV Corporación a «*los empleadores de la industria, la agricultura, el*

comercio, el transporte, cuando no sean sólo propietarios o copropietarios, sino (siguiendo el espíritu de los nuevos estatutos) sabios empresarios que hacen que la empresa prospere».

Ciertamente estas fórmulas contienen el esquema, o son el producto, de una cierta crítica al sistema de propiedad burgués. Pero, ¿acaso esta crítica tiene algo que ver con la crítica socialista y comunista, va encaminada a la eliminación del capitalismo?

Antes de nada hay que aclarar que no toda crítica al capitalismo burgués es socialismo, aunque adopte este nombre. Los aspectos criticables del capitalismo son tan evidentes que éste ya ha sido condenado desde los más diversos puntos de vista, dando lugar a las más diversas doctrinas, muchas de las cuales se oponen al moderno socialismo clasista, que es la única que ha comprendido las razones y puede robustecer las fuerzas que determinarán la caída del régimen burgués. Una de las críticas a los horrores producidos por el régimen industrial, por ejemplo, consistió en su momento en reclamar el retorno al orden preburgués y feudal. Una reacción similar llevó a los trabajadores a destruir las máquinas, causantes del paro. Los marxistas condenan estas críticas y reacciones, por anticapitalistas que sean, pues son antirrevolucionarias. La doctrina marxista también supera otras críticas, como la de los sistemas socialistas utópicos, demostrando su esterilidad práctica

de cara al derrocamiento del régimen burgués. Y también denunciarnos el anarquismo, el sindicalismo, el revisionismo reformista, el cooperativismo puro, etc., por su insuficiencia.

La crítica marxista al capitalismo consiste en comprender y definir las razones y las etapas de su desarrollo, así como en demostrar que no sólo es posible organizar la economía de una manera opuesta y superior a como lo hace la sociedad burguesa, sino que dicha posibilidad está lógicamente comprendida en el desarrollo histórico. Esta nueva organización se caracteriza por la abolición de la empresa privada y la economía individual competitiva, y por el establecimiento de una administración central y colectiva de las fuerzas de producción. El superior rendimiento de esta nueva organización radicaría en la utilización científica de los recursos de los que dispone la humanidad hoy en día, lo cual va más allá del mero aumento cuantitativo de los recursos que se conseguiría aboliendo el despilfarro de riquezas que provoca el parasitismo de los capitalistas, que viven a costa del trabajo expropiado al proletariado. El problema de la justicia distributiva hay que situarlo en una perspectiva más amplia y considerarlo un problema de organización superior. La crítica marxista del capitalismo demuestra que el mecanismo social que éste establece y mantiene por todos los medios para apropiarse de una plusvalía

determinada en detrimento de la clase proletaria, desperdicia unos esfuerzos productivos enormes, comparados con este margen de defraudación.

Más que acusar al régimen burgués de injusticia y crueldad, el marxismo lo denuncia por irracional y, más que denunciarlo, lo condena, demostrando que está destinado a dar paso a formas superiores de vida social. Por otra parte, una crítica puramente «moral» del capitalismo es incapaz de entender que, en un determinado momento de desarrollo, estas crueldades son necesarias, y lo que es peor, que en la lucha por destruir el propio capitalismo es inevitable que se produzcan actos de crueldad y de aparente injusticia.

La crítica que hacen los dannunzianos al capitalismo, o al menos alguno de sus aspectos, es de tipo moral y no científica. De hecho, no hay rastro de crítica científica del capitalismo allí donde no se condena, aunque sea teóricamente, el modelo económico de la empresa privada y el ambiente de la libre competencia. El pensamiento social que inspiró la *Carta* no se aleja de estas figuras de economicismo individualista, ni siquiera ligeramente, y la propia *Carta*, en el artículo IV, habla además en términos confusos de la subsistencia de la empresa privada, alabando «*el juego armónico de las diversidades*» para la revitalización de la vida común, un concepto que,

aunque literalmente no pueda rechazarse, demuestra de manera evidente su filiación individualista.

Esta crítica se limita a condenar al capitalista parásito puro, al *rentier*³⁴, al propietario que no dirige ni administra su propia empresa. Pero esto, si bien ofrece al ciudadano empleador la oportunidad de redimirse ideal y moralmente, no altera para nada la naturaleza del capitalismo, ni mucho menos su injusticia distributiva fundamental. En efecto, ya dirija la empresa un técnico o un administrador remunerado con una pequeña fracción de los beneficios totales, ya la dirija el propio propietario, esto no cambia en absoluto la injusticia del reparto de la ganancia en detrimento de todos los trabajadores de la propia empresa. Es preferible, incluso desde el punto de vista del cálculo más trivial, que un parásito obtenga diez de la empresa y deje el resto a los trabajadores, a que un directivo propietario, suponiendo que su propio trabajo valga diez o veinte, saque unas ganancias de cien o mil para su propio beneficio. Por no hablar de que ni siquiera se menciona el problema de desarrollar una mejor organización colectiva, opuesta a la capitalista. No es necesario aclarar que el socialismo, incluso en su sentido más modesto, conlleva imposibilitar el dominio privado sobre los medios de producción. El artículo mencionado, en cambio, por

³⁴ Rentista. En francés en el original.

audaz que parezca su formulación, considera que el trabajo es un título que permite conservar tal dominio. Ni siquiera nos topamos con esa conocida fórmula que pretende devolver a cada trabajador sus instrumentos de producción, que nos llevaría de vuelta al artesanado, ni con esa otra que pretende transformar la empresa privada burguesa en una cooperativa de los que trabajan en ella, la cual, como marxistas, consideramos que es insuficiente e irrealizable.

Podemos decir que las conquistas que pretende sancionar la *Carta* son modestas. Apreciamos que la redacción del documento refleje una doctrina social. Pero en lo que respecta a los logros, lo cierto es que en Fiume, por razones que no discutiremos aquí, no se adoptó ninguna medida antiburguesa. Tampoco se especifica claramente ninguna medida programática de este tipo en otros terrenos, más allá de esa tímida condena del puro parasitismo personal, que en la práctica nunca se llevará al extremo, dado que todo ciudadano rico «trabaja», principalmente traficando y especulando, lo cual considera su contribución personal a la actividad productiva común, cuando en realidad esas actividades no son más que artes y medios de defraudación social.

El pensamiento anticapitalista que inequívocamente se deduce del documento se limita a la condena moral (traducida socialmente en una fórmula

incompleta) de la apropiación del trabajo ajeno por parte del rico que no produce ninguna riqueza. Pero esta condena ni siquiera se traduce en una severa sanción en materia de herencia.

La doctrina en la que se basó la constitución dannunziana, por tanto, no tiene nada que ver con los argumentos positivos y materialistas que nosotros, comunistas marxistas, adoptamos contra el capitalismo. Y esto no es sorprendente, pues el pensamiento dannunziano no es materialista, sino idealista. La exaltación del espíritu recorre a cada paso éste y otros muchos documentos, dictados o inspirados por D'Annunzio. Ahora bien, esa concepción de una vida moral elevada y heroica no conduce a una crítica fértil del régimen capitalista ni de otras formas de organización social. Si la burguesía pudiera demostrar que su régimen es necesario para garantizar la producción y la vida de la humanidad (como efectivamente pretende), que no existen otras soluciones posibles y adecuadas para el problema del orden económico, que no existen argumentos contra esta afirmación sólidamente basados en consideraciones técnicas y científicas, habría que aceptar todos los horrores que lo acompañan. Y una vez ganada la batalla polémica en un terreno positivo y realista, a los defensores del actual orden social les sería muy fácil elaborar su justificación idealista, moral, espiritual. Solo

habría que elegir entre los distintos sistemas que pululan por ahí, incluidos los religiosos. Después de todo, cada época y cada clase formula sus propios valores espirituales, y la propia dialéctica histórica explica, tanto la heroica muerte del *sans-culotte* en las barricadas, como la cínica sonrisa del gran industrial, enriquecido entre vicios y orgías, tanto ese tenientecillo que finaliza su juventud sonriendo y creyendo en el mito de la Patria, como aquel tiburón que acumula oro tras las líneas del frente.

Aunque la postura metafísica de este anticapitalismo de los dannunzianos pueda despertarnos ciertas simpatías sentimentales, no puede dejar de preocuparnos. Como veremos, una de las cosas que diferencia a los dannunzianos de los fascistas es su repugnancia a emplear medios violentos para fomentar las ideologías nacionales y patrióticas, sus llamamientos a la concordia y contra la guerra civil. Pero precisamente es esta postura idealista la que elimina cualquier posibilidad de desarrollar la lucha contra los males del régimen social actual, lucha que no es posible encauzar victoriosamente sin adoptar medios de acción espantosos y crueles y sin preparar abiertamente la guerra de clases.

El lema que se repite en los escritos políticos dannunzianos: «*si spiritus pro nobis, quis contra*

*nos?»*³⁵, si bien demuestra convicciones sinceras y generosas por parte de sus militantes, dignas incluso de admiración, no nos dice nada a los marxistas. En el terreno doctrinal, no podemos concebir el pensamiento dannunziano como un puente entre la ideología burguesa y la proletaria y revolucionaria.

Esta postura salió a relucir en la conversación entre D'Annunzio y Chicherin³⁶, que el propio D'Annunzio menciona en *Per l'Italia agli italiani* (página 286). El invitado «no quería hablar del espíritu y las cosas espirituales». Y ciertamente, siendo nosotros comunistas del ala más ortodoxa, nos consuela que Chicherin, conocido por ser un maniobrero que se sitúa prácticamente en los márgenes del comunismo y que siempre está dispuesto a transigir y acomodarse, sonriera y enfocara el problema de manera bien clara y tajante, diciendo que «en ningún documento de su gobierno se puede encontrar la palabra *espíritu*, la palabra *alma*».

Estas palabras tampoco pintarán nada en la verdadera y única revolución anticapitalista, aquella en la que el proletariado proclamará su dictadura y comenzará a construir la sociedad comunista. No las

³⁵ ¿Si el espíritu está con nosotros quién puede estar contra nosotros?

³⁶ Georgi Chicherin (1872-1936), ministro de Asuntos Exteriores soviético entre 1918 y 1930. Su entrevista con D'Annunzio el 27 de mayo de 1922 suscitó gran eco en la prensa.

necesitamos, por más que hayan servido y sigan sirviendo a todos los filisteos.

Aún nos queda por examinar esa característica aparentemente tan importante de la constitución dannunziana, a saber, la introducción en los órganos estatales de una representación de las «Corporaciones Profesionales». Sobre este tema se podrían hacer muchas consideraciones, de gran importancia además, pero aquí nos limitaremos a hacer algunas observaciones esenciales. Empecemos reproduciendo todo el artículo XIX:

«En la primera Corporación están inscritos los obreros asalariados de la industria, la agricultura, el comercio, el transporte, así como los pequeños artesanos y pequeños propietarios de tierras que realizan ellos mismos la faena rural o que tienen pocos ayudantes y empleados.

La segunda Corporación reúne a todo el personal técnico y administrativo de todas las empresas privadas industriales y rurales, excepto a los copropietarios de la empresa.

La tercera reúne a todos los empleados de las empresas comerciales que no sean verdaderos obreros, y aquí también se excluye a los copropietarios.

La cuarta Corporación asocia a los empleadores de la industria, la agricultura, el comercio, el transporte, cuando no sean sólo propietarios o copropietarios, sino (siguiendo el espíritu de los nuevos estatutos) sabios empresarios que hacen que la empresa prospere.

Todos los funcionarios municipales, estatales y de cualquier tipo están incluidos en la quinta.

La sexta incluye la flor intelectual del pueblo: profesores de escuelas públicas y estudiantes de secundaria, escultores, pintores, decoradores, arquitectos, músicos, todos aquellos que practican las bellas artes, las artes escénicas y las artes decorativas.

La séptima está formada por todos aquellos que ejercen profesiones liberales no consideradas en los puntos anteriores.

La octava está formada por las Sociedades cooperativas de producción, trabajo y consumo, industriales y agrarias, y sólo pueden estar representados los administradores de las propias Sociedades.

La novena está formada por toda la gente de mar.

La décima no tiene ni arte, ni categoría, ni vocablo. Su llegada se espera como la de la décima Musa. Se reserva a las fuerzas misteriosas del pueblo

esforzado y en ascenso. Es casi una figura votiva consagrada al genio desconocido, a la aparición del hombre nuevo, a las transfiguraciones ideales del trabajo y de los días, a la liberación completa del espíritu sobre la penosa ansiedad y el sudor de la sangre.

Está representada en el santuario cívico por una lámpara encendida que lleva inscrita una antigua palabra toscana de la época de las Comunas, una maravillosa alusión a una forma espiritualizada de trabajo humano: Fatica senza fatica³⁷».

También reproducimos la composición del Consejo de los Provisores, órgano que ejerce el poder legislativo junto al Consejo Supremo, elegido por sufragio ordinario:

«XXXI. El Consejo de los Provisores está compuesto por sesenta personas elegidas por sufragio secreto universal y bajo la regla de la representación proporcional.

Diez Provisores son elegidos por los trabajadores industriales y de la tierra, diez por la gente de mar, diez por los empleadores, cinco por los técnicos agrícolas e industriales, cinco por los empleados de las

³⁷ Faena sin fatiga. Dado el juego de palabras, se ha conservado la expresión italiana original.

administraciones de las empresas privadas, cinco por los profesores de las escuelas públicas, los estudiantes de secundaria y demás miembros de la sexta Corporación, cinco por las profesiones liberales, cinco por los empleados públicos y cinco por las empresas cooperativas de producción, trabajo y consumo».

En Italia, este programa de sustituir el Senado por una asamblea compuesta por representantes de las categorías sociales y profesionales, no es nada nuevo: ya formaba parte del primer bagaje fascista, y en 1919 fue estudiado también por los reformistas de la Confederación del Trabajo, que propusieron una «Constituyente Profesional». Esta consigna en realidad no era más que un expediente contra la consigna revolucionaria de la dictadura del proletariado, que iba ganando popularidad entre las masas. Pero aquellas propuestas tenían quizá pretensiones más modestas que la *Carta* de Carnaro, concretándose generalmente en definiciones de este tipo: las distintas categorías económicas industriales y empresariales deben elegir a los representantes de los empresarios y de los trabajadores mediante sufragio paritario, es decir, si votan doscientos mil obreros metalúrgicos, los votos de los industriales de esta categoría tendrán el mismo peso que esos doscientos mil. En la propuesta de los dannunzianos las corporaciones de trabajadores tendrían un claro predominio, debido a la composición del

Consejo de los Provisores. A éste cabría objetarle su limitado poder: sólo se reúne dos veces al año para discutir «de manera laconica» sobre cuestiones económicas, como si éstas pudieran separarse de las políticas, y elige directamente tan solo a dos miembros del gobierno de los siete, a saber, al Rector de la Economía Pública y al Rector del Trabajo.

Si la conquista del poder fuese para los trabajadores una cuestión de mayorías, por una parte bastaría con recurrir a la democracia política ordinaria y, por otra, evidentemente esta mayoría no podría lograrse con los representantes de las Corporaciones, en las que la representación de los intereses del trabajo está en minoría, como en tantas otras instituciones. En lo que respecta a nuestra postura crítica como marxistas, no es necesario recordar que para nosotros no existe un poder proletario allí donde las clases ricas disponen de representación, pues por más que sean de hecho una minoría, su poder sólo se puede eliminar con medios extralegales, mediante la dictadura obrera.

Diremos algo más, que no sólo atañe a la *Carta* de Carnaro, acerca de la representación de las profesiones. En primer lugar, no es cierto que ésta sea la base de la Constitución de la República de los Soviets. Aunque así fuera, el carácter distintivo de los Soviets consistiría en la exclusión de los no productores del derecho de elección. Ahí residiría toda su novedad y

originalidad, y esto es lo que habría que rechazar o imitar. Pero es que además el Soviet no es en absoluto un organismo sindical ni profesional, pues toda la red de representación soviética reposa sobre una base territorial, y sólo en su nivel más bajo, y sobre todo por comodidad práctica, las consultas para la elección de los delegados se dividen según las empresas, los cuarteles, las escuelas, las oficinas, etc. En todo caso, no se elige delegado de un concreto oficio, sino de una empresa, es decir, en una fábrica votan juntos trabajadores de diferentes especialidades profesionales, empleados, técnicos, etc. Pero lo sustancial es que en los órganos superiores, que culminan en el Congreso de los Soviets y el *Comité Ejecutivo*, que equivalen al Parlamento democrático, que están compuestos por varios centenares de miembros y son quienes eligen al gobierno, no hay rastro del origen corporativo de los delegados. Valga todo esto para aclarar que la inclusión del principio corporativo en un programa político no supone añadirle una dosis de pimienta bolchevique.

Veamos brevemente la cuestión de manera más general, es decir, ligada a la doctrina del comunismo. El recurso a esta fórmula de delegación profesional y el uso y abuso de las palabras «sindicato» y «sindicalismo» son bastante frecuentes. Según parece, se trata de un ardid moderno que deriva de la constatación, desde diversos frentes, de que el vehículo fundamental de las ideas

socialistas revolucionarias es, como debe ser, la organización económica de los trabajadores. Así pues, sin llegar a aceptar aquello que en el marxismo tiene un fuerte y amargo sabor político, es decir, la conquista revolucionaria del poder y la dictadura proletaria mediante la constitución, como instrumento fundamental de tales conquistas, de un fuerte partido de clase, todas las escuelas políticas «intermedias» creen que es posible y oportuno abrazar el principio y el método de organización sindical, que desgraciadamente son susceptibles de un empleo estrechamente utilitario y reaccionario.

Las fórmulas varían infinitamente. Las más tímidas y ambiguas ponen a la misma altura a las organizaciones de obreros y de patronos. Y esto ya es un paso adelante respecto a la tradición de los gremios medievales, a la que tan frecuentemente se recurre, de manera errónea. Pues los gremios eran corporaciones solamente de *patronos*, excluían de la dirección política de las comunas *libres* a los trabajadores jornaleros y a menudo también a los maestros artesanos más miserables, y constituían una verdadera dictadura de la burguesía, dirigida externamente contra las fuerzas reaccionarias dominantes del feudalismo e internamente contra el proletariado naciente, que avanzaba a trompicones, con revueltas amorfas, más o menos aliado a la pequeñísima burguesía, como muestra el caso de los

Ciampi en Florencia y las luchas en los oficios de las artes textiles en Flandes, que reivindicaban ese derecho a sindicarse que se les negaba.

Volviendo a las fórmulas «sindicalistas», entre ellas está la del socialismo reformista, que da a la organización de los trabajadores una tarea preeminente y considera a las organizaciones patronales como adversarias, pero excluye de las posibles formas de conflicto todos los medios y fines revolucionarios; acepta la noción de partido, pero limita su política a las funciones puramente parlamentarias de mero apoyo a las reivindicaciones económicas y obtención de ayudas para el proletariado por parte de los órganos estatales. Pero la más extrema y audaz es la fórmula del sindicalismo revolucionario, que supuestamente constituía una superación del marxismo y cuyo máximo exponente fue Sorel. Esta fórmula preserva y exalta el concepto de violencia en la lucha entre sindicato y patronal, sindicato y Estado capitalista, defiende una sociedad de sindicatos en la que éstos disponen de la máxima autonomía, un régimen político de máxima libertad, y a ella se adhieren las ideologías anarquistas que aceptan al menos el sindicato económico como forma de asociación.

Todas estas fórmulas son completamente insuficientes desde el punto de vista comunista. Para nosotros el sindicato no es suficiente, ni para la lucha de

clases liberadora del proletariado, ni para la organización de una economía colectivista. Tampoco podemos reconocer como tendencias socialistas aquellas fórmulas mencionadas que, además, excluyen la lucha de clases y el empleo de medios extralegales.

Estamos dispuestos a reconocer que la línea dannunziana tiene ciertos parecidos con el método sindicalista, pero precisamente son estos parecidos los que la diferencian de nuestro método comunista. De hecho, concediendo representación a organizaciones sindicales de clases opuestas, se pretende canalizar el conflicto social hacia su resolución legal por parte de los órganos del Estado. En lo que respecta a su aspiración a una sociedad en la que el productor esté emancipado, no basta con eso que se dice acerca de la «Décima Corporación», eso de esperar formas superiores de organización social en las que el trabajo ya no sea una condena injusta. Ya hemos explicado que esa aspiración puramente idealista de mejorar las relaciones colectivas de la vida acabando con lo que hoy tienen de malo y odioso, no es una actitud suficientemente revolucionaria, pues de lo que se trata es de saber qué métodos y vías concretas permiten cambiar los fundamentos de la sociedad.

Desde el punto de vista teórico (el punto de vista político y táctico lo trataremos en la segunda parte de este artículo), ni siquiera el sindicalismo más exagerado,

aunque se oriente hacia formas insurreccionales, tendría nada que ver con lo que quieren los comunistas y lo que necesita la lucha proletaria.

Allí donde el sindicalismo exalta la profesión, nosotros exaltamos la unidad de la clase, por dos razones fundamentales. Por una parte, para constituir una fuerza unitaria capaz de oponerse a la resistencia y a la reacción capitalista y acallar los intereses secundarios y los apetitos susceptibles de ser reprimidos aislada y momentáneamente, dirigiendo el esfuerzo común de todos los explotados. Por otra parte, para dirigir la nueva economía, opuesta a la burguesa porque no es resultado del libre juego de las empresas productivas, sino de la aplicación de un plan único dictado por un interés superior al meramente profesional y que mañana abrazará la clase, y en un futuro aún más lejano la nueva humanidad. Esta unidad de clase no se logra mediante ninguna Federación de Sindicatos, sino con un partido político, cuya capacidad revolucionaria es mayor que la de aquellos y que no pretende triunfar expropiando ilusoriamente a cada capitalista por separado, sino consolidando a todo el proletariado en un Estado político, brillante agente central de la desposesión capitalista.

Así pues, no se puede invocar ninguna vaga fórmula sindical como embrión de una supuesta victoria proletaria que en occidente cristalizará en formas

opuestas a las del bolchevismo ruso, pues el bolchevismo constituye en sí mismo la aplicación, en unas condiciones particularmente difíciles, de una fórmula que precisamente surgió en la conciencia marxista de la gran clase trabajadora de los países más industrializados, y cuyo triunfo ha demostrado toda su potencia.

Al criticar a los comunistas por el hecho de ser «políticos» y «jacobinos», por hablar de partido y de un gobierno de terror revolucionario, y al afirmar que todo esto es burgués, el sindicalismo comete un grave error histórico y teórico que, no obstante, da pie a muchas especulaciones demagógicas. Esto ha permitido a las doctrinas contrarrevolucionarias (hablamos en términos generales) tomar prestada alguna expresión de Sorel para darse un falso barniz de izquierdas y hacerse pasar por movimientos a favor del proletariado.

No podemos dedicarnos aquí a criticar este error y demostrar aquello que es evidente para el lector que ya conoce la doctrina de Marx, esto es, que los criterios para conquistar del poder político mediante el partido, como instrumento, así como para instituir una representación política «territorial» al margen de toda pretendida exaltación de los factores técnicos y económicos (tras aplastar a la burguesía, la política proletaria quedará reducida a una técnica y una economía *unitaria*, es decir, sus relaciones estarán muy

por encima de los apetitos profesionales), estos conceptos, en absoluto se derivan de las doctrinas de la revolución democrático-burguesa, sino que constituyen la aplicación de unas lecciones históricas cuya incomprensión lleva a la ruina. La originalidad del método marxista no consiste en haber inventado una «forma de organización», como puede ser el sindicato o cualquiera de sus muchos sucedáneos, sino que se basa en la demostración dialéctica de que para fundar la libertad humana, en el sentido más racional y menos metafísico y beato de la palabra, es necesario emplear de manera inteligente la violencia y la autoridad revolucionaria, y de que mediante el partido y el gobierno de la clase rebelde se allana el camino a una sociedad sin clases, sin partidos y sin gobierno político.

Las semejanzas entre el pensamiento de dannunziano y el sindicalismo están muy relacionadas con los orígenes filosóficos de ambos. Ya hemos mostrado el carácter espiritualista de la ideología en la que se basa la *Carta* de Carnaro y otros textos semejantes. Pero el sindicalismo también tiene un contenido filosófico tendente al espiritualismo, y su espíritu profesional está relacionado con el individualismo. El sindicalismo no es la ciencia de la palingenesis del cuerpo social, sino más bien un conjunto de normas de actuación para el proletario considerado como individuo, aquella soreliana «moral

del productor». El espiritualismo dannunziano sabe que la actual sociedad es muy poco moralizable y «heroicizable», exceptuando las fuerzas vírgenes que surgen del proletariado. Saluda a estos fermentos del futuro, pero es incapaz de ir más allá.

Como comunistas y marxistas, sabemos cuáles son las vías necesarias, las que ofrecen mejor rendimiento en el curso del desarrollo de la historia. No nos preocupa en absoluto si éstas responden o no a los cánones de la Ética y la Estética. Nuestra dialéctica nos empuja a exaltar hoy en día el valor del rebelde, por cruel e inculto que sea, para romper las barreras en el devenir de la humanidad hacia formas de convivencia más pacíficas, armónicas y conscientes para los individuos. Quien estudie los problemas históricos partiendo del espíritu del hombre actual, considerado como una entidad completa, y pretendiendo resolverlos de esta forma, sigue siendo esclavo de un método del que nosotros nos hemos liberado para siempre y que consideramos como una posición inferior. Ninguna revisión puede derrotar en este terreno a la potencia de la evaluación marxista.

II. LA POLÍTICA

A la hora de describir brevemente los orígenes del movimiento que nos ocupa, el lector nos permitirá

ahorrarnos la historia de las manifestaciones políticas de su condotiero. Ya se sabe que el Poeta fue diputado hace muchos años, que en una memorable sesión pasó de la derecha a la izquierda, declarando que iba hacia la vida, y que luego no volvió a ocuparse de la política hasta sus *Canzoni di Gesta*, que exaltaban la guerra de Libia y por tanto también la Gran Guerra, en la que participó de la forma que ya conocemos, después de aparecer como el hombre que precipitó la intervención en el conflicto de la nación italiana. Su exaltación de la guerra lo colocó claramente entre los adversarios del movimiento proletario y socialista italiano.

Pero el tema que tratamos está relacionado con los sucesos de posguerra. La ocupación dannunziana de Fiume abarca un período que va de septiembre de 1919 a enero de 1921. En toda esta fase, D'Annunzio jugaba el papel de antagonista de los gobiernos «neutralistas» de Nitti y Giolitti y de campeón del naciente movimiento fascista, situándose a la cabeza de la agitación a su favor en Italia. Sin embargo, *Il Popolo d'Italia* ya había disgustado posiblemente al Poeta, dada su aceptación práctica el Tratado de Rapallo, tras el cual los legionarios fueron desalojados de Fiume por la fuerza. Se murmuró varias veces que los fondos recaudados para la causa de Fiume se habían utilizado, sin la autorización del Comandante, para fundar sobre una base amplia el movimiento fascista en el País.

Relatamos estos hechos, que en todo caso no nos corresponde a nosotros explicar detalladamente, para tratar de establecer objetivamente el momento en el que empieza a aparecer dentro de los tradicionales «intervencionistas» de 1914-1919 una división entre fascistas y legionarios, mussolinianos y dannunzianos, distinción que no siempre puede establecerse con suficiente claridad, como veremos.

Cuando los legionarios de D'Annunzio salieron de Fiume, no se dispersaron, sino que mantuvieron su propia organización, la Federación Nacional de Legionarios del Fiume, y también publicaron un animado semanario en Bolonia: *La Riscossa*. Su movimiento es muy parecido al de la *Associazione Nazionale Arditi d'Italia*, que afirma ser partidaria de D'Annunzio a pesar de dar muestras de una actitud que veremos más adelante. Permítasenos recordar que antes de la entrada en escena del verdadero fascismo, fueron los Arditi quienes llevaron a cabo las primeras gestas violentas de la ofensiva antiproletaria, ¡entre ellas el primer incendio de la sede del *Avanti!*

La línea de divergencia entre los dannunzianos puros y los fascistas parece ser esta: los dannunzianos representan a aquellos elementos de las clases medias alimentados por una ideología de guerra que hicieron suyo el primer programa del fascismo, que ostentaba actitudes de tendencia izquierdista. No podemos hacer

aquí una crítica interpretativa del fascismo en general, de manera que nos limitaremos a decir que a nuestro juicio constituye una «movilización» de las clases medias e intelectuales llevada a cabo por y en beneficio de la alta burguesía industrial, bancaria y agraria, una movilización que las propias clases medias confunden, en un primer momento, con el problemático surgimiento de su propia función histórica, autónoma y decisiva, considerándose a sí mismas casi como árbitros en el conflicto entre la burguesía tradicional y el proletariado revolucionario. Así, el fascismo, que surge como concentración de todas las fuerzas antiproletarias en defensa de la antigua fortaleza del capitalismo (una defensa muy moderna y vigorosamente organizada, que estaba ausente en los antiguos métodos liberales, democráticos y giolittianos, cuya época ya pasó), recluta sus miembros y cuadros entre toda una serie de elementos sociales puestos en movimiento por la gran agitación bélica, que piensan que están realizando un esfuerzo original y en cierto modo revolucionario. Dirigiendo la organización fascista están los negocios y el parasitismo patronal y la máquina estatal, aunque aparentemente ésta se halle ocupada en las maniobras izquierdistas del nittismo parlamentario. Y en la base, toda esa mezcla caótica y amorfa de idealismos y apetitos, que es todo lo que pueden aportar las clases intermedias en el terreno del conflicto social.

Conforme la organización fascista se fortalece, su carácter como mecanismo manipulado por las clases parasitarias habituales se revela más claramente, pero también es más difícil para los elementos pequeñoburgueses separarse de él y seguir su propio camino, pues carecen de los medios adecuados para emprender una tarea independiente y la mayoría de sus dirigentes están satisfechos o enclaustrados en los puestos de dirección del complejo movimiento fascista. No obstante, algunos núcleos de sinceros idealistas o de competidores decepcionados por el reparto del pastel tienden a destacarse. Así se explica esquemáticamente la formación del movimiento dannunziano.

La fórmula según la cual la dirección de la vida política debía recaer en quienes quisieron e hicieron la guerra, unió al principio a los fascistas y los dannunzianos. Para los primeros esta fórmula no es más que un pasaporte para la defensa burguesa contra el proletariado rojo, que no deseaba la guerra y que debido a sus consecuencias se ve empujado a luchar por su dictadura revolucionaria. En cambio, los segundos consideran que la fórmula es auténtica, una afirmación contra las viejas castas dominantes burguesas imbuida de cierto espíritu heroico de renovación. Es algo así como una condena, no tanto del derrotismo extremista, sino de los especuladores y parásitos del frente interno, verdaderos profanadores del sacrificio de la victoria.

Esta segunda ala pretende orientarse, muchas veces de manera ambigua, hacia las fuerzas libres del proletariado. La primera organiza a los pretorianos del capital y a los *esclavistas* del agro.

En el período de predominio de las fuerzas rojas, esta distinción no era tan importante. Las clases medias proporcionan simpatizantes al proletariado a través de otros movimientos pequeñoburgueses, bajo esa especie insidiosa que es el reformismo. La separación de la que hablamos empieza a delinearse en el siguiente período. Por lo que parece, D'Annunzio no estaba de acuerdo con la participación de los fascistas en las elecciones de mayo de 1921, creyendo que el método para la conquista del poder debía ser insurreccional, por parte de fuerzas nuevas y orientadas a la izquierda, y considerando que la actitud de Mussolini suponía renunciar a toda una parte del programa primitivo y orientarse hacia la derecha, sirviendo abiertamente al capitalismo. Fue en esta época cuando los legionarios recibieron órdenes de abandonar los fascios, pero no todos lo hicieron, pues muchos preferían seguir la corriente más fuerte. En el siguiente período la Federación de Legionarios dio pocas muestras de actividad, pero en la segunda mitad de 1922 apareció con actitud antifascista. Los dannunzianos comenzaron un trabajo de carácter sindical entre los trabajadores, opuesto en cierto sentido al fascista, pero tendente a crear un nuevo organismo

obrero, distinto de los rojos, con el conocido programa de la convocatoria de una Constituyente Sindical para la Unidad Proletaria.

Para los elementos revolucionarios del movimiento obrero esta actitud no era ni podía ser clara, y de hecho fue rechazada, sobre todo por el Partido Comunista. En pensamiento de los dannunzianos estaba centrado en su propósito de pacificación general de Italia, y si bien esto no fue concebido con la intención de hacer el juego a los intereses de la burguesía, el resultado no podía ser otro, dado que la conciliación era imposible. Para poder desarrollar un trabajo entre las masas obreras, todos los partidos italianos habían formado su propia organización sindical, al margen de las demás y ligada a su propio movimiento político: los anarquistas tenían la Unión Sindical Italiana, los socialistas la Confederación del Trabajo, los republicanos la Unión Sindical de Parma, de tendencia intervencionista, los populares la Confederación de los Trabajadores. Todos estos partidos, o al menos los de izquierda, se declaraban partidarios de la unidad proletaria, pero todos planteaban tácitamente como condición de dicha unidad su predominio en la organización conjunta. El Partido Comunista, en cambio, desde su fundación, hizo algo muy distinto: se fijó abiertamente el objetivo de lograr una influencia predominante en el seno de los sindicatos, subordinando

a dicha meta toda la labor de penetración y de propaganda de sus grupos o células comunistas, pero se pronunció a favor de la unidad sindical sin establecer condiciones explícitas o implícitas de ningún tipo, dispuesto a aceptar con entusiasmo la existencia de un organismo único en el plano económico para las masas sindicadas, aunque en éste fueran mayoritarias otras corrientes políticas. El equivocado y desacreditado método que empleaban los dannunzianos para lograr la unidad obrera consistía, en cambio, en crear una enésima central sindical nacional, al margen de las demás y compitiendo con ellas, para luego conducir las a todas a una unificación mil veces ya intentada.

Existía además otro peligro, pues no se excluía claramente la posibilidad de que en la Constituyente por la Unidad participaran los llamados sindicatos fascistas. El peligro consistía en que, gracias a los intentos de los dannunzianos, quizá inconscientemente, todo el movimiento obrero podía terminar bajo el control y la influencia del Estado y la patronal, lo cual le arrebataría, además de todo su vigor revolucionario, toda su capacidad de defensa efectiva contra la rapacidad capitalista. Las masas podían llegar a ilusionarse, pensando que es posible resistir al desmantelamiento de los sindicatos de clase, llevado a cabo mediante el escuadrismo de los grandes intereses patronales, con una actitud menos provocadora, como la de los

dannunzianos. Para nosotros estaba claro que esta táctica no salvaría a las libres y gloriosas organizaciones del proletariado italiano, como tampoco las salvó la predisposición a la colaboración y la sumisión de los reformistas confederales.

Por todas estas razones, los revolucionarios consideraron que el movimiento sindical dannunziano era un error, si es que no era una trampa. Como mínimo se basaba en una táctica errónea, y las fuerzas que logró apartar de la plataforma de las organizaciones rojas han caído, a pesar de los propios dannunzianos, en la órbita de las Corporaciones fascistas. Esto lo demuestra la reciente declaración de disolución del movimiento sindical dannunziano, aunque la desbandada no ha sido general y la declaración se refiere concretamente a las organizaciones florentinas, que han pasado gradualmente a manos del fascismo.

No nos detendremos más en esta estrecha concepción del sindicalismo obrero, propia de los dannunzianos. El libre movimiento organizativo de los productores sólo puede basarse en una abierta declaración de lucha de clase y la actitud correspondiente, en el rechazo a los movimientos que encuadran a los trabajadores bajo etiquetas «nacionales» y bajo control efectivo de la minoría capitalista y de su instrumento natural: el Estado. Más allá de estos límites, la fórmula de la unidad lleva inevitablemente a la

sujeción y castración del movimiento obrero. En un Estado burgués, como es por excelencia el Estado fascista, las Corporaciones Profesionales de Productores sólo pueden ser instrumentos de explotación contra ellos mismos. Sólo el Estado revolucionario del proletariado reconocerá a las organizaciones proletarias como lo que verdaderamente son, y por esta razón, en un primer período, será evidentemente necesario conceder autonomía a los sindicatos, considerándolos no ya como órganos sancionados por la Constitución, a la manera de las Corporaciones previstas en la *Carta* de Carnaro (a pesar de que los sindicatos estén dirigidos por el Partido Comunista, detentor del poder y guía del Estado). El trabajo sindical dannunziano, que se basa en una vaga simpatía por el proletariado y en una reacción moral contra los negreros por parte de esos elementos pequeñoburgueses y excombatientes que hemos mencionado, a causa de la falta de claridad de sus premisas y de su comprensión de esta antítesis que acabamos de esbozar, desembocó en un apoyo indirecto a las Corporaciones fascistas, que oportunamente tomaron prestado de los programas dannunzianos su propio nombre, para organizar la sumisión de los trabajadores a sus parásitos.

El plan de la patronal de despedazar las filas de la red de organizaciones económicas obreras para arrebatarse a los trabajadores las ventajas previamente

conquistadas, ni se detuvo ante las fórmulas de compromiso ofrecidas por el reformismo ultraconciliador, ni tampoco ante la táctica sindical dannunziana. Sus promotores dentro de la organización de los trabajadores del ferrocarril y de los trabajadores del mar confirman nuestra crítica. Muchos de los últimos actos del sindicato de ferroviarios parecen inspirados en este deplorable malentendido, pues estos alardean de su deseo de renunciar a todo carácter «antinacional» para lograr alguna transacción del gobierno fascista. Estos humillantes pasos ni siquiera han dado resultado. Las blasfemias que permiten hacer frente a la ofensiva fascista-capitalista, tanto en las empresas estatales como en las privadas, no van dirigidas contra la patria, sino contra la bolsa de la clase dirigente.

La organización de los trabajadores del mar, dirigida por Giulietti con unos métodos cuya dura crítica no es necesario repetir, también pretendía proteger las conquistas puramente económicas de la clase de los marinos sacrificándose ante la triunfante deidad patriótica e invocando el nombre de D'Annunzio como prueba de que no estaban con la *Antinación*. Pero todo fue inútil, pues el papel del gobierno fascista era ejecutar un mandato de la clase de los armadores, cuyos apetitos estaban molestos por la propia existencia de un sindicato independiente. La defensa de los trabajadores del mar

sólo puede llevarse a cabo siguiendo el camino que siempre han señalado los comunistas, llamando a los propios marinos para que tomen la palabra y desplieguen sus fuerzas en el terreno de la lucha clasista, es decir, contra los armadores y contra el gobierno, lo único concreto que existe en realidad bajo esas manoseadas abstracciones llamadas Italia, Patria, intereses de la nación... Si Giulietti y D'Annunzio renuncian a su ambigüedad, la lucha sería provechosa aun en caso de derrota, pero si pretenden salvar la situación recurriendo a unas fórmulas que encubren la crudeza del conflicto de intereses que existe entre clases opuestas, no podemos sino mostrar de nuevo nuestra desconfianza ante esa estéril conducta.

En conclusión, la situación sindical en Italia demuestra claramente que es imposible llegar a un compromiso con el gobierno fascista, instrumento directísimo del capital en sus diversas formas. No sirve de nada izar la bandera tricolor y declararse partidario de la conciliación social para que, a cambio, los organismos sindicales autónomos puedan desplegar sin trabas su acción económica. ¿Cuándo se darán cuenta de esto los dannunzianos?

Durante la marcha sobre Roma se difundió insistentemente este relato entre bastidores: el 4 de noviembre de 1922 D'Annunzio pretendía llevar a cabo un «golpe» semejante, los fascistas se enteraron y

precipitaron su acción de la manera ya conocida, para que aquel no se anticipara. Aunque es sabido que aquel día el Poeta iba a hablar en Roma y que por aquella época sus manifestaciones de disidencia frente al fascismo se estaban acentuando, semejante plan, suponiendo que existiera realmente, no tenía la más mínima probabilidad de éxito. El ascenso al poder del fascismo, si bien no se llevó a cabo mediante un asalto frontal a la maquinaria del estado, sino a través de un compromiso, es un hecho de enorme magnitud, posible únicamente gracias a una larga preparación y una previa formación de una organización completa y poderosa. Habría sido increíble que el fascismo, a la hora de cosechar los frutos de su vasta campaña, se hubiera visto suplantado por unas fuerzas que no eran ni remotamente comparables en términos de eficiencia, merced a un gesto realizado en el momento oportuno. Creer en la posibilidad de semejante «burla» a la historia es algo propio de ciertas esferas de politicastos pequeñoburgueses italianos, y por lo que parece también concuerda con la mentalidad de los dannunzianos. Estos, sin otorgar nunca la debida importancia a esas vastas organizaciones de los verdaderos intereses de clase, piensan que pueden modificar las situaciones con actitudes puramente espirituales, y consideran que esos giros de la política, que tanto gustan a la sensibilidad emocional de los lectores de la prensa provincial, no son ya el reflejo, sino el propio contenido de los hechos

históricos. ¿Quién habría seguido a los dannunzianos en noviembre de 1922? Todos, se podría responder, pero *todos* es muy poco cuando lo que cuenta son los encuadramientos de minorías eficientes y su influencia concreta en ese encuadramiento fundamental de fuerzas que es la máquina estatal. Suponiendo que el proletariado hubiera sido capaz de actuar en aquel momento de forma decisiva, no habría acogido el llamamiento de D'Annunzio sino como una mascarada del golpe fascista, pues el discurso del balcón del Palacio Marino³⁸ estaba además muy reciente. A las masas no les suele interesar lo que dicen los textos, pues juzgan el simple significado de las posturas que se adoptan. Y aquella postura celebraba una conquista antiproletaria.

Tras la marcha sobre Roma, los fascistas acentuaron su boicot al movimiento autónomo de los dannunzianos, y no sin éxito. Se produjeron muchas otras deserciones entre los legionarios: la *Associazione Arditi d'Italia* se pasó a los fascistas, tomando el nombre de FNAI (*Fed. Naz. Arditi d'Italia*), con su órgano *Fiamme Nere*. Los dannunzianos conservan los restos de la ANAI y en la Asociación de Combatientes constituyen la oposición, representada por los grupos de

³⁸En la noche del 3 de agosto de 1922 D'Annunzio realizó un discurso en el Palacio Marino de Milán, jaleado por los fascistas, en un momento en que la junta municipal socialista había caído en manos del gobierno y de los fascistas.

Italia Libera, que son resultado de una confluencia de distintas corrientes opuestas al fascismo y cercanas a los dannunzianos: socialistas unitarios, republicanos, masones...

Tras la orden gubernamental de disolver los cuerpos armados, la organización de los Legionarios se transformó en la actual «Unión Espiritual Dannunziana», que por más que declare que no es un movimiento político y electoral, sino «espiritual», acepta a todos los ciudadanos que quieran unirse a ella y profesa los principios de la *Carta* de Carnaro, proclamando a Gabriele D'Annunzio como su jefe. La organización la dirigían hasta hace poco unos elementos que según parece no siempre interpretaban legítimamente la voluntad del Poeta. En el reciente Congreso celebrado en Ronchi, el capitán Coselschi, su viejo líder, al que podemos considerar de «derechas» por sus simpatías hacia el fascismo, no fue bien recibido. Los presentes proclamaron que no tenían intención de disolver su organización, como se había insinuado, interpretando erróneamente la voluntad del Comandante. Los actuales dirigentes, a los que el Congreso encargó hacer una visita al Poeta, representan la corriente predominante, que tiende a acentuar su oposición al fascismo. La Unión Espiritual Dannunziana cuenta en Italia con un centenar de secciones y unos doscientos grupos, una organización discretamente

eficiente, aunque carece absolutamente de prensa, no disponiendo ni siquiera de un semanario o una revista como órgano oficial.

¿Qué representa realmente este movimiento en el marco de la política italiana?, debemos preguntarnos ahora. Dados sus orígenes, que hemos explicado sucintamente, el movimiento dannunziano puede adoptar el carácter de una fuerza de oposición al gobierno actual, aunque sin duda actualmente atraviesa un período de incertidumbre, como se deduce de la escasez y la falta de claridad de sus manifestaciones. Desconfiamos de la eficacia de cualquier oposición al fascismo que no sea de carácter clasista y revolucionario, y esta desconfianza obviamente también afecta a los dannunzianos. Los grupos y grupillos de la oposición burguesa al fascismo se mueven dentro de esta contradicción: no son capaces de condenar tajantemente al actual gobierno, aunque sea de manera meramente platónica y académica, ni siquiera se atreven a llevar al extremo su oposición «legalista» y su crítica teórica, pero al mismo tiempo parecen imbuidos en la ilusión de que la situación cambiará de un día para otro, de manera misteriosa, quizá con métodos insurreccionales, o al menos con un golpe de mano como el que hemos mencionado anteriormente. Es como si estas corrientes dijeran: aún no es el momento de decir y escribir lo profundamente antifascistas que somos,

pero lo gritaremos en voz alta cuando llegue el momento, y entonces Mussolini tendrá que salir por piernas. Ahora no es el momento de comprometerse y comprometer nuestros planes.

Para muchos grupos de la oposición, demócratas, masones y similares, esta actitud es pura hipocresía y cobardía, pero creemos que éste no es el caso de los dannunzianos. Probablemente algunos creen sinceramente que este factor misterioso es algo útil, y convencidos de ello a veces hacen el juego a los elementos más traicioneros, que de esta forma mantienen a los primeros encerrados en este equívoco.

Nosotros, la oposición más feroz al fascismo, sabemos que en Italia no hay ninguna fuerza capaz de instaurar un nuevo gobierno de un día para otro. Las brujerías de la alta política tampoco son capaces de hacerlo. Por nuestra parte, dado que nuestra concepción del proceso revolucionario es muy diferente, no tenemos razones para ocultar algunas sencillas verdades. Primero: nuestra intención es derrocar mediante la violencia al régimen actual, y por tanto también al gobierno fascista. Segundo: hoy en día no disponemos de una organización que nos permita llevar esto a cabo, y sabemos que su construcción requiere un largo trabajo político y técnico, trabajo que comienza explicando sin vacilaciones nuestro programa, que es el que hemos expuesto, y atrayendo la máxima atención de las masas

en torno a su necesidad de hacerlo propio. Este método no es tan cómodo como esos encantamientos urdidos en la cueva de las brujas, pero es el único que puede traer algún resultado.

El movimiento dannunziano, pues, debería comenzar explicando su programa de oposición al fascismo de manera clara. Aunque no disponga de una vasta organización, sus tradiciones y el nombre de su jefe darían a semejante acto un peso político considerable. Si los dannunzianos no abren mínimamente las hostilidades de esta forma, no pueden pretender que el proletariado les dé ningún crédito.

La cuestión de los fines acompaña a la cuestión del método. Por lo que parece, todas las recientes manifestaciones de D'Annunzio tienen un propósito pacificador, llaman a la concordia, a rechazar la violencia «venga de donde venga», como dice esa fórmula tan manoseada. Así pues, invita a las masas a sufrir pasivamente la violencia adversaria, no ya porque piense que la estrategia más elemental desaconseja la contraofensiva, sino porque está convencido de que las fuerzas espirituales vencerán a la prepotencia de los opresores. En el mejor de los casos, esta hipótesis es pura ilusión. El proletariado ha aprendido a desconfiar de este tipo de actitudes a través de muchas experiencias, viendo que en el pasado, cuando estallaba el conflicto que los conciliadores tanto habían evitado,

estos, políticamente más cercanos a las masas obreras que D'Annunzio, se colocaban bajo las banderas de la violencia, sí, pero contra el proletariado.

No sabemos si el antifascismo dannunziano consiste en desplegar una acción activa contra el fascismo o en estigmatizar el hecho de que el movimiento de los «arquitectos de la victoria» se haya canalizado a través de una violencia partidista y antiproletaria para, acto seguido, deducir que lo que toca hacer ahora es lanzar una estéril invitación a desandar el camino andado y tender la mano a todos los «italianos». Aun suponiendo que esto no sea una trampa consciente, tampoco sería gran cosa.

Todo esto debe aclararse, más que mediante nuestra investigación crítica o la de cualquier otra persona, mediante declaraciones oficiales de los responsables del movimiento dannunziano, que deberían comprender que esta clarificación es una premisa indispensable para cualquier acción afortunada. El misterio no sirve de nada a un movimiento revolucionario, ni siquiera a uno insurreccional, ni mucho menos a uno meramente «espiritual». Nosotros, revolucionarios, no mantenemos en secreto nuestros propósitos (ya en el *Manifiesto* de 1847 afirmamos que «*los comunistas no ocultan sus propósitos*»), y sólo recurrimos al secreto para proteger el «mecanismo» material de nuestra organización y nuestra acción,

socavado por el adversario. Envolver en misterio las posiciones políticas nunca es un factor para el éxito de los movimientos de vanguardia, sino tan sólo una muestra de ambigüedad y de efectivo carácter conservador por parte de unas corrientes que se limitan a ostentar un semiextremismo de cara a la platea.

A falta de una respuesta «oficial» a nuestras preguntas, disponiendo únicamente de nuestro análisis crítico, difícilmente podemos ir más allá y prever cuál será el destino y la tarea del movimiento dannunziano en la política italiana. Un movimiento compuesto de intelectuales, de profesionales, de antiguos combatientes, parece que es todo lo que pueden dar de sí estos estratos en un sentido no antiproletario, en una situación en la que el proletariado se encuentra además derrotado. Algo es algo. En estas situaciones, es muy difícil que los grupos de las clases medias no opten, entre las dos dictaduras, por la de la burguesía. Un movimiento como el dannunziano podría tener una función opuesta y *simétrica* a la del fascismo: así como la masa de los elementos sociales medios salidos de la guerra han abandonado la vía de la acción autónoma para ponerse a remolque de la gran burguesía, las simpatías de este grupo por las fuerzas del trabajo podrían llevarle (después de haber intentado en vano la vía opuesta, ejercer esa hipotética función independiente de la «inteligencia» en la vida política) a unirse a un

proletariado lanzado al contraataque. Ni que decir tiene que ésta es tan solo una posibilidad entre otras muchas, las cuales también dependen de lo que haga o deje de hacer el propio D'Annunzio en la arena política. Y huelga decir que no creemos que este movimiento «espiritual» tenga una tarea preeminente, ni que pueda cumplir de manera original con su pretensión de guiar a la clase trabajadora por «nuevos» caminos, distintos a la lucha clasista y revolucionaria, abriendo una salida diferente en la historia, por más que fecunde su esfuerzo con la fe y la omnipotencia mística del heroísmo y del sacrificio, lo cual por lo que parece constituye su característica específica.

En todo caso, al margen de toda nuestra crítica teórica y política y de nuestro claro desacuerdo, no podemos evitar sentir cierta simpatía por un movimiento en el seno del cual se agitan todo tipo de ideas y se discute abiertamente, y que además es capaz de canalizar a gran escala la desilusión de muchos elementos intelectuales y excombatientes con la deriva del fascismo, que hoy se revela como el instrumento de los crasos, materiales, brutales y despiadados intereses parasitarios, demostrando la miseria de su pretendida restauración de los valores intelectuales, morales y espirituales.

Amadeo Bordiga.

LENIN EN EL CAMINO DE LA REVOLUCION

Conferencia de Amadeo Bordiga en la Casa del Pueblo de Roma (24/2/1924). Publicada en Prometeo n° 3 (marzo 1924).

Antes de nada debo advertir un par de cosas: no pretendo seguir aquí la pauta de las conmemoraciones oficiales, hacer una biografía de Lenin, ni contar anécdotas sobre él. Intentaré trazar la figura y la labor de Lenin en el movimiento de emancipación revolucionaria de la clase obrera mundial desde un punto de vista histórico y crítico marxista. Esta síntesis sólo se puede llevar a cabo contemplando los hechos con una amplia perspectiva de conjunto, sin detenernos en esos análisis particulares de carácter periodístico que suelen estar llenos de chismorreos e insignificancias. Si tengo derecho a hablar de Lenin, a petición de mi partido, no es porque yo sea «el hombre que ha visto a Lenin», ni por haber tenido la suerte de hablar con él. Es porque soy militante de la causa proletaria, de la lucha por los mismos principios que Lenin personificaba. Por otra parte, los camaradas disponen ya de un detallado material biográfico publicado en toda nuestra prensa.

En segundo lugar, dada la amplitud del tema propuesto, no sólo me será imposible tratarlo por completo, sino tendré que pasar rápidamente sobre

cuestiones que son de primera importancia, confiando en que los camaradas que me escuchan estén al corriente de su planteamiento. Y es que la obra de Lenin trata todos los problemas del movimiento revolucionario. Así pues, no seré breve, pero sí excesivamente sintético seguramente, pues no puedo tratar todo el tema en profundidad.

EL RESTAURADOR TEÓRICO DEL MARXISMO

No es necesario exponer la historia de las falsificaciones y manipulaciones a las que se vio sometida, durante los años previos a la gran guerra, la doctrina revolucionaria marxista, tan admirablemente trazada por Engels y Marx en todas sus partes, y cuya clásica síntesis ha quedado reflejada en el *Manifiesto de los Comunistas* de 1847. Ni tampoco puedo desarrollar aquí, de manera paralela, la historia de la incesante lucha de la izquierda marxista contra esas falsificaciones y degeneraciones. En esta lucha Lenin aportó una contribución de primerísimo orden.

Empezaremos considerando, pues, la labor de Lenin como restaurador de la doctrina filosófica del marxismo, o mejor dicho, de la concepción general de la naturaleza y de la sociedad correspondiente al sistema de conocimientos teóricos de la clase obrera

revolucionaria, la cual no sólo necesita hacerse una opinión sobre los problemas económicos y políticos, sino también adoptar una postura en todo un conjunto de cuestiones que ahora señalaremos.

En un cierto momento de la compleja historia del movimiento marxista ruso, a la que volveré a hacer referencia más tarde, surgió una escuela capitaneada por el filósofo Bogdanov, que quería someter a revisión la concepción materialista y dialéctica marxista para dar al movimiento obrero una base filosófica de carácter idealista y casi místico. Esta escuela pretendía que los marxistas reconocieran que las modernas escuelas filosóficas neoidealistas supuestamente habían superado a la filosofía materialista y científica. Lenin les respondió de modo definitivo con una obra (*Materialismo y empiriocriticismo*) desgraciadamente poco traducida y poco conocida, publicada en ruso en 1908, en la cual, tras un poderoso trabajo de preparación, desarrolló una crítica a los antiguos y modernos sistemas filosóficos idealistas, defendió la concepción del realismo dialéctico de Marx y Engels en su brillante integridad, que supera esa maraña en la que se enredan los filósofos oficiales, y por último demostró que las escuelas idealistas modernas reflejan el reciente estado de ánimo de la clase burguesa, y que su penetración en el pensamiento del partido proletario responde a un estado psicológico de impotencia, de

turbación, una consecuencia ideológica de la efectiva derrota del proletariado ruso después de 1905. Lenin demostró, para nosotros de manera definitiva, que «la doctrina socialista y proletaria no puede reposar sobre bases espirituales, idealistas, místicas o morales».

Lenin también defendió en otro frente el conjunto de la doctrina marxista: la economía y la crítica al capitalismo. Aunque Marx dejó incompleta su monumental obra, *El Capital*, legó al proletariado un método de estudio y de interpretación de los hechos económicos que había que aplicar a los nuevos datos que aportaba el reciente desarrollo del capitalismo, sin desnaturalizar su potencialidad revolucionaria. El revisionismo, sobre todo alemán, jugaba sucio en este terreno, elaborando «nuevas» doctrinas que rectificaban la doctrina del maestro, cambios en apariencia secundarios, pero en realidad sustanciales. Y si decimos que «jugaba sucio» es porque está demostrado (por Lenin mejor que ningún otro) que no se llegó a esos resultados mediante un análisis científico objetivo, sino mediante un proceso de oportunismo político y de corrupción de los líderes del proletariado, quienes incluso se dedicaban a quitar de la circulación importantes escritos de Marx y Engels, cuyo pensamiento se intentaba en parte falsificar, en parte *rectificar*.

Colaborando con otros economistas, como Rosa Luxemburg y el Kautsky de los mejores años, continuando la crítica económica de Marx, Lenin demostró en innumerables trabajos que la ciencia económica marxista explica perfectamente los modernos fenómenos del capitalismo, los monopolios económicos, la lucha imperialista por los mercados coloniales, sin que sea necesario modificar ninguna de sus tesis fundamentales sobre la naturaleza del capitalismo ni sobre la acumulación de sus ganancias mediante la explotación de los asalariados. En 1915 Lenin recogió estos postulados en su libro sobre *El imperialismo*, obra de vulgarización que sigue siendo un texto fundamental de la literatura comunista. Esta postura teórica constituye el punto de partida de la lucha contra el oportunismo y la bancarrota de los viejos líderes en la guerra imperialista. Volveremos a ello más tarde.

Lenin también condujo una lucha teórica contra los falsificadores burgueses del marxismo dentro de Rusia. Estos pretendían emplear, no ya su contenido político y revolucionario, sino su sistema y su método económico e histórico, para demostrar que en Rusia el capitalismo había vencido al feudalismo, tratando de ocultar bajo su adhesión a esta tesis marxista del desarrollo histórico sus intenciones de reprimir el posterior avance del proletariado.

Como hemos visto, en su obra teórica Lenin se nos presenta como defensor de la indivisibilidad de las partes que componen la concepción marxista. No lo hizo movido por un fanático dogmatismo (es quien menos merece esta acusación), pues su demostración se basaba en el examen de una enorme cantidad de hechos y de experiencias que complementaba con su excepcional cultura de estudioso y militante e iluminaba con su incomparable genialidad. Debemos tratar de la misma forma que hizo Lenin a todos aquellos que se apresuran a usurpar «una de las partes» del marxismo, separándola arbitrariamente del resto, ya se trate de economistas burgueses, a quienes les resulta cómodo emplear el método del materialismo histórico, como sucedía hace años no sólo en Rusia, sino también en Italia (otro país de capitalismo atrasado); ya se trate de intelectuales ligados a las escuelas filosóficas del neoidealismo que pretenden conciliar éste con las tesis sociales y políticas comunistas; ya se trate de esos camaradas que afirman en sus libros que comparten la parte «histórico-política» del marxismo, pero que en cambio toda la parte económica ha caducado, es decir, las doctrinas fundamentales de interpretación del capitalismo. Lenin analizó y criticó actitudes análogas en varias ocasiones, demostrando de manera brillante y marxista que sus verdaderos orígenes se sitúan al margen y en contra de los intereses del auténtico proceso de emancipación proletaria, y denunciando de manera anticipada, no

menos brillantemente, las peligrosas consecuencias del oportunismo, que conducía más o menos directamente a comprometerse con la causa enemiga, por más que algunos camaradas permanecieran fieles a nuestra bandera. A aquellos que se «dignan» a aceptar nuestras opiniones a título de inventario, haciendo arbitrarias distinciones y divisiones extravagantes, debemos decirles, siguiendo a Lenin, que nos harían un gran favor ahorrándose el trabajo de aceptar el «resto» del marxismo, pues su potencia radica precisamente en el hecho de que es una perspectiva de conjunto que refleja, en la conciencia de una clase revolucionaria, todos los problemas del mundo natural y humano, unos hechos que son al mismo tiempo políticos, sociales y económicos.

En lo que respecta al aspecto «político» de la doctrina marxista, la labor restauradora de Lenin es si cabe más grandiosa, o al menos más conocida universalmente. Nos referimos aquí a la teoría del Estado, del partido, del proceso revolucionario, teniendo en cuenta que esta parte, que preferimos llamar «programática», contempla también todo el proceso «económico» que se abre con la victoria revolucionaria del proletariado. La brillante refutación de todos los equívocos, los engaños, la mezquindad y los prejuicios de los oportunistas, los revisionistas, los pequeñoburgueses y los anarcosindicalistas, adopta en

este terreno un carácter aún más apasionante y sugestivo. Lenin hizo añicos las armas polémicas de todos nuestros antagonistas, cercanos o lejanos. Quienes aún las empuñan sólo demuestran su ignorancia, es decir, su ausencia en el vivo proceso que en el que se despliega la lucha del proletariado cuando éste aspira a su liberación. Recorramos a grandes rasgos esta serie de tesis que son otros tantos fragmentos de realidad clavados en una doctrina insuperablemente auténtica y vital. Para ello no tenemos más que seguir a Lenin, bien en los programas y las proclamas del partido bolchevique en el curso de su gran victoria, o en su paciente y genial exposición de *El Estado y la Revolución*, donde demuestra que fueron siempre las tesis de Marx y Engels, interpretando correctamente los textos clásicos y comprendiendo como es debido el método y el pensamiento de los maestros, desde su primera formulación en el *Manifiesto* hasta las valoraciones de los acontecimientos del período posterior, sobre todo de las revoluciones de 1848, de 1852 y de la Comuna de París. Una obra, pues, que acompaña el desarrollo histórico del proletariado mundial, que Lenin retoma y relaciona con las batallas revolucionarias rusas: la derrota de 1905 y la aplastante revancha doce años después.

El problema de la interpretación del Estado lo resolvió en el marco de la doctrina histórica de la lucha

de clases: el Estado es la organización de la fuerza de la clase dominante, nacida revolucionaria, aunque luego se convierte en conservadora de sus posiciones. Como ocurre con el resto de problemas, no se trata de considerar *el Estado* como una entidad inmanente y metafísica, que aguarda a que el filosofastro reaccionario o anarquizante de turno venga a darle una definición, sino del Estado burgués, expresión de la potencia capitalista. Luego vendrá el Estado obrero, y más tarde el Estado político tenderá a desaparecer. Nuestro análisis científico demuestra que todas estas fases se suceden dialécticamente en el proceso histórico, cada una surgiendo de la precedente y constituyendo su negación. ¿Qué las separa? Entre el Estado de la burguesía y el del proletariado se inserta únicamente la culminación de una lucha revolucionaria en la que la clase proletaria debe ser guiada por el partido político comunista, que vencerá derribando con la fuerza armada el poder burgués y constituyendo el nuevo poder revolucionario, lo cual implica demoler por completo la vieja máquina estatal y organizar la represión, con los medios más enérgicos, de las tentativas de la contrarrevolución.

A los anarquistas hay que decirles que el proletariado no puede suprimir inmediatamente toda forma de poder, sino que lo primero que debe hacer es asegurar «su» poder. A los socialdemócratas, que la vía

al poder no es ese pacífico camino de la democracia burguesa, sino el de la guerra de clase únicamente. Lenin se convirtió en nuestro jefe defendiendo esta postura marxista tan falsificada: la crítica de la democracia burguesa; la demolición de la añagaza legalista y parlamentaria; la mofa, con ese vigor polémico sarcástico y corrosivo que nos enseñaron Marx y Engels, del sufragio universal y de todas las panaceas semejantes. Estas posturas son armas del proletariado y de los partidos que se sitúan en este terreno.

Reuniendo magistralmente los fundamentos doctrinales, Lenin resolvió todos los problemas del régimen proletario y del programa de la Revolución. «No basta simplemente con tomar posesión del aparato estatal», decían Marx y Engels comentando el *Manifiesto* muchos años después, tras la experiencia de la Comuna de París. Los oportunistas, recurriendo a un «fraude» teórico hoy clásico, afirmaban arbitrariamente que la economía capitalista debía evolucionar lentamente hacia el socialismo, mientras se va preparando legalmente el poder obrero. No obstante, Lenin aclaró que, «además» de tomar posesión del viejo aparato estatal, es necesario hacerlo añicos e implantar en su lugar la dictadura proletaria. Y ésta no se consigue por vías democráticas, ni se basa en los «principios» inmortales (para el filisteo) de la democracia. La

dictadura proletaria no concede a los miembros de la derrotada burguesía una nueva libertad, una nueva igualdad política, les excluye de la nueva «democracia proletaria» (como le gustaba decir al propio Lenin, dando al término *democracia* una interpretación más etimológica que histórica). Lenin demostró con formulaciones clarísimas y de magnífica coherencia teórica que es así, sobre bases realistas, cómo el proletariado debe plantear su libertad para vivir y gobernar. Que denuncie quien quiera la supresión de la libertad de asociación y de prensa para estos infames agentes, actúen inconscientemente o pagados, de la restauración antiproletaria. Teóricamente, Lenin los aplastó en su polémica, y en la práctica esperamos que la Guardia Revolucionaria disponga siempre de suficiente plomo para paliar esta limitada comprensión de los argumentos teóricos.

En lo que atañe a las tareas económicas del nuevo régimen, Lenin explica (no sólo en lo que concierne a Rusia, de la que luego hablaremos, sino en líneas generales) que éstas evolucionan necesariamente de manera gradual y define la auténtica naturaleza de sus diferencias respecto a la economía privada burguesa, tanto en el campo de la producción como en el de la distribución y en todas las actividades colectivas.

También aquí bebe directa y brillantemente de las fuentes más auténticas de la doctrina marxista,

recurriendo a las réplicas de Carlos Marx a esas mil banales confusiones de los adversarios burgueses o de los seguidores de Proudhon, Bakunin o Lassalle, así como a las mejores polémicas de la izquierda marxista contra el sindicalismo soreliano. Tras la conquista del poder, aún existirá una burguesía que habrá que reprimir con armas dictatoriales, aún habrá elementos del proletariado, y más aún del semiproletariado, que habrá que someter a la disciplina legal. El nuevo poder actuará «despóticamente» (Marx) mediante sus decretos económicos y se dará cuenta de que es necesario «esperar» antes de suprimir ciertas formas capitalistas en determinados campos de la economía. Lenin resolvió todas estas contradicciones de manera lógica, definitiva y maravillosa, levantando un programa revolucionario que lejos de temer a la realidad, se acerca a ella, la agarra y tritura sus fragmentos caducos, sus formas muertas, dentro del implacable proceso de las evoluciones y las Revoluciones.

Lenin perfiló las tareas del partido político de clase, marxista y centralizado, casi disciplinado militarmente en los momentos álgidos de la batalla, factor necesario en toda esta lucha renovadora, contra las degeneraciones del laborismo y del sindicalismo. A los oportunistas les echó en cara que la *política* de la clase revolucionaria no se basa en burdas maniobras parlamentarias, sino en una estrategia de guerra civil, de

movilización para la insurrección decisiva y de preparación de la gestión del nuevo orden.

Y coronando este magistral edificio, tras los esfuerzos y dolores de parto del nuevo régimen, ya previstos en el clásico pasaje de Engels, es decir, después de una época en que la milicia de vanguardia pasará por los sacrificios que sean necesarios, se yergue la segura y científica previsión (cuya realización no podemos confiar a la mística impaciencia de esos impotentes pensadores) de una sociedad sin Estado y sin coacciones cuya Economía se basará en la máxima satisfacción de las necesidades de cada uno de sus componentes, en la completa libertad del Hombre, considerado no ya individualmente sino como especie viviente y solidaria que domina completa y racionalmente las fuerzas y los recursos naturales.

A Lenin le debemos pues la reconstrucción de nuestro *programa* y de nuestra crítica al Mundo en general y al régimen burgués en particular, que en conjunto completan la elaboración teórica de la ideología propia del proletariado moderno.

EL EJECUTOR DE LA POLÍTICA MARXISTA

La obra teórica de Lenin no puede separarse de su obra política. Ambas se entrelazan continuamente, y si

nosotros las hemos dividido es tan solo sólo para facilitar la exposición. Mientras restablecía la concepción y el programa revolucionario del proletariado, Lenin se convirtió en uno de los mayores jefes políticos, ejecutando en la práctica de la lucha de clases los principios que defendía en el terreno de la crítica doctrinal. El campo de esta grandiosa actividad que desplegó durante su no demasiado larga vida no se limitó a Rusia, sino que abarcó todo el movimiento proletario internacional.

Consideraremos primero la labor de Lenin durante esos más de treinta años de lucha política en Rusia, hasta que aparece como jefe del primer Estado Obrero. Adversarios de todas las tendencias niegan que exista continuidad y unidad entre los logros de Lenin como gran figura histórica y su doctrina marxista. Supuestamente, como no llegó a realizarse el programa político del proletariado en el capitalista y «civilizado» Occidente, como el socialismo no logró una efectiva victoria en los países modernamente desarrollados, todo fue un fenómeno histórico espurio, propio de un país atrasado como Rusia, era un movimiento, una revolución y un gobierno «asiáticos», que no tienen nada que ver con el objetivo histórico del proletariado mundial, y por eso mismo no puede considerarse como su primera victoria, como la prueba histórica de la posible realización de sus ideales revolucionarios. El

burgués occidental trata así de evitar el «contagio» bolchevique; el oportunista socialdemócrata intenta no verse obligado a admitir la liquidación de sus previsiones programáticas de colaboración de clases y de evolucionismo pacífico y legal, que según sostiene desvergonzadamente son las más adecuadas para el proletariado moderno de los países más «civilizados»; el anarquista atribuye a la naturaleza del pueblo ruso y a sus tradiciones absolutistas las formas coercitivas de la revolución, se obstina en no ver lo evidente y prefiere arrancarse los ojos antes que admitir su ineluctable necesidad.

No hay tesis más estúpida. Lenin encarna el contenido internacional, mundial e incluso occidental (si por Occidente entendemos ese conjunto de países poblados por la raza blanca e infestados por las más modernas delicias del capitalismo industrial) de la revolución rusa. Los propios hechos lo demuestran, por no hablar de todos los argumentos que confirman el análisis marxista y comunista del devenir proletario en todos los países.

Vladimiro Ilich Ulianov nació en 1870, y veinte años después se inició en la lucha política rusa. ¿Qué representa esta fecha, 1890, aparte del momento en que hizo sus primeras armas el futuro gran Jefe proletario? Antes de esta época, varias décadas antes, se había desarrollado en Rusia un movimiento revolucionario

notable y multiforme. La supervivencia del absolutismo y del feudalismo, derrocado en el resto de Europa por las revoluciones democráticas burguesas, dio lugar a un movimiento que pretendía derribar el régimen zarista y se esforzaba por precisar el contenido positivo de su oposición.

La naciente burguesía capitalista, la burguesía media y sus intelectuales, así como el resto de estratos oprimidos por el intolerable peso de los privilegios de la aristocracia, el clero y los altos funcionarios y oficiales, todos ellos participaron en este movimiento caótico, que no obstante ofrece hermosas páginas de lucha y heroísmo y jamás se sometió ante la feroz represión del gobierno de los zares. Hay que aclarar que, si bien los bolcheviques rusos no reniegan de su filiación a las mejores tradiciones de este movimiento de los años sesenta, setenta y ochenta, en medio de este vasto cuadro Lenin y el bolchevismo representan un factor particular y original, destinado a prevalecer sobre el resto. La fecha de 1890, los comienzos de Lenin en la arena política, coinciden prácticamente con la aparición en Rusia de la clase obrera. Los capitales, las máquinas y la técnica industrial occidental cruzaron las fronteras de la Santa Rusia zarista, pues aunque parecía que éstas separaban dos mundos, no podían contener las prepotentes fuerzas de expansión del capitalismo moderno. Con su penetración, con el surgimiento de las

grandes fábricas, aparece, al principio en unos pocos centros urbanos, el verdadero proletariado industrial.

Antes de la llegada de Lenin y del resto de marxistas socialdemócratas rusos, los dirigentes intelectuales del movimiento de oposición al zarismo se habían dedicado a analizar ansiosamente la ideología y la literatura de los movimientos revolucionarios occidentales, lo cual les servía para elaborar su propio programa y sus propias reivindicaciones. Esta importación ideológica se intensificó a causa de la continua emigración de los perseguidos a los centros intelectuales del extranjero, y también se vio favorecida por la capacidad de asimilación que tiene la raza eslava. Pero la cuestión no era importar ideologías, sino encontrar una apropiada para el efectivo devenir de las condiciones sociales en Rusia, con una concreta base de clase. El marxismo, como teoría, fue introducido en Rusia por Plejánov, que cronológicamente precede a Lenin y que en sus buenos tiempos fue uno de los mejores marxistas, maestro del propio Lenin.

Al mismo tiempo que se armaba con el conjunto de doctrinas ya elaboradas por el movimiento obrero avanzado de occidente, Lenin desarrollaba su actividad política en medio de la naciente clase obrera, seguía los problemas concretos de su vida en las fábricas y concretaba su original función en el contexto de la vida rusa. En aquella época Lenin ya empieza a tener claro

que la recién llegada la clase obrera, estadísticamente insignificante entre la inmensa población del imperio de los zares, estaba destinada a ser la protagonista de la inevitable revolución. Esto no hay que interpretarlo como una función o una aportación «específicamente rusa». Al contrario, la penetración de los instrumentos y de las condiciones económicas del gran capitalismo occidental vino acompañada de la fecunda crítica, previamente elaborada, del contenido esencial de todo capitalismo, de un método propio de la clase proletaria y válido para interpretar las más diversas sociedades y épocas históricas: el materialismo dialéctico y la crítica a la economía burguesa de los marxistas occidentales.

Tras presentarnos a Lenin como un mongol o un místico, esos cretinos que disputan en la prensa tratan de presentárnoslo ahora como un profesor alemán y un agente pangermanista. Habría que recordarles que a Carlos Marx, en quien Lenin encontró ya preparada la mentalidad que necesitaba, también le llamaron agente alemán algunos ignorantes, a pesar de haber extraído los materiales para su doctrina principalmente del país en el que el capitalismo se había desarrollado económicamente más rápido, Inglaterra, si bien tuvo también muy presentes los elementos de la revolución burguesa más característica, la francesa. Ambos, Marx y Lenin, vivieron mucho tiempo fuera de sus países de origen, y ambos adoptaron personalmente actitudes

psicológicas opuestas a las de su nación, como otros grandes revolucionarios. Nada más alejado del típico pedante universitario alemán que ese tipo de mente brillante y vibrante que era Carlos Marx, que no tenía nada que envidiar a ningún profesor alemán en lo que respecta a su tenaz laboriosidad y completa preparación. Del mismo modo, nada se diferencia más de esa inercia mística y contemplativa típica del ruso que el realismo, la precisión y la intensidad en el trabajo de aquella formidable máquina humana de alto rendimiento que era Lenin. Marx era judío, eso es cierto, pero si fuese un defecto, ¡ni siquiera podríamos imputárselo a Lenin! Pero estos argumentos apenas tienen importancia a la hora de definir a estos dos colosos como los mayores exponentes de un movimiento a quien nadie le puede negar, ni de lejos, el calificativo en absoluto retórico de *mundial*.

Para explicar históricamente el papel político que desempeñó Lenin en Rusia habría de exponer la compleja historia del partido bolchevique y de la mayor revolución que la historia ha conocido, cosa que no podemos hacer aquí. En líneas generales, ya conocemos sus elementos.

La figura de Lenin destaca desde el principio por su crítica a todas las posiciones teóricas y políticas del resto de movimientos de oposición al zarismo, sobre todo a las de aquellos que fabricaban teorías espurias

para la acción de la clase trabajadora. En esta lucha contra todas las formas de oportunismo, Lenin fue implacable, sin vacilar ante las más graves consecuencias.

Lenin contrapuso la ideología de la clase proletaria al liberalismo político burgués que tendía a difundirse entre el proletariado a través de los intelectuales que se veían empujados a la rebelión. Uno de los dirigentes de los «narodniki» aseguraba que «la clase obrera era muy importante para la revolución». Esta frase trasluce el propósito de la burguesía de «servirse» de las masas proletarias para derribar el absolutismo y establecer luego su propio dominio también, principalmente, sobre el proletariado, como había ocurrido en Francia un siglo antes. Lenin respondió: la clase obrera no será utilizada para hacer la revolución de los burgueses, en Rusia la revolución la llevará a cabo la clase obrera por y para sí misma.

Esta genial intuición histórica se basaba en un completo estudio sobre la naturaleza y el grado de desarrollo de la economía rusa, estudio que permitió a Lenin luchar contra todas las falsificaciones del programa revolucionario y los diversos partidos y grupos oportunistas. Así como combatió aquel marxismo burgués que hemos mencionado, también luchó contra ese «economicismo» que decía que había que dejar a la burguesía la lucha política contra el

zarismo y limitar la actividad del proletariado al terreno de las mejoras económicas, aplazando la construcción de un partido político obrero para cuando la burguesía conquistara el poder y las «libertades políticas». En esta lucha teórica que se desarrolló hacia 1900 ya está presente el contenido de las posteriores campañas contra el revisionismo internacional, representado por Bernstein en la época anterior a la guerra, por el oportunismo socialnacionalista de los años de guerra y por el menchevismo durante la posguerra. En 1903, Lenin provocó una escisión en el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, división que se aprobó en el Congreso de Londres y que formal y organizativamente se llevó a cabo algo más tarde. Aparentemente el desacuerdo se reducía a cuestiones técnicas de organización interna, por otra parte importantísimas para un partido que luchaba con medios ilegales bajo una feroz reacción. Pero en realidad la división estuvo motivada por cuestiones más profundas, como se demostró en los años siguientes. La escisión fue querida y preparada implacablemente por Lenin, quien pronunció entonces aquella frase: *«antes de unirse es necesario dividirse»*, que resume una de sus mayores enseñanzas, a saber, que el proletariado jamás podrá vencer sin antes deshacerse de los traidores, los ineptos y los vacilantes, que nunca es demasiado cuando se trata de amputar los miembros enfermos del cuerpo del partido revolucionario. Naturalmente Lenin fue tildado

de desorganizador, disgregador, sectario, centralizador, autócrata, y todo lo que queráis. Él se reía de todos estos calificativos a los que recurren los oportunistas cuando uno descubre sus maniobras, así como de esa vacía retórica a favor de la unidad, la cual para los marxistas no es más que una palabra vacía si no viene acompañada de homogeneidad y de claras directivas. Hubo más discrepancias antes de la última y más clamorosa, que se desarrolló durante la guerra. La labor clarificadora de Lenin, de amplia perspectiva de futuro, continuó reforzándose, acumulando las auténticas condiciones que necesitaba la futura victoria revolucionaria. Aunque Lenin, exiliado en el extranjero, a menudo no recibía más apoyo que el de los simples obreros que le rodeaban a él y a su pequeño grupo de seguidores, nunca dudó del éxito final de la lucha. El futuro le dio la razón. Aquellos grupúsculos se convirtieron en los miles y miles de proletarios que en 1917 acabaron con el zarismo y el capitalismo, y en los millones de hombres que desfilaron en cortejo interminable ante el cadáver de su jefe, siete años después.

No abordaremos aquí en profundidad la crítica de los bolcheviques a los *liquidadores* que después de 1905 pretendían renunciar a la actividad ilegal del partido alegando que el emperador había aceptado una constitución. Ni tampoco la crítica al partido socialista-revolucionario y sus métodos pequeñoburgueses, cuyo

programa ponía en primer plano a la clase campesina, argumentando que en Rusia la abolición del capitalismo privado no sería una cuestión central para la revolución proletaria. Ni tampoco la crítica a los anarquistas, a los sindicalistas, y a tantas otras escuelas políticas, de diversa importancia, que se agitaban en el caleidoscopio del período prerrevolucionario.

Lenin creó ese partido que debe responder de modo brillantísimo a las exigencias revolucionarias, magnífico instrumento de acción y de lucha. Y llegó la hora de pasar de la crítica polémica y la paciente preparación organizativa a la batalla abierta. Fue entonces cuando las fuerzas revolucionarias empezaron a concentrarse alrededor de estos secesionistas: los soldados cansados de la guerra y los campesinos pobres cayeron bajo la influencia del partido de vanguardia obrera. Los Soviets, surgidos en 1905 durante la primera gran lucha revolucionaria, en la que el bolchevismo se templó y se afirmó vigorosamente, en 1917 se fueron orientando poco a poco hacia el partido de Lenin. En este período de acción las cualidades de Lenin se manifestaron de manera fantástica, prestándose fácilmente a la glorificación mística. No obstante, para nosotros, marxistas, esto no era más que la necesaria culminación de una completa y exhaustiva preparación de las condiciones revolucionarias en todos los campos. En la insurrección de julio, aunque la ocasión era

tentadora, Lenin afirmó resueltamente que aún no había llegado el momento de jugarse el todo por el todo. Pero al llegar las jornadas de Octubre, solo o prácticamente solo, comprendió que había llegado el momento, que no podían dejarlo pasar, y lanzó con mano firme el golpe decisivo, canalizando en la magnífica maniobra política de un partido el desenlace de la formidable crisis que enfrentaba a fuerzas sociales opuestas, de donde la clase trabajadora debía salir triunfante.

La crítica teórica de la democracia y del liberalismo burgués culminó con una acción: los trabajadores armados disolvieron por la fuerza aquel «hatajo de bribones» que era la Asamblea Constituyente, ¡democráticamente elegida!

La consigna de Lenin, «¡todo el poder a los Soviets!», había triunfado. La dictadura del proletariado teorizada por Marx hacía su tremenda entrada en la realidad histórica. La contrarrevolución, pese a sus múltiples esfuerzos, no logró vencer y tuvo que retroceder ante la implacable fuerza del terror revolucionario sin poder aprovechar, contra el exitoso trabajo del gobierno encabezado por Lenin, ni las dificultades internas de la economía rusa, que se iban acumulando, ni los fracasos del proletariado en los demás países del mundo. Lenin y su partido continuaron su labor en esta nueva fase, distinta pero no menos ardua, aumentando siempre su fuerza y su experiencia.

No nos hemos podido extender mucho sobre el papel de Lenin como ejecutor de la política marxista en Rusia, pues aún nos queda hablar de toda su actividad internacional. Aquí, la lucha contra las desviaciones marxistas tampoco fue meramente teórica, sino también política y organizativa. Cuando aún no era tan conocido entre la multitud como los tradicionales líderes de los partidos de la Segunda Internacional, Lenin impulsó en su seno una corriente de izquierda, liderando la lucha contra el revisionismo. A él le debemos que en el Congreso de Estocolmo se aprobara la moción que defendía la huelga general en caso de guerra.

Sobrevino la guerra, y Lenin fue el primero en comprender que con la vergonzosa quiebra del 4 de agosto de 1914 la Segunda Internacional se había hundido para siempre. Entre los socialistas que se oponían a la guerra, reunidos en Zimmerwald y en Kienthal, se reagrupó una izquierda, polarizándose en torno a esa fórmula de Lenin: transformación de la guerra imperialista en guerra de clase. Y se decidió fundar la nueva Internacional, lo cual se produjo en 1919 en la capital del primer Estado proletario, en un momento en que la doctrina marxista ya disponía de sólidas bases y cuando la victoria del Partido Comunista Ruso ya había dado una grandiosa muestra de lo que es la política proletaria, que se deriva de dicha doctrina.

Tras restaurar la teoría proletaria, la labor de la Tercera Internacional se centró en provocar la escisión con los oportunistas en todos los países, en sacar de las filas de la vanguardia obrera mundial a los reformistas, socialdemócratas y centristas de todo tipo. Esta palingenesis se llevó a cabo en todos los viejos partidos, y así se constituyeron las bases de los nuevos partidos revolucionarios del proletariado. Lenin guio con mano férrea esta difícil operación, ahuyentando las posibles vacilaciones y debilidades.

Luego diremos unas palabras acerca de las razones por las cuales esta gigantesca batalla aún no se ha saldado en todos los países con un éxito definitivo. El mejor estrategia del proletariado nos ha abandonado en un momento en el que, en muchos frentes, la lucha no nos es favorable.

La labor política de la nueva Internacional tiene algunos aspectos esenciales en los que debemos detenernos. La restauración teórica marxista condujo directamente a las conclusiones fundamentales del primer Congreso, constituyente en materia programática, y a buena parte de las doctrinas que se elaboraron de mejor forma en el segundo, el de 1920, el mejor Congreso de la Internacional. Nos referimos a las condiciones de admisión de los partidos comunistas, a las tesis sobre las tareas del partido comunista, sobre el significado de los consejos de obreros y campesinos, o

sobre el trabajo en los sindicatos. También se trataron otras cuestiones, con la misma fidelidad a las líneas generales del método marxista, pero de manera algo más original, pues se colmaron las lagunas más graves del tradicional movimiento socialista.

Así sucedió con la cuestión nacional y colonial. La Internacional condenó sin ambages, en el terreno teórico y práctico, al socialnacionalismo y sus sofismas acerca de la defensa nacional, la guerra por la democracia y por la libertad o la restauración del principio jurídico burgués de nacionalidad. Se valoró de manera dialéctica y marxista la importancia que tienen las fuerzas sociales y políticas que se enfrentan a la potencia de los principales Estados burgueses imperialistas allí donde aún no existe un proletariado modernamente desarrollado, esto es, en las colonias y en los pequeños países sojuzgados por las grandes metrópolis capitalistas. Así fue como se construyó, sobre una plataforma exquisitamente clasista, una síntesis política genial tanto para la lucha política del proletariado europeo y del resto de países más modernos contra las grandes ciudadelas burguesas, como para los movimientos de rebelión de las poblaciones de oriente y de todos los países coloniales, con el objetivo de socavar, con la ayuda de todas estas fuerzas, las bases mundiales de las fortificaciones defensivas del sistema capitalista. El proletariado comunista mundial conserva

con esta postura su actitud dirigente y de vanguardia, sin modificar ni su ideología ni su objetivo final, que continúa siendo su dictadura de clase. Tampoco cede en absoluto a las efímeras y erróneas premisas teóricas y políticas de los nacional-revolucionarios semiburgueses de los países mencionados, a quienes los partidos proletarios comunistas deberán arrebatarse la dirección del movimiento en cuanto sea posible. Esta delicada cuestión histórica sólo la pueden resolver dentro del marco de la dialéctica revolucionaria unas fuerzas políticas sólidamente marxistas. Algunos peligros son inevitables, sobre todo cuando esta postura se presenta como una «nueva» consigna que diferencia la actitud de la Internacional de aquella otra, excesivamente rígida, adoptada por la clásica izquierda marxista. Esto sólo pueden hacerlo los oportunistas, lo cuales pretenden permanecer dentro de la Internacional, no sabemos con qué intención. En los términos teóricos en los que Lenin resolvió esta cuestión y bajo su dirección política, no había que temer semejantes peligros. Es más, lejos de atenuarse, la eficacia de la acción revolucionaria mundial se intensificó.

Sobre la cuestión «agraria» habría que decir brevemente algunas cosas. La postura adoptada en el II Congreso en el fondo no es más que un análisis que esclarece el auténtico punto de vista marxista sobre el problema de la economía agrícola. En este campo Lenin

también aportó notables trabajos teóricos. La Internacional terminó resolviendo políticamente este problema que los oportunistas preferían eludir, apartándose fraudulentamente, con una hábil maniobra, de la tesis revolucionaria que dice que el proletariado industrial debe ser el principal motor de la revolución, para adoptar esa actitud oportunista que consiste en cortejar los intereses y los privilegios de la aristocracia obrera, a la que tanto estiman, para arrastrarla a una alianza con el capital. La doctrina agraria de la Tercera Internacional se basa en el ABC del marxismo. Distingue claramente entre la empresa agrícola moderna e industrial, la pequeña empresa tradicional y sobre todo el régimen de la pequeña empresa económica incrustada dentro de esa unidad puramente jurídica que es el gran latifundio de un único propietario, que explota a muchas familias de trabajadores de la tierra. La teoría general de la Internacional Comunista reivindica y explica que la construcción económica del socialismo se llevará a cabo gradualmente, y esto significa que la dictadura proletaria debe aportar soluciones diferentes para cada uno de estos estadios agrícolas. El programa de socialización, pensado para la gran industria, sólo afectará a las empresas del primer tipo. En cambio, para el tercer tipo de empresas el programa inmediato no puede ser otro que la eliminación del latifundista y la concesión de la tierra a las familias campesinas, hasta que maduren las condiciones técnicas que permitan un cultivo

centralizado de tipo industrial. El análisis teórico de este problema, que los oportunistas siempre han preferido eludir, nos muestra de manera incontrovertible qué relaciones políticas debe establecer el proletariado industrial con las diversas clases campesinas: con los asalariados de la tierra que trabajan en las fincas industrializadas la identificación es completa, con los campesinos pobres que trabajan directamente la tierra habrá que establecer una alianza, mientras que las relaciones con los campesinos medio pobres dependerán de la situación coyuntural. La revolución obtendrá así una ayuda importantísima por parte de la segunda categoría, sin descuidar nunca la necesaria preeminencia del gran proletariado urbano, la cual, por otra parte, está sancionada en la propia Constitución de la república soviética, donde la representación los obreros tiene mucho más peso que la de las masas campesinas, siendo los primeros quienes forman el personal del nuevo aparato del Estado obrero.

También esto se presta a más que posibles exageraciones y equívocos en cuanto uno se olvida un poco de las tareas revolucionarias. A este respecto, es importante recordar los duros reproches del camarada Trotsky a las tendencias «campesinas» generadoras de oportunismo dentro del partido francés. No obstante, éstas nada tienen que ver con el caso que nos ocupa. No se puede decir que las soluciones que hemos

mencionado sean nuevas, no previstas por la línea marxista fundamental. La labor de la Internacional no precisa de elogios, pero si fuera éste el caso, ésta no sería la forma de hacerlo, y además entrañaría el riesgo de tender puentes a actitudes dudosas. No se trata de presentar el bolchevismo o el leninismo como una ideología concreta que se distingue por propugnar la alianza del proletariado con los campesinos, como parece que intenta hacer el camarada Zinoviev. Y no es que estemos en desacuerdo con dicha alianza, sino que ésta fórmula teórica puede ser empleada por los contrarrevolucionarios para camuflar un eventual repliegue histórico del contenido de la revolución rusa (no decimos que ésta sea la intención del camarada Zinoviev, pero sí que es la perspectiva corriente de los oportunistas). Entre las más hermosas tradiciones del partido bolchevique se cuenta precisamente esa genial intuición histórica con la que se enfrentó al programa social-revolucionario, al que «robó» un punto esencial que además ha sido realizado, no por la clase campesina, sino por la obrera. Y es que el campesinado no puede emanciparse con sus propias fuerzas, sólo el proletariado puede guiarle a la liberación.

Aquí sólo podemos esbozar estas cuestiones, pero los camaradas ya conocen, o al menos pueden leer, mi pequeño folleto vulgarizador sobre la «cuestión agraria», o mejor aún, las tesis del II Congreso de

nuestro partido sobre esta cuestión, que representan el unánime posicionamiento de los comunistas italianos sobre la plataforma que he intentado resumir aquí brevemente.

EL SUPUESTO OPORTUNISTA TÁCTICO

Pasemos ahora a considerar el aspecto más delicado y difícil de la figura de Lenin, el que se refiere a sus criterios tácticos. La cuestión de la táctica ciertamente está unida al problema de la doctrina, del programa y la política general. Por esta razón nosotros rechazamos con todas nuestras fuerzas esa opinión según la cual Lenin, el fustigador del oportunismo (cuya primera definición se la debemos a Engels, quien, como si aguardara a los futuros falsificadores bersteinianos, condenó la actitud de quienes comprometían con problemillas cotidianos la visión y la preparación de la perspectiva final del programa), en la práctica cedió fatalmente a la flexibilidad ambigua, a la diplomacia rufianesca, al supuesto «realismo», entendido como lo entienden el tendero y el filisteo.

El burgués se aferra a esta mentira tratando en vano de tomarse la revancha sobre ese «utopismo» que tontamente atribuyen a Lenin y a su escuela. El oportunista actúa de la misma forma, por razones parecidas, así como el anarquista, quien se cree que es

el único capaz de mantenerse íntegramente fiel a las actitudes revolucionarias, en cualquier circunstancia. Por diversas razones, no puedo desarrollar aquí, ni siquiera resumidamente, toda la cuestión de la táctica comunista. Habrá que tratarla en otra parte. Me limitaré a hacer algunas observaciones sobre la táctica y las maniobras políticas de Lenin y a reivindicar el verdadero carácter de su obra. En un futuro este debate puede ser importantísimo, pues no puede descartarse, luego veremos por qué razones, la posibilidad de que las lecciones de Lenin terminen siendo tergiversadas por aquellos que las defienden aislándolas del conjunto de su obra, tan formidable, compleja y unitaria. Para nosotros no hay la menor diferencia entre el firme e implacable Lenin de los años de las discusiones y la preparación, y el infatigable Lenin de las múltiples conquistas.

Conviene examinar primero la táctica de Lenin como jefe de la revolución rusa antes de examinar su táctica como jefe de la Internacional Comunista. Mucho podría decirse sobre la táctica del partido bolchevique antes de la revolución. Ya hemos explicado cuáles fueron las tareas de este partido en lo que respecta a las grandes directrices programáticas y a la crítica de los adversarios. Nos queda por tratar cómo afrontó las relaciones con otros partidos afines en las distintas situaciones coyunturales que precedieron a la gran

acción autónoma de 1917. En su posicionamiento ante el problema de la táctica internacional, los comunistas rusos recurren constantemente a este importantísimo material, que sin duda siempre se ha tenido en cuenta en los debates de la Internacional, y así debe seguir siendo.

Nos limitaremos a recordar un episodio importantísimo que en su día provocó disensiones entre los propios camaradas rusos: la paz de Brest-Litovsk en 1918 con la Alemania imperialista, que se aceptó sobre todo gracias a la clarividencia de Lenin. ¿Acaso esta paz implicaba un compromiso con el militarismo del Káiser y los capitalistas? Sí, si se juzga desde un punto de vista superficial y formalista. No, si se sigue un criterio dialéctico marxista. En aquella ocasión, la política dictada por Lenin fue la única que tuvo en cuenta las grandes necesidades finales revolucionarias.

Se trataba de poner en relieve ese estado de ánimo que el impulso revolucionario había infundido en las masas rusas: abandonar el frente de la guerra entre naciones para derrocar al enemigo interno. Y había que contagiar esta actitud derrotista a las filas del ejército germánico, lo cual se llevó a cabo desde el primer momento mediante las «confraternizaciones». El tiempo terminó dando la razón a Lenin y quitándosela a quienes juzgaban frívolamente que había que continuar la lucha contra la militarista Alemania, sin preocuparse ni de las consecuencias programáticas a largo plazo, ni de las

prácticas (que esta vez coincidían totalmente con las primeras, lo cual no siempre sucede, y es entonces cuando el problema táctico presenta mayor dificultad), que demostraban que la derrota estaba asegurada por razones técnicas militares. El general Ludendorff afirma en sus memorias que lo que provocó el hundimiento del frente alemán, tras una serie de clamorosas victorias militares en todos los sectores y en un momento en que técnicamente la situación era buena en todos los aspectos, fue el factor de la moral, es decir, un factor político: los soldados ya no querían combatir más. La política genialmente revolucionaria de Lenin, si bien recurría al lenguaje de las negociaciones diplomáticas con los delegados del Káiser, supo hallar la vía revolucionaria, despertando al proletario explotado que con el uniforme del soldado-autómata alemán era llevado al matadero en interés de sus opresores.

Brest-Litovsk no sólo salvó la revolución rusa del ataque del capitalismo alemán, al que la Entente se apresuró a reemplazar con la misma insolencia contrarrevolucionaria, sino que también permitió ganar tiempo, los meses que se necesitaban para convertir al ejército rojo en un baluarte invencible, y terminó provocando la derrota de Alemania en el oeste, que luego sirvió para ensalzar erróneamente la supuesta habilidad estratégica de los Foch o Díaz, esos jefes militares de la Entente que ya habían demostrado en

cientos de ocasiones su incompetencia profesional durante la guerra.

Pasemos ahora comentar brevemente el argumento en el que insisten tanto insisten aquellos que tratan de presentar a Lenin como el hombre de las concesiones y transacciones: la Nueva Política Económica rusa.

Ya hemos mencionado antes que es necesario tener en cuenta el carácter inevitablemente gradual e internacional de las tareas económicas de la revolución proletaria, y también hemos comentado fugazmente los fundamentos teóricos y políticos de las relaciones que lógicamente debían establecer los proletarios industriales de Rusia con las clases campesinas. No obstante, nuestros adversarios afirman que en lugar de avanzar lentamente hacia un régimen socialista y más tarde comunista, en realidad se ha retrocedido hacia posiciones ya superadas, se han restablecido esas formas puramente burguesas que había que suprimir y, en fin, se han hecho concesiones al capitalismo mundial, al que se había declarado una guerra sin cuartel. Todo esto supuestamente demuestra que Lenin y los comunistas han terminado acomodándose al mismo oportunismo que antes reprochaban clamorosamente a los demás.

Nosotros afirmamos, al contrario, que aquí no puede hablarse de oportunismo, pues siguiendo el

planteamiento teórico de Lenin, que él mismo se dedicó a poner en práctica paso a paso hace casi dos años, y digámoslo claramente, siguiendo también la magnífica formulación del problema por parte de León Trotsky en su potente discurso al IV Congreso mundial, toda esta grandiosa maniobra táctica se ha llevado a cabo sin perder nunca de vista los intereses supremos del proceso revolucionario, sin renunciar a la victoria final en la compleja lucha contra las formidables y múltiples resistencias capitalistas. Sólo una persona garantizaba todo esto: Lenin.

Durante el primer período, el problema fundamental de la revolución rusa fue la lucha militar, continuación directa de la ofensiva revolucionaria. Hubo que rechazar las múltiples contraofensivas de las fuerzas reaccionarias, no tanto en el frente político interno, sino en todos esos frentes amenazados por las bandas blancas, que recibían apoyo de las potencias burguesas, grandes y pequeñas. En esta épica lucha, que sólo a fines de 1920 pudo darse por acabada tras pasar por unos episodios y fases que aquí no puedo relatar, el ejército rojo y la policía roja machacaron al enemigo de una manera tan brillantemente decidida que a la hora de valorar este conflicto de clase entre revolución y contrarrevolución nadie podrá decir que hubo compromisos o renunciaciones. Y no hay nada que nos invite a pensar que la política del primer Estado obrero y

campesino, que se basa en el antagonismo mundial entre el proletariado y el capitalismo, no demostrará esta misma decisión si este antagonismo se agudiza de nuevo, volviendo incluso al terreno militar. Ahora bien, en aquel período, el problema de la construcción del socialismo era secundario. Por una parte, se trataba de impedir que las conquistas político-militares del proletariado fueran aplastadas, y por otra parte de facilitar la extensión de la victoria revolucionaria a otros países.

A principios de 1921 esta fase toca a su término. Por un lado, la revolución no llega a Europa, al menos de momento, a causa del fenómeno general de la ofensiva capitalista contra los organismos proletarios. Y por otro lado las potencias burguesas abandonan su lucha por derribar violentamente el régimen de los Soviets. Ahora ya no se trata únicamente de mejorar las condiciones de vida y de conducir la lucha contra el peligro de una restauración burguesa y zarista, lucha que ha mantenido unidas a las distintas clases revolucionarias, sino de organizar, mediante fórmulas que sólo pueden ser contingentes y transitorias, la economía de un país como Rusia, en el que la fuerza política del capitalismo y del resto de fuerzas reaccionarias (como el feudalismo agrario) ha sido derrotada, y donde es imposible constituir un régimen económico plenamente socialista, dada la ausencia de

condiciones técnicas, económicas y sociales adecuadas, tras siete años de guerra, revoluciones y bloqueo.

¿Acaso debíamos llamar a los mandatarios de las hordas blancas, dispersas y derrotadas, y decirles que como nosotros no podemos constituir de golpe la economía comunista, ellos deben hacerse cargo del poder y gestionar el país con una economía burguesa? ¿O debíamos desarmar al ejército y al Estado revolucionario y apelar a las misteriosas iniciativas «libres» y «espontáneas» del «pueblo», como afirman los anarquistas sin comprender que el resultado sería en ambos casos el mismo? Estas opciones se las dejamos a los dementes y a los idiotas.

Los bolcheviques, con Lenin al frente, resolvieron este difícil problema de manera muy distinta, guiados por un claro y valiente análisis marxista.

Las necesidades políticas y militares de aquel primer periodo «impusieron» un conjunto de medidas económicas que no tenían valor en sí mismas, si bien permitían quebrar la resistencia de ciertas clases y estamentos. Lenin definió este conjunto de medidas como «comunismo de guerra». Había que demoler despiadadamente y sin medias tintas el viejo aparato administrativo de la industria rusa, que estaba enormemente concentrado a pesar del atraso de Rusia; había que expropiar no sólo a los grandes latifundistas,

sino también a los medianos propietarios agrícolas, pues constituían una capa antirrevolucionaria que debía ser puesta fuera de combate; había que monopolizar completamente el comercio del grano, pues no se podía asegurar de otro modo el aprovisionamiento de las grandes ciudades y del ejército. Y todo ello sin pararse a pensar si el Estado proletario sería capaz de sustituir todas estas formas, cuya abolición era una necesidad, por una organización socialista estable.

Acabado dicho período, el problema se planteaba en términos esencialmente económicos, y por tanto había que solucionarlo de manera nueva y distinta. Hoy todo esto parece clarísimo, si se examina sin prejuicios seudorevolucionarios. En la sociedad rusa, dice Lenin, existen formas económicas variadísimas: régimen agrícola patriarcal, pequeña producción agraria para el mercado, capitalismo privado, capitalismo de Estado y socialismo. Económicamente, no hemos llegado a ese punto en el que la lucha enfrenta sobre todo al capitalismo de Estado con el socialismo, sino que estamos en la lucha entre dicho «capitalismo de Estado» y la «lacra» de la economía campesina pequeñoburguesa y del capitalismo privado. Trotsky, en el discurso que hemos mencionado (que debería publicarse en italiano para difundirlo todo lo posible), explica qué es lo que entendía Lenin por capitalismo de Estado. Éste no consiste en llevar a cabo una socialización a través del

Estado «burgués», como tradicionalmente se piensa, sino en realizarla a través del poder político *proletario*, en ciertos campos de la economía, y con toda una serie de reservas y limitaciones que permiten conservar el control supremo del Estado a nivel político y financiero, mientras se adoptan métodos de «contabilidad comercial» capitalista.

Es decir, el Estado ruso hace de empresario y de productor, pero dada la situación económica de Rusia no puede ser el *único* empresario, como sucedería en un régimen «socialista». Por eso hay que permitir que la distribución la lleve a cabo, no ya el aparato estatal, sino el mercado libre de tipo burgués, donde pueden intervenir el pequeño campesino comerciante, el pequeño empresario industrial, y en determinadas ocasiones, en empresas y fábricas fuertemente controladas por la república obrera y sus organismos especializados, el capitalista mediano local y el gran capitalista extranjero.

Si se actuara de otra forma, sobre todo en lo que respecta a la cuestión agraria, se paralizaría toda la vida productiva. No se puede hablar de socialización, ni siquiera de una gestión estatal de cierta amplitud, en el contexto de una agricultura tan rudimentariamente atrasada como es la rusa. Al campesino sólo se le puede incitar a producir concediéndole libertad para comerciar con sus productos agrícolas, sustituyendo las

requisiciones, necesarias en el «comunismo de guerra», por el pago de un impuesto «en especie» al Estado.

Esta nueva orientación de la política económica parece una especie de retirada. Si éste fuera el caso, habría que considerarla como una fase inevitable dentro de esa compleja evolución del capitalismo y el precapitalismo al socialismo. Una fase que previsiblemente estará presente en todas las revoluciones proletarias y cuya importancia evidentemente dependerá del grado de desarrollo del gran capitalismo y de la extensión del «territorio» previamente conquistado por la victoria proletaria.

Hay que señalar otro de los peligros que la NEP supo encauzar a tiempo: el *desclasamiento* del proletariado industrial. Las dificultades de aprovisionamiento en los grandes centros urbanos estaban provocando la migración al campo de los trabajadores de las fábricas. Esta migración tenía una gravísima consecuencia de carácter socio-político, aparte de las económicas. Aislaba a la revolución y a sus órganos de sus bases fundamentales, del proletariado urbano, y de esta forma ponía en riesgo las condiciones más esenciales para el futuro desarrollo de todo el proceso. Las medidas entonces adoptadas también permitieron afrontar este fenómeno, el ritmo de la vida económica fue aumentando paulatinamente, atenuando el flagelo natural de la carestía, que desgraciadamente

venía a añadirse a las demás dificultades provocadas por el adversario.

Entre las medidas que caracterizan la Nueva Política Económica se incluye, naturalmente, la instauración de un *modus vivendi* económico, e incluso diplomático, con los Estados burgueses. No hay teoría de la revolución seria que afirme que los Estados burgueses y proletarios deben hacerse la guerra permanentemente. Desde luego que es posible que esta guerra se produzca, pero al proletariado le interesa desencadenarla cuando ello suponga el estallido de una guerra civil en los países burgueses, y cuando esté además en condiciones de ganar ésta última. Ésta es la vía «natural» que conduce a la victoria del proletariado. Desde el punto de vista comunista, esto era imposible, y como por su parte a los Estados burgueses no les era posible suscitar una revuelta anticomunista en Rusia, no es extraño que se abriera un período de tregua militar y de relaciones económicas, que ambas partes consideraban necesario. Sería ridículo, por otra parte, pensar que este problema se reduce a valorar si nos merece la pena vencer la repugnancia que sentimos hacia los contactos protocolarios y las exigencias de la etiqueta.

La ruptura de la Conferencia de Génova³⁹ demuestra que el gobierno ruso en absoluto renuncia a las cuestiones de principio ni se prepara para volver la economía privada, como les gusta insinuar constantemente a todos nuestros adversarios. Arrancando al capitalismo algunas de sus fuerzas propulsoras de la gran producción, aunque sea al precio de una contraprestación, de los diversos recursos naturales rusos, se prosigue la obra teorizada por Lenin y que consiste en suprimir poco a poco la pequeña economía industrial, agraria y comercial, enemiga del proletariado, y principal enemiga además allí donde, como en Rusia, la organización del dominio político del gran capitalismo ya ha sido puesta fuera de combate. El problema de las relaciones políticas con la clase campesina tampoco se ha resuelto con fórmulas oportunistas, pues si bien se han hecho concesiones al pequeño campesino, hay que tener en cuenta que esto

³⁹ Entre abril y mayo de 1922 se celebró la segunda conferencia monetaria internacional en Génova, convocada por la Sociedad de Naciones. La conferencia aprobó la vuelta al patrón oro. Las naciones acreedoras pidieron a las autoridades soviéticas que reconocieran la deuda y las indemnizaciones por las propiedades confiscadas. El representante soviético, Georgi Chicherin, les ofreció aceptar la deuda a cambio de la cancelación de las deudas de guerra, una compensación por los daños infligidos por las tropas de la Entente en su intervención durante la guerra civil rusa y créditos para el gobierno soviético. Las diferencias entre los aliados y la desconfianza hacia la URSS, tras su anuncio del Tratado de Rapallo con Alemania, hicieron imposible cualquier tipo de acuerdo.

representa un factor revolucionario, dado que de esta forma su lucha contra el boyardo queda ligada a la lucha del proletariado contra el capitalismo. Sin embargo, en el futuro, el programa obrero deberá renunciar y superar definitivamente el programa de la alianza con el campesinado.

Tras este esbozo incompleto, trataremos esa idea que muchos tienen acerca de la táctica propuesta por Lenin a la Internacional Comunista y sus vivas críticas contra los criterios tácticos de «izquierda».

El método que empleó Lenin para examinar los problemas de orden táctico y construir la teoría del «compromiso» es completamente adecuado. Dicho esto, debo añadir que en mi opinión aún no hemos completado esa vasta tarea que consiste en elaborar la táctica que debe adoptar la Internacional a través de dicho método, ni mucho menos. Lenin *cerró* la cuestión de la doctrina y del programa, *pero no la cuestión de la táctica*. Aún existe un peligro: que el método táctico de Lenin sea tergiversado y termine perdiendo la perspectiva de sus claras premisas programáticas revolucionarias, lo cual eventualmente podría poner en riesgo la propia consistencia de nuestro programa. Algunos elementos de derecha de la Internacional invocan con demasiada frecuencia el criterio táctico de Lenin para justificar su propio comportamiento acomodaticio y su potencial renuncia, lo cual no tiene

nada que ver con la línea brillantemente revolucionaria y finalista que recorre toda la grandiosa obra de Lenin. Este problema es extremadamente grave y delicado.

¿Cuál es esencialmente la crítica de Lenin a los errores de «izquierda»? Su crítica condena toda valoración de orden táctico que no se base en el realismo positivo de nuestra dialéctica histórica y en el valor efectivo de las posturas y los factores tácticos, sino en ingenuas fórmulas abstractas, morales, místicas o estéticas, las cuales provocan de improviso unos resultados totalmente extraños a nuestro método. El desprecio a la fraseología seudorrevolucionaria, que sustituye arbitrariamente los auténticos argumentos marxistas, no sólo es una postura correcta, sino que además cuadra perfectamente con todo ese grandioso y serio trabajo de restauración de los verdaderos valores revolucionarios que le debemos a Lenin y que pálidamente estamos tratando de esbozar aquí en sus rasgos fundamentales. Todos esos ridículos argumentos tácticos basados en la fobia a ciertas palabras, gestos y contactos, en la búsqueda de una supuesta pureza o incorruptibilidad de los comunistas de cara a la acción, constituyen el necio infantilismo que combatió Lenin, que es fruto de unos prejuicios teóricos burgueses de sabor antimaterialista. Sustituir la táctica marxista por una doctrinilla moral es una estupidez.

Pero esto no significa que algunas de las conclusiones tácticas que sostiene la izquierda (y que muchos defienden con este tipo de argumentos ingenuos) no sean fruto de un verdadero análisis marxista, libre de toda veleidad ética y estética y perfectamente preparado para aceptar razonadamente las exigencias de la táctica revolucionaria, aunque carezcan de elegancia y nobleza en su aspecto más inmediato. Este es el caso, por ejemplo, de las tesis sobre la táctica aprobadas en el II Congreso de nuestro partido⁴⁰. En ellas se critica el método táctico del frente único de los partidos políticos basado en la formación de un órgano permanente por encima de éstos sin necesidad de recurrir al argumento de que es indigno de comunistas tener tratos con los jefes oportunistas o acercarse a ellos. Creo que incluso deberíamos cambiar el propio término «oportunista», dado su sabor moralista. He mencionado el problema únicamente a modo de ejemplo explicativo, no para discutirlo.

Teniendo en cuenta dónde nos ha llevado la experiencia táctica de la Internacional y el hecho de que Lenin dejó de ser su animador hace ya dos años, tenemos derecho a afirmar que para solucionar este problema primero hay que discutirlo. Rechazamos que el realismo marxista de Lenin pueda traducirse en esa

⁴⁰ Véase las *Tesis de Roma*, reproducidas más arriba.

fórmula que dice que para lograr nuestros objetivos podemos recurrir a cualquier expediente táctico que creamos oportuno. La táctica adoptada también tiene consecuencias en quien la adopta, y por tanto no podemos decir que cualquier cosa que haga un auténtico comunista estará bien hecha, siempre que actúe bajo el mandato de la auténtica Internacional y del auténtico partido comunista. Recientemente hemos presenciado el caso del gobierno obrero de Sajonia, que aquí mencionamos únicamente de pasada. El presidente de la Internacional se ha visto obligado a afirmar escandalizado, con razón, que el compañero enviado al puesto de canciller del Estado en lugar de seguir la táctica revolucionaria prefijada y organizar el armamento del proletariado, ha quedado atrapado por su observancia a la legalidad. Según Zinoviev, el problema no fueron las propuestas de acción comunista, sino su respeto puramente germánico a la cancillería del Estado. La frase es fuerte e incluso digna de Marx (quizás es del mismo Marx), pero Zinoviev debería preguntarse si el fracaso ha sido consecuencia de las cualidades del camarada o de la propia táctica planteada, que se enfrentaba a dificultades insuperables.

Al «ampliar» más allá de todo límite nuestros posibles proyectos tácticos, ¿acaso no terminamos contradiciendo nuestras propias conclusiones teóricas y programáticas, que son fruto de un examen

auténticamente *realista* basado en una continua y amplia *experiencia*? Para nosotros, esa táctica que pretende sustituir la destrucción y la demolición de la máquina estatal burguesa, este principio vigorosamente demostrado por Lenin, por la penetración en este aparato con no sabemos qué caballo de Troya para, de manera verdaderamente seudorrevolucionaria y pequeñoburguesa, minarlo desde el interior, es una quimera que contradice nuestros principios. La situación en la que se hallaron los ministros comunistas de Sajonia, que terminó siendo ridícula, demuestra que no se puede tomar la fortaleza estatal capitalista recurriendo a estratagemas y eludiendo el asalto frontal de las masas revolucionarias. Es un grave error difundir entre el proletariado la idea de que con este tipo de expedientes puede «ahorrarse» dificultades, esfuerzos y sacrificios. Justamente esto ha provocado una grave desilusión en el partido alemán y otras desagradables consecuencias, aunque se puede discutir si éstas eran tan graves como para no permitir desencadenar el ataque general directo en el momento en el que podía triunfar. Ahora los comunistas alemanes lanzan la consigna de la insurrección general y la dictadura proletaria. Y aquí hay que aclarar una cosa: aunque esta consigna no siempre se puede lanzar como fórmula inmediata, pues las situaciones y la correlación de fuerzas varían bastante, está irremisiblemente demostrado que sólo hay

un camino y que *no existen revoluciones a medias, sino sólo revoluciones.*

Muchos quieren hacernos creer que la mentalidad de Lenin consistió en dejar en blanco la página sobre la que se escribe el cotidiano trabajo táctico, excluyendo toda generalización. Supuestamente en esto radica su realismo «auténticamente marxista». Aparece así un «verdadero marxismo» que mañana puede convertirse en algo análogo al «verdadero socialismo» azotado por Carlos Marx. Todo lo que sabemos acerca de Lenin y del contenido de la colosal síntesis que constituye su obra nos autoriza a rechazar esta falsificación, que lo rebajaría a nivel de ese oportunismo vulgar contra el cual luchó toda su vida. El método táctico marxista debe apartarse de los prejuicios procedentes de ideologías arbitrarias y de esas actitudes psicológicas que se introducen a escondidas. Debe basarse en la realidad y en la experiencia, lo cual no significa descender al chismoso y atractivo «eclecticismo», ya estigmatizado por el bolchevismo ruso y que oculta la pereza pequeñoburguesa de los falsos revolucionarios. A la hora de elaborar la conciencia del movimiento, nuestro realismo y nuestro método experimental rechazan toda abstracción ideológica gratuita, y tienden a dar a la práctica cotidiana una dirección unitaria y sintética, no caprichosa y arbitraria, sobre unas bases rigurosamente científicas.

El análisis táctico de Lenin, libre de prejuicios en el sentido de que él fue quien menos se dejó guiar por caducas sugerencias sentimentales y obstinaciones formales, para nosotros nunca abandonó la plataforma revolucionaria, esto es, su coordinación con el objetivo supremo e integral de la revolución universal. Esta coordinación hay que precisarla y aclararla en las discusiones sobre la táctica de la Internacional, a la que Lenin legó un método y sin duda también algunas fórmulas válidas, pero no una elaboración completa, pues hasta ahora esto no era posible históricamente. Prosiguiendo con su trabajo, la Internacional deberá evitar el peligro de que esta tesis de la máxima libertad táctica termine encubriendo el abandono y la desertión de la «plataforma» de Lenin. Es decir, no hay que perder de vista de las finalidades revolucionarias. Si esto ocurre, lo que determinaría las decisiones tácticas sería el puro voluntarismo antirrealista, basando no ya en un conjunto sintético de directivas, sino, por decirlo así, en la simple firma de éste o de aquel. Toda la disciplina unitaria de nuestra organización perdería el sentido verdaderamente fecundo que tiene para nosotros. Y no diré más sobre este tema.

Frente a aquellos que insisten en destacar la táctica «sin reglas fijas» de Lenin, nosotros afirmamos que su toda obra política constituye una unidad y reivindicamos al gran Lenin que durante la época

preparatoria, siempre con la mirada puesta en la meta final revolucionaria, no temía que le calificaran de disgregador, centralizador, autócrata ni devorador de maestros y amigos. Al Lenin que aportaba claridad y precisión aunque ello implicara la quiebra de falsas concordias y alianzas postizas. Al hombre que sabía contemporizar cuando era necesario, pero que llegado el momento también sabía actuar con decisión. Al hombre que en octubre de 1917, como he dicho, viendo que el Comité Central de su partido vacilaba a pesar de todos sus insistentes mensajes, corrió en persona a Petrogrado, incitó a los obreros a empuñar las armas y superó todas las dificultades. Un burgués que le oyó hablar decía: «me habían dicho que su lenguaje era frío, realista y práctico, pero no he oído más que una serie de vehementes incitaciones a la lucha: ¡tomad el poder!, ¡derribad a la burguesía!, ¡echad al gobierno!».

Ahora bien, el Lenin que analizaba correctamente la táctica era el mismo que potencialmente reunía todas estas audaces facultades revolucionarias. Muchas marmotas querían cubrirse con la piel de este león. Por eso, a todos aquellos que mencionan la habilidad y la elasticidad tácticas de Lenin sin ofrecer ellos mismos ninguna garantía en lo que respecta a su propia potencia revolucionaria, debemos decirles: haced como él, demostradnos primero que también encarnáis la imperiosa necesidad de la victoria de la revolución, que

en el instante supremo requerirá irresistible arrojo y decididos golpes, ¡y luego tendréis derecho a hablar en su nombre!

No, Lenin no simboliza esa práctica accidental del oportunismo, sino la férrea unidad de la fuerza y la teoría revolucionarias.

LA FUNCIÓN DEL JEFE

Lenin está muerto. El viejo coloso abandonó su obra. ¿Qué significa esto para nosotros? ¿Qué lugar ocupan los jefes en el conjunto de nuestro movimiento y cómo concebimos su función? ¿Qué consecuencias tendrá la desaparición de este gran Jefe en la actividad del Partido Comunista Ruso, de la Internacional Comunista y en toda la lucha revolucionaria mundial? Antes de terminar este largo discurso vamos a detenernos un poco en este importante problema.

Algunos braman contra los jefes, creyendo que sobran, y piensan o se imaginan una revolución «sin jefes». El propio Lenin aclaró con su nítida crítica esta cuestión, librándola de todo confusionismo superficial. Las masas, las clases, los partidos y los jefes existen como realidad histórica. Las masas están divididas en clases, las clases están representadas por partidos políticos, y éstos los dirigen los jefes, esto es bastante

sencillo. En la Segunda Internacional, concretamente, el problema de los jefes adquirió un significado particular. Sus dirigentes parlamentarios y sindicales fomentaban los intereses de ciertas categorías del proletariado, a quienes se terminaba otorgando determinados privilegios mediante compromisos contrarrevolucionarios con la burguesía y el Estado.

Los lazos que unían a estos jefes con el proletariado revolucionario terminaron rompiéndose, y aquellos se fueron acercando cada vez más al carro de la burguesía. En 1914 se demostró claramente que ya no eran instrumentos de la acción proletaria y que se habían convertido en puros y simples agentes del capitalismo. Esta crítica y la justificada indignación que provoca su actitud no nos deben llevar a rechazar la existencia los jefes, aunque los jefes que debemos aceptar son muy distintos a aquellos. En los partidos y en la Internacional revolucionaria siempre existirán jefes, no puede ser de otra forma. Ese argumento de que, en cualquier organización, sean cuales sean sus relaciones, las funciones dirigentes están condenadas a transformarse automáticamente en una forma de tiranía o de oligarquía, está tan trillado y es tan descabellado que ya Maquiavelo, hace cinco siglos, ofrecía en *El Príncipe* una crítica cristalina a este planteamiento. Es cierto que, para el proletariado, la dificultad, no siempre fácil de superar, consiste en que sus jefes no ejerzan sus

funciones de manera arbitraria ni traicionen los intereses de la clase. Pero también es cierto que el problema no se resuelve simplemente eludiéndolo, ni aboliendo los jefes, una medida que además nadie sabe decir en qué consiste.

Desde nuestro punto de vista materialista e histórico, la función de los jefes se plantea evidentemente al margen de los estrechos límites en los que la mantiene encerrada la vulgar concepción individualista. Para nosotros, el individuo no es una entidad, una unidad completa y separada del resto, una máquina independiente a la que se le otorgan determinadas funciones a través del hilo que la mantiene directamente unida a la potencia creadora divina, o a cualquier otra abstracción filosófica, la inmanencia, el espíritu absoluto o galimatías semejantes. Las manifestaciones y funciones del individuo están determinadas por las condiciones generales del ambiente, de la sociedad y de su historia. Lo que elabora el cerebro de un hombre se va preparando a través de sus relaciones con otros hombres y de las actividades de otros hombres, incluidas aquellas de carácter intelectual. Algunos cerebros privilegiados y adiestrados, máquinas mejor construidas, perfeccionadas, son capaces de traducir, expresar y reelaborar mejor este patrimonio de conocimientos y de experiencias, cuya existencia se basa en la vida de la colectividad. El jefe, más que

inventar, facilita que las masas adquieran conciencia de sí mismas, haciéndolas capaces de reconocer su situación en el mundo social y en el devenir histórico y de expresar mediante fórmulas externas exactas su tendencia a actuar en este sentido. Todo esto depende de un conjunto de factores sociales cuyo mecanismo hay que estudiar partiendo en última estancia de los elementos económicos. Es más, el mérito del materialismo histórico marxista, su genial solución al problema del determinismo y de la libertad humana, consiste en haber sustraído este análisis del círculo vicioso que representa el individuo separado del ambiente, para insertarlo en el estudio experimental de la vida colectiva. Los hechos históricos, verificando el método determinista marxista, demuestran que nuestro planteamiento objetivo y científico es correcto, aunque la ciencia, en su actual estado de desarrollo, no sea capaz de explicar de qué forma se expresan, a través de procesos psíquicos colectivos e individuales, las determinaciones somáticas y materiales que se ejercen en los organismos humanos.

El cerebro del jefe es un instrumento material que funciona gracias a los lazos que le unen a toda la clase y al partido. Las formulaciones que el jefe dicta como teórico y las normas que prescribe como dirigente práctico, no son creaciones propias, sino precisamente de una conciencia cuyos materiales pertenecen a la

clase-partido y son producto de una vastísima experiencia. El jefe no siempre dispone de los elementos de esta experiencia en forma de una mecánica erudición, lo cual nos permite explicar de forma realista esa intuición, que a veces se considera vulgar adivinación. Pero esto, lejos de demostrar la trascendencia de estos individuos sobre las masas, nos confirma que el jefe es el instrumento operador del pensamiento y la acción común, y no su motor.

El problema de los jefes no se plantea del mismo modo en todas las épocas históricas, pues sus factores se modifican en el transcurso de su evolución. Debemos renunciar a esas concepciones que pretenden resolver estos problemas recurriendo a los elementos inmanentes y eternos de los hechos espirituales. Según nuestra concepción de la historia del mundo, la victoria de clase del proletariado es un acontecimiento particular, pues ésta es la primera clase que posee una teoría exacta sobre las condiciones sociales necesarias para esta victoria y que conoce sus tareas, la clase que «sacará de la prehistoria a la humanidad» y organizará el dominio del hombre sobre las leyes económicas. Por tanto, la función del jefe-proletario representa un fenómeno nuevo y original en la historia, y por eso debemos mandar a paseo a quienes pretenden resolver esta cuestión recurriendo a las prevaricaciones de Alejandro o de Napoleón. En lo que respecta a la especial y brillante

figura de Lenin, a pesar de no haber vivido en el período clásico (como se le denominará en el futuro) de la revolución obrera, el periodo en el que esta clase desplegará toda su fuerza para aterrorizar a los filisteos, su biografía presenta ya características nuevas. Los tradicionales clichés históricos acerca de la codicia de poder, la ambición y la satrapía palidecen y menguan ante la historia de su vida, recta, sencilla y férrea hasta en los más pequeños detalles de sus *habitus* personales.

Los jefes son los que mejor y más eficazmente piensan el pensamiento de la clase y quieren la voluntad de la clase, son el producto necesario y activo de las premisas determinadas por los factores históricos. La función de Lenin como dirigente, su intensidad y extensión, constituyen un ejemplo eminente y extraordinario. Para comprender nuestra dinámica colectiva de la historia es maravilloso seguir la obra de este hombre, pero aun así no creemos que su presencia condicionara el proceso revolucionario que le vimos encabezar, ni mucho menos que su desaparición suponga la detención del avance de la clase trabajadora.

Es más, en la medida en que el dirigente no hace sino recoger energía colectiva para luego restituirla, potenciada y transformada, el proceso a través del cual el dirigente elabora este material colectivo no se corta con su desaparición. La muerte orgánica de Lenin en absoluto significa el fin de su función, pues el material

que elaboró sigue siendo un alimento vital para la clase y el partido, como hemos demostrado. En este sentido totalmente científico y evitando en la medida de lo posible caer en conceptos místicos y exageraciones literarias, podemos hablar de inmortalidad. Y dado el particular significado histórico de Lenin y de su labor, también podemos demostrar que esta inmortalidad supera ampliamente la de los héroes tradicionales de los que nos hablan la mística y la literatura.

Para nosotros la muerte es un hecho físico científicamente demostrable, pero no es el eclipse de la vida intelectual, pues esta no se basa en las personas, sino en entes colectivos. Esto no significa que Lenin siga existiendo en forma incorpórea e invisible y que tengamos que celebrar ritos en su honor. Tenemos la absoluta certeza de que la muerte física de Lenin supone la detención de las funciones intelectuales de su órgano cerebral. Esta potente y admirable máquina ha quedado destruida para siempre. No obstante, también estamos seguros de que su función continuará y se perpetuará a través de los órganos de batalla en cuya dirección destacó. La autopsia nos permite saber cómo murió: mediante un progresivo endurecimiento de los vasos del cerebro, sometidos a una presión excesiva e incesante. Ciertos mecanismos de altísima potencia disponen de una breve vida mecánica: su excepcional esfuerzo determina su precoz inutilización.

El proceso fisiológico que mató a Lenin fue consecuencia del titánico trabajo que quiso y debía imponerse en los años decisivos, pues la función colectiva exigía a este órgano su mayor rendimiento, y no podía ser de otro modo. Sin embargo, antes de que las resistencias que se oponían a su labor revolucionaria agotaran este magnífico aparato, éste ya había despedazado los puntos vitales de la materia adversa sobre la que trabajaba.

El propio Lenin decía que la lucha no termina con la victoria política del proletariado. Muerta la burguesía, no podemos deshacernos sin más de su monstruoso cadáver, que continúa descomponiéndose entre nosotros y cuyos pestilentes miasmas impregnan el aire que respiramos. Estos productos venenosos, sus múltiples aspectos, se han llevado por delante al mejor artífice revolucionario. Aparecieron bajo la forma de las intervenciones militares y políticas de la reacción mundial, de las tramas de las sectas contrarrevolucionarias y de las atroces estrecheces del hambre provocada por el bloque capitalista. Lenin no podía ahorrar fuerzas en su organismo, pues para afrontar todo esto había que desplegar un trabajo enorme y unos esfuerzos espasmódicos. A esto hay que añadir los disparos de revólver de la socialista-revolucionaria Dora Kaplan, que permanecieron alojados dentro del cuerpo de Lenin y contribuyeron a abreviar su vida.

Algunas actitudes son tan insultantes e insensatas que, permaneciendo fieles a la objetividad de nuestro método, sólo podemos tacharlas como fenómenos patológicos de la vida social, pues de otro modo serían incomprensibles. Es el caso de esos anarquistas italianos que han comentado la desaparición del mejor luchador de la clase revolucionaria bajo el título de *¿Luto o fiesta?* Son los fermentos de un pasado que debe desaparecer. Las visiones paranoicas son una de las típicas manifestaciones de las grandes crisis. Lenin se sacrificó luchando contra estas supervivencias que lo rodeaban, a pesar de hallarse en la triple fortaleza de la primera revolución triunfante. La lucha aún será larga, pero finalmente el proletariado vencerá, dejando atrás las múltiples y piadosas exhalaciones de un estado social de desorden y servidumbre, y su desagradable recuerdo.

NUESTRAS PERSPECTIVAS FUTURAS

Tras la muerte de Lenin se presenta ante nosotros un interrogante que no tenemos intención de eludir. ¿Ha fallado aquella gran previsión de Lenin? ¿Se ha aplazado la crisis revolucionaria que nosotros aguardábamos junto a él?, ¿durante cuánto tiempo?

La organización del partido, que es lo que verdaderamente permite a la clase ser y vivir como tal, se presenta como un mecanismo unitario en el que

distintos «cerebros» (realmente no sólo los cerebros, sino también otros órganos individuales) asumen tareas diversas, según sus aptitudes y capacidad y siempre al servicio de un objetivo y de un interés cada vez más íntimamente unificados «en el tiempo y en el espacio» (esta cómoda expresión tiene un significado empírico, no trascendente). No todos los individuos ocupan el mismo puesto, por tanto, ni tienen el mismo peso en la organización. Pero a medida que esta división de tareas se va racionalizando (esto vale tanto para el actual partido-clase como para la sociedad futura) va siendo más difícil para quienes están en la cúspide adquirir privilegios frente al resto. Nuestra evolución revolucionaria no se dirige hacia la desintegración, sino hacia una relación cada vez más científica entre los individuos. Esta relación es anti-individualista en la medida en que es materialista. No cree en el alma ni en el contenido metafísico y trascendente del individuo, sino que inserta sus funciones en un cuadro colectivo, estableciendo una jerarquía que en el trascurso su desarrollo terminará sustituyendo la coerción por la técnica racional. El partido es ya un ejemplo de esa colectividad sin coerción. Estos elementos generales de la cuestión demuestran que nadie más que nosotros ha logrado superar las banalidades del igualitarismo y de la democracia «cuantitativa». Si para nosotros la actividad nunca es de carácter individual, ¿qué más nos da la cantidad bruta de individuos? ¿Qué significado tienen

para nosotros las palabras democracia y autocracia? Ayer disponíamos de una máquina de primerísimo orden (un «campeón con una clase excepcional», que dirían los deportistas) y podíamos situarla en la cúspide de la pirámide jerárquica. Hoy ya no existe, pero este mecanismo puede seguir funcionando con una jerarquía distinta. La cúspide será un órgano colectivo constituido por elementos escogidos, evidentemente. La cuestión no hay que plantearla en términos jurídicos, sino técnicos, y no se resuelve con los sofismas del derecho constitucional, o aún peor, del derecho natural. Ningún principio nos obliga a mencionar en nuestros estatutos a los «jefes» ni a los «comités de dirigentes». La solución marxista a la cuestión de la elección parte de esta premisa: la elección la hace sobre todo la propia historia dinámica del movimiento y no una banal consulta electoral. Si preferimos no mencionar en nuestras normas organizativas la palabra «jefe» es porque no siempre tendremos en nuestras filas individuos de la talla de Marx y Lenin. En resumen, si existe ese tipo de hombre, ese «instrumento» excepcional, el movimiento lo utilizará. Pero el movimiento vive de todas formas aunque no exista esta personalidad eminente. Nuestra teoría del jefe no tiene nada que ver con esas estupideces con las que la teología y la política oficial pretenden demostrar la necesidad de pontífices, reyes, «primeros ciudadanos», dictadores y *Duces*, pobres marionetas que se imaginan hacer historia.

No es la primera vez que a los marxistas nos reprochan que las «catastróficas» previsiones revolucionarias de nuestros maestros han sido desmentidas por los acontecimientos. Los socialistas oportunistas, en sus obras, se deleitan relatando todas las veces que Marx esperó la revolución sin que ésta llegara.

Efectivamente, en 1847, 1849, 1850, 1862 y 1872, Marx reiteró su convicción de que la crisis económico-política del capitalismo de aquella época se resolvería en la revolución social [aquí se citan más o menos exactamente los párrafos pertinentes]. Estos párrafos se han extraído de manera algo aleatoria de las obras teóricas de ese complejo *corpus* que es el marxismo. Naturalmente, a continuación estos mismos críticos nos presentan a un Marx reformista y «pacífico en su ocaso», sin aclarar cómo encaja este Marx con aquel otro que, precipitado e impaciente, anunciaba catástrofes apocalípticas. Pero dejémosles y veamos qué puede decirse acerca de este delicado argumento de la previsión revolucionaria.

Centrémonos en uno de los aspectos puramente teóricos de la actividad del partido marxista: el estudio de la situación y de su desarrollo. Supongamos que éste estudio ha alcanzado su máxima precisión y que nos permite saber si estamos más o menos cerca de la crisis revolucionaria definitiva, al menos en líneas generales. Hay que aclarar, antes de nada, que las conclusiones a

las que llega la crítica marxista se elaboran constantemente a medida que el proletariado se transforma en una clase cada vez más consciente, y que por tanto esta perfección en el análisis no es más que un límite al que debemos intentar aproximarnos. Por otra parte, nuestro método consiste, más que en formular profecías en toda regla, en aplicar de forma inteligente el determinismo para establecer unos enunciados en los que cada tesis depende de ciertas premisas. Más que saber qué sucederá, lo que nos interesa es saber *cómo* se desarrollará un determinado proceso *cuando* se verifiquen ciertas condiciones, y qué es lo que cambiaría si esas condiciones cambiaran. La afirmación fundamental de Marx y de Lenin, que nosotros reivindicamos y los hechos no han desmentido, es que en general el propio capitalismo moderno crea las condiciones necesarias para la revolución proletaria, y que *cuando* ésta llegue deberá seguir un cierto proceso, cuyas grandes líneas conocemos a través de una vasta crítica fundamentada en la experiencia.

Volviendo a la cuestión de cómo puede acelerarse este proceso mediante el trabajo del partido proletario, podríamos fácilmente llegar a la siguiente conclusión: El partido debe prepararse para saber cómo comportarse en las más diversas circunstancias, pero dado que es un elemento empírico de la historia y no el depositario de la verdad absoluta e indiscutible, algo que para nosotros

no existe como un *nec plus ultra*, al partido no sólo le interesa *saber* que cuando la revolución llegue tendrá que actuar de forma adecuada y estar preparado para todas las tareas, sino también *creer* que la revolución llegará lo antes posible. La actividad del partido debe inspirarse en su objetivo dominante, la revolución total, mucho antes de que ésta se produzca. Por tanto, podemos decir que es *útil* que las previsiones revolucionarias se anticipen algo a los acontecimientos, siempre que esto evidentemente no implique caer en errores groseros a la hora de juzgar la correlación de fuerzas.

La historia demuestra que aquellos no creen en las revoluciones nunca las hacen, mientras que aquellos que tantas veces las creen inminentes, a menudo las ven realizarse, si no siempre. Es cierto que a nuestro movimiento no le interesa en absoluto presentar el objetivo final como un *mito*, motor y determinante de la acción. Pero no es menos cierto que si consideramos de manera objetiva y marxista la formación de la psicología de las masas *y también de los jefes*, esta exageración de las probabilidades revolucionarias puede llegar a ser útil, en las condiciones adecuadas.

Esto no significa que el jefe comunista deba afirmar constantemente que la revolución es inminente, aun sabiendo que es imposible. Todo lo contrario, debe evitar esa peligrosa demagogia y aclarar sobre todo las

dificultades que presentan los problemas revolucionarios. Pero en cierto sentido la perspectiva revolucionaria debe reavivarse en la ideología del partido y de las masas, así como en el cerebro de los propios jefes, presentándola cercana en el tiempo.

Marx vivió aguardando la revolución, y por eso siempre estará fuera del alcance de las injurias revisionistas. Después de 1905, los mencheviques perdieron sus esperanzas en la revolución proletaria, pero Lenin esperaba que llegase en 1906. Se equivocó, pero para los trabajadores lo importante es que este error, lejos de provocar un desastre estratégico, terminó consolidando la independencia del partido revolucionario. Y *cuando* llegó la revolución, con retraso si se quiere, Lenin supo colocarse a la cabeza, mientras los mencheviques se pasaban vergonzosamente al enemigo.

Este tipo de errores de previsión, sea uno o sean varios, no empuñan la figura de Lenin, ni mucho menos la de Marx, pues el propio Lenin obligó a la burguesía a «tragarse» una revolución. Dejemos que los patronos, los reformistas y los anarquistas digan que «no hubo una revolución», lo único que hacen así es un merecido ridículo a ojos del más humilde proletario.

En resumen, de las dos partes que componen todas nuestras conclusiones o «previsiones»

revolucionarias, la segunda es la importante. La primera, que podemos considerar como una fecha que habría que concretar, sólo tiene una importancia secundaria. Es un postulado necesario para la agitación y la propaganda, una hipótesis parcialmente arbitraria, como todas las que asume cualquier ejército a la hora de preparar sus planes, anticipándose a los movimientos del enemigo y a otras circunstancias independientes de la voluntad de quien lo dirige.

¿Qué perspectivas se nos plantean efectivamente hoy? Los comunistas de todo el mundo reivindican la tesis de Lenin de que la guerra mundial ha supuesto el inicio de la crisis revolucionaria «final» del mundo capitalista. A la hora de juzgar con qué rapidez avanzara esta crisis y si el proletariado mundial podrá aprovecharse de ella podemos cometer errores secundarios. Pero esta tesis esencialmente sigue vigente, pues las circunstancias en las que se basa no han cambiado.

Es posible que atravesemos una fase de depresión de la actividad revolucionaria, no porque los fundamentos del orden capitalista se estabilicen, sino porque la combatividad revolucionaria se reduzca o sea menos afortunada. Según la esencial valoración de Lenin, esto nos expone al peligro de una fase de actividad oportunista.

En el preámbulo de *El Estado y la revolución* el propio Lenin dice que es inevitable que los grandes pioneros revolucionarios terminen siendo falsificados, como le sucedió a Marx y a sus mejores seguidores. ¿Escapará Lenin a su destino? Ciertamente no, si bien es verdad que este tipo de intentos no hallarán mucho eco entre las filas del proletariado, que instintivamente seguirá asociando el nombre de Lenin no con la falta de confianza, sino con la generosa incitación al combate. Hoy todos los burgueses del mundo, atónitos y aturridos ante la solidez del régimen fundado por Lenin (y que hoy se expresa a través del luto de cientos de millones de hombres, manifestación colectiva que no se recuerda en la historia), se consuelan diciendo que una cosa es Lenin y otra sus ideas, su causa y su bandera, que Lenin venció, sí, pero porque supo retroceder en algunos frentes, porque abandonó partes vitales de su programa. Rechazamos estos cumplidos engañosos. El gran revolucionario no necesita la aquiescencia de sus adversarios, ni el beneplácito de los escribas de la prensa del capital. No creemos en la sinceridad de estos homenajes procedentes del frente de clase enemigo, y no los consideramos sino como un nuevo aspecto de la influencia que organiza la burguesía para dominar en la medida de lo posible la ideología del proletariado. En torno al féretro de Lenin se reúne el ardiente fervor de millones de proletarios de todo el mundo, y el odio, no siempre manifiesto, de la canalla capitalista, a quien él

hizo sentir en sus propias carnes el aguijón de la revolución, el implacable buril que avanza hacia el corazón, hasta encontrarlo.

Esta hipócrita actitud del pensamiento burgués anuncia que con toda seguridad se llevarán a cabo otros intentos de falsificación, procedentes de círculos más o menos cercanos, contra los que deberán combatir los futuros militantes. Y si no es posible hacerlo con la misma genialidad que demostró Lenin en su defensa de los maestros del marxismo, habrá que hacerlo con la misma resolución.

La actual situación mundial sólo podemos tratarla de manera resumida. Las fuerzas de la clase obrera retroceden en muchos países, donde predominan formas de tipo fascista. Sin embargo, no somos tan ingenuos como para pensar que estos países se enfrentarán, además de a la gran y gloriosa Unión Soviética de Rusia, a aquellos en los que la izquierda burguesa y la socialdemocracia, con sus MacDonalld y Vandervelde, realizan sus gestas. La ofensiva capitalista tuvo y sigue teniendo carácter internacional. Su objetivo es unificar las fuerzas antiproletarias para enfrentarse política y militarmente a las amenazas revolucionarias y empeorar todo lo posible las condiciones económicas de la clase trabajadora.

Pero aunque con esta reducción de la retribución del trabajo la burguesía en general trata de compensar las pérdidas que la guerra ha causado a la masa de riquezas, el propio éxito de la ofensiva política en muchos países, y sus resultados desde el punto de vista de la economía mundial, confirman que la desorganización del sistema burgués es irreparable. La aparente recuperación y todos los expedientes a los que se ha recurrido únicamente conducen a nuevas dificultades e insolubles contradicciones. Todos los países del mundo se encaminan hacia una nueva depresión económica. Por no citar más que un caso, estamos asistiendo a la disolución del poder financiero de Francia, baluarte político de la reacción burguesa, a consecuencia de la crisis de las reparaciones de guerra. No se puede decir que la economía italiana vaya mejor, y aunque la estúpida propaganda que afirma lo contrario tuviera razón, eso no modificaría el contexto general. Todos sabemos que en Italia, además del proletariado, las clases superiores también atraviesan un período de malestar y de tensión económica que se agrava cada día. Pero el aparato político que existe en Italia tiende más que ningún otro a descargar las consecuencias de la crisis sobre las clases trabajadoras, protegiendo sobre todo los intereses de las capas sociales más altas, industriales y agrarias.

Esta contraofensiva burguesa para nosotros demuestra que la revolución es inevitable. Hasta las clases dominantes son ya conscientes de ello. La superioridad de la doctrina marxista es tan evidente que hasta las clases adversarias se dan cuenta de su validez y actúan en consecuencia, a pesar de los abortos doctrinales y las restauraciones ideológicas que continuamente ponen en circulación para uso de las multitudes. Si tuviéramos tiempo de examinar los medios con los que la burguesía ha tratado de solucionar las famosas «previsiones catastróficas» enunciadas por los teóricos del proletariado, veríamos que estos combinan los engañosos expedientes de colaboración económica y política (cuyos abanderados eran, son, y serán los demócratas y los socialdemócratas) con el método del contraataque abierto y las expediciones punitivas. Esto demuestra que la reacción está echando mano a todos sus recursos y que muy pronto ya no tendrá nada que hacer ante su inevitable quiebra. Pues antes que sufrir la victoria de la revolución prefiere la quiebra, junto a su régimen burgués, de toda vida social humana.

Aquí no podemos explicar cómo se desarrollará esta quiebra y cómo repercutirá este desarrollo en la formación de las falanges de lucha del proletariado, asechadas por la persuasión y la prepotencia del adversario. Pero toda nuestra experiencia, la doctrina

que la clase obrera construye sobre ella y la colosal contribución que el propio Lenin aportó a esta obra titánica, nos permiten deducir que no asistiremos a una estabilización duradera del capitalismo privado y del dominio burgués. A través de continuas sacudidas, no sabemos cuándo, llegaremos a la meta señalada por la teoría marxista y el ejemplo de la revolución rusa.

Puede que Lenin se equivocara al calcular el tiempo que tardaremos en lograr este objetivo histórico. Pero podemos afirmar con una formidable batería de argumentos que en el futuro la historia, en su atormentado camino, *pasará por Lenin*, es decir, que se reproducirán las fases revolucionarias del proyecto marxista que él restauró teóricamente y templó con la práctica.

Esta la inquebrantable postura que asumiremos ante un eventual predominio temporal de las fuerzas adversarias, así como ante los futuros intentos revisionistas.

Las armas teóricas, políticas y organizativas que nos ha legado Lenin se han probado en la batalla y con la victoria, y están ya lo bastante templadas como para defender con ellas la obra de la revolución: su propia obra.

La labor de Lenin nos muestra brillantemente nuestras tareas. Siguiendo su admirable ejemplo,

nosotros, el proletariado comunista mundial, demostraremos que los revolucionarios saben arriesgarlo todo en el momento supremo, del mismo modo que saben esperar en las atormentadas vigiliassin traicionar, sin vacilar, sin dudar, sin desertar ni abandonar por un momento la grandiosa obra de demolición del monstruoso edificio de la opresión burguesa.

EL COMUNISMO Y LA CUESTIÓN NACIONAL

Prometeo n° 4 (abril 1924)

Las discusiones sobre el método del proletariado revolucionario y comunista a menudo giran en torno a la cuestión de los «principios» y la supuesta contradicción que existe entre éstos y la acción, es decir, entre la teoría y la práctica. No es fácil entender claramente este problema. Sin embargo, si no se comprende, toda crítica y toda polémica se convierten en confusión estéril.

Tanto el viejo oportunismo como el nuevo, que tratan de reducir el alcance de la tesis marxista que condena y barre todas esas ideas innatas y eternas en las que supuestamente se basa la conducta humana, afirman que la acción debe conducirse al margen de toda premisa que la limite o la estorbe, siguiendo una política sin principios fijos. El revisionismo clásico de Bernstein, que se incorporó hábilmente al movimiento proletario dejando aparentemente en pie la doctrina revolucionaria de Marx, proclamaba que «el movimiento lo es todo, el fin no es nada». Eso de que «el fin no es nada» significa, como veremos inmediatamente, que se puede prescindir de los *principios*, pues estos, para el comunismo marxista, no son sino *finés*, es decir, la meta de su

actividad. Y no es ninguna paradoja relacionar ambos términos.

Al alejarse de estos vastos objetivos y guardar en el desván la doctrina del movimiento, el reformismo oportunista se limita a hablar de los problemas actuales que hay que resolver empíricamente en el futuro inmediato.

Se podría y se debería preguntar a los que defienden estas falsificaciones, que además se renuevan constantemente: ¿Cuál es entonces el criterio que determina nuestro modo de actuar una vez eliminadas las normas y las guías permanentes? ¿En base a los intereses de qué «sujeto» hay que desplegar la acción? El oportunismo (que era y sigue siendo un vulgar «obrerismo» que reemplaza a la doctrina y a la práctica general de la revolución proletaria) afirma que sus tareas cotidianas se inspiran en los intereses obreros, es decir, en los intereses de unos grupos y oficios particulares, los cuales trata de satisfacer del modo más fácil, cercano y breve.

De esta forma, las soluciones a los problemas de la acción, en lugar de inspirarse en todo el conjunto del movimiento proletario y su camino histórico, se centran una y otra vez en pequeños segmentos de la clase obrera y en las etapas iniciales de dicho camino. Actuando de

esta manera, el revisionismo renuncia a todos sus vínculos con los principios, por más que presuma de su fidelidad al verdadero espíritu del marxismo, que supuestamente consiste en liberar al movimiento de todo prejuicio y dotarle del más amplio eclecticismo.

La lucha contra estas desviaciones tiene y seguirá teniendo aspectos muy relevantes para el desarrollo del movimiento proletario, a través de sus complejas experiencias. Pero aunque este modo de presentar y resolver las cuestiones ha sido criticado y cuestionado muchas veces, siempre encuentra formas atractivas con las que embaucar la acción del proletariado. No nos vamos a dedicar aquí a refutar estas teorías de manera general, sino que nos centraremos en un problema particular para que nuestra postura sea más inteligible.

Nosotros, es decir, la izquierda marxista, hemos revelado muchas veces el vulgar truco que emplea el oportunismo: su supuesta aversión a los principios, a los *dogmas*, como estúpidamente los llaman, se reduce simplemente a una obediencia obstinada y ciega a los *principios* de la ideología burguesa y contrarrevolucionaria. Los realistas y los prácticos dentro del movimiento proletario, aquellos que están libres de prejuicios, llegado el momento se presentan como los más fanáticos defensores de las ideas burguesas, a las cuales pretenden subordinar el

movimiento proletario y todos los intereses de los trabajadores.

La crítica teórica, poniendo de relieve este hecho característico, desenmascara al mismo tiempo la política del oportunismo socialista como forma de actividad burguesa, y a sus jefes como agentes del capitalismo en las filas del proletariado.

Al inicio de la guerra mundial, hubo quien defendió teóricamente la derrota estrepitosa de la Internacional oportunista con unos argumentos sorprendentes desde el punto de vista de la teoría y la propaganda socialista, con revelaciones inesperadas y sensacionales «descubrimientos». Aquellos que antes negaban que el socialismo tuviera principios doctrinales y programáticos se dedicaron luego a afirmar que éste ya ni siquiera conservaba esa supuesta originalidad de ser un movimiento sin principios, pues había que subordinarlo incondicionalmente a ciertas tesis que, aunque entonces se proclamaban abiertamente, siempre se habían considerado extrañas al socialismo, que las había demolido polémicamente de manera definitiva. El socialismo quedaba así reducido a una «subescuela» dentro del movimiento de la izquierda burguesa, adhiriéndose a la ideología de la llamada democracia, a la que ya no se consideraba una doctrina política apropiada para los intereses de las clases burguesas,

como afirman los enunciados más elementales del marxismo, sino algo más avanzado y progresista comparado con la política capitalista dominante. Los traidores de la Internacional «descubrieron», pues, unos principios con los que hacernos frente, principios que supuestamente determinaban ineluctablemente la acción del proletariado. Todos los intereses inmediatos, incluidos los de esos grupos particulares que antes tanto importaban, debían sacrificarse ante estos principios, que eran fundamentalmente tres: la libertad democrática, la guerra defensiva y la nacionalidad.

Hasta entonces los oportunistas guardaban las apariencias, simulando una cierta ortodoxia teórica. Hablaban a las masas de lucha de clases, de socialización de los medios de producción y de abolición de la explotación del trabajo. El súbito descubrimiento de nuevos principios sorprendió al proletariado, conmocionando su conciencia de clase y su ideología revolucionaria, saboteando la posibilidad de movilizarse en el sentido clasista adecuado. Paralelamente, la abierta alianza de los cuadros dirigentes de las grandes organizaciones obreras con la burguesía suprimió de golpe toda plataforma de reagrupamiento y de unidad para una acción socialista de la clase obrera mundial.

Aunque muy pocos militantes socialistas se dieron cuenta (los que expresaron su indignación y protestaron fueron incluso menos), estaba claro que de lo que se trataba era de que el proletariado socialista abandonara los principios que hasta entonces habían constituido su doctrina clasista para inclinarse beatamente ante los principios de la ideología burguesa, esas ideas fundamentalmente religiosas con las que las clases dominantes hacen prevalecer sus intereses. La traición al contenido de la crítica marxista no podía ser más desvergonzada.

Para dar una idea de los procedimientos que se emplearon a la hora de incorporar descaradamente estos elementos extraños, contrarios a las más simples formulaciones de la doctrina socialista, citaremos un ejemplo. Nosotros naturalmente echamos mano a ese conocido párrafo del *Manifiesto Comunista* que dice que el proletariado no tiene patria y que sólo se constituye en nación, en un sentido además muy distinto a como lo hace la burguesía, cuando conquista el poder político. Pues bien, uno de los propagandistas más conocidos del Partido Socialista, que además era el «técnico» de la propaganda del viejo partido, Paoloni, rechazó este argumento afirmando que para conquistar el poder político primero hay que conquistar... el sufragio democrático, ¡y que allí donde el proletariado disfruta de derecho al voto, también tiene una patria y unos

deberes nacionales! Esta tesis, que no necesita comentarios, demuestra que la propaganda marxista de la Segunda Internacional estaba en manos de increíbles bestias o de enormes sinvergüenzas.

En estas páginas ya hemos expuesto la crítica marxista al «principio» burgués de democracia y libertad, y seguiremos haciéndolo, incluso de mejor manera. Nosotros no podemos tomarnos en serio la filosofía liberal burguesa y su igualitarismo jurídico. En el concepto comunista, la demolición teórica de esta filosofía viene acompañada del programa político del proletariado, que liquida toda ilusión acerca de la posibilidad de emplear medios liberales y libertarios de cara al objetivo revolucionario: la supresión de la división de la sociedad en clases. La supuesta igualdad de derechos de todos los ciudadanos en el Estado burgués no es más que la traducción del principio económico de la «libre concurrencia» y de la igualdad entre vendedores y compradores de mercancías en el mercado. Esta equiparación significa, en realidad, que las condiciones necesarias para la instauración y conservación de la opresión y explotación capitalistas se han consolidado.

Partiendo directamente de esta crítica fundamental para el pensamiento socialista, se puede demostrar que si la política proletaria y socialista frente

a la guerra depende del grado de «libertad democrática» de los países en conflicto, se están adoptando criterios puramente burgueses y antiproletarios. Por tanto, no insistiremos más sobre el primero de los tres principios que hemos mencionado más arriba.

Los otros dos principios derivan de esa misma interpretación teórica errónea. Distinguir entre guerras justas e injustas, según sean guerras de agresión o de defensa, o si su objetivo es dar a un determinado pueblo el gobierno que supuestamente desea la mayoría de las masas, supone creer que las relaciones entre los Estados y lo individuos se rigen por los principios democráticos.

Estos son los principios que emplea la burguesía para crear entre las masas populares una ideología favorable para su dominio, ocultando sus fundamentos despiadadamente egoístas. Dentro de los modernos Estados capitalistas, la democracia electoral responde a una sanción jurídica y a una norma constitucional, las cuales desde nuestro punto de vista no suponen ninguna garantía efectiva para el proletariado, que deberá enfrentarse a todo el aparato armado del Estado en los momentos decisivos de la lucha de clases. En las relaciones internacionales, en cambio, no se aplican sanciones y convenciones que respondan formalmente a los principios derivados de la teoría democrática.

Para el régimen capitalista, la instauración de la democracia dentro del Estado fue una necesidad inherente a su desarrollo. Pero en las relaciones internacionales no ocurre lo mismo con estas fórmulas de la teoría democrática, esgrimidas por los ideólogos promotores de una paz universal basada en el arbitraje, en la delimitación de las fronteras según las nacionalidades, y cosas semejantes. Aparentemente este argumento que se presta perfectamente al juego de los oportunistas, que insisten en presentar a ciertas capas capitalistas como enemigas de estas reivindicaciones políticas que pretenden colar entre el proletariado, aun habiéndolas sacado de las teorías puramente burguesas. Pero el argumento suele volverse en su contra.

Efectivamente, pensar que el Estado burgués modificará su política internacional cuando el proletariado socialista desarme toda su oposición y su independencia en nombre de la «unión sagrada», dejando al Estado las manos libres para defender sus intereses y su supervivencia, es absurdo. En segundo lugar, el juego criminal de los socialtraidores es aún más descarado: frente al supuesto «utopismo» de los programas revolucionarios, abogan por plantear objetivos inmediatos que se puedan tocar con la mano, por centrarse en lo que es realmente posible. Pero acto seguido intentan subordinar la orientación del movimiento proletario a unos objetivos que además de

carecer de contenido clasista y socialista, son completamente irreales e ilusorios. Dan crédito a unas ideas que la burguesía no realizará jamás, si bien le interesa que las masas crean en ellas. Así pues, la política de los oportunistas no busca impulsar la evolución práctica y efectiva de las situaciones, ni siquiera hacerla avanzar unos pasos, sino que se revela como la movilización ideológica de las masas en un sentido burgués y contrarrevolucionario, nada más.

En lo que respecta al principio de nacionalidad, no es difícil demostrar que nunca ha sido más que una frase para agitar a las masas o, en el mejor de los casos, una ilusión de ciertas capas de intelectuales pequeñoburgueses. Si bien la formación de grandes unidades estatales fue un proceso necesario para el desarrollo del capitalismo, lo cierto es que ninguna de esas unidades se formó sobre la base del famoso principio nacional, que por otra parte es muy difícil de definir concretamente. Vilfredo Pareto, escritor que ciertamente no es un revolucionario, en un artículo publicado en 1918 (reimpreso en la antología *Uomini e Idee*, Editorial Vallecchi, Florencia, 1920), criticó el supuesto «principio de las nacionalidades» y demostró que es imposible definirlo satisfactoriamente a través de los criterios que se suelen emplear para caracterizarlo (étnico, lingüístico, religioso, histórico, etc.), pues cada uno lleva a resultados distintos y contradictorios. Pareto

comparte la evidente observación que hicimos nosotros durante las polémicas del periodo de guerra: los plebiscitos no son la mejor solución a los problemas nacionales, pues previamente hay que determinar en qué territorio se llevará a cabo la votación, así como la naturaleza de los poderes que la organizan y la controlan, y así se llega a un círculo vicioso.

No es necesario recodar aquí el contenido de las polémicas que mantuvimos hace nueve años. En aquella época, a los internacionalistas no les fue difícil demostrar que los famosos principios que invocaban los socialguerreadores se prestaban a todo tipo de aplicaciones contradictorias. En caso de guerra, cualquier Estado puede decir que se trata de una guerra defensiva, pues el propio agresor puede terminar «sucumbiendo bajo la invasión extranjera». En todo caso, la actitud revolucionaria del movimiento socialista tenía las mismas consecuencias en una situación de ofensiva militar que en una situación defensiva, pues podía transformar fácilmente la primera en la segunda. En lo que respecta a las cuestiones nacionales y el irredentismo, éstas eran tan complejas y numerosas que servían para justificar alianzas muy distintas a las que se formaron en la guerra mundial.

Así pues, los tres famosos principios mencionados se contradecían singularmente a la hora de

aplicarlos. En aquel entonces preguntamos a los socialpatriotas si les parecía bien que un pueblo más democrático atacara y sometiera a otro menos democrático, si consideraban la agresión militar como un medio aceptable para liberar a las regiones irredentas, y cosas por el estilo.

Y es que una vez adoptadas estas tesis falaces, estas lógicas contradicciones permitían justificar la adhesión socialista a cualquier guerra, como de hecho sucedió. La táctica de la socialtraición empleó los mismos argumentos en todos los países, en las condiciones más desesperadas, alineando a los trabajadores a ambos lados del frente de guerra, unos contra otros.

Tampoco era difícil prever que una vez firmada la paz los gobiernos burgueses vencedores, cualesquiera que fuesen, nunca aplicarían esos criterios que según los socialnacionales motivaban la adhesión proletaria a la guerra y además garantizaban el logro de los objetivos que ellos habían presentado a los trabajadores, engañados por sus indignos condotieros.

La crítica y la refutación de las desviaciones socialnacionalistas no son nuevas. Más difícil se

presentaba (sobre todo en la época en la que se fundó la Tercera Internacional), y sigue presentándose, la solución positiva a la cuestión nacional desde el punto de vista comunista. No se puede decir que las tesis del II Congreso (1920) hayan resuelto el problema. Tanto es así que en el próximo V Congreso se va a tratar este asunto.

Está claro que la Internacional Comunista no va a adoptar teorías y fórmulas burguesas o pequeñoburguesas para solucionar los problemas relacionados con su actitud política y táctica. La Internacional Comunista ha restaurado el valor revolucionario de la doctrina y el método marxista, y estos inspiran su programa y su táctica.

Partiendo de esta base, ¿cómo se solucionan los problemas como el de la cuestión nacional? Veamos cuáles son las líneas generales. Los revisionistas decían que había que examinar una y otra vez la situación coyuntural, sin preocuparse por los objetivos y los principios generales. Así, llegaban a conclusiones puramente burguesas, tanto más en la medida en que a la hora de juzgar dichas situaciones ni siquiera empleaban criterios marxistas, que ponen de relieve el juego de los factores económicos y sociales y el conflicto entre los intereses de clase. A este respecto, algunos afirman que la línea comunista correcta consiste

en analizar la situación permaneciendo estrictamente fieles al método marxista de la crítica de los acontecimientos, para llegar libremente a las conclusiones que sean sin coartar éstas con ideas preconcebidas. Pero para nosotros esta respuesta contiene en sí misma todo el peligro del oportunismo, debido a su extrema indeterminación. Por otra parte, otros dicen que además de examinar de manera marxista y clasista una determinada coyuntura, hay que aplicar los principios y fórmulas generales que surgen de la negación casi mecánica de las fórmulas burguesas. Pero esto es pecar de grosero simplismo y de erróneo radicalismo. Disponer de fórmulas sencillas es indispensable de cara a la agitación y propaganda de nuestro partido. La sencillez no es tan peligrosa como la excesiva elasticidad y la falta de prejuicios. Pero estas fórmulas son objetivos, resultados, no puntos de partida para examinar las cuestiones que de vez en cuando los órganos supremos de crítica y deliberación del partido se ven obligados a abordar y definir, para poder explicarlas a las masas de militantes en términos claros y explícitos. Expliquemos esto tomando como ejemplo la fórmula «contra todas las guerras», que en un periodo histórico dado puede llegar a ser útil para separar eficazmente a los verdaderos revolucionarios de los oportunistas que distinguen entre unas guerras y otras, justificando así la política de cada burguesía. Esta fórmula, como enunciado doctrinal, no es correcta,

aunque sólo sea porque su tosco rechazo a la actitud oportunista mediante un radicalismo formal podría llevarnos a otra postura ideológica burguesa: el pacifismo de corte tolstoyano. De esta forma, estaríamos contradiciendo nuestro postulado fundamental sobre el empleo de la violencia armada.

La vía marxista adecuada para resolver todos estos problemas no es ninguna de las dos esbozadas. Esta vía debe precisarla aún más el partido del proletariado revolucionario, que ya dispone de algunos brillantes ejemplos, como es el caso del admirable edificio de la crítica marxista-leninista a las doctrinas democráticas burguesas y los enunciados de nuestro programa sobre el problema del Estado.

Para señalar brevemente qué solución nos parece mejor, aclaramos que hay que rechazar absolutamente esa tesis que dice que para desplegar una política marxista basta con hacer un simple análisis de las sucesivas situaciones (empleando un determinado método, por supuesto) y no se necesitan más elementos. A la hora de considerar un determinado problema, estudiar los factores de carácter económico y el desarrollo de las contradicciones de clase es algo necesario, pero no es suficiente. Ciertamente, hay que tener en cuenta otros criterios, que podemos denominar «principios» revolucionarios siempre que no los

consideremos como ideas inmanentes establecidas a priori, de una vez y para siempre, en unas tablas que se han «hallado» en alguna parte. Si se quiere, podemos sustituir la palabra «principios» por «postulados programáticos». Siempre se puede precisar más, y esto hay que hacerlo teniendo en cuenta las necesidades lingüísticas del movimiento internacional, nuestra terminología.

Estos criterios se basan en una consideración que encierra toda la fuerza revolucionaria del marxismo. No podemos ni debemos resolver los problemas de los *dockers* ingleses o de los trabajadores finlandeses, por ejemplo, partiendo únicamente del estudio de las situaciones de los obreros de este oficio o de esta nación, empleando un método histórico determinista, sí, pero limitándonos a las condiciones espaciales y temporales inmediatas que plantea el problema. Nuestro movimiento revolucionario se guía por un interés superior, y los intereses parciales no deben entrar en contradicción con todo su desarrollo histórico. Y es que este interés general no surge directamente de los problemas particulares que afectan a ciertos grupos del proletariado en determinados momentos. En resumen, este interés general es el interés de la Revolución Proletaria, es decir, el interés del proletariado considerado como clase mundial con una tarea histórica unitaria y que tiende a un objetivo revolucionario: el

derrumbamiento del orden burgués. Los problemas particulares se pueden y se deben resolver subordinándolos a este objetivo superior.

La coordinación entre estas soluciones particulares y el objetivo general se concreta en los postulados del partido, pilares de su programa y de sus medios tácticos. Estos postulados no son inmutables dogmas revelados, sino el resultado del examen general y sistemático de la situación en la que se halla toda la sociedad humana en el actual periodo histórico, examen en el que hay que tener en cuenta todos los elementos que nos ofrece nuestra experiencia. Es cierto que este examen progresa continuamente y que sus conclusiones se reelaboran cada vez mejor, pero si existimos como partido mundial es porque la pasada experiencia histórica del proletariado permite a nuestra crítica levantar un programa y un conjunto de reglas de conducta política. En caso contrario, no existiríamos ni nosotros como partido, ni el proletariado como clase histórica con una conciencia doctrinal y una organización de lucha. Si nuestras conclusiones presentan ciertas lagunas, si están sujetas a una previsible y futura revisión, sería un error llevar a cabo esta revisión renunciando a aquellos postulados y principios que «limitan» el abanico de acciones que podemos llevar a cabo en las sucesivas situaciones y en los diferentes países. Más nos valdría completar nuestras

formulas conclusivas de manera arbitraria, pues la claridad, la precisión y la máxima continuidad en las fórmulas de agitación y acción son condición indispensable para el fortalecimiento del movimiento revolucionario. A algunos esta afirmación les puede parecer arriesgada, pero hay que aclarar, sin entrar una importante cuestión que a muchos les parecerá excesivamente abstracta, que los elementos que nos proporciona la historia de la lucha de clases hasta el estallido de la gran guerra y la revolución rusa permiten al partido comunista mundial colmar todas nuestras posibles lagunas de manera satisfactoria. Evidentemente, esto no quiere decir que el futuro no nos pueda enseñar nada, o que no debemos comprobar continuamente la validez de nuestras conclusiones aplicándolas políticamente. Pero negarse a «codificar» sin tardanza el programa y las reglas tácticas y organizativas de la Internacional para nosotros representa un peligro de naturaleza oportunista, pues nuestra acción corre así el riesgo de refugiarse en el futuro en principios y reglas burguesas, completamente erróneas y ruinosas para la nuestra «libertad» de acción.

Así pues, los elementos que permiten dar una solución marxista a los problemas de nuestro movimiento son: el conjunto de conclusiones que nos ofrece nuestra visión general del proceso histórico, orientado al triunfo revolucionario final y general, y el

estudio marxista de los hechos que entran dentro del cuadro del nuestro propio examen.

Aquel conjunto de conclusiones está dialécticamente unido a este examen de los hechos, de *todos* los hechos históricos y sociales accesibles. Para el partido revolucionario, el resultado de todo esto no tiene un carácter dogmático, pero sí un alto grado de «permanencia» histórica, lo cual nos distingue de todos los oportunistas. Dicho en términos vulgares, nuestra coherencia doctrinal y táctica, que incluso podemos calificar de monótona, nos distingue de los traidores y los renegados de la causa revolucionaria.

Para ver un ejemplo, vamos a aplicar este método a la cuestión nacional. El examen de esta cuestión y la descripción de los hechos que la determinan se encuentran en las tesis del II Congreso, donde precisamente se estudia la situación general del capitalismo mundial y la fase imperialista que éste atraviesa.

El conjunto de hechos hay que examinarlo teniendo en cuenta el balance general de la lucha revolucionaria. Uno de estos hechos fundamentales es que el proletariado mundial dispone, aparte de una

ciudadela (el primer Estado obrero, Rusia), su ejército de partidos comunistas en todos los países. Los principales baluartes del capitalismo son los grandes Estados, sobre todo en los que han salido vencedores de la guerra mundial. Un pequeño grupo de estos controla la política mundial. Dichos Estados se enfrentan tanto a las consecuencias del desequilibrio general que ha provocado la gran guerra imperialista en la economía burguesa, como a las fuerzas revolucionarias que intentan derrocar el poder.

Uno de los recursos contrarrevolucionarios más importantes de los que disponen los grandes Estados burgueses en su lucha contra el desequilibrio general de la producción capitalista es su influencia sobre dos grupos de países: por un lado sus colonias de ultramar, y por otro los pequeños países de raza blanca y economía atrasada. La gran guerra, entendida como un movimiento histórico que ha desembocado en la emancipación de los pequeños pueblos y la liberación de las minorías nacionales, ha desmentido estrepitosamente esa ideología en la que los socialistas de la Segunda Internacional creían o fingían creer, sometiendo todos los países pequeños a las grandes potencias. Los nuevos Estados surgidos en Europa central son vasallos de Francia e Inglaterra, mientras que los Estados Unidos y Japón consolidan cada vez más su

hegemonía sobre los países menos poderosos de sus respectivos continentes.

No hay duda de que la resistencia a la revolución proletaria se concentra en el poder de unos cuantos grandes Estados capitalistas. Una vez abatidos estos, el resto caerán ante el proletariado vencedor. Si en las colonias y los países atrasados existen movimientos sociales y políticos dirigidos contra los grandes Estados y en los cuales participan las capas y partidos burgueses y semiburgueses, el triunfo de estos movimientos constituye un factor revolucionario desde el punto de vista del desarrollo de la situación mundial, en la medida en que contribuyen a la caída de las principales fortalezas del capitalismo. Si después de derrotar a la burguesía de los grandes Estados aún sobrevive algún poder burgués en estos pequeños países, estos serían derrotados sucesivamente por la fuerza del proletariado de los países más avanzados, por más que allí el movimiento proletario y comunista sea localmente débil y esté dando sus primeros pasos.

Esa idea de que la fuerza proletaria, así como las relaciones entre las clases y los partidos, se desarrollan paralela y simultáneamente en todos los países no es un criterio revolucionario válido. Está emparentado con esa concepción oportunista de una supuesta revolución simultánea, en base a la cual se llegó a negar el carácter

proletario de la revolución rusa. Para los comunistas, el desarrollo de la lucha no seguirá en todos los países el mismo esquema. Sabemos que a la hora de considerar los problemas nacionales y coloniales, hay que tener en cuenta las diferencias que existen en los distintos países, pero ello no debe impedir que la solución de dichos problemas se coordine con el interés del único movimiento capaz de destruir el capitalismo mundial.

Las tesis políticas de la Internacional Comunista, según las cuales el proletariado comunista mundial y su primer Estado deben guiar el movimiento de rebelión de las colonias y de los pequeños pueblos contra las metrópolis capitalistas, son el resultado de un vasto examen de la situación y de una valoración del proceso revolucionario perfectamente coherente con nuestro programa marxista. No tienen nada que ver con esa tesis oportunista y burguesa que dice que, para hablar de la lucha de clases, «previamente» hay que resolver los problemas nacionales, lo que equivale a emplear el principio nacional para justificar la colaboración entre clases, tanto en los países atrasados como en los países capitalistas desarrollados, cuando la soberanía y la libertad nacional corren peligro. El método comunista no consiste en afirmar puerilmente: los comunistas deben actuar en sentido opuesto a la tendencia nacional, en cualquier circunstancia. Esto carece de sentido, no es más que una negación «metafísica» del criterio burgués.

El método comunista se opone a este último «dialécticamente», es decir, que parte del factor clasista a la hora de juzgar y resolver el problema nacional. El apoyo a los movimientos coloniales, por ejemplo, no tiene nada que ver con la colaboración de clases, pues al mismo tiempo que se impulsa el desarrollo autónomo e independiente de los partidos comunistas en las colonias, preparándolos para superar a sus aliados momentáneos (mediante un trabajo independiente de formación ideológica y organizativa), se exige principalmente *a los partidos comunistas de las metrópolis* que apoyen los movimientos de rebelión en las colonias. Esta táctica es tan poco colaboracionista que la burguesía la considera antinacional, derrotista y alta traición.

Si no se parte de esa base, dice la tesis nº 9, la lucha contra la opresión colonial y nacional es un engaño, como en el caso de la Segunda Internacional. Y la tesis nº 11, epígrafe e), insiste en ello afirmando que «es necesario emprender una lucha decidida contra los intentos de cubrir con ropajes comunistas a los movimientos revolucionarios separatistas de los países atrasados que no son realmente comunistas». Lo cual demuestra que nuestra interpretación es correcta.

La necesidad de destruir el equilibrio de las colonias se deriva de un examen estrictamente marxista

de la situación del capitalismo, pues la explotación y la opresión de los trabajadores de color constituyen un medio que permite recrudecer la explotación del proletariado indígena de la metrópoli. Aquí surge una nueva y radical diferencia entre nuestro criterio y el de los reformistas. Estos últimos se afanan en demostrar que las colonias también son una fuente de riqueza para los trabajadores de la metrópoli, pues ofrecen un mercado para los productos. De este argumento extraen nuevas razones para la colaboración de clases, afirmando en muchos casos desvergonzadamente que se puede violar el propio principio de nacionalidad si es para «difundir la civilización» burguesa y acelerar la evolución de las condiciones del capitalismo. Este intento de tergiversación reaccionaria del marxismo revolucionario en la práctica consiste en conceder al capitalismo prorrogas cada vez más largas, retrasando el momento de su fin, del ataque revolucionario, y atribuyéndole aún amplias tareas históricas, cosa que nosotros rechazamos.

Los comunistas emplean las fuerzas que tratan de romper el patrocinio de los grandes Estados sobre los países atrasados y coloniales porque consideran que se pueden derribar estas fortalezas de la burguesía y confiar al proletariado socialista de los países más avanzados la tarea histórica de conducir a ritmo acelerado el proceso de modernización de la economía de los países

atrasados, no ya explotándoles, sino logrando la emancipación de los trabajadores locales de la explotación externa e interna.

Esta es, a grandes rasgos, la justa línea de la IC ante el problema que nos ocupa. Es muy importante comprender claramente el camino a través del cual se llega a estas conclusiones, para no relacionarlas con esa fraseología caduca de la burguesía sobre la libertad y la igualdad nacional, que en la primera de las tesis citadas se denuncian como un sucedáneo de ese concepto capitalista acerca de la igualdad de los ciudadanos de todas las clases. Y es que estas nuevas conclusiones del marxismo revolucionario (nuevas sólo en cierto sentido) corren el riesgo de exagerarse y desviarse.

Por ejemplo, nos parece inadmisibile, partiendo de estas bases, que en Alemania se plantee un acercamiento entre el movimiento comunista y el movimiento nacionalista y patriótico.

La presión que ejercen los Estados de la Entente sobre Alemania, de manera además tan aguda y vejatoria como hemos presenciado recientemente, no basta para considerar que Alemania es un pequeño país capitalista atrasado. Alemania es un gran país, formidablemente equipado desde el punto de vista capitalista, y donde el proletariado está más que

desarrollado, tanto social como políticamente. Por tanto, no se puede confundir su situación con la que hemos considerado más arriba. Nos ahorramos así un examen más amplio de esta importante cuestión, que deberá hacerse en otra parte y no resumidamente.

Nuestra argumentación tampoco se puede refutar recurriendo al alineamiento de fuerzas políticas que existe en Alemania, diciendo que la gran burguesía no muestra una acentuada actitud nacionalista, que tiende a coaligarse con la burguesía de la Entente para desplegar una acción contrarrevolucionaria contra el proletariado alemán, que el movimiento nacionalista se alimenta de las capas pequeñoburguesas descontentas y acosadas, también económicamente, ante las intenciones de aquella. El problema de la revolución desencadenada en Berlín no puede plantearse dejando de lado a Moscú (lo cual es reconfortante), ni a París, ni a Londres. Para combatir la alianza capitalista entre Alemania y los aliados no sólo contamos con la fuerza fundamental del Estado soviético, sino principalmente con la alianza entre el proletariado alemán y el de los países occidentales. Este factor de desarrollo de la revolución mundial es tan importante que sería un gravísimo error comprometerlo en un momento en que la acción revolucionaria en Francia o Inglaterra es tan difícil. La cuestión de la revolución alemana se convertiría, aunque sólo fuera en parte, en una cuestión de liberación

nacional, aunque se excluya la colaboración con la gran burguesía. La desproporción entre la madurez del partido comunista alemán y la del francés y el inglés desaconseja esta postura errónea, que consiste en reaccionar ante el antipatriotismo de la gran burguesía alemana con un programa nacionalista de revolución proletaria. La ayuda de la pequeña burguesía alemana (que ciertamente hay que saber encauzar empleando una táctica muy distinta a la del «nacional bolchevismo» y teniendo en cuenta la situación de ruina económica de estas capas intermedias), sería completamente inútil si París y Londres, asegurada la retaguardia interna, tienen las manos libres para actuar externamente, dentro de las fronteras alemanas. Esto sólo puede evitarse planteando el problema revolucionario alemán con una perspectiva internacionalista. En todo caso, la actitud de las capas pequeñoburguesas francesas es la que más debe preocuparnos, pues un recrudecimiento del nacionalismo alemán las pondría una vez más a merced de la burguesía local. Y algo parecido podría decirse de Inglaterra, donde el laborismo, ahora que está en el gobierno a cuenta y en interés de la burguesía británica, se proclama descaradamente nacionalista.

Si olvidamos el origen de los principios de las soluciones políticas comunistas, terminaremos aplicándolas allí donde están ausentes las condiciones para las cuales estaban concebidas, con el pretexto de

que se puede adoptar cualquier complicado expediente. El camarada Radek, defendiendo su táctica en una reunión internacional, ha «descubierto» que los comunistas deben exaltar el sacrificio de los nacionalistas en la lucha contra los franceses del Ruhr. Este fenómeno tiene ciertas analogías con el socialnacionalismo. Y todo ello se hace en nombre del principio, para nosotros nuevo e inaudito, de que hay que defender a quien se sacrifica por sus ideas, sea cual sea su partido.

Limitar la tarea del gran proletariado alemán a la emancipación nacional es un reduccionismo deplorable. Nosotros esperamos que este proletariado y su partido logren la victoria, no ya sólo por su propio bien, sino también para salvar la existencia y la evolución económica socialista de la Rusia de los Soviets, y para que el torrente de la Revolución mundial sacuda las fortalezas capitalistas occidentales y despierte a los trabajadores de todos los países, que de momento permanecen inmóviles ante los últimos conatos contraofensivos de la reacción burguesa.

Los desequilibrios nacionales entre los grandes Estados desarrollados son un factor que debemos estudiar y examinar, como cualquier otro. Pero al contrario que los socialnacionales, negamos tajantemente que estos desequilibrios tengan más

solución que la guerra de clases contra todos los grandes Estados burgueses. En este terreno, todo resto de patriotismo y de nacionalismo son para nosotros una manifestación reaccionaria, sin cabida en los partidos revolucionarios del proletariado, que en estos países disponen de una herencia verdaderamente rica en posibilidades genuina y exquisitamente comunistas, y cuya función en la Revolución mundial es la de una avanzadísima vanguardia.

Amadeo Bordiga.

ORGANIZACIÓN Y DISCIPLINA COMUNISTA

Prometeo n° 5 (mayo 1924)

PREMISAS DEL PROBLEMA

La reciente e importante discusión que se ha desarrollado dentro del Partido Comunista Ruso ha puesto de relieve los problemas inherentes a las relaciones internas de los partidos revolucionarios. Estos salen a la luz en todas las polémicas que mantienen los comunistas con los otros partidos que se reclaman del proletariado, y también en los debates internos, cada vez que se manifiesta alguna divergencia o crisis particular en nuestra organización comunista internacional.

Esta cuestión suele plantearse de manera errónea, confrontando el criterio de la centralización mecánica con el de la democracia mayoritaria, cuando en realidad hay que plantearla siguiendo el método dialéctico e histórico, pues para marxistas como nosotros no tiene sentido presentar la centralización y la democracia como «principios» necesarios o normas discriminatorias con las que se debe resolver este problema.

En uno de los números de *Rassegna Comunista*, quien escribe publicó un artículo sobre «*El principio*

democrático», donde analizando su aplicación en el Estado y en las organizaciones sindicales y políticas, se demostraba que para nosotros ese supuesto principio carece de sustancia y que sólo conviene introducir el mecanismo de la democracia cuantitativa y mayoritaria en determinados organismos y en determinadas situaciones históricas.

El pensamiento marxista encierra una crítica a esa pomposa ilusión según la cual la vía correcta depende de la decisión de la mayoría en una votación en la que todos los individuos tienen el mismo peso y la misma influencia. Y esta crítica al criterio de las mayorías demuestra que es ilusorio aplicarlo tanto en el Estado burgués parlamentario, donde constituye un monumental engaño, como en el Estado revolucionario, en los organismos económicos proletarios e incluso en nuestro partido, el cual se reserva la posibilidad de ponerlo en práctica mientras no se disponga de una mejor fórmula organizativa. Siendo marxistas, sabemos mejor que nadie la importancia que tienen las minorías organizadas y somos conscientes de que es imperiosamente necesario que en las distintas fases de la lucha revolucionaria la clase y el partido que la conduce funcionen bajo la estricta dirección de sus jerarquías organizativas, siguiendo la más sólida disciplina.

Esta falta de prejuicios igualitarios y democráticos no significa que nuestra actividad deba basarse en un nuevo prejuicio, en la negación formal y metafísica del principio democrático. A este respecto, remitimos al lector a la primera parte de nuestro artículo sobre la cuestión nacional (nº 4 de *Prometeo*), en el que se explica cómo hay que plantear los grandes problemas a los que se enfrenta el comunismo.

En la práctica, el mecanismo organizativo y las normas de funcionamiento interno de los partidos comunistas se sitúan, por decirlo así, en un punto intermedio entre el centralismo absoluto y la democracia absoluta. En los textos de la Internacional, esto se refleja en la expresión «centralismo democrático», como oportunamente ha recordado el camarada Trotsky en una carta, provocando una gran discusión entre los camaradas rusos.

En nuestra opinión, los problemas revolucionarios no se pueden resolver recurriendo a los abstractos y tradicionales principios de libertad y autoridad, y tampoco nos satisface el expediente que consiste en mezclar ambos términos como si fueran dos ingredientes fundamentales que hay que combinar.

La postura comunista sobre los problemas de organización y disciplina debería ser mucho más

completa, satisfactoria y original. Nosotros, para sintetizar esta postura, hace tiempo que empleamos la expresión «centralismo orgánico» (por supuesto, nos oponemos a todo criterio federalista o autonómico y consideramos el término «centralismo» como síntesis y unidad, lo contrario a una asociación casi accidental o «libre» de fuerzas que surgen de las más diversas iniciativas independientes). En las tesis que presentaremos para que sean discutidas en el V Congreso Comunista mundial es probable que esta fórmula se desarrolle más ampliamente, pues en este estudio nos limitaremos a plantear sus premisas iniciales. También se trata este problema, en parte, en las Tesis sobre la táctica presentadas al IV Congreso, publicadas recientemente en *Lo Stato Operaio*.

Para evitar solucionar este problema de manera demasiado simplista, dando siempre la razón a la mayoría que se expresa a través del voto o, al contrario, a las jerarquías centrales y supremas, hay que tener en cuenta unos sencillos factores históricos. Se trata de demostrar que los tormentosos dilemas que en la práctica provocan los problemas de carácter disciplinario se pueden resolver efectivamente de un modo real y dialéctico.

Recordemos la historia de los partidos socialistas tradicionales y de la Segunda Internacional. Cuando los grupos oportunistas se hicieron con su dirección, estos partidos se refugiaron a la sombra de los principios burgueses de democracia y de autonomía para los diferentes órganos. Pero esto no les impedía recurrir a menudo al espantajo de la disciplina, a las decisiones de la mayoría o de los jefes, contra los grupos de izquierda que reaccionaban ante las tendencias oportunistas y revisionistas. Este era el principal recurso que tenían estos partidos para cumplir con esa función a la que les llevaba su degeneración, sobre todo tras el estallido de la guerra mundial, y que consistía en ser un instrumento de la burguesía para movilizar ideológica y políticamente a la clase obrera. Los elementos de derecha acabaron imponiendo así una verdadera dictadura, contra la cual tuvieron que luchar los revolucionarios, no porque el partido hubiera violado sus principios de democracia interna, ni para combatir el criterio de la centralización del partido de clase (reivindicado también por la izquierda marxista), sino porque había que enfrentarse a las fuerzas efectivamente antiproletarias y antirrevolucionarias en esa realidad concreta.

Así pues, la formación de fracciones de oposición contra los grupos que dirigían estos partidos y su crítica despiadada eran métodos plenamente justificados, que

más tarde nos llevaron a la separación y la escisión a través de las cuales se fundaron los actuales partidos comunistas.

Es evidente, pues, que en determinadas situaciones el criterio de la disciplina por la disciplina es propio de los contrarrevolucionarios y que sirve para obstaculizar el proceso que conduce a la formación del verdadero partido revolucionario de clase.

Lenin nos muestra gloriosamente cómo hay que despreciar la influencia demagógica de estos sofismas. Acusado cientos de veces de disgregador, disolvente y de violar sus deberes para con el partido, prosiguió impertérrito su camino, convirtiéndose lógicamente en defensor de los criterios saludablemente marxistas de centralización orgánica tanto en el Estado como en el partido de la revolución.

Carlos Liebknecht, en cambio, ofrece el más nefasto ejemplo de disciplina formal y burocrática. El 4 de agosto de 1914 se creyó obligado a dar su voto de aprobación a los créditos de guerra.

En determinados momentos y situaciones, pues, la orientación revolucionaria se manifiesta a través de la ruptura de la disciplina y de la centralización jerárquica de la organización preexistente. La posibilidad de que se vuelva a producir esta situación habrá que considerarla a su debido tiempo.

Lo mismo ocurre en las organizaciones sindicales, dirigidas directamente en muchos casos por grupos contrarrevolucionarios. Sus dirigentes también se muestran muy tiernos con la democracia y la libertad burguesas, espantados ante la tesis comunista sobre la fuerza y la dictadura revolucionaria. Los comunistas que luchan en el seno de tales organismos, no obstante, deben denunciar continuamente los procedimientos dictatoriales de la burocracia dirigente y mandarinesca, y el método concreto que deben emplear para derrotarlos consiste en reivindicar asambleas y la aplicación del criterio democrático en las votaciones. Esto no nos convierte en dogmáticos creyentes de la democracia reglamentaria, pues en determinadas situaciones puede ser necesario tomar la dirección de estos organismos mediante un golpe de mano. La guía que debe orientarnos hacia nuestro objetivo revolucionario para nosotros no se basa en el respeto formal y constante a los jefes oficialmente investidos, ni en el cumplimiento indispensable de todas las formalidades de una consulta electoral. Repetimos que la solución consiste en emplear un método completamente distinto y mejor.

El problema es mucho más difícil y delicado en lo que atañe a la vida interna de los partidos y de la Internacional Comunista. Todo un proceso histórico nos separa de la época del surgimiento de las fracciones en

la vieja Internacional, fracciones que eran partidos dentro del partido y que conllevaban la ruptura sistemática de la disciplina como vía hacia una escisión fecunda en consecuencias revolucionarias.

Nosotros opinamos que las cuestiones de la organización y de la disciplina en el movimiento comunista sólo se pueden resolver relacionándolas estrechamente con las cuestiones teóricas, programáticas y tácticas.

Imaginémonos un partido revolucionario ideal, esa especie de límite al que debemos tender. Estudiando su constitución interna y sus normas de vida, llegamos fácilmente a la conclusión de que en este partido no están permitidas las fracciones ni el disenso de los órganos de base frente a las directrices de los órganos centrales. Sin embargo, no serviría de nada aplicar *sic et simpliciter* estas conclusiones a nuestros partidos y nuestra Internacional. Aunque nuestro objetivo sea aplicar íntegramente estos criterios, si los aplicamos inmediatamente en la práctica lograríamos lo contrario a lo que pretendemos. Los hechos demuestran que la división de los partidos comunistas en fracciones es la regla, más que una excepción, y lo mismo ocurre con las divergencias, que a veces derivan en conflictos entre los partidos y la Internacional.

Desgraciadamente, la solución no es tan sencilla.

Hay que tener en cuenta que la Internacional todavía no funciona como un partido comunista mundial único. No hay duda de que avanza hacia este resultado y que ha dado pasos gigantescos, comparado con la vieja Internacional. Pero para estar seguros de que avanzamos efectivamente hacia la dirección deseada y de que nuestro trabajo comunista concuerda con este objetivo, nuestra confianza en la capacidad y en la esencia revolucionarias de nuestro glorioso organismo mundial debe reposar sobre un trabajo continuo de control y valoración racional de todo lo que sucede en sus filas y del planteamiento de su política.

Si consideramos la máxima y más perfecta disciplina (aquella que existiría si todos estuviésemos de acuerdo a la hora de plantear críticamente los problemas del movimiento), no como un resultado, sino como un medio infalible que se puede emplear con los ojos cerrados, argumentando *tout court* que como la Internacional es el partido comunista mundial hay que acatar fielmente aquello que dictaminen sus órganos centrales, estamos invirtiendo los términos del problema con sofismas.

Para analizar esta cuestión, hay que recordar que los partidos comunistas son organismos a los que sus militantes se incorporan «voluntariamente». Esto lo determina la propia naturaleza histórica de los partidos, y no un «principio» ni ningún «modelo».

Evidentemente, no podemos obligar a nadie a aceptar nuestro carné, no podemos hacer una conscripción de comunistas, no podemos sancionar a quienes no se someten a nuestra disciplina interna: los militantes son materialmente libres para abandonarnos cuando crean oportuno. No se trata de analizar si esto es bueno o malo, la realidad es la que es y no hay forma de cambiarla. Por tanto, no podemos adoptar la fórmula de absoluta obediencia a las órdenes que vienen de arriba, a pesar de sus muchas ventajas.

Las órdenes de las jerarquías centrales no determinan la función del movimiento, sino que son resultado de éste, concebido como colectividad. Esto no hay que entenderlo en sentido democrático o jurídico, lo cual sería estúpido, sino en su sentido real e histórico. No afirmamos que las masas comunistas tengan «derecho» a elaborar directrices y que los dirigentes deban atenerse a éstas. Simplemente constatamos cuáles son los términos en los que se plantea la formación de un partido de clase y las premisas para el estudio de este problema.

De esta forma, podemos esbozar esquemáticamente nuestras conclusiones en esta materia. No existe ninguna disciplina que permita ejecutar mecánicamente las órdenes y las disposiciones que vienen de arriba, «sean cuales sean». Lo que existe es un conjunto de órdenes y disposiciones (que

responden al origen real del movimiento) que garantizan la máxima disciplina, es decir, la acción unitaria de todo el organismo, y un tipo de directrices que, en cambio, comprometen la disciplina y la solidez organizativa, por más que emanen del centro.

Así pues, hay que perfilar las tareas de los órganos dirigentes. ¿Quién debe hacer esto? Todo el partido, toda la organización, pero no en ese sentido superficial y parlamentario que concede a todos el derecho a decidir el «mandato» que hay que otorgar a los jefes elegidos y los límites de éste último, sino en un sentido dialéctico que tiene en cuenta la tradición, la preparación y la verdadera continuidad del pensamiento y la actividad del movimiento. Precisamente porque somos antidemócratas, pensamos que en ciertas ocasiones la visión de la minoría puede llegar a ser más coherente con los intereses del proceso revolucionario que la de la mayoría. Desde luego, son casos excepcionales que revelan graves trastornos disciplinarios, como ocurrió en la vieja Internacional. Esto no debería suceder en nuestras filas. Pero aunque no lleguemos a este extremo, en circunstancias menos agudas y críticas, la contribución de ciertos grupos minoritarios también puede llegar a ser útil e indispensable a la hora de precisar las directivas del centro dirigente.

En resumen, estas son las bases para el estudio de esta cuestión, que debe abordarse teniendo en cuenta la

verdadera naturaleza histórica del partido de clase, un organismo que tiende a ser la expresión de la unificación de todas las luchas particulares que surgen en el terreno social hacia el objetivo central y común, y al que sus militantes se incorporan de manera voluntaria.

Nuestra tesis, con la que creemos ser fieles a la dialéctica marxista, se puede resumir así: la acción que desarrolla el partido y la táctica que adopta, es decir, su manera de actuar «exteriormente», repercute a su vez en su organización y constitución «interna». Quienes afirman que la disciplina debe ser ilimitada para que el partido sea capaz de desplegar «cualquier» tipo de acción, cualquier táctica o maniobra estratégica, y que éstas no deben tener ningún límite concreto y conocido por el conjunto de los militantes, comprometen fatalmente al partido.

La máxima unidad y la máxima solidez disciplinaria, que tanto deseamos, sólo podemos lograrlas planteando el problema de esta forma. No se puede resolver con vulgares normas de obediencia mecánica.

Amadeo Bordiga.

LA CUESTIÓN TROTSKY

Enviado a la redacción de L'Unità el 8 de febrero de 1925, este artículo no fue publicado en dicho periódico hasta el 4 de julio.

La discusión que acaba de concluir con las medidas adoptadas por el Comité Ejecutivo del Partido Comunista Ruso y la Comisión de Control contra el camarada Trotsky, tiene su origen exclusivamente en el prefacio escrito por Trotsky al tercer volumen de su libro *1917*, publicado en ruso hace pocos meses. Dicho prefacio está fechado el 15 de septiembre de 1924.

La anterior discusión sobre la política económica rusa y la vida interna del partido, que enfrentó a Trotsky con el Comité Central, quedó zanjada con las decisiones que se tomaron en el XIII Congreso del partido y en el V Congreso mundial, y Trotsky no la ha reabierto. La actual polémica se centra en otros textos, como su discurso en el congreso de los veterinarios y su opúsculo *Sobre Lenin*. Pero el primero data del 28 de julio, época en la que todavía estaban reunidas en Moscú las delegaciones al V Congreso, donde no levantó polémica alguna, y el segundo se escribió mucho antes y fue ampliamente citado en la prensa comunista de todos los países, sin levantar quejas en los órganos del partido.

Los camaradas italianos no conocen el texto del prefacio, en el que se centra el debate, y la prensa comunista internacional tampoco lo ha recibido. Así pues, dado que ni Trotsky ni nadie ha vuelto a escribir en defensa de esas tesis, lo único que hay publicado son escritos que refutan dicho prefacio. El artículo publicado por la redacción de *Pravda* a finales de octubre, que inició la polémica contra Trotsky, ha sido reproducido aparte en *L'Unità*. En lo que respecta al prefacio, existe un resumen en italiano publicado en *Critica Fascista*, en los números 2 y 3, del 15 de enero y del 1 de febrero de este año, y *Avanti!* reprodujo las primeras páginas el 30 de enero. El prefacio completo se ha publicado en francés en *Cahiers du bolchevisme*, revista del Partido Comunista Francés, en los números 5 y 6, del 19 y 26 de diciembre de 1924 respectivamente.

El prefacio a *1917* aborda las enseñanzas de la revolución rusa de Octubre desde en lo que respecta a la adecuación del partido revolucionario a su misión histórica de la lucha final por la conquista del poder. Los recientes acontecimientos de la política internacional han planteado este problema: dadas las condiciones objetivas históricas necesarias para la conquista del poder por parte del proletariado, esto es, dada la inestabilidad del régimen y del aparato estatal burgués, el empuje de las masas a la lucha y la orientación de amplios estratos proletarios hacia el partido comunista,

¿cómo podemos garantizar que todo esto se adecúe a las necesidades de la batalla, tal y como hizo el partido ruso en Octubre de 1917, bajo la guía de Lenin?

Trotsky presenta la cuestión del siguiente modo. La experiencia nos enseña que en el momento de la lucha suprema en el seno del partido comunista puede llegar a manifestarse una tendencia a la formación de dos corrientes: una contempla la posibilidad de la insurrección armada y aboga por no retrasarla, y otra, en el último momento, bajo el pretexto de que la situación no está madura y de que la correlación de fuerzas entre nosotros y el adversario no es favorable, propone que la acción se posponga, adoptando en la práctica una postura no revolucionaria y menchevique. Esta tendencia fue la que predominó en 1923 en Bulgaria, en la época del golpe de Zankoff, así como en el octubre alemán, provocando la renuncia a una lucha que podía haber terminado en victoria. Esta corriente también se manifestó en 1917, en el seno del propio partido bolchevique, y fue derrotada gracias a Lenin, cuya formidable energía obligó a los vacilantes a reconocer que la situación era revolucionaria y a aceptar la orden suprema de desencadenar la acción insurreccional. Merece la pena estudiar la conducta de la oposición de derecha contra Lenin en el partido bolchevique en 1917 y compararla con la de los adversarios de la lucha que surgieron en nuestras filas en Alemania en 1923, y con

otros casos análogos. El lenguaje de quienes defendían que se aplazara la lucha y su actitud política son tan parecidas en ambos casos, que la Internacional debería plantearse tomar medidas para que en los momentos decisivos prevalezca el auténtico método leninista y no se eludan las posibilidades históricas de la revolución.

A nuestro parecer, la conclusión más importante que emerge del eficaz análisis al que Trotsky ha sometido la preparación y puesta a punto de la lucha de Octubre en Rusia, es que las reticencias de la derecha no sólo se presentan como un error a la hora de valorar las fuerzas en liza y de elegir el momento de la acción, sino que revelan una verdadera incomprensión de los principios del proceso histórico revolucionario, una intención de que éste desemboque en algo distinto a la dictadura del proletariado para construir el socialismo, que constituye el contenido vital del marxismo revolucionario reivindicado y ejecutado históricamente por la gigantesca obra de Lenin.

En efecto, el grupo de camaradas dirigentes del partido bolchevique que se oponían a Lenin en aquel entonces, no sólo decían que había que esperar, sino que defendían consignas programáticas distintas a las leninistas (dictadura socialista del proletariado, todo el poder a los Soviets, disolución de la Asamblea Constituyente), como por ejemplo una mezcla entre los

Soviets y el parlamento democrático, o un gobierno de *todos los partidos soviéticos*, es decir, una coalición de comunistas y socialdemócratas, entendida no como un expediente táctico temporal sino como la forma permanente que debía adoptar la revolución rusa. Se enfrentaban, pues, dos conceptos basados en principios distintos: por un lado el concepto leninista, la dictadura soviética dirigida por el partido comunista, es decir, la revolución *proletaria* en toda su potente originalidad como hecho histórico dialécticamente opuesto a la revolución democrática burguesa de Kérenski; y por otro lado, el estímulo izquierdista a esta revolución democrática burguesa, su complemento, la defensa de algo que nos era ajeno, de la revolución *del pueblo* contra el zarismo, en otras palabras, el triunfo de la burguesía y de la pequeña burguesía.

Trotsky, sintetizador magnífico y sin par entre aquellos que vivieron las experiencias y verdades revolucionarias, señala sutilmente que durante el período revolucionario los reformistas terminaron apostados sobre el terreno de un socialismo meramente formal, abogando por conseguir la victoria de la clase proletaria mediante métodos democráticos y legales burgueses. Es decir, se apostaron sobre el terreno de la pura democracia burguesa, convirtiéndose en paladines y agentes directos del capitalismo. Paralelamente, el ala derecha del partido revolucionario ocupó de hecho el

lugar que éstos habían dejado libre, reduciendo sus propias funciones a la reclamación de una *verdadera democracia proletaria* y cosas semejantes, cuando en realidad era el momento de proclamar la quiebra de todas las democracias y pasar a la lucha armada.

Esta valoración de la actitud de los bolcheviques que en aquel entonces no estuvieron junto a Lenin indudablemente es grave, pero emerge de la exposición que hace Trotsky a través de documentadas citas (no desmentidas) de declaraciones de los propios derechistas y de las respuestas de Lenin a éstos. La necesidad de abordar este problema deriva del hecho de que ya no tenemos a Lenin, y de que sin él hemos perdido nuestro Octubre de Berlín, un hecho de alcance histórico internacional que destruye toda posibilidad de disfrutar de una vida interna tranquila. Trotsky concibe este problema de manera análoga a como lo hizo la delegación italiana en el V Congreso: no se puede liquidar el error alemán simplemente culpando a los derechistas que entonces dirigían el partido alemán, sino es necesario revisar la táctica *internacional* de la Internacional y *verificar* su modo interno de organizarse, de trabajar y de prepararse para las tareas de la revolución.

La disidencia dentro del partido bolchevique en vísperas de la revolución puede seguirse a través de toda

una serie de vigorosas intervenciones de Lenin, que trataba de rectificar la línea y eliminar las dudas. Lenin inició esta labor desde Suiza, mediante correspondencia. A su llegada se colocó decididamente en contra del *derrotismo*, esto es, en contra de la actitud mostrada, entre otros, por el *Pravda*, que espoleaba a los trabajadores a la guerra contra los alemanes para salvar la revolución. Lenin afirmó que la revolución que nosotros debemos defender no está gobernada por los oportunistas, agentes de la burguesía, sino por el partido del proletariado.

En aquel entonces la conocida *consigna* del partido bolchevique era «*dictadura democrática del proletariado y de los campesinos*». En realidad, Trotsky no afirma en su escrito que esta fórmula era errónea, ni que fracasó históricamente, ni que Lenin la sustituyó por una fórmula equivalente a la de *Revolución permanente*, defendida por Trotsky y sus amigos en otra época. Muy al contrario, Trotsky reivindica la validez de esa fórmula tal y como la concebía y la aplicaba el genio revolucionario de Lenin, esto es, como *consigna táctica* y de agitación aplicable antes de la caída del zarismo, consigna que de hecho terminó realizándose, pues una vez derrotado el zarismo en Rusia no se implantó una auténtica democracia parlamentaria burguesa, sino que hubo un dualismo entre un débil Estado burgués parlamentario y los nacientes órganos del poder

proletario y campesino, los Soviets. Pero apenas abierta esta fase con la que la historia confirmó el *esquema* leninista y bolchevique de la revolución, Lenin retomó rápidamente (no sólo en lo que respecta a la orientación de la política del partido sino también en lo que atañe al cambio de las fórmulas de propaganda externa) posiciones más avanzadas, para preparar la segunda y auténtica revolución, la vía de la insurrección armada hacia la dictadura socialista y soviética del proletariado, guiando siempre a las falanges de campesinos en su lucha por la emancipación del régimen agrario feudal.

Trotsky combate el problema de la incompreensión del verdadero genio estratégico de Lenin por parte de aquellos que, como tantos de nuestros maximalistas, invocan a cada paso su teoría y práctica del *compromiso* y la elasticidad de maniobra. Lenin maniobraba, pero sus maniobras nunca perdían de vista el objetivo supremo. Otros convierten demasiado a menudo la maniobra en un fin en sí mismo y paralizan su transformación revolucionaria, que es precisamente el terreno en el que la *souplesse*⁴¹ de Lenin cede el puesto a la más implacable rigidez a la hora de querer la revolución y exterminar a los enemigos y saboteadores. El propio Lenin, en pasajes citados por Trotsky, estigmatiza esta incapacidad de adaptarse a las nuevas

⁴¹ Flexibilidad, elasticidad. En francés en el original.

situaciones revolucionarias, esta confusión a la hora de considerar una fórmula polémica, indispensable para los bolcheviques en la época precedente, como el *non plus ultra* de su política posterior. Aquí se resume toda la gran cuestión de la táctica comunista: sus peligros, que venimos examinando desde hace años, y las conclusiones que se pueden extraer para evitar el dañino escamoteo del verdadero contenido revolucionario de las enseñanzas de Lenin.

Trotsky expone que Lenin siempre tuvo claro que la revolución rusa pasaría por una fase transitoria de *dictadura democrática*, es decir, una fase pequeñoburguesa, para llegar luego a la fase de la dictadura comunista integral, incluso antes del ascenso del socialismo en Occidente. Los derechistas, al defender un gobierno de coalición obrera y despreciar la lucha insurreccional, hacían suya la posición menchevique, según la cual Rusia, una vez liberada del zarismo, debía *esperar* a que la revolución socialista triunfara en los demás países para derrocar las formas de la democracia burguesa. El prefacio de Trotsky estigmatiza enérgicamente este error, muy característico del antileninismo.

Estos problemas se debatieron enérgicamente en la conferencia del partido de abril de 1917. A partir de entonces Lenin no dejó de insistir con fuerza en la idea

de la toma del poder. Despedazó el engaño parlamentario, más tarde *calificó de vergonzosa* la decisión del partido de participar en el *preparlamento*, asamblea democrática provisional que se convocó a la espera de las elecciones para la Constituyente. A partir de julio, Lenin, siguiendo con la máxima atención la evolución de la orientación de las masas, sabiendo imponer una tregua tras el ensayo y el reconocimiento insurreccional que fracasó aquel mes, se dedicó a poner en guardia a los camaradas contra los propios engaños de la legalidad soviética, diciéndoles que no era necesario atarse las manos y aplazar la lucha hasta después de la convocatoria de la Constituyente, ni tampoco hasta el II Congreso de los Soviets, para ver qué decisiones tomaba la mayoría, pues ésta bien puede seguir en manos de los oportunistas una vez haya pasado la hora de derribar al gobierno democrático con las armas. Sabemos que Lenin en determinado momento llegó a decir que habría llevado el partido al poder aun sin los Soviets, razón por la que algunos derechistas le calificaron de *blanquista*. Y Trotsky (en el que pretenden apoyarse los imbéciles campeones de la democracia que claman contra las tesis dictatoriales bolcheviques) advierte de nuevo a los camaradas europeos que no debemos convertir a la mayoría en un fetiche, ni siquiera en los Soviets, que nuestro mejor elector es el fusil en las manos del obrero insurgente, que no piensa en depositar papeletas de voto sino en

golpear al enemigo. Esto no contradice ese concepto leninista que dice que es necesario que las masas estén con nosotros y que éstas, en su acción revolucionaria, no pueden ser suplantadas por un puñado de hombres resueltos. Pero una vez ganadas las masas, la cuestión es ésta: se necesita un partido o un estado mayor que no interponga distracciones y tergiversaciones entre las masas y la lucha. Podemos y debemos esperar a las masas, pero el partido no debe hacerlas esperar a ellas, si no quiere sufrir una derrota. Así es como hay que plantear el tremendo problema que pesa sobre todos nosotros, mientras la burguesía mundial permanece aún en pie en medio de su crisis.

El 10 de octubre de 1917 el Comité Central del partido bolchevique decidió la insurrección. Lenin había vencido.

Pero la decisión no fue unánime. Al día siguiente, los disidentes enviaron a las principales organizaciones del partido una carta *Sobre el momento presente*, en la que estigmatizaban las decisiones de la mayoría, afirmaban que la insurrección era imposible y auguraban la derrota. El 18 de octubre algunos de los nuestros aún seguían escribiendo contra la decisión del partido. Pero el 25 de octubre la insurrección venció y el gobierno soviético se instaló en Petrogrado. El 4 de noviembre, después de la victoria, los que se oponían a

Lenin dimitieron del Comité Central para poder defender libremente sus tesis y apelar al partido: no se debe constituir un gobierno de partido, como sostiene Lenin, sino que hay que emplear el poder conquistado para formar un gobierno con todos los partidos soviéticos, o sea, con los mencheviques y los social-revolucionarios de derecha representados en el Soviet. Hay que convocar la Constituyente y dejarla funcionar. Esta tesis la defiende el propio Comité Central, la postura de Lenin no prevalece hasta que la Constituyente es disuelta por los guardias rojos.

La historia de esta disidencia es breve. Los camaradas en cuestión *reconocieron sus errores*. Esto es correctísimo y ciertamente aquí no pretendemos descalificar a esos camaradas. Reconocer el error una vez la revolución ha salido victoriosa y se ha consolidado era inevitable, pues de lo contrario habrían pasado a las filas de los contrarrevolucionarios. La gravedad del problema reside sencillamente en esto: si la postura de Lenin hubiese sido minoritaria en el Comité Central y la insurrección hubiera fracasado a causa de la desconfianza que previamente habían arrojado sobre ella una parte de sus jefes, éstos habrían hablado en los mismos términos en los que lo han hecho los camaradas responsables de la dirección del partido alemán durante la crisis de octubre de 1923. Lo que Lenin desbarató en Rusia, la Internacional no ha podido

desbaratarlo en Alemania. En estas condiciones, si la Internacional quiere seguir de hecho la tradición de Lenin, deberá evitar encontrarse de nuevo ante tal dilema. La historia no es generosa a la hora de ofrecer ocasiones revolucionarias, y desaprovecharlas deja las dolorosas secuelas que todos conocemos y sufrimos.

Los camaradas pensarán que el contenido del debate no se limita a esto, dados los motivos por los que Trotsky ha sido reprobado en la moción publicada y los argumentos de la polémica, tal y como los repite al resumirlos el autor de los artículos firmados como A.P. En lo que respecta al camarada Trotsky, los problemas se reducen a cuanto he expuesto. Pero es cierto que la respuesta de la parte contraria ha consistido en someter a juicio la actividad política del camarada Trotsky a lo largo de toda su vida. Se ha dicho que existe un *trotskismo*, opuesto al leninismo, que lleva desarrollándose desde 1903 en línea continua y que siempre se presenta como una lucha *de derecha* contra las directrices del partido bolchevique. De este modo, la polémica se ha encrepado y se ha agravado, pero sobre todo se ha desviado, eludiendo el problema vital planteado por Trotsky en los términos que hemos examinado.

Me limitaré a señalar brevemente las acusaciones que se han lanzado contra Trotsky y que no tienen nada que ver con las cuestiones que trata en su prefacio.

El trotskismo existió efectivamente entre 1903 y 1917, y consistía en una actitud centrista que pretendía integrar a mencheviques y bolcheviques, más bien confusa y teóricamente insegura, que en la práctica oscilaba de derecha a izquierda, y que fue justamente combatida por Lenin sin demasiados miramientos, tal y como se las gastaba Lenin con sus oponentes. En sus escritos posteriores a 1917, es decir, desde que ingresó en el partido bolchevique, Trotsky no ha vuelto a reivindicar sus opiniones de aquel entonces, pues reconoce que eran erróneas. En su última carta al Comité Central afirma que *«considera el trotskismo como una tendencia desaparecida hace mucho tiempo»*. Se le acusa de haber reconocido únicamente *«errores organizativos»*. No obstante, la ruptura de Trotsky con su pasado antileninista no hay que buscarla en un acto legal de abjuración, sino en su obra y sus escritos posteriores a 1917. En el prefacio, Trotsky intenta demostrar que estuvo completamente de acuerdo con Lenin antes de Octubre y en Octubre. Pero refiriéndose explícitamente al período inmediatamente posterior a la revolución de Febrero, señala que antes de llegar a Rusia, en sus artículos escritos en América, expresó opiniones opuestas a las que defendía Lenin en sus

cartas desde Suiza. Evidentemente no oculta que fue él quien, ante las enseñanzas de la historia, se pasó al terreno de Lenin, tras combatirle erróneamente.

Trotsky discute, y está en su derecho, en calidad de miembro del partido bolchevique que reprocha a la derecha de su partido un comportamiento que adolece de los mismos errores mencheviques que aparecieron durante el período de la revolución. Dado que los lugartenientes de esta corriente no cayeron en semejantes errores en el período anterior a la revolución y la lucha suprema, dado que estuvieron al lado de Lenin y que fueron miembros de su preciosa escuela, cabría esperar mayor responsabilidad por su parte a la hora de defender eficazmente la acción sin deslizarse por estos errores derechistas.

Así pues, atribuir a Trotsky la tesis que niega que sea posible realizar la revolución proletaria en Rusia antes que en otros países, cuando precisamente Trotsky critica esta tesis en el prefacio a *1917*, considerándola la causa de los errores de la derecha, es invertir los auténticos términos del debate y manipular unilateralmente la información.

Suponiendo que existiera un nuevo trotskismo, lo cual no es cierto, ningún puente le uniría al viejo. El nuevo, en cualquier caso, estaría a la izquierda, y el viejo

estaba a la derecha. Y entre ambos está el período de magnífica actividad comunista de Trotsky, incontestablemente reconocida como rigurosamente bolchevique por todos los colaboradores de Lenin que lucharon contra los oportunistas socialdemócratas. ¿Acaso no es en los escritos de Trotsky, entre los cuales destaca *Terrorismo y comunismo*, donde mejor ha quedado expuesta la polémica de Lenin contra los oportunistas socialdemócratas? Los informes y discursos de Trotsky en los congresos del partido ruso, de los Soviets y de la Internacional definen fundamentalmente la política comunista de los últimos años, y nunca han reflejado posiciones opuestas a las de Lenin en las cuestiones importantes. En los Congresos internacionales Trotsky siempre ha defendido los manifiestos oficiales, repartiéndose con Lenin a cada paso el trabajo polémico y de consolidación de la nueva Internacional, eliminando los residuos oportunistas. En este período, la solidez conceptual que ha demostrado Trotsky en las cuestiones fundamentales de la doctrina y la política revolucionaria le convierte en el mejor intérprete de Lenin, estando además a la misma altura que el maestro a la hora de exponer y presentar los postulados para la discusión y la propaganda de manera clara y brillante.

No me extenderé hablando del papel que ha desempeñado Trotsky como jefe de la lucha

revolucionaria y de la defensa política y militar de la revolución, porque no tengo ni la intención ni la necesidad de alabar a Trotsky. Pero sí creo que este pasado sirve al menos para poner en evidencia lo injusto que es exhumar el viejo juicio de Lenin sobre el amor de Trotsky por la *fraseología revolucionaria* y de izquierda, una insinuación que sería más apropiado dirigir a quienes han demostrado que sólo saben ver las revoluciones desde lejos, y probablemente a muchos ultrabolcheviques occidentales.

Se dice que en la mencionada polémica con el partido Trotsky representa a los elementos pequeñoburgueses. No podemos ocuparnos aquí de todo el contenido de la discusión, pero no hay que olvidar que: primero, en lo que respecta a la cuestión de la política económica de la república, la mayoría del partido y del Comité Central han terminado haciendo suyas las propuestas de la oposición y de Trotsky; segundo, dicha oposición era heterogénea y por tanto no se podían atribuir a Trotsky las opiniones de Radek sobre la cuestión alemana, ni las de Krassin y compañía, que querían hacer mayores concesiones al capital extranjero; tercero, en la cuestión de la organización interna del partido, Trotsky no defendía un fraccionismo sistemático y la descentralización, sino un concepto marxista distinto al mecánico y sofocante de la disciplina. Cada día es más urgente y necesario clarificar

esta grave cuestión, que requiere ser analizada adecuadamente. En todo caso, acusar a Trotsky de ser un exponente de las tendencias pequeñoburguesas contradice esa otra acusación, según la cual infravalora la función de los campesinos en la revolución y sobrevalora la del proletariado industrial. Esta es otra polémica gratuita, pues Trotsky ha seguido e ilustrado fidelísimamente la tesis agraria de Lenin (el propio Lenin reconocía que había robado este punto del programa a los socialistas revolucionarios). Todos estos intentos de arrojar sobre Trotsky acusaciones antibolcheviques no nos convencen en absoluto.

Después de la revolución, Trotsky estuvo en desacuerdo con Lenin en la cuestión de la paz de Brest-Litovsk y en la del sindicalismo de Estado. Ciertamente son cuestiones importantes, pero a los líderes que en aquel entonces pertenecían a la tendencia de Trotsky no se les ha acusado de antileninistas. Sobre este tipo de errores parciales no puede sostenerse el complejo andamiaje que pretende convertir a Trotsky en nuestro anticristo, mediante citas y comentarios en los que la cronología y la lógica brillan por su ausencia.

Algunos han llegado a decir que Trotsky no está de acuerdo con la valoración de la Internacional sobre la situación mundial, pues la ve con pesimismo, y que los hechos han desmentido su previsión sobre la fase

democrático-pacifista. Pero lo cierto es que él fue el encargado de elaborar el manifiesto del V Congreso sobre este tema, que fue aprobado con levísimas modificaciones. Trotsky considera la fase democrático-pacifista como un peligro contra el que los comunistas deben reaccionar subrayando que es inevitable que los períodos democráticos desemboquen en guerra civil, en el dilema de las dos *dictaduras* opuestas. En lo que respecta a su supuesto pesimismo, más bien es él quien se dedica a denunciar y criticar el pesimismo de los demás, afirmando que, como decía Lenin en Octubre, cuando se pierde el momento favorable para la lucha insurreccional, luego viene un periodo desfavorable. La situación en Alemania ha confirmado de sobra esta valoración. El esquema de Trotsky sobre la situación mundial no se reduce a predecir que en todas partes se implantará un gobierno burgués de izquierda. Es más bien un profundo análisis de las fuerzas desplegadas en el mundo capitalista, análisis del cual la Internacional no se ha apartado sustancialmente en ninguna de sus declaraciones y que parte de la tesis fundamental de que la actual crisis capitalista es insuperable.

Supuestamente hay elementos antibolcheviques que apoyan a Trotsky. Y naturalmente estos estarán encantados ante esa declaración oficial de que uno de nuestros grandes jefes ha abandonado los principios de nuestra política, está contra la dictadura, quiere volver a

las fórmulas pequeñoburguesas, etcétera. Pero algunos diarios burgueses ya han aclarado que no hay muchas esperanzas, que Trotsky, más que nadie, está en contra de la democracia y a favor de la implacable violencia de la revolución contra sus enemigos. Si los burgueses y socialtraidores realmente esperan que Trotsky lleve a cabo una revisión del leninismo o del comunismo a su conveniencia, están muy equivocados. Sólo el silencio y la pasividad de Trotsky podrían dar cierto crédito a esta leyenda, a esta especulación de nuestros enemigos. El prefacio mencionado, por ejemplo, ha sido publicado por una revista fascista, es verdad, pero la redacción se ha visto obligada a aclarar al final del texto que la opinión de la revista no tiene nada que ver con la de Trotsky. *Avanti!*, por su parte, simplemente levanta risas cuando elogia a Trotsky y, para defender sus tesis, publica un artículo en el que se menciona el caso italiano como ejemplo de la bancarrota revolucionaria a causa de la incapacidad de los partidos, refiriéndose por tanto precisamente al partidazo socialista. Los derechistas alemanes acusados de trotskismo han dicho que estas acusaciones son falsas, pues ellos defienden exactamente lo contrario que Trotsky: afirman que la revolución de Octubre de 1923 en Alemania era imposible. Estas discutibles solidaridades procedentes de orillas opuestas no son un argumento válido a la hora de definir nuestra orientación política, esto nos lo ha enseñado la experiencia.

A Trotsky hay que juzgarle por lo que dice y escribe. Los comunistas no somos personalistas. El día que Trotsky nos traicione le trataremos sin contemplaciones. Pero esa traición no depende de la incontinencia de sus adversarios ni de su privilegiada posición en el debate. Todas las acusaciones referentes a su pasado se derrumban ante esta evidencia: la ofensiva no se consideró necesaria antes de publicarse el prefacio a *1917*, que por su parte nada tiene que ver con dichas acusaciones.

La polémica contra Trotsky ha producido un sentimiento de tristeza en los trabajadores y una sonrisa de triunfo en los labios de los enemigos. Que sepan, amigos y enemigos, que el partido proletario sabrá vivir y vencer con o sin Trotsky. No obstante, mientras el debate no desemboque en otras conclusiones, Trotsky no es un hombre que podamos abandonar al enemigo. En sus declaraciones no ha renunciado ni a una línea de sus escritos, lo cual no va en contra de la disciplina bolchevique, pero es que además ha asegurado que nunca ha pretendido crear una base política personal y fraccional y que está más unido que nunca al partido. No podíamos esperar otra cosa de uno de los hombres más dignos de encabezar del partido revolucionario. Dejando de lado el sensacionalismo que rodea la figura de Trotsky como individuo, podemos ver que los

problemas que él ha planteado siguen ahí, y no están para eludirlos sino para afrontarlos.

Amadeo Bordiga.

LA FUNCIÓN HISTÓRICA DE LAS CLASES MEDIAS Y LA INTELIGENCIA

Conferencia de Bordiga en la Universidad Proletaria de Milán (23/3/1925).

Uno de los problemas que no puede dejar de interesar en sumo grado a todo aquel que siga la doctrina y la práctica de la lucha de clases es el de la actitud y la función histórica de las clases intermedias. Una objeción corriente contra la idea socialista de la que somos seguidores, es que ésta reduce todo el juego de la historia al choque de dos clases únicamente, dentro de las cuales supuestamente hay que clasificar hasta el último individuo que compone el conjunto de la sociedad.

Sin embargo, nuestra concepción no es tan simple. La existencia de otros grupos sociales aparte de estos dos grupos fundamentales mencionados: «burguesía capitalista» y «proletariado asalariado», en absoluto contradice el conjunto de nuestra doctrina y de nuestras directrices.

El problema es otro: se trata de ver cuál es el choque que define el cambio histórico que tenemos ante

nosotros, si la época actual será sucedida por la época del dominio de la clase proletaria y si para esto es necesario el previo ascenso a la dirección de la sociedad de otros estratos intermedios formados al calor de las actuales circunstancias.

No negamos la existencia de otras agrupaciones, lo que pretendemos discutir es su naturaleza y su función. Las clases intermedias representan en cierto modo el último elemento de una época que nos separa de la propia del proletariado.

¿Cuál es la función de estas clases intermedias? No necesito citar nuestros textos fundamentales para demostrar que la doctrina y el análisis marxista son pesimistas en lo que respecta a estas clases sociales, pues dada su actitud es más fácil que se conviertan en aliados de la reacción y de la conservación burguesa que de la avanzada proletaria. Esta lección la tenemos presente desde nuestros orígenes, a partir del *Manifiesto de los Comunistas*.

No obstante, como las distintas escuelas políticas que se han ido sucediendo no han sabido aclarar esta tesis a través de su actividad, hoy todos los problemas se reducen a determinar qué hay que hacer con las clases intermedias que se colocan detrás de nosotros, y con aquellas otras que se declaran nuestras adversarias.

El examen de las posiciones de las clases intermedias sustituye, pues, al esquema simplista de dos únicas clases con intereses opuestos entre sí: «burguesía» y «proletariado», un esquema más propio de la situación social que existe en los países más importantes, que son los que aquí nos interesan.

En lo que respecta a la clase dominante, para nosotros ésta no sólo incluye a la gran burguesía industrial, bancaria y comercial, sino también a su aliada, antigua adversaria y enemiga, una clase importantísima que destaca claramente en el terreno económico: la clase de los grandes terratenientes. Esta clase representa los residuos de la clase dominante que precedió a la burguesía capitalista, que la derrotó y la arrebató toda esperanza de reconquistar sus posiciones perdidas. Para sobrevivir, estos residuos, que prácticamente han abandonado por completo la ilusión de restaurar su propia forma de dominio, se alían con la burguesía capitalista en la común defensa de las instituciones actuales.

LAS CLASES INTERMEDIAS

Entre estas dos clases y la nuestra (la clase del proletariado sin propiedad y asalariado), aparecen las

clases intermedias, que se pueden subdividir inmediatamente en dos categorías de manera bastante clara: las clases medias urbanas y las clases medias agrarias.

Entre las *clases medias urbanas* hallamos a los residuos del artesanado, los pequeños artesanos, los pequeños productores de bienes que la gran industria produce a gran escala, los pequeños comerciantes y los pequeños tenderos. En las ciudades existe otro estrato social que también podemos incluir aquí, la llamada «inteligencia», es decir, todos aquellos que poseen cierta cultura y cuyo papel sin duda es importantísimo en el mundo de la producción.

Las *clases medias agrarias* presentan problemas más complejos. En el campo, junto a la gran clase de los propietarios latifundistas y al lado de una verdadera y auténtica burguesía capitalista-agraria, que en las regiones agrícolas constituye la clase dominante de los principales estratos urbanos, nos encontramos básicamente con el propietario medio, el pequeño propietario de tierra y el pequeño arrendatario, hasta llegar a la categoría de trabajadores agrícolas, formada por braceros y asalariados y que es prácticamente idéntica al proletariado urbano.

Pues bien, una vez esbozado este esquema de las clases, examinemos un poco más de cerca, desde el punto de vista de nuestra teoría social, qué destino aguarda a estas clases en el trascurso de la evolución. Aquí tenemos que abandonar nuestro tema para abordar los hechos que confirman nuestra visión general del devenir del capitalismo, su concentración, la profundización del conflicto de clases y la necesidad de que este conflicto desemboque en una solución revolucionaria. La tendencia a la concentración de la gran producción se refleja últimamente de manera evidente en la prolongación de la íntima crisis de producción moderna. ¿Qué papel tienen las capas intermedias en este devenir, pues?

No todas juegan el mismo papel, pues sus situaciones son muy diversas. En lo que respecta al pequeño artesano y el pequeño tendero de la ciudad, podemos decir sin más que desde el punto de vista marxista estas categorías están destinadas a desaparecer. Ya hemos mencionado esa gran y concreta tendencia a la formación de grandes empresas productivas industriales, destinada a acabar decisivamente con los residuos de la pequeña empresa industrial. Y la tendencia de las grandes organizaciones comerciales a absorber el fraccionamiento del intercambio y la circulación de los productos, aun siendo menos veloz y estando menos avanzada, también es evidente.

Por tanto, el grado de desarrollo alcanzado por la sociedad capitalista actual nos permite declarar que estas capas están destinadas a desaparecer tras el ascenso al poder por parte del proletariado. No tienen ningún papel en la sociedad futura, ya se trate de una sociedad capitalista más desarrollada, o de una sociedad en la que el proletariado haya heredado la administración económica de la humanidad.

En lo que respecta a las relaciones entre el proletariado y estas capas, la conclusión debe partir de esta previsión: estas clases medias están destinadas a desaparecer, absorbidas por el régimen capitalista y empujadas hacia el proletariado.

LOS INTELLECTUALES

En lo que respecta a los intelectuales, evidentemente no podemos llegar a las mismas conclusiones. La concepción socialista debe rechazar aquí una objeción: la antítesis entre la actividad manual y la actividad intelectual, que se entrecruzan y se completan en la producción, el aprecio de la primera y el desprecio de la segunda y la exaltación del trabajo material y mecánico frente al otro.

No se pueden rechazar estas afirmaciones identificando sin más la situación de los trabajadores intelectuales con la de los trabajadores de la gran industria y los grandes talleres. Por una parte, aquellos cumplen una función necesaria, utilísima, que habrá que saber apreciar en una posterior organización que se dedique a potenciar las fuerzas productivas. Los intelectuales, en este sentido, terminarán indudablemente identificándose con el proletariado en una organización distinta y socialista de la producción, en la cual se considerará que el trabajo manual y el trabajo intelectual tienen la misma importancia. La gran armonía de la actividad humana aportará buenas bases para ello.

Sin embargo, esto no quiere decir que los intereses de la clase de la inteligencia, sobre todo de ciertas capas, no puedan identificarse paulatinamente con los de la clase dominante. En los niveles más bajos, nos encontramos con intelectuales que son puros trabajadores, aunque mejor pagados. Conforme ascienden, empiezan a estar co-interesados en las ganancias del capital. Su función ya no es solamente participar en el esfuerzo productivo, sino que adoptan el papel de guardianes del capitalismo, encargándose de la vigilancia del proletariado para que éste, conforme evoluciona, no dañe los vínculos del sistema capitalista burgués. Esta segunda función debe ser rechazada y

combatida por el proletariado, el cual, viendo en estos intelectuales a los defensores de la clase capitalista, deberá tratarlos sin más como aliados de sus adversarios.

La clase de los intelectuales, en lo que respecta a su función estrictamente técnica, no está destinada a desaparecer, sino a fundirse con la gran formación del proletariado finalmente emancipado en una nueva organización de la vida económica e intelectual, en la que los esfuerzos productivos se irán armonizando cada vez más.

Lo que nos separa del amplio estrato de la clase intelectual no es sólo su segunda función como guardia blanca, sino también la influencia ideológica fundamental que ejerce sobre ella la sociedad burguesa. Esta clase se cree una vanguardia que posee la clave del desarrollo de nuestro camino hacia el futuro.

Pero no es así. Como marxistas que hemos desarrollado una crítica fundamental de la concepción democrática evolucionista progresista, negamos que el proceso de la humanidad se presente primero como un acto intelectual y luego como acto económico. Es justamente al revés. La cultura de una época, sus concepciones ideológicas, no son sino el reflejo de las condiciones materiales y de las circunstancias en las que

se despliega y desarrolla la lucha de clases. La teoría más avanzada no proviene de la gran cultura de la clase dominante, sino precisamente de la clase sacrificada, de la clase oprimida. Así es como surge esta paradoja histórica que tengo el placer de repetir aquí: la teoría y la cultura del futuro la tienen los ignorantes, no los sabios.

Por tanto, debemos luchar contra esta clase de intelectuales y semi-intelectuales, que son quienes principalmente elaboran toda la organización cultural de la sociedad actual, organización conservadora y contrarrevolucionaria. No debemos caer en el error de pensar que la supuesta superioridad intelectual de esta clase de expertos y técnicos la llevará espontáneamente hacia nosotros, hacia el proletariado.

Teniendo bien presente que para la revolución proletaria es indispensable colaborar con los expertos y con los técnicos de la producción y de la ciencia, no debemos dejar de lado el examen de estas dificultades, que cada vez son más trágicas, pues estos grupos sociales se creen una vanguardia y piensan que cumplen una función autónoma, cuando en realidad, en esta sociedad capitalista nuestra, llevan una bola de plomo atada a los pies.

LAS CLASES MEDIAS DEL CAMPO

Ahora vamos a hablar de las clases medias del campo. Aquí sacaremos conclusiones diferentes a las que hemos llegado en el caso de los pequeños artesanos, etc. Dado el actual estado de la historia social, no podemos condenar históricamente a la pequeña empresa agrícola, como hemos hecho en el caso de la pequeña empresa industrial y comercial.

En un sentido técnico general, consideramos que el desarrollo de la agricultura debe seguir el mismo sentido que el de la industria: concentración de la actividad productiva, división y especialización del trabajo, predominio de la gran actividad productiva frente a la empresa individual.

Es innegable que el proceso de concentración de la producción y de especialización en las funciones productivas está más avanzado en la industria que en la agricultura. Esto es evidente. Los revolucionarios no deben negarse a aceptar la realidad. Por eso debemos reconocer este hecho en toda su extensión, para alejar la concepción contrarrevolucionaria a la que podría conducirnos la conclusión reformista, según la cual la revolución depende de la previa industrialización de la agricultura.

Este proceso aún no se ha producido. El capitalismo burgués e industrial no ha sabido potenciar toda la producción agrícola con su espíritu de organización superior y concentrada, lo cual, según la errónea concepción reformista, es lo que hace posible el Socialismo.

La historia revolucionaria contemporánea ha dado una respuesta muy distinta al problema. Es cierto que, en las actuales condiciones en las que vivimos, no podemos entregar al proletariado la gestión colectiva de todo el mecanismo industrial y agrícola. Pero no es menos cierto que la actual situación ofrece al proletariado las premisas para tomar el poder e iniciar la organización de un nuevo tipo de sociedad económica.

En la agricultura, las condiciones que permiten una gestión socializada sólo se dan en algunas empresas concretas. En el resto, por grandes y vastas que sean desde el punto de vista territorial y jurídico, en realidad no se dan las condiciones que permiten la gestión colectiva y la explotación intensiva, como sucede ya a amplia escala en el terreno industrial. El latifundio no es una gran empresa agrícola en sentido económico, sino un conjunto de pequeñas empresas personales y familiares perfectamente autónomas y completamente inmaduras para la gestión colectiva.

LA CLASE DE LOS PEQUEÑOS CAMPESINOS PERSISTIRÁ

Planteando en estos términos, aclarados por el genio de Lenin y de la Internacional Comunista, el problema de las clases medias rurales, debemos reconocer que en muchos países, importantes desde el punto de vista del desarrollo histórico y social, la clase de pequeños campesinos aún tiene futuro por delante. Sobrevivirá durante un tiempo tras la revolución, antes de fundirse completamente con el proletariado de la ciudad. Pues frente al latifundio feudal, que aún sobrevive, y frente a las formas de explotación que éste impone a los campesinos, entregar a cada familia todo el producto que cultiva constituye un progreso en un primer momento. Ello no supondrá un fraccionamiento económico, pues éste ya existe, sino únicamente una división en los registros del catastro.

En definitiva, lo que queremos decir es que en el terreno de las clases medias rurales aún no se dan las condiciones que permiten pasar a una inmediata socialización sin necesidad de pasar antes por un periodo de previa transformación. Tendremos que comenzar una nueva fase en el sistema industrial agrícola actual. Hay que luchar para liberar a los campesinos que trabajan sus propias tierras de sus anticuadas concepciones, para animarlos a que se

liberen de las condiciones de servidumbre en la que los mantiene, de mil formas, la propia clase capitalista burguesa.

Aquí nos encontramos con un elemento de la lucha de clases que no podemos identificar con el proletariado urbano, en sentido histórico. Nos topamos con una clase que se halla en una situación que permite utilizarla para desarrollar la revolución proletaria. Por tanto, debemos afirmar que la clase de los pequeños productores, de los pequeños propietarios y de los pequeños arrendatarios agrícolas no está destinada a desaparecer en la misma época histórica ni tan rápido como el pequeño artesano y el pequeño comerciante.

Suponiendo que la burguesía industrial capitalista supere la presente crisis y disfrute de una posterior fase de dominio, tampoco es previsible que la agricultura se desarrolle rápidamente ni que se inviertan grandes capitales en la tierra. No es previsible que el problema de la modernización de la agricultura progrese rápidamente en una hipotética posterior fase de dominio capitalista, por una simple razón: para potenciar y modernizar la agricultura es necesario invertir cantidades enormes de capital, que tardarían muchísimos años en aportar ganancias, después de generaciones enteras. Solamente un interés superior y social permitiría invertir en la tierra las enormes masas

de capitales que se necesitan para desarrollar la agricultura hasta el punto en que ya se encuentra la industria.

Para la sociedad actual este sistema de inversión de capitales sería demasiado lento, se tardaría mucho tiempo en obtener ganancias, y por tanto los burgueses prefieren invertir sus propios capitales en la industria, que ofrece mayores rendimientos, sobre todo de manera más inmediata. Y es que el capitalismo moderno se caracteriza por una competencia cada vez más violenta por las ganancias, que deben ser rápidas e inmediatas, frente a la lentitud que requiere la labor de reorganización de la producción.

Suponiendo que la burguesía logre sobrevivir mucho tiempo, no es previsible que ésta supere este punto muerto. Sólo un régimen proletario resolverá este problema, sólo un régimen que administre en nombre de un interés colectivo puede, de mutuo consenso, potenciar la gran producción agrícola, la producción técnica, con la energía productiva necesaria. Así pues, sólo un régimen proletario solucionará este problema.

Pero esto no hace en un día ni en una semana, sino como poco en una generación, pues ni siquiera en la hipótesis más favorable podemos confiar en que la burguesía capitalista nos legue un mecanismo de

producción industrial tan perfecto y potente que nos permita invertir inmediatamente el excedente de la energía en la agricultura. No. Porque la burguesía habrá generado un vacío enorme en la riqueza. En la hipótesis más favorable, habrá que luchar para arrancarle el poder, lo cual paralizará el aparato económico existente. Superar esta crisis y esta parálisis será un problema en sí mismo.

Tras la conquista y la toma de posesión de la gran economía industrial y comercial, es de esperar que llegue una época en la que la pequeña empresa y la pequeña propiedad agraria sigan existiendo, en gran parte y en muchos lugares. La revolución las liberará de la explotación latifundista feudal, dando inicio a un régimen de convivencia con el proletariado revolucionario, convertido en patrón del régimen industrial y financiero. En el nuevo régimen estas dos clases no tendrán la misma importancia, ni existirá un completo paralelismo entre ellas. Esto no significa, por tanto, colocar al campesino a la misma altura que el proletario industrial, a quien le corresponde cumplir con el esfuerzo supremo de la vanguardia revolucionaria.

Así es como hay que afrontar la solución del problema social, con valentía, planteando la revolución como algo actual, cercano, y no correspondiente a un futuro lejano. Hay que tomarse en serio la cuestión de

las clases cuya vida histórica no acaba tras el derrocamiento del régimen burgués. El pequeño propietario agrícola sobrevivirá tras la revolución proletaria, y en el marco de la producción representa un factor del que no podemos prescindir.

SE NIEGA TODA AUTONOMÍA DE ACCIÓN A LAS CLASES MEDIAS

Una vez visto el futuro que aguarda a las distintas clases medias, veamos cómo se reflejan las condiciones económicas de estas capas en su ideología social o política, en el terreno de la lucha.

Esta cuestión está presente en todos los problemas a los que se enfrenta la actividad y la táctica del partido del proletariado. Anticipándonos a las conclusiones a las que llegaremos, nos declaramos muy pesimistas en lo que respecta a la consistencia y el valor de los programas e ideologías de esta clase.

La característica fundamental de estas actitudes, de estos programas y soluciones, es su indeterminación, su facilidad para pasar de una tesis a otra opuesta. El partido de los obreros debe considerar estas manifestaciones con extrema desconfianza.

Es innegable que la guerra mundial en cierto modo ha lanzado a la arena política a estos elementos intermedios. La guerra mundial fue acogida por amplios estratos de estas clases como la derrota de la teoría directa y precisa de la lucha de clases. Ya en el periodo precedente a la guerra mundial se intentó adormecer esta teoría con ilusiones colaboracionistas, tendiendo puentes entre las dos clases enfrentadas: burguesía y proletariado. Desde este vulgar punto de vista la guerra supuestamente selló la derrota de la lucha de clases, pues se impuso la solidaridad nacional.

Las clases intermedias, prónuba y árbitro de esta sagrada unión, lograron transfundir al proletariado su ideología patriótica.

Tras la guerra, estas capas intentaron orientarse en este terrible laberinto de diversas formas, pensando que podían ofrecer soluciones, programas para arreglar el actual caos social. Estos problemas merecen toda la atención del proletariado, pues si adopta ante ellos la postura adecuada, sacará grandes ventajas y se ahorrará graves peligros.

Las clases medias, asomándose a la vida política con gran audacia, defendían su autonomía y aseguraban que podían ofrecer una supuesta solución al problema social. Pero basta un rápido examen para llegar a la

conclusión de que estas capas medias carecen de potencial autonomía, de capacidad original, de posibilidad de actuar y luchar independientemente. Somos absolutamente negativos en lo que respecta a la crítica de sus programas. En la inmediata posguerra, quienes volvían de las trincheras parecía que traían consigo todo un bagaje ideológico nuevo, en nombre del cual afirmaban que podían asumir la dirección de la administración de los asuntos comunes.

Es muy fácil demostrar las tremendas desilusiones que vinieron a continuación, y su pública confesión.

En realidad, frente a todos estos programas que pululan en todos los países del mundo, nuestra concepción y nuestras conclusiones son éstas: no son movimientos originales, no son ocurrencias fecundas, ni ingeniosas recetas para nuevos horizontes, sino que casi siempre se trata pura y simplemente de la movilización de estos estratos medios por parte de otra clase, de la burguesía capitalista dominante, de la alta banca, de la alta industria, de la alta agricultura, las cuales, a través de su confusa ideología, intentan llevar a cabo sus maniobras, su conversión conservadora-reaccionaria.

Dado que las clases medias carecen absolutamente de toda función autónoma, podemos preguntarnos qué interés tiene su programa.

En principio, podemos pensar que las clases medias aportarán en el futuro una solución de derecha a la situación social, es decir, una solución retrógrada que nos empujaría hacia atrás. Y juzgando precipitadamente todo esto, llegaríamos a la conclusión de que el papel del proletariado y de su partido es defender las formas de organización burguesa más modernas y avanzadas, y solidarizarse con ellas.

O bien podemos pensar que las clases intermedias aceptarán un programa de izquierda, un programa progresista que suponga un avance respecto a las formas puras del capital. Si estas clases medias constituyen un puente entre las dos clases adversarias, burguesía y proletariado, nos interesaría impulsar esta nueva forma de régimen de las clases medias, pues así nos hallaríamos en mejores condiciones para llevar a cabo posteriormente, en una nueva época histórica, nuestro avance y nuestra revolución.

EL PROGRAMA DE LAS CAPAS MEDIAS

Para llegar a estas conclusiones debemos examinar los programas con los cuales las capas medias pretenden presentarse como fuerza autónoma en la vida política, recurriendo, en el irreconciliable conflicto de clase entre burguesía y proletariado, a nuevas fórmulas y soluciones que los acontecimientos terminan siempre desmintiendo. Partiendo de semejante examen se deduce clarísimamente que los antagonistas fundamentales son siempre, por una parte, el gran capitalismo burgués, y por otra, la clase proletaria, que a través de errores, dolores, golpes, sacrificios y martirios, rencuentra siempre su camino en este gran canal revolucionario trazado por la doctrina marxista.

Hablemos ahora del *derechista*, del nacionalista, del fascista, de esa doctrina elaborada en la posguerra cuyas premisas habían sido previamente elaboradas por las clases intermedias. Tras la guerra, se formaron en varios países, también en el nuestro, agrupamientos políticos basados en la sobrevaloración del espíritu nacional y de la ideología patriótica, en un espíritu de lucha contra todo lo que oliera a socialismo más o menos revolucionario. Estos agrupamientos pretendían terminar con la política de concesiones y docilidad, crear un gobierno fuerte, hacer una revolución y dar una nueva dirección a la historia.

Las clases medias se lanzaron a estos movimientos con decisión y entusiasmo. En Italia, hemos sido testigos de un periodo ideológico de este género. Hasta entonces las clases medias habían permanecido inertes ante las oscilaciones, las vacilaciones y los choques entre el gran capitalismo y la clase proletaria. Después de la guerra, pensaron que habían adquirido más peso, que había llegado el momento de dictar sus leyes, de constituir un partido que aspirara a conquistar el gobierno para administrar la economía en su propio interés.

Sin embargo, tres cuartas partes de los elementos que por un momento creyeron en esta posibilidad ya se han visto decepcionados.

No era un movimiento original, sino pura y simplemente de una movilización al servicio del eterno patrón, del eterno dominador. Era una movilización ideológica, en la que la burguesía se ha vuelto expertísima tras la movilización material o militar de las capas subalternas. La movilización que tan bien supo llevar a cabo en la guerra, la repitió después en el terreno ideológico entre todos esos estratos, en los que halló elementos ingenuos pero con espíritu de sacrificio y dispuestos a arriesgarlo todo, pensando que estaban abriendo camino a su capa social.

Esta tesis, que hace algunos años, cuando nos enfrentamos por primera vez al fenómeno fascista, podía parecer un poco simplista, dictada únicamente por nuestro apego a los viejos esquemas, hoy es evidente: estos elementos son únicamente elementos de defensa de la burguesía capitalista.

¿Qué novedad aportan? Ninguna. Se limitan a robar algunas reformas al programa tradicional de los partidos demócratas, y queriendo tomar prestado algo del socialismo, en realidad no toman más que su vacía caricatura, el puro sindicalismo cooperativo.

Sin embargo, toda esta basura se desechó rápidamente y la verdadera esencia del movimiento terminó saliendo a la luz.

Continúa con un examen crítico acerca del pretendido paralelismo entre la doctrina y el método político comunista y la doctrina y el método político de los fascistas, en lo que respecta a la violencia, la dictadura y el antidemocratismo, y con un análisis de los elementos que forman la actual oposición al fascismo. Este examen y este análisis llevan al orador a concluir que la quimera ideológica de la pequeña burguesía no ofrece al proletariado ninguna solución ni compromiso frente al problema fundamental de la lucha

de clase. El orador prosigue planteando la cuestión de la actitud del proletariado frente a las capas medias.

EL PROLETARIADO Y LAS CAPAS MEDIAS

La función de la clase proletaria, comparada con la de estas capas intermedias, es una fuerza original, animadora de la historia. La solución que debemos dar al conflicto es una solución claramente de clase, que sólo puede contar con las fuerzas proletarias, según las viejas lecciones de Carlos Marx.

Pero aunque esta solución es clasista, proletaria, autónoma y original, no hay que reducirla a fórmulas simplistas, banales, de puro obrerismo. Otro error de carácter exquisitamente pequeñoburgués es el *laborismo*, esa tesis según la cual el partido de clase debe confiar la lucha a las corporaciones económicas de los obreros asalariados, lo cual constituye el error sindicalista. Al hablar de estos aglomerados sociales fundamentales cuyas funciones hemos visto, no hay que olvidar que existen intercambios, elementos humanos que pasan de un grupo a otro, incluidos elementos dirigentes. El propio *Manifiesto de los Comunistas* señala que la victoria del capitalismo y de la democracia sobre la aristocracia fue posible gracias a que muchos

elementos de la aristocracia se pasaron a las nuevas ideas.

El proletariado debe crear sus propios órganos de lucha. El órgano de lucha del proletariado debe ser un partido político que asuma la experiencia y la voluntad revolucionaria de las masas. El grueso de sus miembros los hallará fundamentalmente entre el proletariado, pero también incluirá a otros elementos, que ideológicamente se sitúan sobre la plataforma del proletariado. Esto constituye un peligro, pero también es una necesidad. Es un peligro en la medida en que hay que prepararse para recibir a estas personas que vienen del otro campo, las cuales a menudo ocupan puestos dirigentes debido a sus cualidades, aunque luego el 90% de ellos terminan describiendo una parábola que lentamente les lleva de nuevo al campo del que salieron. Sin embargo, cumplen una función indispensable, pues para llevar a cabo la verdadera unidad de la clase y la síntesis del esfuerzo de liberación del proletariado de todo el mundo, es necesario crear un organismo cuyo carácter fundamental, cuya unidad, resida en la superación de los intereses e impulsos particulares, en la conquista de un interés e impulso colectivo, que a su vez se expresa en todo el pensamiento, toda la teoría, toda la acción, toda la lucha política que la clase obrera, como tal, debe conducir.

Cuando decimos que la única solución al caos social en el que actualmente se halla la humanidad es una solución proletaria, en su sentido autónomo y original, no debemos caer en el error obrerista, laborista, pues en el concepto absoluto de la corporación profesional aparece una nueva forma de individualismo económico-social que ciertamente no conduce a la organización unitaria del esfuerzo productivo.

¿Qué significa que nuestra acción clasista debe ser autónoma y original frente a la burguesía agraria e industrial y frente a las maniobras y complejas funciones ideológicas que tan generosamente ofrecen las clases intermedias?

Significa que nuestra actitud frente a los elementos de las capas intermedias debe consistir en decirles: «Ustedes son futuros proletarios, y por tanto deben solidarizarse con el ascenso del proletariado», sin ilusionarnos con que esta propaganda logre su objetivo, porque entre las clases medias predomina el espíritu individualista, y en su gran mayoría toda esta gente aspira a ascender un día al Olimpo de los patronos burgueses. Sólo podemos decirles: «Recuerden que terminarán cayendo en el proletariado, que la propia tendencia monopolista del capital les empuja hacia el proletariado. Por tanto, cuanto más avance el

proletariado y más aumente su capacidad de conquistar la independencia económica, mejor será para ustedes».

La actitud del proletariado frente a la «inteligencia» es distinta. El proletariado revolucionario no disimula en absoluto su necesidad de que los técnicos e intelectuales estén a su lado. Son aliados indispensables que disfrutarán de todas las ventajas que conquiste el proletariado.

El proletariado debe insistir en que la organización de las fuerzas productivas en sentido comunista no reprimirá con la violencia las funciones técnicas, culturales e intelectuales, que en la presente sociedad son puras mercancías que las capas intelectuales venden en interés de la ganancia capitalista. Estas capas intelectuales terminarán convenciéndose de que ni potencian ni forman sistemas. Los elementos de la «inteligencia» también se aproximarán al proletariado en sentido ideológico, persuadiéndose de que la cultura es en sí misma el producto de la nueva formación económica.

Pero el proletariado no puede olvidar en estos elementos predomina una potente influencia ideológica burguesa, y deberá prepararse para combatirla cuando estos adopten una postura definitiva, en el momento culminante del conflicto. Es decir, les utilizará en la

medida en que participen en la producción y trabajen junto al proletariado en la consolidación de un nuevo orden económico.

El problema de las capas agrarias es más difícil. Pero las conclusiones de Lenin son claras y definitivas. En todos los escritos de Lenin sobre la cuestión agraria, siempre se subraya que lo más importante es salvaguardar al proletariado industrial y al partido de todo contagio psicológico pequeñoburgués. Esta es, repito, una tesis de Lenin. Pero el proletariado también debe entender que la situación social e histórica ofrece la posibilidad de emplear, en la lucha decisiva contra el capitalismo, la emancipación del pequeño productor agrícola de la esclavitud en la que lo mantiene el latifundista, el capitalismo y el Estado burgués.

Nuestra propaganda entre los campesinos consiste en ofrecerles una alianza directa y total con el proletariado industrial, recordándoles que sólo podrán vencer si acompañan al proletariado industrial y le reconocen como guía.

En fin, el examen de los partidos que ideológicamente emanan de estos grupos, nos lleva a la tesis conclusiva de que la función del proletariado es autónoma, y de que no podemos aceptar la teoría del objetivo común, ni las invitaciones a participar en

bloques con elementos que mañana se unirán contra el proletariado en defensa del interés burgués del capitalismo.

Y termina:

Nuestra original función se revelará claramente el día en que finalmente se demuestre que estas clases colchón, estas clases intermedias, no tienen derecho a representar nada en la historia. Llegado el momento, el proletariado tendrá que actuar por sí mismo, y entonces se hallará solo contra todos, no tendrá aliados, sino un frente único de enemigos.

PLATAFORMA DEL COMITÉ DE ENTENTE

L'Unità (7/7/1925)

La cuestión de la naturaleza y las tareas del partido se plantea ya claramente en las Tesis de Roma.

A. PARTIDO Y MASAS

Es un error pensar que, en cualquier situación, se puede ampliar la base del Partido entre *las masas* mediante expedientes y maniobras, pues las relaciones entre el Partido y las masas dependen, sobre todo, de las condiciones objetivas de la situación.

La controversia entre la izquierda y el resto de corrientes radica, en nuestra opinión, en el hecho de que para nosotros los cambios en la situación no deben alterar el programa y los métodos fundamentales de organización y de táctica del Partido. En nuestra opinión, el incremento de la influencia del Partido entre las masas lo determinará la agudización de las situaciones revolucionarias, siempre que el Partido permanezca fiel a su misión revolucionaria y mantenga firmes sus postulados organizativos y tácticos. Aparentemente las demás corrientes consideran el

problema de «la conquista de las masas» como una cuestión de voluntad, cayendo esencialmente en el oportunismo al adaptarse continuamente a las nuevas situaciones. De este modo, deforman la naturaleza y funciones del Partido hasta el punto de incapacitarlo, tanto para la propia conquista de las masas como para alcanzar sus objetivos supremos cuando la situación los haga posibles.

Frente a nuestra posición táctica, una de las críticas más comunes es que en ocasiones nos alejamos de las masas y, siguiendo los principios, nos olvidamos de ellas e ignoramos las situaciones reales, para mantener intacta nuestra intransigencia. Pero esto son tan solo meras apariencias, puesto que en realidad nosotros somos los únicos que tenemos en cuenta las situaciones concretas en el sentido revolucionario, y enmarcamos el trabajo cotidiano en un plan general de acción del Partido, cuyo desarrollo está ligado al propio desarrollo dialéctico de las situaciones.

B. SISTEMAS ORGANIZATIVOS DEL PARTIDO

El Partido es el órgano que sintetiza y unifica las iniciativas individuales y grupales que provoca la lucha de clases. Como tal, la organización del partido debe situarse por encima de las categorías particulares, para poder sintetizar los distintos elementos, procedentes de

diversos estratos del proletariado, del campesinado, de los desertores de la burguesía, etc.

Según las demás tendencias, la organización del partido debe basarse en las células. Piensan que el problema revolucionario de la táctica queda resuelto al basar la organización del Partido en la fábrica, esto es, entre los obreros.

Recordemos que este es precisamente un tipo de organización contrarrevolucionaria (sindicatos, *Labour Party*), pues el fraccionamiento de la clase obrera en distintos grupos profesionales hace perder de vista la perspectiva del objetivo final de la clase. Por tanto, es un error sostener que la organización sobre una base territorial es propia de partidos electoralistas o socialdemócratas y que el sistema basado en las células es la clave de bóveda de la justa táctica revolucionaria.

No basta, ni sirve de nada, aplicar la experiencia organizativa rusa en occidente, pues entre los años 1905 y 1917 en Rusia el capitalismo apenas estaba en sus inicios, y lo que realmente imperaba y se desarrollaba era el terror zarista. El aparato organizativo del Partido, constituido en aquella época por grupos de fábrica y una numerosa tropa de funcionarios (revolucionarios profesionales), no sólo respondía a las *condiciones objetivas* del desarrollo inicial del capitalismo, sino que también se adaptaba a la concentración del proletariado

en unos pocos centros industriales y a la necesidad de acciones sindicales masivas, en un momento en que no existían potentes organizaciones adecuadas.

Por otra parte, esta forma organizativa también evitaba los desvíos contrarrevolucionarios, dado que las acciones de las células, incluso en defensa de sus reivindicaciones inmediatas, planteaban el problema general revolucionario, no siendo posibles las conquistas de tipo pacífico y parcial. La selección de los jefes, además, la garantizaba el propio rigor de la reacción zarista. Por último, la organización policiaca del zarismo daba a los obreros mayor libertad de acción dentro de las fábricas que fuera de ellas. No obstante, en los países donde no existe esta excepcional situación imperante en Rusia entre 1905 y 1917, el sistema de células se presta a la cómoda dictadura de un funcionariado burocrático, cuyos desvíos contrarrevolucionarios han quedado claramente demostrados a través de las experiencias de los partidos socialdemócratas. Para nosotros, el sistema de las células constituye un sistema federativo que entorpece la centralización de los Partidos comunistas, entendiendo por centralización la máxima potenciación de las energías revolucionarias de las bases, que el aparato dirigente coordina y expresa.

Del mismo modo, el problema de la disciplina hay que plantearlo partiendo de la necesidad de canalizar y

emplear las fuerzas que se desarrollan, que el sistema organizativo debe armonizar. En este sentido, las nuevas experiencias se convierten en patrimonio del Partido, que las interpreta y las asimila sin considerarlas como un hallazgo que un puñado de funcionarios impone a un partido inerte, siguiendo unas interpretaciones normalmente erróneas. De esta manera, las *sanciones disciplinarias* se convierten, no ya en una forma de reprimir fenómenos esporádicos, sino en un medio que facilita la comprensión general por parte de todo el Partido, lo cual constituye una defensa frente a manifestaciones personales de carácter aberrante.

El surgimiento y el desarrollo de fracciones es síntoma de una enfermedad general en el partido, una señal de que las funciones vitales del partido no se corresponden con su propia finalidad. Las fracciones se combaten identificando bien la enfermedad para eliminarla, no *abusando de los poderes disciplinarios* para resolver la situación de manera necesariamente provisional y formal.

El planteamiento general de la Izquierda constituye la única manera posible de eliminar las condiciones que dan origen a las fracciones y de garantizar una disciplina firme, pero consciente. De hecho, siempre nos hemos opuesto a las maniobras organizativas y a la doble organización del Partido (fusiones, fracciones dentro de otros partidos, etc.), pues

destruyen la racional continuidad del desarrollo del partido y minan sus propias reglas de vida y funcionamiento, entre las cuales destaca la disciplina.

C. PROBLEMAS DE TÁCTICA

La crítica planteada por la Izquierda al frente único y al gobierno obrero está expuesta principalmente en las tesis sobre la táctica presentadas por la Izquierda en el IV Congreso Mundial⁴², publicadas en *Lo Stato Operaio* el primer semestre de 1924, como preparación a la conferencia nacional del Partido. Al contrario de lo que hacen quienes consideran el frente único fundamentalmente como una maniobra para desenmascarar a los partidos no comunistas, nosotros defendemos el claro concepto de la Izquierda, según el cual el Partido, al plantear reivindicaciones económicas y políticas propias de toda la clase trabajadora, impulsa en su seno la tendencia a la lucha e intenta conquistar su dirección, él solo, sin coaliciones híbridas con otros partidos.

Sobre la consigna del gobierno obrero, afirmamos que si se entiende como sinónimo de «dictadura del proletariado», esto es, como una supuesta consigna de

⁴² Véase más arriba el *Proyecto de Tesis sobre la táctica presentado en el IV Congreso de la IC.*

agitación, nos oponemos a ella, pues rechazamos las consignas que carecen de significado propio. Y si se entiende como algo distinto a la «dictadura del proletariado», nos oponemos más tajantemente, pues representa un peligrosísimo desvío parlamentarista, si no la negación de los principios elementales del marxismo revolucionario.

También nos oponemos a la política de las cartas abiertas y de las propuestas a otros partidos, a través de las cuales la lucha revolucionaria queda reducida a las maniobras entre los jefes. Esta táctica estéril y ridícula, además, puede servir de coartada para la inercia, apartando a las masas de su objetivo y de las necesidades y dificultades de la lucha.

D. CUESTIONES SINDICALES

Confirmamos que aceptamos las tesis aprobadas en el II Congreso de la IC, que rechazamos las escisiones sindicales y que el Partido necesita tejer una red permanente en el seno de los sindicatos profesionales, la cual se transformará en organismo dirigente de los sindicatos cuando la situación impulse inevitablemente a las masas hacia nosotros. Sin embargo, no estamos a favor de las actuales maniobras para fusionar las dos Internacionales sindicales, porque dado que la Internacional necesita un centro de

concentración de las fuerzas sindicales comunistas, y habiendo resuelto tal problema con la constitución de una sección sindical de la IC, no vemos ninguna razón de carácter revolucionario que aconseje una revisión tan radical de nuestra táctica. Seguimos considerando a *Ámsterdam* como una agencia de la burguesía, como recientemente ha demostrado el plan Dawes⁴³. El pretendido apoyo a la izquierda de *Ámsterdam*, que en realidad constituye una necesidad fisiológica para la conservación y la acción de esa misma Internacional, se convierte así en la liquidación de la Internacional Sindical Roja.

Si bien rechazamos la fusión organizativa de las dos Internacionales, apoyamos una acción de frente único para cuestiones concretas que interesan a ambas Internacionales, siempre que se promuevan desde abajo.

E. CUESTIÓN NACIONAL Y AGRARIA

Confirmamos nuestra plena aprobación de las tesis propuestas por Lenin en el II Congreso de la

⁴³ El Plan Dawes fue un programa aprobado el 9 de abril de 1924, bajo el auspicio de los Estados Unidos, que trataba que los aliados vencedores de la Primera Guerra Mundial recibieran sus reparaciones de guerra, establecidas en el Tratado de paz de Versalles, y que la economía alemana se recuperara, para garantizar dichos pagos.

Internacional Comunista, expresando nuestras reservas sobre su aplicación práctica en muchos casos concretos.

F. LA CUESTIÓN TROTSKY

Rechazamos el modo de plantear esta cuestión por parte de la IC y de nuestro Comité Central. En el prefacio del libro *1917* se hace referencia a la actitud de varios grupos del Partido Comunista Ruso en octubre de 1917 y a los criterios políticos de la IC, sobre todo en lo que respecta a los acontecimientos de Alemania y de Bulgaria. Esto no tiene nada que ver con el concepto de revolución permanente, ni con la función de los campesinos, etc.

Lo primero se obvia, aunque es de capital importancia revolucionaria, y en cambio se crea arteramente una cuestión Trotsky en torno a sus viejas disensiones con Lenin y su conducta en cuestiones anteriores a 1917, que Trotsky ya ha repudiado, y no sólo verbalmente. La Izquierda defiende la misma posición que Lenin en estas cuestiones, y lógicamente se alegra de que un destacadísimo jefe revolucionario como es Trotsky haga suyas algunas importantes posiciones críticas y polémicas de la Izquierda italiana.

Para entender nuestro planteamiento sobre la cuestión Trotsky, nos remitimos al artículo de Bordiga,

un exhaustivo estudio que debería ser publicado en la prensa del partido⁴⁴.

G. LA NUEVA TÁCTICA

La táctica seguida por la IC en las elecciones presidenciales alemanas (su propuesta de apoyar la candidatura de Braun), la táctica anunciada por el partido alemán, que ha provocado la formación de una tendencia de izquierda en el Partido Comunista Alemán (Rosenberg y una cuarta parte del partido), así como la segunda vuelta de las elecciones administrativas en Francia (táctica de Clichy), confirman de manera aún más aplastante las posiciones teóricas de la Izquierda y nuestro juicio al supuesto bandazo izquierdista del V Congreso. Mientras supuestamente se defiende el principio leninista que dice que la socialdemocracia es el ala izquierda de la burguesía y no el ala derecha del proletariado, se llega a compromisos con ella en el más peligroso terreno del oportunismo contrarrevolucionario, esto es, el terreno electoral.

La participación de los partidos comunistas en la formación de gobiernos burgueses de cualquier tendencia debería ser resueltamente rechazada. Aunque en ocasiones sea cierto que con un gobierno

⁴⁴ Véase más arriba *La cuestión Trotsky*.

socialdemócrata la libertad de acción del Partido Comunista es más amplia, no es menos cierto que la burguesía regula las cuestiones fundamentales del poder según sus exigencias de clase, y que por tanto confía el gobierno a los representantes que mejor la defienden. La experiencia italiana, por ejemplo, demuestra que el democratísimo gobierno Nitti era básicamente el mejor gobierno del que disponía la burguesía para su defensa, y por eso mismo era el más reaccionario.

H. JUICIO SOBRE LA PASADA ACTIVIDAD DEL PARTIDO COMUNISTA DE ITALIA

Reivindicamos las tesis, mociones y artículos presentados por la Izquierda en la conferencia nacional de mayo de 1924, publicadas en su momento en *Lo Stato Operaio*.

La Izquierda considera que la dirección que dio al Partido el Comité Central elegido en los Congresos de Livorno y Roma, y que fue libremente seguida hasta la huelga general de agosto de 1922, era correcta.

Los resultados de la política seguida desde entonces por voluntad de la Internacional, que ésta confió a un nuevo Comité Central nombrado en el Ejecutivo Ampliado de junio de 1923 y ratificado en el V Congreso, confirma nuestras críticas y opiniones.

La táctica seguida frente al partido maximalista ha conducido a la esperada fusión con la pequeña fracción de los *terzini*, un resultado que no se corresponde con los enormes esfuerzos que han sido necesarios para llevarla a cabo y cuyo balance demuestra que nos hubiera sido más útil asimilar esta fracción mediante las adhesiones individuales de sus miembros, tal y como proponía la Izquierda. Esta táctica ha dado pie a las especulaciones del partido maximalista, que pretendía retrasar su liquidación a ojos de las masas revolucionarias, como demuestra el hecho de que hoy se dispone a cortejar a una nueva izquierda del Partido.

La acción del actual Comité Central se caracteriza por la incertidumbre y la improvisación, en lugar de una clara y firme dirección; por un equilibrio ficticio entre las opiniones ocasionales de grupos heterogéneos, todos ellos incapaces, por diversas razones, de cumplir con su tarea como dirigentes; y por la estéril disciplina mecánica, que sustituye a las iniciativas convincentes y el firme gobierno del Partido, necesario para el trabajo revolucionario.

Durante la crisis Matteotti, el Partido vaciló y terminó volviendo sobre sus pasos, sin saber aprovechar una situación favorable que, aunque ciertamente no permitía derrotar a la burguesía, sí habría permitido al Partido pasar a posiciones más avanzadas y decididas en

la lucha autónoma de la clase obrera. Desplegar una acción paralela a la de la oposición en los días decisivos, participando en el comité parlamentario, fue un error garrafal.

El Comité Central recordó demasiado tarde y mal cuáles son las posiciones originales del partido y su clara contraposición a los prejuicios morales y constitucionales de los partidarios del Aventino. Partiendo de sus sucesivas tácticas parlamentarias, el Comité Central terminó siendo remolcado a la vía correcta a través de la decidida presión que ejercieron los organismos de base y la Izquierda, y acabó participando en las elecciones, en las que el único error consistió en sustituir las listas del Partido Comunista por la infeliz fórmula de las listas de unidad proletaria.

No obstante, se cometió otro error al proponer aquel parlamentillo de las oposiciones. Lo que había que hacer era impulsar la política autónoma del proletariado contra los grupos burgueses, desenmascararlos sucesivamente, no mediante la táctica del Partido Comunista y sus distintos ensayos, sino recurriendo a la propia experiencia vivida en los últimos años. Había que enfatizar el elemento clasista, antipacifista, anticonstitucional y antidemócrata que suponía la intervención del tercer factor proletario. La crítica de las oposiciones, y a menudo también la crítica del fascismo,

no fue adecuada, revelando una escasa fidelidad a la ideología comunista.

La prensa del partido y el lenguaje usado en todas sus manifestaciones no estuvieron a la altura de lo que esperaban las masas. No correspondían ni a las tareas propias de un partido revolucionario ni a la tensión de la situación. El vínculo entre las acciones y los principios se ha debilitado a causa de la hegemonía artificial de un grupo, como es el ordinovista, que originalmente partía de unas posiciones doctrinales extrañas al marxismo. Estas posiciones nunca llegaron a rectificarse por completo al margen de las luchas del proletariado turinés, de manera que aún les queda por recorrer un largo camino por la difícil vía que va del revolucionarismo idealista e individualista, liberal y literario, a la teoría y la práctica revolucionaria clasista. Este recorrido no puede sustituirlo su ortodoxia hacia la Internacional Comunista, que consiste en aprobar exterior y formalmente las sucesivas resoluciones y defenderlas de manera ocasional y contingente, sin ser capaces de hacer ninguna contribución sustancial y sistemática.

Las deficiencias de esta tendencia se manifiestan en el abuso de consignas estériles, mal comprendidas, que caen en el vacío y consisten en proponer siempre nuevas formas organizativas y «constitucionales» para las fuerzas obreras, consignas que se improvisan y se

convierten en «campañas» que despedazan la acción del partido. Las consignas surgen de la correlación real de las fuerzas políticas y sociales en lucha, no son meras fórmulas organizativas, a no ser que se refieran a organizaciones ya conocidas por las masas, que existen y han demostrado históricamente su valor en otros países. Esta crítica prejuiciosa es válida para todas las propuestas de formación de Comités Obreros y Campesinos, Consejos de Fábrica, Comités de Agitación, etc. No son rechazables en sí mismas, pero hay que especificar cuáles son las tareas de estos órganos en función de las concretas necesidades de las masas que reaccionan ante la situación. No se puede pretender que estos organismos sustituyan a los que ya existen, ni se puede aceptar que estos formen ninguna coalición con otros partidos políticos. Sin una viva y rigurosa política de Partido, todas estas campañas no sirven para movilizar y conquistar a las masas, sino para desmovilizarlas y desilusionarlas.

En la huelga metalúrgica el Partido desaprovechó una oportunidad. Saliendo al paso de los acontecimientos, sin amenazar la unidad sindical, podía y debía dirigirse directamente al proletariado, asumiendo y reivindicando la dirección de la lucha por parte del partido de clase (sólo en Italia, dados los actuales reagrupamientos políticos), ciertamente no para

conquistar el poder, sino para avanzar hacia una nueva fase del resurgimiento proletario.

Todos los defectos de la actividad y las iniciativas externas del Comité Central del Partido se reflejan internamente en una intervención y trabajo excesivos. Los compromisos asumidos por la Izquierda en el V Congreso se han respetado fielmente, por lealtad, y no debido a la supuesta superioridad, en realidad inexistente, del Comité Central respecto a los organismos de base. El acuerdo consistía en colaborar en el trabajo ejecutivo en todos los frentes del partido, pero sin participar en la dirección política central, de la cual deben encargarse los convencidos partidarios de la táctica de la Internacional.

Estos compromisos han sido dinamitados por el Comité Central, que ha abierto una ofensiva con el deseo oculto de eliminar toda influencia sobre los camaradas por parte de los exponentes de la izquierda, a quienes ha invitado a colaborar en la dirección central del partido, tratando de aprovechar las ganas que tienen los camaradas de modificar el trabajo directivo, dada su aversión a los métodos del propio Comité Central.

A raíz de las últimas circulares, de la injustificada destitución de los cargos que detentaban en los órganos locales algunos camaradas de la Izquierda y de otras mil poco respetables formas de trabajo interno, que

podemos definir no ya como dictadura, sino como giolittismo, el Comité Central *ha dejado de funcionar como Comité Central del Partido y se ha convertido en un Comité de fracción*, y como tal merece ser considerado.

I. LA TAREA DEL PARTIDO COMUNISTA EN ITALIA

La Izquierda presentará un completo programa de trabajo del Partido, que se basará en sus opiniones sobre las cuestiones generales, sus críticas a la orientación actual y a los programas de acción presentados al IV y V Congreso de la Internacional.

La Izquierda está dispuesta a trabajar obedientemente en el Partido, aunque el programa aprobado por el Congreso de la Internacional o decidido por ésta (tiene derecho) fuese rechazado por la mayoría en un congreso italiano. La Izquierda solo tomará el control del Partido para realizar el programa integral que propone, con amplias posibilidades de desarrollo futuro.

En todo caso, la Izquierda no considera que la cuestión de los cargos en los órganos directivos sea esencial, y se niega sistemáticamente personalizar esta cuestión y a reducirla a un enjuiciamiento del papel que han jugado determinados compañeros.

La cuestión de la composición del Comité Central depende del futuro programa de acción, que a su vez depende del análisis de la experiencia pasada y de las cuestiones generales del método. El debate no se puede eludir con maniobras, tratando de sorprender a los camaradas. Aunque se les se mantenga en la ignorancia, en su inmensa mayoría intuyen que el partido está mal dirigido y que hay que poner remedio a estos errores y deficiencias.

La Izquierda, pues, cree firmemente que no se puede solucionar satisfactoriamente la cuestión del partido italiano si antes no se solucionan las cuestiones internacionales, y piensa que éstas son ya de tal gravedad que, sin llegar a cuestionar el derecho que tiene la Internacional para regular los asuntos de los distintos partidos, no basta con solucionar de manera empírica y provisional las relaciones entre el Partido y la Internacional mediante compromisos entre distintos grupos, o aún peor, entre distintos individuos.

DECLARACIÓN DEL REPRESENTANTE DE LA IZQUIERDA NO PUBLICADA POR EL COMITÉ CENTRAL

Este texto fue redactado por Bordiga en respuesta a los comentarios del Comité Central del partido publicados en L'Unità junto a la declaración de disolución del Comité de Entente. Fechada el 19 de julio de 1925, la declaración nunca llegó a ser publicada.

El Comité Central del Partido ha añadido a la declaración de disolución del Comité de Entente de la Izquierda otro de esos violentos ataques contra los compañeros de la Izquierda, y aseguran que los firmantes de dicha declaración han formulado acusaciones cargadas de indignidad moral y les desafía a que aporten pruebas de dichas acusaciones ante la Comisión de Control de la Internacional.

Las expresiones «indignidad moral» y «corrupción» no se encuentran nunca en nuestros textos, pues por razones de pedagogía marxista aborrecemos esta manera de reflejar las divergencias políticas, aunque puedan parecer atractivas a la hora de llevar las disputas al terreno personal. Así pues, declaro inmediatamente, confiado en que el resto de camaradas de la Izquierda estarán de acuerdo conmigo, que acepto llevar al Comité de Control la documentación referente a todas las acusaciones formuladas contra el Comité Central del Partido Comunista de Italia. Acusaciones

que se resumen en la afirmación de que, debido a su espíritu sectario y fraccional y al apego de ese grupo por la dirección del Partido, sus miembros han tratado de organizar deslealmente un engaño en el Partido mediante una campaña de falsedades contra la Izquierda. Una campaña que no han querido plantear en el terreno de la crítica a las tesis políticas, sino en el de las insinuaciones personales. Los documentos y testimonios de este trabajo sistemático se llevarán a la Comisión de Control, y son numerosísimos. Dado que en este terreno no dejamos nunca de movernos entre incesantes especulaciones, no dudo en declarar que me alegro de que el asunto llegue a la propia Comisión y deje de ser objeto de público debate. De esta forma, se tratará esa cuestión moral, que aunque a mí no me interesa hay quien le atribuye importancia, y será valorada desde el punto de vista comunista.

El celo con el que el Comité Central ha emprendido la defensa de la Internacional está fuera de lugar. Nuestra crítica de los «métodos directivos» de la Internacional ha sido formulada en diversos Congresos, y ciertamente nunca desde un punto de vista moral, aunque dichos métodos sustancialmente no se han negado, sino que se han afirmado y defendido contra nosotros en nombre de una interpretación de la táctica y de la maniobra que se aplica también dentro del Partido. Nosotros rechazamos enérgicamente esta interpretación, no por estúpido puritanismo, sino porque consideramos

que es dañina para el movimiento. A menudo he definido las relaciones entre grupos e individuos de distintos Partidos con la expresión «*marchandage*», que significa mercantilismo, negociación comercial, «tira y afloja»... Definición que, por cierto, Zinoviev, con quien polemiqué sobre el tema, no aceptó, pero que en todo caso es una definición política y no moral. También he hablado de abogacía y parlamentarismo en las discusiones internacionales, y se ha discutido mucho sobre los criterios que hay que adoptar para establecer un método de trabajo y de discusión interna en el Partido. No rinden ningún buen servicio a la Internacional esos pretendidos ortodoxos italianos que se dedican a aplazar la cuestión y a insultarnos, cegados por alcanzar su objetivo, que consiste en denigrarnos aun a costa de dañar y desacreditar al Partido. Sea como fuere, se pueden examinar todas mis opiniones acerca del trabajo del Centro Internacional, sin excepción, y no se hallará ni rastro de juicio moral, que es propio de los pequeñoburgueses que por desgracia se emboscan entre las filas comunistas.

Por otra parte, no hay que investigar mucho para encontrar pruebas de la deslealtad del Comité Central y ofrecérselas a la Comisión de Control. La propia manera de acoger la disolución del Comité de Entente demuestra que ellos llevaban la iniciativa en la intoxicación y la disidencia, no nosotros. Teniendo este documento en sus manos, el Comité Central prosiguió durante cinco días

su campaña en *L'Unità*, acusándonos de concebir el Comité de Entente como una organización fraccional y de considerar que esto era un derecho. El resto de la documentación y de las rectificaciones se encuentran en diversos escritos que en la fecha en la que escribo, 18 de julio, aún no han sido publicados. Su intención de «preparar artificialmente» la opinión de los camaradas no puede ser más evidente. La propia presentación del texto del Comité de Entente, con títulos y negritas que no son nuestros, demuestra su deslealtad. Enumeraré algunos de los escritos que he enviado: una breve carta del 8 de junio fue publicada el 18 de junio, una carta del 17 de junio fue publicada «sin fecha» el 12 de julio. A todo esto, hay que añadir que a fecha de hoy (18 de julio) aún no se ha publicado, no digo ya un largo artículo del 12, sino una carta del 3. Aun teniendo en cuenta el tiempo material que se necesita para que llegue la carta, la lea el Comité Ejecutivo, etc., la arbitrariedad salta a la vista, tanto más en la medida en que no se trata de mis elucubraciones teóricas, sino de respuestas a unas insidias personales que parten de datos falsos y con las que se continúa hilvanando, mientras tanto, una red de polémicas acusaciones. ¿Más pruebas? Ahí están los artículos que guardan en el cajón. Ya que estamos, vayamos al fondo de la cuestión, y así veremos si somos un grupo de difamadores... Los métodos actuales sólo se pueden comparar con los de los maximalistas, que antes de la escisión monopolizaron las columnas del

Avanti! en cientos de ocasiones, para perjudicarnos, como hicieron más tarde con los *terzini*. Quizá se pueda sacar algo en claro de la comparación de ambos estilos.

Cuando nosotros dirigíamos el Partido, los artículos contra el Comité Central se publicaron antes del Congreso sin ninguna puesta en escena periodística. En los siguientes números, yo y otros escribimos artículos de respuesta, firmados por los camaradas de manera individual, ahí están las colecciones de prensa para demostrarlo. Nunca hemos usado el nombre y la autoridad del Partido para tratar de encubrir nuestra responsabilidad personal, como hace hoy el Comité Central, echando por tierra el respeto que se le debe al Partido y la Internacional, a los que no hay que confundir con las personas que los dirigen, que son completamente criticables.

Por último, debo tratar esa maldita cuestión personal. Con una soltura digna de los peores charlatanes, se dice que Amadeo Bordiga insulta a todos los militantes que se sacrifican por la causa, al mismo tiempo que por «razones familiares» rechaza acudir al Ejecutivo Ampliado. La velocidad a la que avanza la mentalidad de un demagogo oportunista es espantosa, pues concibe las polémicas en el partido como una carrera por obtener un certificado de mérito y ganar popularidad, puestos de dirección o votos entre el proletariado. Estoy dispuesto a declarar en cien Comisiones de Control, con todo el sentido de la

responsabilidad que según creo me otorgan mis no pocos años de experiencia y de coherente militancia, que no siento el más mínimo respeto comunista, o traduciendo esto a un lenguaje no marxista y burgués, el más mínimo respeto moral, hacia quienes se dedican a actuar de esta forma para influir en las masas. Ahora, aunque me repugna, trataré este detestable argumento.

Nunca me he pretendido hacer la competencia a ningún héroe. Por todo lo que he dado al proletariado, valga mucho o poco, creo que nunca he pedido ni aceptado nada a cambio. Sería inútil y ridículo valorar las tesis que defiendo en función de mis méritos y mis sacrificios.

Matteotti lo sacrificó todo, y sin embargo seguir fielmente lo que él defendía políticamente habría supuesto la ruina para el proletariado y su causa. Entre esos dos aspectos no existe ninguna relación marxista. Los héroes de Sveta Nedelya han sido exaltados, pero políticamente se les ha excomulgado⁴⁵. Yo no habría hecho lo segundo, no por sentimentalismo, sino porque

⁴⁵ El 16 de abril de 1925 la organización militar del Partido Comunista búlgaro derribó con explosivos la cúpula de la catedral Sveta Nedelya de Sofía, durante la celebración del funeral del general Konstantin Georgiev, asesinado algunos días antes por un comando comunista. Hubo 163 muertos y 240 heridos entre los asistentes al acto: la élite social de la dictadura, que en abril de 1924 había ilegalizado al PC búlgaro tras el fracaso de su insurrección de septiembre de 1923. El 27 de mayo de 1925 fueron ejecutados tres comunistas búlgaros, participantes es dicho atentado. Son los tres héroes de los que habla Bordiga.

no creo que esa desautorización esté bien motivada desde un punto de vista marxista. Dejemos todo esto.

Los sacrificios los determinan las circunstancias y no una predisposición mística al martirio. A todos los pobres desgraciados caídos en una guerra se les considera oficialmente como «héroes».

Lo que yo haya sufrido en pos de nuestra causa carece, pues, de todo mérito. Y puedo decir a la cara a todos esos que recurren a Moscú «por razones de familia», que la Comisión de Control puede venir a mi casa, que ha estado quince años abierta a todos los camaradas y trabajadores. Si alguien ha sacrificado a su familia, puedo decir que he sido yo: en mi casa se ha conocido el hambre no pocas veces, y las consecuencias desgraciadamente son bien visibles. Investigadlo, si queréis. Cuando tenía responsabilidades permanentes en la dirección de la lucha del Partido, no pude ir a ver a mi hijo que se hallaba en peligro de muerte, como un médico puede demostrar.

No acepto lecciones de ninguno de los que ahora se encuentran a la cabeza del Partido. Pero a pesar de lo mucho que me repugnan esas promesas de cara al futuro, que tantas veces he oído vomitar a quienes hemos ido dejando atrás, en la tropa de los desertores, cuyas filas no dejan de aumentar, afirmo que ante las exigencias de la lucha revolucionaria no dudaría en sacrificar a mi propia familia. Dadas las circunstancias del último Ejecutivo Ampliado, juzgué (como habrían hecho

todos) que el sacrificio no era proporcional a la misión encomendada, que consistía en participar en una reunión consultiva y no en una batalla contra el común enemigo. Estoy dispuesto a que me demuestren cuáles han sido las consecuencias de mi ausencia.

Por otra parte, debo decir dos cosas. Lo primero es que si hubiesen estado representadas las distintas corrientes del partido italiano, como ocurrió con otros partidos, me podría haber sustituido otro camarada en el Ejecutivo Ampliado. Pero en nuestro caso sólo pueden intervenir, por regla general, los miembros permanentes del Ejecutivo. Sin embargo, en Moscú se admitió la presencia de todo quisque en el Ejecutivo Ampliado y se invitó incluso a representantes de organizaciones locales de varias secciones, lo que demuestra de nuevo que tras el «férreo centralismo» se esconden criterios heterogéneos.

Lo segundo es esto, y lamento verme obligado a hablar de ello. Ya he dicho en otra carta, aún no publicada, que fui nombrado a la fuerza miembro del Comité Ejecutivo, pese a mi negativa. No podía insistir, porque sabía que había sido excluido de la lista por voluntad de la Comisión italiana. Me quedé asombrado cuando el camarada Zinoviev, en el momento de la votación, criticó mi exclusión y añadió mi nombre a la lista. Pedí la palabra y en un breve y escueto intercambio de frases le rogué que no lo hiciera. Zinoviev terminó diciéndome, sonriendo: «por razones políticas es

necesario que su nombre conste en la lista, pues su ausencia causaría mala impresión, podría parecer una señal de que el Congreso bascula a la derecha (así se dijo, entonces). Necesitamos su nombre, luego usted puede hacer lo que le parezca, permanecer en Moscú o en Italia». Son palabras textuales. Bujarin fue testigo y asintió sonriendo. Si Zinoviev hizo una oferta que no podía cumplir, lo siento por él, pero esto demuestra que mi juicio sobre el eclecticismo de los métodos políticos de dirección de la IC es correcto.

Nunca pensé en usar esta oferta por comodidad, y si no acudí al Ejecutivo Ampliado fue por otras causas. Además, había acordado con otro camarada del Comité Ejecutivo llegado a Italia que iría a Moscú en los meses de verano para ocupar mi puesto en el Ejecutivo, y si no lo he hecho es por la convocatoria del Congreso italiano. Y por otra parte, la policía está sobre aviso e intensifica su vigilancia sobre todos mis movimientos.

Ciertamente, me mortifica verme obligado a polemizar de este modo.

Aunque hubiera cometido muchos errores con mi conducta personal, no perdería el derecho a la crítica, ni mis tesis perderían su validez. Sepan los autores de la presente y desagradable «campana» que, aunque no pienso rebajarme a discutir vulgarmente sobre ciertas personas y nombres, estoy dispuesto a defender todos los aspectos de mi conducta. Lo único que pueden

demostrar así es su mala fe y la desalentadora miseria de sus intenciones.

Lo más lamentable es, sobre todo, que con estos métodos desgraciadamente se desmantela algo de esa preparación marxista y comunista a la que quiero pensar que he contribuido. Si mi popularidad o las adulaciones me afectaran lo más mínimo, estaría satisfecho con la centésima parte de las contorsiones que me ofrecen diariamente, como hacen los falsos comunistas. Lo mejor que pueden hacer es dejarlo definitivamente.

NATURALEZA DEL PARTIDO COMUNISTA

L'Unità (26/7/1925)

Del Manifiesto de los Comunistas:

«Los obreros empiezan a coaligarse contra los burgueses, se asocian y unen para la defensa de sus salarios. Crean organizaciones permanentes para prepararse, en previsión de posibles batallas. [...] Los obreros arrancan algún triunfo que otro, pero transitorio siempre. El verdadero objetivo de estas luchas no es conseguir un resultado inmediato, sino ir extendiendo y consolidando la unión obrera. [...] entran en contacto los obreros de las diversas regiones y localidades. Gracias a este contacto, las múltiples acciones locales, que en todas partes presentan idéntico carácter, se convierten en un movimiento nacional centralizado [es decir, en una lucha que se extiende por todo el territorio del Estado y que adquiere luego carácter internacional], en una lucha de clases. Y toda lucha de clases es una acción política. [...] el proletariado [...] ha creado su unión en unos cuantos años. Esta organización de los proletarios como clase, que tanto vale decir como partido político, *se ve minada a cada momento por la concurrencia desatada entre los*

propios obreros. Pero avanza y triunfa siempre, a pesar de todo, cada vez más fuerte, más firme, más pujante. [...] atraen a las filas proletarias a toda una serie de elementos de la clase dominante, o al menos les colocan en las mismas condiciones de vida. Y estos elementos suministran al proletariado nuevas fuerzas. Finalmente, en aquellos períodos en que la lucha de clases está a punto de decidirse, es tan violento y tan claro el proceso de desintegración de la clase gobernante latente en el seno de la sociedad antigua, que una pequeña parte de esta clase se desprende de ella y abraza la causa revolucionaria, pasándose a la clase que tiene en sus manos el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasaba a la burguesía, ahora una parte de la burguesía se pasa al campo del proletariado; en este tránsito rompen la marcha los intelectuales burgueses que han adquirido la inteligencia teórica del conjunto del movimiento histórico. De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado. Las demás perecen y desaparecen con la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto genuino y peculiar. Los elementos de las clases medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el labriego, todos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales clases. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores».

De las tesis del II Congreso de la Internacional Comunista sobre las tareas del Partido Comunista en la revolución proletaria:

«[...] el Partido Comunista se distingue de la clase obrera porque concibe todo el camino histórico de ésta, en su conjunto, y a lo largo de todo este camino, no sólo defiende los intereses de ciertos grupos u oficios particulares, sino los intereses de toda la clase obrera».

De los estatutos del Partido Comunista de Italia, aprobados por unanimidad en el Congreso constituyente de Livorno:

«El órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado es el partido político de clase. El Partido Comunista reúne a la parte más avanzada y la más consciente del proletariado, unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras, llevándolas de las luchas por intereses particulares y por resultados contingentes, a la lucha por la emancipación revolucionaria del proletariado».

Los «Puntos de la Izquierda»⁴⁶, en su primera y esquemática redacción, no decían nada distinto de estas

⁴⁶ Véase la *Plataforma del Comité de Entente*, a la que aquí se denomina *Puntos de la Izquierda*.

conocidas tesis fundamentales. Efectivamente, podemos leer:

«El partido es el órgano que sintetiza y unifica los impulsos individuales o de ciertos grupos, provocados por la lucha de clases. La organización del partido, como tal, debe situarse por encima de las categorías particulares y reunir, sintetizándolos, los elementos que provienen de las distintas categorías de proletarios, campesinos, desertores de la clase burguesa, etc.».

Este conocido y preciso punto no debería levantar polémicas, pero nosotros dudamos que la organización basada en células de fábrica, considerada como la forma organizativa fundamental y exclusiva del partido, responda a esta función fundamental que permite superar el individualismo y el particularismo de las categorías.

Sin embargo, el sectarismo predominante en el partido ha unido hasta tal punto a nuestros interlocutores que cabe preguntarse si no estamos asistiendo, más que a una discusión entre militantes que defienden la misma causa, a una movilización y a la organización de una campaña de propaganda hecha por encargo. Mi intención, por supuesto, no es tratar aquí las intenciones de estos camaradas, sino el resultado al que conducen las posiciones prácticas que defienden.

Dado que todo lo que se ha ido publicando sobre este punto no hace más que repetir los argumentos del texto que precedía a nuestros Puntos, publicado en el número del 7 de julio, nos atenderemos sustancialmente a este texto, pues el resto no son más que repeticiones. Puede que sea un método simple, pero es eficaz.

Todas las críticas parten de una interpretación de los «Puntos» que invierte las dos tesis discutidas. Nuestra crítica del concepto de las células hace hincapié principalmente en la unidad clasista del partido. Pero según ellos, nosotros afirmamos lo contrario, aunque todo el mundo sabe que siempre hemos sido los más encarnizados defensores de este fundamental criterio marxista. Nosotros afirmamos que el partido es el órgano que sintetiza y unifica los impulsos individuales y colectivos que provoca la lucha de clases, lo que significa que tiene que combatir y vencer ese espíritu egoísta y particularista que se presenta por doquier como un primer estadio y un primer efecto de la crisis social, según nuestro análisis materialista. Según nuestros interlocutores, para nosotros el propio partido es en sí mismo una síntesis (una palabra que en el comunicado de las juventudes se convierte en mera *suma*) de elementos sociales dispares. Parece ser que nos oponemos a que el partido englobe sólo a una parte de la clase proletaria y estamos a favor de una organización «inter-clasista», empleando el horripilante término que

se han inventado para la ocasión. Según dicen, para nosotros es esencial que en el partido existan elementos no proletarios: profesores, ingenieros, etc., pues ellos son los únicos verdaderos revolucionarios comunistas, y no los obreros, pues estos son incapaces de salir de su estrecho espíritu de categoría. Y así pueden seguir hasta el infinito. Este es el método corriente. Tratan influir demagógicamente sobre los camaradas obreros, presentándonos como intelectuales elitistas que desprecian a los trabajadores. Nuestros demagogos centristas ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Es el mismo argumento que emplean desde hace muchos años todos los oportunistas mencheviques contra la izquierda marxista, oportunistas que presumen obscenamente de su obrerismo y su cortejo a los obreros. Me parece que esto es sintomático.

Dado que algunos camaradas podrían pensar, de buena fe, que al rechazar estas absurdas opiniones que nos adjudican los centristas, por comodidad y en beneficio de su industria confusionista, yo también estoy haciendo demagogia y maniobrando para atraer a algunos camaradas vacilantes, citaré otro documento para aclarar estas dudas, unos párrafos de nuestras infames tesis de Roma:

«1. El Partido Comunista, partido político de la clase proletaria, se presenta en su actividad como una

colectividad operante bajo una dirección unitaria. Los impulsos iniciales que conducen a los elementos y grupos de esta colectividad a encuadrarse en un organismo para la acción unitaria, son los intereses inmediatos que las condiciones económicas suscitan en algunos grupos de la clase trabajadora. Una característica esencial de la función del Partido Comunista es que las energías así encuadradas se emplean para lograr unos objetivos que, al ser comunes a toda la clase trabajadora y situarse al término de toda una serie de luchas, superan, mediante su integración, los intereses de los grupos particulares y los postulados inmediatos y contingentes que la clase trabajadora se plantea.

2. La integración de todos estos impulsos elementales en una acción unitaria se manifiesta principalmente a través de dos factores: uno es la conciencia crítica de la que el partido extrae su programa, el otro es la voluntad que se expresa a través de la organización disciplinada y centralizada del partido, instrumento para su acción. Sería erróneo considerar estos dos factores, la conciencia y la voluntad, como facultades ya presentes o exigibles a todos los individuos, ya que éstas sólo se consiguen integrando la actividad de muchos individuos dentro de un organismo colectivo unitario».

Así las cosas, y antes de pasar al problema de las células, vamos a precisar la cuestión de la función de los intelectuales. Tal y como dice Marx en el pasaje citado del *Manifiesto* y en otras partes, nosotros aceptamos que en el partido de la clase obrera existan elementos no proletarios. Pero lo que aquí nos interesa tratar no es la tarea de estos intelectuales, sino el acercamiento y la completa fusión de elementos *obreros* procedentes de diferentes categorías y oficios. El carácter fundamental de la organización del partido se basa en el reagrupamiento de los obreros, que no sólo tienen en común la conquista del salario cotidiano, sino también la conquista revolucionaria de una nueva forma social. En esta asociación, en la que los obreros intervienen como elementos políticos y no como miembros de un oficio, como ocurre en los sindicatos, también participa una restringida y absolutamente excepcional minoría de intelectuales, que el proletariado emplea en el sentido señalado por Marx. Toda la experiencia posterior nos ha demostrado que estos elementos intelectuales, así como los obreros que ascienden a la categoría de jefes del movimiento, corren constantemente el peligro de convertirse en agentes de la burguesía en las filas obreras, algo que el proletariado debe evitar mediante determinadas disposiciones organizativas (y tácticas, pensamos nosotros). El hecho de que la incorporación al partido sea de carácter individual e implique aceptar su programa político, tiene una gran ventaja a pesar de

todo, pues permite luchar contra este espíritu particularista que se desarrolla principalmente a causa de «la concurrencia desatada entre los propios obreros», y hace que todos los obreros comprendan que los comunistas no sólo luchan por mejorar sus condiciones como individuos, ni las condiciones de su oficio, ni las condiciones de todo el proletariado en el marco de la presente sociedad, sino que también luchan por el objetivo final, por la victoria de su clase, que fundará la sociedad sin clases. Tampoco hay que olvidar que el monopolio de la cultura por parte de la clase burguesa impide al movimiento comunista prescindir de los escritores, propagandistas y teóricos.

Los centristas, en el texto mencionado, afirman que según ellos el partido puede arreglárselas sin intelectuales, profesores, etc. (veremos que desgraciadamente esto no es completamente cierto), exponen a su manera la teoría de la participación de los intelectuales en el partido y ponen en boca de Marx lo contrario de lo que él afirma en el pasaje citado. Para ellos, los intelectuales eran necesarios antes, en un primer periodo, pero luego, con el desarrollo del proletariado, sus jefes surgen de sus propias filas. Según Marx, en cambio, el proceso de deserción de los elementos burgueses continúa hasta que «la lucha de clases se aproxima a su solución». Cientos de ejemplos desmienten la tesis de los centristas: los jefes

procedentes de las filas obreras también pueden recaer en el oportunismo y la traición, y generalmente son incluso más susceptibles a las influencias burguesas. Por otra parte, tanto la Internacional Comunista como el partido bolchevique tuvieron y tienen intelectuales al frente, y no sólo durante la última fase de la revolución, sino también después. Es más, el Comité Central de nuestro partido está compuesto de profesores y abogados, por lo que no parece muy apropiado que echen pestes sobre sí mismos. Hay que recordar que el porcentaje de intelectuales en nuestro partido era muy bajo, tras la escisión de Livorno. Sólo había treinta abogados en todo el partido (véase el informe del Comité Central al Congreso de Roma) y los obreros abundaban tanto en el Comité Ejecutivo como en el Central. Las cosas cambiaron cuando la Izquierda fue apartada y se impuso la fusión con los *terzini*, que aportaron casi más abogados que obreros. Hoy día no hay ningún obrero en el Ejecutivo.

En el pasaje citado, Marx no se refiere explícitamente a los intelectuales, sino que habla en general de los desertores de la burguesía. Si nos dejamos guiar por sus concepciones, tendríamos que determinar qué clases y qué categorías sucumbirán ante la gran industria y cuáles sobrevivirán. Ahora bien, si lo que pretenden con esas alusiones a las tareas de los «ingenieros» es simplemente hacer bromas, debemos

recordar que con la centralización y la colectivización de la gran industria, los que desaparecerán serán precisamente estos abogados y estos profesores de una filosofía más o menos idealista y burguesa, reaccionarios por definición.

Pero vayamos al grano: En este esquema del partido que se presenta con el nombre de «bolchevización» y que presumiblemente permite mantener estrechos lazos con la clase obrera, dado que se basa en células de fábrica, ¿acaso los intelectuales, cuya presencia tanto se desprecia en las asambleas de las secciones territoriales, no juegan ningún papel? Desgraciadamente sí, los intelectuales conservan una función, y la más importante además. Son ellos precisamente, como funcionarios del partido, quienes ponen en contacto y controlan toda la red de las distintas células. Ahora bien, en mi opinión, el punto más delicado de la cuestión de la función de los «jefes» no reside en su origen más o menos proletario, sino en su calidad de «funcionarios» del movimiento. Esto es lo que les predispone a acomodarse primero a la *rutina* burocrática, y a desligarse luego, poco a poco, de los intereses revolucionarios de los obreros, cuya vida en cambio es bien precaria y se encuentra amenazada. No hay duda de que a este respecto la Tercera Internacional ha supuesto una potente reacción frente a la gangrena

que envenenó a la Segunda, pero de lo que se trata es de ver qué garantías ofrecen ambos sistemas organizativos.

La cuestión de los «revolucionarios profesionales» está relacionada con la de las células. Dado que los funcionarios son indispensables, el encuadramiento del partido debe eliminar el peligro que representan. El partido bolchevique ruso, en la época del zarismo, planteó este problema de manera muy diferente a como la plantean los partidos comunistas de los países en los que el régimen burgués triunfó históricamente hace ya mucho tiempo. Estas diferencias merecen un atento examen. Se trata de las relaciones que existen entre la clase de los patrones industriales, el Estado y su policía política. En la Rusia de los zares, la fábrica era menos peligrosa que la calle, mientras que en la liberal Inglaterra ocurría precisamente lo contrario. En suma, lo importante es el medio en el que se desenvuelven los funcionarios, que en realidad carecen de verdadero contacto con los obreros sobre la base de una «igualdad organizativa», algo que bajo el zarismo podía ser revolucionario debido al peligro continuo y terrible. Y este análisis no es ilegítimo ni escandaloso, dado que en el II Congreso, en el que Lenin estableció las bases de la Internacional, a pesar de que contábamos con la previa experiencia de las células en Rusia, no se adoptó un criterio organizativo semejante al que hoy se presenta como indispensable y fundamental. En los documentos

clásicos no hay ni rastro de todo esto: ni en los Estatutos de la Internacional, ni en las 21 condiciones de admisión, ni en las tesis sobre las tareas del Partido, ni en las tesis sobre las tareas de la Internacional. Se trata, pues, de un «hallazgo» tardío que vamos a tratar de contextualizar en el proceso de desarrollo de la Internacional.

Nosotros queríamos discutir el significado de la experiencia rusa de las células en el periodo precedente a la revolución, para valorar si debemos aplicarla a los actuales partidos en los diferentes países. No nos referíamos sólo a Italia, sino a toda Europa y a Norteamérica, donde el paso de la monarquía feudal al parlamentarismo burgués es ya un hecho consumado. Esto lo entienden hasta los niños. Sin embargo, según nuestros interlocutores, en aquel párrafo nosotros nos limitábamos a valorar la situación italiana. Y con un «dicen» y unos magníficos «evidentemente» (no quiero molestar, pero pido a los camaradas lectores que comprueben el número del 7 de julio de *L'Unità*, página 3, primera columna), afirman que para nosotros la cuestión se reduce a estos términos: en Rusia había un régimen de terror, en Italia hay libertad. Y así, aprovechan para lanzar un llamamiento de carácter obscenamente demagógico a los obreros italianos víctimas del fascismo, diciéndoles que lo que

pretendemos es convencerles de que es posible llevar a cabo conquistas pacíficas.

¿Pero quién habla de Italia y de conquistas pacíficas? El hecho es que en Rusia la situación histórica había eliminado el peligro, siempre señalado por Marx, de que el proletariado se alejara de sus tareas políticas revolucionarias, dejándose llevar por intereses particularistas. Inevitablemente, la clamorosa cuestión del Estado y del poder político estaría sobre el tapete más pronto que tarde. El aparato estatal de zarismo estaba podrido, y por tanto éste era problema que se imponía a todos los trabajadores. Entre tantas desventajas, esto constituía una especie de ventaja, la cual no existe actualmente en los países occidentales ni en Italia, pues el fascismo, si bien suprime toda libertad y la posibilidad de conquistas pacíficas (las cuales están completamente fuera de lugar), no deja de ser un régimen típicamente burgués, de la clase de los patronos de la industria, que no proyecta deshacer la revolución liberal burguesa. Bajo el gobierno fascista los patronos de los talleres continúan disponiendo de la policía del Estado, e incluso pueden hacerlo en mejores condiciones que antes. En cambio, en Rusia existía un antagonismo histórico entre el aparato político tradicional zarista y la nueva clase burguesa industrial, que el proletariado podía aprovechar.

Ciertamente, nuestros centristas-mencheviques se caracterizan por pensar que el fascismo es un régimen no burgués, el retorno del dominio de otras clases que no son la burguesía capitalista. Por más que a diario los hechos se encarguen de echar por tierra este esquema, la política impuesta al partido no deja de inspirarse en él. En todo caso, nuestra distinción no consiste en comparar a Rusia con Italia en ese sentido. Nuestro juicio sobre la situación en nuestro país no se basa en esto.

Respecto a las conquistas pacíficas, no sólo creemos que son imposibles, sino lo que es más importante, siempre hemos combatido a quienes pensaban que eran útiles y las consideraban como un fin para el proletariado. No son más que maniobras defensivas burguesas que tienen los mismos objetivos que la prepotencia y la ofensiva fascista. Para presentar nuestras opiniones de esta forma hay que disfrazarlas. Pero necesitan hacernos pasar por derechistas a cualquier precio, y todo vale.

Nuestra crítica al sistema de las células revela que está infectado de federalismo. Los centristas, a su vez, responden dando su propia definición de federalismo. Según ellos, una organización federal se caracteriza por el hecho de que el voto de las organizaciones de base no depende del número de miembros, sino que todas tienen un voto equivalente (algo hay de cierto en esto). Sin embargo, el desarrollo lógico del sistema de células nos

lleva justamente a eso, pues los problemas se discutirán en las reuniones de delegados de estas células, en los que difícilmente pueden votar todos los miembros de cada célula. No obstante, la característica distintiva del federalismo es otra: los miembros no están ligados directamente al centro, sino a un organismo de naturaleza y unidad particulares. El conjunto de estos organismos de primer grado forma la base de la estructura superior. Al mismo tiempo, la pertenencia a estos organismos clasifica y diferencia a los miembros del organismo general. En este sentido, el Partido Laborista y los sindicatos son federalistas, no porque se basen en células, sino porque son asociaciones de asociaciones, cada una con características distintas, ya sea la profesión de los miembros u otras cosas por el estilo. La Internacional ha desplegado una viva campaña contra el partido noruego, que aceptaba la adhesión de organizaciones económicas y sindicales pero no incorporaciones individuales. En el V Congreso, se ha argumentado con razón que este tipo de organización federal es contrarrevolucionaria. Ahora bien, existe cierta analogía entre esta estructura y la de las células. Esto lo demuestra entre otras cosas el imprudente lenguaje de los centristas: el tipo de partido noruego, de hecho, encaja perfectamente con las absurdas peroratas acerca de los intelectuales en las asambleas de trabajadores.

Nosotros afirmamos que, dentro de la célula, el obrero sólo podrá discutir ciertas cuestiones de carácter económico que afectan a los trabajadores de un determinado taller. El intelectual seguirá jugando un papel, pues aunque no pueda recurrir a su potente elocuencia, monopolizará la autoridad del Comité Central del Partido, con lo que podrá *trancher*⁴⁷ todas y cada una de las cuestiones. De esta forma, la política del Partido terminará en manos de un cuerpo de funcionarios, típica característica de los organismos federales y oportunistas. La Internacional ha tenido que intervenir recientemente en el partido alemán para evitar que se otorguen estatutariamente poderes políticos a las conferencias de funcionarios que no han sido elegidos por la base. Estos hechos se pueden evitar formalmente, pero amenazan con convertirse en una realidad con la llamada bolchevización.

En conclusión, hay que restablecer esa tesis marxista fundamental que dice que el carácter revolucionario del partido lo determinan la correlación de fuerzas sociales y los procesos políticos, y no la forma o el tipo de organización. Lo contrario es caer en el error del sindicalismo o de los muchos semi-sindicalismos que pululan por doquier, entre los cuales la doctrina «ordinovista» es un caso especial. Al poco

⁴⁷ Zanjar. En francés en el original.

tiempo de formarse, creyeron haber encontrado una fórmula organizativa mágica, los consejos de fábrica, y para ellos todo se reducía a esto: partido proletario, revolución económica y Estado obrero. En todas sus manifestaciones hay un poso de utopismo antimarxista y antileninista. Abordan los problemas, no ya partiendo del análisis de las reales fuerzas sociales, sino de una magnífica constitución, un plan organizativo, un reglamento. El falaz planteamiento ideológico del problema de las fracciones al que estamos asistiendo tiene el mismo origen. Todo se soluciona escribiendo en un papel que las fracciones quedan prohibidas y que hay que «acabar» con ellas.

Las acción revolucionaria que desarrollan los organismos proletarios en determinadas situaciones no depende de una forma concreta de encuadramiento organizativo, de recetas tipo: sindicatos, cooperativas, consejos de fábrica, gremios, células, comités de obreros y campesinos, etc.... Estas no son más que formas, y nosotros debemos ocuparnos del contenido de los intereses sociales que están en juego, de las fuerzas en lucha y de la dirección hacia la que se encamina el movimiento.

El Partido Comunista se distingue del resto de partidos o asociaciones por la clase de la cual emerge, por su programa de lucha y su método táctico, no por el tipo de organización formal. Un partido sólido y

organizado centralizadamente, como nosotros queremos, no se forma mediante procedimientos artificiales, sino mediante la coherencia entre principios y táctica y una política claramente original, ahí reside la originalidad de la clase revolucionaria. Hoy, en cambio, se tiende a fabricar una organización sui generis, para luego imitar la metodología política burguesa.

Reaccionando contra el siempre recurrente error utópico-sindicalista, hemos tratado de demostrar la falsedad de la tesis según la cual el partido comunista y el socialdemócrata se diferencian en que el primero se organiza en células y el segundo territorialmente. Como hemos visto, esta diferencia es sólo aparente, pues en realidad existe una semejanza en lo que respecta a la ralentización del centralismo, aunque al mismo tiempo se pretenda defender dicho centralismo de supuestos ataques. En esto también se parece a las organizaciones socialdemócratas, pues según la crítica de la Internacional Comunista, en ellas el federalismo siempre viene acompañado de la peor dictadura de los jefes burócratas.

Amadeo Bordiga.

EL PELIGRO OPORTUNISTA Y LA INTERNACIONAL

L'Unità (30/9/1925)

Creemos que es posible que la Internacional recaiga en el oportunismo. Intentaremos que esta posibilidad no termine convirtiéndose en una certeza ni en una probabilidad, mayor o menor. *Ninguna* Internacional está a salvo del peligro de los desvíos oportunistas. No existe esa misteriosa virtud, ni ninguna garantía capaz de evitarlo *a priori*. Ni siquiera nuestras *propuestas*, que son objeto de tanta ironía, podrían evitarlo. Los precedentes históricos más gloriosos y brillantes no constituyen ninguna salvaguarda para ningún movimiento, y menos para un movimiento de vanguardia revolucionaria, frente a un posible revisionismo interno. Las garantías contra el oportunismo no se encuentran en el pasado, sino que deben estar presentes y vigentes en todo momento.

La excesiva preocupación por el peligro oportunista no es para nosotros un gran inconveniente. Las críticas y el alarmismo, si se practican *por deporte*, ciertamente son deplorables. Pero cuando este tipo de críticas son, más que la expresión concreta de que *algo que no marcha bien* o la intuición de las graves

desviaciones que nos aguardan, el puro producto de las elucubraciones de algunos militantes, esto ciertamente no debilita ni lo más mínimo al movimiento y se puede superar fácilmente. En cambio, si la enfermedad oportunista surge antes de que nadie se atreva a dar enérgicamente la voz de alarma, como ha sucedido tantas veces, entonces el peligro es gravísimo. La crítica, si no hay error, es mil veces menos dañina que el error sin crítica.

Pensamos que la actitud y la mentalidad con la que se acogen las objeciones de la Izquierda italiana a las directrices de los dirigentes de la Internacional contradicen extrañamente su negación de la existencia del peligro oportunista, que es lo que nos debe preocupar.

Se razona de este modo: la Izquierda afirma que la Internacional se equivoca, pero la Internacional no puede equivocarse, por lo que la Izquierda no puede tener razón. Para los buenos marxistas, que no son filisteos, ni tienen aires de grandeza, ni buscan adulación, la cuestión debería plantearse así: la Izquierda dice que la Internacional se equivoca, pero la Izquierda es la que comete un error, por una determinada razón, la que sea, inherente al problema en cuestión. Así es como habría que demostrar que la Internacional no comete errores y va por el buen camino.

En cambio, ninguno de los que defienden a capa y espada a la Internacional, a la que sistemáticamente confunden con su comité dirigente, se esfuerza en hacer esta aportación positiva y activa a la elaboración de las directrices cuya validez defiende. En lugar de defender a la Internacional, estos pretendidos ortodoxos quieren que ésta les defienda a ellos, la cargan con todo el peso de su propia responsabilidad y de sus propios errores, la ponen en peligro y la *comprometen* sin vacilar cada vez que se hallan en dificultades. Esto es internacionalismo a la inversa. La ventaja de este método es que es muy sencillo y cómodo aprovechar las simpatías que despiertan algunas entidades y nombres para lograr un éxito inmediato. Eso sí, esta forma de actuar carece de vitalidad, de verdadera y generosa solidaridad, que consiste en dar, y no recibir, aumentar, y no consumir la potencia de la organización que se dice defender. Así, arrojan sobre nosotros a la Internacional, a la revolución rusa, al leninismo y al bolchevismo, y muchas veces lo hacen precisamente aquellos que van a remolque de este grandioso conjunto de fuerzas históricas, por no llamarlos directamente parásitos.

UN SISTEMA INCOMPATIBLE CON EL MÉTODO MARXISTA

No vamos a criticar *moralmente* este sistema. Vamos a señalar solamente aquello que nos parece incompatible con el método revolucionario. Este modo de razonar puede *dejar sin argumentos* a algunos camaradas y seguidores convencidos, llevándoles, eso sí, poco a poco hacia el escepticismo. Pero estos elementos ya son de los nuestros, y de lo que se trata es de atraer, convencer y movilizar a quienes no conceden ninguna autoridad a nuestros textos y nuestras deliberaciones y tradiciones internas, a quienes nos ven con recelo. A estos hay que llevarlos de la desconfianza a la confianza con argumentos y medios positivos. Esta es la tarea fundamental de un partido revolucionario, o debería serlo para aquellos que no paran de gritar que quieren *conquistar a las masas*. Ahora bien, la manera con la que los elementos del actual estado mayor internacional y nacional pretenden desembarazarse sin más de nuestras opiniones, nos hace dudar de su capacidad para difundir fuera del partido el programa y las directrices comunistas. Un movimiento revolucionario debe intentar mover cotidianamente las opiniones estancadas, debe sacar sus tesis a la calle, por así decirlo, para demostrar la verdad a diario.

Sólo un partido conservador haría lo contrario, vivir celosamente de su patrimonio de principios, que supuestamente se respetan mientras se evita discutirlos ante nadie. Los ejemplos históricos son tan evidentes

que no hace falta citarlos: la feroz autocrítica es lo que siempre ha distinguido a todos los partidos que atraviesan un verdadero período de fecundidad revolucionaria y de incremento de su potencia.

Esto es cierto sobre todo para el marxismo revolucionario, que rechaza toda metafísica y todo apriorismo y basa la verdad de sus principios en la dialéctica de una demostración permanente, a través de la historia y de su propia actividad.

Cuando presumen de *leninismo*, como si éste fuera un sistema al que nosotros por definición nos oponemos, y pretenden despacharnos recurriendo a la infalibilidad de aquel cuyo nombre define este sistema, la contradicción es aún más escandalosa. En realidad, lo más chocante del leninismo de algunos es su tendencia a la mutabilidad, a las audaces evoluciones, su facilidad para decir: «dudamos de todo aquello que ayer dábamos por cierto». En este debate, nosotros somos los llamados dogmáticos, somos nosotros los que custodiamos (racional y dialécticamente) los puntos fijos del método. Desde hace años nos responden con este precepto: mañana por la mañana podríamos decir o hacer cualquier cosa, lo cual se aleja mucho de la mentalidad de Lenin sin ofrecer, en cambio, las garantías que él brindaba frente a cualquier cambio a peor. Aquellos que reivindicaban a Lenin y se dedican a fabricarle

póstumamente un sistema propio, pretenden convertir éste sistema en un dogma intangible e inmutable. En realidad, continúan con el método de la improvisación y el zigzaguo, tratando únicamente de ponerse a salvo de toda objeción y crítica y monopolizando el derecho a decir que si actúan así es porque son fieles seguidores del auténtico pensamiento leninista, bajo cuya bandera quién sabe por dónde nos harán transitar. La rigidez de este *sistema* leninista es un artículo para consumo interno. Lenin empleaba un método bien distinto para zafarse de sus oponentes, un método basado en la realidad y no en la autoridad, en la experiencia vivida y no en ningún evangelio. El camarada Perrone⁴⁸ plantea la cuestión de modo sencillo y claro al afirmar que todo lo que dicen y hacen los dirigentes de la Internacional puede discutirse, y discutir significa dudar de que lo que se ha dicho o hecho sea correcto, al margen de las prerrogativas que se atribuyan a cualquier grupo, hombre o partido. ¿Acaso esto es una santa apología del derecho individual a la libertad de pensamiento y de crítica? Ciertamente no. De lo que se trata es de establecer el modo fisiológico de funcionar y trabajar en un partido revolucionario, un partido que debe conquistar y no custodiar las pasadas conquistas, invadir

⁴⁸ Ottorino Perrone (1897-1957), destacado militante de la Izquierda. Fue uno de los fundadores de la Fracción de Izquierda del Partido Comunista de Italia en 1928.

el territorio del adversario y no cerrar el suyo con trincheras y cordones sanitarios.

Esta mentalidad que se va abriendo camino entre los elementos dirigentes de nuestro movimiento refleja en nuestra opinión un verdadero y latente peligro de derrotismo y pesimismo. En lugar de actuar virilmente contra todas las dificultades a las que se enfrenta la acción comunista en este periodo, en lugar de discutir valientemente los multiformes peligros y reconstituir frente a ellos la lógica vital de nuestra doctrina y de nuestro método, prefieren refugiarse en un sistema intangible. Recurriendo al «se han metido con Garibaldi», buscando ideas e íntimas intenciones supuestamente ocultas, se alegran al comprobar que Fulano o Mengano ha violado las reglas de nuestro manual, y chillan: están en contra de la Internacional, en contra del leninismo. Gracioso ejemplo de esto que decimos es ese artículo-dialogo que han fabricado, en el que relatan lo que yo supuestamente dije en una reunión del partido, citando y entrecomillando mis palabras a conveniencia. Al margen de todo esto, lo extraño es que el punto de partida se convierta en la meta: ¡aunque estoy contra el leninismo, vengo aquí a defenderlo! En cambio, mis interlocutores lo tienen claro: se esconden una vez más bajo las alas del gran Lenin para disimular su propia pequeñez, y todos contentos. Ahora bien, ¿qué sucedería si este método se generalizase?

Parlotean de estrategia, de maniobras y de conquista de las masas, pero en realidad se ven impotentes para ampliar nuestra influencia, reducen nuestro objetivo a la conservación de los seguidores ya conquistados y no vacilan en desmembrar el movimiento allí donde surgen iniciativas de discusión y de crítica.

Ahí reside el verdadero y el peor liquidacionismo del partido y de la Internacional, que viene acompañado de todos los característicos y bien conocidos fenómenos de filisteísmo burocrático. El ciego optimismo profesional es síntoma de esto que decimos. Todo marcha bien, y quien lo dude es un saboteador que debe ser expulsado lo antes posible. Nosotros nos oponemos a esta rutina precisamente porque, permaneciendo fieles a la causa comunista y a la Internacional, rechazamos que ésta tenga que contentarse con consumir vulgarmente el *patrimonio* de su capacidad e influencia política.

Se podría hacer una objeción de carácter organizativo a lo que hemos dicho: es cierto que a la hora de discutir con nuestros adversarios, o con quienes aún no están convencidos de nuestras ideas políticas, debemos poner todo nuestro bagaje teórico sobre la mesa, para diseccionarlo y despejar todas las dudas, pero si hacemos lo mismo dentro del partido, su solidez

organizativa y disciplinaria se iría al diablo. Esta objeción carece de consistencia. Para empezar, no estamos diciendo que este tipo de discusiones precongresuales tengan que desarrollarse en cualquier momento y lugar. Es totalmente lógico que en un partido como el nuestro la crítica se suspenda durante períodos más o menos largos, por no hablar de que la disciplina ejecutiva en la acción siempre es necesaria. Pero cuando las discusiones son tan frecuentes como lo son hoy en todas las secciones de la Internacional (en nuestro partido no lo son tanto, como sabemos), entonces hay que recurrir al criterio que defendemos, para que dicha discusión sea útil y no envenene el ambiente. Por último, no se puede hacer una distinción tan rígida entre el trabajo de propaganda interno, dirigido a los camaradas, y el externo, dirigido a las masas, mucho menos si lo que se pretende es ampliar las bases organizativas del partido. A los camaradas a quienes se pretende mandar a la fábrica o a otros lugares para convencer a los obreros de otros partidos, o sin partido, es estúpido acostumbrarlos a zanjar las discusiones con un *«así lo ha dicho nuestro ejecutivo»* o *«así está escrito en el programa de mi partido»*. Estas cuestiones deben dilucidarse a través del trabajo político interno de partido. Si nuestros camaradas reciben semejante educación, la propaganda y la agitación serían inútiles.

LA «BOLCHEVIZACIÓN»

Nuestra postura contra la *bolchevización* y contra las células ha causado un enorme alboroto. Las precisas respuestas que han dado nuestros camaradas de la Izquierda han hecho fracasar el gran intento de atribuirnos esas escandalosas opiniones sobre la naturaleza del partido y la función de los intelectuales. Ya hemos aclarado nuestra postura respecto a las células, que puede sintetizarse así: el tipo de organización del partido no garantiza en sí mismo su contenido político, ni evita posibles degeneraciones oportunistas. Por tanto, es incorrecto decir que la organización sobre una base territorial es típica del partido socialdemócrata y que la organización sobre una base de fábrica es propia del partido comunista. Las células de fábrica fueron útiles en Rusia durante el período zarista y no se abandonaron después, pero no creemos que seas adecuadas para los países capitalistas avanzados con un régimen político democrático burgués (mi viejo estudio sobre la correlación de fuerzas sociales y políticas en Italia, repescado no sé por quién, aclara por qué para nosotros el fascismo no se distingue esencialmente del régimen democrático burgués). Otra cosa son las células de fábrica que se mencionan en las tesis del II Congreso y en los documentos de nuestra Fracción Comunista, antes de Livorno, documentos que fueron redactados conjuntamente por los ordinovistas y

por nosotros y que se citaron durante las polémicas contra la táctica sindical de los maximalistas. Esas famosas células que formó nuestro partido en el primer período respondían de manera óptima, y aún hoy podemos comprobar su buena labor allí donde existen. Hasta los más modestos militantes de nuestro partido se han dado cuenta del engaño que han intentado perpetrar nuestros interlocutores.

Nosotros no estamos en contra de las células, consideradas como grupos de militantes del partido en las fábricas con determinadas funciones. Lo que pedimos es que no se suprima la red territorial y que ésta sea la red fundamental de la actividad política del partido y del encuadramiento organizativo, instrumento de maniobra en los movimientos proletarios junto a los organismos de fábrica, sindicales, corporativos, etc.

Vamos a profundizar un poco más en esto de la bolchevización para aclarar en qué se basa nuestra desconfianza hacia ella. En la medida en que aquella se concreta en una organización basada en células, sobre la que es omnipotente la red de funcionarios seleccionados en base a un criterio de obediencia ciega a un manual supuestamente leninista; en la medida en que se concreta en un método táctico y un trabajo político con los que se pretende lograr una óptima respuesta a los mandatos ejecutivos a través de las disposiciones más

sorprendentes, así como en un planteamiento histórico de la acción comunista mundial en el que la última palabra siempre la tienen los precedentes del partido ruso, tal y como los interpreta un grupo privilegiado de camaradas, nosotros consideramos que la bolchevización no alcanzará sus objetivos y debilitará al movimiento, y juzgamos que es una reacción desacertada ante los escasos éxitos que nos han traído todos esos experimentos tácticos, fruto de los métodos predominantes en la Internacional, a pesar de nuestras críticas. Por más que digan que la bolchevización es un remedio audaz, en realidad no sólo no nos fortalece, sino que nos lleva a una especie de cristalización e inmovilización del movimiento revolucionario comunista y de sus espontáneas iniciativas y energías. El proceso se ha invertido: la *síntesis* (¡alarma!)⁴⁹ precede a sus elementos, y la pirámide está del revés, en lugar de apoyarse firmemente sobre su base se halla en equilibrio inestable, apoyada sobre su vértice.

El contacto con las masas y el intenso lanzamiento de consignas, que este nuevo sistema supuestamente garantiza, no son sino mera fraseología, ante la cual la experiencia de los camaradas de base podrían decir cuatro cosas.

⁴⁹ Bordiga bromea aquí con el polémico término «síntesis», que el grupo ordinovista dirigente rechazaba como definición del partido comunista.

El partido gira alrededor de su propio eje la mayor parte del tiempo, sin hacer nada en la práctica. Desde el punto de vista del funcionario profesional, esto constituye un éxito, y con eso basta. Por poner un ejemplo: nosotros no estamos en contra de que se formen comités obreros y campesinos, siempre que estos no se conciban como un bloque de partidos ni como Soviets, sino como una iniciativa de frente único de la clase obrera, desde abajo, sobre la base de los organismos económicos *naturales* del proletariado. En cambio, nos oponemos a que estos comités sean resultado de maniobras entre distintos partidos políticos, lo cual suele venir acompañado de una increíble cantidad de literatura vacía.

Puede que todo esto sea muy genérico. Para concretar un poco, intentaremos ilustrar hasta dónde llegan realmente nuestros desacuerdos con la Internacional.

Nosotros no estamos en desacuerdo con el programa de la Internacional, no sólo en su sentido histórico y teórico, sino como documento concreto elaborado por Bujarin y aprobado en el V Congreso. De este importante documento quitaríamos únicamente dos o tres renglones sobre la cuestión de las maniobras tácticas coyunturales, pues esta cuestión ya se trata *en otro lugar*.

Pero afirman que el cuerpo doctrinal de la Internacional es el *leninismo*, y que nosotros nos desviamos fundamentalmente de este sistema.

Esa afirmación ordinovista de que el leninismo es toda una *concepción del mundo*, y no sólo del proceso de la revolución proletaria, es bastante graciosa. Muy bien. ¿Cómo casa esto con la adhesión de los líderes ordinovistas a esa filosofía idealista, a esa concepción del mundo propia, no ya de Marx ni de Lenin, sino de los neohegelianos y de Benedetto Croce? ¿Cómo es posible que estén mal vistos los desacuerdos con la Internacional si se proclaman lealmente, y en cambio se toleren si se mantienen ocultos? A nosotros nos parece que es precisamente en estos desacuerdos, conscientemente encubiertos y que no se han liquidado con el famoso *reconocimiento del error*, donde está el peligro, donde se incuba verdaderamente el futuro oportunismo. Lenin ha escrito obras fundamentales contra ese supuesto comunismo basado en el idealismo. Recientemente hemos escuchado al propio Zinoviev condenar intentonas de este género, que han sido consideradas seguros indicios de peligro oportunista (según Zinoviev, siempre es posible recaer en el oportunismo, y si esto ocurre, él estará conmigo en la... fracción de izquierda. Esto ciertamente es controvertido, pero es una controversia un poco más... bolchevique). No obstante, el ordinovismo continúa impertérito

aferrado a Croce, afirmando que existe una verdadera (ojo con esto) *escuela napolitana* en materia filosófica, ¡y defendiendo el leninismo como un sistema y como concepción del mundo! Uno de los que hoy tanto nos critican se pasó resueltamente al ordinovismo mientras *se acercaba a Croce*, según nos dijo. Destino, B. Croce; origen, Andría, la gran capital del... Valle de Aosta⁵⁰. ¿Puede haber alguien más cualificado para clamar contra el comunismo *a la napolitana*? ¿Tendremos aún que demostrar que somos enemigos de este comunismo napolitano, como Lenin era enemigo del comunismo ruso?

Nuestro movimiento se basa en un sistema teórico que es una completa concepción del mundo: se trata del marxismo, del materialismo histórico, que tuvo en Lenin a uno de sus mejores defensores. No hace falta llamarlo leninismo, cosa que a Lenin le hubiera agradado menos que a nadie. ¿Qué tiene que ver Lenin con este sistema? Si hubiese sido un revisionista, se comprendería el término leninismo, pero resulta que él luchó fieramente contra los revisionistas de diversas escuelas, quitándoles

⁵⁰ Bordiga se refiere a Alfonso Leonetti, que a la sazón era el director de *L'Unità*. Leonetti había publicado el 13 de septiembre un artículo titulado *Los desacuerdos con la Internacional o los fetiches de la extrema izquierda italiana*, al que Bordiga respondió en parte con este artículo. Leonetti era oriundo de Andría y se había pasado a las filas del ordinovismo, cuyo foco era Turín, en cuya región se encuentra el Valle de Aosta, fronterizo con Suiza y Francia.

con golpes formidables su derecho a usar el nombre y la tradición marxista. Defendió su ortodoxia con argumentos sacados de la historia viva y con una potente exégesis de la obra de los maestros, desglosando hasta sus más mínimos detalles y eviscerando en todos los matices, en cada reglón, cómo la historia había confirmado dicha perspectiva.

EL LLAMADO LENINISMO

En mi conferencia sobre Lenin⁵¹ (que no ha sido publicada en Rusia, pues allí por lo que parece consideran que Lenin no era lo bastante grande como para no idolatrarle al repasar su obra) aclaré cuál es mi opinión sobre su trabajo. Ante todo fue el *restaurador del marxismo* en el campo de la teoría y del programa político, o sea, de la concepción del proceso emancipador del proletariado. También fue el reorganizador del movimiento internacional proletario sobre unas bases revolucionarias y el grandioso conductor de la primera gran victoria revolucionaria en Rusia, en el trascurso de la cual se verificaron completamente las concepciones marxistas que él había previamente restaurado.

⁵¹ Véase más arriba *Lenin en el camino de la revolución*.

Lenin también completó partes importantísimas del marxismo. Su interpretación de la fase imperialista del capitalismo y su formulación de las cuestiones agraria y nacional, que nosotros aceptamos (tal y como están expuestas en el programa de Bujarin, como he dicho), son una contribución fundamental para el desarrollo del método y del sistema marxista, que él relacionaba *paso a paso con las explícitas declaraciones de Marx y de Engels* sobre estas materias, verificadas y complementadas finalmente por todos los acontecimientos posteriores. Quien crea, por ejemplo, que hay que llamar, no ya marxismo, sino leninismo, a su crítica de la fase más reciente del capitalismo, da a entender que Lenin *modificó* algunas tesis históricas y económicas de Marx, y por tanto no puede llamar revisionista a Graziadei cuando éste pretende desmentir las teorías económicas fundamentales contenidas en *El Capital* partiendo de las características de esta nueva fase.

Nosotros, pues, no creemos que sea necesario cambiar el nombre de nuestro sistema doctrinal y político y empezar a llamarlo *leninismo* en lugar de *marxismo*. Sin embargo, ciertamente no se trata de una cuestión de términos, y una vez aclarado que no hay ninguna diferencia entre ambos (esto lo afirmaba el propio Lenin) podemos usarlos indistintamente.

Pero si el leninismo es todo lo que les dé la gana proclamar a aquellos que dicen ser los verdaderos leninistas, los más leninistas, entonces no podemos sino reírnos. Nos reservamos el derecho a considerar y a demostrar que muchas de las opiniones de estos autoproclamados leninistas son de lo más antileninista y antimarxista que hay.

Si el leninismo consiste en prestar juramento ante todas y cada una de las afirmaciones que hizo Lenin a lo largo de su vida, tampoco podemos estar de acuerdo. Hay muchas citas literales de Lenin con las que sencillamente no coincidimos. Esto lo digo sólo para responder a aquellos que afirman estúpidamente que nosotros, la Izquierda, hemos esperado a que muriera Lenin para iniciar nuestra ofensiva crítica contra la Internacional. Discutimos y criticamos a Lenin cuando aún estaba vivo y coleando, y en efecto, muchas de sus respuestas siguen sin convencernos. Pero estos desacuerdos leales no nos quitan el derecho a decir que, tras su muerte, muchas de las iniciativas y directrices de la Internacional se han alejado mucho de su pensamiento y su método. Reafirmamos principalmente nuestro derecho a rechazar el calificativo de leninistas a la mayor parte de las elucubraciones de nuestro centrismo ordinovista. Si Lenin aceptó las tesis de *L'Ordine Nuovo* de 1920 fue porque éstas contenían esencialmente una crítica compartida al maximalismo oportunista. Dichas

tesis fueron aprobadas por la sección turinesa, compuesta mayoritariamente por abstencionistas. Gracias a nuestra insistencia los ordinovistas terminaron comprendiendo la tesis leninista sobre la necesidad de escindirnos del partido de los reformistas italianos: el ordinovismo estuvo defendiendo la unidad en el partido, entre *Bordiga y Turati*, hasta pasado el Congreso de Bolonia. Nosotros no rechazábamos llevar a cabo acciones conjuntas, en las que estábamos dispuestos a sacrificarlo todo, pero los actuales centristas rechazaron en Bolonia (octubre de 1919) nuestra oferta de abandonar nuestro prejuicio abstencionista a condición de que ellos se planteasen la cuestión de la expulsión de los reformistas del partido. Lo que Lenin (aun condenando nuestro abstencionismo) apreció en las tesis de los ordinovistas fue precisamente lo que nosotros les habíamos obligado a aprender y a la sazón ellos repetían, aunque fuera con mucho retraso.

Una vez aclarado que el ordinovismo no es un sistema marxista ni leninista y que conlleva no pocos riesgos de desviación de las líneas directrices del partido, trataremos la cuestión de nuestros verdaderos desacuerdos con Lenin.

Nosotros compartimos sustancialmente su posición táctica, aclarada en su libro sobre la enfermedad infantil del comunismo. Nunca hemos sido

blanquistas ni putchistas, nunca hemos adoptado poses estéticas para resolver los problemas de la acción marxista. Esto quedó claramente expuesto en los artículos de 1922. La actitud de nuestra delegación en el III Congreso no fue del todo adecuada, debido a la gran capacidad de improvisación de uno de los actuales centristas, que haría bien en asumir finalmente su responsabilidad. En las tesis de Roma no hay ni rastro de esa *teoría de la ofensiva*, vapuleada por Lenin y que tanta polémica levantó en el III Congreso. Es cierto que Lenin también me vapuleó algo a mí, pero lo cierto es que yo no me he convertido.

Nosotros consideramos que el método táctico de Lenin no es del todo correcto, pues no ofrece garantías frente a esas formas de aplicarlo que, aparentando fidelidad, carecen en realidad de esa profunda finalidad revolucionaria que siempre animó todo cuanto Lenin defendió e hizo. Consideramos que aplicar las experiencias tácticas rusas en situaciones donde existen unas dificultades que allí no existían, como el régimen democrático y el amplio envenenamiento democrático del proletariado, es generalizar demasiado. En mi Conferencia dije que Lenin no dejó resuelto y cerrado el problema de la táctica, cosa que sí hizo con la doctrina. Este problema aún está abierto, lo que implica que habrá que pasar por posteriores experiencias y errores. Sin embargo, nosotros siempre hemos dicho que tal y como

la entendía Lenin, esta solución táctica nunca abandonó el terreno de los principios, es decir, nunca contradujo las finalidades revolucionarias últimas del movimiento, aunque entrañaba riesgos posteriores.

Si pudiéramos recurrir a las fuentes y estudiar atentamente las últimas manifestaciones de Lenin, puede que llegáramos a la conclusión de que poco a poco iba cerrando esa gran esclusa de la libertad táctica. Varias veces reconoció haber cometido errores en el III Congreso, golpeando más a la izquierda que a la derecha, un peligro que aún estaba presente para él. La táctica de la Conferencia de las tres Internacionales le disgustó un poco. Gracias a testimonios indiscutibles, sé que no era favorable a la fusión con el partido maximalista, que fue aprobada en el IV Congreso. Pero como esto podría parecer mera especulación, ahí lo dejo, y me limito a afirmar que después de Lenin nos hemos ido apartando de la correcta línea táctica comunista. Esto demuestra que las propias directrices tácticas que Lenin quiso implementar a escala internacional contenían ciertos errores desde el principio.

NUESTRO DESACUERDO CON LA IC

¿Hasta dónde llega, pues, nuestro desacuerdo con la actual táctica de los dirigentes de la Internacional? En

los artículos que se publicaron a principios de 1922 yo afirmaba contundentemente que la discusión sobre la táctica no se salía de los principios comunistas y marxistas. Luego la Izquierda se vio obligada a llevar su crítica más allá, en lo que respecta a algunos puntos concretos, dentro de los límites de un objetivo revolucionario común.

Alguno de los que hoy afirman que sobrepasamos dichos límites estaba conmigo en aquel entonces y veía el futuro con más pesimismo que yo. No quiero convertir esto una cuestión personal, ni divertirme confundiendo a algunos interlocutores. Prosigo. Es cierto que cuando nos topamos con la fórmula del gobierno obrero afirmamos claramente que ésta no sólo era una solución táctica inoportuna y poco efectiva, sino que estaba verdadera y realmente en contradicción con nuestro cuerpo doctrinal, marxista o leninista, concretamente con la concepción del proceso de liberación del proletariado, en el que se introducía ahora la ilusoria posibilidad hallar soluciones pacíficas y democráticas, aunque sólo fuese en parte. Nos respondieron que estábamos equivocados, que no se trataba de distintas posibilidades históricas, ni de distintas soluciones políticas al problema fundamental del Estado, del poder, que sólo era una consigna de *agitación*, del famoso *sinónimo* de la dictadura del proletariado. Luego vinieron las bien conocidas

desventuras de la táctica del gobierno obrero y del frente único político en Alemania, que demostraron que quienes las aplicaban (tanto en Berlín como en Moscú) pretendían modificar ilusoriamente los términos del problema central revolucionario a través de una colaboración con la izquierda socialdemócrata, y que es peligroso dar pábulo a ciertas fórmulas, por más que se disfracen de inocentes reivindicaciones con fines propagandísticos. La cuestión era grave, y siguió siéndolo, dadas las formulaciones del IV y V Congreso. Los acontecimientos posteriores han demostrado la legitimidad de nuestra postura en este punto, que no es secundario, sino fundamental. La manera de resolver la cuestión alemana no fue en absoluto satisfactoria. Me limito a enunciar brevemente los desacuerdos para intentar determinar de nuevo su extensión y sus límites. Hoy nos encontramos en presencia de una *nueva táctica*. El último Ejecutivo Ampliado ha aportado un nuevo análisis de la situación. Aunque es innegable que ésta se presenta menos favorable que durante los pasados años, es preocupante que se diagnostique una *estabilización*, aunque sólo sea relativa (esta misma falta de precisión aparece en cientos de expresiones), sobre todo teniendo en cuenta que quienes hacen este diagnóstico son los mismos que atribuyen al examen de las situaciones un valor decisivo a la hora de establecer la línea táctica. No es que lo creamos nosotros, sino que ellos mismos lo afirman así.

LA «NUEVA TÁCTICA»

La *nueva táctica* se presenta como un repliegue, pues afirma que como ya no se plantea de manera inmediata la cuestión de la conquista del poder, mientras conservamos íntegras las bases de nuestro programa político debemos enfocar nuestra actividad hacia unos resultados más modestos, que consisten en favorecer el predominio de los regímenes de *izquierda* en los distintos países. Reaparece bajo nuevas formas esa viejísima tesis según la cual un régimen de libertad política es condición indispensable para el ulterior avance de la clase obrera. Esta tesis es objetivamente falsa al menos en tres cuartas partes, y la verdad que encierra el 25% restante es tremendamente peligrosa. En ciertas situaciones, la lucha del proletariado puede verse favorecida por la existencia de un gobierno democrático (en otras puede ocurrir lo contrario), pero para el éxito de la lucha revolucionaria no deja de ser necesaria otra condición: la independendia y la autonomía política del partido proletario de clase.

Este problema se ha planteado como de costumbre (aquí se inserta nuestra crítica al *modo de trabajar* de los órganos de la Internacional, sobre todo en lo que se refiere a la preparación y la resolución de las cuestiones que se someten al debate internacional),

es decir, de manera casi improvisada y sin la adecuada preparación.

A nosotros nos alarma este modo de proceder y las nuevas perspectivas que abren en este escenario. Si se examinan detenidamente habría que rechazarlas, pero con semejante sistema terminan imponiéndose, en virtud de un falso enfoque. No consideramos que este proceso sea idéntico al oportunismo de los viejos partidos socialdemócratas, como algunos pretenden, pero afirmamos que tienen cierto parentesco, aunque sea lejano, lo cual debe servirnos de aviso para cambiar seriamente de vía. Pocas semanas después del complejo debate que tuvo lugar en el III Congreso, se lanzó la consigna del *frente único*, que no se mencionaba en las deliberaciones de aquél. La consigna del gobierno obrero surgió a raíz de las decisiones del Ejecutivo Ampliado de febrero de 1922, luego desapareció o se atenuó parcialmente tras las decisiones que se tomaron en el IV Congreso, y más tarde se convirtió en la base de la táctica del partido en Alemania. Al final del V Congreso, a pesar de tantas reluctancias, terminó trascendiendo algo de ese grave paso que supone la propuesta de unidad con Ámsterdam. La nueva táctica, como de costumbre, se presenta como un hecho consumado sin haber sido examinada por ningún órgano internacional. Nosotros siempre hemos afirmado que en

materia de táctica las decisiones deben ser taxativas,... y preventivas, no póstumas.

LOS «FRENTE»

Por ejemplo, provoca gran estupor ver cómo se justifica la propuesta del Antiparlamento, hecha por nuestro partido al Aventino. Esta propuesta, de descarado sabor democrático, cavallottiano, savonaroliano e incluso peor, para nosotros no tiene derecho de ciudadanía en el campo del comunismo. No sólo viola las normas tácticas, sino nuestros propios principios. Pero cuando demostramos que nuestras tesis tácticas apenas toleran de manera excepcional el frente único *desde arriba*, es decir, siguiendo el típico método de hacer propuestas a los jefes de otros partidos (únicamente a los llamados partidos obreros, pues es inaudito hacer este tipo de propuestas a partidos oficialmente defensores del orden *burgués*), ¿sabéis lo que nos responden? Vuestro error, ¡oh, izquierdistas!, es considerar la propuesta de Antiparlamento como una aplicación de la táctica del frente único. ¡Es un malentendido! ¿Pero entonces qué clase de táctica es ésta, que no está prevista en ninguna resolución, en ningún Congreso, y se ha improvisado de golpe? También improvisan tesis que nunca son discutidas ni

votadas, pues, ¿para qué se van a discutir, si hasta los que ignoran nuestros principios saben que el deber del partido comunista es maniobrar para que no salga elegido Hindenburg, o para que Poincaré no gane las elecciones? No estamos tratando de identificar ambas situaciones, ambos procesos, sino de definir el problema, y negamos que pueda resolverse mediante semejante relajamiento en los métodos de acción. El partido comunista no puede dedicar su actividad a perseguir cualquier objetivo contingente, ni puede emplear cualquier medio, por más que se acepten las tesis comunistas acerca de la dictadura del proletariado y la insurrección, eso sí, de manera meramente abstracta y teórica. El oportunismo también triunfó empleando métodos perniciosos mientras al mismo tiempo aseguraba que sólo eran operaciones contingentes y transitorias y que no renunciaban al objetivo socialista y el triunfo de la revolución. No se trata de sospechar de los dirigentes del movimiento, como en los partidos revisionistas, sino de establecer de común acuerdo unas garantías para que nuestra acción conjunta no resbale por la pendiente de estos viejos y tremendos errores. Nosotros nos preguntamos qué nos garantiza que una táctica tan parecida a la posibilista en su aspecto y en muchos de sus argumentos no vaya a tomar una dirección y un desarrollo diametralmente opuestos. Como ni vemos ni creemos que exista semejante garantía, solicitamos expresamente que se abandonen

estas maniobras y estas acciones tácticas, que conducen al proletariado por una vía que no es la de los fines comunistas.

Una vez establecidos y delineados sumariamente nuestros desacuerdos, inexistentes en lo que respecta a la doctrina y el programa de la Internacional, de Marx y de Lenin; desacuerdos que se limitan a los métodos tácticos defendidos por Lenin; desacuerdos graves a causa de la degeneración (que no es marxista ni leninista) a la que parece prestarse hoy la táctica adoptada por los dirigentes de la Internacional, esperamos que nuestros argumentos no sean acogidos con el acostumbrado griterío, que no nos acusen de desconfiar del oportunismo de la Internacional Comunista y que no nos digan que por ello merecemos que nos *crucifiquen*. Esperamos que nos demuestren seriamente qué garantías hay de que estas maniobras estratégicas experimentales, como el gobierno obrero, no nos conduzcan al oportunismo. Para nosotros no existen. Es necesario condenar y abandonar estos métodos. Cuando la situación no permite luchar por el poder, el partido comunista no reduce sus tareas políticas ni su actividad ni se convierte en una escuela de propaganda. En esta fase de retirada, la actitud que adopte públicamente el partido en el desarrollo de la lucha influirá en su posterior éxito o fracaso, durante el futuro período de reanudación, en la victoria o en la

derrota frente a las complejas resistencias contrarrevolucionarias. La situación italiana muestra de manera bastante clara las posibilidades que ofrecen estos periodos. Ante un poder invencible se podía hacer mucho, pero se ha hecho muy poco.

Amadeo Bordiga.

LA POLÍTICA DE LA INTERNACIONAL

L'Unità (15/10/1925)

Nápoles, 21 de septiembre de 1925.

Para exponer adecuadamente nuestras críticas al *trabajo de dirección* llevado a cabo por la Internacional Comunista de unos años a esta parte, me centraré casi exclusivamente en las vicisitudes de su política en Alemania, pues ésta nos permite exponer de manera concreta nuestro punto de vista y además representa la parte central y más importante de la actividad comunista internacional.

Remontémonos al IV Congreso (diciembre de 1922), a la discusión sobre la táctica y el gobierno obrero. Como se sabe, nosotros afirmamos que los posteriores reveses en Alemania están relacionados principalmente con las soluciones incorrectas que se han dado en los Congresos al problema de las directrices políticas fundamentales, así como con el trabajo de los órganos directivos de la Komintern. El trabajo político de ésta se basa en los criterios de un momentáneo equilibrio congresual entre los grupos dirigentes de los partidos y, digámoslo así, de las maniobras internas de tipo parlamentario, en lugar de basarse en el criterio que a nosotros nos parece vital para el partido

revolucionario: desplegar un trabajo político que constituya la negación dialéctica de los métodos y hábitos del politiquero burgués.

Ante estas graves deducciones críticas lo mejor es ir al grano y exponer los argumentos. Tanto más en la medida en que nuestro rechazo a imitar la técnica parlamentaria y la diplomacia burguesa no parte de apreciaciones apriorísticas ni de repugnancias puritanas, sino de un intento de situarnos en un terreno plenamente realista y marxista, el de la adecuación de los medios al fin revolucionario que perseguimos.

LA CUESTIÓN TÁCTICA EN EL IV CONGRESO

El autor de estas líneas tomó la palabra para hablar del informe del camarada Zinoviev, poniendo de relieve las dudas imperantes sobre la naturaleza de la táctica del gobierno obrero. En el Ejecutivo Ampliado de junio de 1922, como he recordado tantas veces, el gobierno obrero había quedado definido como sinónimo de la dictadura proletaria y de la movilización revolucionaria de las masas. Si todo hubiera quedado ahí, no habríamos tenido razones para oponernos, pero yo me preguntaba acerca de la posibilidad de que surgieran interpretaciones más *derechistas*, vías intermedias y distintas entre el poder burgués y la

dictadura proletaria, auténticas maniobras políticas en el terreno parlamentario.

Me veo obligado a reproducir aquí textualmente lo que dije sobre Alemania (resumen estenográfico oficial, Boletín n° 4, página 15 de la edición francesa): *«En Alemania, por ejemplo, vemos que en el movimiento de los Consejos de fábrica se plantea el problema del control de la producción en vísperas de una crisis industrial general. Hay una cierta analogía con la situación italiana de septiembre de 1920, que precedió a una gran derrota proletaria. Si se produjese un hecho revolucionario semejante, el Partido Comunista Alemán debe estar preparado para vérselas con todas las tendencias oportunistas sin excepción y para no dar el más mínimo apoyo a esta consigna del control. Si el Partido Comunista no actúa de manera autónoma en ese momento, podría desarrollarse una situación contrarrevolucionaria, que terminará desembocando en un gobierno en el que un fascismo alemán contará con la colaboración de los traidores socialdemócratas».*

También anuncié que la mayoría de la delegación italiana iba a presentar un proyecto de tesis sobre la táctica distinto al de Zinoviev, señalando el desacuerdo que existía a la hora de interpretar el gobierno obrero y el frente único, que en dicho proyecto no se concebían como una coalición con partidos socialdemócratas, sino

como una movilización de las masas para que la acción independiente del PC pudiera conquistarlas.

Inmediatamente después de mi discurso hicieron hablar al camarada Graziadei. Digo *hicieron*, porque le separaban de mi dieciséis puestos en el turno de palabra. Graziadei, centrándose sobre todo en la cuestión italiana, a la que yo de hecho no me había referido en absoluto, entre otras cosas dijo textualmente (obra citada, página 19): «*Yo nunca he compartido la opinión del compañero Zinoviev, que por lo que parece considera el gobierno obrero sobre todo como sinónimo de dictadura proletaria. Me alegro de que él y el Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional hayan modificado esta concepción*». Y más adelante: «*Históricamente el gobierno obrero puede ser una etapa real entre el gobierno burgués, socialdemócrata incluso, y la dictadura del proletariado. Y en este caso bien puede suceder que este gobierno adquiera formas parlamentarias*». Semejantes declaraciones, que constituían la respuesta oficial a mis herejías, tenían indudablemente el mérito de ser claras.

Pero esta claridad estuvo ausente en la discusión posterior, en la que Radek defendió explícitamente la fórmula de Graziadei mientras Zinoviev y Bujarin trataban de atenuarla. Si este desacuerdo se hubiese *destripado* resueltamente en aquel entonces hasta dar

con la línea correcta para los trabajadores, los partidos comunistas y el centro dirigente de la Internacional, como debería suceder en las discusiones abiertas entre buenos revolucionarios, la cuestión de la responsabilidad por todo lo que ha sucedido en Alemania no se habría planteado luego de manera tan turbia. Es más, si el trabajo de dirección de la Internacional no hubiese adoptado estos métodos erróneos, los propios acontecimientos podrían haber seguido un giro distinto y menos desfavorable. De hecho, el problema que eclipsaba esta vital clarificación parecía ser interno: había que lograr la acostumbrada unanimidad en las votaciones mediante una fórmula que dejara a todos contentos, sin concretar nada. Fuimos los únicos en quedarnos fuera de dicha unanimidad, convirtiéndonos en el blanco de una serie de severos y violentos discursos, como es habitual. En un momento dado, cuando yo estaba hablando de la disensión entre Radek y Zinoviev, me interrumpieron con la noticia de que habían llegado a un acuerdo (lo cual era justo lo contrario de lo que reflejaban las actas del Congreso). Y en realidad colaboraron en la compilación de la tesis. De hecho, prevaleció el compuesto químico de la solución Radek y no el de Zinoviev, quien sin embargo continuó sosteniendo, frente a nuestro infantilismo corto de miras, que él no había cambiado de parecer sobre dicho punto, que por otra parte estaba clarísimo desde el punto de vista de la táctica o de esa supertáctica que hoy

llaman leninista o bolchevique.

En efecto, la tesis dice así (Boletín n° 32, pág. 15): «*Un gobierno obrero surgido de una combinación parlamentaria, de origen puramente parlamentario, pues, puede incluso [subrayado en el texto] favorecer la reanimación del movimiento obrero revolucionario*». Es cierto que luego se afirma que esto debe desembocar en «*una lucha más encarnizada y eventualmente [¡sic!] en la guerra civil contra la burguesía*». Y más adelante: «*En ciertas circunstancias, los comunistas deben estar dispuestos a formar un gobierno con partidos y organizaciones obreras no comunistas*». Estas normas de acción tan escabrosas y faltas de solidez vinieron acompañadas, siguiendo la costumbre (no lo llamaré estratagema) del camarada Zinoviev, de una disertación narrativa y descriptiva sobre los cinco tipos de gobierno obrero posibles. El epígrafe precedente, que trataba del frente único, estaba ciertamente más a la *izquierda*, pues al no ser objeto de todas esas componendas preparatorias en la Comisión y en la subcomisión su formulación era más parecida a la primera redacción del relator. Lo curioso es que dicho epígrafe rechazaba la concepción del frente único como combinación parlamentaria, mientras el del gobierno obrero, cuyos pasajes esenciales hemos expuesto, retomaba la afirmación graziadeiana: el gobierno obrero es la consecuencia inevitable de toda la táctica del frente

único.

Toda esta *cocina* evidentemente tiene poco que ver con la necesidad de establecer una guía para la difícil acción del movimiento comunista mundial, y sólo puede justificarla quien piense que las resoluciones de los Congresos no sirven para nada. Pero entonces más nos valdría no celebrar Congresos, y así no habría razones para clamar contra quien no transige con todas sus deliberaciones.

OCTUBRE DE 1923 EN ALEMANIA. EL PENSAMIENTO DE TROTSKY

En la discusión del IV Congreso algunos de los más ortodoxos y geniales intérpretes de esta *verdadera* táctica estaban en primera fila. Nos referimos a los dirigentes del partido alemán, Brandler y Thalheimer, que apoyaban ese acuerdo Radek-Zinoviev del que ya hemos hablado.

No obstante, los acontecimientos terminaron desmoronando esa topografía parlamentaria. En 1923 se presentó una situación excepcionalmente favorable para el Partido Comunista en Alemania, pero, según la opinión unánime del V Congreso, el partido no supo aprovecharla y siguió una táctica que si no condujo a la

derrota fue porque ni siquiera se llegó a presentar batalla. La polémica sobre la responsabilidad de este error aún no se ha cerrado. Según Radek, Brandler, Thalheimer y los derechistas alemanes, la lucha era imposible y la dirección del Partido alemán no cometió ningún error, pues aplicó la táctica del frente único y del gobierno obrero según las tesis del IV Congreso y las disposiciones del Ejecutivo de la Internacional. Según la izquierda del Partido alemán, que venció clamorosamente en el Congreso de Frankfurt celebrado antes del V Congreso (los representantes de la izquierda, no obstante, apoyaron la solución dada en el IV Congreso a la cuestión táctica), la dirección del partido había fracasado en su función, dirigiendo la política del partido con espíritu socialdemócrata e ilusionándose con aliarse con la izquierda socialdemócrata y penetrar pacíficamente en el poder burgués en Turingia y Sajonia, donde como se sabe participaron en el gobierno tres ministros comunistas. Así pues, desaprovecharon la ocasión de llamar a las masas a la lucha. Según la actitud oficial adoptada por Zinoviev y el Comité Ejecutivo de la Komintern, los dirigentes alemanes y, junto a ellos, Radek, eran los culpables del fracaso al no haber aplicado la táctica ni seguido las órdenes de la Internacional, cuya política, definida en el IV Congreso, se había ejecutado mal, sobre todo por parte de los camaradas que entraron en el gobierno de Sajonia.

En el V Congreso nosotros dijimos que los dirigentes alemanes eran responsables del fracaso, pero también todos aquellos que habían aprobado y deliberado la táctica *graziadeiana* en el IV Congreso, una táctica que había fracasado no porque no se hubiese sabido aplicar en ese caso específico, sino porque era una táctica equivocada que constituía una desviación de la línea revolucionaria.

El camarada Trotsky no acudió al V Congreso. Recientemente hemos visto en *L'Unità* un amplio escrito del compañero Kunsinen en el que insistentemente intenta demostrar que la táctica que siguió la Internacional en octubre de 1923 en Alemania sólo fue criticada por Trotsky mucho tiempo después, y que en aquel momento estaba de acuerdo no sólo con las decisiones del Ejecutivo, sino también con la decisión del Comité Central de Brandler de no dar la señal para el inicio de la lucha. Solamente Trotsky puede aclarar esta aparente contradicción, y no está bien aprovecharse del silencio que guarda tras haber publicado esa formidable crítica contenida en su obra *1917*. Yo no puedo sustituirle en este aspecto. Pero sí puedo señalar una cosa: Kunsinen se refiere a una reunión del Ejecutivo celebrada en enero de 1924, y dice: «*Es verdad que el camarada Trotsky no asistió personalmente a estas reuniones*». Así pues, no se trata de unas declaraciones de Trotsky, sino de unas tesis

presentadas por Radek que supuestamente han contado con la colaboración de Trotsky. Ahora bien, las tesis pueden prepararse de muchas formas.

La frase más escandalosa parece ser ésta: «*Si el partido hubiese desencadenado la insurrección, como proponían los camaradas de la organización de Berlín, se habría roto en pedazos*». Nadie puede afirmar que Trotsky asume la paternidad de semejante frase. Por mi parte, pienso que los camaradas de Berlín no hicieron todo lo que se debe hacer para lanzar un posterior llamamiento a la lucha, y los dirigentes de la Internacional menos aún. No me refiero a los obreros comunistas berlineses, sino a sus delegados en el IV Congreso, incluida Ruth Fischer. Deberían haberse opuesto entonces a esa ambigüedad, a esa peligrosa formulación de las tesis y también a la unanimidad de los dirigentes alemanes de derecha, parte integrante de la unanimidad congresual. Después de la orientación que prevaleció en el IV Congreso, después de la experiencia de la *combinación parlamentaria* en Sajonia, después de todos estos precedentes desfavorables, desde la perspectiva de la Izquierda la insurrección no se había preparado convenientemente y podía fracasar. El éxito de la revolución no depende de una decisión que se toma en cinco minutos.

La *mise à point*⁵² de estas supuestas contradicciones que ha revelado Kunsinen sólo la puede llevar a cabo el propio Trotsky, y no aquellos que para defender su reputación se apresuran a poner palos en las ruedas de Radek u otros, como es costumbre actualmente. Puedo asegurar que todo lo que he expuesto hasta ahora coincide con el pensamiento de León Trotsky, pues en una conversación personal que mantuve con él en la época del IV Congreso me hizo una interesante exposición del desarrollo de los acontecimientos en Alemania y de las propuestas de acción táctica que él llevaba haciendo desde la primavera.

Según Trotsky, la perspectiva revolucionaria se veía venir desde hacía muchos meses y, reproduciendo su sugestiva frase, había que *fixar la fecha de la insurrección*. ¿Qué significado marxista y leninista tiene el hecho de fijar una fecha para una revolución? Trotsky me lo explicó, y la posterior lectura de sus *Lecciones de Octubre* (he dicho mal, la lectura de las acerbadas críticas que se difundieron entre nosotros varios meses antes de que apareciera el texto trotskiano) me lo aclaró aún más. El partido debe anticiparse al desarrollo de la situación decisiva, que conduce a las masas al choque revolucionario, y conforme va madurando dicha

⁵² Explicación, aclaración. En francés en el original.

situación, con más fuerza hay que tomar la iniciativa. Según Trotsky, a principios de 1924 (así lo manifestó en los primeros meses del año a petición de la compañera Zetkin, y posteriormente siguió defendiendo su *proyecto*; he aquí las declaraciones de este hombre, al que ciertamente no considero infalible, si bien creo firmemente que está muy por encima de esas chapuzas y expedientes polémicos que están tan de moda) aún se podía trazar el desarrollo progresivo de la acción del Partido de esta forma: unas cuantas semanas de enérgica e impulsiva agitación bajo la consigna «constituyamos los Soviets», otras tantas semanas bajo la consigna «todo el poder a los Soviets», y unas semanas después lanzar la señal de la insurrección para tomar el poder. Se entiende que la fecha culminante de la lucha podía anticiparse o postergarse en el curso de la campaña, dependiendo del éxito logrado durante las primeras fases. En todo este período había que estar absolutamente convencidos de *lo que iba a suceder*, y prepararnos para ello atrevidamente. Tengo que decir que Trotsky no excluía de hecho la posibilidad de emplear en el curso de esta maniobra medios tácticos como el gobierno obrero, que me reprochaba no aceptar. Según me dijo textualmente, él concebía esto como una propuesta que había que lanzar a las masas bajo la forma de urgente *ultimátum* a la socialdemocracia. En veinticuatro horas había que plantear la alternativa: o con nosotros o contra nosotros, y prepararse para la

eventual necesidad de marchar también contra la socialdemocracia. Yo reafirmé entonces y sigo reafirmando ahora mi opinión de que semejante táctica no es realizable, que hay muchas probabilidades de que nos lleve a un octubre a la alemana y no a la rusa, y que su aceptación compromete directamente la difícil preparación del Partido, como masa y estado mayor, y la formidable capacidad de iniciativa revolucionaria que según la propia perspectiva de Trotsky caracteriza la preparación para la revolución.

Mientras me explicaba su *planteamiento*, Trotsky me exponía lo contradictorias y vacilantes que eran las órdenes dadas por el centro internacional al Partido alemán. Se fijó una fecha, mes y día, para una *jornada antifascista*, pero con demasiada antelación, imponiéndosela al partido y sin aclarar (siguiendo las costumbres habituales) si se trataba de una manifestación política o de la apertura de la guerra civil. Se toleró que la táctica del frente único se convirtiera en una serie interminable de negociaciones y postergación de las decisiones con los socialistas, lo que desorientó y cansó a las masas. La ausencia de la orden de lucha fue la consecuencia inevitable de una errónea evaluación de la situación y una mala preparación. De hecho, los días en los que la *temperatura* de las masas era más alta, el Partido no estaba preparado para dirigirlas a la victoria, y si hubiera acudido a la lucha no habría podido evitar

el desastre. Trotsky era perfectamente consciente de que, una vez pasado el momento de tensión, el hecho de no haber luchado y no haber sabido preparar la lucha hacía prever un inevitable retroceso de la influencia del Partido. Por eso le llamaron derechista y pesimista.

LA CUESTIÓN ALEMANA EN EL V CONGRESO

Los dirigentes de la izquierda del Partido alemán, sobre todo Ruth Fischer y Maslow, consideraban este error y sus enseñanzas desde un punto de vista erróneo. Deberían haber interpretado la amarga desilusión de los trabajadores revolucionarios de Alemania mediante una crítica que atacase no sólo a los dirigentes accidentales del Partido, sino también al método que la Internacional le había obligado a adoptar. Por el contrario, consideraron (y no digo esto para que los habituales calumniadores lo traduzcan a su estrecho y personal lenguaje) que había que sustituir a los viejos dirigentes del Partido. Y como para ello necesitaban el consenso del Ejecutivo de la Internacional, decidieron poner sordina a sus críticas a este Ejecutivo. En el V Congreso, los dirigentes de la izquierda alemana se presentaron como aliados de Zinoviev, convirtiendo a Brandler y Cía. en los únicos chivos expiatorios y lanzándose contra el *pesimista* Trotsky, sustituyendo la crítica

marxista y revolucionaria por esa banal afirmación de que, ahora que la dirección había pasado a los *izquierdistas*, todo estaba resuelto y todo marcharía mejor en el partido alemán. Para apoyar esta tesis argumentaban que en las elecciones de 1924, posteriores a la derrota de octubre, se había logrado un gran éxito. Pero Trotsky sabe que las derrotas de la acción de masas del partido casi siempre vienen seguidas de aparentes éxitos electorales, que reflejan la reacción y el reflujó del estado de ánimo de las masas proletarias, que manifiestan así su desilusión por la victoria no alcanzada. Sin embargo, esto no repara el daño sufrido. Defendiendo estas consideraciones de Trotsky yo le cité un ejemplo a modo de confirmación: el de las elecciones italianas de 1921, en las que los partidos *proletarios* lograron mejores resultados que el Partido Socialista en 1919, si bien ya desde finales de 1920 íbamos hacia una situación contrarrevolucionaria (hace tiempo que sostengo que es una estupidez considerar que lo que distingue a la izquierda de la derecha es que la primera es optimista y la segunda pesimista en lo que respecta a la proximidad de la revolución).

Los jefes de la izquierda alemana no supieron traducir la experiencia de la amarga desilusión del partido que ellos representaban y llevarla de una pieza al debate internacional. En el V Congreso practicaron la diplomacia y las maniobras, nada más. En las

secretísimas reuniones de la delegación alemana nunca trascendía oficialmente el abierto desacuerdo entre los extremistas, compuestos por los obreros de Berlín, Hamburgo y la cuenca del Ruhr, y las continuas concesiones de Fischer, que se desviaban claramente de las instrucciones y mandatos que el partido había dado a la delegación, escritos por el entonces encarcelado Maslow, muchas de cuyas afirmaciones se acercaban a nuestra crítica de las tesis de Zinoviev.

Mediante coloquios y acuerdos ajenos al desarrollo del Congreso, se desvió la violenta reacción con la que los camaradas alemanes acogieron la propuesta de unidad sindical internacional, la bomba del V Congreso. Se aceptó voluntariamente descargar dos o tres discursos contra la réproba izquierda italiana. Finalmente, el Ejecutivo de la Internacional y la izquierda alemana alcanzaron un completo acuerdo sobre las nuevas tesis tácticas y todo lo demás, incluida la excomunión de Trotsky en lo referente a la cuestión rusa. Entretanto, Zinoviev, negando de nuevo las contradicciones con su postura en el IV Congreso, declaraba solemnemente que en el V Congreso la Internacional había efectuado un *giro a la izquierda*,

Los posteriores acontecimientos terminarán demostrando el valor que tienen las *sagradas* conclusiones del V Congreso: el giro a la izquierda, la

interpretación rectificada de la táctica del frente único y del gobierno obrero y la confianza sin reservas concedida al grupo Fischer-Maslow, ortodoxo, disciplinado, verdadero interprete de la táctica leninista, justo censor y crítico de las bestialidades de la izquierda italiana. No podemos dejar de subrayar que, para perpetuar el equívoco, mientras nos acusaban de que nuestra actitud hacía el juego a Radek y Brandler, se preparaban resoluciones que como de costumbre estos votaban en pleno, sumándose a la unanimidad triunfante. Pero entonces, dirán algunos, ¿según vosotros, en los Congresos comunistas debe haber siempre, por principio, lucha y desacuerdo abierto y violento, sin posibilidad de llegar a una solución común? Respondemos inmediatamente que lo ideal sería que la unanimidad se lograra a través del estudio y planteando los problemas de una manera objetiva y mejor, y que la unanimidad artificial es mucho más dañina que el desacuerdo abierto en el Congreso, que siempre se supera mediante la disciplina ejecutiva. Y los propios hechos se han encargado de demostrar que se trataba precisamente de unanimidad artificial: los fracasos de la táctica aprobada con tanto entusiasmo, la excomunión de aquellos que se presentaban como los pioneros más dignos de confianza y la progresiva destitución de unos grupos de dirigentes cuya solidaridad y disciplina hacía las *infalibles* directrices de la Internacional antes tanto se alababa.

Las tesis sobre la táctica del V Congreso están muy a la *izquierda*, comparadas con las del IV. Pero yo no me arrepiento de haberlas combatido. No me arrepiento de no haber exigido, a cambio del voto de la izquierda italiana, que se introdujera alguna otra frasecilla *más a la izquierda*. Los acontecimientos se han desarrollado como se han desarrollado, confirmando (en exceso) las razones de nuestra desconfianza respecto al modo de trabajar en la Internacional y en sus Congresos.

El epígrafe sobre el frente único es durísimo. Ninguna coalición, nada de rebajarnos al nivel de los obreros socialdemócratas, hay que luchar para arruinar a la socialdemocracia, a la que se considera el *tercer partido burgués*, se denuncia el peligro oportunista que conlleva aplicar mal la táctica del frente único, etc. En cuanto al gobierno obrero, la tesis de Graziadei terminó triturada: *dos veces mordió el polvo, dos veces volvió a los altares...* El texto de las tesis dice (*Correspondencia Internacional*, Ed. francesa, n° 61, 2 de septiembre de 1924): «*La consigna del gobierno obrero y campesino para los comunistas no es, en ningún caso, una táctica de acuerdos y de transacciones parlamentarias con los socialdemócratas*». Y un poco más arriba: «*La consigna del gobierno obrero y campesino, para la Internacional Comunista, se traduce en el lenguaje popular, en el lenguaje de la revolución, como dictadura del*

proletariado». El lector no tiene más que comparar esto con lo que decía el citado párrafo del Congreso precedente para apreciar la rectificación en toda su amplitud. Sin embargo, esto no es suficiente para nuestro obstinado *izquierdismo*... Nosotros pedimos un funeral de tercera clase para esa consigna, para la propia expresión *gobierno obrero*. Y tenemos razón al pedirlo, pues, como se ha visto, las precedentes declaraciones, que supuestamente evitaban o trataban de evitar este peligro (junio de 1922), demostraron su completa ineficacia. Y lo que ha sucedido luego nos ha terminado dando la razón todavía más.

El grupo Fischer-Maslow, en cambio, volvía a Alemania entusiasmado para anunciar a la turba que el V Congreso había dado un paso gigantesco hacia la izquierda.

OTRO EPISODIO DEL V CONGRESO

No estaría mal ilustrar otro episodio al que se refiere una afirmación muy arriesgada pronunciada durante esta discusión, a saber, que nosotros, la Izquierda italiana, nos sumamos en el V Congreso a la condena de la oposición trotskista en la *cuestión rusa*. Aunque esto fuese cierto, seguiríamos teniendo derecho a solidarizarnos con las críticas de Trotsky a la política

internacional, expuestas posteriormente en sus *Lecciones de Octubre*. Pero las cosas ocurrieron de otro modo. Antes del V Congreso, nuestro Partido aún no se había pronunciado sobre las divergencias surgidas entre Trotsky y el Comité Central del Partido ruso a propósito de la vida interna del Partido y los problemas de la vida económica en la república de los Soviets. La delegación debía pronunciarse. Pero se vio obligada a constatar *unánimemente* que el Congreso no disponía de los elementos necesarios para hacer una valoración seria y razonada. El amplio informe de Rykov, en ruso, no se tradujo oralmente, y se distribuyó por escrito con gran retraso. Trotsky y los suyos no intervinieron en la discusión, considerando que el XIII Congreso del PCR ya la había cerrado. No hubo debate. No se reunió la comisión. Tan solo se reunió una pequeña comisión de cinco miembros, entre los que estaba yo, literalmente justo antes de la clausura del Congreso.

En la reunión de nuestra delegación *nadie* se pronunció a favor de la condena a León Trotsky. Muchos declararon que no podían pronunciarse. Algunos de nosotros, la Izquierda, aportamos argumentos que apoyaban las críticas de Trotsky en contra la represión de la discusión interna en el Partido ruso. Se propuso dejar la responsabilidad de la decisión al Partido ruso y que el Congreso votara simple y llanamente a título consultivo la moción del Partido

ruso. Yo preparé una declaración en este sentido para incluirla en las actas de la pequeña comisión rusa, pero en el último momento a los centristas esto les pareció un paso demasiado arriesgado, y me limité a hacer la declaración en nombre de la Izquierda. Todo ello sin que la delegación modificara su actitud neutral. Después de esto, es cierto que en la última sesión del Congreso todos votamos la resolución contra la oposición, pero esto no es sorprendente, si tenemos en cuenta que en pocas horas se votaron todas las resoluciones sobre todos los puntos del orden del día y que mientras el Congreso trabajaba tan apresuradamente a quien no fuese ponente le era difícil tomar la palabra y saltarse los mecánicos procedimientos de la sesión. Nosotros, la Izquierda, pensamos que hicimos bien en votar en contra de la resolución de la mayoría en la discusión política central, y en pronunciarnos no pocas veces sobre la táctica y los otros puntos del orden del día. Votamos materialmente la resolución rusa, como hicimos con tantas otras que no compartíamos totalmente: *la resolución rusa la votó precisamente toda la delegación italiana, aunque no la compartía*. Tanto es así que en la posterior discusión del Ejecutivo Ampliado todos los italianos se opusieron a la expulsión del trotskista Souvarine, para gran escándalo de la mayoría.

En todas estas cuestiones que me he visto obligado a concretar, quedó patente que no

aprobábamos la manera de trabajar de los órganos de la Komintern. No se debe pensar que lo lógico y posible es romper con este método a través de una oposición aún más obstinada e irreductible de la que se suele acusar a quien esto escribe: no se trata de una reacción moral ni de dar ejemplo de un exagerado coraje personal para compensar su ausencia general entre los representantes del Congreso. No es extraño, pues, que también nosotros nos hayamos visto obligados a votar en contra de nuestras propias opiniones. El mal está en el sistema, que es necesario eliminar no ya mediante un distinto código de conducta personal por parte de los camaradas, sino mediante un planteamiento distinto de toda la actividad colectiva y orgánica de los partidos y de la Internacional.

DESPUÉS DEL V CONGRESO. LA «NUEVA TÁCTICA»

Entre el 21 de marzo y el 3 de abril del año en curso se reunió en Moscú el Comité Ejecutivo Ampliado de la Internacional. Desde el punto de vista formal la línea política del V Congreso se ha visto totalmente confirmada. En lo que respecta a Alemania, la resolución principal, aun revelando no pocas deficiencias en el trabajo del Partido, que no ha

liquidado todavía sus errores de izquierda en la cuestión sindical (nos referimos al escisionismo sindical que por nuestra parte siempre hemos combatido duramente), ratifica la norma: *«propaganda de la consigna del gobierno obrero y campesino según la interpretación del V Congreso, o sea, en el sentido revolucionario que excluye toda interpretación oportunista»*.

Pero el 4 de abril, Zinoviev pronuncia un importante discurso. Primero se detiene en la cuestión de la estabilización del capitalismo, se queja de las exageradas interpretaciones de su pensamiento y reafirma que según la Internacional Comunista estamos en la era de la revolución mundial que se abrió en 1917. Luego el presidente de la Internacional pronuncia unas palabras sintomáticas a propósito de las elecciones presidenciales alemanas, que en el primer escrutinio señalaban una sensible recuperación de las fuerzas del Partido Comunista. Zinoviev dice que se han cometido errores y critica a aquellos camaradas que afirman que al proletariado le es indiferente que haya una república o una monarquía. Desde el punto de vista marxista la cuestión no se plantea así. Zinoviev tiene razón: pero ¿acaso él se plantea la cuestión de un modo marxista? No lo parece, sobre todo viendo las soluciones que esboza. Se empiezan a seguir fórmulas inciertas y contradictorias que a veces, de golpe, ponen en cuestión unas tesis que parecían claras, evidentes y estables.

Tenemos nuevos ejemplos de esta forma de resolver las cuestiones, los cuales obligan al auténtico y viejo militante marxista a preguntarse: pero, ¿cuál es pues el verdadero motivo por el que se debe *actuar así*?

Escuchad lo que dice Zinoviev (*Correspondencia Internacional*, n° 43, del 25 de mayo de 1925): «*Para la lucha de clase del proletariado, la república burguesa es un terreno mucho más favorable que la monarquía. Naturalmente, no ya porque la república tienda a la paz civil, sino porque esta forma de gobierno pone de relieve el carácter de clase de la burguesía más claramente*». Pero entonces, ¿qué deben hacer los comunistas alemanes? Nada se dice. Pero si la república es la forma burguesa más clara, nosotros pensamos que entonces los comunistas alemanes deberían lanzar contra quienes la defienden a las fuerzas revolucionarias del proletariado de manera aún más radical. En cambio, vemos que esto no ocurre. Ni siquiera a Zinoviev (que a diferencia de muchos de los que dicen ser sus defensores *sabe qué es* el marxismo) le convence la tesis de que el régimen más republicano y liberal facilita la acción proletaria, pues es menos reaccionario y represivo. Tesis de la que tradicionalmente ha surgido la teoría y la práctica socialdemócrata. Zinoviev define las diferencias que existen entre el régimen monárquico y republicano con una fórmula correcta, pero se equivoca a la hora de extraer las consecuencias tácticas, las cuales

él ya había decidido de antemano.

Atengámonos a los hechos y los documentos. En la segunda vuelta de las elecciones los comunistas alemanes mantienen la candidatura de Thälmann, que obtiene 60.000 votos más, pero el mariscal Hindenburg consigue hacerse con la presidencia de la república, superando claramente al candidato republicano burgués, Marx. Sobre los comunistas alemanes llueve una tempestad de recriminaciones, la izquierda burguesa y socialdemócrata se comporta como si los revolucionarios hubiesen firmado un contrato con ella, comprometiéndose a defenderla cuando la derecha se disponga a barrerla. Aceptar esta extorsión significa admitir que el comunismo no es más que un subproducto de la democracia, tesis digna de la escuela de Treves y Turati. A nosotros, en cambio, siempre nos ha parecido que, ante semejante pretensiones, un fecundísimo medio de preparación y clarificación revolucionaria consiste clásicamente en mantener una actitud política que además de distinguir a *nuestra* propia manera entre república y monarquía, entre liberalismo y patíbulo burgués, restriegue en la cara a los demócratas y socialdemócratas sus propias pretensiones, invitando a los trabajadores a no derramar ninguna lágrima por su derrota.

No obstante, pocas horas después de ser elegido

Hindenburg, el Comité Central del Partido alemán, de izquierda, se reunió para declarar que se había equivocado al subestimar el posible *peligro monárquico*. Convoca al Consejo nacional del partido, que confirma esta valoración, aunque se forma una fuerte minoría que lanza la alarma contra el repliegue del Comité Ejecutivo de la Internacional y del Centro alemán sobre posiciones dignas de Brandler y Cía.

En el n° 54 de la mencionada *Correspondencia Internacional* podemos leer la resolución del Consejo nacional. Como poco es confusa, pero es que además contiene gravísimas concesiones en materia de táctica que aquí no vamos a criticar, pues lo que pretendemos sobre todo es poner de relieve que actualmente las resoluciones de los congresos no constituyen ninguna garantía, por muy izquierdistas que parezcan, dado que se prosigue con una táctica que es más que de derechas: *«Debemos demostrar que la democracia burguesa no permite la transición al socialismo y no ofrece ninguna garantía contra la reacción [hasta aquí bien]. Nosotros también debemos exponer que facilita la lucha de clases más que un gobierno monárquico absolutista, permitiendo que los problemas de clase se planteen más abiertamente, haciendo la vida política más accesible a las masas, facilitando las luchas internas entre los diversos estratos de la burguesía, contribuyendo así a fortificar al proletariado, a condición de que éste sepa*

sacar provecho de semejante situación». ¿Y cuáles son las consecuencias de esta contradictoria forma de plantear este viejo problema, siempre nuevo? Helas aquí: «En las elecciones presidenciales... deberíamos haber maniobrado siguiendo las propuestas de la delegación alemana y de la Internacional Comunista. Deberíamos haber conducido a la clase obrera alemana, haciendo un bloque en base a un programa de mínimos, republicano, con los verdaderos partidarios de la república [¡sic, sic, sic, sic!], uniéndonos en torno al nombre de un candidato republicano militante en la lucha contra la reacción». Así se habría desenmascarado a la socialdemocracia, según dice la resolución. La propuesta de la Komintern era que ésta no retirase a su candidato, Braun, al que votarían los comunistas, que a su vez retirarían la candidatura de Thälmann. Pero si el objetivo era: a) desenmascarar a la socialdemocracia; y b) evitar el peligro de la victoria monárquica, entonces está claro que los socialdemócratas, con las cifras en la mano, habrían dicho que para batir a Hindenburg no bastaban los votos de Braun y los de Thälmann, que era necesario formar el bloque incluso con las fuerzas del demócrata burgués y católico Marx. La consecuencia de la política sugerida por la Internacional, pues, era el apoyo de los comunistas a una candidatura burguesa, o al menos el voto conjunto de comunistas, socialdemócratas y demócratas burgueses a una candidatura, pongamos la

de Braun. Es cierto que los demócratas probablemente habrían rechazado un acuerdo semejante con la participación de los comunistas, pero nosotros debemos tener en cuenta los efectos que estas propuestas de maniobras tácticas tienen en las masas. Y no hay por qué escandalizarse cuando nosotros señalamos las inevitables consecuencias que tiene la formación de un bloque con Marx, pues según nuestra firme opinión y la propia declaración formal (en las tesis) del Ejecutivo Ampliado, la socialdemocracia no es más que el tercer partido burgués.

El documento que estamos examinando, otro que se incluye en el n° 62 de la mencionada *Correspondencia Internacional*: «Resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista después del Consejo nacional del PCA», y otro más publicado en el n° 69: «Mensaje del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista al X Congreso del PCA» (creo que fue publicado en *L'Unità*), confirman esta nueva táctica y añaden que es totalmente admisible que, en ciertas situaciones parlamentarias, los comunistas *no derroquen* e incluso *apoyen* a los gobiernos socialdemócratas, o incluso a gobiernos de izquierda burguesa, siempre que sea para evitar el triunfo de los monárquicos. Es verdad que se habla de poner algunas condiciones. Pero esto agrava el asunto: ya no se trata solamente de una actitud *negativa*, sino de abrir

negociaciones, o al menos de hacer propuestas a dichos partidos burgueses.

Ante las críticas de la izquierda del PCA, estos documentos intentan establecer una clara distinción entre semejante *maniobra bolchevique* y el vulgar posibilismo oportunista tipo *bloque de izquierdas* francés. No entro a criticar de esta difícil distinción que tan pocas garantías ofrece, porque aquí no estamos tratando expresamente la táctica, sino el modo de trabajar, o sea, de discutir, de deliberar y de ejecutar por parte de los más altos órganos de nuestro Partido.

Estando en vigor las tesis tácticas del V Congreso, ratificadas formalmente por el Ejecutivo Ampliado, se despliega de hecho una política y una táctica muy alejadas de aquellas tesis, aún más que aquella táctica que se adoptó en Alemania entre el IV y el V Congreso, que se pretende condenar y enterrar. Efectivamente, el frente único, limitado en todo caso a los partidos *proletarios*, nunca debe convertirse en una combinación parlamentaria. El gobierno obrero debía ser tan sólo una consigna de agitación y no una forma política efectiva de transición entre el régimen burgués y la dictadura proletaria. Ahora, en cambio, sin molestarse ni siquiera en romper oficialmente con las tesis del V Congreso, se defiende y se practica una táctica cuyas maniobras, primero: van más allá de los partidos socialdemócratas

y abarcan a todos los partidos *republicanos*; segundo: se conciben y se ejecutan *exclusivamente*, o al menos principalmente, en el terreno electoral y parlamentario; tercero: ya no son simplemente un medio para demostrar que la verdadera colaboración entre los comunistas y los dirigentes de otros partidos es imposible, sino que desembocan en una acción común efectiva y positiva resueltamente encaminada a impedir que se forme un gobierno de derechas, lo que supuestamente es necesario para el buen desarrollo de la actividad del Partido.

No creo que nadie pueda negar seriamente que la *nueva táctica* contradice las tesis del V Congreso, las cuales prohíben maniobras ciertamente mucho más *inocentes* que las que ahora vemos perfilarse en el horizonte. En todo caso, ni siquiera pensábamos que esto fuera posible. Se nos aseguraba lo contrario, que... íbamos hacia la izquierda. Esto nos lleva a preguntarnos de qué sirven las decisiones de los Congresos, cuya observancia se supone que es la panacea bolchevizadora que solucionará todos nuestros males. Y si resulta que esta extraña conciliación dialéctica que yo no consigo ver es posible, ¿por qué no se previeron estas eventualidades tan graves, o al menos sus grandes rasgos? Si los jefes tienen completa libertad para hacer lo que quieran con las decisiones de las reuniones internacionales, ¿a qué se reduce la disciplina, supuestamente nuestro bien máspreciado?

Sólo hay una respuesta que pueda justificar esta *nueva táctica*: estamos ante una nueva situación. Ayer, cuando la situación nos ofrecía la posibilidad de conquistar el poder, defendíamos la táctica del frente único y del gobierno obrero como un medio para acelerar el desarrollo de la situación hacia la máxima conquista. Hoy, nueva situación, nueva táctica. Cuando la situación no permite luchar por el poder, la función de los Partidos comunistas consiste en garantizar unas mínimas ventajas económicas y políticas al proletariado. Dejando de lado el hecho de que hoy se niega que la situación haya cambiado radicalmente, semejante planteamiento nos autorizaría realmente a dar la voz de alarma ante el peligro oportunista, que en Italia adopta la fórmula: antifascismo, cuestión y tarea política determinante.

LA EXCOMUNIÓN DEL GRUPO FISCHER-MASLOW

En la campaña por la nueva táctica y contra la oposición alemana, el Comité Central del Partido, dirigido por Fischer, se ha solidarizado completamente con el Comité Ejecutivo de Moscú. En el Congreso, la oposición de izquierda se reducía a unos pocos delegados, y renunció (hizo muy mal) a presentar una

resolución política propia. Todo esto se ha anunciado como el resultado y la prueba de la bolchevización de la Internacional y del Partido. El Congreso era ideal: poco debate y una enorme mayoría apoyando las opiniones *de la Internacional*. Estaríamos pues, finalmente, en el buen camino.

Pero nada de esto era serio. Basta con leer el himno de A.P. publicado el 23 de agosto en *L'Unità* y su referencia a estos ejemplos, que supuestamente deben servir para que nosotros, los izquierdistas italianos, corriamos nuestras posturas. En este modélico Congreso hasta la izquierda de Rosenberg nos habría excomulgado. Por otra parte, el delegado de la Komintern, en su celo bolchevizador, ha creído oportuno acusarme por estar conscientemente ausente de toda actividad del Partido después del asunto Matteotti. Aporto así de paso otra pequeña prueba contra el método que vengo criticando, en lugar de tratar de defenderme personalmente. Este excelente camarada, que parecía al margen de todos estos vicios, al saber que la consigna vigente era la de disparar contra Bordiga (para exaltar, pongamos... a Ruth Fischer) se olvidó del pequeño detalle de que yo me encontraba precisamente en aquel momento en Moscú participando en el V Congreso. (Eso no me impidió escribir desde Viena al Comité Central de nuestro Partido: no sé exactamente todo lo que está sucediendo por ahí, pero os envío mi

parecer, no tenemos nada que ver con la política de la Oposición). Y si no hubiese acudido al V Congreso... ¡tierra trágame!, a juzgar por el escándalo que se ha armado por el hecho de que no acudí al último Ejecutivo Ampliado. Así juzga y se conduce nuestra Internacional.

Volviendo al Congreso de la bolchevización del Partido alemán, podemos decir que no era más que un escenario que ocultaba la verdadera crisis del Partido. Es recientísima la noticia de que el Comité Ejecutivo de la Internacional ha liquidado el grupo Fischer-Maslow, al que se le reprochan severamente tanto los errores pasados como los presentes. Durante dos años han apoyado a este grupo, desplegando una violenta campaña contra los viejos militantes y dirigentes del Partido alemán; le han lanzado contra nosotros como si fuera un maestro versado en comunismo; le han convertido en el primer justiciero de León Trotsky; y para terminar, en el último Congreso del Partido, le dieron unánimemente de nuevo un voto de confianza. Pero todo esto parece que no tiene importancia.

Las acusaciones que se lanzan contra este grupo son bastante extrañas. Se le acusa casi de complicidad con los ultraizquierdistas de la oposición, a los que hasta ayer se enfrentaba. Nosotros no podemos tomarnos en serio esta supuesta evolución hacia la izquierda de dicho grupo, sin embargo pensamos que no merece *ni cet*

excés d'honneur, ni cette indignité. Se afirma que el grupo dirigente ha ahogado al Partido y que ha destruido la democracia interna, pero entonces, ¿qué valor tiene el reciente Congreso y la derrota de la *ultraizquierda*? ¿Es que la Internacional se ha percatado ahora de esa *mano férrea* de Ruth Fischer?

Podemos concluir con seguridad que todas esas afirmaciones de que determinado Partido comunista va por el buen camino, de que se encuentra en la línea política de la Komintern, del leninismo y del bolchevismo, de que va por el camino de la completa bolchevización y de que su Comité Central ha sido ratificado y avalado completamente por el estado-mayor internacional, desgraciadamente no nos ofrecen ninguna garantía. No ya sólo desde nuestro punto de vista, que concibe de otra forma las condiciones que permiten desplegar una acción revolucionaria eficaz y potente y defendernos contra el oportunismo, sino desde el propio punto de vista de Moscú, este escenario está sujeto a cambios, y es de esperar que en futuras declaraciones oficiales se afirme que todo iba mal y que no íbamos por el buen camino en lo que respecta a la doctrina, la política y la organización.

Así pues, tenemos todo el derecho a no contentarnos con las garantías verbales que nos ofrece a cada paso el manual de conversación de nuestros

centristas, y a continuar buscando en otra parte la buena vía comunista, siguiendo el método que desde hace tiempo nos permite diagnosticar los peligros que hoy se manifiestan de manera tan evidente.

La conclusión crítica y la reconstrucción de los criterios que desde nuestro punto de vista deben guiar el trabajo de la Internacional, se expondrán en otra parte. Nosotros no tenemos la solución a estos problemas en el bolsillo, pero lo expuesto basta para ilustrar a cualquier camarada que hay que rechazar definitivamente este optimismo burocrático y estéril que pretende estancarnos, así como la estúpida mala costumbre de seguir *con los ojos cerrados*. Un Partido como el nuestro tiene algo que decir frente a todo esto. Y tiene que ser escuchado.

Amadeo Bordiga.

TESIS DE LYON

Proyecto de tesis presentado por la Izquierda en el III Congreso del Partido Comunista de Italia, celebrado en Lyon entre el 20 y el 26 de enero de 1926. La primera parte, titulada Cuestiones generales, se publicó por partes en L'Unità entre el 12 y el 26 de enero.

Es difícil que un documento como éste no adolezca de cierta desproporción entre sus diferentes partes, pues el desarrollo de las discusiones hace que ciertos puntos y temas sean más actuales, dejando otros, que pueden tener la misma importancia, en segundo plano. Para completar en la medida de lo posible el pensamiento del grupo de camaradas que han redactado las presentes tesis, creemos que es útil hacer referencia a una serie de documentos ya conocidos, que hoy no es fácil consultar, y que reflejan la misma orientación que se reafirma y defiende aquí:

Tesis de Roma, aprobadas en el II Congreso del Partido Comunista de Italia el 26 de marzo de 1922. El texto presentado en el Congreso fue publicado en *Il Comunista* del 31/12/1921, n° 67; *L'Ordine Nuovo* del 3/1/1922, n° 2; *Il Lavoratore* del 3/2/1922, n° 4.960; *Rassegna Comunista* del 30/1/1922, n° 17. Las escasas correcciones introducidas por el Congreso en el texto original se publicaron en *Il Comunista* del 4/4/1922, n°

95; *Il Lavoratore* del 5/4/1922, n° 5.014, *L'Ordine Nuovo* del 6/4/1922, n° 96; y *Rassegna Comunista* del 31/7/1922, n° 26.

Tesis sobre la táctica de la Internacional Comunista, presentadas al IV Congreso de la Internacional Comunista. Fueron publicadas en el n° 16 de *Lo Stato Operaio* del 6/3/1924.

Programa de acción del Partido Comunista italiano, presentado al IV Congreso de la Internacional Comunista y publicado en el mencionado número de *Lo Stato Operaio*.

Las *mociones y tesis* aprobadas en la conferencia nacional (consultiva) del Partido Comunista Italiano de mayo de 1924 y publicadas en *Lo Stato Operaio* del 18/3/1924, n° 16.

Tesis sobre la táctica de la Internacional Comunista, presentadas al V Congreso Internacional. Fueron publicadas (en francés y alemán) en el *Boletín* del V Congreso, n° 20 del 8/7/1924.

I. CUESTIONES GENERALES

1. PRINCIPIOS DEL COMUNISMO

Los principios doctrinales del Partido Comunista son los del marxismo, sobre cuyas bases, restauradas contra las desviaciones oportunistas, se fundó la Tercera Internacional. Estos principios son: el materialismo dialéctico, como concepción del mundo y de la historia humana; las doctrinas económicas fundamentales contenidas en *El Capital* de Marx, como método de interpretación de la economía capitalista actual; y las formulaciones programáticas del *Manifiesto de los Comunistas*, como esquema histórico y político de la emancipación de la clase obrera mundial. La grandiosa experiencia victoriosa de la revolución rusa y la obra de su jefe, Lenin, maestro del comunismo internacional, constituyen la confirmación, la restauración y el desarrollo consecuente de este sistema de principios y métodos. No es comunista ni puede militar en las filas de la Internacional quien rechace aunque sólo sea una parte de este sistema.

Por tanto, el Partido Comunista rechaza y condena las doctrinas de la clase dominante, tanto las teorías espirituales y religiosas, filosóficamente idealistas y políticamente reaccionarias, como las

teorías positivistas librepensadoras de corte voltaireano, políticamente masónicas, anticlericales y democráticas.

El Partido Comunista condena igualmente esas escuelas políticas que cuentan con cierta audiencia entre la clase obrera, como son: el reformismo socialdemócrata, que concibe una evolución pacífica y sin lucha armada del poder capitalista al poder obrero y defiende la colaboración de clases; el sindicalismo, que desprecia la acción política de la clase obrera y la necesidad del partido como órgano revolucionario supremo; y el anarquismo, que niega la necesidad histórica del Estado y de la dictadura proletaria como medio para transformar el orden social y suprimir la división de la sociedad en clases. Del mismo modo, el Partido Comunista combate las múltiples manifestaciones de ese revolucionarismo espurio que trata de conservar estas tendencias erróneas combinándolas con unas tesis aparentemente comunistas, un peligro al que se denomina con el ya famoso término «centrismo».

2. NATURALEZA DEL PARTIDO

El proceso histórico de la emancipación del proletariado y de la fundación del nuevo orden social deriva de la lucha de clases. Toda lucha de clases es una

lucha política, o sea, que tiende a desembocar en una lucha por la conquista del poder político y la dirección de un nuevo organismo estatal. *Por consiguiente, el órgano que conduce la lucha de clases a su victoria final es el partido político de clase, único instrumento posible para la insurrección revolucionaria primero, y para el gobierno, después.* A partir de estas elementales y geniales afirmaciones de Marx, que Lenin puso de nuevo al descubierto, el partido puede definirse como la organización de todos aquellos que son conscientes del sistema de opiniones que resume la tarea histórica de la clase revolucionaria y que están dispuestos a trabajar para su victoria. Gracias al partido, la clase obrera adquiere conciencia del camino que debe recorrer y voluntad para emprenderlo. *Por lo tanto, en las sucesivas fases de la lucha, el partido representa históricamente a la clase, aunque no agrupe en sus filas más que a una parte más o menos grande de ésta.* Este es el significado de la definición del partido que dio Lenin en el II Congreso mundial.

Esta concepción de Marx y de Lenin se contrapone a la concepción exquisitamente oportunista del partido laborista u obrerista, según la cual todos aquellos individuos que por su condición social sean proletarios son miembros de pleno derecho. Es evidente que, aunque numéricamente parezca más fuerte, en semejante partido en determinadas situaciones puede, e

incluso debe, prevalecer la influencia contrarrevolucionaria de la clase dominante (reflejada en la dictadura de unas organizaciones y unos jefes que personalmente pueden proceder tanto del proletariado como de otras clases). Por eso Marx y Lenin combatieron este error teórico fatal y en la práctica no dudaron en hacer pedazos esa falsa unidad proletaria para, en los momentos de eclipse de la actividad social del proletariado, conservar la continuidad de la función política del partido (que consiste en preparar al proletariado para las tareas sucesivas) a través de pequeños grupos políticos adheridos al programa revolucionario. Este es el único camino posible para poder concentrar en un futuro a la mayor parte posible de trabajadores bajo la dirección y la bandera de un Partido Comunista capaz de combatir y de vencer.

Una organización *inmediata* de todos aquellos que económicamente son trabajadores sería incapaz de asumir tareas políticas, o sea, revolucionarias, pues los grupos profesionales y locales no se ven impulsados a actuar más que de manera limitada, para la satisfacer las exigencias parciales que provocan las consecuencias directas de la explotación capitalista. Sólo un partido político definido por la adhesión *política* de sus miembros, situándose a la cabeza de la clase obrera, es capaz de sintetizar progresivamente esos impulsos particulares en una visión y una acción común, en la cual

los individuos y grupos terminan superando todo particularismo, aceptando las dificultades y los sacrificios que requiere el triunfo general y final de la causa de la clase obrera. Cuando Marx y Lenin definían el partido como «partido de la clase obrera», no lo hacían en sentido estadístico ni constitucional, sino que se referían a los objetivos históricos del proletariado.

Todo enfoque de los problemas de la organización interna del partido que recaiga de nuevo en errores propios de la concepción laborista revela una grave desviación teórica, en la medida en que sustituye la perspectiva revolucionaria por la democrática y atribuye más importancia a unos esquemas utópicos de organización que a la realidad dialéctica del choque de fuerzas y clases opuestas. Representa, pues, un peligro de recaída en el oportunismo. En lo que respecta a los peligros de degeneración del movimiento revolucionario y a los medios que garantizan la necesaria continuidad en la orientación política de los jefes y de los militantes, dichos peligros no se pueden eliminar mediante fórmulas organizativas. Y menos aún con esa fórmula que afirma que sólo los auténticos trabajadores pueden ser comunistas, fórmula desmentida por la inmensa mayoría de los ejemplos que nuestra propia experiencia nos ha suministrado, en lo que respecta a los individuos y los partidos. La garantía contra la degeneración hay que buscarla en otra parte, si

no queremos contradecir ese postulado marxista fundamental: «*La revolución no es una cuestión de formas de organización*», que resume las conquistas del socialismo científico frente a los primeros vaniloquios del utopismo.

Partiendo de este concepto de la naturaleza del partido de clase es como hay que resolver los actuales problemas referentes a la organización interna de la Internacional y del partido.

3. ACCIÓN TÁCTICA DEL PARTIDO

La forma de actuar del partido en las distintas situaciones y respecto a los diferentes grupos, órganos e instituciones de la sociedad en la que se desenvuelve, es lo que constituye su táctica. Táctica cuyos elementos generales hay que definir partiendo del conjunto de nuestros principios. Posteriormente, se precisarán las normas de acción concretas que responden a diferentes tipos de problemas prácticos y a sucesivas fases del desarrollo histórico.

Al asignar al partido revolucionario su puesto y su función en la palingenesia de la sociedad, la doctrina marxista aporta la más brillante de solución al problema de la libertad y la determinación en la actividad del

hombre. Mientras este problema se plantee partiendo del «individuo» abstracto, seguirá ofreciendo durante mucho tiempo material para las elucubraciones metafísicas de los filósofos de la clase dominante y decadente. El marxismo lo sitúa en la perspectiva de una concepción científica y objetiva de la sociedad y de la historia. Nuestra concepción se aleja mucho de esa idea de que el individuo, cualquier individuo, puede actuar sobre el ambiente externo deformándolo y moldeándolo a su antojo, en virtud de una capacidad de iniciativa de carácter casi divino. Por tanto, rechazamos esa concepción voluntarista del partido según la cual un pequeño grupo de hombres, tras hacer profesión de fe, deben encargarse de difundirla e imponerla al mundo mediante un gigantesco esfuerzo de voluntad, actividad y heroísmo. Por otro lado, pensar que el proceso histórico y revolucionario obedece a unas leyes fijas y que por tanto no tenemos más que investigar estas leyes mediante un estudio objetivo y tratar de formular previsiones de cara al futuro, quedándonos al margen de toda actividad, es concebir el marxismo de forma aberrante y estúpida. Semejante concepción fatalista equivale a negar la necesaria función del partido. En su potente originalidad, el determinismo marxista no se sitúa a medio camino entre estas dos concepciones, sino que supera ambas. La solución que aporta a este problema es dialéctica e histórica, precisamente porque rechaza todo apriorismo y no pretende aplicar la misma

solución abstracta a todos los problemas, sea cual sea la época y los grupos humanos. Si bien el actual desarrollo de las ciencias no permite conocer completamente las causas que llevan a los individuos a obrar en base a ciertos factores físicos y biológicos, lo cual daría lugar a una ciencia de las actividades psicológicas, el problema, sin embargo, sí que puede resolverse en el campo de la sociología, aplicando como hizo Marx los métodos de investigación propios de la moderna ciencia positiva y experimental, que el socialismo hereda íntegramente, y que no tienen nada que ver con esa filosofía materialista y positivista que la clase burguesa adoptó en el curso de su ascenso histórico. Teniendo así racionalmente en cuenta las influencias recíprocas entre los individuos, y gracias al estudio crítico de la economía y de la historia, tras haber despejado el camino de todo prejuicio ideológico tradicional, se puede eliminar en cierto sentido esa indeterminación en el proceso que se desarrolla dentro de cada individuo. Partiendo de esta base, el marxismo ha logrado establecer un sistema de nociones que no es un evangelio inmutable y fijo, sino un instrumento vivo que permite seguir y reconocer las leyes del proceso histórico. El fundamento de este sistema reposa en el determinismo económico descubierto por Marx, para quien el estudio de las formas y las relaciones económicas y del desarrollo de los medios técnicos de producción ofrece una plataforma objetiva desde la cual

se pueden desarrollar sólidamente los enunciados de las leyes de la vida social y, en cierta medida, prever su desarrollo ulterior. Dicho todo esto, hay que señalar que, una vez hallada esta clave universal, la solución final al problema planteado no consiste en esperar a que el desarrollo de los fenómenos económicos termine determinando sin más toda una serie prevista y preestablecida de hechos políticos.

Lo que nuestra crítica ciertamente desprecia completa y definitivamente no es tanto la acción de los individuos, que aparentemente son los protagonistas de los hechos históricos, sino las intenciones y las perspectivas que ellos se imaginan que animan su acción. Pero esto no significa que un organismo colectivo, como es el partido de clase, no pueda ni deba tener iniciativa y voluntad propias. La solución a este respecto ya se ha formulado varias veces en nuestros textos fundamentales.

La humanidad y sus agregados más potentes, como son las clases, los partidos y los Estados, hasta ahora han sido prácticamente juguetes en manos de las leyes económicas, que ellos ignoran en su mayor parte. Así, estos agregados carecen tanto de la conciencia teórica del proceso económico como de la capacidad para dirigirlo y gobernarlo. Pero el problema se modifica para la clase que surge en la presente época

histórica, el proletariado, y para los agregados políticos (partido y Estado) que deben emanar de ésta. Esta clase es la primera cuyo ascenso no se basa en la consolidación de sus privilegios sociales y en la división de la sociedad en clases para someter y explotar a una nueva clase. Así mismo, es la primera que logra forjar una doctrina del desarrollo económico, histórico y social: el comunismo marxista, precisamente.

Por primera vez, pues, una clase combate por la abolición de las clases en general y por la abolición general de la propiedad privada de los medios económicos, y no sólo por una transformación de las formas sociales de esa propiedad.

El programa del proletariado consiste, además de en su emancipación de la clase dominante y privilegiada actual, en la emancipación de la colectividad humana respecto a la esclavitud de las leyes económicas, para dominarlas mediante una economía finalmente racional y científica en la que intervendrá directamente la labor del hombre. Por eso, y en este sentido, Engels escribió que la revolución proletaria señala el paso del mundo de la necesidad al de la libertad.

Esto no significa que haya que resucitar el ilusorio mito del individualismo, que pretende liberar el Yo humano de las influencias externas, pues lo que sucede

en realidad es lo contrario, es decir, que la interdependencia mutua es cada vez más compleja, a medida en que cada vez es más difícil separar la vida individual de la colectiva. El problema hay que plantearlo en otro terreno: la libertad y la voluntad son atribución de la clase destinada a convertirse en agregado unitario de la propia humanidad, la cual, llegado el día, sólo tendrá que luchar contra las fuerzas adversas del mundo físico externo.

Sólo la humanidad proletaria, de la que aún estamos lejos, será libre y capaz de una voluntad que ya no será una ilusión sentimental, sino una capacidad de organizar y de dominar la economía en el más amplio sentido de la palabra. Si bien es cierto que hoy en día los límites de la actividad de la clase proletaria siguen estando *determinados* por influencias externas, aunque en menor medida de lo que le sucede a otras clases, por su parte el partido político es el órgano en el cual se concentra precisamente la máxima voluntad e iniciativa en todo el terreno de su actividad (no cualquier partido, por cierto, sino el partido de la clase proletaria, el partido comunista, ligado, digámoslo así, por un hilo continuo a las metas últimas del proceso futuro). En el partido dicha facultad volitiva, así como su conciencia y su preparación teórica, son funciones colectivas por excelencia. Desde el punto de vista marxista, las tareas que el partido asigna a los jefes se explican partiendo de

la consideración de que estos son instrumentos y operadores a través de los cuales se manifiesta de mejor forma la capacidad de comprender y explicar los hechos, de dirigir y querer las acciones, una capacidad cuyo origen reside en la existencia y el carácter del órgano colectivo. Por consiguiente, el concepto marxista del partido y de su acción, como ya hemos dicho, rechaza tanto el fatalismo pasivo que se contenta con esperar a que se produzcan unos fenómenos sobre los no se cree capaz de influir directamente, como toda concepción voluntarista en sentido individual, según la cual hay que exigir a todo militante del partido una determinada preparación teórica, fuerza de voluntad y espíritu de sacrificio, en suma, un tipo especial de rectitud moral y una especie de «pureza», reduciendo el partido a una *elite* separada y superior al resto de los elementos sociales que componen la clase obrera. Por su parte, caer en el error del fatalismo pasivo conduce, si no a negar la función y la utilidad del partido, al menos a acomodarlo sin más junto a la clase proletaria, en el sentido económico o estadístico. Por tanto, insistimos en las conclusiones esbozadas en la tesis precedente sobre la naturaleza del partido, condenando tanto el concepto obrerista del partido, como el de una *élite* intelectual y moral: ambos están alejados del marxismo y están destinados a confluir en la vía del oportunismo.

Al definir la cuestión general de la táctica en función de la propia naturaleza del partido, el marxismo se distingue tanto del alejamiento doctrinario de la realidad de la lucha clasista, que se contenta con elucubraciones abstractas y desprecia la actividad concreta, como del sentimentalismo estético que pretende crear nuevas situaciones y movimientos históricos mediante gestos clamorosos y actitudes heroicas por parte de unas exiguas minorías. Así como también del oportunismo, que olvida el vínculo con los principios, es decir, con los objetivos generales del movimiento, y que fijándose únicamente en el éxito inmediato y aparente de las acciones se limita a hacer reivindicaciones limitadas y aisladas sin preocuparse en saber si éstas contradicen las necesidades que requiere la preparación de la clase obrera para las conquistas supremas. La política anarquista adolece tanto de esterilidad doctrinaria, pues es incapaz de comprender las etapas dialécticas de la evolución histórica real, como de ilusiones voluntaristas, al ilusionarse con anticipar los procesos sociales gracias a la eficacia del ejemplo y del sacrificio de uno o unos pocos. La política socialdemócrata conjuga teóricamente la falsa interpretación fatalista del marxismo, según la cual la revolución madurará lentamente, por sí misma, sin necesidad de ninguna intervención insurreccional de la voluntad proletaria, con el pragmatismo voluntarista, que sin renunciar a obtener resultados inmediatos con

sus iniciativas y esfuerzos cotidianos, se contenta con luchar por unos objetivos que aparentemente interesan a algunos grupos del proletariado, pero cuyo logro sirve al juego conservador de la clase dominante, en vez de ayudar a la preparación de la victoria del proletariado: reformas, concesiones, ventajas parciales, económicas y políticas por parte de la patronal y del Estado burgués.

La introducción artificial en el movimiento clasista de los preceptos teóricos de la «moderna» filosofía voluntarista y pragmática (Bergson, Gentile, Croce), de base idealista, no se puede considerar como una reacción al reformismo, pues refleja ciertas analogías exteriores con el positivismo burgués. En realidad únicamente anuncia futuras afirmaciones oportunistas en posteriores fases reformistas.

La actividad del partido no puede ni debe limitarse exclusivamente a la conservación de la pureza de los principios teóricos y del bloque organizativo, ni tampoco a lograr a cualquier precio éxitos inmediatos y gran popularidad. Debe desarrollarse simultáneamente, en cualquier situación, en tres direcciones:

1. La defensa y la precisión, en función de los nuevos hechos que se produzcan, de los postulados programáticos fundamentales, o sea, de la conciencia teórica del movimiento de la clase obrera;

2. El aseguramiento de la continuidad del bloque organizativo del partido y de su eficacia, y la protección contra la contaminación de las influencias extrañas y opuestas al interés revolucionario del proletariado;

3. La participación activa en todas las luchas de la clase obrera, incluso en las suscitadas por intereses parciales y limitados, para alentar su desarrollo, aportando constantemente el factor que permite ligarlas con los objetivos revolucionarios finales y presentando las conquistas de la lucha de clase como puentes hacia las indispensables luchas futuras, denunciando el peligro que conlleva replegarse en las conquistas parciales como si fueran un fin en sí mismo y sacrificar ante ellas las condiciones que permiten desarrollar la actividad y combatividad clasista del proletariado, como son la autonomía e independencia de su ideología y de sus organizaciones, la primera de las cuales es el partido.

El objetivo supremo de esta compleja actividad del partido es desarrollar las condiciones *subjetivas* necesarias para preparar al proletariado y ponerle en condiciones de aprovechar las posibilidades revolucionarias objetivas que ofrezca la historia, en cuanto éstas se manifiesten, de manera que termine saliendo vencedor en la lucha y no vencido.

Hay que partir de esta base para resolver los problemas que plantean las relaciones entre el partido y las masas proletarias, y entre el partido y los otros partidos políticos, así como entre el proletariado y el resto de clases sociales. Debe considerarse errónea la formulación táctica que dice que todo verdadero partido comunista, *en cualquier situación*, debe ser un partido de masas, es decir, disponer de una organización muy numerosa y de una amplia influencia política sobre el proletariado, al menos la suficiente para superar al resto de partidos supuestamente obreros. Esta formulación es una caricatura de las tesis de Lenin, que en 1921 estableció una consigna práctica y contingente correctísima: para la conquista del poder no basta con haber formado «verdaderos» partidos comunistas y lanzarlos a la ofensiva insurreccional, sino que también es necesario contar con partidos numéricamente potentes y con una influencia predominante sobre el proletariado. Esta fórmula significa que en el período que precede a la conquista del poder y en el cual se avanza hacia esta última, el partido debe tener consigo a las masas, que ante todo debe conquistar a las masas. En esta fórmula lo único peligroso en cierto sentido es la expresión «la *mayoría* de las masas», que ha expuesto y sigue exponiendo a esos leninistas «al pie de la letra» al peligro de caer en interpretaciones teóricas y tácticas socialdemócratas, pues al no precisar si esta mayoría hay que lograrla en los partidos, en los sindicatos, o en

otros órganos, a pesar de expresar un concepto correcto que pretende evitar el peligro práctico de emprender acciones «desesperadas» con fuerzas insuficientes y cuando las condiciones no están maduras, allana el camino a otro peligro, el de la contemporización cuando la acción es posible y necesaria, que es cuando precisamente hay que demostrar una resolución y una iniciativa verdaderamente «leninistas». Esta fórmula según la cual el partido debe tener consigo a las masas en vísperas de la lucha por el poder, ha sido torpemente interpretada por los actualesseudoleninistas, que la han convertido en una fórmula típicamente oportunista al afirmar que el partido debe ser un partido de masas «en cualquier situación». Hay situaciones objetivamente desfavorables para la revolución, en las que la correlación de fuerzas necesaria no existe (estas situaciones pueden durar más o menos tiempo, ya que la evolución histórica, como enseña el marxismo, presenta velocidades muy distintas). En estas condiciones, pretender ser a toda costa un partido de masas, un partido mayoritario, pretender ejercer una influencia política predominante a cualquier precio, no puede conducir más que a renunciar a los principios y a los métodos comunistas, a una política socialdemócrata y pequeñoburguesa. Hay que decir bien alto que en ciertas situaciones, pasadas, presentes y futuras, la mayoría del proletariado estuvo, está y estará necesariamente sobre posiciones no revolucionarias, dejándose llevar o

colaborando con el enemigo según los casos. Pero a pesar de todo, el proletariado sigue siendo siempre la clase potencialmente revolucionaria y depositaria del avance de la revolución, siempre que en su seno exista un partido comunista que sin renunciar jamás a cualquier posibilidad de afirmarse y manifestarse de manera coherente, sepa evitar las vías que parecen más fáciles para lograr la popularidad inmediata, unas vías que lo desvían de su tarea y privan al proletariado del punto de apoyo indispensable para su avance. Desde esta perspectiva dialéctica y marxista, y no desde un plano estético y sentimental, hay que rechazar la estúpida fórmula oportunista según la cual un partido comunista puede emplear cualquier medio y cualquier método. Afirmar que el partido, precisamente por ser un partido verdaderamente comunista, es decir, por tener unos sanos principios y una sana organización, puede permitirse las maniobras políticas más acrobáticas, es olvidar que para nosotros el partido es al mismo tiempo un factor y un producto del desarrollo histórico, y que ante la fuerza de este desarrollo el proletariado se comporta como una materia aún más plástica que el partido. Lo que influye al proletariado no son tanto las retorcidas explicaciones que los dirigentes del partido se ven obligados a dar para justificar esas «maniobras», como los efectos reales de dicha maniobras, efectos que es necesario saber prever principalmente a través de la experiencia de los errores pasados. El partido sólo puede

evitar la degeneración si se mueve sobre el terreno táctico con unas precisas y respetadas normas de acción, rechazando enérgicamente los atajos, y no sólo recurriendo a los credos teóricos y a las sanciones organizativas.

Existe otro error en esta cuestión general de la táctica que reconduce a la clásica posición oportunista refutada por Marx y Lenin. Consiste en afirmar que cuando la lucha de clases y de partidos aún no se sitúa en su terreno específico, el partido debe elegir, entre las dos fuerzas en liza, aquella que permite que la situación se desarrolle en un sentido más favorable para la evolución histórica general, y apoyarla o aliarse con ella más o menos abiertamente con el argumento de que las condiciones para el triunfo de la revolución proletaria total y final, que terminarán por llegar (y de las que el partido será un factor más, llegado el momento), sólo madurarán a través de una evolución de las formas políticas y sociales.

Semejante política carece de base, pues este típico esquema de una evolución social y política prevista en todos sus detalles y que supuestamente ayuda a preparar la llegada del comunismo es un concepto que los oportunistas ha traído al marxismo, es la base de las difamaciones de todos los Kautsky a la revolución rusa y al movimiento comunista actual. Ni siquiera se puede

decir, como tesis general, que bajo ciertos tipos de régimen burgués, por ejemplo, en los más democráticos, las condiciones son más propicias para el fecundo trabajo del partido comunista. Si bien es verdad que las medidas reaccionarias y de «derecha» de los gobiernos burgueses muchas veces han parado los pies al proletariado, no es menos cierto, y sucede con mucha más frecuencia, que la política liberal y de izquierdas de los gobiernos burgueses ahoga también muchas veces la lucha de clases y aparta a la clase obrera de acciones decisivas. Un análisis más atento y realmente ligado a la ruptura marxista del encantamiento democrático, evolucionista y progresista, nos demuestra que la burguesía intenta, y muchas veces logra, alternar periódicamente sus métodos y sus partidos de gobierno, según su interés contrarrevolucionario. Toda nuestra experiencia nos demuestra, por otra parte, que cuando el proletariado se apasiona por las vicisitudes de la política burguesa siempre termina triunfando el oportunismo.

En segundo lugar, aunque fuera cierto que en el contexto del régimen actual ciertos cambios de gobierno facilitan el desarrollo ulterior de la actividad del proletariado, la experiencia demuestra de forma evidente que para ello se requiere expresamente una condición: que exista un partido que advierta previamente a las masas de la desilusión que traerá aquello que se ha presentado como un éxito inmediato.

Y esto no sólo requiere simplemente la existencia del partido, sino que éste sea también capaz de actuar, incluso antes de comenzar la lucha a la que aquí nos referimos, con una autonomía evidente ante el proletariado, pues éste seguirá al partido por su actitud concreta y no sólo por los esquemas que adopte oficialmente. Por tanto, cuando el partido comunista se encuentra en presencia de unas luchas que no pueden desembocar en lucha definitiva por la victoria proletaria, no debe convertirse en gestor de unas transformaciones y realizaciones que no interesan directamente a la clase que representa, y no debe renunciar ni a su carácter propio ni a su actitud autónoma para participar en esa especie de compañía de seguros tan beneficiosa para todos esos políticos supuestamente «renovadores», o para todos los sistemas políticos y gobiernos supuestamente amenazados por un «gobierno peor».

Hay quien suele esgrimir contra las exigencias que implica esta línea de actuación aquella fórmula de Marx según la cual «los comunistas apoyan todo movimiento dirigido contra las condiciones sociales existentes», así como la doctrina de Lenin en *La enfermedad infantil del comunismo*. Dentro de nuestro movimiento, las especulaciones en torno a estos enunciados en el fondo no se diferencian de las típicas especulaciones de los revisionistas y centristas, seguidores de Bernstein o Nenni, que en nombre de

Marx y de Lenin pretenden burlarse de los revolucionarios marxistas.

Hay que señalar un par de cosas sobre estas afirmaciones. Lo primero es que estas posturas de Marx y Lenin tienen un valor histórico contingente, pues Marx se refería a una Alemania que aún no era burguesa, y la experiencia bolchevique que relata Lenin en su obra se refiere a la Rusia zarista. La solución del problema táctico en su situación clásica, es decir, cuando el proletariado lucha con una burguesía capitalista plenamente desarrollada, parte de unas bases distintas. En segundo lugar, el apoyo del que habla Marx, así como los «compromisos» de los que habla Lenin (a quien le gustaba usar este término sobre todo para «coquetear» con su magnífica dialéctica marxista, siendo el propio Lenin el campeón, como lo fue, de una intransigencia para nada formal, sino desplegada hacia un objetivo inmutable), son apoyo y compromisos con unos movimientos que aún se ven obligados a abrirse camino a través de la insurrección contra las formas pasadas, aunque ello contradiga eventualmente la ideología y la voluntad de sus dirigentes. Por tanto, la intervención del partido comunista se lleva a cabo en el terreno de la guerra civil, como lo demuestra la postura de Lenin en la cuestión campesina y en la de las nacionalidades, en el episodio Kornilov y en tantos otros. Al margen de estas dos observaciones esenciales,

el sentido de la crítica que hace Lenin al infantilismo, y el de todos los textos marxistas sobre la flexibilidad de la política revolucionaria, no contradicen para nada el hecho de que ellos mismos levantaran voluntariamente una barrera contra el oportunismo, al que Engels y después Lenin definieron como «ausencia de principios», es decir, como olvido del objetivo final.

Elaborar la táctica comunista siguiendo un método no dialéctico, sino formalista, supone renegar de Marx y Lenin. Sería un error garrafal afirmar que los medios deben corresponder a los fines no ya en lo que respecta a la sucesión histórica y dialéctica del proceso de desarrollo, sino a las semejanzas y analogías que presentan ciertos aspectos de los medios y fines desde un punto de vista inmediato, casi podríamos decir ético, psicológico y estético. No debemos cometer en materia táctica el mismo error que cometen los anarquistas y reformistas en materia de principios, a quienes les parece absurdo suprimir las clases y el poder del Estado mediante el dominio de clase y el Estado dictatorial proletario, o abolir toda violencia social empleando la violencia ofensiva revolucionaria contra el poder actual y la defensiva para conservar el poder proletario. Del mismo modo, se equivoca quien afirme que un partido revolucionario debe estar en todo momento a favor de la lucha sin tener en cuenta las fuerzas amigas y enemigas; que en una huelga, por ejemplo, el comunista debe

defender su continuación a ultranza; que un comunista debe rechazar ciertos medios, como el disimulo, la astucia, el espionaje, etc., porque son innobles y poco simpáticos. La crítica marxista y de Lenin contra este seudorrevolucionarismo superficial que envenena el camino del proletariado constituye precisamente un esfuerzo por resolver los problemas tácticos sin recurrir a criterios estúpidos y sentimentales. Y esta crítica ya forma parte integrante de la experiencia del movimiento comunista de manera definitiva.

Entre los errores tácticos que esta crítica permite sortear, podemos citar el que afirma que, dado que los comunistas deben escindirse políticamente de los oportunistas, también deben provocar una escisión en los sindicatos dirigidos por los amarillos. Hace tiempo que se critica a la Izquierda italiana por basar supuestamente sus conclusiones en argumentos como el que es indecoroso acercarse a los jefes de los partidos oportunistas *et similia*, pero esto no es más que una artimaña polémica orquestada.

Criticar el infantilismo no significa que deba reinar la indeterminación, el caos y la arbitrariedad en materia de táctica, ni que «todos los medios» son válidos para alcanzar nuestros objetivos. Hay quien dice que la correspondencia entre los medios y los fines está garantizada por la propia naturaleza revolucionaria del

partido, o por la contribución que aportan a sus decisiones ciertos hombres insignes o ciertos grupos que tienen tras de sí una brillante tradición. Esto no es más que un juego de palabras ajeno al marxismo, pues supone abstraerse del juego dialéctico entre las causas y los efectos y de las repercusiones que tienen sobre el partido los propios medios que éste emplea en su acción. También supone olvidar que para nosotros las «intenciones» que presiden las iniciativas de los individuos y los grupos carecen de valor. Las sangrientas experiencias pasadas nos obligan a «sospechar» de semejantes intenciones, en el sentido no ofensivo de la palabra.

En su libro sobre el infantilismo Lenin dice que los medios tácticos hay que elegirlos en función del objetivo final revolucionario, mediante una clara visión histórica de la lucha del proletariado y de su desenlace, siendo absurdo descartar un medio táctico sólo porque nos parezca «feo» o se pueda definir como un «compromiso». Por el contrario, lo que hay que determinar es si ese medio se corresponde o no con los fines. Este problema siempre está abierto y siempre lo estará, y representa una de las formidables tareas a las que se debe enfrentar la actividad colectiva del partido y de la Internacional. En materia de principios teóricos, podemos decir que Marx y Lenin nos han legado una sólida herencia, lo que no quiere decir que el comunismo

haya agotado sus tareas de investigación teórica. Sin embargo, en materia de táctica no podemos decir lo mismo, ni siquiera después de la revolución rusa y de la experiencia de los primeros años de vida de la nueva Internacional, que se vio privada de Lenin demasiado pronto. El problema de la táctica es demasiado amplio como para resolverlo con las respuestas simplistas y sentimentales de los comunistas «infantiles», hay que profundizar en él con ayuda de todo el movimiento comunista internacional y de toda su experiencia pasada y reciente. No contradecimos a Marx ni a Lenin cuando afirmamos que para resolver este problema hay que establecer unas reglas de acción que, sin llegar a ser tan vitales y fundamentales como los principios, deben ser no obstante obligatorias tanto para los militantes como para los órganos dirigentes del movimiento, unas reglas que tendrán que considerar los posibles diferentes desarrollos de las situaciones, para trazar con toda la precisión que se pueda la línea de acción que deberá seguir el partido, según se verifique una u otra de las hipótesis previstas.

El examen y la comprensión de las situaciones son elementos necesarios a la hora de adoptar decisiones tácticas, pues permiten señalar al movimiento que ha llegado el momento de pasar a una determinada acción (que en la medida de lo posible debería preverse de antemano), pero en ningún caso deben dar pie a la

«improvisación» o a las «sorpresas» por parte de los dirigentes. Es muy difícil prever las situaciones, pero sí que podemos pronosticar lo que debemos hacer en diferentes hipótesis, según varíen las situaciones objetivas. Negar la posibilidad de prever las líneas generales de nuestra táctica significa negar la tarea del partido e impugnar la única garantía de la que disponemos para que los militantes y las masas respondan a las órdenes del centro dirigente en cualquier circunstancia. En este sentido, el partido no es un ejército, ni mucho menos un engranaje estatal, es decir, un órgano en el que predomina la autoridad jerárquica y no la adhesión voluntaria. Los miembros del partido siempre pueden negarse a ejecutar las órdenes sin incurrir en sanciones materiales, esto es, abandonar el propio partido. La buena táctica, por tanto, es aquella que no provoca ninguna repercusión inesperada ni opuesta al desarrollo de la campaña revolucionaria, ni en el partido ni en el proletariado, cuando el centro dirigente, ante un giro determinado de la situación, no tiene tiempo de consultar al partido, ni mucho menos a las masas. El arte de la táctica revolucionaria consiste precisamente en prever cómo reaccionará el partido ante determinadas órdenes y qué órdenes provocarán una buena reacción. Este arte requiere emplear colectivamente la experiencia de las actividades pasadas, resumida en unas claras reglas de acción. Cuando los dirigentes ponen en ejecución estas reglas,

los militantes saben que estos no están traicionando su mandato y se comprometen realmente, no sólo en apariencia, a ejecutar con iniciativa y decisión las órdenes de movimiento. Dado que el partido es perfeccionable, y no perfecto, no dudamos en afirmar que la claridad y el poder de persuasión de estas reglas tácticas exigen muchos sacrificios y conllevan una cierta esquematización. Si llegado el momento la situación termina haciendo añicos los esquemas tácticos que hemos preparado, no lograremos remediar esto cayendo en el oportunismo y en el eclecticismo, sino redoblando nuestros esfuerzos por adaptar la línea táctica del partido a sus tareas. El buen partido no es simplemente el que ejecuta la táctica correcta, sino que es la táctica correcta la que hace bueno al partido, y esta táctica correcta deben comprenderla y escogerla todos, en sus líneas fundamentales.

Nosotros rechazamos sustancialmente que se deba poner sordina a los esfuerzos y al trabajo colectivo del partido por definir sus reglas tácticas y que simple y llanamente se exija obediencia a un hombre, un comité o un solo partido de la Internacional y a su aparato dirigente tradicional.

La actividad del partido adopta un aspecto *estratégico* en los momentos culminantes de la lucha por el poder, en los cuales buena parte de dicha actividad

adquiere un carácter militar. No obstante, en las fases precedentes la actividad del partido no se reduce a su pura función ideológica, propagandística y organizativa, sino que consiste, como se ha dicho, en participar y actuar en las distintas luchas a las que se ve arrastrado el proletariado. Por consiguiente, el sistema de normas tácticas tiene como objetivo coordinar la intervención y la actividad del partido en estos movimientos, su *agitación* al calor de las luchas proletarias, con el objetivo revolucionario final, garantizando al mismo tiempo el progreso de su preparación ideológica, organizativa y táctica.

En los puntos siguientes aclararemos cómo se presenta la elaboración de las diferentes normas de acción comunista en la actual fase de desarrollo del movimiento revolucionario, según los distintos problemas a los que nos enfrentamos.

II. CUESTIONES INTERNACIONALES

1. LA CONSTITUCIÓN DE LA TERCERA INTERNACIONAL

Desde el punto de vista de la restauración de la doctrina revolucionaria, la constitución de la Internacional Comunista ha solucionado completa y

definitivamente la crisis que provocó la guerra mundial en la Segunda Internacional. Pero si bien la formación de la Komintern constituye una gran conquista histórica desde el punto de vista organizativo y táctico, no podemos decir que haya solucionado completamente la crisis del movimiento proletario.

El factor fundamental en la formación de la nueva Internacional fue la revolución rusa, primera victoria gloriosa del proletariado mundial. Pero en materia táctica la revolución rusa no aporta un modelo histórico general para las revoluciones en el resto de países, a causa de las condiciones sociales existentes en dicho país. Entre la época del poder feudal autocrático y la dictadura proletaria, Rusia no ha pasado por una época de dominio político de una burguesía organizada con un aparato estatal estable y propio.

Precisamente por eso es tan importante la revolución rusa como confirmación histórica del programa marxista, y por eso ha contribuido poderosamente a derrotar al revisionismo socialdemócrata en el terreno de los principios. Pero en el terreno organizativo, la lucha contra la Segunda Internacional, parte integrante de la lucha contra el capitalismo mundial, no ha alcanzado un éxito tan decisivo, y se han cometido múltiples errores que han

impedido que los partidos comunistas fueran todo lo eficaces que las condiciones objetivas permitían.

Otro tanto sucede en el terreno táctico. Las fuerzas en liza (la burguesía, el Estado burgués parlamentario moderno dotado de un aparato históricamente estable y el proletariado) plantean unos problemas que se han resuelto y continúan resolviéndose de manera insatisfactoria. Los partidos comunistas no siempre han logrado todos los éxitos posibles en el avance del proletariado contra el capitalismo y en la liquidación de los partidos socialdemócratas, órganos políticos de la contrarrevolución burguesa.

2. LA SITUACIÓN ECONÓMICA Y POLÍTICA MUNDIAL (1926)

La situación internacional es hoy menos favorable para el proletariado que en los primeros años de la posguerra. Desde el punto de vista económico, asistimos a una estabilización parcial del capitalismo, entendiendo dicha estabilización simplemente como un reflujó de las perturbaciones sufridas en ciertas partes de la estructura económica, no como un estado de cosas que excluya un posible retorno de nuevas perturbaciones, incluso a corto plazo.

La crisis del capitalismo sigue abierta y su agravamiento definitivo es inevitable. En el terreno político asistimos a un debilitamiento del movimiento obrero revolucionario en casi todos los países más avanzados, contrarrestado afortunadamente por la consolidación de la Rusia soviética y por la acción de las poblaciones de los países coloniales contra las potencias capitalistas.

Esta situación presenta un doble peligro: primero, si se sigue con este erróneo método situacionista, existe el riesgo de que se perfile una tendencia menchevique, apenas esbozada, a la hora de plantear los problemas de la acción proletaria; en segundo lugar, al disminuir el peso de la acción genuinamente clasista, existe el peligro de que desaparezcan de la política general de la Komintern las condiciones mencionadas por Lenin y que permiten aplicar correctamente la táctica en la cuestión nacional y campesina.

A la ofensiva proletaria de la posguerra le siguió una ofensiva patronal contra las posiciones proletarias, a la que la Komintern respondió con la consigna del frente único. Posteriormente, el inicio de una situación democrática y pacífica en varios países ha planteado otros problemas, y hemos llegado a una situación que, como correctamente ha denunciado el camarada Trotsky, supone un peligro de degeneración para nuestro

movimiento. A la hora de interpretar las situaciones, no se puede considerar que la lucha entre dos facciones de la burguesía, la derecha y la izquierda, es una cuestión vital para el proletariado, ni se puede diferenciar a los seguidores de una u otra facción demasiado esquemáticamente, identificándolos con grupos sociales distintos.

La interpretación correcta es que la clase dominante posee diferentes métodos de gobierno y de defensa, que básicamente se reducen a dos: el método reaccionario y fascista y el método liberal democrático.

Partiendo de un análisis económico, las tesis de Lenin establecieron que las capas más modernas de la burguesía no sólo tienden a unificar el mecanismo productivo, sino también su defensa política, recurriendo a formas más eficaces.

Por tanto, no se puede decir, como norma general, que el camino al comunismo pasará por una etapa de gobierno burgués de izquierda. En los casos particulares en los que esto suceda, la condición para la victoria proletaria dependerá de que partido emplee una táctica que ahuyente todas las ilusiones acerca del ascenso de este gobierno de izquierda, sin atenuar su oposición a sus correspondientes formas políticas, ni siquiera mientras dure el periodo reaccionario.

3. EL MÉTODO DE TRABAJO DE LA INTERNACIONAL

Una de las tareas más importantes de la Internacional Comunista ha sido liquidar la desconfianza del proletariado hacia la acción política, desconfianza que se debía a la degeneración parlamentaria del oportunismo.

El marxismo no concibe la política como el arte o la técnica de la intriga parlamentaria o diplomática, que todos los partidos adoptan para sus propios fines. La política proletaria se opone a los métodos de la política burguesa, pues anticipa formas de relación superiores y culmina en el arte de la insurrección revolucionaria. Esta oposición, de la que no se ofrece aquí una completa exposición, es una condición vital para que la unión entre el proletariado revolucionario y su estado mayor comunista sea fructuosa, así como para la correcta selección de los miembros de este último.

El trabajo práctico de la Internacional contradice esta necesidad revolucionaria. Muchas veces, en las relaciones entre los diferentes órganos del movimiento comunista, prevalece una política de doble cara: por un lado se subordinan las cuestiones teóricas a los móviles contingentes; por otro, se emplea un sistema de negociaciones y pactos entre personas que ha provocado

graves desilusiones, pues no es así como se plantea adecuadamente la relación entre el partido y las masas.

En las grandes y fundamentales decisiones de la Internacional a menudo interviene la improvisación, la sorpresa y los gestos teatrales, y esto desorienta a los camaradas y a los proletarios.

Así sucede, por ejemplo, a la hora de resolver la mayor parte de las cuestiones internas de los partidos, que los órganos y congresos internacionales tratan de solucionar a través de una serie de penosos arreglos que luego tienen que ratificar los diversos grupos dirigentes y que no se insertan adecuadamente en el devenir real de los partidos.

4. CUESTIONES ORGANIZATIVAS

La urgencia que exigía la concentración de tan amplias fuerzas revolucionarias tuvo un gran peso en la fundación de la Komintern, pues a la sazón se preveía que la situación objetiva se desarrollaría mucho más rápido de lo que efectivamente ocurrió. Luego hemos podido constatar que habría sido preferible ser más rigurosos a la hora de establecer los criterios organizativos. Ni la formación de los partidos ni la conquista de las masas se vieron favorecidas por las

concesiones que se hicieron a los grupos sindicalistas o anarquistas, ni por las pequeñas transacciones que se llevaron a cabo con los centristas sobre las 21 condiciones, ni por las fusiones orgánicas con partidos o porciones de partidos logradas gracias al «*noyautage*» político, ni por tolerar una doble organización comunista en ciertos países con los partidos simpatizantes. La consigna de organizar los partidos sobre la base de las células, lanzada tras el V Congreso, no ha logrado su objetivo, que era eliminar los defectos unánimemente constatados en las secciones de la Internacional.

En general, dicha consigna, y sobre todo su interpretación por parte del Comité Central del partido italiano, se presta a graves errores y supone una desviación frente al postulado marxista que dice que la revolución no es cuestión de formas de organización, o frente a la tesis leninista según la cual una solución orgánica nunca es válida en cualquier época y lugar.

Para los partidos que actúan en la presente época en los países burgueses en los que existe un régimen parlamentario estable, el tipo de organización por células resulta menos adecuado que la organización basada en el territorio. Es un error teórico afirmar que el partido organizado en base a un criterio territorial es un partido socialdemócrata, mientras que el partido basado en células es un verdadero partido comunista. En la

práctica, el segundo tipo dificulta el trabajo unificador del partido entre los grupos proletarios de distintas categorías e industrias, tarea tanto más importante cuanto más desfavorable es la situación y más reducidas las posibilidades de organización proletaria. La organización por células, considerada como base exclusiva del partido, presenta diversos inconvenientes prácticos. En la Rusia zarista, en cambio, las cosas se presentaban de otro modo, pues las relaciones entre la patronal industrial y el Estado eran distintas y el peligro corporativo era menos grave, puesto que la cuestión central del poder se planteaba de manera inminente.

El sistema de las células no supone un aumento de la influencia de los obreros en el partido, pues todos los nodos superiores de esta red organizativa están ocupados por elementos no obreros o ex-obreros, que constituyen el aparato de los funcionarios. Dados los defectos del método de trabajo de la Internacional, la consigna de la bolchevización, en su aspecto organizativo, es una aplicación vulgar e inadecuada de la experiencia rusa, y en muchos países tiende ya a provocar una parálisis, quizá involuntaria, de las iniciativas espontáneas y de las energías proletarias y clasistas, por parte de un aparato cuya selección y función obedecen a criterios en gran parte artificiales.

Conservar la organización territorial del partido no significa renunciar a los órganos del partido en los talleres. Estos deben estar formados por grupos comunistas ligados al partido, dirigidos por éste e insertados en el encuadramiento sindical del partido. Este sistema permite aumentar el contacto con las masas y mantiene más oculta a la organización fundamental del partido.

5. DISCIPLINA Y FRACCIONES

Otro aspecto de la bolchevización consiste en considerar que lo que garantiza la eficacia del partido es su completa centralización disciplinaria y la severa prohibición del fraccionismo.

La última instancia que debe zanjar todas las cuestiones controvertidas es el órgano central internacional, en el que predomina el Partido Comunista Ruso, si no jerárquicamente, sí al menos políticamente.

En realidad no existe ninguna garantía, y el problema se plantea así de manera completamente incorrecta. De hecho no sólo no ha evitado el recrudecimiento del fraccionismo en la Internacional, sino que lo ha estimulado de manera encubierta e hipócrita. Por otra parte, desde el punto de vista

histórico, el partido ruso no logró superar el fraccionismo recurriendo a expedientes, ni a recetas mágicas incluidas en sus estatutos, sino que aquel fue el resultado del correcto planteamiento de los problemas doctrinales y de acción política.

Las sanciones disciplinarias constituyen uno de los elementos que nos permiten evitar la degeneración, pero sólo si se aplican en casos excepcionales y no se convierten en la norma o en la forma prácticamente ideal de funcionamiento del partido.

La solución no consiste en apelar a la autoridad de la jerarquía, que carece además de su investidura inicial, bien porque la experiencia histórica rusa, aun siendo grandiosa, es incompleta, bien porque dentro de la propia vieja guardia, custodia de las tradiciones bolcheviques, han surgido desacuerdos que a priori no podemos decir que se hayan solucionado de la mejor manera posible. Ni tampoco consiste en aplicar sistemáticamente los principios de la democracia formal, que para el marxismo no tienen más valor que el de facilitar la práctica organizativa.

Los partidos comunistas deben desplegar un centralismo orgánico, el cual, al mismo tiempo que consulta a las bases lo máximo posible, elimina espontáneamente todo reagrupamiento que tiende a

diferenciarse. Y esto no se consigue con recetas jerárquicas formales y mecánicas sino, como decía Lenin, con la política revolucionaria adecuada.

El aspecto fundamental de la evolución del partido no es reprimir el fraccionismo, sino prevenirlo.

Es absurdo, estéril y además muy peligroso suponer que el partido y la Internacional están misteriosamente a salvo de recaer en el oportunismo o de toda tendencia a recaer en él. Esto depende tanto de los cambios de la situación como de la influencia de los residuos de las tradiciones socialdemócratas. Por tanto, salvo cuando se trata de casos individuales de conciencia y derrotismo, hay que intentar solucionar los problemas de manera provechosa para el partido y el proletariado en general, evitando estos graves peligros.

Si estos se acentuasen, estas divergencias asumirían, de manera inevitable pero útil, la forma de fraccionismo. Esto podría dar lugar a escisiones, no por el pueril motivo de que a los dirigentes les falte energía a la hora de reprimir, sino porque se ha verificado la maldita hipótesis de la quiebra del partido y su sometimiento a las influencias contrarrevolucionarias.

Un ejemplo de este falso método lo tenemos en las artificiales soluciones que se han dado a la situación del partido alemán después de la crisis oportunista de

1923. No sólo no se ha eliminado el fraccionismo, sino que se ha impedido que en las filas de un proletariado tan avanzado como el alemán surgiera espontáneamente una adecuada reacción clasista y revolucionaria ante la degeneración del partido.

Históricamente, el peligro de la influencia burguesa sobre el partido de clase no se presenta a través de la organización de fracciones, sino más bien a través de una penetración astuta que se dedica a agitar demagógicamente la bandera de la unidad y que se despliega como una dictadura desde lo alto que paraliza las iniciativas de la vanguardia proletaria.

Echando mano de la disciplina para hacer frente a los intentos fraccionistas no se logra identificar y eliminar esa influencia disolutiva. Esto se consigue orientando al partido y al proletariado contra esta trampa desde el instante mismo en que se manifiesta no sólo como revisión doctrinal, sino también a través de propuestas positivas de importantes maniobras políticas de consecuencias anticlasistas.

Uno de los aspectos negativos de la llamada bolchevización consiste en sustituir la elaboración política completa y consciente en el seno del partido, que supone un progreso efectivo hacia un centralismo más compacto, por la agitación externa y escandalosa de

fórmulas mecánicas acerca de la unidad por la unidad y la disciplina por la disciplina.

Los resultados de este método perjudican al partido y al proletariado y retrasan la constitución de un «verdadero» partido comunista. Este método que se ha aplicado en muchas secciones de la Internacional constituye en sí mismo un grave síntoma de oportunismo en estado latente. Actualmente en la Komintern aún no se perfila la formación de una oposición internacional de Izquierda, pero si los factores desfavorables mencionados continúan desarrollándose, el surgimiento de semejante oposición sería una necesidad revolucionaria y una consecuencia espontánea de la propia situación.

6. CUESTIONES TÁCTICAS HASTA EL V CONGRESO

En la resolución de los problemas tácticos planteados por las situaciones mencionadas anteriormente en el campo internacional, se han cometido unos errores análogos en general a los errores organizativos, fruto de esa pretensión de que todas las conclusiones hay que extraerlas de los problemas que se le plantearon en el pasado al Partido Comunista Ruso.

La táctica del frente único no debe entenderse como una coalición política con otros partidos supuestamente obreros, sino como una manera de aprovechar las reivindicaciones inmediatas suscitadas por las circunstancias para extender la influencia del partido comunista sobre las masas, sin comprometer su posición autónoma.

Por lo tanto, la base para el frente único la constituyen los organismos proletarios en los cuales los trabajadores entran por su posición social, al margen de su ideología política y de su posible militancia en un partido organizado. En efecto, por un lado se trata de posibilitar en la práctica tanto la crítica comunista al resto de partidos políticos como la progresiva incorporación a las filas del partido comunista de nuevos elementos, que antes estaban en esos partidos. Y por otro lado, de asegurarse de que las masas comprendan las sucesivas consignas del partido para poder movilizarlas sobre su programa y bajo su exclusiva dirección.

La experiencia ha demostrado muchas veces que el único modo de aplicar el frente único de forma revolucionaria es rechazando el método de las coaliciones políticas permanentes o transitorias, de los comités de dirección de la lucha que incluyen a representantes de los diferentes partidos políticos, y

también de las negociaciones, las propuestas y cartas abiertas a otros partidos por parte del partido comunista.

La práctica ha demostrado la esterilidad de estos métodos y ha desacreditado incluso su efecto inicial, dado el abuso que se ha hecho de él.

La táctica del «gobierno obrero» consiste en trasladar el frente único político a una reivindicación central ligada al problema del Estado. Aquí ya no se trata sólo de una táctica errónea, sino de una contradicción flagrante con los principios del comunismo. Si el partido lanza esta consigna, que equivale a defender la toma del poder por parte del proletariado a través de los organismos representativos propios del aparato estatal burgués, o al menos no rechaza explícitamente semejante eventualidad, está abandonando y renunciando al programa comunista, no sólo por las nefastas e inevitables consecuencias que esto tiene sobre la ideología proletaria, sino también por la propia formulación ideológica que el partido enuncia y acredita. La revisión de esta táctica por parte del V Congreso, tras la derrota alemana, no ha sido satisfactoria, y el posterior desarrollo de las experiencias tácticas es razón suficiente para que abandonemos hasta la propia expresión «gobierno obrero».

Respecto al problema central del Estado el partido sólo tiene una consigna: dictadura del proletariado, pues no existe otro «gobierno obrero».

Esta consigna sólo puede dar paso al oportunismo, es decir, a apoyar o participar directamente en gobiernos burgueses supuestamente filo-obreros.

Todo esto no contradice en absoluto la consigna de «todo el poder a los Soviets» y a los organismos de tipo soviético (elegidos exclusivamente por los trabajadores), aun cuando los partidos oportunistas predominen en ellos. Dichos partidos están en contra de la toma del poder por parte de los órganos proletarios (lo cual constituye la propia dictadura proletaria, que excluye a los no trabajadores de los órganos electivos y del poder), dictadura que sólo el partido comunista podrá gestionar.

No es necesario, ni lo planteamos aquí, sustituir la consigna de la dictadura proletaria por su único sinónimo posible: «gobierno del partido comunista».

7. CUESTIONES DE LA «NUEVA TÁCTICA»

El frente único y el gobierno obrero se intentaban justificar así: «para lograr la victoria no basta con disponer de partidos comunistas, sino que también es necesario conquistar a las masas. Para conquistarlas, hay que eliminar la influencia de los socialdemócratas en el terreno de las reivindicaciones que afectan a todos los trabajadores».

Hoy se va más allá y el problema se plantea de esta peligrosa forma: «para lograr la victoria, primero es necesario que la burguesía gobierne de modo más tolerante y flexible, o que gobiernen las clases medias que se encuentran entre la burguesía y el proletariado, de modo que esto nos permita prepararnos». Al concebir que es posible un tipo de gobierno original de las clases medias, la segunda concepción cae en lleno en un revisionismo de la doctrina de Marx, equivalente a la plataforma contrarrevolucionaria del reformismo.

La primera concepción únicamente pretende definir las condiciones objetivas que nos permiten desarrollar mejor nuestra propaganda, agitación y organización. Pero no es menos peligrosa que la segunda, como ya se ha comentado al hablar del análisis de las situaciones.

Todo hace prever que el liberalismo y la democracia burguesa, en antítesis o en síntesis con el

método «fascista», se desarrollarán en el sentido de excluir al partido comunista de sus garantías jurídicas, por poco que estas valgan. Dado que este partido rechaza el sistema jurídico en su programa, se excluye a sí mismo de su protección, argumentarán. Esto ni siquiera sería incompatible con los principios de la democracia burguesa, y en cualquier caso la labor de todos los llamados gobiernos de izquierda nos ofrece algunos precedentes, como por ejemplo el programa del Aventino italiano. La «libertad» que se ofrece al proletariado de esta forma es esencialmente una mayor libertad de acción y de organización de los agentes contrarrevolucionarios en su seno. La única libertad para el proletariado reside en su dictadura.

Ya se ha dicho que en la medida en que un gobierno de izquierda ofrece condiciones favorables, éstas sólo pueden aprovecharse si el partido sabe conservar una postura continua y claramente autónoma. No se trata de atribuir una especie de diabólica habilidad a la burguesía, sino de la certeza, sin la cual no tenemos derecho a llamarnos comunistas, de que en la lucha final contra las conquistas del proletariado se levantará el frente único de las fuerzas burguesas, se personifiquen en Hindenburg o en MacDonald, en Mussolini o en Noske.

Acostumbrar al proletariado a escoger en este frente a aquellos elementos que puedan serle favorables, aun de forma involuntaria, supone añadir un factor desfavorable más, a pesar de que esa debilidad intrínseca del propio frente burgués constituya un factor favorable para la victoria.

Por eso hay que considerar inaceptables los métodos tácticos defendidos en Alemania tras la elección de Hindenburg, donde se ha llevado a cabo una alianza electoral con la socialdemocracia y con otros partidos «republicanos», o sea, burgueses, así como también una alianza parlamentaria en el Landstag prusiano, todo para evitar un gobierno de derecha. En Francia, se ha apoyado al cártel de izquierdas en las elecciones municipales (táctica de Clichy). Las propias Tesis del II Congreso sobre el parlamentarismo revolucionario afirman que el partido comunista sólo puede acudir al terreno electoral y parlamentario con unas posiciones rigurosamente independientes.

Las recientes manifestaciones tácticas mencionadas presentan una analogía histórica indudable, aunque no absoluta, con los métodos tradicionales de los bloques electorales y del colaboracionismo de la Segunda Internacional, que pretendían justificarse también como una interpretación del marxismo.

Tales métodos representan un peligro efectivo para el planteamiento ideológico y organizativo de la Internacional, y además no han sido aprobados por ninguna deliberación en los congresos internacionales, y mucho menos por las tesis tácticas del V Congreso.

8. CUESTIÓN SINDICAL

La Internacional ha cambiado varias veces su concepción de las relaciones entre organismos políticos y económicos a nivel mundial. Esto constituye un importante ejemplo de este método que se dedica, no ya a extraer las acciones contingentes de los principios, sino a improvisar nuevas y diversas teorías para justificar unas acciones que en realidad se emprenden porque parecen fáciles y prometen un éxito inmediato.

Primero se admitió a los sindicatos en la Internacional Comunista, luego se constituyó la Internacional Sindical Roja, argumentando que, siendo cierto que el partido comunista debe luchar por la unidad de los sindicatos (lo cual permite un mejor y más amplio contacto con las masas) y que debe evitar la formación de sindicatos propios (ni siquiera mediante la escisión de los dirigidos por los amarillos), en un terreno internacional el Buró Internacional de Ámsterdam no podía considerarse un organismo de las masas

proletarias, sino un órgano político contrarrevolucionario de la Sociedad de Naciones.

En un momento determinado, por razones ciertamente importantes, si bien circunscritas sobre todo al proyecto de utilizar el movimiento sindical inglés de izquierda, se propuso renunciar a la Internacional Sindical Roja para llevar a cabo la unidad organizativa sindical con Ámsterdam, a escala internacional.

El hecho de que la situación haya cambiado no justifica giros tan graves, pues la cuestión de las relaciones entre los organismos políticos y sindicales internacionales es una cuestión de principios ligada a la de las relaciones entre el partido y la clase para la movilización revolucionaria.

Hay que decir además que a la hora de tomar esta decisión ni siquiera se respetaron las garantías estatutarias internas, y los órganos internacionales competentes se encontraron ante un hecho consumado.

Mantener la consigna de «Moscú contra Ámsterdam» no excluía ni excluye la lucha por la unidad sindical en cada país. En efecto, la liquidación de las tendencias separatistas en los sindicatos (Alemania e Italia) sólo se ha podido llevar a cabo quitando a los separatistas ese argumento de que al proletariado le era

imposible apartarse de la influencia de la Internacional de Ámsterdam.

En cambio, la adhesión aparentemente entusiasta de nuestro partido en Francia a la propuesta de la unidad sindical mundial no impidió a éste manifestar una incapacidad absoluta a la hora de solucionar de manera no escisionista el problema de la unidad sindical nacional.

No obstante, la táctica del frente único a escala mundial de todos los organismos sindicales, incluidos los sindicatos que están en Ámsterdam, puede llegar a ser de cierta utilidad.

La Izquierda del partido italiano siempre ha luchado por la unidad proletaria en los sindicatos, actitud que la diferencia claramente de las falsas izquierdas de tipo sindicalista y voluntarista, contra las que combatió Lenin. En Italia la Izquierda es la única que hace suyo el correcto concepto leninista del problema de las relaciones entre los sindicatos y los consejos de fábrica. Partiendo de la base de la experiencia rusa y de las tesis del II Congreso al respecto, rechaza el grave abandono de principios que supone negar la importancia revolucionaria de los sindicatos, basados en la afiliación voluntaria, y su sustitución por ese concepto utópico y reaccionario del

aparato institucional necesaria y orgánicamente adherido a todo el sistema de producción capitalista, un error que en la práctica se concreta en una sobrevaloración de los consejos de fábrica y en un boicot de hecho a los sindicatos.

9. CUESTIÓN AGRARIA

La cuestión agraria se define fundamentalmente en las tesis de Lenin en el II Congreso de la Internacional. La línea fundamental de Lenin consiste principalmente en la rectificación histórica del problema de la producción agrícola dentro del sistema marxista. Las premisas para la socialización de las empresas, maduras en la economía industrial, aún están ausentes en lo que respecta a la economía agrícola.

Esto no significa que haya que retrasar la revolución proletaria (pues estas premisas sólo se realizarán con esta revolución), sino que el problema de los intereses generales de los campesinos pobres es irresoluble el contexto de la economía industrial y del poder burgués. Esto permite al proletariado unir su propia lucha con la emancipación del campesino pobre de su explotación por parte de los terratenientes y la burguesía, aunque esta emancipación no implique

directamente una transformación general de la economía productiva rural.

En las fincas que jurídicamente pertenecen a los grandes terratenientes pero que técnicamente se componen de pequeñísimas empresas productivas, la destrucción de las superestructuras legales implica el reparto de la tierra entre los campesinos. En realidad, esto no supone más que liberar a estas pequeñas empresa, ya divididas, de la explotación común a la que están sometidas. Esto sólo puede lograrse mediante una destrucción revolucionaria de las relaciones de propiedad, que sólo el proletariado de la industria puede llevar a cabo, pues a diferencia del campesino, no es una simple víctima del sistema de las relaciones burguesas de producción, sino el producto histórico de su madurez, que condena a aquellas a ceder el paso a un sistema de relaciones nuevas y distintas. Por consiguiente, el proletariado hallará una preciosa ayuda en la revuelta del campesino pobre. Pero lo esencial de estas conclusiones tácticas de Lenin es, en primer lugar, que distinguen fundamentalmente entre las relaciones del proletariado con el campesinado y sus relaciones con las capas medias reaccionarias de la economía urbana, reflejadas sobre todo en los partidos socialdemócratas. Y en segundo lugar, su concepto del predominio y la inalienable hegemonía de la clase obrera en la conducción de la revolución.

En el momento de la conquista del poder, pues, el campesino se presenta como un factor revolucionario. Pero aunque durante la revolución su ideología se modifique respecto a las viejas formas de autoridad y legalidad, no cambia mucho en lo que respecta a las relaciones productivas, que siguen siendo las relaciones tradicionales de una empresa familiar aislada y en competencia con el resto. El campesino, pues, sigue suponiendo un grave peligro para la construcción de la economía socialista, a la que sólo se verá arrastrado mediante el gran desarrollo de las fuerzas productivas y de la técnica agraria.

Según Lenin, en el terreno táctico y organizativo, al proletariado agrícola sin tierra (braceros) hay que considerarlo y encuadrarlo de la misma manera que al resto del proletariado. Con el campesino pobre, ya cultive sólo su parcela o ésta sea insuficiente, hay que llevar a cabo una alianza. En cambio, al campesino medio, que es al mismo tiempo víctima de ciertas relaciones capitalistas y explotador de mano de obra, hay que simplemente neutralizarlo. Por último, el campesino rico, en el que predomina esta última característica, es un enemigo directo de la revolución.

La Internacional debe evitar cometer errores a la hora de aplicar esta táctica agraria, errores que ya han aparecido, por ejemplo, en el partido francés, y que

consisten en pensar que los campesinos pueden llevar a cabo una revolución original, a la misma altura que la de los obreros, o bien en creer que la movilización revolucionaria de los obreros pueda provocarse mediante una insurrección surgida en el campo, cuando se trata justamente de lo contrario.

El campesino que defienda el programa comunista y que sea capaz de organizarse políticamente debe incorporarse al partido comunista. Esta es la única forma de luchar contra el surgimiento de partidos exclusivamente campesinos, inevitablemente influenciados por la contrarrevolución.

La Krestintern (Internacional de los Campesinos) debe englobar a las organizaciones campesinas de todos los países que se caractericen por reagrupar a todos los que comparten unos intereses económicos inmediatos (como sucede en los sindicatos proletarios). Aquí también hay que rechazar la táctica de las negociaciones políticas, del frente único político y de la formación de fracciones dentro de los partidos campesinos, aunque sea para zaparlos desde el interior.

Esta norma táctica no contradice las relaciones que se establecieron entre los bolcheviques y los socialistas-revolucionarios durante la guerra civil,

cuando ya existían las nuevas instituciones representativas del proletariado y de los campesinos.

10. CUESTIÓN NACIONAL

Lenin también aportó una clarificación fundamental a la teoría del movimiento popular en los países coloniales y en algunos países excepcionalmente atrasados. Antes de que los factores económicos y la expansión importada del capitalismo hagan madurar en estos países las relaciones que dan lugar a la moderna lucha de clases, se plantean reivindicaciones que sólo se pueden lograr mediante una lucha insurreccional y la derrota del imperialismo mundial.

Cuando existen plenamente estas condiciones, la lucha puede situarse en el mismo terreno que en las metrópolis. Es la época de la revolución proletaria, aunque el conflicto adquiera localmente un aspecto no clasista, sino de razas y nacionalidades.

Sin embargo, lo fundamental del planteamiento leninista es que la lucha mundial deben dirigirla los órganos del proletariado revolucionario, y que hay que alentarla, y no ahogar ni retrasar, la lucha de clases en las regiones indígenas, así como la constitución y el desarrollo independiente del partido comunista local.

Aplicar estas consideraciones en los países en los que el régimen capitalista y el aparato estatal burgués existen desde hace tiempo constituye un peligro. Efectivamente, en estas condiciones, la cuestión nacional y la ideología patriótica juegan un papel directamente contrarrevolucionario que tienden al desarme de clase del proletariado. Estas desviaciones se manifestaron, por ejemplo, en las famosas concesiones de Radek a los nacionalistas alemanes que luchaban contra la ocupación de los aliados.

En Checoslovaquia, donde las dos razas están a la misma altura histórica y el ambiente económico común está plenamente evolucionado, la tarea de la Internacional es liquidar toda expresión organizativa de ese dualismo nacional dentro del campo del proletariado.

Por consiguiente, convertir la lucha de las minorías nacionales *en sí misma* en una cuestión de principios equivale a deformar la concepción comunista, pues para saber si tal lucha presenta posibilidades revolucionarias o si se desarrollará de forma reaccionaria se deben que emplear otros criterios.

11. CUESTIONES RUSAS (1926)

Evidentemente, para la Internacional Comunista es importante la Nueva Política Económica del Estado ruso, definida sobre todo en el discurso de Lenin de 1921 acerca del impuesto en especie y en el informe de Trotsky al IV Congreso mundial. Dadas las condiciones de la economía rusa y el hecho de que en el resto de países la burguesía permanece en el poder, los marxistas no pueden plantear de otro modo las cuestiones de la perspectiva del desarrollo de la revolución mundial y de la construcción de la economía socialista.

Las graves dificultades que atraviesa la política estatal rusa a causa de la correlación de las fuerzas sociales internas, el problema de la técnica productiva y las relaciones con el exterior, han dado lugar a sucesivas divergencias en el seno del Partido Comunista Ruso. Lo más deplorable de todo es que el movimiento comunista internacional no haya tenido la posibilidad de pronunciarse sobre tales divergencias con más fundamento y autoridad.

En la primera discusión, las consideraciones de Trotsky acerca de la vida interna del partido y el «nuevo curso» eran completamente correctas, como también fueron netamente proletarias y revolucionarias en su conjunto sus observaciones sobre el desarrollo de la política económica del Estado. En la segunda discusión no estaban menos justificadas las consideraciones de

Trotsky acerca de los errores de la Internacional, y se demostró que la mejor tradición bolchevique no militaba a favor de los criterios predominantes en la dirección de la Komintern.

Este debate llegó al partido como un eco deformado y artificial, pues, siguiendo los métodos acostumbrados, se puso en primer plano la intimidación antifraccionista, o peor, antibonapartista, lo cual carecía de sentido. En cuanto a la reciente discusión, lo primero que hay que decir es que plantea cuestiones de carácter internacional y que el hecho de que la mayoría del Partido Comunista Ruso se haya pronunciado no es argumento para impedir que la Internacional discuta y se pronuncie a su vez, aunque la oposición rusa derrotada haya renunciado a ello, lo cual es indiferente⁵³.

⁵³ La primera discusión a la que se hace referencia aquí la originaron dos cartas de Trotsky al Comité Central, una del 8 de octubre de 1923 y otra del 8 de diciembre (titulada «Nuevo Curso»), publicada el 28 y 29 de diciembre en el *Pravda*. Tras haber tomado una posición ambigua en el XII Congreso (17-25 de abril de 1923), en el que se abstuvo de plantear las cuestiones candentes que Lenin (imposibilitado tras sufrir un segundo ataque) le había encargado, Trotsky se refiere en ambas cartas en primer lugar a la grave crisis económica que golpeaba a la URSS (extensión alarmante del paro, alza de los precios industriales, estancamiento de los precios agrícolas y, por consiguiente, parálisis de los intercambios entre la ciudad y el campo); y luego al régimen opresivo que reinaba en el partido y a la persecución contra los opositores, que había asumido proporciones alarmantes.

Antes de esta intervención de Trotsky, ya se habla formado una oposición llamada «de los 46» (Preobrazensky, Piatakov, etc.), con unas posturas semejantes. Al término de una violenta campaña, la dirección del partido los condenó a todos en bloque como «antileninistas», «pequeñoburgueses» y «fraccionistas», en la XIII Conferencia (16-18 de enero de 1924).

La segunda discusión tuvo como telón de fondo el desastre alemán de octubre de 1923, cuya responsabilidad la Internacional hizo recaer sobre la dirección del partido comunista alemán, que había actuado al compás del Ejecutivo de la Internacional. Esta discusión desencadenó la publicación, en octubre de 1924, de *Las lecciones de Octubre* de Trotsky, como prefacio al tercer volumen de su *1917*. Al extraer las lecciones de la revolución rusa, Trotsky comenta cuáles son las condiciones necesarias para que la organización del partido esté a la altura de su tarea histórica en los periodos en que la situación pone a la orden del día la conquista del poder y la insurrección. Como respuesta, la dirección desató una campaña infame contra el «trotskismo», desenterrando sistemáticamente todas las discusiones pasadas entre Lenin y Trotsky. Ese fue el preludio de la sangrienta persecución posterior contra la oposición internacionalista en Rusia y del triunfo de la tesis estalinista del «socialismo en un solo país», que tuvo lugar en 1926.

Tal como lo indican aquí las *Tesis de Lyon*, hay que señalar que, ya desde el V Congreso mundial (junio-julio de 1924) y nuevamente al año siguiente, la oposición denominada trotskista, plegándose ante el *diktat* estalinista, para el que la cuestión era de exclusiva competencia del PCR, había renunciado a apelar a la Internacional. Lo mismo hizo, por otra parte, la «nueva oposición» de Zinoviev-Kámenev, tras plantear en el XIV Congreso del partido ruso (diciembre de 1925) una vigorosa batalla contra la teoría del «socialismo en un solo país», el «embellecimiento» de la NEP y el régimen de opresión y de arbitrariedad en el partido. A pesar de ello, en el Ejecutivo Ampliado de febrero-marzo de 1926, la Izquierda italiana pidió nuevamente, sin ser escuchada, que la «cuestión rusa», es decir, las «relaciones entre la lucha revolucionaria del proletariado mundial y la política del Estado ruso y del Partido Comunista de la Unión Soviética», fuera incluida en el orden del día del congreso mundial que debía reunirse al año siguiente, después de una discusión a fondo del problema en todas las secciones de la Komintern.

Como en otros casos, los procedimientos y la disciplina han terminado ahogando la cuestión fundamental. No se trata de defender los derechos violados de una minoría, cuyos jefes además como poco comparten la responsabilidad de los numerosos errores cometidos en el terreno internacional, sino de cuestiones vitales para el movimiento mundial.

La cuestión rusa hay que llevarla a la Internacional para su estudio completo. Los términos de su planteamiento deben ser los siguientes: según Lenin, en la economía rusa actual hay elementos preburgueses, burgueses, de capitalismo de Estado y de socialismo. La gran industria estatal es socialista en la medida en que obedece los imperativos productivos de un Estado que políticamente es proletario. Sin embargo, la distribución de sus productos se realiza bajo formas capitalistas, a través del mecanismo del mercado libre de la competencia.

En principio no se puede negar que este sistema de hecho mantiene a los obreros en unas condiciones económicas que no son muy buenas, que ellos aceptan gracias a la conciencia revolucionaria adquirida, ni que esta situación puede evolucionar hacia un aumento de la extracción de la plusvalía a través del precio que los obreros pagan por los productos alimenticios y del precio pagado por el Estado, así como de las condiciones

que éste logra en su compra, las concesiones, el comercio y todas las relaciones con el capitalismo extranjero. Así es como hay que plantear la cuestión para saber si los elementos socialistas de la economía rusa progresan o retroceden, una cuestión que engloba también la del rendimiento técnico y la organización de la industria estatal.

La construcción del socialismo integral, que se extiende tanto a la producción como a la distribución, tanto a la industria como a la agricultura, es algo imposible en un solo país. En cambio sí que es posible desarrollar progresivamente los elementos socialistas en la economía rusa, lo cual supondría el fracaso de ese plan contrarrevolucionario que cuenta a su favor con algunos factores internos (los campesinos ricos, la nueva burguesía y la pequeña burguesía) y externos (las potencias imperialistas). En cualquier caso, ya adopte este plan la forma de una agresión interna o externa o la de un sabotaje progresivo y un aumento de su influencia en la vida social y estatal rusa, lo que provocaría una involución progresiva que terminaría desembocando en la desproletarización de su carácter, la estrecha colaboración y la ayuda de todos los partidos de la Internacional es una condición fundamental para el triunfo.

Sobre todo hay garantizar a la Rusia proletaria y al Partido Comunista Ruso el apoyo activo y enérgico de la vanguardia proletaria, especialmente la de los países imperialistas. Esto no sólo significa impedir las agresiones y presionar en el terreno de las relaciones de los Estados burgueses con Rusia, sino también que los partidos hermanos deben ayudar al partido ruso a resolver sus problemas. Es cierto que estos no poseen una experiencia directa en los problemas del gobierno, pero a pesar de ello contribuirán a su resolución aportando un coeficiente clasista y revolucionario que deriva directamente de la realidad de la lucha de clases que se desarrolla en sus respectivos países.

Como se ha dicho anteriormente, las relaciones internas de la Internacional Comunista no son las adecuadas para estas tareas. Se impone un cambio urgente, sobre todo para actuar contra los excesos que ha provocado la llamada bolchevización en el terreno organizativo, táctico y político.

III. CUESTIONES ITALIANAS

1. LA SITUACIÓN ITALIANA (1926)

Las apreciaciones sobre la situación italiana que consideran que en este país el insuficiente desarrollo del

capitalismo industrial es algo determinante son erróneas.

Su débil extensión cuantitativa y el relativo retraso histórico de su aparición los compensan otra serie de circunstancias en virtud de las cuales, en la época del *Risorgimento*, la burguesía logró apoderarse completa y sólidamente de todo el poder político, disponiendo de una tradición de gobierno muy rica y compleja.

No se pueden identificar sistemáticamente las divergencias políticas que caracterizan históricamente a los partidos en lucha (derecha e izquierda, clericalismo y masonería, democracia y fascismo) con las diferencias sociales que existen entre terratenientes y capitalistas, o entre la gran y la pequeña burguesía.

El movimiento fascista hay que interpretarlo como un intento de unificar políticamente, con fines contrarrevolucionarios, los diversos intereses de los diferentes grupos burgueses. Creado y alentado directamente por todas las clases dirigentes, latifundistas, industriales, comerciantes y bancarias, apoyado por el aparato estatal tradicional, por la corona, la iglesia y la masonería, el fascismo se ha dirigido hacia sus objetivos movilizand o a los elementos sociales disgregados de las clases medias, a los que ha lanzado

contra el proletariado en estrecha alianza con todos los elementos burgueses.

Lo que ha sucedido en Italia no se puede considerar ni como la llegada al poder de una nueva capa social, ni como la formación de un nuevo aparato estatal con una ideología y un programa originales, ni como la derrota de una parte de la burguesía cuyos intereses supuestamente se identifican más con los métodos liberales y parlamentarios. Los liberales, los demócratas, Giolitti y Nitti, fueron los protagonistas de una fase de la lucha contrarrevolucionaria dialécticamente ligada al periodo fascista, una fase que fue decisiva para la derrota del proletariado. De hecho la política de las concesiones, llevada a cabo con la complicidad de reformistas y maximalistas, permitió a la resistencia burguesa desviar y contener la presión proletaria en el período de la posguerra y la desmovilización, cuando la clase dominante y todos sus órganos aún no estaban preparados para una resistencia frontal.

El fascismo, que durante este periodo recibió la ayuda de los gobiernos, de la burocracia, la policía, la magistratura, el ejército, etc., terminó sustituyendo completamente al viejo personal político burgués. Pero esto no debe engañarnos ni mucho menos sirve de argumento para rehabilitar unos partidos y agrupaciones

que se han visto desplazados no porque ofrecieran condiciones favorables a la clase obrera, sino precisamente porque ya habían cumplido con su correspondiente tarea antiproletaria.

2. ORIENTACIÓN POLÍTICA DE LA IZQUIERDA COMUNISTA

En el curso del desarrollo de las situaciones mencionadas, el grupo que formó el Partido Comunista se guió por los siguientes criterios: rechazo de los ilusorios antagonismos de la escena política burguesa y parlamentaria y planteamiento del antagonismo clasista revolucionario; acabar con esas ilusiones del proletariado acerca de la capacidad de las clases medias para engendrar un estado mayor político, tomar el poder y allanar el camino a las conquistas proletarias; hacer que la clase obrera confíe en su propia tarea histórica mediante una preparación basada en sus distintas posturas críticas, políticas y tácticas, originales y autónomas, sólidamente vinculadas entre sí a lo largo del desarrollo de las situaciones.

La tradición de esta corriente política se remonta a la izquierda del Partido Socialista de antes de la guerra. En los congresos de Reggio Emilia (1912) y Ancona (1914), no sólo se forma una mayoría capaz de oponerse

tanto al error reformista como al sindicalista (que hasta entonces había caracterizado a la izquierda proletaria), sino que dentro de esta mayoría se esboza ya una extrema izquierda que tiende a soluciones cada vez más radicales y clasistas. De esta forma, se lograron resolver correctamente algunos importantes problemas, como el de la táctica electoral, las relaciones con los sindicatos, la guerra colonial o la masonería.

Durante la guerra mundial, si bien todo o casi todo el partido se opuso a la política de unión sagrada, la labor de esta extrema izquierda, bien individualizada, destacó aún más, defendiendo las directivas leninistas en las reuniones de Bolonia (mayo 1915), Roma (febrero 1917), Florencia (noviembre 1917) y en el Congreso de Roma de 1918: rechazo de la defensa nacional, derrotismo, aprovechar la derrota militar para plantear el problema del poder, lucha incesante contra los jefes oportunistas, sindicales y parlamentarios y su expulsión del partido.

Inmediatamente después de la guerra, la posición de la extrema izquierda se concretó en el periódico *Il Soviet*, que fue el primero en exponer y defender la orientación de la revolución rusa, luchando contra las interpretaciones antimarxistas, oportunistas, sindicalistas y anarquizantes y planteando correctamente los problemas esenciales de la dictadura

proletaria y la tarea del partido, defendiendo desde el primer momento que era necesario escindirse del Partido Socialista.

Las conclusiones de este grupo, que defendía el abstencionismo electoral, fueron rechazadas en el II Congreso de la Internacional. No obstante, este abstencionismo no derivaba de errores teóricos antimarxistas de tipo anarcosindicalista, como demuestran las duras polémicas que mantuvimos con la prensa anarquista. La táctica abstencionista se defendía principalmente en un contexto político de completa democracia parlamentaria, la cual crea particulares dificultades para la conquista de las masas y su correcta comprensión de la consigna de la dictadura, dificultades que pensamos que la Internacional continúa subestimando.

En segundo lugar, el abstencionismo se proponía en el contexto de aquella situación general, hoy superada, de aquella inminencia de unas grandes batallas que movilizaron a enormes masas proletarias, y no como una táctica válida en cualquier momento y lugar.

Tras las elecciones de 1919, el gobierno burgués de Nitti abrió una inmensa brecha en la presión revolucionaria, desvió el impulso del proletariado y la

atención del partido, explotando sus tradiciones de desenfrenado electoralismo. El abstencionismo de *Il Soviet* era a la sazón la única reacción correcta contra las verdaderas causas del posterior desastre proletario.

Más tarde, en el Congreso de Bolonia (octubre de 1919), esta minoría abstencionista fue la única que planteó correctamente el problema de la escisión de los reformistas, y buscó en vano un acuerdo sobre este punto con una parte de los maximalistas, renunciando incluso a sus prejuicios abstencionistas. Después del fracaso de estos intentos y hasta el II Congreso mundial, la Fracción Abstencionista fue la única que trabajó a escala nacional para la formar el Partido Comunista.

Este grupo, pues, partiendo de las propias experiencias y tradiciones de la izquierda del proletariado italiano, se orientaba espontáneamente hacia las directivas de Lenin y los bolcheviques, que acababan de triunfar en Rusia.

3. LA LABOR DEL COMITÉ CENTRAL DE LA IZQUIERDA

Una vez constituido el partido comunista en Livorno (enero de 1921), los abstencionistas hicieron todo lo posible por unirse estrechamente con el resto de

grupos que formaban el partido. Si bien para alguno de ellos la escisión con los oportunistas se debía únicamente a cuestiones ligadas con las relaciones internacionales, para el grupo de izquierda existía una completa coincidencia entre las tesis de la Internacional y las enseñanzas de las experiencias políticas precedentes, y muchos otros elementos pensaban lo mismo. Los abstencionistas renunciaron expresamente, por disciplina, a su postura sobre el electoralismo.

El trabajo del Comité Central del partido se inspiraba en la interpretación de la situación italiana y en las tareas del proletariado, tratadas más arriba. Hoy ya es evidente que el retraso en la constitución del partido revolucionario, cuya responsabilidad recae en el resto de grupos, hacía inevitable la posterior retirada del proletariado, ineluctable resultado de aquella demora.

Para que el proletariado estuviera en las mejores condiciones posibles a la hora de encarar las próximas luchas, el Comité Central basó su acción en la necesidad de hacer toda clase de esfuerzos para aprovechar el aparato tradicional de las organizaciones rojas, al mismo tiempo que trataba de convencer al proletariado de que no podía contar con los maximalistas y reformistas, que

llegaron a firmar un pacto de pacificación con el fascismo⁵⁴.

El partido se declaró desde el principio partidario de la unidad sindical, y presentó la propuesta de frente único que culminó en la constitución de la Alianza del Trabajo. Sean cuales sean las opiniones sobre el frente

⁵⁴ Siguiendo una iniciativa del presidente del Parlamento (de Nicola), el *pacto de pacificación* lo firmaron el 3 de agosto de 1921 las siguientes organizaciones: el Partido Fascista, la dirección del Partido Socialista, el grupo parlamentario socialista y la Confederación General del Trabajo (dirigida por los socialistas). Expresión del cretinismo democrático de los socialistas, el pacto estipulaba el desarme de los obreros que se enfrentaban a la violencia fascista y a las fuerzas legales de represión. Este pacto merece ser reproducido en sus términos: «*Las partes representadas se comprometen a trabajar para que cesen inmediatamente las amenazas, agresiones, represalias, castigos, venganzas, presiones y violencias personales de toda clase. Los símbolos, emblemas e insignias respectivos serán respetados. Las partes firmantes se comprometen recíprocamente a respetar las organizaciones económicas. Toda acción, todo comportamiento que viole este compromiso y este acuerdo serán deplorados a partir de ahora y serán desautorizados por las diferentes delegaciones. El Partido Socialista Italiano declara ser ajeno a la organización y a la acción de los "Arditi del popolo", tal como resulta, por otra parte, del congreso de estos últimos, en el cual se declararon ajenos a todo partido*».

El Partido Comunista tomó una posición particularmente nítida frente a este «pacto» y lo denunció enérgicamente. Desde el anuncio de las negociaciones, el Comité Ejecutivo del Partido envió a la dirección del Partido Socialista el telegrama siguiente: «*Para impedir todo empleo arbitrario por vuestra parte del nombre de nuestro Partido, os comunicamos oficial y directamente que no participaremos en ninguna reunión de partidos que tenga como objetivo la pacificación o el desarme. Ejecutivo del Partido Comunista, 27 de julio de 1921*».

único político, es un hecho que éste era coyunturalmente imposible en la Italia de 1921-1922, y que al Partido Comunista nunca le llegó ninguna invitación a ninguna reunión cuyo objetivo fuera establecer una alianza de partidos. En la reunión convocada por los ferroviarios para constituir la alianza sindical, el partido no intervino, para no prestarse a las maniobras que pretendían comprometer la propia Alianza y la responsabilidad del partido, si bien se atribuyó la paternidad de la iniciativa y aseguró que los comunistas respetarían la disciplina de este nuevo órgano. Luego se produjeron algunos contactos entre partidos políticos, en los cuales el partido comunista no se negó de hecho a participar, aunque finalmente fracasaron, demostrando tanto la imposibilidad de llegar a un acuerdo en el terreno de la acción política como el derrotismo del resto de grupos. En una situación de retirada, el Comité Central alentó la confianza de los obreros en su propia clase y elevó la conciencia política de la vanguardia saliendo al paso de las tradicionales maniobras de los grupillos y partidos seudorrevolucionarios. A pesar de los esfuerzos del partido, no se logró desencadenar una acción general hasta más tarde (en agosto de 1922). Pero la derrota proletaria era inevitable, y desde entonces el fascismo, apoyado abiertamente en su lucha violenta por las fuerzas del Estado dirigido por la *democracia liberal*, se hizo dueño del país. La marcha sobre Roma no hizo más que legalizar formalmente su predominio.

Llegados a este punto, a pesar de que el terreno para la acción proletaria se había restringido, la influencia del partido superaba a la de los maximalistas y reformistas, y este progreso lo demostraron los resultados de las elecciones de 1921 y las grandes consultas que se produjeron luego en la Confederación del Trabajo.

4. RELACIONES ENTRE LA IZQUIERDA ITALIANA Y LA INTERNACIONAL COMUNISTA

El Congreso de Roma (marzo de 1922) puso de manifiesto una divergencia teórica entre la Izquierda italiana y la mayoría de la Internacional. Nuestros delegados al III Congreso y al Ejecutivo Ampliado de febrero de 1922 formularon muy mal estas divergencias, y sobre todo en el primer caso cayeron en errores de carácter infantilista. Las Tesis de Roma supusieron la pertinente liquidación teórica y política de todo peligro oportunista de izquierda en el partido italiano.

En la práctica, la única divergencia con la Internacional se manifestaba a propósito de la cuestión de la táctica hacia los maximalistas, pero dicha divergencia parecía superada con la victoria de los unitarios en el Congreso socialista de octubre de 1921.

Las Tesis de Roma se aprobaron como contribución del partido a las decisiones de la Internacional, y no como una línea de acción inmediata. El Comité Central del partido así lo confirmó en el Ejecutivo Ampliado de 1922, y si en aquel entonces no se abrió la discusión teórica oportuna fue precisamente por decisión de la Internacional, decisión que se acató por disciplina.

No obstante, en agosto de 1922, la Internacional no interpretaba la situación italiana igual que el Comité Central del partido, y consideraba que era inestable debido a que la resistencia del Estado se iba debilitando. Pensó que el partido saldría reforzado si se fusionaba con los maximalistas, argumentando que la escisión entre maximalistas y unitarios era un factor decisivo, mientras que para el partido lo decisivo eran las enseñanzas de la vasta maniobra de la huelga de agosto.

Desde entonces las dos líneas políticas divergen definitivamente. En el IV Congreso mundial (diciembre de 1922) el viejo Comité Central se opuso a las tesis aprobadas. Al volver los delegados a Italia, la fusión se confió a una Comisión, y el Comité Central rechazó toda responsabilidad, aunque continuó desempeñando naturalmente sus funciones administrativas. Se produjeron entonces las detenciones de febrero de 1923 y la gran ofensiva contra el partido. Finalmente, en el

Ejecutivo Ampliado de junio de 1923 se destituyó al viejo Comité Ejecutivo y se le sustituyó por otro totalmente diferente. Las dimisiones de una parte de los miembros del Comité Central fueron una simple consecuencia lógica de esta situación. En mayo de 1924, una conferencia consultiva del partido daba aún una aplastante mayoría a la Izquierda frente al Centro y la Derecha, y así se llegó en 1924 al V Congreso mundial.

5. EL ORDINOVISMO COMO TRADICIÓN DEL ACTUAL COMITÉ CENTRAL

El grupo de *L'Ordine Nuovo* surgió en Turín entre algunos elementos intelectuales que estaban en contacto con las masas proletarias de la industria, en un momento en que la Fracción Abstencionista contaba ya en Turín con gran audiencia. En la ideología de aquel grupo predominaban unas concepciones filosóficas burguesas, idealistas y croceanas, las naturalmente sufrieron una transformación, y aún hoy siguen transformándose. Este grupo tardó bastante tiempo en alinearse con las directivas comunistas, y lo hizo conservando algunos errores ligados a sus orígenes. Comprendió la revolución rusa cuando ya era demasiado tarde para aplicar positivamente sus enseñanzas a la lucha proletaria italiana. En noviembre de 1917, el camarada

Gramsci publicó en el *Avanti!* un artículo en el cual afirmaba que la revolución rusa suponía un desmentido al materialismo histórico de Marx y a las teorías de *El Capital*, explicando esta revolución de manera esencialmente idealista. La corriente de extrema izquierda, a la cual pertenecía también la Federación Juvenil, no tardó en responder a este artículo.

El posterior desarrollo del grupo ordinovista, como se puede comprobar en la publicación *L'Ordine Nuovo*, se dirigió hacia una teoría del movimiento obrero que no era ni marxista ni leninista. En esta teoría se plantean erróneamente los problemas de la función de los sindicatos y del partido, la cuestión de la lucha armada, la conquista del poder y la construcción del socialismo. Construyeron una concepción basada en un sistema organizativo no «voluntario», sino «necesario» para la clase trabajadora, estrechamente ligado al mecanismo industrial productivo capitalista.

Partiendo del delegado de departamento y pasando por el consejo de fábrica, este sistema debía culminar al mismo tiempo en la Internacional proletaria, en la Internacional Comunista, en el sistema de los Soviets y en el Estado obrero, cuya existencia supuestamente se prefigura incluso antes de la caída del poder capitalista.

Este sistema debía asumir la tarea de construir la nueva economía en plena época burguesa, reivindicando y ejerciendo el control obrero de la producción.

Esta corriente aparentemente fue abandonando todas las posturas no marxistas de su ideología: utopismo, sindicalismo de tintes proudhonianos, gradualismo económico antes de la conquista del poder, es decir, reformismo, y las fue remplazando poco a poco por las teorías leninistas, bastante diferentes. Si dicha sustitución no hubiera sido aparente y ficticia, el grupo ordinovista no se habría apartado del grupo cuya tradición de izquierda, como se ha demostrado, convergía espontáneamente con la orientación bolchevique, ni se habría levantado contra esta corriente, que ha aportado una seria contribución a la experiencia proletaria clasista, no unos ejercicios académicos y de biblioteca sacados de los textos burgueses. Esto no quiere decir que *L'Ordine Nuovo* no haya aprendido y mejorado gracias a su estrecha colaboración con la Izquierda, rápidamente interrumpida. Así pues, es difícil acoger sin ironía esa pretensión de los *leaders* ordinovistas de bolchevizar a quienes ya tenían en realidad una orientación bolchevique, en el sentido serio y marxista del término, lo cual por cierto no lograron con procedimientos mecánicos, burocráticos, ni chismosos.

Poco antes del Congreso mundial de 1920, los ordinovistas aún se negaban a escindir el viejo partido y planteaban erróneamente todos los problemas sindicales. El representante de la Internacional en Italia se vio obligado a polemizar con ellos acerca de la cuestión de los consejos de fábrica y de la prematura constitución de los Soviets.

En abril de 1920, la Sección de Turín aprobó las conocidas tesis de *L'Ordine Nuovo*, redactadas por el camarada Gramsci y aprobadas por un Comité compuesto de ordinovistas y abstencionistas. Estas tesis, citadas en la resolución del II Congreso, en realidad expresaban, excepto en lo referente a la cuestión electoral, el pensamiento común de toda la Fracción Comunista que por aquel entonces estaba formándose, y no eran una construcción particular del ordinovismo, sino unos puntos que desde hacía bastante tiempo tenía muy claros el grupo de izquierda del partido.

Los ordinovistas se unieron durante algún tiempo a la postura de la Izquierda respecto a la Internacional, aunque en realidad su pensamiento divergía de las Tesis de Roma, que no obstante aprobaron.

El verdadero precursor de la actual adhesión del ordinovismo a la táctica y a la línea general de la

Internacional fue el camarada Tasca, que encabezó la oposición contra la Izquierda en el Congreso de Roma.

Dadas las características del grupo ordinovista, su particularismo y concretismo, que en realidad son herencia de ideologías idealistas burguesas, y dado por otra parte que el método de dirección de la Internacional permite adherirse a ésta de manera superficial e incompleta, podemos decir que, dejando al margen esa ortodoxia de la que tanto presumen, la adhesión teórica (que tiene una importancia decisiva de cara al desarrollo político que se avecina) de los ordinovistas al leninismo no vale mucho más que su pasada adhesión a las Tesis de Roma.

6. LA LABOR POLÍTICA DEL ACTUAL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO

Desde 1923 hasta hoy, el trabajo del Comité Central del partido, aun teniendo presente la difícil situación en la que se ha desenvuelto, ha ido cayendo en unos errores que están esencialmente relacionados con los que ya hemos indicado acerca del problema internacional, si bien en parte se han visto agravados a causa de los desvíos originales propios de la construcción ordinovista.

La participación en las elecciones de 1924 fue un acto político muy acertado, pero no puede decirse lo mismo de la propuesta de acción común que se hizo previamente a los partidos socialistas, ni de la etiqueta de «unidad proletaria» que se empleó para este propósito. También fue deplorable la excesiva tolerancia hacia las maniobras electorales de los *terzini*. Pero los problemas más graves se manifestaron con la crisis que se abrió tras el asesinato de Matteotti.

La política del Comité Central se basó en la absurda idea de que el debilitamiento del fascismo movilizaría a las clases medias primero, y al proletariado después. Esto equivalía por una parte a desconfiar en la capacidad clasista del proletariado, que aún permanecía vigilante bajo el sofocante armazón fascista, y por otra parte a sobreestimar la iniciativa de las clases medias. Aparte de las claras posturas teóricas marxistas al respecto, la enseñanza central que se deriva de la experiencia italiana demuestra que las capas intermedias siempre se dejan arrastrar, siguiendo pasivamente al más fuerte: en 1919-1920 seguían al proletariado; entre 1921 y 1923 al fascismo; y hoy, después de un período de ruidosa e importante agitación en 1924-1925, siguen de nuevo al fascismo.

El Comité Central cometió un error al abandonar el Parlamento y participar en las primeras reuniones del

Aventino, cuando debería haber permanecido en el Parlamento para hacer una declaración atacando políticamente al gobierno y posicionándose inmediatamente contra el prejuicio constitucional y moral del Aventino, error que fue un factor determinante en el desenlace de la crisis a favor del fascismo. No hay que excluir la posibilidad de que los comunistas se vean obligados a abandonar el Parlamento. Pero deben hacerlo a su manera, cuando la situación permita llamar a las masas a la acción directa. Aquel era uno de esos momentos en los que se decide el desarrollo de la situación posterior. El error, por tanto, fue fundamental y decisivo a la hora de juzgar la capacidad del grupo dirigente. La consecuencia fue que la clase obrera no pudo aprovechar ni el debilitamiento del fascismo ni el clamoroso fracaso posterior del Aventino.

El retorno al Parlamento en noviembre de 1924 y la declaración de Repossi fueron beneficiosos, como lo demostró la ola de aprobación proletaria, pero demasiado tardíos. El Comité Central estuvo vacilando mucho tiempo y sólo se decidió a ello gracias a la presión del partido y de la izquierda. La preparación del partido se basaba en unas instrucciones insípidas y una apreciación fantásticamente errónea sobre las perspectivas de la situación (informe de Gramsci al Comité Central, agosto de 1924). La preparación de las masas, que no se basaba en la perspectiva del fracaso del

Aventino, sino en su victoria, se hizo de la peor manera posible, a través de una propuesta a la oposición para formar un Antiparlamento. Para empezar, esta táctica se apartaba de las decisiones de la Internacional, que jamás consideró la posibilidad de hacer propuestas a los partidos netamente burgueses. Además, nos apartaba del terreno de nuestros principios y de la política comunista, así como de la concepción histórica marxista. Al margen de las explicaciones que ofreció el Comité Central sobre los fines y las intenciones que inspiraban su propuesta, que de todos modos tuvieron una repercusión muy limitada, ciertamente ésta presentaba a las masas un fantástico Anti-Estado supuestamente enfrentado al aparato estatal tradicional, mientras que, según las perspectivas históricas de nuestro programa, la única base para un Anti-Estado la constituye la representación de la única clase productora, es decir, el Soviet.

La consigna del Antiparlamento, que contaba con el apoyo sobre el terreno de los comités obreros y campesinos, significaba entregar el estado mayor del proletariado a los representantes de los grupos sociales capitalistas, como Amendola, Agnelli, Albertini, etc.

Aparte de que estaba claro que no se llegaría a semejante situación, la cual sólo se puede considerar como una traición, el mero hecho de admitirla como

perspectiva de una propuesta comunista viola nuestros principios y debilita la preparación proletaria.

Los detalles del trabajo del Comité Central se prestan a otras críticas. Hemos asistido a un desfile de unas consignas que no sólo no tenían ninguna posibilidad de realizarse, sino que ni siquiera se han agitado apreciablemente fuera del aparato del partido. La consigna central de los comités obreros y campesinos, argumentada de manera contradictoria y confusa, no ha sido ni comprendida ni seguida.

7. LA ACTIVIDAD SINDICAL DEL PARTIDO

Se cometió otro grave error en la huelga metalúrgica de marzo de 1925. El Comité Central no comprendió que la desilusión proletaria tras la experiencia del Aventino le impulsaría a emprender acciones clasistas en forma de una oleada de huelgas. De haberlo previsto, habría podido arrastrar a la FIOM⁵⁵ a la huelga nacional (al igual que se la obligó a intervenir en la huelga iniciada por los fascistas), a través de la formación de un comité metalúrgico de agitación

⁵⁵ Federación Italiana de Obreros Metalúrgicos.

apoyado en las organizaciones locales, que estaban completamente a favor de la huelga en todo el país.

La orientación sindical del Comité Central no defendió claramente la consigna de unidad sindical en la Confederación, a pesar de la disolución organizativa de ésta última. Las directivas sindicales del partido reflejaron los errores ordinovistas en lo que respecta a la acción en las fábricas, en las cuales no sólo se crearon y se propusieron múltiples y contradictorios organismos, sino que se dieron a menudo consignas que menospreciaban al sindicato y su concepción como órgano necesario para la lucha proletaria.

Consecuencia de este error fue el desgraciado acuerdo en la FIAT de Turín, así como la confusa orientación en las elecciones de fábrica, en las que no se planteó correctamente, es decir, en el terreno del sindicato, la cuestión de elegir entre la táctica de las listas clasistas y la de las listas del partido.

8. ACTIVIDAD DEL PARTIDO EN LAS CUESTIONES AGRARIAS Y NACIONALES

En la cuestión agraria, la consigna de formar asociaciones de defensa de los campesinos estaba justificada, pero este trabajo se ha llevado a cabo

exclusivamente desde arriba, por medio de los dirigentes del partido.

A pesar de las dificultades de la situación, en esta cuestión hay que denunciar el peligro de concebir nuestras tareas de manera burocrática, un peligro que afecta también al resto actividades del partido.

Hay que establecer unas relaciones adecuadas entre las asociaciones de campesinos y los sindicatos obreros, en el sentido de que los asalariados agrícolas deben formar una federación adherida a la Confederación del Trabajo, y entre ésta y la asociación campesina debe existir una estrecha alianza a nivel nacional y local.

En la cuestión agraria debemos evitar toda concepción regionalista o meridionalista, de la cual ya se han manifestado algunas tendencias. Esto también vale para el problema de la autonomía regional, reivindicada ya por algunos de los nuevos partidos. Hay que combatirlos abiertamente como reaccionarios, en vez de entablar engañosas negociaciones con ellos.

La táctica de buscar alianzas con la izquierda del Partido Popular (Miglioli) y con el partido de los campesinos ha traído resultados desfavorables.

Una vez más, se han hecho concesiones a políticos ajenos a toda tradición clasista, sin lograr en contrapartida el deseado movimiento de las masas y muchas veces desorientando parcialmente a la organización del partido. También es erróneo sobreestimar el alcance de esa maniobra entre los campesinos, cuyo supuesto objetivo es desplegar una campaña política contra la influencia del Vaticano, un problema ciertamente real pero que no se puede resolver adecuadamente de esa manera.

9. EL TRABAJO ORGANIZATIVO DEL COMITÉ CENTRAL

Después de la tempestad fascista, el trabajo de reorganización del partido indudablemente dio buenos resultados. Sin embargo, ese trabajo de organización conservó un carácter demasiado técnico, y en vez de asegurar la centralización estableciendo unas normas estatutarias claras y uniformes aplicables a todo camarada o comité local, se trató de llegar a este resultado a través de la intervención del aparato central. Se podía haber hecho más, permitiendo que las organizaciones de base volvieran a elegir sus propios comités, sobre todo en los periodos más favorables de la situación.

En lo que respecta al aumento de los efectivos del partido y a su posterior disminución, así como a la facilidad con la que se alejan hoy los elementos reclutados tan fácilmente también durante la crisis Matteotti, queda demostrado que tales hechos dependen del desarrollo de las situaciones, y no de los supuestos beneficios de un cambio en la orientación general.

Se exageraron los efectos y las ventajas de esa campaña de reclutamiento que se lanzó durante un mes⁵⁶. En lo que respecta a la organización basada en las células de fábrica, evidentemente el Comité Central debía aplicar las disposiciones generales de la Komintern, a las que ya nos hemos referido. Pero esto se hizo de modo no uniforme, discontinuo y con múltiples contradicciones, y sólo después de reiteradas presiones de las bases se llegó a cierta sistematización.

Lo ideal sería sustituir el sistema de secretarios interregionales por un cuerpo de inspectores que establezcan vínculos políticos directos, si no técnicos,

⁵⁶ La campaña del «mes de reclutamiento» se lanzó inmediatamente después del asesinato de Matteotti, del 15 de agosto al 15 de septiembre de 1925, siguiendo el modelo de la famosa promoción del partido ruso denominada «Llamamiento de Lenin» y que había suministrado a la dirección del partido ruso la masa de maniobra que necesitaba contra la Vieja Guardia. Los efectivos del partido italiano aumentaron en 10.000 miembros, cuando a finales de mayo sólo contaba con 12.000 miembros (14.000 si se incluye a los *terzini*).

entre el Comité Central y los organismos tradicionales de base del Partido, las Federaciones provinciales. La tarea de los inspectores debería ser principalmente intervenir activamente donde sea necesario reconstruir la organización fundamental del partido, siguiéndola y asistiéndola hasta que sea capaz de funcionar normalmente.

10. LA LABOR DEL COMITÉ CENTRAL EN LA CUESTIÓN DEL FRACCIONISMO

La campaña que ha culminado durante la preparación de nuestro Congreso se desencadenó deliberadamente después del V Congreso mundial, no como un trabajo de propaganda y de elaboración de las directivas de la Internacional por parte de todo el partido, tendente a crear una verdadera y útil conciencia colectiva más avanzada, sino como una agitación con miras a lograr del modo más expeditivo y con el mínimo esfuerzo posible que los camaradas renunciaran a sus posturas de izquierda. No se han preocupado en considerar si tal método era útil o perjudicial para el partido a efectos de su eficacia respecto a los enemigos externos, sino sólo en lograr a cualquier precio este objetivo interno.

Ya hemos criticado desde el punto de vista histórico y teórico ese falso método consistente en reprimir el fraccionismo desde arriba. En el caso italiano, el V Congreso aceptó la demanda de la Izquierda, que renunciaba así a todo su trabajo de oposición y se comprometía a participar en el conjunto del trabajo del partido, excepto en las tareas de dirección política, al mismo tiempo que reclamaba que cesaran las presiones desde lo alto de las que era objeto. Dicho acuerdo lo rompió el Comité Central con una campaña basada no ya en posturas ideológicas y tácticas, sino en acusaciones de indisciplina a ciertos camaradas, planteándolas en los congresos federales de manera unilateral.

Al anunciarse el próximo Congreso, se constituyó un Comité de Entente espontáneamente, para evitar que las reacciones de individuos y grupos se manifestaran en un sentido disgregador, para canalizar la acción de todos los camaradas de la Izquierda en una línea común y responsable, dentro de los estrechos límites de la disciplina y con la garantía de que se respetarían las decisiones de todos los camaradas en las consultas del partido. El Comité Central aprovechó esta circunstancia y la empleó en su plan de agitación, presentando a los camaradas de la Izquierda como fraccionistas y escisionistas, mediante una campaña durante la cual se les prohibió defenderse hasta que los Comités Federales,

siguiendo las imposiciones del centro, no se pronunciaron contra la Izquierda.

Este plan de agitación continuó con una depuración fraccionista del aparato del partido y de los cargos locales, con una particular forma de presentar los escritos que se presentaban como contribución a la discusión, y con la prohibición de que los representantes de la Izquierda interviniesen en los Congresos federales. Y culminó en este inaudito sistema de votación que consiste en atribuir automáticamente el voto de los ausentes en la consulta a las tesis del Comité Central.

Sea cual sea el resultado, logren o no una mayoría en el recuento, está claro que esta labor no nos ha permitido avanzar, sino que ha dañado gravemente la conciencia ideológica del partido y su prestigio entre las masas. Y si se ha logrado evitar lo peor ha sido gracias a la moderación de los camaradas de la Izquierda, que han soportado semejante martilleo no porque crean que estaba mínimamente justificado, sino únicamente por su devoción a la causa del partido.

11. ESQUEMA DE PROGRAMA DE TRABAJO PARA EL PARTIDO

Según la Izquierda, los puntos precedentes contienen las premisas de las que se derivan las tareas generales y particulares del partido. Pero es evidente que este problema sólo puede plantearse sobre la base de decisiones internacionales. Por tanto, la Izquierda sólo puede esbozar un esquema de programa de acción y proponerlo a la Internacional como tareas para su Sección italiana.

El partido debe preparar al proletariado para la reanudación de su actividad clasista y para la lucha contra el fascismo utilizando las severas experiencias por las que ha pasado en los últimos tiempos. Al mismo tiempo, debe destruir todas sus ilusiones en los cambios de la política burguesa y en la posibilidad de contar con la ayuda de las clases medias urbanas, valiéndose de las experiencias del período liberal democrático para evitar que se repitan las ilusiones pacifistas.

El partido no dirigirá propuestas de acción común a los partidos de oposición antifascista, ni tampoco se acercará al ala izquierda de esta oposición, ni a ninguno de los partidos llamados de izquierda de manera separada.

Para la movilización de las masas en torno a su programa, el partido establecerá una táctica de frente único desde abajo, siguiendo atentamente las

situaciones económicas a la hora de formular las reivindicaciones inmediatas. El partido evitará plantear como una reivindicación política central el ascenso de un gobierno que conceda garantías de libertad. No planteará como objetivo de las conquistas de clase la exigencia de «libertad para todos», sino que tendrá que poner en evidencia que la libertad para los obreros consiste en aplastar la libertad de los explotadores y los burgueses.

Al plantearse hoy el grave problema del vaciamiento de los sindicatos de clase y del resto de órganos inmediatos del proletariado, el partido agitará ante todo la consigna de la defensa de los sindicatos rojos tradicionales y su necesario resurgimiento. El trabajo en los talleres debe evitar la creación de órganos que sean susceptibles de reducir la eficacia de las consignas sobre la reconstrucción sindical. Teniendo en cuenta la situación actual, el partido promoverá el funcionamiento de los sindicatos en las «secciones sindicales de fábrica», las cuales, representando una fuerte tradición sindical, se presentan como organismos aptos para dirigir las luchas obreras, en la medida en que la defensa de estos organismos es hoy posible dentro de las fábricas. Se intentará elegir una comisión interna ilegal para la sección sindical de fábrica, hasta que se pueda remplazar esta comisión interna por un organismo elegido por todo el personal de la fábrica.

En lo que respecta a la organización en el campo, nos remitimos a cuanto se ha dicho a propósito de la cuestión agraria.

Habiendo aprovechado al máximo todas las posibles formas de organización de los grupos proletarios, se deberá recurrir a la consigna de los Comités obreros y campesinos respetando los siguientes criterios:

1. La consigna de la constitución de los Comités obreros y campesinos no se lanzará al azar de vez en cuando, sino que se impondrá con una enérgica campaña cuando el giro de la situación ponga en evidencia ante las masas la necesidad de un nuevo encuadramiento, o sea, cuando se pueda identificar como una clara consigna de acción del proletariado, y no como una simple consigna organizativa;

2. El núcleo de los Comités deberá estar constituido por los representantes de los organismos conocidos tradicionalmente por las masas, aunque estén mutilados por la reacción, como los sindicatos y otros organismos semejantes, excluyendo a los delegados de los partidos políticos;

3. Posteriormente se podrá lanzar la consigna de elección de los Comités, pero habrá que dejar claro en el primer periodo que estos no son los Soviets, o sea, los

órganos de gobierno del proletariado, sino la expresión de una alianza local y nacional por la defensa común de todos los explotados.

En lo que respecta a las relaciones con los sindicatos fascistas, que hoy ya no se presentan ni siquiera formalmente como asociaciones voluntarias de las masas, sino como verdaderos órganos oficiales de la alianza entre la patronal y el fascismo, hay que rechazar en general la consigna de penetrar en ellos para disgregarlos. La consigna de reconstrucción de los sindicatos rojos debe ir acompañada de una denuncia a los sindicatos fascistas.

Las medidas organizativas que hay que adoptar dentro del partido ya se han indicado parcialmente. En la situación actual, deben satisfacer unas exigencias que hay que tratar en otro lugar (clandestinidad). Sin embargo, es urgente formularlas sistemáticamente mediante unas claras normas estatutarias obligatorias para todos, para no confundir el sano centralismo con la ciega obediencia a unas disposiciones arbitrarias y heterogéneas, método éste último que pone en peligro la solidez del partido.

12. PERSPECTIVAS DE LA SITUACIÓN INTERNA DEL PARTIDO

Desde el punto de vista político y organizativo, la situación interna de nuestro partido no puede solucionarse definitivamente en un marco nacional, sino que depende tanto del desarrollo de la situación interna de toda la Internacional como de su política. Los dirigentes nacionales e internacionales cometerán un grave error y una verdadera falta si continúan empleando contra la Izquierda ese método insensato de las presiones desde arriba y siguen reduciendo el complejo problema de la doctrina y la política del partido a una cuestión de conducta personal de los militantes.

Dado que la Izquierda permanece firme en sus posiciones, a aquellos camaradas que no tienen intención de renunciar a sus opiniones se les debe ofrecer la posibilidad de comprometerse lealmente en la ejecución de las disposiciones de los órganos del partido y de renunciar a todo trabajo de oposición, sin obligarles a participar en el Comité Central del partido, en una atmósfera libre de negociaciones y acusaciones recíprocas. Evidentemente esta propuesta demuestra que la situación no es perfecta, pero sería peligroso que el partido creyera que estos inconvenientes de la situación interna pueden solucionarse mediante simples y mecánicas medidas organizativas y posturas personales. Quien piense así está cometiendo un grave atentado contra el partido.

Para evitar realmente el envenenamiento de la atmósfera del partido y conducirlo hacia la superación de todas las dificultades a las que tiene que enfrentarse hoy, hay que acabar con esta mezquina forma de abordar el problema y plantear éste en toda su dimensión ante el partido y la Internacional.

DISCURSO DE BORDIGA EN EL VI EJECUTIVO AMPLIADO DE LA IC

INTERVENCIÓN DE BORDIGA DURANTE LA DISCUSIÓN SOBRE EL INFORME DEL COMITÉ EJECUTIVO DE LA IC

V Sesión, 23/2/1926

Camaradas, tenemos ante nosotros un proyecto de tesis y un informe del Ejecutivo, pero creo que es absolutamente imposible que la discusión se limite a dicho proyecto de tesis y a dicho informe.

Los años precedentes, en diversas reuniones de la IC, he dado mi apoyo a tesis y declaraciones que en su momento parecían óptimas y satisfactorias, pero luego, en desarrollo de la actividad de la Internacional, los hechos no siempre han estado a la altura de las esperanzas que esas declaraciones producían en nosotros. Por eso hay que discutir y someter a un examen crítico el desarrollo de la Internacional a la vista de los acontecimientos que se han producido después del último congreso, así como de las perspectivas de la IC y de las tareas que ésta debe plantearse.

Debo afirmar que la situación en la que se halla la Internacional no puede considerarse satisfactoria. En

cierto sentido, nos hallamos ante una crisis. Una crisis que no es nueva, sino que existe desde hace mucho tiempo. Esto no sólo lo decimos nosotros y algunos grupos de camaradas de extrema izquierda. Los hechos demuestran que todos reconocemos la existencia de esta crisis. A menudo, sobre todo en momentos críticos de nuestra actividad general, se lanzan consignas que en el fondo suponen admitir que es indispensable cambiar radicalmente nuestros métodos de trabajo. Es cierto que en este momento se dice que no es necesario proceder a una revisión, que no hay que hacer cambios. Esto es una flagrante contradicción. Para demostrar que existen desviaciones y una crisis en la Internacional y que todos reconocemos su existencia, no sólo los ultraizquierdistas descontentos, vamos a repasar rápidamente la historia de nuestra Internacional y de sus diferentes etapas.

La fundación de la Internacional Comunista tras el hundimiento de la Segunda Internacional se hizo bajo la consigna de que el proletariado debía formar partidos comunistas. Todos estaban de acuerdo en que la correlación objetiva de fuerzas era entonces favorable para la lucha revolucionaria final, si bien faltaba el órgano de esa lucha. Se decía: existen las premisas revolucionarias objetivas, y si dispusiéramos de partidos comunistas verdaderamente capaces de desarrollar una actividad revolucionaria, se darían todas las condiciones necesarias para una completa victoria.

En el III Congreso, la Internacional (basándose en la experiencia de numerosos acontecimientos, y sobre todo en la acción de marzo de 1921 en Alemania) se vio obligada a constatar que no bastaba con formar partidos comunistas. En todos los países importantes habían aparecido secciones bastante fuertes de la Internacional Comunista, pero sin embargo el problema de la acción revolucionaria aún no se había resuelto. El partido alemán creyó posible iniciar la lucha y lanzar una ofensiva contra el adversario, pero fue derrotado. El III Congreso, ante este problema, se vio en la obligación de constatar que cuando faltan las condiciones objetivas para la lucha, la existencia de partidos comunistas no basta. No se había contado con el hecho de que para pasar a una ofensiva de este tipo hay que asegurarse previamente el apoyo de amplias masas. Ni siquiera el partido comunista más potente, en una situación general revolucionaria, es capaz de crear con un acto de pura voluntad las condiciones y los factores indispensables para una insurrección, si no ha conseguido reunir a su alrededor a las grandes masas.

Esta etapa, pues, sirvió para que la Internacional reconociera que había que cambiar muchas cosas. Siempre se ha afirmado que la idea de la táctica del frente único ya estaba presente en los discursos del III Congreso, y que más tarde, en las sesiones del posterior Ejecutivo Ampliado, estas ideas recibieron una

formulación basada en el análisis de la situación política que hizo Lenin en el III Congreso. Esto no es del todo exacto, pues la situación entre tanto había cambiado. En el periodo en el que la situación objetiva era favorable, no supimos utilizar correctamente el buen método de ofensiva contra el capitalismo. Después del III Congreso, ya no se trataba simplemente de lanzar una segunda ofensiva tras haber conquistado previamente a las masas. La burguesía se nos había adelantado, lanzando una ofensiva contra las organizaciones obreras y los partidos comunistas en los países más importantes. Y aquella táctica de conquista de las masas con miras a la ofensiva, planteada en el III Congreso, se transformó en una táctica defensiva contra la acción desencadenada por la burguesía capitalista. Esta táctica y su programa de actuación correspondiente se elaboraron estudiando el carácter de la ofensiva enemiga y promoviendo la concentración del proletariado, que debe permitir la conquista de las masas por nuestros partidos y el paso a la contraofensiva en un futuro próximo. La táctica del frente único fue concebida en este sentido.

Huelga decir que no tengo nada que objetar a las concepciones del III Congreso relativas a la necesaria solidaridad de las masas. Si traigo esto a colación es únicamente para demostrar que la Internacional se vio obligada a reconocer una vez más que aún no estaba lo

bastante madura para dirigir la lucha del proletariado mundial.

La aplicación de la táctica del frente único llevó a errores derechistas, y estos errores empezaron a ser evidentes tras el III Congreso, y aún más tras el IV. Esta táctica desplegada por nosotros y que no puede usarse más que en un periodo defensivo, es decir, en una época en la que la crisis de descomposición del capitalismo ya no es tan aguda, degeneró seriamente. A nuestro parecer, dicha táctica fue aprobada sin aclarar su significado preciso. No hemos sabido conservar el carácter específico del partido comunista. No tengo intención de repetir aquí nuestra crítica sobre la táctica del frente único tal y como ha sido aplicada por la mayor parte de la Internacional Comunista. No tenemos nada que objetar cuando se trata de basar nuestra acción en las reivindicaciones económicas inmediatas del proletariado, por elementales que sean estas reivindicaciones suscitadas por la ofensiva del enemigo. Pero cuando se quiso dar nuevos principios al frente único, en lo que atañe al poder central del Estado y al gobierno obrero, argumentando que únicamente se trataba de tender un puente para proseguir nuestro camino hacia la dictadura proletaria, nos opusimos diciendo: aquí estamos rebasando los límites de la buena táctica revolucionaria.

Los comunistas sabemos muy bien que el desarrollo histórico de la clase obrera debe conducir a la dictadura del proletariado, que esta acción debe implicar a las grandes masas y que éstas no se conquistan pura y simplemente con propaganda ideológica. Podemos contribuir a la formación de la conciencia revolucionaria de las masas, en la medida de lo posible, con la fuerza de nuestras concepciones y con nuestro comportamiento en cada fase del desarrollo de los acontecimientos. Por tanto, nuestro comportamiento no puede contradecir nunca nuestro enfoque de la lucha final, es decir, el objetivo específico para el que se ha creado nuestro partido. Basar la agitación en una consigna como es el gobierno obrero no puede más que sembrar el desconcierto en la conciencia de las masas, e incluso en el Partido y en su estado mayor.

Nosotros criticamos todo esto desde el principio, aquí me limitaré a recordar a grandes rasgos el juicio que formulamos en su momento. Cuando posteriormente tuvimos que enfrentarnos a los errores provocados por esta táctica, sobre todo tras la derrota de octubre de 1923 en Alemania, la Internacional reconoció que se había equivocado. Esto no era un accidente sin importancia, sino un error que debíamos pagar con la esperanza de conquistar para la revolución proletaria un segundo gran país, lo que hubiera sido de enorme importancia para la revolución mundial.

Desgraciadamente, todo se solucionó diciendo: no hay que revisar de forma radical las decisiones del IV Congreso, lo que hay que hacer es apartar a ciertos camaradas que se han equivocado al aplicar la táctica del frente único, hay que encontrar a los responsables. Se descubrió que estaban en el ala derecha del partido alemán, y no se quiso reconocer que la responsabilidad era de la Internacional en su conjunto. Sin embargo, las tesis se sometieron a una revisión y se dio una formulación muy diferente al gobierno obrero.

¿Por qué no estuvimos de acuerdo con las tesis del V Congreso? Porque desde nuestro punto de vista esta revisión no era suficiente. Estas fórmulas deberían haberse aclarado más. Si nos opusimos a las decisiones del V Congreso fue principalmente porque no eliminaban estos graves errores y porque pensábamos que no era bueno que la cuestión se limitara a procesar a ciertos individuos, sino que se imponía un cambio en la propia Internacional. No se quiso seguir este sano y valiente camino. Muchas veces hemos criticado el hecho de que entre nosotros, en el ambiente en el que trabajamos, se desarrolla un espíritu parlamentario y diplomático. Las tesis son muy de izquierda, los discursos son muy de izquierda, y aquellos contra los que van dirigidos votan a favor de ellos porque piensan que así se inmunizan. Pero nosotros, que no nos fijamos sólo en la letra de los discursos, habíamos previsto lo

que ocurriría tras el V Congreso, y por eso no podíamos estar satisfechos.

Lo que quiero constatar es que más de una vez nos hemos visto obligados a reconocer que había que cambiar radicalmente de línea. La primera, cuando no se comprendió la cuestión de la conquista de las masas. La segunda, con la cuestión de la táctica del frente único. El III Congreso emprendió una revisión completa de la línea seguida hasta entonces. Pero eso no es todo: en el V Congreso y el Ejecutivo Ampliado de marzo de 1925 se constató nuevamente que todo iba mal. Se dijo: aunque han pasado seis años desde que se fundó la Internacional, ninguno de sus partidos ha logrado hacer la revolución. Ciertamente, la situación era entonces más desfavorable, nos enfrentábamos a una cierta estabilización del capitalismo, pero no obstante se declaró que había que cambiar muchas cosas en la actividad de la Internacional. Aún no sabíamos qué había que hacer cuando se lanzó la consigna de la bolchevización. Increíble pero cierto: han pasado ocho años desde la victoria de los bolcheviques rusos, ¿y ahora es cuando nos damos cuenta de que el resto de partidos no son bolcheviques y de que hay que transformarlos profundamente para ponerlos a la altura de los partidos bolcheviques? ¿Nadie se había dado cuenta antes?

Aquí nos objetan: ¿Por qué no protestasteis contra la consigna de la bolchevización en ese mismo V Congreso? Porque nadie puede oponerse a la afirmación de que el resto de partidos deben alcanzar la capacidad revolucionaria que ha hecho posible la victoria del partido bolchevique. Pero ahora ya no se trata de una simple consigna, de un sencillo eslogan. Ahora tenemos enfrente hechos y experiencias, y hay que hacer el balance de la bolchevización y ver en qué ha consistido.

Yo sostengo que este balance es desfavorable desde distintos puntos de vista. No se ha resuelto el problema pendiente, el método de la bolchevización no ha supuesto ningún progreso para los partidos que lo han aplicado. Debo abordar el problema desde distintas perspectivas. Primero lo haré desde un punto de vista histórico.

Sólo uno de nuestros partidos ha logrado la victoria revolucionaria: el partido bolchevique ruso. Lo esencial para nosotros es seguir la misma vía que emprendió el partido ruso para alcanzar dicha victoria. Todo esto es verdad, pero no es suficiente. Es innegable que el curso histórico seguido por el partido ruso no presenta todas las características del desarrollo histórico que aguarda al resto de partidos. El partido ruso luchó en un país en el que no se había realizado aún la revolución liberal burguesa. El partido ruso, y esto es un hecho, combatió en condiciones particulares, es decir,

en un país en el que la autocracia feudal aún no había sido abatida por la burguesía capitalista. Entre la caída de la autocracia feudal y la conquista del poder por parte del proletariado trascurrió demasiado poco tiempo como para que podamos comparar este desarrollo con el que la revolución proletaria seguirá en otros países. No hubo tiempo para que se fundara un aparato estatal burgués sobre las ruinas del aparato del Estado zarista y feudal. El desarrollo de los acontecimientos en Rusia no nos suministra las experiencias fundamentales que necesitamos para saber cómo el proletariado deberá abatir el Estado capitalista moderno, liberal, parlamentario, que existe desde hace muchos años y que posee gran capacidad defensiva.

Dadas estas diferencias, el hecho de que la revolución rusa haya confirmado nuestra doctrina, nuestro programa y nuestra concepción del papel de la clase trabajadora en el proceso histórico, tiene una enorme importancia teórica, pues la revolución rusa, incluso en estas particulares condiciones, ha desembocado en la conquista del poder y la dictadura del proletariado llevada a cabo por el partido comunista. La teoría del marxismo revolucionario tiene aquí su confirmación histórica más grandiosa.

Desde el punto de vista ideológico, la importancia histórica de este acontecimiento es decisiva, pero en lo que respecta a la táctica, no es suficiente. Necesitamos

saber cómo se ataca y se conquista el Estado burgués moderno, un Estado que en la lucha armada se defiende de forma aún más eficaz que la autocracia zarista, y que además cuenta con la ayuda de la movilización ideológica y de la educación derrotista de la clase obrera por parte de la burguesía. Este problema no estaba presente en la historia del Partido Comunista Ruso, por lo que si se entiende la bolchevización en el sentido de que la solución a todos los problemas estratégicos de la lucha revolucionaria se puede encontrar en la revolución del partido ruso, entonces esta concepción de la bolchevización es insuficiente. La concepción de la Internacional debe ser más amplia, debe dar a los problemas estratégicos soluciones que van más allá de la experiencia rusa. Esta hay que estudiarla a fondo y tenerla siempre presente, sin olvidarse de nada, pero también necesitamos elementos complementarios procedentes de la experiencia de la clase obrera occidental. Desde el punto de vista histórico y táctico, esto es lo que hay que tener en cuenta sobre la bolchevización. La experiencia de la táctica rusa no nos enseña cómo conducir la lucha contra la democracia burguesa, no nos da una idea de las dificultades y de las tareas que nos tiene reservadas el desarrollo de la lucha proletaria en nuestros países.

Otro aspecto del problema de la bolchevización es la cuestión de la reorganización del partido. En 1925, de

improvisado, se dice que la organización de las secciones de la Internacional es incorrecta. Aún no se ha aplicado el ABC organizativo. Ya se han planteado todos los problemas, pero aún no se ha hecho lo esencial, aún no hemos resuelto el problema de nuestra organización interna. Se reconocía así que marchábamos en una dirección totalmente errónea. Sé muy bien que la consigna de la bolchevización no pretende limitarse a un problema de organización. Pero este problema también tiene un aspecto organizativo, e incluso se ha insistido en que éste es su aspecto más importante. Los partidos no están organizados como lo estaba y lo está el partido bolchevique ruso, pues su organización no reposa sobre el principio del puesto de trabajo, conservan una organización de tipo territorial, absolutamente incompatible con las tareas de un partido revolucionario, pues éste es supuestamente un tipo de organización característico de los partidos parlamentarios socialdemócratas. Si se juzga necesario modificar la organización de nuestros partidos en este sentido y se presenta esta modificación no como una medida práctica adecuada en ciertos países, en condiciones particulares, sino más bien como una medida fundamental válida para toda la Internacional, como la corrección de un error de fondo, como premisa necesaria para el desarrollo de nuestros partidos en un sentido verdaderamente comunista, entonces no podemos estar de acuerdo. Sería verdaderamente sorprendente que no nos hubiésemos

dado cuenta de esto antes. Se dice que la decisión de pasar a las células de empresa fue aprobada en las tesis del III Congreso. Pero en tal caso lo extraño es que hayamos esperado desde 1921 a 1925 para llevarla a cabo.

La tesis según la cual un partido comunista debe estar formado incondicionalmente sobre la base del puesto de trabajo es teóricamente falsa. Según Marx y Lenin, y siguiendo una conocida tesis de principios formulada con precisión, la revolución no es cuestión de formas de organización. Para resolver el problema de la revolución no basta con encontrar una fórmula organizativa. Los problemas que se presentan ante nosotros son de fuerza, no de forma. Los marxistas siempre han combatido las escuelas sindicalistas y semiutópicas que dicen: reagrupad a las masas en tal o cual organización, sindicato, cooperativa, etc., y se hará la revolución. Ahora se afirma, o al menos se despliega una campaña en este sentido: hay que reconstruir la organización sobre la base de las células de empresa, y entonces se resolverán todos los problemas de la revolución. Y se añade: el partido ruso logró hacer la revolución porque estaba construido sobre esa base.

Seguramente dirán que exagero, pero varios camaradas pueden confirmar que la campaña ha derivado en tesis de este género. Lo importante es la impresión que las consignas producen en la clase obrera

y en los miembros de nuestro partido. En lo que atañe al trabajo de las células, se ha dado la impresión de que esta era la receta infalible para el verdadero comunismo y la revolución. Por mi parte, pienso que el partido comunista en absoluto debe constituirse sobre la base de células de empresa. Precisamente en las tesis organizativas que Lenin presentó al III Congreso, se insistía varias veces en el hecho de que en materia de organización no existe una solución de principios válida para todos los países y todas las épocas. No decimos que las células de empresa, como base para la organización del partido, no hayan dado buenos resultados en la situación existente en Rusia. No quiero entretenerme mucho en esta cuestión. En la prolija discusión que precedió al congreso del partido italiano hemos expuesto que este tipo de organización era aconsejable en Rusia, por diversas razones históricas.

¿Por qué pensamos que las células de empresa conllevan ciertos inconvenientes en otros países, si comparamos su situación con la de Rusia? Ante todo porque los obreros organizados en la célula nunca están en condiciones de discutir todas las cuestiones políticas. Precisamente en el propio informe que el Ejecutivo de la Internacional ha presentado a este pleno se constata que las células de empresa no han logrado ocuparse de problemas políticos prácticamente en ningún país. Dicen que esto son exageraciones, que los partidos se

han reorganizado muy rápidamente, y que esos sólo son errores prácticos y secundarios. Pero es indiscutible que el hecho de que se prive a los partidos de su organización fundamental, que permite debatir los problemas políticos, y de que después de un año de existencia la nueva organización no haya resuelto aún esta función vital, no carece de importancia. Si estos son los resultados, no es porque no se hayan afrontado los errores, sino porque el planteamiento del problema es completamente erróneo. Y esto no es algo que podamos tomarnos a la ligera. La cuestión es muy grave. Nosotros pensamos que no es casualidad que la célula de empresa no permita discutir los problemas políticos, pues los obreros de los países capitalistas que se reagrupan en el pequeño y estrecho círculo de su empresa no tienen posibilidad de plantearse los problemas políticos generales ni de enlazar sus reivindicaciones inmediatas con la meta final del comunismo. En una asamblea de obreros que se interesan por los mismos pequeños problemas inmediatos y no pertenecen a categorías profesionales diferentes, las cuestiones ligadas a las reivindicaciones inmediatas se pueden debatir, pero en esta asamblea no hay ninguna base para una discusión de los problemas generales, de los problemas que conciernen al conjunto de la clase trabajadora, es decir, no es posible desarrollar ahí un trabajo político en sentido clasista, como debe hacer un partido comunista.

Nos dirán: lo que pedís es lo mismo que piden todos los elementos derechistas, queréis organizaciones territoriales, en las cuales los intelectuales, con sus largos discursos, dominan toda la discusión. Pero este peligro de demagogia y de engaño por parte de los jefes existe desde que hay partidos proletarios. Y ni Marx ni Lenin, que trataron el problema con todo detalle, pensaron un solo instante en resolverlo boicoteando a los intelectuales o a los no proletarios. Por el contrario, subrayaron repetidamente el papel históricamente indispensable que tienen los desertores de la clase dominante para la revolución. Sabemos que en general el oportunismo y la traición se infiltran en el partido y en las masas a través de ciertos dirigentes, pero la lucha contra este peligro hay que conducirla de otra manera. Incluso suponiendo que la clase obrera pudiera prescindir de los intelectuales de origen burgués, seguiría necesitando jefes, agitadores, periodistas, etc., y no le quedaría otra elección que buscarlos entre las filas obreras. Sin embargo, existe el mismo peligro de corrupción y de demagogia por parte de estos obreros convertidos en dirigentes que por parte de los intelectuales. En ciertos casos los viejos obreros son quienes juegan un papel más sórdido en el movimiento obrero, lo sabemos todos. Por otra parte, ¿acaso los intelectuales no tienen ningún papel en la organización basada en células de empresa, tal y como ésta se desarrolla actualmente? Ocurre justo lo contrario. Son

los intelectuales quienes, junto a los viejos obreros, forman el aparato del partido. El papel de estos elementos no sólo no se altera, sino que se vuelve incluso más peligroso. Admitiendo que estos elementos pueden corromperse, dada su posición de funcionarios, el peligro no desaparece, pues ahora tienen incluso más responsabilidad. Dado que los obreros no tienen prácticamente libertad de movimiento en las pequeñas asambleas de las células de empresa, carecen de base para influir al partido con su instinto de clase.

El peligro sobre el que llamamos la atención no consiste en la disminución de la influencia de los intelectuales, sino en el hecho de que los obreros no se preocupen más que de las reivindicaciones inmediatas de su empresa y de que no conciban los grandes problemas del desarrollo revolucionario general de su clase. La nueva forma de organización se adapta peor a la lucha de clase proletaria, en el sentido más serio y amplio del término.

En Rusia, los grandes problemas generales del desarrollo de la revolución, el problema del Estado y de la conquista del poder, estaban en todo momento a la orden del día, porque el aparato del Estado feudal zarista estaba irremediabilmente condenado y todo grupo de obreros, dada su posición en la vida social y la presión administrativa, se topaba a cada instante con estos problemas. Las desviaciones oportunistas no

representaban en Rusia un peligro particular, pues faltaban las bases para la corrupción del movimiento proletario por parte del Estado capitalista, que maneja perfectamente el arma de las concesiones democráticas y de las ilusiones colaboracionistas.

Existe también una diferencia de carácter práctico. Naturalmente, la organización de nuestro partido debe ser adecuada para resistir la represión. Debemos protegernos contra los intentos de la policía de disolver nuestro partido. En Rusia, organizarse en células de empresa era la forma mejor adaptada a estas tareas, pues el movimiento obrero se había vuelto imposible en las calles, en las ciudades, en la vía pública, debido a las medidas extremadamente severas de la policía. Así pues, era materialmente imposible organizarse fuera de la empresa. Los obreros sólo podían reunirse y discutir sus problemas sin ser vistos en la empresa. Además, sólo en la empresa podían plantearse los problemas de clase sobre la base del antagonismo entre capital y trabajo. Las pequeñas cuestiones económicas ligadas a la empresa, como la cuestión de las multas promovida por Lenin, eran progresistas desde el punto de vista histórico, comparadas con las reivindicaciones liberales que los obreros y la burguesía dirigían juntos a la autocracia. No obstante, comparadas con la cuestión de la toma del poder en la lucha contra la democracia burguesa como

nueva forma de Estado, las reivindicaciones proletarias inmediatas son problemas de importancia secundaria. Pero como esta cuestión de la conquista del poder no podía plantearse más que después de la caída de la autocracia zarista, era necesario desplazar el corazón de la lucha a la empresa, porque la empresa era el único terreno en el que podía manifestarse el partido autónomo proletario.

Si bien en Rusia la burguesía y los capitalistas eran aliados de zar, no por ello dejaban de ser al mismo tiempo quienes debían derribarlo, quienes representaban la premisa para el hundimiento del poder autocrático. En Rusia, pues, no existía una solidaridad entre los industriales y el Estado tan completa como la que existe en los modernos países capitalistas. En éstos reina una solidaridad absoluta entre el aparato estatal y los patrones, es su Estado, su aparato político. El aparato del Estado aparece aquí históricamente como instrumento del capitalismo, crea los órganos adecuados para tal fin y los pone a disposición de los patrones. Si un obrero intenta organizar a otros obreros en la empresa, el patrón llama a la policía, recurre al espionaje, etc. Por eso el trabajo del partido en las fábricas es mucho más peligroso en los Estados capitalistas modernos. A la burguesía no le es difícil descubrir el trabajo del partido en la empresa. Por eso proponemos que la organización

fundamental del partido no se ubique en las empresas, sino fuera de ellas.

Quiero comentar una cosa más al respecto. En Italia, la policía dispone ahora de un nuevo tipo de agentes. Las condiciones para el reclutamiento son muy duras, pero se facilita la entrada a quienes ejerzan un oficio y puedan trabajar en una fábrica. Esto demuestra que la policía busca gente capaz de trabajar en las diferentes industrias, para utilizarla en la detección del trabajo revolucionario en la empresa.

Por otra parte, hemos tenido noticias de la existencia de una asociación antibolchevique internacional que ha decidido organizarse en células para ejercer de contrapeso al movimiento comunista.

Otro argumento. Hemos podido escuchar aquí que nos amenaza otro peligro, el de la aristocracia obrera. Está claro que éste es un peligro típico de los periodos en los que nos vemos amenazados por el oportunismo, que tiende a jugar un cierto papel en la corrupción del movimiento obrero. La penetración de la influencia de la aristocracia obrera en nuestras filas sin duda se ve facilitada precisamente por la organización basada en las células de empresa, pues en la empresa predomina inevitablemente la influencia de los obreros que ocupan un cargo más alto en la jerarquía técnica del trabajo.

Por todas estas razones, y sin hacer de ello una cuestión de principios, proponemos que la base organizativa del partido siga siendo, por razones políticas y técnicas, de carácter territorial.

¿Significa esto que pretendemos desentendernos del trabajo del partido en las empresas, que negamos que el trabajo comunista en las empresas sea una importante base para entablar contacto con las masas? En absoluto. El partido debe disponer de una organización en las empresas, pero esta no debe constituir la base del partido. Tiene que haber organizaciones del partido en las fábricas, bajo la dirección política del partido. Es imposible establecer vínculos con la clase obrera sin organizarse en las empresas, pero esta organización debe consistir en fracciones comunistas. Para reforzar mi tesis, diré lo siguiente: en Italia, cuando aún no existía el fascismo, creamos una red de fracciones y considerábamos que esta era nuestra actividad más importante. En la práctica, las fracciones comunistas en las empresas y en los sindicatos han sido siempre las más adecuadas para la tarea específica de ligarse a las masas. Los vínculos con el partido suministran a este órgano de trabajo elementos políticos y de clase, en el sentido más amplio de la palabra, cuyo impulso va más allá de los estrechos límites de la profesión y de la fábrica. Somos, pues, partidarios de crear una red de organizaciones comunistas en las empresas, pero en

nuestra opinión el trabajo político debe realizarse en las organizaciones territoriales.

No puedo entretenerme aquí en valorar las conclusiones que se han extraído de nuestra actitud durante la discusión de esta cuestión en Italia. En el Congreso y en nuestras tesis hemos explicado detalladamente la cuestión de la naturaleza del partido desde una perspectiva teórica. Se afirma que nuestro punto de vista no es de clase, que reclamamos que el partido debe dejar que elementos heterogéneos, como por ejemplo los intelectuales, desarrollen una mayor actividad. Esto no es verdad. Nosotros no nos oponemos a construir la organización exclusivamente sobre células de empresa por el hecho de que de esta forma los obreros son los únicos que forman parte del partido. Pero tememos el peligro laborista y obrerista, el peor peligro antimarxista. El partido es proletario cuando se coloca en el camino histórico de la revolución, de la lucha por los fines últimos a los que únicamente la clase trabajadora aspira. Esto es lo que hace proletario al partido, no el criterio automático de su composición social. El carácter del partido no se ve comprometido por la participación activa en su trabajo de todos aquellos que aceptan su doctrina y quieren luchar por sus objetivos de clase.

Todo lo que se pueda decir en este terreno a favor de las células de empresa es vulgar demagogia, y por

más que se apoye en la consigna de la bolchevización, conduce directamente a renegar de la lucha del marxismo y del leninismo contra las concepciones banalmente mecanicistas y derrotistas del oportunismo y del menchevismo.

Paso ahora a tratar otro aspecto de la bolchevización: el régimen interno vigente dentro del partido y de la Internacional Comunista.

Se ha hecho un nuevo descubrimiento: lo que falta en todas las secciones es esa férrea disciplina de los bolcheviques, de la cual el partido ruso ofrece buen ejemplo. Se decreta la prohibición absoluta de las fracciones y se obliga a todos los militantes a participar en el trabajo común, cualquiera que sea su opinión. Creo que la cuestión de la bolchevización también se ha planteado de manera muy demagógica en este terreno.

Si planteamos la cuestión así: ¿Fulano o Mengano pueden formar una fracción?, todo comunista responderá que no. Pero el problema no puede plantearse de esta forma. Nos hallamos ante unas consecuencias que demuestran que los métodos empleados no son útiles ni para el partido ni para la Internacional. Desde un punto de vista marxista, la cuestión de la disciplina interna y de las fracciones hay que plantearla de una manera diferente y más compleja.

Nos dicen: ¿Qué proponéis?, ¿qué el partido sea como un parlamento, en el que todos tengan el derecho democrático a luchar por el poder y conquistar la mayoría? Pero la pregunta está mal planteada. Si la encaramos así, sólo hay una respuesta posible: estamos en contra, por supuesto, de un régimen tan ridículo. Es evidente que el partido debe ser absolutamente homogéneo, sin divergencias de opinión ni reagrupamientos diversos en su seno. Pero esto no es un dogma, no es un principio que aplicar a priori. Se trata de un objetivo que se puede y se debe perseguir en el curso del desarrollo que lleva a la formación de un verdadero partido comunista, y que sólo es posible lograr cuando todas las cuestiones ideológicas, tácticas y organizativas se plantean y se resuelven correctamente.

En la clase obrera, las relaciones económicas en las que viven los diversos grupos son las que determinan las acciones y las iniciativas de la lucha de clases. Al partido político le corresponde el papel de reunir y unificar todo lo que estas acciones tienen en común desde el punto de vista de los objetivos revolucionarios del proletariado del mundo entero. La unidad en el interior del partido, el cese de las divergencias, la desaparición de la lucha fraccional, demuestran que el partido se encuentra en la vía correcta para cumplir adecuadamente sus tareas. Pero si surgen divergencias,

es que el partido ha cometido algunos errores políticos, que no tiene la capacidad de combatir victoriosamente esas tendencias desviacionistas del movimiento obrero que suelen manifestarse en ciertos momentos de la situación general. Los casos de indisciplina son síntoma de que el partido aún no tiene esa capacidad. En efecto, la disciplina es una meta, no un punto de partida, no es una especie de plataforma inquebrantable. Esto se corresponde además con el carácter voluntario de la adhesión a nuestra organización de partido. Por tanto, la instauración de una especie de código penal dentro del partido no puede solucionar los frecuentes casos de indisciplina.

Últimamente se ha instaurado un régimen de terror en nuestros partidos, una especie de deporte que consiste en intervenir, castigar, reprimir y aniquilar, con un placer muy particular, como si esta fuese precisamente la vida ideal del partido. Los héroes que llevan a cabo esta brillante operación por lo que parece piensan incluso que esto demuestra capacidad y energía revolucionaria. Yo creo, por el contrario, que los camaradas que sufren estas medidas de excepción y las soportan pacientemente para no perjudicar al partido son en general los verdaderos y buenos revolucionarios. Pienso que este derroche de energía, este deporte, esta lucha interna en el partido, no tiene nada que ver con el trabajo revolucionario que debemos sacar adelante.

Llegado el día, habrá que golpear y destruir el capitalismo, y aquí es dónde el partido deberá demostrar su energía revolucionaria. No queremos anarquía en el partido, pero tampoco un régimen de represalias continuas que no supone más que la negación de la unidad y solidez del partido.

Por el momento, las cosas se presentan oficialmente así: el actual Comité Central es eterno, puede hacer lo que quiera, pues cuando toma medidas contra quienes le contradicen, cuando liquida intrigas y oposiciones, siempre tiene razón. El mérito no es reprimir las revueltas, sino que no las haya. La unidad del partido la demostrarán los resultados obtenidos, no se impondrá a través de un régimen de amenazas y de terror. Necesitamos sanciones en nuestros estatutos, eso está claro. Pero éstas deben ser excepcionales, no deben convertirse en un procedimiento normal y permanente dentro del partido. Si hay elementos que abandonan manifiestamente el camino común, habrá que tomar medidas contra ellos. Pero si el recurso al código penal se convierte en la regla dentro de una sociedad, significa que esta sociedad no es precisamente la más perfecta. Se debería recurrir a las sanciones únicamente en casos excepcionales, esto no debe convertirse en la regla, en una especie de deporte, en un ideal para los dirigentes del partido. Esto debe cambiar, si queremos formar un bloque sólido en el verdadero sentido de la palabra.

Las tesis propuestas contienen buenos puntos a este respecto. Tratan de conceder un poco más de libertad, pero quizá ya es un poco tarde. Puede que quieran dar un poco más de libertad a los «caídos» que ya no pueden levantarse. Pero dejemos las tesis y vayamos a los hechos. Siempre se ha dicho que nuestros partidos deben construirse sobre el principio del centralismo democrático. Quizá sería mejor emplear otra expresión, en lugar de democracia. En todo caso, ésta es la fórmula de Lenin. ¿Cómo se lleva a cabo el centralismo democrático? Mediante la elección de los camaradas y la consulta a las masas del partido para resolver ciertas cuestiones. Por supuesto, en un partido revolucionario esta regla puede tener sus excepciones. En ocasiones es admisible en el régimen del partido que un Comité Central diga: camaradas, el partido debería consultaros, pero como la lucha contra el enemigo entra en un periodo peligroso, como no hay un minuto que perder, actuaremos sin consultaros. El peligro consiste en dar la impresión de que se consulta cuando en realidad se trata de una iniciativa que viene de arriba, en abusar del dominio que tiene el Comité Central sobre todo el aparato del partido y su prensa. En Italia, nosotros hemos reconocido que si bien aceptamos esta dictadura, detestamos estos métodos «a la Giolitti». ¿Acaso la democracia burguesa es algo más que un engaño? ¿Es quizá ésta la democracia que pretendéis concedernos y realizar en el partido? Más valdría una

dictadura que tuviera la valentía de no disfrazarse hipócritamente. Si no se introduce en el partido una forma verdaderamente democrática, es decir, una democracia que permita al Comité Central utilizar adecuadamente el aparato del partido, lo único que se consigue es malestar e insatisfacción, sobre todo entre los obreros.

Necesitamos un régimen interno más sano. Es absolutamente necesario que el partido pueda formarse una opinión y expresarla y defenderla abiertamente. He dicho en el congreso del partido italiano que el error consiste en no distinguir claramente entre agitación y propaganda. La agitación se dirige a una gran masa de individuos, a quienes se pretende aclarar algunas ideas simples, mientras que la propaganda concierne a un número relativamente restringido de camaradas a quienes se les explican más ideas, y más complicadas. El error cometido consiste en limitarse a la agitación dentro del partido, en infravalorar a la masa de miembros del partido, tratándoles como elementos a los que se puede movilizar, pero no como un factor activo en el trabajo común. La agitación puede basarse, hasta cierto punto, en fórmulas aprendidas de memoria, si lo que se busca es obtener un gran efecto con el menor gasto de energía, si hay que poner en movimiento grandes masas, si los factores de la voluntad y de la conciencia no juegan más que un papel secundario. Pero

dentro del partido no sucede lo mismo. Exigimos que se acabe con este método de agitación en su seno. El partido debe reunir a su alrededor aquella parte de la clase obrera con conciencia de clase, aquella parte en la que predomina dicha conciencia de clase (a no ser que aceptemos la teoría de los elegidos, que durante un tiempo sirvió de acusación infundada contra nosotros). Es necesario que la gran masa de los miembros del partido se forje una conciencia política colectiva y que estudie los problemas que se plantean al partido comunista. En este sentido, es extremadamente urgente cambiar el régimen interno del partido.

Empezamos con las fracciones. A mi juicio, no se puede plantear la cuestión de las fracciones desde un punto de vista moral o con un código penal. ¿Acaso algún camarada ha creado una fracción para entretenerse alguna vez en la historia? No, jamás ha ocurrido. ¿Existen ejemplos en nuestra historia que demuestren que el oportunismo penetra en el partido a través de las fracciones, que la organización de las fracciones sirve de base para una movilización de la clase obrera y que el partido revolucionario se salva gracias a los cazadores de fracciones? No, la experiencia demuestra que el oportunismo entra siempre en nuestras filas bajo la máscara de la unidad. Quiere influir en la mayor masa posible, por eso siempre hace insidiosas propuestas bajo la máscara de la unidad. La historia de las fracciones en

general demuestra que las fracciones no honran a los partidos en cuyo interior se forman, sino a los camaradas que las crean. La historia de las fracciones es la historia de Lenin, no es la historia de los atentados a los partidos revolucionarios, sino la de su cristalización y su defensa contra la influencia oportunista.

Cuando se intenta formar una fracción, hay que aportar pruebas si lo que se quiere es demostrar que, directa o indirectamente, se trata en realidad de una maniobra de la burguesía para penetrar en el partido. No creo que este tipo de maniobras en general adopten esta forma. En el congreso del partido italiano hemos planteado esta cuestión en lo que respecta a la izquierda de nuestro partido. Todos conocemos la historia del oportunismo. ¿Cuándo se convierte un grupo en representante de la influencia burguesa en el seno de un partido proletario? En general, estos grupos hallan un terreno abonado entre los funcionarios sindicales y los representantes del partido en el Parlamento, o entre los camaradas que en cuestiones de estrategia y de táctica del partido son portavoces de la colaboración de clases y de la alianza con otros destacamentos sociales y políticos. Si se quiere destruir las fracciones, al menos habría que demostrar que están asociadas con la burguesía o con círculos y medios burgueses, que se apoyan en relaciones personales con ellos. Si no es posible hacer este tipo de análisis, es indispensable

buscar las causas históricas del surgimiento de la fracción, en lugar de condenarla a priori.

La génesis de una fracción demuestra que hay algo que no funciona en el partido. Para remediar el mal, hay que buscar las causas históricas que lo originan y que han provocado la formación de la fracción, o la tendencia a formarla. Y estas causas son los errores ideológicos y políticos del partido. Las fracciones no son la enfermedad, sino un síntoma, y si se quiere curar el organismo enfermo no se deben combatir los síntomas, sino conocer las causas de la enfermedad. Por otra parte, la mayor parte de las veces la supuesta fracción no es más que un grupo de camaradas que no intenta crear una organización aparte, ni nada semejante. Es un punto de vista, una tendencia que trata de abrirse paso en el trabajo del partido de manera normal, regular y colectiva. Con el método de la cacería de fracciones, las campañas sensacionalistas, la vigilancia policiaca y la desconfianza hacia los camaradas (método que en realidad demuestra que en los estratos superiores del partido se propaga precisamente el peor fraccionismo), la situación de nuestro movimiento no ha hecho más que empeorar, arrastrando toda crítica objetiva por la vía del fraccionismo.

Con estos métodos no puede surgir la unidad en el partido, lo único que se consigue es instaurar un régimen que le incapacita y le vuelve impotente. Es

indispensable transformar radicalmente estos métodos de trabajo. De lo contrario, las consecuencias serán extremadamente graves.

Tenemos el ejemplo de la crisis en el partido francés. ¿Cómo se ha atajado el problema de las fracciones en el partido francés? Muy mal en lo que respecta por ejemplo a la cuestión de la incipiente fracción sindicalista. Algunos de los camaradas excluidos del partido han vuelto con su viejo amor, y publican ahora un periódico en el que exponen sus ideas. Está claro que se equivocan. Pero las causas de esta grave desviación ideológica no son los caprichos de los niños malcriados Rosmer y Monatte. Son los errores del partido francés y de toda la Internacional.

Tras entrar en liza contra los errores sindicalistas en el terreno ideológico, logramos sustraer a amplias capas obreras de la influencia de los elementos sindicalistas y anarquistas. Ahora estas concepciones vuelven a aflorar. ¿Por qué? Entre otras cosas porque el régimen interno del partido, el exagerado maquiavelismo, ha causado mala impresión a la clase obrera, haciendo posible el resurgimiento de estas teorías, de este prejuicio que consiste en considerar que el partido político es algo en sí mismo sucio y que sólo la lucha económica puede salvar a la clase proletaria. Estos errores de bulto amenazan con reaparecer en el proletariado porque la Internacional y los partidos

comunistas no han sido capaces de demostrar, mediante hechos y simples declaraciones teóricas, la diferencia esencial que existe entre la política en un sentido revolucionario y leninista y la de los viejos partidos socialdemócratas, cuya degeneración antes de la guerra había dado lugar, como reacción, al sindicalismo.

Si las viejas teorías de la acción económica y del rechazo a toda actividad política han hecho algunos avances entre el proletariado francés es porque se han tolerado toda una serie de errores en la línea política del partido comunista.

Semard: Afirma usted que las fracciones se deben a los errores de la dirección del partido. Pero en Francia la fracción de derecha se ha constituido justo después de que el Comité Central reconociera y corrigiera sus errores.

Bordiga: Camarada Semard, si se presenta usted ante dios el bondadoso y su único mérito es haber reconocido sus propios errores, no habrá hecho usted lo suficiente por la salvación de su alma.

Camaradas, yo creo que es necesario demostrar con nuestra estrategia y nuestra táctica proletarias el error que cometen estos elementos anarcosindicalistas. La clase obrera piensa que el partido comunista tiene los mismos defectos que el resto de partidos políticos, y por eso la clase muestra cierta desconfianza hacia nuestro

partido. Esta desconfianza se debe a los métodos y maniobras que imperan en nuestras filas. Se debe a que nos comportamos, no sólo en lo que respecta al mundo exterior, sino también en la vida política interna del partido, como si la buena «política» fuera un arte, una técnica común a todos los partidos. Como si actuáramos siguiendo un manual maquiavélico de astucia política que tenemos en el bolsillo. Sin embargo, la tarea del partido de la clase obrera es introducir una nueva forma de política, que no tiene nada que ver con los bajos e insidiosos métodos del parlamentarismo burgués. Si no somos capaces de demostrar esto al proletariado nunca llegaremos a ejercer sobre él una influencia sólida y eficaz, y los anarcosindicalistas habrán ganado la partida.

Respecto a la fracción de derecha en Francia, no dudo en afirmar que la considero un fenómeno sano y no una muestra de la penetración de elementos pequeñoburgueses en el partido. La teoría y la táctica que defiende son falsas, pero por otra parte constituye una reacción muy útil contra los errores políticos y el nefasto régimen instaurado por la dirección del partido. Y el Comité Central del partido francés no es el único responsable de estos errores. Es la línea general de la Internacional la que provoca la formación de fracciones. Desde luego, en la cuestión del frente único, me opongo completamente al punto de vista de la derecha francesa,

pero creo que tienen razón cuando dicen que las decisiones del V Congreso no son claras y que son completamente insatisfactorias. Unas veces se autoriza el frente único por arriba, otras veces se dice que la socialdemocracia es el ala izquierda de la burguesía y que el objetivo es desenmascarar a sus dirigentes. Esta es una postura insostenible. Los obreros franceses están cansados de la táctica de frente único tal y como se ha aplicado en Francia. Por supuesto, algunos jefes de la oposición francesa van por mal camino, por una vía diametralmente opuesta a la verdaderamente revolucionaria, cuando se manifiestan a favor de un frente único «leal» y de la coalición con la socialdemocracia.

Desde luego, si reducimos el problema de la derecha a la cuestión de si es o no lícito colaborar en una revista que no está bajo el control del partido, no puede haber más que una respuesta. Pero esto no resuelve nada. Hay que tratar de corregir los errores y de revisar cuidadosamente la línea política del partido francés, y en muchos casos también la de la Internacional. El problema no se resuelve aplicando contra la oposición (los Lorient, etc.) las normas de un pequeño catecismo de comportamiento individual. Para corregir los errores no basta con cortar cabezas, hay que esforzarse en descubrir los errores de partida que causan y favorecen la formación de fracciones.

Nos dicen: la Internacional está precisamente para dar con los errores de nuestra máquina bolchevizadora, y la mayoría de la Internacional debe intervenir cuando el Comité Central de un partido comete errores graves. Esta es nuestra garantía contra los desvíos dentro de las secciones nacionales. Pero en la práctica este sistema ha fallado. La intervención de la Internacional en Alemania nos ofrece un ejemplo. El Comité Central del KPD se había vuelto todopoderoso y hacía imposible toda oposición en el partido, y sin embargo se topó con alguien que estaba por encima que, llegado el momento, condenó todos los delitos y errores cometidos por dicho Comité Central: el Ejecutivo de Moscú, en su Carta Abierta. ¿Acaso este es un buen método? No, desde luego que no. ¿Qué consecuencias tiene semejante acción? Tenemos un ejemplo en Italia, durante la discusión previa al congreso del partido. Un buen camarada, ortodoxo, acude como delegado al congreso del partido alemán. Comprueba que todo va de maravilla, que una mayoría aplastante se ha pronunciado a favor de las tesis de la Internacional, que el nuevo Comité Central ha sido elegido en perfecto acuerdo, exceptuando a una minoría desdeñable. El delegado italiano vuelve y hace un informe muy favorable sobre el partido alemán. Escribe un artículo en el que lo describe, según creemos los camaradas italianos de izquierda, como un modelo de partido bolchevique. Casi se hacen partidarios de la bolchevización algunos de

nuestras camaradas de la oposición. Dos semanas más tarde llega la Carta Abierta del Ejecutivo... Se declara que la vida interna del partido alemán es pésima, que existe una dictadura, que toda la táctica es completamente errónea, que se han cometido errores graves, que existen graves desviaciones y que la ideología no es leninista. Se olvidan de que el V Congreso proclamó que la izquierda alemana era el Comité Central más bolchevique y la derriban sin piedad. Se emplean contra ella los mismos métodos empleados antes contra la derecha. La consigna del V Congreso fue: «¡Es culpa de Brandler!»». Ahora se dice: «¡Todo es culpa de Ruth Fischer!»». Afirmo que de esta forma no se pueden conquistar las simpatías de las masas obreras. No se puede decir que un puñado de camaradas tiene la culpa de los errores cometidos. La Internacional debía seguir de cerca el curso de los acontecimientos, y no podía ni debía ignorar ni las propias características de los dirigentes ni su actividad política. Ahora dirán que estoy defendiendo a la izquierda alemana, de la misma forma que en el V Congreso se dijo que defendí a la derecha. Pero yo no me solidarizo políticamente ni con una ni con otra, pienso únicamente que la Internacional, la misma Internacional que se solidarizó completamente con estos grupos, a los que presentó como las mejores direcciones posibles y en manos de los cuales puso el partido, debe

asumir su responsabilidad por los errores cometidos en ambos casos.

En diversas ocasiones la intervención del Ejecutivo de la Internacional Comunista en los Comités Centrales de los partidos ha sido poco afortunada. La cuestión es esta: ¿Cómo trabaja la Internacional, cuáles son sus relaciones con las secciones nacionales y cómo se eligen los órganos dirigentes?

En el último Congreso ya critiqué nuestros métodos de trabajo. Carecemos de una verdadera colaboración colectiva en nuestros órganos superiores y en nuestros congresos. El órgano supremo parece un cuerpo ajeno a las secciones, discutiendo con ellas y eligiendo la fracción a la que ofrecer su apoyo. Este Comité Central recibe el apoyo del resto de secciones en todas las cuestiones tratadas, y éstas últimas esperan el mismo trato favorable cuando les llegue el turno. Los que se dedican a esta «prostitución» son además grupos unidos en torno a un líder por lazos puramente personales.

Nos dicen: la dirección internacional proviene de la hegemonía del partido ruso, pues éste ha hecho la revolución y es allí donde se encuentra la sede de la Internacional. Por eso hay que conceder una importancia fundamental a las decisiones inspiradas por el partido ruso. Pero existe un problema: ¿cómo resuelve las

cuestiones internacionales el partido ruso? Tenemos todo el derecho a plantear esta cuestión.

Tras los últimos acontecimientos, después de la última discusión, el pilar sobre el que se apoya todo el sistema ya no es estable. En la última discusión del partido ruso hemos visto cómo discutían los camaradas, reivindicando todos el mismo conocimiento del leninismo y el mismo derecho indiscutible a hablar en nombre de la tradición revolucionaria bolchevique, empleando citas de Lenin unos contra otros e interpretando la experiencia rusa cada uno a la manera que más le convenía. Esto es un hecho irrefutable del que quiero dejar constancia aquí, sin pretender profundizar en esta discusión.

En esta situación, ¿quién debe decidir en última instancia sobre los problemas internacionales? Ya no se puede responder: la vieja guardia bolchevique, pues esto no resuelve nada en la práctica. El pilar de nuestro sistema se sustrae a nuestro examen objetivo. De ello se desprende que la solución debe ser completamente distinta. Podemos comparar nuestra organización internacional con una pirámide. Esta pirámide debe tener un vértice y unas líneas rectas que convergen hacia este vértice. Así podemos representar la unidad y la necesaria centralización. Pero hoy, como resultado de nuestra táctica, esta pirámide reposa peligrosamente sobre su vértice. Hay que darle la vuelta, lo que ahora

está abajo debe ponerse arriba, la pirámide debe apoyarse sobre su base para recuperar el equilibrio. La conclusión a la que llegamos sobre la bolchevización es, pues, que no nos debemos limitar a introducir simplemente modificaciones secundarias, sino que hay que transformar todo el sistema, de arriba a abajo.

Tras hacer este balance de la pasada actividad de la Internacional, quiero analizar la situación actual y las tareas futuras. Estamos todos de acuerdo en lo que se ha dicho en general sobre la estabilización, así que no es necesario repetirlo. La descomposición del capitalismo ha entrado en una fase menos aguda. La coyuntura ha sufrido varias fluctuaciones, en el contexto de la crisis general del capitalismo. Seguimos teniendo ante nosotros la perspectiva del derrumbamiento final del capitalismo. Pero al plantear esta cuestión de la perspectiva se cae a mi juicio en una evaluación errónea. Hay varias maneras de acercarse a este problema de la perspectiva. Creo que el camarada Zinoviev nos ha recordado cosas muy útiles al mencionar la doble perspectiva del camarada Lenin.

Si fuéramos una sociedad científica dedicada a estudiar los acontecimientos sociales, podríamos sacar conclusiones más o menos optimistas sin profundizar en los hechos. Pero esta perspectiva puramente científica no es suficiente para un partido revolucionario, que toma partido en todos los acontecimientos, que es en sí

mismo uno más de sus factores y que no puede separar sus funciones de manera metafísica, poniendo a un lado el conocimiento preciso de su función y en el otro la voluntad y la actividad. Por eso nuestro partido tiene que estar siempre directamente ligado a sus objetivos finales. Es necesario tener siempre ante nosotros la perspectiva revolucionaria, incluso cuando el juicio científico nos obliga a sacar conclusiones pesimistas. No se puede considerar como un simple error científico el hecho de que Marx esperara el estallido de la revolución en 1848, 1859 o 1870, o de que Lenin, después de 1905, la profetizara para 1907, o sea, diez años antes de que triunfara realmente. Al contrario, esto demuestra la aguda visión revolucionaria de estos grandes dirigentes. No se trata de una pueril exageración, de pensar constantemente que la revolución está llamando a la puerta, sino de una verdadera facultad revolucionaria, que permanece intacta a pesar de todas las dificultades del desarrollo histórico. La cuestión de la perspectiva tiene para nuestros partidos un enorme interés, y tendríamos que examinarla a fondo. Considero inadmisibles afirmar: la coyuntura se ha modificado sensiblemente en un sentido desfavorable para nosotros, la situación no es la misma que en 1920, y esto explica y justifica la crisis interna de las distintas secciones de la Internacional. No, esto puede ayudarnos a explicar las causas de tal o cual error, pero no los justifica. Desde un punto de vista político, es

insuficiente. No podemos ni debemos resignarnos al defectuoso régimen interno de nuestros partidos, como si se tratara de algo inmutable, por el hecho de que la coyuntura externa sea desfavorable. Así formulada, la cuestión está mal planteada. Está claro que el partido, siendo un factor de los acontecimientos, también es su producto, aun siendo un partido mundial verdaderamente revolucionario. ¿En qué sentido los acontecimientos influyen en el partido? En el sentido de que cuando la crisis del capitalismo nos proporciona una situación favorable, aumenta el número de nuestros militantes y nuestra influencia sobre las masas. Si en un momento dado la coyuntura se vuelve desfavorable, nuestras fuerzas pueden debilitarse cuantitativamente, pero nuestra ideología no debe resentirse, y no sólo debe permanecer intacta nuestra tradición y nuestra organización, sino también nuestra línea política.

Pensar que para preparar a los partidos para su tarea revolucionaria hay que aprovechar la situación de crisis progresiva del capitalismo, equivale a levantar nuestra perspectiva sobre esquemas completamente falsos, pues entonces necesitaríamos un largo y progresivo periodo de crisis para poder consolidar nuestro partido. En tal caso, la situación económica tendría que continuar siendo revolucionaria durante más tiempo, antes de que podamos pasar a la acción. Si la crisis se acentúa súbitamente tras un periodo de

coyuntura incierta, seremos incapaces de explotarla, debido a nuestra manera errónea de ver las cosas, y nuestros partidos se verán inevitablemente sumergidos en el desconcierto y la impotencia. Eso demuestra que no hemos aprendido las lecciones que se extraen de nuestra experiencia con el oportunismo en la Segunda Internacional. No se puede negar que antes de la guerra mundial el capitalismo atravesó un periodo de prosperidad, que gozó de una coyuntura favorable. Si bien esto permite explicar, hasta cierto punto, la descomposición oportunista de la Segunda Internacional, no justifica el oportunismo. Nosotros hemos combatido esta idea y nos negamos a pensar que el oportunismo sea algo necesario e históricamente determinado por los acontecimientos. Hemos defendido la tesis de que el movimiento debe oponerle resistencia, y de hecho la izquierda marxista combatía contra el oportunismo antes de 1914, exigiendo la constitución de partidos proletarios sanos y revolucionarios.

Hay que plantear la cuestión de otra manera. Incluso si la coyuntura y las perspectivas son desfavorables o relativamente desfavorables, no hay que transigir y resignarse a las desviaciones oportunistas, justificándolas con el pretexto de que las causas se deben a la situación objetiva. Si a pesar de todo sobreviene una crisis interna, sus causas y la forma de remediarla hay que buscarlas en otra parte, es decir, en

el trabajo y en la línea política del partido, que no son como deberían ser. Esto también es válido para la cuestión de los jefes, que el camarada Trotsky ha planteado en el prefacio de su libro *1917*, donde analiza las causas de nuestras derrotas y propone una solución con la que me solidarizo completamente. Trotsky no considera a los dirigentes como hombres caídos del cielo para cumplir su tarea. No, él plantea la cuestión de otra forma. Los jefes también son el producto de la actividad del partido, de sus métodos de trabajo y de la confianza que ha sabido ganarse. Si a pesar de una situación cambiante y a menudo desfavorable el partido sigue una línea revolucionaria y combate las desviaciones oportunistas, la selección de los jefes, la formación del estado mayor, se desarrollará de manera favorable, y en el periodo de la lucha final, si bien no siempre tendremos un Lenin, al menos dispondremos de una dirección sólida y valiente, cosa que hoy, dado el estado actual de nuestra organización, no podemos esperar.

Existe otro planteamiento que hay que combatir y del que debemos ocuparnos cuando pasamos del análisis puramente económico al análisis de las fuerzas sociales y políticas. Se considera generalmente como una situación políticamente favorable a nuestra lucha la existencia de un gobierno de izquierdas pequeñoburgués. Este falso esquema, para empezar,

contradice con el anterior, pues generalmente en una época de crisis económica la burguesía se decanta por un gobierno formado por partidos de derecha, para poder emprender una ofensiva reaccionaria, es decir, que las condiciones objetivas se vuelven desfavorables para nosotros. Para llegar a una solución marxista del problema hay que renunciar a estos lugares comunes.

En general, no es cierto que los gobiernos burgueses de izquierda nos sean más favorables. Puede ocurrir lo contrario. Los ejemplos históricos demuestran que sería de locos pensar que, para facilitar nuestra labor, debe constituirse un gobierno de las llamadas clases medias, con un programa liberal que nos permita organizar la lucha contra un aparato estatal debilitado.

Aquí también se percibe la influencia de la errónea interpretación de la experiencia rusa. Con la revolución de febrero de 1917 cayó el anterior aparato estatal y se formó un gobierno apoyado por los partidos de la burguesía y la pequeña burguesía liberal. Pero no se levantó ningún aparato estatal sólido que reemplazara a la autocracia zarista por el dominio económico del capital y una representación parlamentaria moderna. Antes de que semejante aparato se organizara, el proletariado, guiado por el partido comunista, atacó con éxito al gobierno y tomó el poder. Se podría pensar, pues, que en el resto de países sucederá lo mismo, que un buen día el gobierno pasará de manos de los partidos

burgueses a manos de estos partidos intermedios, debilitándose el aparato estatal de tal forma que al proletariado no le será difícil abatirlo. Pero esta perspectiva simplificada es completamente falsa. ¿Cuál es la situación en los otros países? ¿Se puede considerar que un cambio de gobierno que quite a un gobierno de derechas y ponga a uno de izquierdas (como ha ocurrido en Francia, donde el cártel de izquierdas ha reemplazado al bloque nacional) supone una transformación histórica de los fundamentos del Estado? Es posible que el proletariado pueda sacar partido a este periodo para consolidar sus posiciones. Pero si no se trata más que pura y simplemente del paso de un gobierno de derechas a uno de izquierdas, esto para nada conlleva el colapso del aparato estatal, que sí sería favorable al comunismo. ¿Acaso existen ejemplos históricos concretos que demuestren ese supuesto desarrollo, es decir, ejemplos de gobiernos de izquierda que hayan allanado el camino a la revolución proletaria? No, no existe ninguno.

En 1919, en Alemania, la izquierda burguesa estaba en gobierno. Incluso hubo una época en la que la socialdemocracia llegó a hacerse con el poder. A pesar de la derrota militar de Alemania, a pesar de una gravísima crisis, el aparato estatal no sufrió ninguna transformación fundamental que facilitase la victoria del proletariado, y no sólo fracasó la revolución comunista, sino que los socialdemócratas fueron sus verdugos.

Si contribuimos con nuestra táctica a que un gobierno de izquierdas suba al poder, ¿será más favorable la situación para nosotros? No, de ningún modo. Pensar que las clases medias pueden levantar un aparato estatal distinto al de la burguesía y considerar este periodo como una fase de transición para la conquista del poder por parte del proletariado es una concepción menchevique.

Algunos partidos de la burguesía tienen un programa y unas reivindicaciones cuyo objetivo es conquistar a las clases medias. Esto, en general, no supone el traspaso de poder de un grupo social a otro, sino un nuevo método de combate de la burguesía contra nosotros. Si este cambio termina produciéndose, no podemos decir que la situación sea más favorable para nuestra intervención. La podemos aprovechar, es cierto, pero a condición de que antes hayamos mantenido una actitud perfectamente clara y no hayamos reclamado ese gobierno de izquierda.

¿Se puede considerar que en Italia el ascenso del fascismo supone la victoria de la derecha burguesa contra la izquierda burguesa? No, el fascismo es más que eso. Es la síntesis de dos métodos de defensa de la clase burguesa. Las últimas medidas del gobierno fascista demuestran que el fascismo no deja de ser un agente directo del capitalismo, a pesar de su composición social, que se basa en la pequeña burguesía

y la mediana burguesía. Como organización de masas (la organización fascista cuenta con un millón de miembros), se esfuerza en movilizar a amplias masas recurriendo a los métodos socialdemócratas, mientras al mismo tiempo desencadena la reacción más brutal contra todo adversario que ose atacar el aparato estatal.

El fascismo ha sufrido algunas derrotas en este terreno. Esto demuestra nuestra visión de la lucha entre las clases, y sobre todo pone en evidencia la absoluta impotencia de las clases medias. En los últimos años han pasado por tres fases: en 1919-1920 acudían en masa a nuestras reuniones y mítines revolucionarios; en 1921-1922 conformaron los cuadros de los camisas negras; en 1924, tras el asesinato de Matteotti, se pasaron a la oposición; y hoy las tenemos de nuevo al lado del fascismo. Siempre están del lado del más fuerte.

Hay que señalar otro hecho. En el programa de casi todos los partidos y gobiernos de izquierda se encuentra el principio según el cual las «garantías» liberales fundamentales deben concederse a todos, excepto a aquellos partidos cuyo fin es destruir las instituciones estatales, es decir, a los partidos comunistas.

Esa falsa perspectiva según la cual los gobiernos de izquierda ofrecen ciertas ventajas viene acompañada de la hipótesis de que las clases medias son capaces de

hallar una solución independiente al problema del poder. La llamada nueva táctica llevada a cabo en Alemania y Francia, y en función de la cual en Italia el Partido Comunista ha propuesto formar un Antiparlamento a la oposición antifascista del Aventino, se basa a mi juicio en un grave error. No puedo entender que un partido tan rico en tradición revolucionaria como nuestro partido alemán se tome en serio a los socialdemócratas cuando estos le reprochan hacer el juego a Hindenburg al presentar sus propios candidatos. El plan de la burguesía para la movilización contrarrevolucionaria de las masas en general consiste en proponer un dualismo político e histórico, en lugar de la oposición de clases entre burguesía y proletariado, mientras que el partido comunista insiste en ese dualismo de clases, no por ser el único dualismo posible en la perspectiva social y en el terreno de las fluctuaciones del poder parlamentario, sino más bien porque es el único dualismo históricamente capaz de llevarnos al derrocamiento revolucionario del aparato estatal de clase y a la formación del nuevo Estado. Pero la forma de introducir este dualismo en la conciencia de las grandes masas no es mediante declaraciones ideológicas y propaganda abstracta, sino con el lenguaje de nuestros actos y con la claridad de nuestras posiciones políticas. Cuando en Italia se propuso a los antifascistas burgueses la formación de un Antiparlamento con la participación de los comunistas, por más que en nuestra prensa se dijera

que no teníamos ninguna confianza en esos partidos, por más que se intentara desenmascararles de esta manera, en la práctica se estaba invitando a las masas a que tuvieran confianza en que los partidos del Aventino derrocarían al fascismo, así como a pensar que el combate revolucionario y la formación de un anti-Estado son posibles no ya sobre una base de clase, sino sobre la base de la colaboración con elementos pequeñoburgueses e incluso con grupos capitalistas. Esta maniobra no ha conseguido reunir a las grandes masas en un frente de clase. Toda esta «nueva táctica» no sólo no se ajusta a las decisiones del V Congreso, sino que, a mi juicio, contradice los principios y el programa del comunismo.

¿Cuáles son nuestras tareas futuras? Esta asamblea no puede ocuparse seriamente de este problema si no plantea en toda su extensión y gravedad la cuestión fundamental de las relaciones históricas entre la Rusia soviética y el mundo capitalista. Junto al problema de la estrategia revolucionaria del proletariado y del movimiento internacional de los campesinos y de los pueblos coloniales y oprimidos, la cuestión de la política estatal del partido comunista en Rusia es hoy para nosotros la más importante. Hay que solucionar correctamente el problema de las relaciones de clase dentro de Rusia, hay que aplicar las medidas que sean

necesarias frente a la influencia de los campesinos y de las capas pequeñoburguesas que van surgiendo, hay que luchar contra la presión externa, que hoy es puramente económica y diplomática y mañana puede ser militar. Puesto que aún no se ha producido una conmoción revolucionaria en los otros países, es necesario enlazar lo más estrechamente posible toda la política rusa con la política revolucionaria general del proletariado. No pretendo profundizar en esta cuestión, pero afirmo que esta lucha debe apoyarse en primer lugar, desde luego, en la clase trabajadora rusa y su partido comunista, pero también es fundamental que se apoye en el proletariado de los Estados capitalistas. El problema de la política rusa no puede resolverse únicamente en los estrechos límites del movimiento ruso, la colaboración directa de toda la Internacional Comunista es absolutamente necesaria.

Sin una verdadera colaboración, no sólo se verá gravemente amenazada la estrategia revolucionaria en Rusia, sino también toda nuestra política en los Estados capitalistas. Pueden aparecer tendencias que pretendan reducir el papel de los partidos comunistas. Ya estamos sufriendo ataques en ese terreno, no desde nuestras propias filas, por supuesto, sino por parte de los socialdemócratas y oportunistas. Esto tiene que ver con nuestras maniobras de cara a la unidad sindical internacional y con nuestra actitud frente a la Segunda

Internacional. Todos estamos de acuerdo en que los partidos comunistas deben mantener incondicionalmente su independencia revolucionaria, pero es necesario estar atentos a la posibilidad de que surja una tendencia que pretenda reemplazar a los partidos comunistas por organismos de carácter menos claro y explícito, que no se muevan sobre el terreno de la lucha de clases, ejerciendo una función de debilitamiento y neutralización política. En la situación actual, la defensa del carácter de nuestra organización internacional y comunista de partido contra toda tendencia liquidacionista es una tarea común indiscutible.

Tras la crítica que hemos hecho a la línea general de la Internacional, ¿podemos considerar que, dada su situación actual, está suficientemente preparada para esta doble tarea estratégica, en Rusia y en el resto de países? ¿Podemos exigir que esta asamblea discuta inmediatamente todos los problemas rusos? A esta pregunta debemos responder, desgraciadamente, que no. Es absolutamente necesario revisar seriamente nuestro régimen interno y también es necesario que nuestros partidos pongan en su orden del día los problemas de táctica en todo el mundo y los problemas de la política del Estado ruso. Pero esto sólo puede hacerse con un nuevo curso, con métodos completamente diferentes.

A este respecto, nosotros no hallamos ninguna garantía suficiente ni el informe ni en las tesis propuestas. Lo que necesitamos no es optimismo oficial. Debemos comprender que con métodos tan mezquinos como los que a menudo hemos visto que se empleaban aquí no podemos prepararnos para asumir las importantes tareas que se le presentan al estado mayor de la revolución mundial.

SEGUNDO DISCURSO

IX Sesión, 25/2/1926

Camaradas, en mi discurso me he ocupado de las cuestiones generales de la política de la Internacional. Pero algunos oradores no se han limitado a rebatir mis afirmaciones generales, sino que también han hablado un poco de los problemas italianos, que yo prácticamente había dejado de lado. Me veo obligado a responder brevemente a lo que se ha dicho.

Se habla principalmente del célebre sistema, de la nueva teoría, de la izquierda italiana. Y siempre dicen «el sistema de Bordiga, la teoría de Bordiga, la metafísica de Bordiga», como si yo estuviera aquí completamente solo, defendiendo y soltando mis ideas y críticas personales. Se quiere presentar mi actitud como un fenómeno completamente individual. Ahora

bien, aunque la izquierda italiana ha sido recientemente derrotada de manera «oficial» (ahora diré algo a este respecto), tengo que aclarar una vez más que no he venido a este congreso a entretener a los delegados con mis elucubraciones individuales, sino a expresar el pensamiento de un grupo del movimiento comunista en Italia. Dirán que somos un grupo insignificante, una pequeña minoría, pero en mi opinión esto sería una insensatez. Un camarada, un trabajador miembro de la izquierda que vive en Rusia, me contó hace algunos días algo muy interesante: «nosotros jugamos en cierto modo un papel internacional, pues el pueblo italiano es un pueblo de emigrantes, en el sentido económico y social de la palabra, y tras el ascenso del fascismo, también en sentido político». Es verdad que tras la marcha sobre Roma millares de buenos camaradas se han dispersado por todo el mundo, dando lo mejor de sí mismos en distintos partidos. Este mismo camarada me hizo otra declaración, ingenua pero interesante: «nos pasa un poco como a los judíos, si en Italia hemos sido derrotados, podemos consolarnos viendo que la fuerza de los judíos no está en Palestina, sino en otros lugares».

Lo que yo represento no son, pues, ideas exclusivamente personales, es la expresión del pensamiento de todo un grupo.

Veamos en qué consiste el célebre sistema de la izquierda italiana. En la discusión previa al congreso de

nuestro partido, se ha visto que existen divergencias de principios en varias cuestiones de fondo: sobre la naturaleza del partido, el papel del partido, la relación entre la actividad del partido y la situación general, las relaciones entre el partido y las masas, entre nosotros y la Internacional y entre nosotros y el marxismo y el leninismo, según dicen. Naturalmente no podemos examinar estas importantes cuestiones teóricas aquí. Todo el material del congreso del partido italiano está disponible, y quien lo desee puede comprobar que nosotros, si bien admitimos abiertamente que existen divergencias sistemáticas con la línea de la Internacional en determinadas cuestiones tácticas (como he expuesto en mi anterior discurso), en lo que respecta al desarrollo de la estrategia revolucionaria para pasar de la revolución rusa a la revolución mundial, no obstante afirmamos que en las cuestiones generales y programáticas, en la cuestión de la naturaleza del partido y su función histórica, así como de la relación entre el partido y las masas, adoptamos una posición teórica completamente correcta desde una perspectiva marxista.

Es más, pensamos que quienes nos critican son quienes se desvían de la posición correcta. Por ejemplo, cuando el camarada Ercoli⁵⁷, miembro de la mayoría oficial del partido italiano, sale al paso de la cuestión de

⁵⁷ Seudónimo de Palmiro Togliatti.

las células de empresa con el argumento de que gracias a ellas se lleva a cabo la unión entre el partido y las masas y de que representa el terreno más importante de actividad de nuestro partido, absorbiendo todo nuestro trabajo, yo pienso que nos hallamos ante una desviación muy seria. Durante la discusión que se ha producido en Italia hemos intentado caracterizar (mediante un análisis completo y profundo) muchas de las desviaciones del grupo al que pertenece el camarada Ercoli. Si todo el trabajo del partido consiste en establecer vínculos con las masas, después de lo cual supuestamente todo es coser y cantar, nos encontramos pura y simplemente ante el menchevismo. Los vínculos con las masas son necesarios, pero el problema consiste en parte en que las masas consideren a nuestro partido como un centro en torno al cual reagruparse y que sea capaz de dirigir las hacia los objetivos finales revolucionarios. Hay partidos a los que siguen las masas, pero como no son partidos realmente revolucionarios las llevan a la derrota.

No se puede negar que existen situaciones en las que las masas se ven impulsadas a adoptar una política no comunista. En estas condiciones la teoría de Ercoli es absolutamente oportunista. Si en lugar de tender a la conquista de las masas se considera que esta conquista es un principio supremo, nos hallamos ante el más puro menchevismo. No basta con afirmar que las células nos proporcionan amplios vínculos con las masas, cosa que

además es discutible, se trata de saber si estos vínculos son de naturaleza revolucionaria. Si todo vínculo orgánico con las masas tiene que ser revolucionario en sí y por sí mismo, se demostraría nuestra afirmación de que la organización basada en células de empresa nos conduce al obrerismo y al laborismo.

Relacionar automáticamente la base social del partido, en el sentido más estricto del término, con su carácter político equivale a afirmar que todo partido en el que se organiza la clase obrera es en sí mismo un partido revolucionario. Y esta es precisamente la naturaleza del menchevismo. Sin pretender profundizar en este problema, me limitaré a afirmar que aquí nosotros no hemos abandonado el terreno de la teoría del Marx y de Lenin.

El camarada Bujarin ha criticado mi discurso de manera amistosa y cordial. No hace falta decir que Bujarin es un buen polemista. Pero esta vez ha hecho como siempre, ha presentado mis afirmaciones a su manera, dando por buenas las leyendas acerca de las teorías de Bordiga que se difunden desde hace tiempo. No puedo decir que yo sea guapo, pero el retrato que me ha hecho Bujarin es horrible. Me atribuye ciertas fórmulas, se lanza a combatirlas y las hace añicos. En su discurso dice que el régimen interno de la Internacional debe cambiar. Sin embargo, viendo sus métodos polémicos, somos extremadamente pesimistas acerca de

las perspectivas de saneamiento del régimen interno. El camarada Bujarin práctica la agitación. Ésta no se limita ya a los obreros o al interior del partido, sino que llega incluso al pleno del Ejecutivo Ampliado. Y puede que la agitación sea más fácil aquí que entre los obreros.

El camarada Bujarin simplifica las ideas. Saber simplificar las posiciones y presentarlas en pocas palabras es ciertamente un mérito, pero más mérito tendría simplificarlas no ya para hacer simple agitación, sino para participar en un trabajo realmente serio, en un trabajo común al que todos debemos contribuir en la medida de nuestras fuerzas.

Simplificar sin hacer agitación demagógica, he aquí el gran problema revolucionario. Pero estos maestros de la simplificación escasean. No hay duda de que el camarada Bujarin tiene cualidades excepcionales, que debería emplear dentro de la Internacional. Desafortunadamente, después haber escuchado los discursos de algunos grandes jefes de la revolución rusa, creo que no estamos destinados a escuchar con tanta frecuencia exposiciones capaces de esta gran tarea que consiste en simplificar sin hacer demagogia.

Digamos algunas palabras sobre las objeciones del camarada Bujarin. Así es como argumenta: las contradicciones de Bordiga derivan de la idea de que la revolución no es un problema de formas de

organización; ha presentado el problema de la bolchevización únicamente desde el punto de vista organizativo: el vuelco de la famosa pirámide. Pero todo esto no es cierto. Al hablar de la bolchevización, la he criticado desde varios puntos de vista: el teórico, el histórico y el táctico. Esto demuestra que no considero la bolchevización únicamente como un problema organizativo, sino como un problema político de acción y de táctica de la Internacional. Además, debéis reconocer que toda nuestra oposición se limita a cuestiones de táctica, y que a este respecto llevamos proponiendo desde hace mucho tiempo soluciones diferentes a las aprobadas en los congresos mundiales. Es perfectamente evidente que estos problemas no se resolverán con un simple cambio organizativo. Así pues, esperamos que nuestra acción y nuestra táctica terminen demostrando que nosotros nos encaminamos verdaderamente por una sana dirección revolucionaria.

Otro argumento del camarada Bujarin: Bordiga está en contra de trasplantar mecánicamente la experiencia rusa a otros países, pero al olvidar el carácter específico de la situación en los países de Europa occidental, es él quien incurre precisamente en esta trasposición mecánica. Ahora bien, mi tesis es distinta. Yo digo: en general, toda la experiencia rusa es útil, no podemos ni debemos olvidarla, pero no es suficiente. Es decir, no renuncio a emplear la

experiencia rusa, pero afirmo que esta experiencia del partido ruso no contiene en sí misma todas las soluciones a los problemas de la táctica revolucionaria. ¿Cuál es el carácter específico de la estrategia revolucionaria en occidente del que me he olvidado? El camarada Bujarin afirma que en mi discurso no he mencionado la presencia de grandes partidos y sindicatos socialdemócratas. Pero esa es precisamente la diferencia en la que más he insistido. Para mostrar las diferencias que existen entre la Revolución rusa y la occidental en lo que respecta a las relaciones con el aparato estatal, he dicho que en los países occidentales existe desde hace mucho un aparato estatal burgués democrático muy estable, que juega un papel desconocido en la historia del movimiento ruso. Este papel permite a la burguesía movilizar al proletariado en un sentido oportunista, mediante los sindicatos y los partidos socialdemócratas. Mí análisis toca precisamente este punto fundamental de la situación en occidente. Las posibilidades de movilizar ideológicamente a la clase obrera en los países de tradición liberal son mucho, mucho mayores de lo que eran en Rusia, y esto explica el fuerte desarrollo de las organizaciones socialdemócratas en occidente. El camarada Bujarin no puede decir, entonces, que caigo en contradicciones, ni que incurro en ninguna trasposición mecánica.

Ciertamente, no estoy de acuerdo cuando dice que partiendo de la experiencia rusa, la táctica de frente único es justamente la que hay que trasplantar a escala más vasta en occidente. Creo que aquí los camaradas rusos comenten un error. Esta maniobra podía ser útil en la lucha contra el partido menchevique y el social-revolucionario, que no estaban tan ligados al aparato estatal, pero ni ésta ni otras soluciones tácticas pueden aplicarse sin peligro en los países occidentales. Si lo intentamos, la posible movilización del proletariado por parte de la burguesía nos lo impedirá y sufriremos graves desilusiones. No quiero profundizar en este análisis, dado que ni siquiera he hablado de esto en mi primer discurso. Me limito a constatar que las contradicciones de las que ha hablado el camarada Bujarin no existen.

Para resolver los problemas tácticos necesitamos mucho más que la bolchevización, mucho más que la convicción de que basta con consultar la historia del partido bolchevique para hallar las soluciones a todos los problemas. Necesitamos también otras experiencias, y la Internacional debe hallarlas en el movimiento internacional.

Otra objeción: según el camarada Bujarin, al hablar de la cuestión de las células y de las diferencias entre Rusia y occidente he dicho que la cuestión del Estado, es decir, el problema político central, que en

Rusia lo planteaba la propia historia, en occidente no se plantea. El camarada Bujarin afirma que tengo una perspectiva pesimista de tipo socialdemócrata. Ahora bien, lo que sostengo es que los obreros comunistas cuya actividad se limita al marco de la célula de empresa corren el riesgo de olvidar el problema central de la conquista del poder. Yo creo que este problema también lo plantea la propia historia en occidente, pero el papel de nuestro partido comunista consiste precisamente en dar al proletariado los medios para resolver dicho problema en un sentido unitario. El partido debe evitar las maniobras que salvan a la burguesía. Debe evitar caer en el laborismo, que más de una vez ha ayudado a la burguesía a permanecer en el poder. El problema está planteado, pero no hemos sabido aprovechar sus elementos. No basta con que la historia plantee el problema. Esa objeción, pues, carece de justificación.

Paso ahora a la cuestión italiana. Ante mis críticas a la táctica del frente con los antifascistas y a la propuesta de Antiparlamento, el camarada Ercoli afirma que estas críticas son falsas, pues mi análisis no tiene en cuenta la situación, mientras que el Comité Central del partido italiano se basaba afortunadamente en un análisis exacto de la nueva situación. Yo afirmo que este análisis era erróneo. Tengo en mis manos un documento que ha sido muy discutido en las discusiones previas a nuestro congreso. Se trata del informe del camarada

Gramsci al Comité Central, redactado en septiembre de 1924 (Matteotti fue asesinado en junio). Este informe contiene una perspectiva completamente errónea. Afirma que al fascismo lo había derrotado la propia oposición burguesa y que en la práctica la monarquía terminaría liquidando al fascismo en el terreno parlamentario.

Ercoli: Preveíamos únicamente un compromiso entre el fascismo y el Aventino, cosa que efectivamente sucedió.

Bordiga: Preveíamos el aislamiento de Mussolini. Valorabais la correlación de fuerzas entre el fascismo y la oposición de forma completamente errónea, y por tanto el análisis de la situación también era erróneo. Fue un error de perspectiva y de maniobra del partido. Se recurrió a esta fórmula: la situación es democrática. Esta forma de estudiar las situaciones es realmente sorprendente: cuando la situación es reaccionaria, el partido no tiene nada que hacer, y cuando es democrática, son los partidos pequeñoburgueses los que pueden hacer algo. De este modo nuestro partido, el partido comunista, desaparece completamente de la escena.

Otro argumento de Ercoli: la maniobra era correcta, pues ha tenido éxito. Lo primero que hay que decir es que los propios camaradas del centro han

reconocido que la crítica que los camaradas de la izquierda hicieron a la táctica del Antiparlamento era correcta hasta cierto punto. Por ejemplo, afirman que la decisión de volver al Parlamento debería haberse tomado mucho antes, y no después de las vacaciones parlamentarias. Nosotros vamos más allá: no debería haberse llegado a acuerdos con la oposición burguesa en ningún momento, ni se debería haber participado en sus sesiones, ni abandonado con ella las Cortes. Los camaradas del centro dicen: hemos actuado bien porque hemos logrado un éxito, la influencia del partido ha aumentado. Pero la situación es la siguiente: un desplome completo de la oposición antifascista burguesa y semiburguesa. En esta situación, el partido comunista debería haber logrado una influencia decisiva, sobre todo entre la clase obrera y campesina. Con su línea táctica, debería haber estado a la altura de su papel como tercer factor independiente de la lucha política. Pero no se supo aprovechar el desarrollo de los acontecimientos de esta manera. El éxito del que habla Ercoli se reduce a un aumento en el número de militantes. Pero estas dos cuestiones no están relacionadas. Actualmente el número de militantes está disminuyendo. Pero nuestro Comité Central sostiene que no es más que una pérdida cuantitativa que viene acompañada de un aumento de la influencia. Yo me refería al partido como factor político de la situación. Podéis ser optimistas, pero todo indica que no hemos

conseguido nada y que no hemos sabido aprovechar una situación tan favorable.

Paso a la última cuestión de la que quiero hablar, la situación interna del partido. Nos acusan de ser una organización fraccionista, y en base a esta campaña se ha construido todo el edificio de la preparación del congreso. Debo declarar que al comenzar el congreso italiano la fracción de Izquierda emitió una declaración en la que cuestionaba la validez del congreso y reclamaba que la Internacional se posicionara al respecto. No pretendo traer aquí aquella polémica, sino reclamar formalmente que los órganos de la Internacional examinen determinadas cuestiones, como por ejemplo las increíbles acusaciones que ha lanzado el camarada Ercoli contra los camaradas de la Izquierda desde esta tribuna. Nunca hemos instado a los funcionarios del partido a que abandonaran esta organización para unirse al Comité de Entente. No lo hemos hecho porque habría sido un enorme error. Aún estamos esperando a que presenten el documento en el que se basa su acusación. Existe una carta del camarada que supuestamente recibió esta solicitud, pero aún está por ver si existe la carta en la que se le invita a actuar de este modo. Aún no ha aparecido. Dicen que tiene que estar en alguna parte, pero tratándose de una acusación tan grave, tenemos derecho a exigir que se aporten pruebas. Entonces podremos demostrar que esta

afirmación es completamente falsa. Pero dejemos esto de lado. Se ha hablado de la actividad de la Izquierda. Se ha dicho, por ejemplo, que hemos sido derrotados en las federaciones más fuertes y que las federaciones donde gozamos de más influencia son aquellas que se han debilitado más. En realidad sucede todo lo contrario. Las federaciones de las que ha hablado Ercoli, Milán, Turín y Nápoles, son precisamente aquellas en las que la fracción de izquierda es más fuerte.

En lo que respecta a la preparación del congreso, hay que decir que han descubierto un sistema de votación en el partido gracias al cual yo, Bordiga, como miembro de una organización del partido, he terminado votando a favor de las tesis del Comité Central. ¿Cómo es posible? No quiero repetirme. Esto permite hacernos una idea de lo que valen las cifras del recuento en este congreso.

No obstante, esto no nos preocupa mucho. Sólo diremos a los camaradas que durante el congreso, en nuestras polémicas, hemos criticado al ordinovismo, la postura ideológica de nuestro Comité Central. Y ante nuestra entrada obligada en el Comité Central, hemos hecho una precisa declaración.

Ya termino, camaradas. En lo que respecta al régimen interno y el vuelco de la pirámide, no puedo responder aquí a lo que ha objetado Bujarin sobre esta

cuestión y la de las fracciones. Pregunto: ¿Cambiarán nuestras relaciones internas en el futuro? ¿Acaso esta sesión plenaria demuestra que encaramos una nueva vía? Las declaraciones de los delegados franceses e italianos suscitan algunas dudas al respecto, por más que digan que hay que acabar con este régimen de terror interno y aunque las tesis hablen de renovar la vida interna del partido. Esperamos que os pongáis a ello.

Creo que la cacería al supuesto fraccionismo continuará dando los mismos resultados que ha dado hasta ahora. Lo demuestra la manera en que se intenta resolver la cuestión alemana, entre otras cosas.

Debo decir que este método de la humillación personal es deplorable, incluso cuando se aplica a ciertos elementos políticos que merecen ser combatidos duramente. No creo que éste sea un sistema revolucionario. Creo que la mayor parte de aquellos que dan muestras de esta ortodoxia, divirtiéndose a costa de los pecadores perseguidos, son viejos opositores anteriormente humillados. Sabemos que estos métodos se han aplicado y que posiblemente se seguirán aplicando contra camaradas que no sólo tienen tras de sí una larga tradición revolucionaria, sino que además son elementos preciosos de cara a nuestras luchas futuras. Hay que poner fin a esta manía autodestructiva, si verdaderamente queremos presentar nuestra candidatura

a la dirección de la lucha revolucionaria del proletariado.

El espectáculo de esta sesión plenaria ofrece sombrías perspectivas en lo que respecta a los cambios que se deberían producir en la Internacional. Así pues, voto en contra del proyecto de resolución que se ha presentado.

DISCUSIÓN DEL INFORME DE LOSOVSKI ACERCA DE LA CUESTIÓN SINDICAL

XIV Sesión, 4/3/1926

Camaradas, hoy quiero abordar dos cuestiones: la de la unificación sindical internacional y la de la táctica sindical en Italia. Cuando en el V Congreso se hizo una nueva propuesta para nuestra estrategia sindical, a saber, la propuesta para la unidad sindical mundial, me opuse, aunque no tan decididamente como ahora. El hecho es que en aquel momento la cuestión apenas se esbozó, y las diferentes delegaciones no tuvieron tiempo de desarrollar una discusión seria al respecto. Sostuve entonces que la IC había cambiado varias veces las soluciones generales al problema de las relaciones entre el movimiento económico y el movimiento político a escala internacional.

En la época del II Congreso la Profintern no existía y la tarea consistía en dar a determinadas organizaciones sindicales con orientación izquierdista, que se situaban en un terreno cercano al nuestro, la posibilidad de estar representadas en el Congreso de la IC mediante una delegación. Yo me opuse a la admisión de las organizaciones sindicales en un Congreso mundial de partidos políticos.

En el III Congreso de la IC se dio otra solución al problema. Se decidió fundar la Internacional sindical roja como antítesis de la Internacional de Ámsterdam, por razones bien conocidas. En el V Congreso se cambió de nuevo de parecer. Se propuso, no ya renunciar a la ISR, sino fundirla con la Internacional de Ámsterdam.

Hoy está claro que no se trata solamente de una consigna de agitación para la conquista de las masas y su encuadramiento en la ISR, que no se trata únicamente de una maniobra de agitación, sino de algo más. El objetivo es crear una Internacional sindical unitaria, lo cual se considera la solución definitiva al problema de las relaciones entre el movimiento sindical y el movimiento político del proletariado mundial.

Es cierto que se argumenta que es necesario un largo período de preparación, que dicha unidad solo puede lograrse bajo ciertas condiciones y que se deben tener ciertas garantías antes de emprender el trabajo de

unificación. Pero en realidad se trata de un nuevo sistema. Habrá una Internacional Comunista y una Internacional Sindical unitaria, dentro de la cual tendremos una fracción, dirigida por la Internacional política, para llegado el día hacernos con la dirección de esta Internacional Sindical unitaria. Partiendo de unos argumentos que parecen extremadamente simples, esta solución se presenta como la más lógica. Dado que tenemos una central sindical unitaria en todos los países, y dado que estamos en contra de la escisión sindical, incluso cuando en estos países la central está en manos de los amarillos, ¿cómo no va a ser ésta la mejor solución al problema de la unidad, también a escala mundial?

Creo que no es difícil responder a esta pregunta. ¿En qué consiste la diferencia entre nuestra táctica nacional y nuestra táctica internacional? En un hecho muy simple. Si trabajamos por la unidad sindical a escala nacional y logramos esta unidad, es porque nos permite penetrar en los sindicatos, anclarnos en ellos y conquistar grandes masas bajo nuestra influencia, todo con la perspectiva de conquistar algún día la dirección de estos organismos, como son los sindicatos, que en la lucha por el poder son un factor muy importante para el triunfo. Esto tiene mucha importancia desde cualquier punto de vista, porque supone poner un pie en estas organizaciones destinadas a desempeñar un gran papel

tanto en la lucha por la conquista del poder como después. Nuestra inclusión en los sindicatos, formando fracciones en su seno, nos llevará necesariamente a tomar el aparato central del sindicato en el período de la lucha final. Cuando las masas estén en movimiento, si la lucha toma un curso favorable, podremos conquistar todo el aparato sindical, en un congreso o por otros medios (sin excluir un golpe de mano), y los reformistas no tendrán más medio de defensa que la solidaridad del Estado burgués.

Sin embargo, cuando se trata del movimiento internacional la cuestión hay que plantearla de manera muy diferente, porque a escala internacional la lucha por la conquista del poder y la propia conquista del poder adquieren formas completamente diferentes. Ciertamente, no podemos imaginar que la lucha por la conquista definitiva del poder vaya a desencadenarse al mismo tiempo en todos los países. El proletariado sólo puede conquistar el poder por etapas, un país tras otro. Por tanto, el aparato central sindical internacional no caerá de inmediato en nuestras manos, los socialdemócratas, a medida que avance la revolución, lo salvarán trasladándolo a un país lo más alejado posible del aquel en el que la revolución proletaria resulte victoriosa.

Por eso es necesario repetir continuamente a los obreros que la Internacional sindical de Ámsterdam no

es una organización proletaria de masas, sino un órgano de la burguesía que mantiene estrechísimas relaciones con el Organización Internacional del Trabajo y con la Sociedad de Naciones. Un órgano que no puede ser conquistado por el proletariado y su partido revolucionario. Por eso pienso que la consigna de «Moscú contra Ámsterdam» es mucho mejor y más eficaz para la conquista de las masas.

Pero como este argumento puede parecer demasiado abstracto, paso a otro que tiene que ver con la situación actual.

¿Cuáles son los elementos más importantes del movimiento sindical? ¿Cuál es en general nuestra perspectiva en este terreno?

Según el informe del camarada Losovski, parece que el desarrollo de la crisis capitalista está hoy creando una situación muy favorable para nosotros. ¿Por qué entonces deberíamos cambiar de táctica en este preciso momento, cambio que además va ligado a una perspectiva pesimista, a un balance pesimista de nuestro movimiento sindical autónomo?

Otro factor es el movimiento en oriente. El orador ha destacado la gran importancia que tiene el movimiento sindical en China, que ya engloba a un millón de organizados. Esta formación de un movimiento con un carácter de clase claro y marcado en

los países coloniales y entre los pueblos oprimidos es un hecho de enorme importancia, y de hecho es una premisa fundamental para nuestra táctica en la cuestión colonial y nacional. De esta manera podemos confiar en ganarnos a la gran mayoría del movimiento sindical de los países coloniales y orientales para la ISR. Este argumento debería animarnos a dejar que la ISR permanezca junto a la Internacional Comunista y a renunciar a disolver esta central.

Un último factor es la influencia de Norteamérica, que cada día es mayor en todos los aspectos de la vida, tanto en lo que respecta a la resistencia del capitalismo contra las fuerzas revolucionarias, como en lo que respecta a la penetración de la influencia burguesa en las masas trabajadoras y la colaboración entre las clases.

Creo que este factor confirma lo que vengo diciendo. Conforme aumente la influencia del capitalismo norteamericano en Europa, aumentará la influencia de los sindicatos norteamericanos en la Internacional de Ámsterdam, según afirma Losovski. El centro de gravedad se irá desplazando progresivamente hacia los sindicatos norteamericanos, y esto confirma mi argumento de que la central sindical internacional amarilla se trasladará al país donde la reacción y el oportunismo sean más fuertes.

Si nuestra perspectiva no es pesimista, entonces no deberíamos permitir la unificación con la Internacional de Ámsterdam. Al contrario, la ISR debe permanecer intacta, pues nos permite desplegar vastas acciones para la expansión de nuestra influencia entre las masas. A la Internacional de Ámsterdam y a todas las organizaciones ligadas a ella se les pueden y se les deben hacer propuestas de frente único. El comité anglo-ruso debe continuar con la actividad que ha iniciado, precisamente bajo la forma de un comité para el frente único de los sindicatos rusos e ingleses y tratando de asociar a los sindicatos de otros países con este comité. Esto es extremadamente importante como medio de propaganda y agitación, y de esta manera se pueden obtener resultados muy satisfactorios. Por otro lado, no obstante, es necesario ofrecer una clara perspectiva del desarrollo de la lucha.

Para nuestra táctica en Inglaterra es de vital importancia que el movimiento sindical de izquierda no acapare toda nuestra atención y la del proletariado. No podemos olvidarnos del partido comunista, aunque hoy sea un partido pequeño. Hay que subrayar que éste, en el desarrollo de la crisis social en Inglaterra, así como en la lucha, guiará necesariamente al proletariado y será el estado mayor de la revolución.

Ahora quisiera decir algunas palabras sobre la actividad sindical de nuestro partido, sobre la cual se

discutió mucho en nuestro III Congreso. Ya conocemos en qué situación se encuentra hoy el movimiento sindical italiano en general. La reacción fascista destruyó el viejo aparato de los sindicatos de clase y ahora trata de crear una red de sindicatos fascistas. El fascismo ha intentado resolver este problema de dos formas. El primer método que empleó fue el de la afiliación voluntaria a los sindicatos fascistas, opuestos a los sindicatos no fascistas. Naturalmente, los sindicatos fascistas recibían gran apoyo por parte del Estado, mientras que los sindicatos no fascistas sufrían severamente la arbitraria reacción. A pesar de ello, el fascismo se vio obligado a reconocer que sus planes habían fracasado. No logró influir en las masas obreras como ya lo había hecho en las masas campesinas, pues estas últimas sufrían directamente el terror fascista. El proletariado industrial está demasiado concentrado para ser oprimido y doblegado como la población campesina. En las elecciones a las Comisiones Internas, por ejemplo, a pesar de todas las dificultades y represalias, las listas de clase lograron casi siempre la victoria. El fascismo se ha dado cuenta de esto y, para remediarlo, ha modificado su táctica sindical de arriba a abajo.

Mediante una ley especial, los sindicatos fascistas se han convertido en los únicos sindicatos reconocidos por el Estado, todas las actividades de los obreros están prohibidas por ley, y se ha creado de hecho un

monopolio de sindicatos fascistas, a través del cual éstos han firmado un pacto con las organizaciones patronales. Según la nueva ley, solo los sindicatos fascistas tienen derecho a tratar con empresarios, por lo que para los sindicatos libres, que en teoría están permitidos por el Estado, es absolutamente imposible desarrollar cualquier trabajo, por no hablar de todas las dificultades en las que se desenvuelven.

En este segundo período, nuestra táctica sindical debe ser completamente diferente. La situación anterior nos ofrecía la posibilidad de luchar contra los sindicatos fascistas en nombre de los sindicatos de clase en las elecciones a las Comisiones Internas. Esto conllevaba el despliegue de un frente único permanente. En las empresas donde había listas de clase y listas fascistas, la mayoría de los trabajadores, a pesar del régimen fascista, votaban por los sindicatos de clase. Las nuevas disposiciones legales han disuelto las Comisiones Internas, por lo que no existe actividad legal en las fábricas. Es cierto que los sindicatos libres tienen derecho a existir, pero este reconocimiento es puramente teórico. En la práctica, sus locales, sus bibliotecas, etc., se hallan incautadas. Por tanto, nuestra actividad ha tenido que desplazarse hacia las empresas, donde podemos mantener el contacto con las masas obreras.

Hubo dos propuestas para una nueva táctica, sobre las cuales se discutió mucho durante nuestro

Congreso. El número de trabajadores organizados sindicalmente disminuye día a día. La mayoría no están organizados, pero nosotros debemos intentar poner en movimiento a toda la masa obrera. Esto debe hacerse a través de los sindicatos, y nuestro punto de vista es que, en este trabajo, no se debe renunciar a la bandera de los sindicatos libres, de la Confederación General del Trabajo. Necesitamos trabajar bajo el estandarte de estas organizaciones, que a menudo han llevado a los trabajadores italianos a la lucha. Es cierto que hoy estas organizaciones apenas tienen actividad; es cierto que lo que queda de ellas está en manos de los reformistas, que siempre están dispuestos a llegar a compromisos con los fascistas, compromisos que hasta ahora no se han producido por la única razón de que el fascismo no les atribuye ningún valor. Sin embargo, siempre debemos tener en cuenta que cuando el proletariado regrese a la lucha, cuando la clase trabajadora comience a respirar más libremente, tendremos que conducir la batalla bajo la bandera de los sindicatos libres, independientemente de las causas y condiciones de la propia batalla. Si dejamos esta bandera a los reformistas, tan pronto como la presión se debilite éstos se levantarán nuevamente y recuperaran terreno entre las masas trabajadoras. Reabrirán la sede de sus organizaciones y nos aislarán de las masas.

Esta es la tesis de la izquierda de nuestro partido sobre el trabajo que hay que hacer hoy en el terreno sindical. Hemos propuesto la fundación de secciones sindicales en todas las empresas. Los sindicatos no deben morir, deben resistir ante la difícil situación en la que se encuentran, porque tarde o temprano podrán volver a desempeñar su propio papel. En nuestra opinión, por tanto, es necesario crear comités secretos en cada empresa con la tarea de organizar a los trabajadores. Estas secciones en las empresas deben estar conectadas directamente a los sindicatos, aunque estén dirigidos por reformistas. Si luego conseguimos respirar libremente de nuevo, tendremos a nuestra disposición el esqueleto de una organización de masas en la que tendremos más influencia que los socialdemócratas. Los comités dentro de las empresas también deberían trabajar con las masas desorganizadas. En cualquier conflicto laboral entre trabajadores y patrones, hay que crear comités temporales de agitación que engloben a todos los oficios de la empresa. ¡Esta es nuestra propuesta!

Pero nuestro Comité Central tiene otra solución. Es muy difícil definirla claramente, porque en nuestro debate previo al congreso el Comité Central no expresó claramente sus tesis. Las modificaron durante el Congreso a medida que se iban topando con resistencia, y tanto el informe del camarada Ercoli como las Tesis se

formularon de manera muy ambigua. Sin embargo, en nuestra opinión, toda la línea teórica de nuestro Comité Central demuestra que su concepción de estos problemas no es marxista ni leninista. En su opinión, aunque no lo digan claramente, debería crearse una nueva organización, una nueva red de organismos en las empresas, que deberían reemplazar a los viejos sindicatos destruidos por el fascismo e incluso a los sindicatos que todavía existen en la actualidad.

El punto de vista de nuestro Comité Central se ha topado con una fuerte oposición en el Congreso, y creemos que los representantes de la Internacional en el Congreso coincidían más bien con nuestra postura. De hecho, la táctica sindical de nuestro Comité Central conlleva el peligro de una escisión. ¿En qué consiste esta táctica? En la creación de comités de agitación por la unidad sindical como órganos permanentes con su propia red. Al principio hablaban únicamente de comités de agitación; luego, tras las fuertes críticas que se levantaron contra esta consigna, añadieron la coletilla: por la unidad sindical. Si su objetivo es crear una red de órganos permanentes que reúna a los obreros organizados sindicalmente y a los no organizados, una organización con comités locales y provinciales, congresos, etc., están ofreciendo a los reformistas una buena excusa para expulsar a los comunistas de la Confederación General del Trabajo. Por tanto, nos

hallamos ante el peligro de quedarnos fuera de estas importantes organizaciones cuando surja una situación más favorable. Tendremos en cambio nuestra propia organización, una nueva organización fundada por nuestro partido y que solo incluirá a una minoría de trabajadores. Aquí no se trata solo de dos consignas diferentes, sino de una cuestión vital para el trabajo del Partido Comunista de Italia, sobre la cual queremos llamar la atención de la Internacional Comunista.

INTERVENCIÓN TRAS LA LECTURA DE LAS CONCLUSIONES POR PARTE DE ZINOVIEV

XVI Sesión, 8/3/1926

Por las razones que ya he explicado durante la discusión general en mis dos discursos, voy a votar en contra de la resolución propuesta.

Hay alguna referencia a la necesaria modificación del régimen interno de la Internacional, pero como los trabajos del propio Pleno no demuestran que se están poniendo en marcha nuevos métodos, ni que la Komintern esté empezando una nueva forma de vida, me veo obligado a mantener mi punto de vista como oposición. Sin embargo, al mismo tiempo espero que los hechos terminen demostrando que estamos mejorando seriamente en este sentido.

Aquí no presentaré unas tesis ni una resolución, sino que me remito a las tesis presentadas en el V Congreso y a las que la Izquierda del Partido Comunista de Italia ha presentado en el último congreso del partido.

Ruego al Ejecutivo que dé a conocer al VI Congreso la parte general de estas tesis.

INTERVENCIÓN TRAS EL INFORME DE BUJARIN EN LA COMISIÓN ALEMANA

XIX Sesión, 14/3/1926

Dado que el camarada Bujarin ha tenido la cortesía de exponer de nuevo en esta tribuna las críticas que hice en la comisión, me veo obligado a precisar los dos puntos que ya he desarrollado en dicha comisión. He protestado contra el método de lucha empleado en la resolución, que consiste en sacar de su contexto lógico las citas de los camaradas para luego demostrar sus errores. Creo que este método de lucha no favorece la clarificación ideológica entre las masas.

Además, en la comisión arremetí contra el empleo exagerado del terror ideológico, es decir, contra el hecho de que a los simples miembros del partido, antes de darles a conocer ciertas cuestiones políticas, se les diga que si se declaran en contra del contenido político de los las cuestiones tal y como las presenta el Comité Central

o el Ejecutivo, entonces son enemigos del Ejecutivo, adversarios del comunismo, etc. No basta con declarar que hay que diferenciar entre los dirigentes de izquierda y los obreros de izquierda, debemos poner fin a este método de terror ideológico y aclarar realmente el contenido político de los problemas ante los obreros. No pretendo que se emprenda un estudio exhaustivo sobre el trabajo de los camaradas de la Izquierda, pero me gustaría que el Ejecutivo y los camaradas aquí presentes no descuidaran los vínculos con las masas. Es cierto que a mí a menudo me reprochan que descuido o subestimo los vínculos con las masas, pero deseo recordar una vez más a los camaradas que es indispensable no perder estos vínculos.

INTERVENCIÓN TRAS EL DISCURSO DE ERCOLI EN LA COMISIÓN ALEMANA

XX Sesión, 15/3/1926

La discusión sobre el informe de la comisión alemana ha llegado a un punto que me obliga a hacer una segunda declaración, y muy clara, especialmente teniendo en cuenta que el camarada Ercoli ha dicho que el tono de las declaraciones de Bordiga es cada vez más agresivo.

En primer lugar, declaro que, en mi opinión, existe efectivamente un peligro de derecha. El camarada Ercoli dice que durante las discusiones políticas se ha realizado un análisis exacto que permite establecer que el peligro de derecha reside en Francia. Me pregunto si se puede considerar este análisis, con el que se pretende localizar el lugar de residencia del peligro de derecha, como una seria aplicación del método marxista. Supuestamente el peligro tiene su domicilio en el Quai de Jemmapes, 96 y en la Rue Montmartre, 123, es decir, en la sede de la *Revolution Proletarienne* o del *Bulletin Communiste*. Podrían añadir que el peligro de derecha abre de seis a ocho de la tarde. El análisis debe plantearse de un modo completamente distinto. El peligro de derecha está presente, existe no solo en las resoluciones escritas en papel, sino sobre todo en los actos y en la actitud política de la Internacional Comunista, como expliqué en mi discurso sobre la cuestión política.

Este peligro también se refleja en las resoluciones que se han formulado aquí, tanto sobre la cuestión política general como sobre las cuestiones que afectan a partidos particulares, sobre la cuestión del partido alemán y la del partido francés. Este peligro también se refleja en el hecho de que aquí, en este foro del Ejecutivo Ampliado, no se ha discutido el problema ruso. En mi discurso ya he mencionado que las secciones de la

Internacional Comunista hoy por hoy no pueden ocuparse de la cuestión rusa y he considerado que esto confirma mis críticas. Es absolutamente necesario que la Internacional aborde el problema central de las relaciones entre la lucha revolucionaria del proletariado mundial y la política del Estado proletario y del partido comunista en Rusia. La Internacional debe ponerse en condiciones de discutir estos problemas.

Es deseable que surja una resistencia de izquierda contra el peligro de derecha, no digo una fracción, sino una resistencia de izquierda a escala internacional. Pero debo decir con toda franqueza que esta resistencia saludable, útil y necesaria no puede ni debe expresarse mediante maniobras o intrigas. Estoy de acuerdo con el camarada Ercoli cuando dice que es absurdo que los camaradas que han aprobado completamente el informe y las tesis de la discusión política se pongan luego, a última hora, a hacer oposición, no contra la desviación internacional de la derecha, sino contra la resolución sobre la cuestión alemana. Estos camaradas, sin plantear ninguna objeción a la línea política general, a menudo pasan a la oposición únicamente porque como grupo, como jefes, o como antiguos jefes, no están satisfechos con las resoluciones sobre su partido y su país. Por esta razón no puedo solidarizarme con ellos, con esta supuesta oposición de ultraizquierda. Ciertamente no digo esto para ganarme las simpatías de la mayoría, a la

cual yo atribuyo la responsabilidad de este sistema, sobre todo porque los actuales opositores en su día recibieron el apoyo de esta misma mayoría, que consideraba que eran los mejores jefes.

Concluyo: en lo que respecta a la cuestión alemana, soy de la opinión de que a los buenos obreros revolucionarios de izquierda alemanes hay que decirles que deben ponerse en guardia frente a dos líneas falsas. Por un lado, frente al derrotismo y la desconfianza hacia la Internacional y la revolución rusa, que se ocultan bajo declaraciones unánimemente aceptadas; y por otro lado, frente al optimismo ciego que trata de evitar cualquier discusión y conflicto, que no quiere emplear realmente las experiencias y ni colaborar con la vanguardia comunista del proletariado, sino que rinde homenaje a puntos de vista religiosos y dogmáticos. Ya he explicado por qué razones esta última actitud es tan peligrosa como la primera, en lo que respecta a las relaciones entre el proletariado mundial y la revolución rusa. El partido ruso y la Rusia soviética son quienes tienen más experiencia revolucionaria, pues solo ellos, luchando, han logrado la victoria revolucionaria. Pero los obreros revolucionarios de Alemania tienen también su propia experiencia. Ellos también deben aprovechar las enseñanzas que les ofrecen sus luchas y derrotas. Su tradición y su instinto de clase deben tenerse en cuenta en lo que respecta al peligro de derecha, que ellos

además han sufrido especialmente durante las últimas batallas. Esta vanguardia obrera, del mismo modo que se expresa hoy a través de sus más que dudosas maniobras contra la socialdemocracia y de la famosa campaña por el plebiscito, debe adoptar una clara postura en lo que respecta a la táctica del partido, la línea general de la Komintern y los problemas de la política del partido ruso, que están en el centro de la política de la revolución mundial. Dado que la revolución rusa constituye la primera gran etapa de la revolución mundial, también es nuestra revolución, sus problemas son nuestros problemas y todo miembro de la Internacional revolucionaria no solo tiene derecho, sino también el deber de colaborar en su solución.

En esta misma sesión, después de votar la resolución sobre la cuestión alemana, aprobada por unanimidad con solo dos votos en contra, de Hansen y Bordiga, que también votarán en contra de la resolución sobre la cuestión norteamericana, el presidente Geschke lee la siguiente moción del representante de la Izquierda italiana.

Quiero formular por escrito mi postura sobre la discusión de los problemas rusos. Tengo derecho a constatar que este Pleno no ha discutido las cuestiones rusas, que no ha tenido posibilidad ni está preparado

para hacerlo, y esto me permite concluir que nos hallamos ante uno de los resultados de la errónea política general de la Internacional y de las desviaciones derechistas de esta política. Hice esta misma observación en mi primer discurso, durante la discusión general.

Concretamente, propongo que el Congreso mundial se convoque para el próximo verano y que en su orden del día se incluya precisamente la cuestión de las relaciones entre la lucha revolucionaria del proletariado mundial y la política del Estado ruso y del Partido Comunista de la Unión Soviética, entendiendo que todas las secciones de la Internacional deben prepararse adecuadamente para discutir estos problemas.

Se decide por unanimidad trasladar esta moción al Presídium de la Internacional.

CARTA DE BORDIGA A KARL KORSCH

Nápoles, 28/10/1926

Estimado camarada Korsch,

Actualmente las cuestiones son tan graves que en verdad habría que discutir las cara a cara y detenidamente. Pero desgraciadamente esto no es posible de momento. Tampoco puedo escribir detalladamente sobre todos los puntos de vuestra plataforma, algunos de los cuales podrían dar lugar a una útil discusión entre nosotros.

Por ejemplo, creo que vuestro «modo de expresaros» sobre Rusia no es adecuado. No puede decirse que «la revolución rusa es una revolución burguesa». La revolución de 1917 fue una revolución proletaria, aunque sea un error generalizar sus lecciones «tácticas». Ahora el problema consiste en saber qué sucede con la dictadura proletaria en un país si no se produce la revolución en otros países. Quizá una contrarrevolución, quizá una intervención extranjera, o bien un curso degenerativo cuyos síntomas y repercusiones en el partido comunista habría que descubrir y definir.

No puede decirse simplemente que en Rusia se está expandiendo el capitalismo. La cuestión es mucho más compleja: se trata de nuevas formas de lucha de clases sin precedentes históricos. Hay que demostrar que la idea que defienden los estalinistas sobre las relaciones con las clases medias equivale a renunciar al programa comunista. Parece que según vosotros es imposible que el Partido Comunista Ruso despliegue una política que no conduzca a la restauración del capitalismo. Esto equivale a justificar a Stalin o a defender una política inadmisibles, que consistiría en «dimitir del poder». Sin embargo, hay que decir que se podría haber llevado a cabo una política correcta y clasista en Rusia si toda la «vieja guardia leninista» no hubiera cometido una serie de graves errores de política internacional.

Tengo además la impresión (me limito a vagas impresiones) de que vuestras formulaciones tácticas, aun cuando son aceptables, sobrevaloran demasiado la situación objetiva, que hoy puede parecer que se orienta a la izquierda. Debéis saber que nosotros, la Izquierda italiana, hemos sido acusados de negarnos a examinar las situaciones, pero esto no es cierto. Ahora bien, nosotros tratamos de construir una línea de izquierda verdaderamente general y no accidental, una línea que nos permita atravesar las diferentes fases y afrontar el desarrollo de las distintas situaciones en un terreno

revolucionario adecuado, sin obviar sus concretas características objetivas.

Paso ahora a considerar vuestra táctica. Expresándome con fórmulas coloquiales y no... oficiales, en lo que respecta a las relaciones internacionales del partido, diré que me parece demasiado elástica y demasiado... bolchevique. Todo el razonamiento con el que justificáis vuestra actitud ante el grupo de Fischer, a saber, que contabais con empujarle hacia la izquierda o, si rehusaban, desacreditarle ante los obreros, no me convence, y creo que en la práctica tampoco ha dado buenos resultados. En general creo que hoy, más que la organización y la maniobra, hay que desarrollar un trabajo previo de elaboración de la ideología política de la izquierda internacional, basándonos en las elocuentes experiencias por las que ha pasado la Komintern. Como estamos lejos de todo esto, es difícil desplegar cualquier iniciativa internacional.

Añado algunos comentarios sobre nuestra postura ante los problemas de la izquierda rusa. Es significativo que veamos las cosas de forma tan distinta: vosotros, que desconfiábais mucho de Trotsky, habéis aceptado rápidamente un programa de solidaridad incondicional con la oposición rusa, coincidiendo más con Trotsky que con Zinoviev (comparto esta preferencia). Hoy, cuando

la oposición rusa ha tenido que «someterse», habláis de hacer una declaración atacándola, por abandonar su bandera, cosa que no comparto, pues de momento no hemos creído oportuno «fundirnos» bajo esta bandera internacional empuñada por la oposición rusa.

Zinoviev y Trotsky, que son ante todo hombres con un gran sentido de la realidad, han comprendido que es necesario encajar golpes sin pasar a la ofensiva abierta. No estamos en el momento de la clarificación definitiva, ni en lo que respecta a la situación externa ni a la interna.

1. Compartimos las posturas de la izquierda rusa sobre las directrices de la política estatal del Partido Comunista Ruso. Combatimos la dirección apoyada por la mayoría del Comité Central porque allana el terreno a la degeneración del Partido Comunista Ruso y la dictadura proletaria, y conduce a abandonar el programa del marxismo revolucionario y del leninismo. En el pasado no hemos combatido la política estatal del Partido Comunista Ruso, mientras ésta ha permanecido en el terreno que delimitaban estos dos documentos: el discurso de Lenin sobre el impuesto en especie y el informe de Trotsky al IV Congreso mundial. Aceptamos las tesis de Lenin en el II Congreso.

2. Las posturas de la izquierda rusa sobre la táctica y la política de la Komintern, dejando al margen la cuestión de la pasada responsabilidad de muchos de sus miembros, no son suficientes. Ni siquiera se aproximan a lo que nosotros hemos dicho desde el principio en la Internacional Comunista sobre las relaciones entre partido y las masas, entre la táctica y la situación, entre los partidos comunistas y el resto de partidos supuestamente obreros, o sobre la valoración de las alternativas de la política burguesa. Se acercan algo, aunque no son idénticas, en lo que atañe a los métodos de trabajo en la Internacional y a la interpretación y el funcionamiento de la disciplina interna y del fraccionismo. La postura de Trotsky sobre la cuestión alemana de 1923 es correcta, así como su juicio sobre la presente situación mundial. No puede decirse lo mismo de las rectificaciones de Zinoviev en las cuestiones del frente único y de la Internacional Sindical Roja, y en otros puntos cuyo valor es coyuntural y contingente y no garantizan una táctica que evite los pasados errores.

3. Dada la política de presiones y provocaciones de los dirigentes de la Internacional y sus secciones, todo intento de organización por parte de los grupos nacionales e internacionales contra la desviación derechista presenta el riesgo de una escisión. No hay que desear la escisión de los partidos y de la Internacional.

Debemos pasar por esta experiencia, por esta disciplina artificial y mecánica, aceptando incluso sus absurdos procedimientos hasta donde sea posible, pero sin renunciar jamás a las posturas de crítica ideológica y política y sin solidarizarnos nunca con la orientación predominante. Los grupos ideológicos que asumen una postura de izquierda tradicional y absoluta no pueden solidarizarse incondicionalmente con la oposición rusa, pero tampoco pueden condenar su reciente sumisión, dado que ésta no supone una conciliación, sino que se debe a unas condiciones cuya única alternativa era la escisión. Además, dada la situación objetiva externa, ser expulsado de la Komintern supone reducir aún más la capacidad que tenemos de modificar el curso de la lucha de la clase obrera si permanecemos dentro de los partidos, y esto no sólo sucede en Rusia.

4. En cualquier caso sería inadmisibles solidarizarse y hacer declaraciones políticas comunes con elementos como Fischer y compañía, que han tenido recientes responsabilidades directivas en partidos con orientaciones derechistas y centristas, en el partido alemán y en otros, y cuyo paso a la oposición coincide con su imposibilidad de conservar la dirección del partido de común acuerdo con el centro de la Internacional, dadas las críticas de ésta a su actividad. Esto sería incompatible con la defensa de un nuevo método y un nuevo curso en la Internacional Comunista,

que deben sustituir a las maniobras de tipo parlamentario y funcional.

5. Con todos los medios que no impliquen ser expulsados del partido, hay que denunciar la dirección predominante, pues conduce al oportunismo y traiciona la fidelidad a los principios programáticos de la Internacional, principios que otros grupos, al margen de los nuestros, también pueden defender si se plantean el problema de analizar las deficiencias iniciales (no en el terreno teórico, sino en el táctico, organizativo y disciplinario) que han llevado a la Tercera Internacional a este riesgo de degeneración.

Creo que uno de los defectos de la actual Internacional fue constituirse a partir de «un bloque de oposiciones» locales y nacionales. Hay que reflexionar sobre esto sin dejarse llevar por las exageraciones, por supuesto, pero aprovechando las lecciones. Lenin frenó buena parte de este trabajo «espontáneo» de elaboración tratando de reagrupar materialmente a los diferentes grupos, para más tarde fundirlos de manera homogénea, al calor de la revolución rusa. En gran parte fracasó.

Comprendo perfectamente que el trabajo que propongo no es fácil, dada la ausencia de lazos organizativos, las posibilidades de expresarnos a través de la prensa y la propaganda, etcétera. A pesar de todo,

creo que aún debemos esperar. Se producirán nuevos acontecimientos externos, y en todo caso cuento con que el actual estado de sitio termine antes de que nos veamos obligados a responder a las provocaciones. A este respecto creo que no debemos dejarnos llevar por el hecho de que la oposición rusa se haya visto obligada a firmar alguna frase contra nosotros, quizá únicamente para no ceder en otros puntos en la tormentosa preparación del documento. Esto también entra en los cálculos de los «bolchevizadores».

Intentaré mandaros información sobre las cuestiones italianas. No hemos aceptado la declaración de guerra que supone suspender de su cargo a algunos dirigentes de la Izquierda, y el asunto no ha tenido consecuencias de carácter fraccional. Hasta ahora las baterías de la disciplina han disparado sólo con balas de algodón. Ciertamente esta línea no es preciosa ni del agrado de todos, pero es la menos mala posible. Os mandaremos una copia de nuestro recurso a la Internacional.

En resumen, no creo que haya que hacer una declaración internacional, como proponéis, y tampoco creo que semejante cosa sea posible. Sí creo que puede ser útil hacer manifestaciones y declaraciones de contenido ideológico y político parecido, en todos los países, sobre los problemas de Rusia y de la Komintern,

pero sin dar pie a que nos acusen de «complot» fraccional, elaborando cada uno libremente su propio pensamiento y sus propias experiencias.

En las cuestiones internas creo que la mejor táctica suele ser dejarse llevar por los acontecimientos, si bien en las cuestiones «externas» esto es evidentemente muy dañino y oportunista. Aún más si tenemos en cuenta cómo funciona el mecanismo del poder interno y de la disciplina mecánica, que sigo creyendo que está destinada a hundirse por sí misma.

Sé que he sido parco y poco claro. Pido disculpas y por el momento envío saludos cordiales.

Amadeo Bordiga.

